

LIBRARY

UNIVERSITY OF
CALIFORNIA
SAN DIEGO

ANTOLOGÍA

DE

POETAS HISPANO-AMERICANOS.

ANTOLOGÍA

DE

POETAS HISPANO-AMERICANOS

PUBLICADA POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO II.

CUBA.—SANTO DOMINGO.—PUERTO RICO.—VENEZUELA.



MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

—
1893

INTRODUCCIÓN.

IV.

CUBA (I).

Fué de las tierras descubiertas por Colón en su primer viaje; y en las páginas de su Diario de Navegación quedó consignado con rasgos de espontánea poesía el

(1) Además de los numerosos trabajos que se citarán en el curso de este estudio, hemos tenido á la vista los muy importantes, muy completos y bien digeridos que ha remitido á la Academia Española la Comisión de Literatos Cubanõs nombrada para este fin por el Gobernador general de la Isla, Teniente General de Ejército, D. Camilo Polavieja, en 1891. Compuerieron esta comisión los señores D. Nicolás Azcárate (Presidente), D. José María Céspedes, D. José de Armas y Céspedes, D. Saturnino Martínez, don José E. Triay, D. Rafael Montoro, D. Luciano Pérez de Acevedo, D. Ricardo del Monte, D. Domingo Figarola y Caneda y D. Manuel S. Pichardo (Secretario). No es fácil encarecer debidamente el esmero, el buen gusto, el método severo y el imparcial criterio con que la comisión cumplió su tarea, la cual se compone de dos partes diversas: una *Biblioteca Selecta Hispano Cubana de Prosistas*, que en esta ocasión no ha podido ser utilizada por las razones expuestas en el primer prólogo, pero que queda en la Academia para utilidad de los estudiosos y base de futuros trabajos; y una *Antología de Poesía Cubana*, con noticias biográficas de cada uno de los ingenios.

Nuestra colección estaba formada, y escrito nuestro prólogo, antes de conocer tan rico caudal de materiales, pero afortunadamente nos ha alcanzado el tiempo para aprovecharle, ya en adiciones, ya en rectificaciones.

De la Antología hemos excluido á los poetas vivos, y si en las composi-

asombro que le produjeron las bellezas del suelo y cielo de aquella isla. Pero el descubrimiento y conquista de la Española primeramente, y luego el de Yucatán y México, fueron haciendo olvidar ó dejando en puesto muy secundario á Cuba, por dirigirse á otra parte la corriente de emigración y la sed de aventuras. Tiene, pues, Cuba escasa y no muy interesante historia durante los tres primeros siglos de la dominación española; y ni su importancia comercial ni su brillante producción literaria comienzan hasta fines del XVIII, y más fijamente en el primer tercio del XIX, en que consumada la independencia del continente americano, vino á quedar Cuba como principal reliquia de nuestro vastísimo imperio colonial, y á ser atendida de un modo especial por nuestros gobernantes. Del régimen moderno de España en sus Antillas han solido formarse muy duros y apasionados juicios: no es del caso atacarle ni defenderle, pero como fieles historiadores hemos de consignar, que á despecho de la decantada tiranía militar, y á despecho de las guerras civiles, que han empapado de sangre aquel hermoso suelo, todavía Cuba, en poco más de ochenta años, ha producido, á la sombra de la bandera de la Madre Patria, una literatura igual, cuando menos, en cantidad y calidad, á la de cualquiera de los grandes Estados americanos independientes, y una cultura científica y filo-

ciones que insertamos de los muertos, no coincide siempre nuestra elección con la de la Junta Literaria de Cuba, algo ha de concederse al gusto individual, sin menoscabo de la altísima estimación que merecen esfuerzos tan meritorios y que tanto han de contribuir á la buena inteligencia entre los españoles de uno y otro lado de los mares.

La discreta noticia preliminar de esta compilación manuscrita, en que se trata de los orígenes de la poesía cubana antes de Zequeira y Rubalcava, fué obra del elegante crítico D. Ricardo del Monte.

sófica que todavía no ha amanecido en muchos de ellos. Sería temeridad atribuir tales progresos al lazo político que sigue uniendo á Cuba con su metrópoli europea, pero también sería insensato suponer en los españoles un propósito deliberado y tenaz de matar los gérmenes de civilización en sus provincias ultramarinas, cuando vemos florecer bajo el régimen autoritario de nuestros Capitanes Generales, no sólo la poesía con Heredia, Milanés, la Avellaneda y Luaces, sino la filosofía y las ciencias naturales y económicas con Varela, Luz Caballero, Saco y Poey. Es cierto que el espíritu general de los literatos y de los hombres de ciencia en Cuba ha solido ser sistemáticamente hostil á España y manifestarse francamente como tal; pero aun esto es indicio de no haber sido tan grande la represión de las ideas como se pondera, á no ser que supongamos muy torpes ó muy inhábiles á cuantos se han empeñado en atajarlas el paso é impedir su difusión. Y ciertamente que si comparásemos (dicho sea sin ofensa de nadie) el cuadro de la literatura y de la ciencia en la española provincia de Cuba, con el que ofrece la vecina isla de Santo Domingo ó las no muy distantes Repúblicas de la América Central, para no hablar de Bolivia y otros estados del Sur, quizá resultase muy dudosa esa virtud mortífera que se atribuye al régimen colonial. Y si extendiendo todavía más la consideración, reparamos que Cuba, con territorio relativamente tan exiguo, y con historia tan moderna, vale y representa en la historia del pensamiento americano, tanto como México, Colombia ó el Río de la Plata, y más que Venezuela, el Ecuador ó el Uruguay, quizá saquemos por última consecuencia que no tienen tanta razón algunos hijos de aquella isla para avergonzarse de

no haber sacudido el yugo de la *tiranía ibera* cuando se emanciparon los demás criollos, puesto que, á lo menos bajo el aspecto intelectual, no se ve que hubieran ganado mucho en el cambio.

Pero dejando á un lado tales disquisiciones, que son siempre muy resbaladizas y deben huirse cuidadosamente en obra que quiere ser de paz y concordia como la presente; y ateniéndonos al aspecto meramente estético, empecemos por consignar la penuria de la literatura cubana en todo el primer período de la dominación colonial. Nada importa á nuestro propósito averiguar si la raza indígena tenía ó no aptitudes poéticas y algún género de cantos, porque esta raza, como todas las que poblaban las Antillas, se extinguió completamente en los primeros días de la conquista, y no pudo dejar elemento alguno para la vida social de la colonia. Entre los conquistadores tampoco hubo quien celebrase las empresas del adelantado Diego Velázquez de Cuéllar, á quien, no obstante, Juan de Castellanos dió lugar en su panteón de *Varones Ilustres de Indias*, consagrándole íntegra una elegía, que es la séptima.

De los primeros y tímidos ensayos de la musa cubana puede encontrarse noticia, ya en el curioso libro de don Antonio Bachiller y Morales, *Apuntes para la historia de las letras y de la Instrucción Pública en la isla de Cuba* (1), ya en la erudita introducción que D. Antonio López Prieto puso en 1881 á su *Parnaso Cubano* (2).

(1) Habana, imprenta de *El Tiempo*, 1860.

(2) *Parnaso Cubano. Colección de Poesías Selectas de Autores Cubanos desde Zequeira á nuestros días, precedida de una introducción histórico-crítica sobre el desarrollo de la poesía en Cuba. Habana, editor Miguel de Villa.*

Téngase en cuenta también el *Estudio sobre el movimiento científico y lite-*

El poema más antiguo compuesto en Cuba, aunque no por autor cubano, de que dan noticia, es el *Espejo de paciencia* en octava rima, que escribió en 1608 Silvestre de Balboa Troya y Quesada, natural de la Gran Canaria y vecino de Puerto-Príncipe, con motivo de una invasión de piratas franceses en el puerto de Manzanillo. Transcribe este poema de circunstancias el obispo Morrell de Santa Cruz, en su inédita *Historia de la isla y catedral de Cuba*. Los fragmentos que hemos visto del poemita de Balboa denuncian á lo menos un versificador castizo y fácil, y no gongorino, á pesar del tiempo en que escribía. En elogio de su obra compuso un soneto el regidor de Bayamo, Juan Rodríguez de Cifuentes.

En el siglo pasado había, aun en el interior de la isla, algunos improvisadores que hacían fácil ostentación de su ingenio en décimas y romances, naturalmente afeados con resabios de mal gusto y con los vicios que nacen de la falta de estudio y comunicación literaria. Entre ellos se cita, principalmente, al médico y farmacéutico de la villa de Santa Clara, D. José Surí y Águila (1696-1762), que puso en verso los preceptos de su profesión, y que tenía además la rara habilidad de componer de repente *loas* para las procesiones y festividades religiosas, recitándolas delante de las imágenes. De estos romances laudatorios sólo hemos visto uno dedicado á la *Purísima Concepción*, que no sólo prueba la ardiente devoción del humilde poeta, sino la facilidad y donaire con que versificaba. En Santa Clara vivían por el mismo tiempo otros dos glosadores ó copleros de menos mérito, don

rario de Cuba, obra póstuma de D. Aurelio Mitjans. (Habana, imp. de A. Álvarez y Compañía, 1890.)

Mariano José de Alva y Monteagudo, y D. Lorenzo Martínez de Avileira. No mayores alientos parece haber tenido una poetisa habanera, anónima, que en tiempo de la invasión inglesa de 1762, compuso un poemita titulado: *Dolorosa y métrica expresión del sitio y entrega de la Habana*, que se conserva manuscrito en nuestra Academia de la Historia. Una relación del mismo acontecimiento en décimas prosaicas y ramplo-nas escribió el presbítero D. Diego de Campos, mientras que en España celebraban con más numen el heroísmo de Velasco y González algunos poetas nuestros, descollando entre ellos D. Nicolás Fernández de Moratín, aunque en esta ocasión no estuviese tan inspirado como en otras (1).

Al siglo XVIII pertenecen hechos tan decisivos para el progreso de la cultura habanera, como la fundación de la Universidad y el establecimiento de la primera imprenta. La Universidad fué erigida por Bula de Inocencio XIII en 12 de Septiembre de 1721, con los mismos privilegios y gracias que tenía la de Santo Domingo: la cédula Real de aprobación es de 5 de Enero de 1728 y los Estatutos de 27 de Julio de 1734. Pero dedicada especialmente á la enseñanza de Teología y Cánones, no pudo sentirse su influencia en los progresos de la amena

(1) Como poeta improvisador y jocoso obtuvo celebridad, á mediados del siglo XVIII, Fr. José Rodríguez, más conocido por el pseudónimo de *Capacho*, de quien se citan unas décimas dando cuenta de su viaje á México, otras sobre las excelencias del número *siete*, un *Vejamen á la Universidad*, etc., etc. Pasa también por autor de la más antigua obra dramática escrita en Cuba: *El Príncipe jardinero y fingido Cloridano*; pero si hemos de estar á la autoridad muy respetable en estas materias de don Cayetano Alberto de la Barrera, esta comedia es de D. Santiago de Pita, y con su nombre la hemos visto en ediciones sueltas del siglo pasado.

literatura; ni tampoco era institución destinada á fomentarla el Colegio Seminario de San Carlos y de San Ambrosio, fundado en 1689, con dotación pobrísima, y que sólo comenzó á tener importancia en el breve período en que se encargaron de él los Padres de la Compañía de Jesús (1), adquiriéndola mayor después de la reorganización que de él se hizo en 1769 con estudios bastante amplios de Gramática, Retórica y Filosofía Racional y Experimental, que protegió y fomentó luego en gran manera el insigne obispo D. Juan José Díaz de Espada y Landa, bajo cuyos auspicios la filosofía moderna hizo su entrada triunfal en las aulas de la Habana con los presbíteros D. Félix Varela y D. José Agustín Caballero.

Una sola imprenta, la de la Capitanía General, existió al principio, y no con grande actividad, á lo menos en materia de papeles literarios (2). No se conoce ninguna edición anterior á 1720. Los orígenes del periodismo se remontan al año 1790, en que comenzó á publicarse *El Papel Periódico*, en cuya redacción tomó parte alguna vez el capitán general D. Luis de las Casas (fundador de la Sociedad Económica), y colaboraron activamente el ya citado presbítero Caballero, el médico propagador de la vacuna, D. Tomás Romay, y el poeta Zequeira, de quien hemos de hablar inmediatamente. Los versos de *El Papel Periódico* suelen llevar pseudónimos como los de *Filesimolpos*, *Ismael Raqueme*, el *Luisiano*; y aun-

(1) Véase la excelente *Vida del presbítero D. Félix Varela*, por José Ignacio Rodríguez (Nueva York, 1878).

(2) Dicen que en Santiago de Cuba se introdujo la imprenta en 1698; pero debió de durar poco, y no conocemos, ni aún en cita ó referencia, ningún impreso de aquellas oficinas. Se restableció en 1792.

que, por lo general prosáicos y triviales, no dejaban de tener alguna cosa estimable conforme al gusto del siglo XVIII, ni desmerecían mucho de los que se estampaban en los periódicos literarios de México, Lima y Santa Fe de Bogotá, como primicias de la cultura americana. Una especie de noble emulación y generoso entusiasmo reinaba entonces entre nuestras colonias, y los progresos en la enseñanza y en los métodos eran tan patentes, y tan vivo en las clases acomodadas el anhelo de instruirse, que Humboldt notó con sorpresa el nivel intelectual á que había ascendido la sociedad de México y la de Caracas.

El padre del periodismo en el Virreinato de Nueva Granada fué precisamente un cubano, Manuel del Socorro Rodríguez, antiguo carpintero de Bayamo, mulato segun dicen, literato y artista *autodidacto*, que llegó á ser bibliotecario de Bogotá, y fundó allí, en 1791, *El Papel Periódico* de Santa Fe, en 1806 *El Redactor Americano*, y en distintas fechas otras publicaciones con que contribuyó mucho á la general cultura. Fué también versificador fecundísimo y bastante correcto, aunque extraordinariamente prosaico. Vergara (1) le atribuye más de seiscientas poesías entre impresas y manuscritas. Yo no he visto sus poemas *Las Delicias de España*, y *El Triunfo del Patriotismo*, pero en cambio poseo, gracias á la buena amistad literaria de D. Miguel Antonio Caro, una vastísima colección de epigramas inéditos de Rodríguez sobre todo género de asuntos, así literarios como políticos y morales. Algunos no carecen de gracia, y todos ellos dan completa idea del gé-

(1) *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, páginas 232 á 238.

nero de poesía casera en que principalmente descollaba Rodríguez.

Esta poesía abundó bastante en Cuba, y según el testimonio de los Sres. Bachiller y Morales y López Prieto, muy conocedores de las antiguallas literarias de la isla, es frecuente encontrar en las colecciones de papeles varios «ridículas letrillas, sátiras más ó menos intencionadas, pésimos sonetos y groseros epigramas», en suma todo género de composiciones baladíes, destinadas á dar pábulo á la murmuración y á entretener el ocio de las tertulias en tiempos en que la vida tenía tanto de insípida y monótona. Pero ya en las odas y églogas de *El Papel Periódico*, de la Habana, se ve el intento de dar á la poesía más elevado empleo; y algún infeliz ensayo épico del mismo tiempo como *Las glorias de la Habana*, del Conde Colombini (entre los arcades de Roma *Aufidio Pileyo*), también manifiesta (1) noble tendencia á enaltecer los progresos del comercio y de la industria, las tareas de las Sociedades Patrióticas, el desarrollo de la Beneficencia; temas muy del gusto del siglo XVIII, y ciertamente más humanitarios que poéticos, pero de todas suertes más laudables que la décima chocarrera, ó el vergonzante libelo, ó las mil fruslerías y nonadas en que otros empleaban miseramente el arte de versificar.

Hasta ahora hemos encontrado versos y no poesía. Los dos primeros poetas de Cuba, rigurosamente hablando, son el coronel D. Manuel de Zequeira y Arango y D. Manuel Justo de Rubalcava, cuya apari-

(1) Este poema, ya muy raro, se imprimió en México en 1798: las notas son interesantes.

ción puede decirse que coincide con el gran sacudimiento político de 1808, que desde la Metrópoli se propagó tan rápidamente á las colonias; si bien en Cuba no produjese por entonces más efecto que el de avivar y enardecer el entusiasmo patriótico, del cual estos y otros poetas de menos nombre se hicieron intérpretes, publicando gran número de versos inspirados por los triunfos y reveses de la causa española durante la guerra de la Independencia, á cuya santa causa servían también con ardientes papeles en prosa el célebre médico Romay y otros escritores políticos.

La obra literaria de Zequeira y Rubalcava en Cuba, fué de algún modo análoga á la del P. Navarrete y sus discípulos en México, si bien en los cubanos se observa en general entonación más robusta y grandilocuente, y mayor tendencia al cultivo de la oda heroica que al de la poesía moral y filosófica. De los dos poetas, Zequeira es el más notable, y á haber nacido en otra época, con más ocasiones de completar su educación literaria y purificar su gusto, se hubiera levantado bastante de la medianía, de que hoy no es posible sacarle, á pesar del número, valentía y entusiasmo bélico de sus cantos. Era, ante todo, un ferviente patriota, español hasta los tuétanos, como lo eran aún todos los cubanos en aquella época feliz. Este vigoroso sentimiento de raza es el alma de sus creaciones, ora describa en octavas reales la *Batalla naval de Cortés en la Laguna de México*, ora enaltezca, remedando la pompa de Quintana y de Gallego, el *Dos de Mayo* y el *Primer sitio de Zaragoza*. Falta mucho á estas composiciones para la perfección clásica, pero no le falta á Zequeira el *os magna sonaturum*; y de todos los cubanos anteriores á Heredia,

es, sin duda, el más poeta. El canto épico, aunque desigual, se recomienda por algunas brillantes descripciones, pero en las odas hay inspiración más sincera, estilo más hecho, y cierta férvida animación en el conjunto. ¡Lástima que estas composiciones versificadas en general con tanto brío no estén inmunes del vicio que ya hemos notado en los poetas mexicanos del mismo tiempo, es á saber, de algunos resabios de pronunciación americana, de donde resultan endecasílabos que positivamente no lo son si se leen como es debido, por ejemplo, este que viene á estropear una de las mejores estancias de *El Dos de Mayo*:

Cual sobre pálidos espectros huella.....

En otro género ha sido muy celebrada una oda horaciana de Zequeira, *Á la Piña*. «Apolo la inspiró y la embellecieron las Gracias», dice Luaces, y otro literato cubano llevó la hipérbole hasta compararla con un *poemita griego*. Nosotros la encontramos bastante clásica y más sobria de lo que pudiera esperarse de la habitual manera de su autor, pero no quisiéramos ver en ella ni *la odorifera planta fumigable* (hablando del tabaco), ni *el dulce zumo del sorbete indiano*, ni las delicias *recopiladas* en el néctar de la piña, ni mucho menos el llamarla *obelisco rural*; rasgos prosaicos unos, gongorinos otros, é incompatibles todos con la idea de la pureza clásica (1).

(1) Nació D. Manuel de Zequeira y Arango en la Habana, el 28 de Agosto de 1760, é hizo sus estudios en el Seminario de San Carlos. Desde 1780 se dedicó á la carrera de las armas, sirviendo primero en el regimiento de infantería de Soria. En 1815 era Gobernador militar y político de Santa Marta, y en 1816 Teniente de rey de la plaza de Cartagena de Indias. Cuando su ca-

Rubalcava no tuvo, como Zequeira, la suerte de que sus poesías fuesen coleccionadas por mano inteligente, y han andado dispersas y aun confundidas con las de su amigo (1). Fué inclinado al género bucólico, y además de una traducción de las églogas de Virgilio, que (según

rera militar se presentaba más brillante, una afección mental vino á herirle en Matanzas en 1821. Arrastró su desdichada vida hasta el 18 de Abril de 1846, en que falleció en la Habana. La primera y la mejor edición de sus *Poesías* es la que hizo imprimir en Nueva York, 1829, el presbitero D. Félix Varela. En la publicada en la Habana, en 1852, por su hijo D. Manuel Zequeira y Caro, se alteraron por motivos políticos algunos versos.

(1) El siguiente soneto, bastante popular en Cuba, y que no carece de mérito ni en el pensamiento ni en la dicción (salvo los dos intolerables epítetos *rubicundo* y *furibundo*), se atribuye por unos á Zequeira y por otros á Rubalcava:

Soñé que la fortuna, en lo eminente
Del más brillante trono, me ofrecía
El imperio del orbe, y que ceñía
Con diadema inmortal mi augusta frente.
Soñé que hasta el Ocaso desde Oriente
Mi formidable nombre discurría,
Y que del Septentrión al Mediodía,
Mi poder se adoraba humildemente;
De triunfantes despojos revestido
Soñé que de mi carró rubicundo
Tiraba César con Pompeyo uncido:
Despertóme el estruendo furibundo,
Solté la risa, y dije en mi sentido:
«Así pasan las glorias de este mundo.»

Nació D. Manuel Justo de Rubalcava en Santiago de Cuba el 9 de Agosto de 1769, y estudió en el Colegio de San Basilio el Magno, de aquella ciudad. Siguió, como Zequeira, la carrera de las armas, y en 1793 tomó parte en la campaña de Santo Domingo. También residió algún tiempo en Puerto Rico. Murió en su ciudad natal el 4 de Noviembre de 1805. Su poema *La muerte de Judas*, no fué impreso hasta 1830: hay una segunda edición de 1847 con biografía del autor y observaciones críticas, por D. Pedro Santacilia. En 1848 se imprimió por diligencia de D. Luis Alejandro Baralt, en Santiago de Cuba, un cuaderno de 100 páginas, titulado *Poesías de D. Manuel Justo Rubalcava*. Es muy discutible la autenticidad de algunas de estas composiciones.

Cítase como poeta de la misma escuela que Zequeira y Rubalcava, aun-

creemos) se ha perdido, dejó algún idilio original, y varias silvas descriptivas, á la verdad bastante prosaicas. La elegía *á la noche* y el poemita *La muerte de Judas*, están mejor escritas, pero tampoco bastan para darle alto puesto en el Parnaso cubano. Su nombre estaría casi olvidado, á no ser por algunos sonetos, entre los cuales me parece muy ingenioso y galante el titulado *Á Nise bordando un ramillete*.

Entretanto pululaban los copleros de circunstancias, asiduos cultivadores de la décima, que es el metro popular en Cuba; y á la publicidad de sus expansiones vino á abrir camino la libertad de imprenta decretada por las Cortes de Cádiz en 1811. Muchas publicaciones efímeras y baladíes, aparecieron entonces: *Cartera de Señoras*, *Correo de las Damas*, *Diario Cívico*, *El Esquife.....*, creciendo luego su número y también su importancia durante el periodo constitucional de 1820 á 1823, al cual pertenecen *La Lira de Apolo*, *El Mosquito*, *La Minerva*, *Biblioteca de Damas*, *El Revisor Político y Literario*, *El Hombre Libre*, *El Español Libre*, *El Americano Libre*, *El Amigo de la Constitución*, *El Amigo del Pueblo.....*, descollando entre todos *El Argos*, dirigido por el poeta colombiano D. José Fernández Madrid, con quien colaboró el argentino Miralla (conocido principalmente por dos buenas traducciones, una de la elegía de Gray, y otra de las *Cartas de Jacopo Ortis*, de Fóscolo), y *El Observador Habanero*, periódico de más graves aspiraciones, en cuya redacción tomaron parte filósofos, economistas, jurisconsultos y

que de menos talento, á D. Manuel María Pérez y Ramírez, autor del poema sacro *Emanuel*, de que sólo hemos visto algún fragmento.

naturalistas, como Varela, Escobedo, Govantes, Saco, Poey, etc. La poesía, aunque por lo común débilmente representada, fué cobrando fuerzas á favor del general movimiento de las ideas, y del ejemplo de los forasteros Madrid y Miralla; y produjo algunos ensayos clásicos apreciables, como los de D. Prudencio de Echavarría y O'Gavan, conocido principalmente por la *Sátira* que en 1820 publicó *contra el estudio preferente del Derecho romano en nuestras aulas*.

De tales poetas á Heredia el tránsito parece difícil, y sin embargo, cronológicamente aparecen colocados en el mismo plano, sólo que Heredia era gran poeta, y los otros no pasaban de medianos versificadores. Heredia es, hasta la hora presente, el primer lírico del Parnaso cubano: á lo sumo la Avellaneda, que más pertenece á la literatura general española que á la particular de la isla, podrá disputarle, y en mi concepto arrebatarle, la preeminencia. La fortuna de los versos de Heredia ha sido, por lo menos, igual á su mérito. Es quizá el poeta americano más conocido en Europa, y el que de la crítica europea ha obtenido más unánimes y calurosos elogios desde Lista hasta Villemain y Ampère. Son patentes y notorias sus incorrecciones y desigualdades, pero nadie le ha negado el genio. La escuela lírica á que perteneció no es la de nuestros tiempos, y sin embargo, un corto número de versos suyos, sobreviviendo al naufragio de sus restantes producciones, desafían impávidos todos los cambios de gusto y ostentan la misma belleza que el día en que nacieron. Algo de perenne é inmortal debe de haber en ellos.

Con esta admiración, puramente literaria, que es en los españoles tan viva como en los americanos (y no que-

remos alegar más prueba de ello que el brillante estudio del Sr. Cánovas del Castillo) (1), ha venido á mezclarse desgraciadamente en el ánimo de los hijos de Cuba mal avenidos con la unidad nacional, un elemento político que tuerce y vicia la imparcialidad del juicio estético, y acaba por comprometer la fama del mismo poeta, exaltándole hiperbólicamente en aquello que tiene menos digno de aplauso si se le compara con otros grandes poetas americanos. El nombre de Heredia no es para los separatistas cubanos el nombre de un poeta insigne, cuyo puesto está inmediato al de Quintana y al de Gallejo, sino que es un símbolo, una bandera revolucionaria, la *estrella solitaria* en cielo tempestuoso, el compendio y cifra de todos los rencores contra España.

La vida del poeta justifica plenamente tal representación: hijo de un magistrado liberal aunque servidor de la causa española, sintió desde la niñez el fanatismo de las ideas revolucionarias: á los veinte años conspiraba ya contra la madre patria, y en 1823 emigraba á los Estados Unidos, y de allí á México, en 1825; sin que tornara á ver su isla natal, sino por breves días, en 1836, dos años antes de cerrarse la carrera de su breve y tempestuosa vida. Si su acción política no puede equipararse con la de otros conjurados contra la Metrópoli, su acción literaria fué más continua, más eficaz que la de otro ninguno, porque á todos superaba en talento. Si el espectáculo de la anarquía de México, donde fué magistrado algunos años, pudo templar en algo la exaltación de sus ideas, ni aun tiempo hubo para que esta nueva disposición de su ánimo se mostrase en sus obras

(1) *Revista Española de Ambos Mundos*, 1855.

poéticas (1). «El torbellino revolucionario (escribe el mismo Heredia) me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más ó menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, magistrado, historiador y poeta á los veinticinco años.» Con recordar que murió á los treinta y cinco, bien puede inferirse que alguna cosa faltó siempre á la disciplina y buen concierto de sus ideas, no menos que á la perfección de su gusto.

Del Heredia poeta revolucionario, queda más la maléfica influencia que la poesía misma, y aun la influencia se ha disminuído mucho después que esos versos no corren manuscritos con el aliciente de la prohibición, sino que se imprimen libremente. Todo americano de gusto, por muy resabiado que esté de los odios fraticidas cuya semilla esparció Heredia, y cuyos frutos

(1) De intento decimos *en sus obras poéticas*, porque de otro género hay un testimonio irrefragable, por mucho que duela á los separatistas cubanos, que sólo podrán desvirtuar su fuerza suponiendo en Heredia una doblez y falsía indigna de su buen nombre é impropia de su carácter franco y arrebatado. Es su carta al general Tacón de 1.º de Abril de 1836, en la que se leen textualmente estas palabras: «Es verdad que ha doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos, y que por conseguirla habría sacrificado gustoso toda mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años han modificado mucho mis opiniones, y vería como un crimen cualquiera tentativa para trasplantar á la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano.»

¡Cuán diverso hombre de aquel que en su frenesí revolucionario de 1823 no retrocedía ni aun ante la idea del asesinato político!

¡Oh piedad insensata y funesta!
 ¡Ay de aquel que es humano y conspira!
 Largo fruto de sangre y de ira
 Cogerá de su mísero error....

.....
 De traidores y viles tiranos
 Respetamos clementes la vida,
 Cuando un poco de sangre vertida
 Libertad nos brindaba y honor....'

de maldición hemos visto después, tiene que confesar que los versos más endebles de Heredia son sus versos políticos. No constituyen excepción ni la *Epístola á Emilia* ni el *Himno del Desterrado*, cuyas últimas estrofas han sido una especie de canto de guerra:

Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar.

Sin negar la energía y vehemencia de algunos rasgos, mezclados con otros muy falsos y declamatorios, todavía lo que más agrada en estas composiciones es la parte elegiaca y personal del poeta, la esplendidez de su fantasía descriptiva, la nostalgia incurable del desterrado que lamenta la ausencia del *sol terrible de Cuba*, entre los hielos y las nieblas del Norte:

Enfurecido

Brama el viento invernal: sobre sus alas
Vuela y devora el suelo desecado
El hielo punzador. Espesa niebla
Vela el brillo del sol, y cierra el ciclo
Que en dudoso horizonte se confunde
Con el obscuro mar. Desnudos gimen
Por doquiera los árboles la saña
Del viento azotador. Ningún ser vivo
Se ve en los campos. Soledad inmensa
Reina y desolación.....

Mis ojos doloridos

No verán ya mecerse de la palma
La copa gallardísima, dorada
Por los rayos del sol en Occidente;
Ni á la sombra del plátano sonante
El ardor burlaré del Mediodía,
Inundando mi faz en la frescura
Que espira el blando céfiro. Mi oído,
En lugar de tu acento regalado,

Tan sólo escucha de extranjero idioma
Los bárbaros sonidos.....

Si algún género de inspiración hay en las composiciones filibusteras de Heredia será, aunque más débil y apagada, aquella íntima y melancólica poesía, que delante del Niágara le hacía recordar

Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa y crecen,
Y al soplo de las brisas del Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen.....

y que en una imitación de Legouvé le movía á intercalar estos versos deliciosos de que no hay rastro en el original:

¡Oh! no me condenéis á que aquí gima,
Como en huerta de escarchas erizada
Se marchita, entre vidrios encerrada,
La planta estéril de distante clima.
.....

Heredia es, ante todo, poeta de sentimiento melancólico y de exaltación imaginativa, combinada con un modo propio y peculiar suyo de ver y sentir la naturaleza. En este punto no tiene rival en América; pero como cantor de la independencia americana va después de otros muchos, y cuando se lee, por ejemplo, su oda á Bolívar, después de haber leído la de Olmedo, no puede haber duda sobre el diverso temperamento de ambos poetas, nacidos, el uno, para la oda heroica, y el otro, para la elegía.

La originalidad de Heredia es indudable, pero no

resalta de un modo vigoroso sino en dos de sus composiciones: *El Niágara* y *El Teocalli de Cholula*. La opinión general, que no trato de contradecir, pone sobre todas la primera; y ¿á quién no asombra, en efecto, aquella elevación gradual y majestuosa con que el poeta se levanta desde la esfera de la contemplación física hasta la intuición del total destino humano y del particular suyo; y cómo, desde la revelación de Dios en las maravillas de la naturaleza, desciende á las agitaciones y flaquezas de la conciencia propia; y el arte soberano, la divina condensación lírica con que acierta á congrega, en tan breve espacio, un cuadro descriptivo en que nada falta ni nada sobra de cuanto puede tener expresión y alma en el estupendo fenómeno que se nos pone delante de los ojos; una meditación moral altísima y serena contrastando con la efervescencia de los versos anteriores, que parecen remedar el bullir y el estrépito de la ingente catarata; y una suave y lánguida tristeza que templá la austeridad del conjunto y no permite olvidar al hombre en el pensador y en el poeta? (1). Todo con cierta grandiosa unidad de composición que contrasta con el desorden habitual en Heredia, pero que se explica por el hecho de que el poeta, siguiendo el procedimiento que tanto recomendaba Quintana, había trazado primero en algunas líneas de prosa, en una carta que todavía existe, el croquis de la oda.

(1) Ha de advertirse que son muchas, y en general désacertadas, las correcciones que Heredia introdujo en esta *Silva* al reimprimirla en la edición de Toluca (1832). En la primitiva de Nueva York (1825) no están ni el *vórtice hirviente*, ni la *fuerza elástica*, ni otras frases afectadas ó de mal gusto que intercaló después por evitar más ligeros descuidos ó dar más variedad á la dición poética.

Pero reconociendo todos los méritos de esta soberbia inspiración, de esta «catarata de poesía»; mi particular preferencia recae más bien sobre *El Teocalli de Cholula*, que encuentro más exenta de todo resabio de declamación, más esmerada en los detalles, y tan suavemente graduada en su majestuoso y reposado movimiento: verdadera poesía de puesta de sol á un tiempo melancólica y espléndida. Si en alguna parte dió indicio Heredia del aquietamiento, que la mano del dolor y del desengaño comenzaba á labrar en él, mitigando sus hervores de mozo, trayéndole á una más recta contemplación del mundo y de la historia, fué de cierto en esta composición magistral, en que por otra parte desarrolla en toda su plenitud el admirable don que tuvo de la descripción *sin-tética*, así como Andrés Bello poseyó, en más alto grado que ningún otro poeta castellano, el de la descripción *analítica*, el de la paciente y minuciosa representación poética de los detalles (1). Aunque estas dos poesías suyas, especialmente el *Teocalli*, sean de lo más puro y correcto que nos dejó Heredia, y rara vez tropiecen en ellas el gusto ni el oído con disonancias ni asperezas, siempre la lengua que habla Heredia parece pobre y tímida comparada con la de Bello, de quien puede decirse que robó á los poetas latinos el arte misterioso de los epítetos animados y de las asociaciones sugestivas, todo aquel artificio de dicción docta y laboriosa que Petronio compendiaba bajo el nombre de *curiosa felicidad* de Horacio. Para esto sirvió á Bello su admi-

(1) Véase finamente expresada esta diferencia en un artículo de D. Rafael Pombo sobre *Poesía descriptiva americana*. (*Anuario de la Academia Colombiana. Año de 1874.*)

rable cultura de humanista que Heredia no pudo granjear, ni mucho menos acrisolar, en vida tan corta, errante é infeliz como fué la suya; oponiéndose á ello por otra parte su bravía é impetuosa naturaleza, que no le dejaba reparar mucho en el modo de decir las cosas, con tal que las dijese de un modo enérgico y resonante.

Pero no se ha de creer que Heredia, aunque poeta personalísimo en sus ideas y afectos, y gran pecador contra la pureza de la lengua y del gusto, deba ser tenido por poeta romántico. Su puesto está en otra escuela que fué como vago preludeo, como aurora tenue del romanticismo. Es cierto que alguna vez imitó á lord Byron, trasladando á nuestra lengua con sumo vigor el terrible sueño en que la fantasía del poeta británico pintó la desaparición de la luz en el mundo; pero lo que más parece haberle complacido en Byron es el tipo del pirata ideal, el alarde de una personalidad indómita y selvática sublevada contra todas las leyes humanas y divinas:

Será mi asilo el mar. Sobre su abismo
De noble orgullo, y de venganza lleno,
Mis velas desplegando al aire vano,
Daré un corsario más al Oceano,
Un peregrino más á su hondo seno.

.....
De la opresión sangrienta y coronada
Ni temo el odio ni el favor impetro:
Mi rojo pabellón será mi cetro,
Y mi dominio mi cubierta armada.

Pero fuera de esta semejanza, más bien moral que literaria, y en rigor aparente, puesto que el alma tierna y afectuosa de Heredia, víctima sólo de sus quimeras políticas, tenía poco que ver con el feroz egoísmo de Byron (el cual, por otra parte, técnicamente conside-

rado, más pertenece á la escuela clásica de su país que á la romántica), el romanticismo, propiamente dicho, tiene poco que reclamar en los versos de Heredia, cuya verdadera filiación está evidentemente en aquella escuela sentimental, descriptiva, filantrópica y afilosofada que, derivada principalmente de la prosa de J. Jacobo Rousseau, tenía á fines del siglo XVIII insignes afiliados en todas las literaturas de Europa, y entre nosotros uno no indigno de memoria en Cienfuegos, que si hubiera acertado á escribir como acertó á pensar y á sentir, hubiera sido gran poeta. Cienfuegos es el principal responsable de los defectos de Heredia, como ya notó D. Alberto Lista (1), pero también es justo referir á él algunas de sus buenas cualidades. Todos los neologismos, todas las extravagancias de construcción, todas las metáforas incoherentes que se han notado en Heredia están puntualmente en Cienfuegos; pero está también su robusta entonación, su habilidad en el uso de los cortes rítmicos y de las pausas, y en otro orden de cosas que no toca á la pura técnica, su vaga sensibilidad y su melancolía, aunque Heredia sea siempre más ardiente y viril, y Cienfuegos más enfermizo y nebuloso. *El Desamor*, por ejemplo, es una mezcla de Chateaubriand y de Cienfuegos, muy digna de estudio. ¿Qué más? Hasta en *El Niágara* le persigue la memoria de su autor predilecto, en cuya lectura estaba tan empapado, que le acontecía imitarle sin quererlo. Cienfuegos había dicho en su poema *La Primavera* (que tiene

(1) Véase su famosa carta de 1.º de Enero de 1828 á D. Domingo del Monte, reproducida en algunas ediciones de las poesías de Heredia y en varios estudios sobre este poeta.

grandes bellezas descriptivas, ahogadas por insufribles rasgos de sentimentalismo):

¿Y por siempre sin fin estéril llama
 En mi pecho arderá? ¿Nunca una amante
 Dará empleo feliz á la ternura
 De un triste corazón á quien inflama
 Todo el dios del amor; que ni un instante
 Vivirá sin amar? ¿Do está, oh natura,
 Tu ley primaveral? En vano, en vano
 De un nuevo Abril renacerá florido,
 De un amor y otro amor.
 Yo no culpable,
 Yo solo en juventud ¡ay me! perdida,
 Entre tanto contento
 Mi soledad y desamor lamento.
 ¡Yo *desquerido*,
 Sin hijos, sin esposa:
 Nunca será mi primavera hermosa!

Y dice Heredia:

. ¡Ay! agostada
 Siento mi juventud, mi faz marchita,
 Y la profunda pena que me agita
 Ruga mi frente de dolor nublada.
 Nunca tanto sentí como este día
 Mi soledad y mísero abandono
 Y lamentable desamor.... ¿Podría
 En edad borrascosa
 Sin amor ser feliz?
 ¡Ay! desterrado
 Sin patria, sin amores,
 Sólo miro ante mi llanto y dolores!

El modelo no puede ser más evidente, pero la originalidad de Heredia es tan vigorosa, que aun viéndose en él rastros del estilo de Cienfuegos; de la última manera de Meléndez (verbigracia, en la elegía *¡Adiós, amada, adiós! llegó el momento.....*, que recuerda en seguida el *Adiós, voy á partir, bárbara amiga.....*); del estro pa-

triótico de Quintana (verbigracia, en la oda *A los Griegos en 1821*); y aun de la mansa dulcedumbre de Lista (por ejemplo, en la oda *A la Religión*, dictada por el mismo género de cristianismo sentimental y teo-filantrópico que inspiró la bella oda *A la Beneficencia y El Triunfo de la Tolerancia*); y habiendo traducido é imitado tanto de la literatura francesa y aun de la inglesa é italiana, de Millevoye, de Arnault, de Legouvé, de Delavigne, de Lamartine, de Young, de Campbell, del falso Ossian, de Pindemonte, de Fóscolo.... (algunas veces sin declararlo), todavía queda en él un sello de independencia y de vida poética propia, la cual se cifra en la expresión de su carácter ardiente, apasionado, vehementísimo y sensual (cien veces reflejado en sus poesías); y en sus descripciones, no muy pacientes, pero sí muy brillantes, de naturaleza americana, que eran entonces una singular novedad en el arte, por más que Chateaubriand hubiese comenzado á introducir las en la prosa.

¡Mentira parece que de la misma fragua de donde salieron *El Teocalli* y *El Niágara*, saliesen tantos versos incorrectos, vulgares é insípidos como afean la voluminosa colección de Heredia, demasiado voluminosa para su buen nombre! Los versos eróticos, sobre todo, deben desecharse á carga cerrada ó poco menos. Son ardientes y sinceros en su sensualidad; no son versos de pura imitación; expresan á veces la embriaguez del deleite, pero no la expresan poéticamente. De ellos ha dicho el Sr. Cánovas: «Son cartas de amor que ganarían mucho con estar en prosa.» Y yo añado, aunque parezca paradoja, que quizá Heredia amó demasiado para ser buen poeta amatorio. De tal modo le domina el tumulto

de los sentidos, que apenas deja espacio libre para la aparición, siempre lenta y laboriosa, de la forma artística que, cuando el espíritu no la emancipa, permanece como soterrada y envuelta en el momento erótico, el cual por sí solo no tiene valor ni eficacia poética alguna, como no sea para el propio individuo.

En cambio, Heredia aparece gran poeta siempre que describe, y esto aun en composiciones que por lo demás no merecen grande alabanza. Algunos hermosos fragmentos como *La Tempestad*, *La Muerte del Toro*, etcétera, forman digno cortejo á sus dos obras maestras; y las traducciones son, en general, recomendables, salvo alguna como *La Novia de Corinto*, de Goethe, en que no pudo consultar directamente el original ni apropiarse su recóndita belleza (1). En cam-

(1) Nació D. José María de Heredia en Santiago de Cuba, de padres dominicanos, el 31 de Diciembre de 1803; hizo sus estudios de Humanidades y Derecho en Santo Domingo y en la Habana, demostrando extraordinaria precocidad intelectual: dicen que componía versos á los diez años. En 1820 se graduó de Bachiller en leyes, y comenzó á ejercer en Matanzas la profesión de abogado. Por haber tomado parte en una conspiración separatista, fué condenado á destierro perpetuo de la isla en 1823. Residió tres años en los Estados Unidos, y de allí pasó á México, donde ocupó sucesivamente los cargos de Oficial de la Secretaría de Estado, Juez de primera instancia, Fiscal de la Audiencia, y, finalmente, Magistrado. En 1836 el Capitán general D. Miguel Tacón le permitió volver por algunos meses á Cuba, donde continuaba residiendo su familia. De vuelta á México, se encargó de la dirección de la *Gaceta Oficial* de la República; pero su salud estaba tan quebrantada, que hubo de retirarse al poco tiempo á Toluca, donde falleció el 21 de Mayo de 1839. Su muerte fué ejemplar y digna de un varón piadoso, y sus últimos versos atestiguan la sinceridad y firmeza de su fe católica, que no le había desamparado ni aun en medio del torbellino revolucionario.

Hay diez ó doce ediciones de las poesías de Heredia, publicadas unas en América y otras en Europa. La de Nueva York, 1825, y la de Toluca, 1832, son las únicas que el autor dirigió por sí mismo, debiendo advertirse que la mayor parte de los pocos ejemplares de la segunda que pueden encontrarse

bio con la poesía inglesa cobró mucha familiaridad en sus últimos años, y no puede negarse que esto contribuyese en gran manera á extender el campo de sus ideas, si bien no modificó esencialmente su gusto, ni apartó su estilo de la tradición de Cienfuegos y Quintana, que ya

en Cuba y en España, están mutilados, faltándoles las composiciones revolucionarias, que Heredia incluyó sólo en los ejemplares destinados á México. De las posteriores, la más completa y esmerada es la de Nueva York, 1875, publicada por D. Néstor Ponce de León, con una biografía de Heredia escrita por D. Antonio Bachiller y Morales, trabajo apreciable, pero que tenemos por muy incompleto. La verdadera biografía de Heredia está aun por hacer, y sólo puede escribirse en América, donde existen sus publicaciones en prosa, que apenas son conocidas aquí, y gran número de cartas suyas que deben de tener grande interés á juzgar por las muestras que hemos visto. Sería de desear que este trabajo se hiciese con la mayor imparcialidad posible, y que acompañase á una edición completa de sus obras, que todavía no existe.

El primer tomo de la de Ponce contiene los versos líricos, y el segundo tres tragedias traducidas ó imitadas, el *Abufar*, de Ducis; el *Tiberio*, de Chénier, y el *Sila*, que es de Jouy, aunque no se indica el autor. Todas ellas se representaron en México: el *Tiberio* lleva una dedicatoria á Fernando VII llena de feroces insultos. De otra tragedia suya, titulada *Los últimos romanos*, no conocemos más que el título: consta además que tradujo *Mahoma ó el Fanatismo*, de Voltaire; *Cayo Graco*, de Chénier, y *Saúl*, de Alfieri. En 1831 publicó en Toluca cuatro tomitos de *Lecciones de Historia Universal*, sobre el modelo de las que había compuesto en inglés el profesor Tytler. Son muchos los periódicos que redactó ó en que colaboró: la *Biblioteca de Damas*, *El Iris*, *La Miscelánea*, *El Indicador de la Federación Mexicana*....

Entre los críticos extranjeros que han hecho plena justicia al mérito poético de Heredia, hay que citar al insigne Villemain (*Essais sur le génie de Pindare et sur la poésie lyrique*...., 1859, páginas 580-586), y al inglés J. Kennedy en su libro muy curioso y no bastante conocido entre nosotros, *Modern Poets and Poetry of Spain*.... (London, 1852), páginas 265 á 290. Kennedy puso en inglés algunas poesías de Heredia, y antes se había hecho en los Estados Unidos una traducción de *El Niágara*, que Kennedy califica de excelente. Á la diligencia de este erudito inglés se debe el haber notado los originales de muchas composiciones traducidas ó imitadas, cuyo origen no se expresaba en la edición de Toluca. Y dice con mucha razón: «*It is much to be regretted that Heredia did not distinguish his original compositions in all cases from imitations, as there is no statement with regard to this one, of its ha-*

en su tiempo habian sido asiduos lectores de Young y de Thompson.

La superioridad de Heredia sobre el resto de los poetas cubanos de la escuela clásica es tan abrumadora, que ha perjudicado sin duda á la modesta fama que merecen algunos contemporáneos suyos, especialmente el pulcro y elegante *Delio* (D. Francisco Iturrondo), que quiso remedar las silvas americanas de Bello en una que llamó *Rasgos descriptivos de la naturaleza cubana*, la cual naturalmente pierde mucho cotejada con su modelo insuperable; y el consumado humanista y bibliógrafo D. Domingo del Monte, amigo de Gallego, de Lista y de Gallardo, y Mecenaz generoso de toda la juventud literaria de la isla. Pero según el criterio estricto de la patria geográfica que adoptamos en esta obra, no pueden figurar en la serie de los poetas cubanos, ni Iturrondo ni Del Monte, puesto que el primero había nacido en Cádiz, si bien residió en América desde los seis años; y el segundo era venezolano, de Maracaibo; aunque apenas hubo entre los nacidos en la grande Antilla, quien tanto se afanase por su progreso y cultura, así

ving taken from another author..... The interest of literature require that such acknowledgements should be uniformly made, that we should know gold from imitations, and give every one his right and place.»

Yo creo, sin embargo, que esta omisión, lo mismo en Heredia que en Pesado y otros de aquel tiempo, nacía de abandono más bien que de mala conciencia literaria. El mismo Kennedy lo reconoce: «*Heredia's original poems, many of them written to, or respecting his near relatives or other friends, betoken so much true poetic feeling, as well as flow of poetical ideas, that we cannot suppose the neglect of which we have complained to have been more than an oversight. He might even in some cases have lost remembrance of his obligations, and repeated from memory when he thought he was writing from inspiration..... He had, however, in early life so many privations to endure, that we may not be surprised at his inexactness in minor matters.»*

económica como intelectual. Era Del Monte hombre juiciosísimo, de vasta lección y gusto muy acendrado, gran celador de la pureza de la lengua castellana, y de la conservación de sus antiguos tesoros, é hizo en Cuba tan buen servicio como el Conde de la Cortina en México, oponiéndose á la irrupción de los barbarismos locales y recomendando el estudio de los clásicos castellanos, de cuyas obras llegó á reunir copiosa biblioteca. Por los años de 1830 á 1840 su casa de Matanzas era una especie de tertulia literaria, ó más bien de academia, por donde pasaron todos los hombres eminentes de Cuba, y en donde algunos puede decirse que se educaron. No sabemos si las ideas políticas de Del Monte diferían mucho de las que entonces desgraciadamente dominaban en el ánimo de la mayor parte de los cubanos literatos: su intimidad con Heredia y Luz Caballero, y la especie de destierro en que vivió en Madrid desde 1844 hasta su muerte, acaecida en 1853, inducen á creer que no; pero lo cierto es que no se le puede acusar de ningún pecado contra el patriotismo literario. Sus agradables romances sobre costumbres del campo de Cuba son de la mejor escuela peninsular, y así en ellos como en sus sátiras y epístolas, y en las traducciones que hizo de algunas elegías italianas de Monti, campea la dicción más tersa y castiza. Su predilecto entre los poetas españoles modernos era D. Juan Nicasio Gallego, y á la diligencia de Del Monte se debió la primera, aunque incompletísima, edición de los *versos* del cantor del *Dos de Mayo*, publicada en Filadelfia en 1829, y que es ya peregrina entre los bibliófilos.

Con Del Monte contribuyeron á difundir sanos principios literarios varios humanistas y poetas de mediano

mérito, entre los cuales recordamos á D. Ignacio Valdés Machuca (*Desval*), imitador de Meléndez Valdés y de Arriaza en un tomo de poesías ligeras que tituló *Ocios poéticos* (1819) y traductor ó más bien refundidor de las *Cantatas* de Juan Jacobo Rousseau (1829); al profesor de Filosofía D. Manuel González del Valle, que publicó en 1827 un *Diccionario de las Musas, donde se explica lo más importante de la poética teórica y práctica....*; al célebre abogado D. Anacleto Bermúdez (*Fileno*); á D. José Policarpo Valdés (*Polidoro*), y á otros varios que, sin ser poetas de profesión, hicieron alguna vez elegantes versos, con la facilidad que para hacerlos suele tener toda persona culta en los países de lengua española, y especialmente en América. Algunos de estos ingenios, y otros ya citados, como Iturrondo (*Delio*), tomaron parte en la *Corona Fúnebre* á la memoria del ilustre Obispo de la Habana, Espada y Landa (1834), y en la *Aureola poética* que dedicaron las *Musas del Almendares* á Martínez de la Rosa con motivo de la promulgación del Estatuto Real. De éstos y otros muchos versificadores, que considerados como tales no tienen importancia, aunque á veces la tengan muy grande en otros estudios, como el eminente naturalista D. Felipe Poey y el bibliógrafo y anticuario Bachiller y Morales, pueden verse noticias y muestras en el *Parnaso Cubano*.

El clasicismo de Del Monte era amplio y tolerante como el de Lista: así es que él alentó los primeros ensayos románticos en Cuba, y bajo su protección comenzó á desarrollarse el talento poético del principal representante de la escuela, José Jacinto Milanés. Este simpático é infeliz poeta, que empezó tan bien y acabó tan

desastrosamente, entorpecida su razón por las nieblas de la locura, y mucho antes por las del mal gusto, tuvo en su corta vida literaria dos períodos, que importa distinguir para que sea recto el juicio que sobre sus versos recaiga. Hay un Milanés de los primeros tiempos, nutrido con el estudio de Lope de Vega, y como él espontáneo, tierno, fluido y sencillo, el Milanés de *La madrugada* y de *La fuga de la tórtola*, aquel de quien decía Zenea: «Sus versos se deslizan como el agua que apenas hace ruido: son como las perlas desprendidas del hilo en que estaban ensartadas y que caen sobre un plato de oro.» Este dulce Milanés, poeta de sentimiento candoroso y casi infantil, es el único que para la posteridad importa: tiene su fisonomía propia, que es la *ingenuidad* lírica; su peculiar modo de sentir la naturaleza:

Vedla rejuvenecerse,
 Vedla rodar en el río,
 Brillar pura en el rocío,
 Con los árboles mecerse;
 Arrastrada en el reptil,
 Fiera y alzada en el bruto,
 Dulce en el colgado fruto,
 Risueña en la flor gentil....

Tiene también su peculiar esfera de sentimiento; y la vaga melancolía romántica, al pasar por sus labios, toma un no sé qué de lánguido y femenino, que agrada por el contraste con la intemperancia frenética que en su tiempo dominaba:

«Si en un ramo miro á solas
 Dos aves cantar querellas,
 Si relucir dos estrellas,
 Si rodar dos mansas olas,
 Si dos nubes enlazarse

Y por el éter perderse,
 Si dos sendas una hacerse,
 Si dos montes contemplarse,
 Me paro, y con ansiedad,
 Recuerdo que á nadie adoro,
 Miro tanto enlace y lloro
 Mi continua soledad.»

Á este suave poeta, que, con parecer tan inocente y aniñado, no dejaba de encerrar, en el sencillo cuadro de un idilio, toda una síntesis del amor y de la naturaleza, sucedió otro Milanés insoportable, despeñado en todos los abismos de un incorrecto y callejero romanticismo, con cándidas aspiraciones de reforma social. La lectura de Espronceda, que era sin duda el poeta que menos cuadraba á su índole, le fué, por muchas razones, funesta. Se enamoró de lo que Espronceda tiene menos digno de imitación y de lo que menos podía él imitar, y vició torpemente su índole poética propia, por entregarse á la fascinación que sobre él ejercía la acre poesía socialista de *El Verdugo*, *El Reo de Muerte* y *El Mendigo*. Entonces brotaron de su pluma aquellos increíbles abortos de una demencia literaria, que desgraciadamente era precursora de otro género de demencia: *La Ramera*, *Á una madre impura*, *El Expósito*, *La Cárcel*, *El Hijo del rico*, *El Ebrio*, *El Bandolero*....., lucubraciones en que compite lo vulgar y grosero del pensamiento con la forma desaliñada y á veces soez y chavacana, como si el autor hubiese olvidado de repente hasta las nociones más triviales de versificación y estilo poético.

Dejadas todas estas aberraciones en el olvido que merecen, bástanle á Milanés, para perpetuar su nombre, cinco ó seis de sus primeras poesías líricas. Fué también

poeta dramático, y de los más estimables entre los pocos que han ensayado este género en América; no porque tuviese grande habilidad en la traza de sus planes, ni conocimiento ni práctica de la escena, sino porque tenía pasión y fuego, y había aprendido el arte de dialogar en nuestros antiguos dramáticos, y especialmente en Lope de Vega. *El Conde Alarcos* es un drama de contextura muy endeble y viciosa, que seguramente no podría sostenerse en las tablas, pero que leído agrada como una leyenda lastimera ó una patética elegía; si bien algo le daña, como á todos los dramas compuestos sobre el mismo asunto, desde Lope, Guillén de Castro y Mira de Mescua hasta Federico Schlegel, la comparación con la sublime y trágica grandeza del antiguo romance, donde un juglar inculto se levantó, por la sola fuerza del sentimiento, á bellezas dignas de Eurípides. Pero así en *El Conde Alarcos* como en otros ensayos de Milanés, verbigracia, *El Poeta en la corte*, el proverbio dramático *Á buena hambre no hay pan duro* (cuyo protagonista es Cervantes,) y la agradable imitación de Lope que tituló *Por el puente ó por el río*, hay, no sólo buen sabor de dicción, sino ambiente español de los tiempos clásicos, y una especie de adivinación del Madrid de capa y espada; que es rara, por no decir única, en obras de poeta americano, y que parece fenómeno de atavismo más que resultado del estudio. Algo de esto hay también en las leyendas y cuentos en verso que escribió imitando á Zorrilla, pero en general valen menos. Hizo también cuadros dialogados de costumbres con el título de *El Mirón cubano* (1).

(1) Nació D. José Jacinto Milanés en Matanzas, el día 16 de Agosto

Todavía más desdichada que la suerte de Milanés fué la de otro poeta contemporáneo suyo, en quien extraordinarias circunstancias personales han venido á realizar un mérito positivo y real, siquiera haya sido desatinadamente exagerado. Gabriel de la Concepción Valdés, más conocido por su pseudónimo de *Plácido* (que tomó, según parece, de una novela de Mme. de Genlis), era un poeta *de color*, hijo de padre mulato y mujer blanca: era además expósito, ejerció un oficio mecánico, no tuvo más cultura que la que el infeliz pudo granjearse en lecturas desordenadas de los primeros libros que le caían en la mano: participó, pues, de algunos de los privilegios del genio inculto, cuya aparición es ya tan rara en nuestras sociedades; y para que nada faltase á la extraña novela de su vida, fué conspirador y murió fusilado. Todo esto, aunque sus versos valiesen menos de

de 1814. No concurrió á más escuelas que la de primeras letras: sus estudios literarios fueron de indole privada, puesto que desde su adolescencia vivió entregado á las prosaicas operaciones mercantiles. Del Monte dirigió sus primeros pasos, y le ayudó mucho con sus consejos y con sus libros. Desde 1837 comenzaron á aparecer sus versos en *El Aguinaldo Habanero*, en *El Álbum*, en *El Plantel*, en *La Cartera Cubana*, etc. En 1843 sintió los primeros amagos de la terrible enfermedad que obscureció su inteligencia y le llevó á la tumba después de un martirio de veinte años. Falleció el 14 de Noviembre de 1863.

La primera edición de sus *Obras* (poesías líricas, teatro y algunos artículos en prosa), divididas en cuatro volúmenes, fué publicada en 1846 en la Habana por un hermano del poeta, y es ya muy rara. La que tengo á la vista es la segunda, de Nueva York, 1865, en un solo pero grueso volumen en 4.º, á dos columnas, «corregida, aumentada y precedida de un nuevo prólogo del editor sobre la vida y escritos del poeta» (Nueva York, Juan F. Trow y C.^a, 1865). La biografía, aunque enfática y nebulosa, contiene algunas observaciones críticas no despreciables. Del Federico Milanés, que la firma, conozco varias sátiras y otras poesías de cierto mérito, insertas en *El Parnaso Cubano*. Sus mejores versos son quizá los que compuso en el aniversario de la muerte de su hermano.

lo que valen, haría interesante á *Plácido* como curiosidad antropológica y como trágico ejemplo de las desdichas humanas y objeto de piedad y conmiseración para toda alma generosa: la relación de sus últimos momentos conmueve, y prueba que nada tenía de vulgar el hombre que supo morir tan resignada y cristianamente, con grandeza de ánimo y sin jactancia. No es de admirar, pues, que al juzgar al poeta, y esto no sólo en América, donde su apoteosis servía para otros fines, sino en España, donde el noble instinto de la raza se puso desde el primer momento de parte del poeta sacrificado, la balanza de la crítica se haya torcido siempre del lado de la indulgencia, hasta tocar los límites del ditirambo. Un poeta espontáneo, ignorante de todas las cosas divinas y humanas, y por añadidura negro, ó á lo menos pardo, era un hallazgo inestimable para los que de buen grado cifrarían su ideal artístico en un *genio* que no supiese leer ni escribir, aunque sólo en esto se pareciese al divino Homero. La idea, pues, tan absurda como frecuente en España, de la incompatibilidad entre el *genio* de la poesía y la meditación y el estudio, ha servido admirablemente á la fama de *Plácido*, no menos que su muerte trágica, muy propia también para confirmar otra vulgaridad muy corriente, sobre todo en los tiempos románticos, cual es la del lazo estrechísimo y fatal entre el *genio* y la desdicha.

Ni *Plácido* era genio, ni poeta enteramente rudo, ni el color de su cara se trasluce en sus versos, ni sus delirios políticos, ó más bien los rencores de casta, que le arrastraron al patíbulo, tienen que ver con el poco ó mucho talento poético que Dios le hubiera concedido. Es sin duda, hasta la hora presente, el más notable de

los poetas *de color*, lo cual no quiere decir que pueda aplicársele lo que se dijo de Juan Francisco Manzano (1): «Es el mejor de los poetas negros y el peor de los poetas blancos» (2). Blanco ó negro, *Plácido*, aunque muy distante de Heredia, de Milanés, de la Avellaneda, de Luáces y de Zenea, para no citar á otros, tiene su valor propio y su representación en el Parnaso cubano.

Quien escribió el magistral y primoroso romance de *Xicotencal*, que Góngora no desdeñaría entre los suyos, el bello soneto descriptivo *La Muerte de Gessler*, la graciosa letrilla de *La Flor de la caña* y la inspirada plegaria que iba recitando camino del patíbulo, no necesita ser mulato ni haber sido fusilado para que la posteridad se acuerde de él. Es cierto que la mayor parte de sus poesías, con excepción de las citadas y de otras cuatro ó cinco, son un fárrago ilegible que, en honra de su autor, debiera quemarse; pero aun en lo

(1) De este poeta, que no era mulato como *Plácido*, sino negro de raza pura y cocinero de oficio, nada hemos querido insertar en esta Colección, porque lo interesante en él no son precisamente sus versos, sino su color y el esfuerzo con que, merced al cultivo de la poesía, fué limando los hierros de su esclavitud hasta lograr la emancipación, que le costaron varios amigos de las letras. El tomito de sus *Poesías Líricas* se imprimió en 1821, y escasea mucho. Hay otras composiciones posteriores en varios periódicos de la isla, y por la rareza del caso han sido traducidas algunas de ellas al francés por Schœlcher en su libro *Abolition de l'esclavage* (1840), y todas al inglés por R. R. Maddens (*The Poems by a slave in the Island of Cuba recently liberated, translated from the spanish, by R. R. Maddens, M. D....* London, 1840). Lo más curioso que este libro contiene es una especie de autobiografía de Manzano. Entre los versos tiene relativo valor, para hecha por un infeliz esclavo, la oda *Á la música*. Hay curiosas noticias de él y de otros negros y mulatos poetas en el opúsculo de D. Francisco Calcagno, *Poetas de color* (La Habana, 1878).

(2) *La Poesía Lírica en Cuba*, por D. Emilio M. González del Valle, segunda edición. Barcelona, 1884, pág. 171.

peor hay, por lo menos, condiciones de versificador gallardo, y casi siempre puede entresacarse aquí un verso, acullá una estrofa, que dan testimonio del dón innato que *Plácido* tuvo de la armonía y de la imagen. Las composiciones de circunstancias que con tan desdichada fertilidad produjo, las odas á la reina Cristina y á la reina Isabel, los cantos encomiásticos de sus innumerables Mecenas, próceres cubanos ó simplemente hacendados y capitalistas, suelen ser disparates, pero disparates sonoros. El autor muchas veces no sabe lo que dice, pero casi siempre halaga el oído, y cuando describe ó compara parece otro hombre. Sus cualidades son casi todas exteriores, pero muy brillantes, y si se repara que *Plácido* era improvisador de ofició, no habrá reparo en tenerle por uno de los poquísimos improvisadores que han tenido la suerte de dejar algo digno de la posteridad. Derrochó la mayor parte de su vena en asuntos triviales ó en versos de encargo, y tuvo que ser con frecuencia un zurcidor de palabras huecas, contagiado con todos los vicios del mal gusto colonial y de la rima casera, pero alguna vez, en circunstancias solemnes y terribles de su vida, fué honrado con las visitas, aunque fugaces, de una musa más alta, la que le inspiró el soneto *Fatalidad* y la *Plegaria*. Por ella pudo decir *Plácido*; *non omnis moriar*.

De su falta de cultura se ha hablado mucho; ya en son de elogio, ya de vilipendio. Ni lo uno ni lo otro merece: la ignorancia no es buena inspiradora para nadie, ni fué en *Plácido* tan absoluta como se pondera. Así que hubo descubierto alguna facilidad para la versificación, tuvo amigos y protectores como González del Valle, Valdés Machuca, y, según creo, el mismo Del

Monte, que le pusieron en la mano buenos libros de poesía castellana, únicos que él podía leer. Es cierto que por sus manos pasaron las obras de Martínez de la Rosa, la colección selecta que formó Quintana de los poetas castellanos, la Corona fúnebre de la Duquesa de Frías, otros versos de Gallego, y, en los últimos tiempos, las obras de Zorrilla. De todo esto han quedado manifiestas reminiscencias en sus composiciones, donde suele intercalar versos enteros de sus poetas favoritos, á quienes, por otra parte, dejó memorias en su testamento, encargando, además, á un amigo suyo que hiciese imprimir con letras de oro una de las odas de Quintana, como último testimonio de su admiración á nuestro gran lírico del siglo XVIII.

Todo esto prueba que *Plácido*, aunque en otras cosas fuese un *guajiro* á medio pulir, estaba muy versado en la literatura poética de su tiempo, de donde toma, además, su corta erudición, el caudal de nombres propios, históricos, mitológicos y geográficos, de que hace infantil alarde en sus versos. Distaba mucho, por tanto, de ser un poeta espontáneo ni popular, y la única semejanza que pudo tener con los rapsodas y juglares antiguos fué su vida de improvisador errante y aquella especie de mendicación literaria con que ayudaba á su pobre subsistencia. Era más bien un hombre de semicultura, en parte sana y clásica, pero poco acomodada á su índole: hombre de buena memoria y de ingenio vivo, en quien se estampaba como en blanda cera cuanto oía ó leía, aspirando á remedar las bellezas de los grandes maestros, como lacayo que se viste con las ropas de su señor. No sabemos qué poesías dará la raza etiópica entregada á sí misma, pero de fijo serán muy

diversas de los amanerados cumplimientos, insulsas fábulas y epigramas chavacanos con que *Plácido* inundaba los diarios de la Habana y de Matanzas, y de las odas pindáricas que disparaba en todo natalicio, boda ó fiesta de personas principales. El poeta enteramente lego y rudo, el salvaje de genio, si es que ha existido alguna vez, no es ya fruta de nuestros tiempos: hoy el poeta más ignorante no puede ser ignorante más que á medias, lo cual, bajo el aspecto poético, es sin duda peor que la ignorancia absoluta, puesto que en tal poeta aparecerán realzados y subidos de punto todos los vicios del gusto, todas las corruptelas y vulgaridades del medio ambiente, contra cuya maléfica influencia sólo una cultura sólida y vasta puede ser eficaz remedio (1).

(1) Gabriel de la Concepción Valdés nació en la Habana el 18 de Marzo de 1809, era hijo ilegítimo de un mulato y de una bailarina de teatro, y fué expuesto en el torno de la Casa de Misericordia. Ya hemos indicado las principales circunstancias de su desdichadísima vida. Ejerció varios oficios, pero con más constancia que otro ninguno el de peinetero, distinguiéndose por la artística habilidad con que labraba el *carey*. La poesía, á la cual debió efimeros triunfos, fué á la postre causa de todas sus miserias, lanzándole á la vida errante de improvisador, que arrastró por varias partes de la isla en un estado de penuria próximo á la indigencia. Tropezó con amistades sospechosas que, torciendo y explotando malamente su índole apasionada y la nativa aspiración á grandezas, que suele ser distintivo de los talentos estéticos algo desequilibrados, le hicieron afiliarse en tenebrosos conciliábulos y pronunciar execrables juramentos, según él mismo indica en este soneto memorable, aun más que por lo malo, por la bárbara ferocidad que respira:

Á la sombra de un árbol empinado,
 Que está de un ancho valle á la salida,
 Hay una fuente que á beber convida
 De su líquido puro y argentado;
 Allí fui yo por mi deber llamado,
 Y haciendo altar la tierra endurecida,
 Ante el sagrado código de vida,
 Extendidas mis manos he jurado:
 «Ser enemigo eterno del tirano,
 Manchar, si me es posible, mis vestidos
 Con su execrable sangre, por mi mano

Todos los poetas hasta aquí mencionados son cubanos en el más estricto rigor de la frase, no sólo como naturales de Cuba, sino como formados y educados allí y sometidos en mayor ó menor grado á la influencia del gusto local. Por el contrario, la grande alma poética que ahora se ofrece á nuestra contemplación, aunque sea honra imperecedera de América por su origen, pertenece enteramente á Europa por su educación y desarrollo, y ocupa con justicia uno de los primeros lugares

»Derramada con golpes repetidos;
Y morir á las manos de un verdugo,
Si es necesario, por romper el yugo.»

La conspiración en que se dice que *Plácido* tomó parte, y sobre la cual reina todavía grande obscuridad (como sobre otras muchas cosas de la historia contemporánea de Cuba, donde el espíritu recto y amante de la justicia no sabe muchas veces á qué atenerse en medio del laberinto de opuestas pasiones y relatos contradictorios), no parece haber tenido relación directa con las conspiraciones separatistas de los criollos. Fué más bien una conspiración de negros y mulatos contra la raza blanca de la isla, con intento de hacer de Cuba otra república de Haití. Quizá *Plácido*, en sus visiones literarias, soñaba con ser el Toussaint Louverture de esta república. El despertar fué terrible: *Plácido* murió fusilado en Matanzas con otros diez compañeros, el 28 de Junio de 1844. Autores muy graves, muy españoles y muy informados de las cosas de la isla, sostienen que hubo en aquel proceso espantosas iniquidades jurídicas, y no falta quien niegue hasta la existencia de semejante conspiración. Lo cierto es que *Plácido* murió protestando de su inocencia.

De sus versos hay muchas ediciones, hechas, ya en París, ya en los Estados Unidos, ya en la isla de Cuba, y aun alguna en España. Las dos más copiosas (¡ojalá no lo fuesen tanto!) son la de Nueva York de F. J. Vingt, en dos tomitos, 1856, y la de la Habana, 1886, publicada por D. Sebastián Alfredo de Morales, con el formidable aumento de doscientas diez composiciones inéditas. *Plácido* ha tenido el honor de ser traducido íntegramente al francés: imagínese lo que habrá quedado de una poesía, casi siempre exterior, y desnuda y vacía de todo pensamiento (*Poésies complètes de Plácido..... traduites par D. Fontaine, avec une préface de Louis Jourdan*, París, 1863). Algunas poesías suyas pueden leerse también en alemán y en inglés.

en el Parnaso español de la era romántica. Su nombre está en boca de todos, aunque quizá su mérito absoluto no haya sido tasado siempre tan alto como debe serlo; por la vulgar prevención ó antipatía contra la literatura femenina, prevención que, sea cualquiera su fundamento ú origen, resulta irracional y absurda cuando recae en obras de valer tan alto que nadie piensa en preguntar el sexo de quien las hizo. Lo cual no quiere decir tampoco que, tratándose de D.^a Gertrudis Gómez de Avellaneda, á quien bien se entenderá que aludimos, vayamos á dar por buenos aquellos insulsos apotegmas que en su tiempo, y aun después, han tenido la suerte de ser tan repetidos como suelen serlo todas las necedades con aparato de ingeniosas: «¡Es mucho hombre esta mujer! No es una poetisa, es un poeta.» La Avellaneda era mujer y muy mujer, y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer, así en las efusiones del amor humano como en las del amor divino. Lo que la hace inmortal, no sólo en la poesía lírica española, sino en la de cualquier otro país y tiempo, es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente é impetuosa, ya mística y profunda de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentas y naufragios del alma femenina. Lo femenino eterno es lo que ella ha expresado, y es lo característico de su arte: la expresión robusta, grandilocuente, magnífica, prueba que era grande artista y espíritu muy literario quien acertó á encontrarla, pero no espíritu que hubiese cambiado de sexo ni renegado de la envoltura en que Dios quiso encerrarle. Faltaría algo á nuestra lírica moderna si la Avellaneda no hubiese traído á ella con tanto brío y tanta sinceridad, esta nota

originalísima, sin romper con ninguna convención literaria ni social, pero sorteándolas hábilmente.

Bajo tres distintos aspectos puede ser considerada la Avellaneda, si atendemos á los diversos géneros que cultivó: lírica, drama, novela. Como novelista cae realmente fuera de nuestra jurisdicción, y por otra parte sólo pueden hacerse de ella elogios muy relativos, sobre todo si se la compara con su gran contemporánea francesa, á la cual parece haberse propuesto por modelo, si bien en otras ocasiones prefirió á Dumas ó á Víctor Hugo. Es la parte de sus obras que hoy resulta más anticuada, menos personal, más llena de sentimientos falsos y de un gusto que tiene para nosotros la desgracia de ser viejo sin ser todavía venerable por su antigüedad. Ni *Sab*, ni *Espatolino*, ni *Guatimotzin*, tienen grandes probabilidades de llegar á la posteridad. Los cuentos ó novelas cortas valen algo más, pero ni se observa en ellas una manera muy propia y definida, aunque prueben siempre el talento de su autora; ni dejan de revelar en lo mejor que tienen, el predominio de la fantasía lírica é idealista que era tan poderosa y exuberante en la Avellaneda como tenues sus dotes de observación social. Brilla, pues, más en la leyenda ó conseja romántica, maravillosa y extraordinaria que en la novela propiamente dicha; pero nunca su prosa está á la altura de sus versos.

En cambio su teatro es notabilísimo, y no alcanza toda la fama que merece. En la elocuencia trágica no cede á ninguno de sus contemporáneos, y en corrección y buen gusto los aventaja á casi todos, salvo Hartzenbusch. Tiene su manera original, intermedia entre la tragedia clásica y el drama romántico, tomando de la

una la pompa y majestad, de la otra la variedad y el movimiento. Se han notado en *Alfonso Munio* reminiscencias del estilo de Quintana, en *Saúl* imitaciones de Alfieri, en *Baltasar* analogías con el *Sardanápalo*, de Byron; pero todos los elementos ajenos están fundidos en un sistema dramático propio, que si no puede darse por forma única y definitiva de la tragedia moderna, parece á lo menos la única forma en que la tragedia neoclásica francesa ó italiana puede resucitar. El tercer acto de *Alfonso Munio*, lleno de misterioso prestigio y de terror trágico, es al mismo tiempo admirablemente teatral, y si el efecto escénico decae en el cuarto, no decae ni un punto en todo el drama la arrogancia del estilo y plenitud de la versificación, cualidades que con más riqueza de lirismo se ostentan igualmente en *Saúl*. *Baltasar* es obra maestra, no sólo por la ejecución brillantísima, á la vez que madura y reflexiva, sino por la profundidad del pensamiento histórico y por la grandeza misantrópica del personaje principal, que puede ser hermano ó pariente del Sardanápalo byroniano, pero que de fijo no es trasunto de él. Sardanápalo, epicúreo elegante, *dandy* trágico como otros héroes de Byron y como Byron mismo, es en la tragedia inglesa el símbolo de la degeneración todavía interesante de una grande y generosa raza, en que el valor no se extingue, sino que por intervalos chispea y arroja lumbres, prestando á los mismos vicios aspecto de elegancia y de nobleza. Pero Baltasar es más solemne, trágica y expiatoria figura, es una especie de *ateísta místico*, como notó Valera; encarna de un modo más alto el hastío y el pesimismo románticos, que enervan é incapacitan para la acción; y es á un tiempo representación simbólica del Oriente de-

crépito y de la humanidad sin Dios. Todo el drama se cierne en una esfera casi mística, y una especie de terror religioso embarga el ánimo, viendo patente el cumplimiento de la justicia providencial. El vigor del estilo corresponde generalmente á la sublimidad de la concepción.

Como poetisa lírica, la Avellaneda ha sido magistral y definitivamente juzgada por nuestro D. Juan Valera, y á nadie, y menos á un discípulo suyo, como el que esto escribe, identificado casi siempre con sus ideas críticas, puede ocurrir la mala tentación de añadir ó restar nada en tal estudio, uno de los más esmerados que han salido de su pluma. No sólo concede el Sr. Valera á la Avellaneda la primacía que ya la otorgó D. Juan Nicasio Gallego «sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en éste como en los pasados siglos», sino que llega en su razonado entusiasmo hasta declarar que nuestra poetisa no tiene rival ni aun fuera de España, á no ser que retrocedamos hasta las Safos y Corinas de los más gloriosos tiempos de Grecia, ó busquemos en la Italia del Renacimiento la gentil figura de Victoria Colonna; y aun advierte el Sr. Valera que los versos de la Avellaneda, como nacidos en edad más reflexiva y de más complicación de ideas, están libres de aquella serenidad etérea pero algo fría que tienen los de la Marquesa de Pescara; y mueven más hondamente el alma por la contraposición entre el ideal soñado y la prosaica realidad de las cosas.

Tres son las principales fuentes de la inspiración de la Avellaneda, el amor humano, el amor divino y el entusiasmo por el arte de la poesía que ella profesaba. En sus versos se ve reflejada, no ya esta ó aquella fase del

amor, como acontece en otros poetas eróticos, sino «el amor en todas sus manifestaciones y desenvolvimientos». «Sus versos (añade el Sr. Valera) son la historia psicológica, íntima y honda de esta pasión de su pecho. Hasta el mismo desaliento, la desesperación byroniana, el hastío que á veces la inspiran, nacen de esta pasión mal pagada, de esta sed inextinguible que no halla donde calmarse en la tierra; de este afán de adoración y de afecto que no descubre objeto adecuado y digno á quien adorar y querer..... Ciertamente, si en España no viviésemos en un período antipoético hasta lo sumo..... los versos amorosos de la Avellaneda serían populares, se sabrían de memoria y se oirían en los labios de las más lindas mujeres, porque lo merecen, tanto como los de la moza de Lesbos allá en la antigüedad.» Desde «el amor indeterminado, sin objeto aún, pero vehemente y delicadísimo» hasta «el paso más doloroso y terrible de la pasión», hasta el amor ofendido, humillado y escarnecido que levanta la voz con acentos de inmortal arrogancia mezclados con otros de tierna sumisión enamorada, no hay cuerda del alma que no vibre potente y sonora en las canciones de la excelsa poetisa, que en lo elocuente, fervoroso y sincero de la expresión apasionada, no cede á ninguno de los románticos, ni á Alfredo de Musset en Francia, ni á Espronceda entre los nuestros.

Sección riquísima en las poesías de la Avellaneda constituyen sus versos religiosos: de imitación bíblica los de su juventud, en los cuales no sólo hay extraordinaria pompa de imágenes y grandilocuencia y valentía, sino elevadísimos conceptos teológicos expuestos con rara precisión: místicos ó afines al misticismo

los de su vejez, en que su fe, siempre ardiente y robusta, fué tomando carácter más íntimo y abismándose cada vez más en el torrente de la contemplación. La diferencia entre ambos periodos puede reconocerse tomando por tipo del primero el asombroso canto *Á la Cruz*, en que el beneficio de la Redención humana está considerado principalmente desde el punto de vista social ó histórico, y como tipo del segundo los versos que se titulan *Dedicación de la lira á Dios*.

En persona tan enamorada de su arte como ella lo fué, el concepto mismo de la poesía tenía que ser fuente de altísima inspiración lírica, y si he de decir lo que siento, más poeta resulta la Avellaneda en su oda *Á la Poesía* y en sus octavas *Al genio poético*, que en las composiciones harto numerosas que de su pluma brotaron con ocasión de tal ó cual acontecimiento ruidoso, ó aspirando con vanidad femenil, harto disculpable aun en persona de tan vigoroso entendimiento, al caduco laurel de los certámenes, que casi siempre conseguía, y á la verdad con estricta justicia, puesto que aun sus composiciones menos espontáneas é inspiradas suelen ser dechados de limpia y castiza locución poética, tan entonada y robusta como la de Quintana, y poco distante de la intachable corrección de Gallego, que eran los poetas á quienes principalmente había tomado por modelo en sus composiciones de aparato, pues en las personales é íntimas, ya de amor, ya de venganza, ya de devoción, no puede decirse que imitara á nadie, y es tan grande como cualquiera. Fué además insigne traductora de poetas modernos, especialmente de Lamartine, y dominó todos los primores y artificios de la versificación cas-

tellana, ensanchando sus límites con felices atrevimientos (1).

Entre los innumerables poetas cubanos posteriores á la Avellaneda, tres nos parecen dignos de especial memoria: Joaquín Lorenzo Luaces, Juan Clemente Zenea y Rafael M. de Mendive. Luaces (2), aun juzgado en la incompletísima colección de sus versos publicada en 1857, nos parece el tercero en mérito entre los poetas de la isla, inferior á la Avellaneda, á quien por todo género de razones corresponde el primer lu-

(1) Nació doña Gertrudis Gómez de Avellaneda en Puerto-Príncipe, el 23 de Marzo de 1814, aunque ella tenía la debilidad de quitarse dos años, por lo cual la fecha está equivocada en casi todas las biografías. Su vocación literaria fué precoz é irresistible como la de Heredia y otros cubanos. En 1836 vino á España, y en 1839 aparecieron sus primeros versos con el pseudónimo de *La Peregrina*, en *La Aureola*, periódico de Cádiz, que dirigía don Manuel Cañete. Pasó algunos años en Andalucía y luego se estableció en Madrid. Fué casada dos veces, la primera con D. Pedro Sabater, la segunda con el coronel D. Domingo Verdugo, en compañía del cual volvió á visitar la tierra americana. Su vida fué una cadena de triunfos literarios y de pesares domésticos, que han dejado honda huella en sus poesías. Falleció en Madrid el 1.º de Febrero de 1873. La primera edición de sus versos líricos se hizo en 1841 con un prólogo de D. Juan Nicasio Gallego, la segunda en 1850. Hay una colección de sus obras publicadas en 1869, que se titula *completa*, pero que dista muchísimo de serlo. Sus obras dramáticas fueron *Alfonso Munio*, titulado después *Munio Alfonso* (1844), *El Príncipe de Viana* (idem), *Egilon* (1845), *Saúl* (1849), *Recaredo* (1850), *Baltasar* (1858), y en diversos tiempos, *Errores del Corazón*, *La Verdad vence apariencias*, *La Aventurera*, *La Hija del Rey Renè*, *La Hija de las flores*, *Oráculos de Talía ó los Duendes de Palacio*, etc., etc. Además de sus novelas *Sab*, *Guatimotzín* y *Espatolino*, compuso gran número de leyendas que pueden verse en los tomos IV y V de la edición citada. Tales son *El artista barquero*, *La velada del helecho*, *La bella Toda*, *La montaña maldita*, *La flor del Ángel*, *La ondina del lago azul*, *La dama de Amboto*, *Una anécdota de la vida de Cortès*, *El ama blanca*, *La baronesa de Youx*, *El cacique de Turmequé*.

(2) Nació en la Habana el 21 de Julio de 1826 y falleció el 7 de Noviembre de 1867. Empezó y no terminó la carrera de Leyes, dedicándose luego á las tareas literarias.

gar: inferior también á Heredia, pero superior á todos los restantes. Su entonación es la de Quintana, ó más bien la de Tassara, cuya influencia en la poesía americana ha sido extraordinaria. Versificador robustísimo Luaces, y enamorado en demasía de la pompa y rotundidad del período poético, suele abusar de su fuerza y caer en lo enfático y declamatorio, que son el escollo del género en que principalmente hubo de ejercitarse. Pero es grande la pujanza de su fantasía é irresistible el empuje con que corre en sus estancias el raudal de la palabra sonora, venciendo todas las esquivaces y reparos del gusto. La sobriedad era incompatible con su índole, pero en medio de su abundancia despilfarrada y viciosa, y del continuo alarde que hace del vocabulario descriptivo, tiene, no obstante, relativa corrección de gusto y de lengua, muy rara en los poetas cubanos de la última era. Por naturaleza propende á las regiones más elevadas del arte lírico, y nunca está más á sus anchas, que cuando puede cantar asuntos tales como la *Caída de Misolonghi*, *El último día de Babilonia*, el *Canto de Kaled* ó la *Oración de Matatías*, envolviendo en los recuerdos orientales y clásicos, pensamientos de revolución moderna. Polonia, Irlanda, Grecia, eran para Luaces y sus amigos símbolos de la protesta cubana, y tenue embozo para sus continuas excitaciones á la guerra. Y atendiendo sólo al efecto artístico, hay que declarar que la suspicacia vigilante de la censura prestó buen servicio al numen de estos poetas, forzándoles á buscar para su detestable propaganda medios y recursos ingeniosos, trasladando ó traduciendo su pensamiento á otro molde estético, con lo cual logró á veces realización más serena y más lírica el mismo espíritu que, desbordado

luego y libre de toda traba, no ha sabido engendrar otra cosa que vulgares explosiones de furia y de encono (1).

Buena prueba es de ello el infortunado vate Juan Clemente Zenea, fusilado en los fosos del castillo de la Cabaña el 25 de Agosto de 1871. Sus injurias rimadas contra España no aumentarán ciertamente la gloria de su nombre: lo que la protege y conserva son sus versos elegiacos, pocos en número, pero que apenas tienen rival en la literatura cubana. Entre todos descuella un romance magistral, *Fidelia*, con visibles reminiscencias del *Souvenir*, de Alfredo de Musset, que era el poeta predilecto de su alma:

Tomamos ¡ay! por testigos
De esta entrevista suprema,
Unas aguas que se agotan
Y unas plantas que se secan;
Nubes que pasan fugaces,
Aves que rápidas vuelan,
La música de las hojas,
Y el perfume de las selvas.

Zenea, á pesar del cortísimo número de composiciones que nos ha dejado, dista mucho de ser un modelo de corrección ni de tersura. Prescindiendo de sus composiciones políticas y sociales, que son á toda luz las más débiles (salvo la titulada *En días de esclavitud*), tiene aún en sus poesías íntimas y de sentimiento trozos

(1) Hay una pequeña edición de las *Poesías de Joaquín Lorenzo Luaces* (Habana, 1857). Faltan en ella, por ser posteriores, algunas de sus mejores odas, *Varsovia*, *Á Field*, *Al Trabajo*, *La Oración de Matatías* se lee en el libro titulado *Noches literarias en casa de Nicolás Azcárate*. Habana, 1866. Hizo también algunos ensayos dramáticos, siendo el principal la tragedia *Aristodemo*.

en que la obscuridad é incoherencia de las imágenes, mal encubierta por la valentía de la versificación, prueban que el poeta no llegó á depurar su gusto ni á vencer las dificultades de la forma, ni á librarse del contagio y preocupación de la falsa grandeza; sirvan de ejemplo éstos versos:

Del adulterio la pesada nave
 Sufriendo el huracán de la perfidia,
 En las áridas costas del infierno
 Su lúgubre velamen recogía.
 ¡Allá va la amistad!—gritaron todos,
 Y un buque al lejos descubrió mi vista
 Como el ala del pájaro marino
 Del horizonte trasponer la línea.
 Ni blanca estela ni sonoro ruido
 Formaba en tanto la ligera quilla,
 Y llegamos al golfo del recuerdo
 Con rumbo hacia las playas de la vida.....

Pero aun estos pecados de gusto no son de poeta vulgar, y cuando Zenea sigue sin afectación ni esfuerzo el natural impulso de su musa melancólica y doliente que parecía presagiarle á toda hora su lúgubre destino, produce, aunque con intermitencia y en corto número, versos inmortales que van derechos al alma y en los que la perfección parece espontánea:

¡Señor! ¡Señor! el pájaro perdido
 Puede hallar en los bosques el sustento,
 En cualquier árbol fabricar su nido
 Y á cualquier hora atravesar el viento!
 Y el hombre, el dueño que á la tierra envías
 Armado para entrar en la tienda,
 No sabe al despertar todos los días
 En qué desierto plantará su tienda.....

Si Zenea hubiera escrito siempre así, poco le faltaría para ser otro Lamartine, pero aunque tal grado de

acierto sea raro en él, basta que alguna vez le tuviera para que viva en la memoria de las gentes como tantos otros poetas que viven por una sola composición ó por una sola estrofa.

¡Qué acento tan penetrante y lánguido, qué suave negligencia y qué misteriosa vaguedad final la de los versos que siguen:

 Cuando emigran las aves en bandadas
 Suelen algunas al llegar la noche
 Detenerse en las costas ignoradas
 Y agruparse de paso á descansar.
 Entonces dan los ánades un grito
 Que repiten los ecos, y parece
 Que hay un Dios que responde en lo infinito
 Llamando al hijo errante de la mar....

Una especie de presentimiento fúnebre envuelve todos los versos de Zenea, aun antes de llegar al grupo de las diez y seis composiciones escritas en su prisión y que sus editores han reunido bajo el título de *Diario de un Mártir*. Había nacido para poeta elegiaco, y el beso de la muerte selló misteriosamente hasta sus cantos de amor, infundiéndoles una gota de sus recónditas tristezas:

 No sé do llevarán la barca mía
 La onda, el viento, el que la mar gobierna,
 Ni dónde el ancla arrojaré algún día
 Desde esta orilla hasta la orilla eterna....

 Irás conmigo en lo mejor de mi alma,
 Irás hasta que rujan iracundos
 Vientos que en rauda giro se revuelven,
 Y llegue yo por fin á aquellos mundos
 De donde nunca los viajeros vuelven.

«El carácter dominante de las poesías de Zenea es la melancolía (dice el crítico que mejor las ha juzgado).

Las tardes de los trópicos se reflejan en ellos con sus medias tintas crepusculares, con sus grandes sombras invasoras del espacio y del alma, con sus nubes espléndidamente tristes, con sus colgaduras funerarias del lado de Occidente, con su inmenso cielo más azul y más dilatado que á ninguna otra hora de la vida (1).» Son raras las poesías de Zenea de que no pueda decirse con el mismo poeta:

Es el canto de la tarde,
Es la voz de los sepulcros (2).

Menos monótono y más correcto que Zenea, aunque inferior á él en intensidad de sentimiento, menos pomposo y declamatorio que Luaces, aunque también de esto menos viril é imaginación menos ardiente, D. Rafael María de Mendive, que há poco descendió al sepulcro, era el más elegante y delicado de cuantos en estos últimos tiempos han hecho versos en Cuba. Nuestra literatura le debe una traducción poética de las *Melodías Irlandesas*, de Tomás Moore, y en sus versos originales

(1) D. Rafael M. Merchán en el *Repertorio Colombiano* (revista de Santa Fe de Bogotá, vol. VII, Julio de 1881), reproducido luego en sus *Estudios Críticos* (Bogotá, 1886).

(2) Nació Zenea en 1831 en Bayamo. Fué periodista, profesor de lenguas y ardiente conspirador. Vivió algunos años en los Estados Unidos y en México, tomó parte muy activa en el movimiento de Yara, y habiendo caído en poder de las tropas españolas, fué pasado por las armas en 1871, después de larga prisión en una de las fortalezas de la Habana. Sus primeros versos fueron publicados en 1855 por la empresa del periódico *Brisas de Cuba*. En 1860 se imprimieron en la Habana sus *Cantos de la tarde*. La edición completa de sus *Poesías* (exceptuando sólo algunas que el autor había excluido por demasiado infantiles y endebles) fué hecha en Nueva York por D. E. Piñeyro en 1872. Contiene una sección de traducciones de Leopardi, Musset, Bryant, Longfellow, y otros poetas modernos.

no deja de reconocerse algo de la suavidad, ternura y gracia de tan excelente y simpático modelo. Acaso no haya en la voluminosa colección de las *Poesías de Mendive* ninguna cosa de primer orden ni de originalidad muy relevante, pero sí muchas agradables, lindas y aun exquisitas; y si le faltan los tonos valientes de la pasión, muestra en cambio notable sensibilidad y dulzura en la expresión de los afectos domésticos, y brilla con luz templada é igual en el conjunto de sus obras más bien que en ninguna de ellas tomada en particular. El romance de *Yumuri*, *La Flor del agua*, *La Gota de rocío*, *La Música de Las Palmas*, bastan, no obstante, para caracterizar su manera, modesta y sencilla, bien lejana del énfasis hueco y de la viciosa lozanía y exuberancia que en estos últimos tiempos han sido plaga de la literatura cubana (1).

Nada ganaría la presente Antología con dar en ella lugar á los innumerables versificadores, cuyas lucubraciones métricas abruman el *Parnaso Cubano*, la *Cuba Poética*, y otras colecciones en que se ha atendido más á la cantidad que á la calidad de los productos. En Cuba

(1) Nació Mendive en la Habana, en 24 de Octubre de 1821, y falleció en 1886. Empezó á darse á conocer como poeta en 1843. En 1847 publicó el primer tomo de sus versos con el título de *Pasionarias*. Dirigió varios periódicos, entre ellos el titulado *Flores del Siglo* y la *Revista de la Habana*, una de las más importantes que han aparecido en la isla. El segundo tomo de sus *Poesías* lleva un prólogo de D. Manuel Cañete. En sus últimos años publicó una nueva colección mucho más copiosa, pero en la cual no figura su bella traducción de las *Melodías Irlandesas* de T. Moore, impresa en Nueva York, en 1875. Hizo también algunos ensayos dramáticos, entre ellos un libreto de ópera con el título de *Gulnara*. Aunque hombre de condición mansa y pacífica, se vió envuelto en el torbellino revolucionario de 1868, y vivió expatriado de Cuba durante algunos años. Su biografía, escrita por don Vidal Morales, puede leerse en la última edición de sus *Poesías*, ya citada.

todo el mundo hace versos, y son muchos los que hacen versos sonoros y brillantes, que pueden fascinar en la recitación y aun en la primera lectura, careciendo por lo demás de todo valor intrínseco. La ardiente fantasía de los naturales de aquel suelo, privilegiado en todo; lo vehemente, férvido y extremoso de sus afectos, la viveza y rapidez de comprensión, propia de la mente de los criollos, la movilidad de sus impresiones, el oído armónico de que la naturaleza parece haberles dotado y que los hace en extremo sensibles á los prestigios de la música y al halago del metro, son cualidades y condiciones que, unidas al portentoso espectáculo de aquella vegetación y al influjo de aquella atmósfera de fuego, predisponen é inclinan á la mayor parte de los cubanos á la improvisación poética, tomada esta palabra improvisación en el sentido más lato posible, es decir, como sinónima de creación espontánea, irreflexiva y poco madura. La misma universalidad con que está repartida allí la aptitud estética primitiva y elemental, y el participar todos, en mayor ó menor grado, de los goces artísticos, no ya como meros contempladores, sino como productores, impiden que se desarrolle con bastante pujanza el genio individual, y que pueda completar su educación con estudio y reposo. Nace de aquí la extraordinaria abundancia de medianías, que merced á cierta destreza técnica y á las particulares condiciones de nuestra lengua, que es de las que cantan por sí solas, llegan á obtener efímero aplauso, para ser sustituidas al día siguiente por nuevos ídolos, que á poco se hundan en la noche del olvido, sin que de su canto quede ni una sola nota. De estos poetas de transitoria fama ha habido muchos en Cuba, y sin descender á los que sólo sirven hoy para

abultar las páginas de una bibliografía, conviene todavía apuntar algunos nombres.

Nada hemos dicho, por ejemplo, de D. Ramón Vélez y Herrera, el decano de los poetas de la isla, que desde 1829 hasta nuestros propios días, no cesó de publicar versos de todo género, ya odas quintanescas como la dedicada *Á Franklin, inventor del pararrayos*, ya fáciles y armoniosos romances de costumbres *guajiras* y de peleas de gallos, que es el género en que principalmente sobresalió, y en que merece más alabanza por su desembarazo y gracia descriptiva; si bien en el color local se nota cierto amaneramiento, que por supuesto fué mayor en sus imitadores, los cuales acabaron por desacreditar al guajiro y á su gallo, sucediéndole la exótica poesía de los *Siboneyes* de Bayamo (1).

Semejante en algo á Vélez y Herrera, pero más poeta que él, fué el matancero Miguel Teurbe de Tolón (2), uno de los ingenios que presentan más carácter cubano, especialmente en los romances y leyendas, tales como

(1) Nació D. Ramón Vélez y Herrera en la Habana el 4 de Marzo de 1808. Es el más antiguo de los poetas cubanos posteriores á Heredia. El primer tomo de sus *Poesías* apareció en 1833, el segundo en 1837 (conteniendo, entre otras cosas, fragmentos de un poema en octavas, *El Sitio de la Habana por los ingleses*), el tercero en 1838, en 1840 la leyenda *Elvira de Oquendo ó los amores de una guajira*, en 1843 la comedia *Los dos novios en los baños de San Diego*, en 1849 otra colección titulada *Las Flores de Otoño*, y en 1856 los *Romances Cubanos*. Colaboró en casi todos los periódicos cubanos, desde *La Moda*, de D. Domingo del Monte, hasta la *Floresta Cubana*, que en 1856 dirigia Fornaris.

(2) Nació en Matanzas en 1820 y murió en 1858. Complicado en las tramas anexionistas de 1849, y condenado á muerte por un Consejo de Guerra, se refugió en Nueva York, donde vivió algunos años casi en la miseria, acogiendo al cabo á un indulto que le permitió volver á su patria. En 1849 había publicado sus primeros versos con el título de *Los Preludios*, en 1856 hizo imprimir en Nueva York sus *Leyendas cubanas, Luz y sombra*.

Paula, La ribereña de San Juan, Un rasgo de Juan Ribero. «En estos delicados cuadros de costumbres cubanas (dice Mendive) se encuentran pintados, aunque á grandes rasgos, nuestro cielo, nuestro sol, las flores de nuestros campos, todas las galas, en fin, de nuestra espléndida naturaleza, y con ella la vida rústica y casi nómada de nuestros campesinos, sus románticas aventuras y cuanto tiene relación con sus usos y costumbres» (1). La oda *Al valle del Yumuri* muestra también sus felices condiciones de paisajista. Pero más que en los versos de arte mayor luce su inspiración en la factura popular de las décimas y glosas, en que vence á todos los poetas cubanos, elevando á forma de arte la ruda inspiración de Poveda (2) y otros improvisadores y cople-ros semipopulares.

Muy distintos rumbos siguió la inspiración de D. Francisco Orgáz, que, como la Avellaneda, pasó la mayor parte de su vida en España, alcanzando en Madrid transitoria fama, ya como poeta, ya como periodista, por los años de 1841. Hoy sus *Preludios del Arpa* están completamente olvidados, y á la verdad no con grande injusticia, porque pertenecen á un género de efectismo

(1) *Revista de la Habana*, t. III, pág. 23.

(2) D. Francisco Poveda y Armenteros, comúnmente llamado *el Trovador Cubano*, poeta iliterato, pero muy fácil y fecundo. Su vida fué errante y extrañísima. Según su biógrafo López Prieto (*Parnaso Cubano*, pág. 156), desempeñó sucesivamente los oficios de peón ganadero, cómico de la legua, amanuense de procurador, capitán de partido, maestro de escuela, dependiente de ingenios y cafetales, Notario eclesiástico, y, últimamente, vendedor de carnes en Sagua la Grande. Sus décimas amorosas no carecen de mérito y tienen cierto perfume de antigua galantería castellana, debido indudablemente á las comedias de capa y espada, que Poveda había representado en el tiempo en que fué actor ambulante. Hay una colección incompleta de sus poesías, publicada en Sagua la Grande en 1863.

rimbombante, que deja fatigados con su estrépito los oídos, y vacío de formas el entendimiento. Sus asuntos son siempre de los que más se prestan á la declamación poética y á la gimnasia de un versificador robusto: *Dios, El Porvenir, El Huracán, Las Estrellas, Napoleón, La Traslación de los restos de Napoleón.....* Un admirador suyo, español por cierto, dijo que sus versos eran valientes como el vuelo del águila y sus conceptos *atrevidos como la hoja de la palmera* (sic). A tal poesía, tal crítica.

Mejor recuerdo merece D. Ramón de Palma y Romay, cuyos versos se imprimieron en 1841 con el título de *Aves de paso*, y el pseudónimo de *El Bachiller Alfonso Maldonado*. La extraña, pero poética fantasía titulada *El Fuego fatuo*, es buen ejemplar de una rara manera de lirismo romántico, que alguna vez cultivó Zorrilla, y que pudiéramos llamar *sonambulismo lírico*. Otras composiciones de Palma, como el *Himno de guerra del Cruzado*, han sido más celebradas, pero, en mi concepto, valen menos. Fué uno de los innumerables traductores del *Cinco de Mayo*, de Manzoni, y no de los que peor salieron de la empresa. Como versificador y hablista es bastante correcto. Colaborador suyo en varias empresas periodísticas fué el venezolano D. José Antonio Echeverría, mucho mejor prosista que poeta, lo mismo que el fecundo y superficial polígrafo D. Ramón Zambrana, que así hacía versos como escribía de cuestiones médicas ó filosóficas, perdiendo, por empeñarse en tantas cosas, la reputación que quizá hubiera logrado concretando más sus esfuerzos (1).

(1) Indicaremos algunos datos biográfico-bibliográficos acerca de los poetas últimamente nombrados.

En jerarquía todavía inferior á los citados, queda una turba de versificadores desaliñados y verbosos que, convirtiendo la prensa diaria en un matorral de sandeces rimadas, han hecho más daño al buen nombre literario de Cuba que hubieran podido hacerlo sus más encarni-

Orgaz (Francisco). Nació en la Habana el 2 de Abril de 1815, y murió en Madrid el 4 de Abril de 1873. Sus *Poesías*, con el título de *Preludios del Arpa*, fueron publicadas por el editor Boix en 1841.

Palma y Romay (Ramón de). Nació en la Habana el 3 de Enero de 1812. Murió en 21 de Julio de 1860. Sus primeras poesías, escritas con el pseudónimo de *El Bachiller Alfonso de Maldonado*, aparecieron en 1834. Dirigió por algún tiempo un colegio en Matanzas. En 1837 publicó, en colaboración con Echeverría, el *Aguinaldo Habanero*, en 1838 el *Plantel*. Colaboró en *El Album*, en el *Diario de la Habana*, en *El Artista* y en otras colecciones periódicas. De 1841 es la colección de sus poesías *Aves de paso*, á las cuales han de añadirse dos cuadernos posteriores *Hojas caídas* y *Melodías poéticas*. Suyos son también algunos ensayos dramáticos y novelas cortas. Mivede compuso una hermosa poesía á su muerte.

Zambrana (D. Ramón). Nació en 10 de Julio de 1817. Murió en 1866. Fué uno de los fundadores del *Repertorio Médico Habanero*, del *Repertorio Económico de Medicina, Farmacia y Ciencias Naturales*, y dirigió la *Gaceta Médica de la Habana*. Hombre de conocimientos enciclopédicos, inundó con sus producciones todos los periódicos científicos y literarios de la isla. Escribió bastante de filosofía con el criterio del espiritualismo cristiano. Hay una colección de las *Obras literarias, filosóficas y científicas del Dr. D. Ramón Zambrana* (Habana, 1858). En ella se lee un *Juicio sobre las diferentes épocas de la poesía en Cuba*.

Otros muchos figuran en las florestas cubanas, pero sería interminable, y no sé hasta qué punto provechosa, su enumeración completa en un trabajo de índole tan general como el presente. Basta citar los nombres de D. José Gonzalo Roldán, D. Francisco Javier Blanchiá, cuyas poesías se imprimieron en 1846, con el título de *Margaritas*, y tuvieron efímera boga en los días inmediatos á la muerte del infeliz poeta, de quien nadie hizo caso en vida; D. Leopoldo Turla; el sentimental versificador D. Felipe López de Briñas; D. José Güell y Renté, muy conocido en España, aunque más por las raras vicisitudes de su vida, que por la insípida afluencia de sus innumerables versos; y, finalmente, los aristocráticos aficionados Marqués de Montelo (D. José Luis Alfonso) y Marqués de San Miguel (D. Miguel de Cárdenas y Chaves). A poca costa podría ampliarse esta nomenclatura.

Hemos indicado en varios pasajes del texto que existe en Cuba una poe-

zados enemigos. Quien considere por una parte los versos de Heredia, la Avellaneda, Luaces, con algunos rasgos de Milanés, *Plácido*, Zenea y Mendive, y por otra este fárrago de execrable barbarie, se sentirá tentado á creer que la Gran Antilla tiene el privilegio de producir la mejor y la peor poesía del mundo americano. Varias causas contribuyen á esto, no siendo la menor cierta indisciplina, no ya literaria sino gramatical, de la cual muchos en América, lo mismo que en España, hacen alarde, considerándola como signo de los elegidos y marca distintiva del genio. Así se malogran vates que quizá llegarían á ser excelentes si sometiesen su musa indómita y su estro cerril al suave yugo y á la carga ligera del buen gusto, cuyas leyes en ninguna latitud prescriben. Cierta sentimentalismo vago, declamatorio y hueco, forma predilecta del romanticismo, ó más bien del gongorismo americano, ha esterilizado en algunos las mejores disposiciones, y ha llenado de feas manchas las composiciones de otros que merecen vivir á pesar de ellas, y que han acertado siempre que han querido acudir á las verdaderas fuentes del sentimiento poético. Por muchos años ha dominado en Cuba un zorrillismo reprensible, que imitaba sólo la facilidad abandonada y los resabios del estilo del maestro, puesto que el fondo de su admirable poesía tradicional ó legendaria tenía que ser letra muerta en las virgenes soledades americanas; lo cual no fué obstáculo para que algunos se arro-

sía lírica popular, ó más bien vulgar, de cantares, glosas y décimas. La música criolla que acompaña á estas canciones, y que ha penetrado ya en nuestra zarzuela, vale harto más que la poesía, como sucede casi siempre en estos casos. En la *Revista de la Habana*, tomo III, 1854, puede verse un interesante estudio de D. Ramón de Palma sobre los *Cantares de Cuba*.

jasen absurdamente á fabricar *poesía nacional cubana*, con leyendas insulsas y nombres estrafalarios de caudillos salvajes anteriores á la conquista, género cuya especialidad tuvo el famoso Fornaris, llamado el poeta de los *siboneycs* (1).

En otros ingenios, la animadversión contra la madre patria, y el gusto difundido por la educación extranjera, se tradujeron en serviles alardes de imitación de la moderna poesía francesa, en la cual tampoco se eligieron siempre los modelos con el gusto más exquisito. En vez de traer al arte castellano, en la lengua de Heredia y de Andrés Bello, las singulares y prodigiosas hermosuras del suelo tropical, prefirieron repetirnos por centésima vez, en jerga mestiza y agabachada, lo que en París habían aprendido y lo que desde París se difunde por toda Europa; y así fué como, en son de independencia, vinieron á perder todo carácter americano y todo carácter español, sin ser tampoco franceses sino de imitación y contrahechos, porque nadie reniega impunemente de su casta. Hoy quizá, entre todas las literaturas de América, la menos española es la cubana. En francés se piensa, en francés se siente, en francés se habla, y ni siquiera la vecindad de los Estados Unidos basta para llevar los espíritus por otro camino y apartarlos de una superstición que, aun en algunos de los más discretos, toma visos de fetiquismo. Y es lástima grande, porque en ninguna parte abundan tanto como

(1) Nació en Bayamo el 18 de Mayo de 1827 y murió en la Habana en 1890. Fué Abogado y Regidor de su pueblo natal. Emigrado durante la guerra volvió á Cuba en 1879, y publicó en 1888 la última edición de sus poesías.

allí el ingenio y la facilidad de versificar, si bien perdidos y estropeados las más veces por el compadrazgo literario y por la carencia de toda saludable disciplina. Hoy, sin embargo, se notan síntomas de un feliz cambio en las ideas literarias, y comienzan á aparecer pro-sistas y críticos doctos y de indisputable mérito. De la crítica ha de esperarse el remedio á la anarquía literaria que aflige á Cuba.

V.

SANTO DOMINGO.

La isla Española, la Primada de las Indias, la predilecta de Colón, aquélla á quien el cielo pareció conceder en dote la belleza juntamente con la desventura, no puede ocupar sino muy pocas páginas en la historia literaria del Nuevo Mundo. Y sin embargo, la cultura intelectual tiene allí orígenes remotos, inmediatos al hecho de la Conquista; puesto que Alcaide de la fortaleza de Santo Domingo fué el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuya vida, de monstruosa actividad física é intelectual, da la medida de lo que podían y alcanzaban aquellos sublimes aventureros españoles, colocados entre el límite de la Edad Media y los umbrales de la historia moderna. Antiguo servidor del príncipe D. Juan (primogénito de los Reyes Católicos), del rey de Nápoles D. Fadrique, y del Duque de Calabria, fué testigo presencial de la toma de Granada, de la expulsión de los judíos, de la entrada triunfal de

Colón en Barcelona, de la herida del Rey Católico, de las guerras de Italia, de las victorias del Gran Capitán, de la cautividad de Francisco I; y todo lo registró y puso por escrito. No siendo bastante para su curiosidad aventurera el espectáculo maravilloso de la Europa del Renacimiento, volvió los ojos al Nuevo Mundo recién descubierto; atravesó doce veces el Océano; conquistó, gobernó, litigó, pobló, administró justicia; disputó con fray Bartolomé de las Casas; intervino en explotaciones metalúrgicas; tuvo bajo su mando y custodia fortalezas y gente de armas; se sentó como Regidor en los más antiguos cabildos de América; arrostró valerosamente las iras de los gobernantes despóticos y de los magistrados concusionarios, no menos que el puñal de los asesinos pagados; fué Veedor de las fundiciones de oro en el Darien; procurador de los intereses de aquella provincia contra el matador de Vasco Núñez de Balboa; Gobernador de Cartagena de Indias, Alcaide del castillo de La Española; y con todo eso, encontró tiempo en los setenta y nueve años de su vida para escribir un libro de caballerías, otro de mística, otro de malos versos comentados en prosa, y más de 20 volúmenes de historia, todos en folio, por supuesto, y casi todos de cosas vistas por él, ó que sabía por relación de los que en ellas intervinieron. Como escribía sin escrúpulos de estilo, y tampoco le embargaba mucho el aparato de la erudición clásica, puesto que si hemos de creer á su implacable detractor, Fr. Bartolomé de las Casas, *«apenas sabía qué cosa era latín, aunque pone algunas autoridades en aquella lengua, que preguntaba y rogaba se las declarasen á algunos clérigos que pasaban de camino por aquella ciudad de Santo Domingo para otras partes»*,

podía multiplicar sin esfuerzo el número prodigioso de diálogos de sus *Batallas y Quincuagenas*, ó de libros de su *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, sin poner en ellos más aliño ni orden que los que gastaba en su conversación familiar. ¡Pero qué inagotable tesoro el de sus recuerdos! ¡Cuánto había vivido, y qué ojos tan abiertos para verlo y escudriñar todo, y qué memoria tan monstruosa y tenaz para recordarlo! No hay entre los primitivos libros sobre América ninguno tan interesante como el suyo. Por lo mismo que Oviedo dista tanto de ser un historiador clásico, ni siquiera un verdadero escritor; por lo mismo que acumula todo género de detalles sin elección ni discernimiento, con afán muchas veces nimio y pueril, resulta inapreciable colector de memorias, que otro varón de más letras y más severo gusto hubiera dejado perderse, no sin grave detrimento de la futura ciencia histórica, que de todo saca partido, y muchas veces encuentra en lo pequeño la revelación de lo grande (1). En la parte de Historia natural, que es muy considerable en su compilación, fué ventaja para Oviedo el ser extraño á la Física oficial de su tiempo, tan apartada todavía de la realidad, tan formalista y escolástica, ó tan supersticiosamente apegada al texto de los antiguos, aun en muchos de los que más se preciaban de innovadores. Poco importaba que tuviese que leer á Plinio en toscano, por no poder leerle en su nativa lengua, si entregado á los solos recursos de su ob-

(1) Véase el tratado de D. José Amador de los Rios sobre la *Vida y escritos de Oviedo* al frente de su *Historia de las Indias*, publicada por la Real Academia de la Historia en 1851 (cuatro volúmenes).

servación espontánea y precientífica, lograba, como logró, aunque fuese de un modo enteramente empírico, describir el primero la fauna y la flora de regiones nunca imaginadas por Plinio, y fundar, como fundó, la Historia natural de América, con descripciones que no son las de un naturalista, pero que los naturalistas reconocen como muy exactas.

No fué Oviedo poeta, pero sí abundante y desdichado versificador. El indigesto fárrago que lleva por título *Las Quincuagenas de los generosos é illustres é no menos famosos reyes, príncipes, duques, marqueses y condes é cavalleros é personas notables de España* (obra que por ningún concepto ha de confundirse con el inestimable tesoro de las *Batallas y Quincuagenas* del mismo autor), está dividida en tres partes ó volúmenes en folio, que el autor acabó de escribir de su mano en la fortaleza de la Isla Española, el domingo 1.º de Pascua de Pentecostés, 25 de Mayo de 1556; y fué, sin duda, la primera obra de ingenio compuesta en la isla. Cada parte ó *quincuagena* comprende cincuenta estanzas, y cada estanza cincuenta versos, acompañados de difusos comentarios en prosa.

Los versos que, fuera de la medida, apenas merecen tal nombre, son todos de arte menor, y contienen sentencias y avisos morales á modo de proverbios, como fueron luego los de Alonso de Batres y Cristóbal Pérez de Herrera, y antes y con más poesía los del rabí don Sem Tob y el Marqués de Santillana. Véase una muestra de esta poesía *gnómica* del buen castellano de Santo Domingo (1).

(1) *Las Quincuagenas de la nobleza de España por el capitán Gonzalo Fer-*

No procures la possada
 De la huéspeda risueña,
 Ni te fies de la dueña
 Que vieres arrebolada ,

 Ni quieras tener contienda
 Ni letigio con mujeres,
 Ni les hagas displaceres
 Á los que son religiosos.
 Con los que son mentirosos
 No quieras conversación,
 Ni tengas altercación
 Con el que vieres porfiado:
 El que está escarmentado
 Guárdesse de tropezar, etc.

Estas coplas sirven de pretexto para una serie de empalagosas disertaciones en prosa, donde, en medio de un sinnúmero de lugares comunes y de citas de los clásicos y de los Santos Padres, se encuentran bastantes indicaciones de historia y de costumbres, que bastan para justificar la publicación íntegra del mamotreto, aunque no el que se le haya dado preferencia sobre las *Batallas* del mismo autor, sin las cuales es imposible conocer á fondo la España de los Reyes Católicos.

La historia del descubrimiento y conquista de la isla Española no dió asunto á ningún poema particular, pero el infatigable versificador, Juan de Castellanos, la consignó muy á la larga en sus cinco primeras *Elegias*, relativas á Cristóbal Colón, y á su hijo D. Diego, el segundo Almirante.

nández de Oviedo y Valdés, alcaide de la fortaleza de Santo Domingo; publicadas por la Real Academia de la Historia, bajo la dirección del académico de número D. Vicente de la Fuente, t. 1. Madrid, M. Tello, 1880.

Véase sobre esta publicación, que no ha continuado, un artículo de Morel-Fatio en la *Revue Historique*, t. XXI, páginas 179-190.

La prosperidad y la importancia de Santo Domingo, dentro de nuestro imperio colonial, duró muy poco, comenzando la despoblación de la isla á medida que los límites de este imperio iban dilatándose por el mar de las Antillas y por Costa Firme, y luego por los inmensos territorios de Méjico y del Perú. Cada día más abandonada la Española, que á pesar de la importancia eclesiástica de su Sede metropolitana y del extenso territorio á que se extendía la jurisdicción de su Audiencia, se consideraba meramente como punto de escala para más opulentas regiones, se vió expuesta desde fines del siglo xvi á las depredaciones de los corsarios ingleses, franceses y holandeses, y á las piraterías de los *bucaneros*, llegando en la siguiente centuria á tal punto de ruina, que en 1737 la población española escasamente llegaba á 6.000 habitantes.

Como restos de su cultura antigua le quedaban, en el convento de Predicadores, una Universidad casi desierta, aunque condecorada con los pomposos nombres de *Imperial y Pontificia*, como que pretendía hacer remontar su fundación hasta los tiempos de Carlos V, lo que por falta de datos ni negamos ni afirmamos, aunque sí es cierto que sirvió de modelo para la organización de la de la Habana; y un colegio ó *estudio* de jesuitas, bien dotado al parecer, y cuyas rentas se aplicaron, después de la expulsión de la Compañía, al Colegio de San Fernando, que duró hasta la cesión de la parte española de la isla á Francia en 1795.

En este largo período de tres siglos, especialmente en el xvi, en que la ruina de la colonia no se había consumado aún, no dejó la isla de ser honrada alguna vez por los favores de las musas, y tuvo desde luego la glo-

ria de que en su suelo floreciese la primera poetisa de que hay noticia en la historia literaria de América. Debemos la noticia de ella y el conocimiento de algunos de sus versos al inestimable manuscrito de la *Silva de Poesía, compuesta por Eugenio de Salazar, vecino y natural de Madrid*, que se guarda en nuestra Academia de la Historia, y que ya tuvimos ocasión de mencionar tratando de Méjico. Salazar, que fué nombrado en 19 de Julio de 1573 Oidor de Santo Domingo, donde permaneció hasta 1580, en que ascendió á Fiscal de la Audiencia de Guatemala, nos ha dejado en sus versos muchos y muy agradables recuerdos de su estancia en la isla. *En loor de la muy leal, noble y lustrosa gente de la ciudad de Santo Domingo*, compuso un *Canto*. Y en un soneto nos dejó recuerdo del triste caso de un astrólogo dominicano llamado Castaño «que echaba juicios y respondía á muchos sobre sucesos futuros»: «Éste quiso pasar á la isla de Cuba en un navío cargado de mercaderías suyas, y en el viaje encontró un corsario francés que le tomó á él y al navío y á lo que llevaba.» Otras anécdotas de la vida de la colonia dan ocasión á composiciones suyas; pero lo que más importa á nuestro objeto es la mención de tres poetas de la isla, de dos de los cuales intercala algunos versos entre los suyos. De Francisco Tostado de la Peña, *vecino de la ciudad de Santo Domingo de La Española*, trae un soneto tan malo, que no vale la pena de ser transcrito, aunque Salazar le llame en la contestación «*heroico ingenio del sutil Tostado*». *Á la ilustre poeta y Sra. D.^a Elvira de Mendoza, nacida en la ciudad de Santo Domingo*, la dirige un soneto encomiástico, pero no nos da ninguna muestra de su numen. En cambio nos hace conocer va-

rias composiciones de *la ingeniosa poeta y muy religiosa observante D.^a Leonor de Ovando, profesa en el Monasterio de Regina de La Española*, de quien se declara *muy devoto y servidor*, y á quien dedica cinco sonetos en fiestas de Navidad, Pascua de Reyes, Pascua de Resurrección, Pascua de Pentecostés y día de San Juan Bautista, contestándole la monja con otros tantos, no menos devotos que corteses, y á veces por los mismos consonantes que los del Oidor. En nota los insertamos como curiosidad bibliográfica, juntamente con unos versos sueltos de la misma señora, que aun llenos de asonancias, como era general costumbre en el siglo xvi y lo es todavía entre los italianos, no me parecen despreciables, y siquiera por lo raro del metro en la pluma de una monja, deben conservarse (1).

(1) Doña Leonor de Ovando, profesa en el Monasterio de Regina de La Española.

SONETOS.

EN RESPUESTA Á UNO DE EUGENIO DE SALAZAR.

El Niño Dios, la Virgen y parida,
 El parto virginal, el Padre eterno,
 El portalico pobre, y el invierno
 Con que tiembla el auctor de nuestra vida,
 Sienta (señor) vuestra alma y advertida
 Del fin de aqueste don y bien superno,
 Absorta esté en aquel, cuyo gobierno
 La tenga con su gracia guarnecida.
 Las Pascuas os dé Dios, qual me las distes
 Con los divinos versos de essa mano;
 Los quales me pusieron tal consuelo,
 Que son alegres ya mis ojos tristes,
 Y meditando bien tan soberano,
 El alma se levanta para el cielo.

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN LA PASCUA DE REYES.

Buena Pascua de Reyes y buen día
 (Ilustre señor mío) tengáis éste,

Otro poeta muy superior á Eugenio de Salazar; uno de los genios más indiscutibles de que la literatura española puede gloriarse, honró con su visita la isla de Santo Domingo, á principios del siglo xvii, aunque tal visita haya sido generalmente ignorada por los historia-

Adonde la clemencia sacra os preste
 Salud, vida, contento y alegría.
 Del Niño y de los Magos y María
 Tan bien sepáis sentir, que sólo os cueste
 Querer que sea el espíritu celeste,
 Y assi gocéis de la alta melodía.
 Albricias de la buena nueva os pido
 Aguinaldo llamado comúnmente,
 Que es hoy Dios conocido y adorado
 De la gentilidad. Pues le ha offrecido
 En parias á los Reyes del Oriente:
 Y su poder ante él está postrado.

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE UNO SUYO.

El buen pastor Domingo,regonero
 De nuestro bien y gloria rescibido,
 Aquesta vuestra sierva le ha tenido
 En más que á muy ilustre cavallero:
 Sé que le hizo Dios para tercero
 Del abreviado plazo y bien cumplido,
 Que el cuerpo y alma estuvo dividido,
 Del manso y divinissimo cordero.
 El salto y zapateta fué bien dado.
 Pues con la mesma espada de Golías,
 Nuestro David le corta la cabeza:
 Domingo desto está regocijado,
 Y haze deste bien las alegrías,
 Mas yo me llevaré la mejor pieza.

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE OTRO SUYO.

Pecho que tal concepto ha producido
 La lengua que lo ha manifestado,
 La mano que escribió, me han declarado
 Que el dedo divinal os ha movido.
 ¿Cómo pudiera un hombre no encendido
 En el divino fuego, ni abrasado,
 Hacer aquel soneto celebrado
 Digno de ser en almas esculpido?
 Al tiempo que lo ví, quedé admirada,
 Pensando si era cosa por ventura
 En el sacro collegio fabricada:
 La pura sanctidad allí encerrada,
 El emphasis, primor de la scriptura,
 Me hizo pensar cosa no pensada.

dores dominicanos, y por sus propios biógrafos. Fué éste nada menos que el gran Tirso de Molina, Fr. Gabriel Téllez, que estuvo allí y en otras partes de América como visitador de los conventos de su Orden, según él propio declara, si bien con palabras de acendrada

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE OTRO SUYO, SOBRE LA
COMPETENCIA ENTRE LAS MONJAS BAPTISTAS Y EVANGELISTAS.

No sigo el estandarte del Baptista ;
Que del amado tengo el apellido ;
Llévome tras su vuelo muy sabido
El águila caudal Evangelista.
Mirélo ya con muy despierta vista
Dende que tuve racional sentido ;
Y puesto que el propheta es tan subido,
Mi alma quiso más al coronista.
No quiero yo altercar sobre su estado,
Pues sé que fueron ambos claro espejo.
Y de la perfección rico dechado :
Tomo con humildad vuestro consejo
Y quiero destes fuertes capitanes
Ser (como me mandáys) de entrambos Joanes.

VERSOS SUELTOS

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO.

Qual suelen las tinieblas desterrarse
Al descender de Phebo acá en la tierra,
Que vemos aclarar el aire obscuro,
Y mediante su luz pueden los ojos
Representar al alma algún contento,
Con lo que puede dar deleyte alguno :
Assi le aconteció al ánima mía
Con la merced de aquel illustre mano,
Que esclareció el caliginoso pecho,
Con que pude gozar de bien tan alto,
Con que pude leer aquellos versos
Dignos de tan capaz entendimiento.
Qual el que produció tales conceptos.
La obra vuestra fué; más el moveros
A consolar un alma tan penada,
De aquella mano vino. que no suele
Dar la nieve, sin segunda lana ;
Y nunca da trabajo, que no ponga
Según la enfermedad la medicina.
Assi que equivalente fué el consuelo
Al dolor, que mi alma padescía

modestia, en su *Historia inédita de la Orden de la Merced* (MS. de la Academia de la Historia), libro que contiene, aunque escasos, los más positivos datos acerca de su persona. Y la fecha de su vuelta y de su paso por Sevilla consta por un apunte de Fr. Pedro de San Cecilio, natural de Granada, y Comendador de la Merced, en su libro inédito de *Patriarcas, Arzobispos y Obispos mercenarios*, existente en la Biblioteca de la Universidad Hispalense (1): «Conocí al Padre Presentado Téllez en Sevilla, cuando vino de la provincia de Santo Domingo, y caminé con él hasta la villa de Fuentes, donde yo era actual Comendador el año de 1625.»

La primera noticia literaria que en las historias de

Del ausencia de prendas tan amadas.
 Seys son las que se van, yo sola quedo;
 El alma lastimada de partidas,
 Partida de dolor, porque partida
 Partió, y corto el contento de mi vida,
 Cuando con gran contento la gozaba:
 Mas aquella divina Providencia,
 Que sabe lo que al alma le conviene,
 Me va quitando toda el alegría
 Para que sepáys que es tan zeloso,
 Que no quiere que quiera cosa alguna
 Aquel divino esposo de mi alma,
 Sino que sola á él sólo sirva y quiera,
 Que solo padesció por darme vida;
 Y sé que por mí sola padesciera
 Y á mí sola me hubiera redimido,
 Si sola en este mundo me criara.
 La esposa dice: sola yo á mi amado,
 Mi amado á mí; que no quiero más gente.
 Y llorar por hermanos quien es monja.
 Sabiendo que de sola se apellida:
 No quiero yo llorar, más suplicaros
 Por sola me veays. si soys servido;
 Que me edificaréys con escucharos.

(1) Comunicó esta noticia D. Juan Colón y Colón á D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que la publicó en el tomo II de su *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*, Madrid, Yenes, 1839, pág. 2.

Santo Domingo encontramos, es la de un poeta llamado D. Francisco Morillas, que por los años de 1691 compuso una glosa con motivo del triunfo obtenido en la Sabana Real de la Limonada, el 21 de Enero de dicho año, sobre las tropas francesas, merced al valor del capitán Antonio Miniel y de sus lanceros. De esta glosa se recuerdan los dos versos siguientes:

Que para sus once mil
Sobran nuestros cuatrocientos.....

Las vicisitudes políticas y cambios de dominio por que atravesó la isla durante el siglo XVIII, y especialmente en el período de la revolución negra de Haiti, dieron lugar á varias improvisaciones de circunstancias, entre ellas á la siguiente quintilla del presbítero don Juan Vázquez, cura de Santiago de los Caballeros:

Ayer español nací,
Á la tarde fui francés,
Á la noche etiope fui,
Hoy dicen que soy inglés;
No sé qué será de mí.

Esta quintilla pareció horriblemente profética, cuando el infeliz sacerdote murió quemado vivo dentro del coro de su iglesia por las bárbaras hordas de negros, que acaudilladas por Cristóbal, teniente de Dessalines, pasaron á cuchillo á los habitantes de aquella población.

Ante tales horrores, el sentimiento de raza pareció recrudescerse. El acto odioso é impolítico de la cesión de la parte española de la isla en el tratado de Basilea, había sido llorado con lágrimas de indignación por un coplero anónimo, autor de unos ovillejos, muy malos, pero

muy patrióticos, que tituló *Lamentos de la isla Española de Santo Domingo*. No hay que buscar en ellos poesía, pero sí la expresión de un sentimiento español sincero y leal (1).

(1) Véanse, como curiosidad, algunas estrofas de esta pésima, pero simpática composición:

¿Cuándo pensé ver mi grey
Sin rey?
¿Cuándo mi leal y fiel porte
Sin norte?
¿Y cuándo ¡oh pena feroz!
Sin Dios?
Lloro yo mi suerte atroz,
Pues que veo en un instante
Á la que era tan amante
Sin rey, sin norte y sin Dios.
Nunca consentí en mis ejes
Herejes;
Siempre perseguí con bríos
Judíos;
Fuerte vencí muchas veces
Franceses;
Bebo del cáliz las heces
De la más amarga hiel,
Pues me van á hacer infiel,
Herejes, judíos, franceses.
.....
La primera en Indias que
Fe
Tuve; y con igual privanza
Esperanza
En mi Dios, y en realidad
Caridad;
Y ahora, Igualdad, Libertad,
Y Fraternidad profana,
Me dan por la soberana
Fe, Esperanza y Caridad.
.....
Sabe bien mi desconsuelo
El cielo;
Mis lágrimas van á inundar
El mar;
Mis crueles penas encierra
La tierra;
En tan despiadada guerra,
Sólo por consejo sigo
La obediencia, y me es testigo
El cielo, el mar y la tierra.
Yo vencí más de una vez
Al inglés;

En los últimos tiempos de la colonia abundaba en Santo Domingo, como en Cuba, el género trivial y rastroso de la décima burlesca y de la *ensaladilla* ó pasquín satírico, de que hemos visto algunas muestras, conservadas por tradición de los ancianos, y destituídas de todo valor que no sea el meramente local, y aun éste para los contemporáneos que pudieron penetrar las alusiones. En este género obtuvo mucha popularidad un negro, repentista fácil é ingenioso, llamado *el Meso Mónica*, no sabemos si por nombre ó por apodo.

La única composición de este tiempo en que su autor quiso levantar algo más el tono é inspirarse en más digno argumento, es la *canción*, bastante correcta en algunas estancias, pero fría y prosaica en el total, con que don José Núñez de Cáceres celebró la victoria de Palo Hincado, obtenida contra setecientos veteranos franceses, en 7 de Noviembre de 1808, por los dominicanos que,

Llevó de mis manos tanta
 Holanda;
 Nunca rindió mi constancia
 Francia.
 Si ahora me doy, en mi rancia
 Obediencia al soberano,
 Sépalo así el africano,
 El inglés, Holanda y Francia.

 Nadie podrá murmurarlos,
 Carlos,
 Mis suspiros, que constante
 Amante
 Te soy, con gigante amor,
 Señor;
 Y ahora con mortal dolor,
 Que me cedas al francés,
 Te digo: ¡adiós! de una vez.
 Carlos, mi amante y señor.

(Inserta por apéndice al fin de la curiosísima *Reseña Histórico-Crítica de la poesía en Santo Domingo*, redactada por la Comisión de literatos de aquella Isla, á que en nota posterior haremos referencia.)

á despecho del tratado de Basilea, permanecían fieles á la bandera española:

Si palaciega mano,
 Ó de grado ó por fuerza en Basilea,
 Firmó la esclavitud de La Española,
 Hoy el empeño vano
 Se deshizo, ganada la pelea
 De estos guerreros por la fuerza sola:
 Que el áulico servil todo estipula,
 Y el patriotismo nunca capitula.

Los que pueblos oprimen
 Perpetúen su fama ensangrentada
 En columnas y en alto capitolio;
 Para los que redimen
 El suelo patrio de opresión forzada,
 Hay más estable y apreciado solio,
 Erigido en el pecho y por las manos
 De sus reconocidos ciudadanos.

.....

Este relámpago de poesía fué tan efímero como la misma victoria que celebraba. Es cierto que no llegó á arraigar la dominación francesa; pero separada Santo Domingo de la metrópoli, en 1821, sin que nadie se enterara de ello en España, donde se daba la isla por totalmente perdida hacía mucho tiempo, cayó bajo la feroz dominación de los negros de Haití, que durante veintidós años la secuestraron de la civilización europea, é intentaron borrar todas las huellas de su pasado, hasta el punto de prohibir el uso oficial de la lengua castellana. Las principales familias de la isla emigraron á Cuba, á Puerto Rico y á Venezuela. Dominicano de origen, aunque nacido en Maracaibo, era el docto y castizo D. Domingo del Monte: de Santo Domingo procedían los hermanos Foxá, aunque nacido uno de ellos en Puerto

Rico (1). Los dominicanos quieren reivindicar alguna parte de la gloria de Heredia por haber sido sus padres de aquella isla, y casi eventual el nacimiento del poeta en Cuba, así como por haber hecho éste sus primeros estudios en la imperial y pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, á la cual basta el nombre de tal hijo para ser ilustre.

Figura sin razón en las colecciones de poetas cubanos un amigo y ferviente panegirista de Heredia, don Francisco Muñoz del Monte, nacido en Santiago de los Caballeros, y no en Santiago de Cuba, como han dicho algunos de sus biógrafos. Él mismo declara su patria en estos versos de su composición *Mi cumpleaños*, escritos en 1837:

. También entonces
 Fatal discordia en mi país ardía,
 Y la sangre francesa y la española
 Empapaban los campos encontrados
 De la aurífera Haití, do el africano
 De tez tostada, libertad gritando,
 La libertad buscaba envuelto en sangre.
 Luego á forzada emigración la suerte
 Mi vida encadenó. No más un lustro
 Pasado por mí había,
 Y ya era fuerza abandonar la patria
 Y la ribera en que el sonoro Yaque
 Revuelve el oro de su azul arena;
 Y eterno adiós diciendo al suelo haitiano
 Librado á la discordia, al fuego, al hierro,
 Del patrio hogar partir, y en el cubano
 Nueva suerte buscar en el destierro.

(1) Fué éste D. Narciso Foxá, de quien hablaremos después. Su hermano D. Francisco Javier Foxá, dominicano de nacimiento, fué de los primeros que hicieron ensayos dramáticos en Cuba, dando á las tablas una comedia *Ellos son*, y dos dramas, *El Templario* y *D. Pedro de Castilla*, representados con éxito ruidoso, pero efímero, en 1838 y 1840.

Fué, no obstante, y él se proclama, hijo adoptivo de la grande Antilla, y ciudadano español por consiguiente; en virtud de lo cual fué electo diputado á Cortes en 1836, aunque ni él ni los demás Diputados antillanos llegaron á tomar asiento en aquel Congreso por un torpe y funesto error del antiguo partido progresista. Desde 1848 Muñoz del Monte, tenido por sospechoso en Cuba, tuvo que fijar su residencia en Madrid, donde permaneció entregado á tareas literarias, hasta su muerte, acaecida en 1868. Fué mejor jurista que poeta, y dejó fama de notable abogado; pero aquí sólo podemos juzgarle por sus versos, compuestos la mayor parte desde 1837 á 1847, y reunidos por un hijo suyo en colección póstuma, que vió la luz pública en Madrid en 1880, llevando por apéndice dos discursos de materia literaria, pronunciados por Muñoz del Monte en el Liceo de la Habana (1). Su primera educación había sido clásica, y á ella debió el buen sabor de sus versos y de su prosa, que recuerda en algún modo la de su primo D. Domingo del Monte, á quien era muy inferior, no obstante, en erudición literaria y en manejo de nuestros clásicos. Como poeta, en cambio, tiene más inspiración y más nervio que D. Domingo, y aunque propende á la libertad romántica, y cambia con frecuencia de metros

(1) *Poesías de D. Francisco Muñoz del Monte. Madrid, imp. y fund. de M. Tello, 1880.*

Nació Muñoz en 1800, y murió en 1868, como queda dicho. En 1821 había redactado en Santiago de Cuba *La Minerva*, periódico de legislación, política y literatura, de los mejores de entonces. En Madrid colaboró en la *Revista Española de Ambos Mundos* y en *La América*. Su discurso sobre la elocuencia del foro, su ditirambo «*Dios es lo Bello Absoluto*», su artículo sobre *El Orgullo Literario* y otros rasgos de su pluma muestran la elevación de sus ideas críticas.

en una misma composición, y se deja arrastrar por la corriente de la amplificación desordenada, permanece clásico por la corrección y pulcritud, ya que no por la sobriedad del estilo; y hasta por cierto aparato retórico en que se traslucen los hábitos de colegio y de foro, juntamente con los de atildado y ceremonioso hombre de mundo, como él era, al decir de los que le conocieron. Deben citarse con particular elogio las tres composiciones tituladas *Á la Condesa de Cuba en la muerte de su padre*, *El Verano en la Habana*, y *Á la muerte de Heredia*, incluida esta última en la primitiva *América Poética*, con grande elogio de su colector D. Juan M. Gutiérrez.

En tanto que Muñoz del Monte y otros dominicanos honraban el nombre de su patria en regiones que políticamente eran ya extranjeras, en la isla amenazaba extinguirse toda cultura bajo el peso de la salvaje dominación galo-etíopica. Pero es tal la fuerza de resistencia que posee nuestra raza, que aun en las condiciones más ominosas da muestras de su ingénita nobleza, y tarde ó temprano vuelve á afirmar su nativa independencia y su propio y peculiar carácter. Tras veintidós años de tiranía los haitianos fueron arrojados del territorio, y D. Juan Pablo Duarte fundó en 1844 la República dominicana. Duarte (que había recibido su educación en España), antes de ser el salvador y reconquistador de su pueblo, fué maestro de sus conciudadanos. Cuando no había escuelas ni bibliotecas, ni medio alguno de cultura, él hacía venir anualmente de Barcelona colecciones de libros que repartía entre sus amigos, y dedicándose privada y gratuitamente á la enseñanza de las matemáticas, no menos que á la de la esgrima y tiro,

educaba en silencio una generación que había de reconquistar virilmente en los campos de batalla la independencia de su patria.

Duarte hizo versos alguna vez, aunque no presumía de poeta (1); pero el más fecundo y afamado versificador de este tiempo fué un maestro de escuela, D. Manuel María Valencia (2), que, andando el tiempo, llegó á ser director del Liceo Nacional de Santo Domingo, Ministro de Justicia é Instrucción Pública, y clérigo en sus últimos días, después de haber enviudado. Dotado de fácil y prosaica vena, grande improvisador de décimas chistosas é inocentes por el gusto del siglo pasado, cambió de rumbo más adelante haciéndose poeta sentimental, romántico y quejumbroso. Los infortunios de que se quejaba eran reales, pero ni la naturaleza ni el arte le ayudaban para su expresión, y resultó palabrero y adocenado, como es de ver en sus composiciones, *Una noche en el templo*, *En la muerte de mi padre*, *La víspera del suicidio*, escritas además con notable incorrección gramatical y aun métrica.

El ciego improvisador D. Manuel Fernández; un joven capitán venezolano, al servicio de la república, don Juan José Illas, autor de una menos que mediana elegía sobre el terremoto de 1842; un francés, profesor de idiomas, Chevremont Darvigny, que hacía con facilidad versos románticos en su nativa lengua y compuso un poemita (*Grégorienne*) á la muerte del obispo Grégoire; y finalmente, D. Manuel del Monte, que versificó al-

(1) Unas redondillas suyas se insertan en la *Reseña Histórico-Crítica*, ya citada.

(2) Nació en 1818, murió en 1870.

ternativamente en francés y en castellano, son los únicos ingenios que en todo el período de la dominación haitiana ha podido descubrir el celo de la Comisión literaria de Santo Domingo, que con tan copioso caudal de noticias ha facilitado nuestra tarea.

Los diez y siete primeros años de la República, desde 1844 á 1861, fueron de laborioso y durísimo aprendizaje, y poco ó nada favorables al desarrollo de la amena literatura. Existía una sola imprenta de carácter oficial, de la cual salían periódicos políticos y otros semiliterarios, como *El Dominicano* (que fué el más antiguo de todos), *El Oasis*, *Las Flores del Ozama*, *El Progreso*, *El Eco del Pueblo*. Más adelante apareció en Santiago de los Caballeros el *Correo de Cibao*. En la capital se estableció un teatro, y se fundaron algunas sociedades de aficionados, como la titulada de *Los Amantes de las Letras*.

Aquella generación produjo bastantes poetas. De ellos vive aún el abogado D. Félix María del Monte, que con el seudónimo de *Delio* ó con su propio nombre, ha publicado muchas composiciones líricas, varios dramas y una zarzuela, *Ozama*. Entre los muertos hay que citar al fabulista D. Felipe Dávila y Fernández de Castro; á D. Javier Angulo Guridi, periodista que vivió muchos años en Cuba, y afiliado en la secta masónica, cantó al *Grande Arquitecto del Universo*; á Doña Encarnación Echevarría de Del Monte, que alguna vez en la poesía doméstica encontró rasgos ingenuos y fáciles, y á D. Nicolás Ureña y D. Félix Motta, que valen algo más. El magistrado Ureña, conocido por el seudónimo de *Nísidas*, tuvo el mérito de introducir el color local en la poesía dominicana, cantando las cos-

tumbres de los guajiros en romances y décimas, á imitación de lo que habían hecho D. Domingo del Monte, Vélez Herrera, Teurbe y Tolón, y otros escritores de costumbres del campo de Cuba; pero la ejecución de tal propósito resulta muy débil y por todo extremo inferior á la de los poetas cubanos. Hizo también *pastorelas*, que son graciosas imitaciones de la poesía anacreóntica del siglo pasado, y una oda *Á la paz del campo*, en liras; débil y remota reminiscencia de fray Luis de León. Don Félix Mota, que combatió con las armas la anexión á España, y fué fusilado con otros veinte compañeros en 4 de Julio de 1861, era también poeta de tendencias clásicas. Su oda *La Virgen de Ozama* está en sáficos adónicos bastante correctos y de efecto agradable. También termina con sáficos no mal hechos su poesía *La Vida*. En cambio, otras composiciones suyas, como *El Blasfemo*, pertenecen á la última y depravada manera de Milanés.

La influencia de los poetas cubanos ha predominado siempre en Santo Domingo, como era forzoso que sucediese, dada la vecindad y la superior cultura. Así es que la poesía dominicana reproduce, aunque en pequeño, los cambios del gusto en la grande Antilla española, y sólo en nuestros días comienza á adquirir cierta autonomía. Lo que pasma es que haya podido desarrollarse, aunque sea en reducida escala, en el estado de continua perturbación en que ha vivido aquel desdichado país hasta estos últimos años. A una serie de revoluciones y tiranías militares sucedió la anexión á España, tan desatentada é impolítica de nuestra parte como lo había sido en la centuria pasada el abandono de la isla, que no acertamos ni á conservar ni á perder á

tiempo; á la anexión una guerra impopular y estéril, que unida á la del Pacífico, estuvo á punto de hacernos perder en la América española el prestigio y la confianza que nos había dado el grande acto de la retirada de Prim en Veracruz. Y tras este paréntesis de cinco años y de inmensos desaciertos, que fueron triste preludio de la insurrección de Cuba: nuevo abandono del país por los españoles, y restablecimiento de la República Dominicana para ser de nuevo consumida y destrozada por las facciones.

Y, sin embargo, la musa castellana nunca ha dejado de levantar su voz sobre este hórrido tumulto, y cada vez han sido más poderosos sus acentos. Para encontrar verdadera poesía en Santo Domingo hay que llegar á D. José Joaquín Pérez y á D.^a Salomé Ureña de Enriquez (*Herminia*): al autor de *El junco verde*, de *El voto de Anacaona* y de la abundantísima y florida *Quisqueyana*; en quien verdaderamente empiezan las *fantasías indígenas*, interpoladas con los *Ecos del destierro* y con las efusiones de *La vuelta al hogar*: y á la egregia poetisa, que sostiene con firmeza en sus brazos femeniles la lira de Quintana y de Gallego, arrancando de ella robustos sonos en loor de la patria y de la civilización, que no excluyen más suaves tonos para cantar deliciosamente la *llegada del invierno* ó vaticinar sobre la cuna de su hijo primogénito (1).

Pero ambos poetas viven por fortuna de las letras, y

(1) *Poesías de Salomé Ureña de Enriquez, coleccionadas por la Sociedad literaria Amigos del País y publicada por la misma con la cooperación de varios municipios, sociedades é individuos particulares. Santo Domingo, imp. de García hermanos, 1880.*

el plan de esta colección nos obliga con harto sentimiento no sólo á prescindir de sus versos, sino á limitarnos á esta rápida mención de sus nombres; y ni aun ésta hubiéramos hecho á no ser tan desconocida en Europa la literatura dominicana.

De los que han fallecido, todavía reclaman alguna mención D. Manuel Rodríguez Objío (1838-1871), ardiente poeta político, que pasó emigrado la tercera parte de su vida y murió fusilado; D. José Francisco Pichardo (1837-1873), que vivió doliente y pobre en Venezuela, y manifestó en sus versos con sinceridad, aunque no con mucho estro poético, su deplorable estado de salud; D. Juan Isidro Ortea (por seudónimo *Dioris*), fácil y gracioso versificador, cuya poesía *Sueños*, tiene cierta languidez criolla y suave mecimiento como de hamaca; D. Pablo Pumarol, malogrado poeta festivo.

Al movimiento literario de estos últimos años, que fué mayor después de la revolución de 25 de Noviembre de 1873, han contribuído varias sociedades *artísticas y literarias*, tales como *La Republicana*, heredera de la de *Los Amantes de la Luz*, en Santiago de los Caballeros, y otras de menos nombre en Puerto Plata y otras poblaciones. A todas ellas aventajó la de *Amigos del País*, que desde 1877 estableció conferencias literarias, costeó varias publicaciones importantes, como la de las *Poesías*, de la señora Ureña, y la de la *Historia de Santo Domingo*, de D. Antonio del Monte y Tejada, y tuvo por órgano un periódico titulado *El Estudio*. Fundáronse también varios establecimientos de educación, entre ellos la Escuela Normal y el Instituto Profesional de la República. Se abrió á la común lectura

una Biblioteca, á la cual sirvieron de base los selectos libros legados en su testamento por el académico Baralt, que había sido Cónsul de Santo Domingo en Madrid. Y finalmente, en 1874 apareció la primera colección de poetas nacionales, bajo el título de *Lira de Quisqueya* (1). Hasta entonces rarísimo era el poeta dominicano que hubiese hecho colección de sus versos. La mayor parte de sus producciones yacían dispersas en los periódicos antes citados, y en otros, tales como *El Sol*, *El Laborante*, *El Universal*, *El Nacional*, *La Opinión* y *El Centinela*.

Con todos estos estímulos la literatura empieza á cobrar bríos en Santo Domingo, y no sólo existen, entre los poetas jóvenes, aventajados representantes de las principales tendencias líricas que tienen secuaces en España y en la América española, singularmente el realismo y el humorismo de los *Pequeños poemas* de Campoamor; sino que pueden citarse ensayos dramáticos y algún poema histórico de asunto indígena.

Nadie puede exigir modelos de gusto á una literatura naciente, y formada en condiciones tan adversas. Lo que de todo eso haya de quedar, sólo la posteridad puede

(1) No hemos llegado á ver esta colección, formada por D. José Castellanos, pero suponemos que serviría de base, en la parte relativa á Santo Domingo, á la *América poética*, de D. Domingo Cortés (París, 1875), donde figuran los siguientes poetas dominicanos:

Manuel María Valencia, Javier Angel Guridi, Félix María del Monte, Nicolás Ureña, Félix Mota, José María González, Josefa A. Perdomo, Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, José Francisco Pichardo, Manuel Rodríguez Objio, José Francisco Pellerano, José Joaquín Pérez, Miguel Román y Rodríguez, Manuel de Jesús Rodríguez, Federico Enriquez y Carvajal, Juan Isidro Ortea, Salomé Ureña de Enriquez, Francisco Javier Machado, Apolinar Tejera.

decirlo. Pero lo que segura y positivamente quedará es el memorable ejemplo de un puñado de gentes de sangre española, que olvidados, ó poco menos, por la metrópoli desde el siglo xvii, como no haya sido para reivindicaciones tardías é inoportunas: coexistiendo y luchando, primero, con elementos exóticos de lengua, después con elementos refractarios á toda raza y civilización europea: empobrecidos y desolados por terremotos, incendios, devastaciones y matanzas: entregados á la rapacidad de piratas, de filibusteros y de negros: vendidos y traspasados por la diplomacia como un hato de bestias: vejados por un caudillaje insoportable y víctimas de anarquía perenne, han resistido á todas las pruebas, han seguido hablando en castellano, han llegado á constituir un pueblo, y hasta han encontrado, en medio de las durísimas condiciones de su vida, algún resquicio para el ideal, y tarde ó temprano han tenido poetas. Lo pasado es prenda de lo futuro, aunque hoy se ciernan negras nubes sobre Santo Domingo y el porvenir de nuestra raza parezca más incierto allí que en ninguna otra parte de la América española (1).

(1) Este capítulo, tan incompleto y breve como es, no hubiera podido escribirse en Europa sin el eficazísimo auxilio de la Comisión nombrada por la República Dominicana, y compuesta de los Sres. D. Francisco Gregorio Billini, D.^a Salomé Ureña de Enríquez, D. Federico Enríquez Carvajal, D. Pantaleón Castillo y D. César N. Penson. Además de una discreta y erudita *Reseña Histórico-Crítica de la Poesía en Santo Domingo*, ha remitido ésta Comisión en esmeradas copias una abundante y selecta colección de poesías dominicanas, y aunque por vivir la mayor parte de sus autores no han podido figurar en nuestra colección, nos parece útil dar el índice completo de estos poetas para utilidad y guía de futuros investigadores de la historia literaria de Quisqueya:

Doña Salomé Ureña de Enríquez.—Encarnación Echavarría de Delmonte.—Josefa Antonia Perdomo.—Altagracia y Luisa Sánchez.—Elena Virginia

VI.

PUERTO RICO.

La pequeña y pobladísima isla de Borinquen, cuya tranquila prosperidad en los tiempos modernos contrasta con el infelicísimo destino de Santo Domingo, pertenece al número de aquellos pueblos afortunados de quienes puede decirse que no tienen historia. Traída á la civilización por aquel romántico viejo Juan Ponce de León, que se perdió por las soledades de la Florida buscando la fuente de la Juventud, no llamó en los primeros tiempos la atención de los conquistadores más que por sus veneros auríferos; y explotados éstos vino á caer en el mismo olvido que Cuba, Jamaica, la Española y demás Antillas, que parecían dominio insignificante puestas en cotejo con las grandezas y maravillas del continente americano. Puerto Rico no tuvo universidad como Santo Domingo y la Habana, y todavía en 1765 no poseía más centros de instrucción que algunas escue-

Ortea.—D. Francisco Muñoz del Monte.—Felipe Dávila Fernández de Castro.—Manuel María Valencia.—Javier Angulo Guridi.—Félix María del Monte.—Félix Mota.—Nicolás Ureña.—Manuel de Jesús Heredia.—José Francisco Pichardo.—Manuel Rodríguez Objío.—Manuel de Jesús de Peña y Reinoso.—Francisco Gregorio Billini.—José Joaquín Pérez.—Manuel de Jesús Rodríguez.—Federico Enríquez y Carvajal.—Juan Isidro Ortea.—Francisco Javier Machado.—Apolinar Tejera.—Miguel Alfredo Lavastida.—Nicolás Heredia.—Federico García y Godoy.—José Dubeau.—César Nicolás Penson.—Pablo Pumarol.—Emilio Prudhomme.—Enrique Enríquez.—Gastón Fernando Deligne.—Juan Elías Moscoso.—Arturo B. Pellerano.—José Otero Nolasco.

Añádense también algunas coplas, décimas y otras muestras de poesía popular, ó más bien vulgar.

las de primeras letras en la capital y en San Germán (1). Estas circunstancias, unidas á la casi incomunicación en que vivía Puerto Rico respecto de las demás colonias españolas, bastan para explicar la ausencia de tradiciones literarias en la isla durante tres siglos.

Ponce de León había tenido por cantor de sus hazañas al indispensable Juan de Castellanos, en los siete cantos de su *Elegía sexta*, que es, por cierto, de las más agradables de leer.

El único recuerdo literario que el nombre de Puerto Rico sugiere en nuestra edad clásica bastaría, sin embargo, para envanecer á un pueblo de historia menos modesta. Desde 1620 hasta 1625, según unos, ó 1627, según otros, estuvo el báculo episcopal de la pequeña Antilla en manos del gran poeta de la *Grandeza Mexicana*, de *El Siglo de Oro* y de *El Bernardo*, que después de haber regido la Abadía mayor de Jamaica tal como de sus letras y celo piadoso podía esperarse, pasó á gobernar la diócesis de Puerto Rico, cuya jurisdicción, mucho más extensa que al presente, comprendía las islas de Margarita, Trinidad y San Martín, y las poblaciones de Cumaná, Cumagote, Nueva Barcelona, San Felipe, Santo Tomé de Guayana y otros lugares de Costa Firme. Recientes investigaciones hechas en la

(1) *La Instrucción pública en Puerto Rico..... Memoria escrita por Gabriel Ferrer Hernández, y laureada con primer premio en el Certamen celebrado por el Ateneo de esta ciudad en Diciembre del año 1884.—Puerto Rico, imp. de José González Font, 1885.*

Memoria sobre el estado actual de la Instrucción pública, su pasado y medios para su mejoramiento futuro, por Martín Travieso y Quijano, doctor en Medicina y Cirujía. Premiada con mención honorífica en el Certamen del Ateneo de 1884. Mayagüez, Tip. Comercial, 1885.

isla (1) permiten adicionar algo las noticias que en 1821 estampó nuestra Academia al frente de su edición de *El Siglo de Oro*. No sólo consta que Valbuena asistió en 1622 al concilio provincial de Santo Domingo, sino que la Iglesia de Puerto Rico le debe especial gratitud por haberla dejado heredera de toda su fortuna, que al parecer era cuantiosa. «Pretendió Valbuena (dice don Diego Torres de Vargas, cronista y canónigo de la catedral) hacer un convento de monjas Bernardas en el Viso, y aunque envió muchos frutos y dineros en los navíos que salieron aquellos años de este puerto, los más se perdieron; con que conociendo que Dios nuestro señor quería que se gastase la renta en utilidad de la parte donde se ganaba, mudó de parecer, y habiendo fallecido el año 1625, mandó su hacienda á la Iglesia, con encargo de que se labrase una capilla de San Bernardo para sagrario, y en ella se colocasen sus huesos, dotando la lámpara del aceite que pudiera gastar cada año, y en cada primer domingo de mes se le dijese una misa cantada, y el día del señor San Bernardo otra, con sermón y vísperas, como todo se hace. Los oficiales de la Real Hacienda pusieron pleito al testamento de dicho obispo, por decir que no era válido su otorgamiento; y S. M. mandó se diese la hacienda á la Santa Iglesia.»

Las misas siguen diciéndose, y celebrándose la festividad y vísperas, pero no hay túmulo ni inscripción que exactamente indique el lugar donde descansan las cenizas del poeta, que en Puerto Rico retocó el *Bernardo*

(1) Véase el folleto de D. Manuel Fernández Juncos, *D. Bernardo de Balbuena, obispo de Puerto Rico. Estudio biográfico y crítico*. Puerto Rico, imprenta de las Bellas Letras, 1884. Y también la *Biblioteca Histórica de Puerto Rico*, de Tapia y Rivera, pág. 463.

y escribió su prólogo,* enlazando así en cierto modo la gloria de su nombre con la de la isla, y haciéndola sonar por todos los países donde se habla ó entiende la lengua castellana.

Una calamidad, que lo fué juntamente para Puerto Rico y para su prelado, el asalto y saqueo de la isla por una expedición de piratas holandeses que incendiaron el palacio episcopal y las escrituras de la Iglesia en 1625, nos ha privado, á la vez que de la mayor parte de los documentos concernientes á la prelación de Valbuena, de muchas obras que desde México traía preparadas para la publicación, y de las cuales sólo conocemos los títulos que conservó uno de sus panegiristas, el licenciado Miguel de Zaldiverna: la *Cosmografía Universal*, el *Divino Cristiados* (que sería probablemente un poema análogo á los de Ojeda y Jerónimo Vida), la *Alteza de Laura* (que quizá fuese una novela pastoril ó amatoria) y el *Arte Nuevo de Poesía*, donde daría sin duda libre expansión á aquél criterio casi romántico que ya campea en su juvenil *Compendio apologético en alabanza de la poesía*. Á esta pérdida aluden aquellos sabidos versos de Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*:

Y siempre dulce tu memoria sea,
Generoso Prelado,
Doctísimo Bernardo de Balbuena.
Tenías tú el cayado
De Puerto Rico, cuando el fiero Enrique,
Holandés rebelado,
Robó tu librería;
Pero tu ingenio no, que no podía.

Sin detenernos en estas dulces y gloriosas memorias, hay que pasar rápidamente por el siglo XVIII, en que no

se cita ni una sola obra puerto-riqueña por el asunto, ya que no por el autor, á excepción de la *Historia geográfica, civil y natural de la isla de Puerto Rico*, de Fr. Iñigo Abad y Lasierra, que ha sido continuada y anotada con sólida erudición en nuestros días por don José Julián de Acosta (1). Ni siquiera hemos podido averiguar la fecha precisa de la introducción de la imprenta en aquella colonia (2). Sólo sabemos que en 1814 existía ya una publicación periódica, *El Diario Económico*, merced á la generosa iniciativa del ilustre intendente D. Alejandro Ramírez, uno de los grandes bienhechores de la Isla, y en quien propiamente empieza su desarrollo y prosperidad. Ramírez, de quien D. Alejandro Tapia ha escrito que «organizó la administración, creó la riqueza, amortizando el funesto papel moneda que mataba el crédito público, abrió puertos al comercio, y facilitó la inmigración extranjera», fué también el fundador de la Sociedad Económica de Amigos del País, bajo cuyos auspicios se abrieron cátedras de francés, inglés, dibujo y matemáticas, y más adelante, de cosmografía, química agrícola y botánica. Al mismo tiempo comenzó á mejorarse y difundirse la instrucción primaria, y se hicieron laudables ensayos para aclimatar otras enseñanzas superiores, ya en el Seminario Conciliar de San Ildefonso, fundado en 1830 por el obispo D. Pedro Gutiérrez de Cos, ya en el *Liceo* de

(1) Puerto Rico, imprenta y librería de Acosta, 1866, en 4.^o Antes la había publicado Valladares y Sotomayor en 1788, y en 1831 la reprodujo D. Pedro Tomás de Córdoba en el primer tomo de sus *Memorias*.

(2) No se consigna en un trabajo que, por otra parte, nos ha sido de mucha utilidad: la *Bibliografía Puerto-Riqueña*, de D. Manuel María Sama, premiada por el Ateneo de Puerto Rico. Mayagüez, Tipografía Comercial, 1887.

San Juan, establecido por los PP. Escolapios en 1837, ya en varios colegios de profesores particulares. Más adelante, por los años de 1845, un benemérito sacerdote español, el Dr. D. Manuel Rufo Fernández, planteó á sus expensas un pequeño laboratorio de física y química, y propuso á la Real Sociedad Económica la creación de un Colegio Central preparatorio para carreras académicas y oficiales; pero el proyecto naufragó, á pesar de los buenos deseos del general Conde de Mirasol, que á la sazón gobernaba la isla; y no produjo por entonces más resultados que el envío de algunos jóvenes pensionados á Madrid, para dedicarse á los estudios de las Facultades de Filosofía y Ciencias. A estos jóvenes, que luego han obtenido merecido renombre: Román Baldorioty de Castro, José Julián de Acosta, Alejandro de Tapia y Rivera, se debe la iniciación de Puerto Rico en la cultura moderna (1).

Antes de 1843 Puerto Rico no podía citar ningún nombre de escritor nacido en su suelo, aunque tenía en la historia del arte un nombre de valor relativo, el del pintor José Campeche (1752-1809). De las prensas de la isla tampoco sabemos que hubiese salido libro alguno de importancia, á excepción de los cinco tomos de las *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas* del auditor D. Pedro Tomás de Córdoba, trabajo muy útil, pero más bien administrativo y oficinesco que propiamente histórico.

La primera producción de amena literatura publicada en la isla, y rarísima por cierto, hasta el punto de no con-

(1) Constan la mayor parte de los datos indicados, en el prólogo de Tapia á la colección de sus obras, que publicó en la Habana, 1862, con el título de *El Bardo de Guamaní*.

signarse en la única *Bibliografía Puerto-Riqueña* que tenemos, es una traducción de las *Odas de Anacreonte* y del poemita de Museo *Amores de Hero y Leandro*, que juntamente con una colección de 27 anacreónticas originales, las cuales llevan el título común de *El Beso de Abibina*, publicó en 1838 un clérigo helenista de las Islas Canarias, á quien sus ideas liberales, manifestadas cuando fué diputado á Cortes en el período constitucional del 20 al 23, habían llevado á emigrar á la isla de Trinidad de Barlovento. Llamábase este incógnito traductor (que por el carácter erótico del libro y el carácter sacerdotal de su persona, sólo se atrevió á estampar en la portada las iniciales de su nombre y apellido y de su dignidad de deán de Canarias) D. Graciliano Alfonso; y antes y después del *Anacreonte* publicó, ya en Canarias, ya en Madrid, un número considerable de traducciones en verso muy difíciles de hallar, pero que yo he podido reunir merced al concurso de buenos amigos. Tradujo, pues, todas las obras de Virgilio, la *Poética* de Horacio, y los tres poemas de Pope *Ensayo sobre el hombre*, *Ensayo sobre la crítica* y *El Rizo robado*, sin otras cosas de menos entidad: en todo lo cual luce conocimiento de muchas lenguas antiguas y modernas, variada cultura literaria, facilidad de versificador, cierta excentricidad y pedantería, y un gusto tan candorosamente depravado que resistió al trato familiar con todos los clásicos antiguos y modernos. El *Anacreonte* y el *Museo* son de lo mejor ó de lo menos malo que hizo (1); pero

(1) *Odas de Anacreonte. Los Amores de Leandro y Hero, traducidos del griego por G. A. D. de C. Con permiso del Gobierno. Puerto Rico, Imprenta de Dalmau. Año de 1838.*

El Beso de Abibina caracteriza todavía con más exactitud su escuela y su manera de inofensivo erotismo.

En pos de este libro tan clásico, y que seguramente no pasó del círculo de los amigos del erudito Deán, apareció en 1843 el primer *Aguinaldo Puerto-Riqueño* (1), producto de una sociedad de amigos «que acordaron (según dicen en el prefacio) componer y publicar un libro enteramente indígena, que por sus bellezas tipográficas y por la amenidad de sus materias, pudiera dignamente, al terminarse el año, ponerse á los pies de una hermosa, ó en signo de cariño y reconocimiento ofrecerse á un amigo, á un pariente, á un protector, reemplazando con ventajas á la antigua botella de Jerez, al mazapán y á las vulgares coplas de Navidad.» La idea gustó, y los *Almanaques* ó *Aguinaldos*, creciendo en importancia y en volumen desde 1857, han proseguido recogiendo hasta nuestros días una gran parte de la producción literaria de Puerto Rico. En este primer *Aguinaldo* colaboró, con el pseudónimo de *Mario Kolhmann*, el excelente escritor peninsular don Eduardo González Pedroso, que ya entonces mostraba las altas facultades de que había de ser memorable ejemplo el discurso sobre los *Autos Sacramentales*. Los demás colaboradores, ya en prosa, ya en verso, fueron la poetisa D.^a Alejandrina Benítez, y los Sres. I. Guasp, *Jacobo* (Pastrana), *Hernando* (Echeverría), C. Cabrera, Fernando Roig, Martín J. Travieso, M. A. Mateo Cavailhou y F. V. (Francisco Vassallo). Al año siguiente (1844) se celebraron en Puerto Rico fiestas Reales con motivo de la declaración de mayor edad de D.^a Isa-

(1) Imprenta de Gimbernat y Dalmau.

bel II, y en el cuaderno de estas fiestas se leen también poesías de cinco de los colaboradores del *Aguinaldo*, J. M. Echeverría, I. Guasp, Francisco Vassallo, Carlos Cabrera y Francisco Pastrana (1).

A este primer despertamiento literario contribuyeron algunos estudiantes de Puerto Rico residentes en Barcelona, dando á luz sus juveniles ensayos, primero en un *Album Puerto-Riqueño*, que no hemos llegado á ver, y luego en *El Cancionero de Borinquen* (1846), que si no puede estimarse como formal antología, pues mal pueden formarse antologías en una literatura naciente, tiene, sin embargo, la curiosidad de presentar reunidas las primacías de la poesía borinqueña. Los autores que figuran en este raro librito, dedicado á la *Sociedad Económica de Amigos del País* de Puerto Rico, é impreso en parte á sus expensas, son D. Francisco Vassallo, don Pablo Sáez, D. Manuel A. Alonso, D. Santiago y don Juan B. Vidarte, D. F. Vassallo y D. Ramón E. de Carpegna. Salvo la buena intención y el recuerdo simpático de la patria lejana, poco hay que elogiar en las páginas de este libro inocentísimo. La mayor parte de estos principiantes se malograron jóvenes, y otros abandonaron pronto el cultivo de la poesía, distraídos por más prosaicas y lucrativas ocupaciones. De todos ellos, el malogrado Santiago Vidarte era el de mayores esperanzas, y su fantasía lírica *Insomnio* es, con todas sus incorrecciones, vaguedades y reminiscencias demasiado inmediatas, la mejor poesía del tomo, que por otra parte sería injusto tratar en serio, como obra que es de mu-

(1) *Fiestas Reales de Puerto Rico por el juramento á S. M. la Reina Doña Isabel II el 10 de Febrero de 1844. Puerto Rico. Imprenta de Gimbernat, 1844.*

chachos (1). Por entonces amaneció también la prosa de costumbres en los artículos de D. Manuel Alonso, que los coleccionó en 1849 con el título de *El Gibaro*. Algunos, como *La Gallera*, *El Baile de Garabato*, *La pelea de gallos*, no carecen de donaire, y como dato histórico sirven todos (2).

Bajo la protección del ilustre general que hoy preside la Academia Española, se estableció por los años de 1850 la *Academia Real de Buenas Letras de San Juan Bautista de Puerto Rico*, instituto de vida efímera, que no sobrevivió, según creemos, al mando del general Pezuela, pero que en el corto tiempo que duró, procuró estimular el cultivo literario, haciendo varias publicaciones y abriendo certámenes de poesía. En 23 de Enero de 1851 leyó en ella D. Rafael Castro su canto épico á la sierra de Luquillo en octavas reales. En 19 de Noviembre del mismo año obtuvieron premio y accésit respectivamente un poema de D. Juan Manuel Echeverría y otro de D. Manuel Felipe Castro sobre la gloriosa defensa de Puerto Rico contra los ingleses en 1797. Otro poema del mismo Echeverría sobre la victoria del Morro y heroica defensa de la ciudad de San Juan contra los holandeses en 1625, estaba designado para premio en el último concurso que celebró la Sociedad, en 1854, pero no llegó á imprimirse en Puerto Rico, sino en Caracas (3).

(1) *El Cancionero de Borinquen. Composiciones originales en prosa y verso.* Barcelona, imp. de Martin Carlé, 1846, 8.º

(2) *El Gibaro. Cuadros de costumbres de la isla de Puerto Rico, por D. Manuel A. Alonso.* Barcelona, por D. Juan Oliveres, 1849. Reimpreso con una segunda parte en Puerto Rico 1879, dos tomos.

(3) *El Yunque. Canto épico leído por su autor R. C. en la Academia Real de Buenas Letras de Puerto Rico el día de su recepción en ella, 23 de Enero de 1851.*

Mientras estos ensayos se hacían en la isla, habíase dado á conocer fuera de ella un poeta puerto-riqueño, D. Narciso de Foxá y Lecanda, oriundo de Santo Domingo, y educado en la Habana, por lo cual generalmente se le incluye entre los poetas de la grande Antilla. Ya en 1839 había aparecido en *La Siempreviva* su romance morisco *Aliatar y Zaida*; pero su reputación data principalmente de 1846, en que el Liceo de la Habana premió su *canto épico sobre el descubrimiento de América por Cristóbal Colón*, obra correcta y bien versificada, aunque ni mejor ni peor que otros innumerables poemas de certamen. En el género descriptivo merece relativa alabanza su *Canto* en versos sueltos á la *naturaleza de Cuba*, si bien la imitación de las silvas de Bello es tan directa y tan poco disimulada, que más bien parece paráfrasis, y desgraciadamente sin ventaja alguna de parte del imitador, que por centésima vez vuelve á cantarnos los *nevados copos* y los *broches de oro* del algodón, la *blanca flor* y los *purpúreos granos* del café, la *pura miel de las cañas amarillas*, el *plátano sonante*, la espléndida diadema de la piña «*reina feliz del vegetal imperio*», el *delicioso aroma* del tabaco, la esmeralda viviente del cocuyo, «*antorcha de la noche umbría*», y todos los demás lugares comunes de la flora y de la ornitología tropical, que por lo mismo que han sido ya insuperablemente cantados, requieren en el poeta tanto tino para no empalagar ni quedar des-

Puerto Rico, imp. de I. Guasp, 1851. *Poemas premiados por la Academia Real de Buenas Letras de Puerto Rico en la sesión pública que celebró en 19 de Noviembre de 1851*. *Puerto Rico*, imp. de I. Guasp, 1851. *La Victoria del Morro. Canto dedicado á los puerto-riqueños, por D. Juan Manuel Echevarría*. *Caracas*, imp. de Carreño hermanos, 1854.

lucido en la competencia. Ha de tenerse, no obstante, á Foxá por ingenio discreto y bastante celoso de la pureza de la lengua, como lo mostró volviendo al yunque una y otra vez sus principales producciones; y bajo este aspecto no deja de justificar los benévolos elogios de nuestro Cañete (1).

En los *Almanaques* de Puerto Rico comenzaban á darse á conocer nuevos poetas: D. Juan Francisco Comas, que á los diez y nueve años publicó en Mayagüez (1858) una colección en dos tomos, titulada *Preludios del Arpa*; D. Ramón Marín, y finalmente D. Alejandro de Tapia y Rivera, de quien, por haber fallecido, y ser sin duda el más fecundo y notable de los escritores de la isla, procede aquí mención más detallada.

Si por la grandeza de los propósitos y por la nobleza de los géneros cultivados, hubiera de graduarse el mérito de los autores, pocos aventajarían á Tapia, que procuró siempre vivir en las regiones más elevadas del arte, y á quien no arredraron ni el drama histórico, ni la novela social, ni el poema simbólico (2). Precep-

(1) *Ensayos poéticos de D. Narciso de Foxá: los da á luz, precedidos de un breve juicio crítico por D. Manuel Cañete, su amigo Ildelfonso de Estrada y Zenea.* Madrid, imp. de Andrés y Diaz, 1849.

Las odas *Al Comercio* y *A la fe cristiana* son sus composiciones de más aliento, después de las citadas.

Nació Foxá en 1822 en San Juan de Puerto Rico, y murió en París en 1883.

(2) Á continuación incluimos un catálogo, probablemente incompleto, de las obras de Tapia:

Biblioteca histórica de Puerto Rico que contiene varios documentos de los siglos xv, xvi, xvii y xviii, coordinados y anotados por D. Alejandro Tapia y Rivera. (Puerto Rico, imp. de Márquez, 1854.) Esta compilación muy útil y formada en gran parte con documentos inéditos, no es trabajo exclusivo de Tapia, sino que en ella colaboraron otros jóvenes puerto-riqueños que por los años de 1850 á 1852 formaban en Madrid una especie de sociedad

tista y crítico también, y no ajeno á los estudios filosóficos, trabajó siempre de una manera reflexiva, y gustó de razonar el propósito de sus obras. Se ve, además, que leía mucho y con provecho, y que estaba muy al corriente de la moderna literatura francesa, y aun de los libros alemanes traducidos al francés. Sus *Conferencias de Estética y Literatura*, inspiradas por el criterio hegeliano, así nos lo persuaden. Pero le faltaba el *quid*

para recoger documentos relativos á la isla, alentándoles en esta empresa D. Domingo Del Monte y D. Pedro Sáinz de Baranda.—*El Bardo de Guamaní, Ensayos literarios..... Habana, imp. del Tiempo, 1862.* Grueso volumen de 616 pág. en 4.º, con el retrato del autor al frente. Contiene dos dramas, *Roberto d'Evereux* y *Bernardo de Palissy*; *La Palma del Cacique*, leyenda histórica de Puerto Rico; *La Antigua Sirena*, leyenda veneciana; ó más bien extensa novela; *Vida del pintor puerto-riqueño José Campeche*; *Un alma en pena* (cuento fantástico); *Poesias y Mesenianas, Fragmentos de la Sataniada*.—*La Cuarterona, drama original en tres actos* (en prosa). Madrid, tip. de Fortanet, 1867.—*Camoens, drama original en cuatro actos* (en verso). Madrid, Fortanet, 1868.—*Hero, Monólogo trágico*; con música de D. Mateo Sabatés. Ponce, imp. de F. Vidal, 1869.—*Póstumo el transmigrado. Historia de un hombre que resucitó en el cuerpo de su enemigo*. Madrid, imp. de D. J. Aguado, 1872.—*Noticia histórica de D. Ramón Power, primer diputado de Puerto Rico, con un apéndice que contiene algunos de sus escritos y discursos*. Puerto Rico, 1873, imp. de González.—*Vasco Núñez de Balboa, drama histórico en tres actos*. Puerto Rico, imp. de González, 1873.—*La leyenda de los veinte años, novela original*. Puerto Rico, imp. de González, 1874.—*Cofresi, novela*. Puerto Rico, imp. de González, 1876.—*La Sataniada, grandiosa epopeya dedicada al Príncipe de las Tinieblas, por Crisófilo Sardanápalo*. Madrid, imp. de Aurelio S. Alaria, 1878.—*Camoens, drama original en tres actos. Refundido y corregido por el autor para esta segunda edición*. Puerto Rico, imp. de Acosta, 1878.—*La parte del León, drama en tres actos y en prosa*. Puerto Rico, imp. de González, 1880.—*Miscelánea, Novelas, Cuentos, Bocetos y otros opúsculos*. Puerto Rico, González, 1880.—*Conferencias sobre Estética y Literatura*. Puerto Rico, 1881, imp. de González. Libro de relativo mérito, y uno de los pocos que en América se han publicado sobre estas materias.—*Póstumo el transmigrado, nueva edición, acompañada de una segunda parte, Póstumo envirginado ó historia de un hombre que se trasladó al cuerpo de una mujer*. Puerto Rico, imp. de J. González Font, 1882, obra póstuma. De 1871 á 1875 publicó una revista literaria, *La Azucena*.

divinum; y para tan altas empresas como las que él abarcó, no basta con el talento: se requiere el genio poético. Y las obras de Tapia no dejan más impresión que la de un talento claro y bien cultivado, ambicioso en demasía, con ambición noble y bien empleada, pero con medios visiblemente inferiores á sus grandes aspiraciones que, de realizarse cumplidamente, le hubieran dado puesto eminente en la literatura universal. Pero de todos modos, siempre hay mérito en poner el punto tan alto, y hay caídas que son honrosas y respetables. Y de ellas fueron, sin duda, las del extraño escritor que se firmaba unas veces *El Bardo de Guamaní*, y otras *Crisófilo Sardanápalo*.

Escribió mucho, y así tiene de todo, pudiéramos decir con el autor del *Diálogo de la lengua*. Contra lo que suele acontecer en poetas americanos, no son sus versos propiamente líricos lo más sobresaliente. Su estro en ellos parece débil, de poco aliento y nada espontáneo; y tampoco faltan tropiezos de forma, inexcusables. Alguna composición ligera como *La Hoja del Yagrumo* ó *La Ninfa de Guamaní* es lo único que puede exceptuarse, y aun allí molesta al oído la intercalación de consonantes agudos en las seguidillas. El mismo frecuente empleo que hace de la prosa poética en sus *fantasías* y en las que llama *Mesenianas*, muestra la indecisión con que buscaba la forma sin encontrarla, por falta de dominio y plenitud en su vida poética propia, que era ardiente, rápida, febril, pero poco íntima y consistente.

En el teatro fué menos infeliz, aunque sus dramas son más para leídos que para representados, y en realidad sólo dos ó tres de ellos lograron los modestos honores

de una representación casi privada. Desdeñoso de los efectos teatrales como todo el que trabaja en tales condiciones, busca el ideal en la historia, que es gran fuente de poesía humana, pero á condición de ser respetada en su integridad y propia fisonomía, y no sustituida con arbitrarias y fantásticas interpretaciones, que convierten á los personajes en símbolos vaporosos y sutiles, *simulacraque luce carentum*. Si de este escollo no siempre acertó á salvarse el mismo Schiller, que era á un tiempo historiador y gran poeta, forzoso era que más de una vez naufragase Tapia, arrojándose sin bastante meditación á llevar al teatro figuras históricas tan varias y complejas como Camoens, Vasco Núñez de Balboa, la reina Isabel de Inglaterra, el Conde de Essex y Bernardo de Palissy. Hay en todos estos dramas conatos de poesía, pero nada que pueda decirse completo. En el duelo cuerpo á cuerpo con la realidad histórica, el poeta resulta vencido, y á pesar de sus loables esfuerzos, rara vez llega á caracterizar con vigor á sus héroes (por lo mismo que se empeña en tomarlos de frente) ni á hacerlos moverse y pisar las tablas con libertad y gallardía. Ó cae en la biografía dramática, en el *biodrama*, como él decía; ó asciende cual efimero globo, lleno de gas inflamable, á las regiones de la abstracción metafísica, perdiendo de vista el campo de batalla de la vida humana. Cuando escribe sus dramas en prosa, abusa de las formas propias de la discusión y del razonamiento é impropias del diálogo teatral, que ha de ser movimiento y pasión, ó no será nada. Cuando los escribe en verso, la locución es armoniosa y en general pura, pero le faltan elasticidad y nervio. *Bernardo de Palissy* es su drama mejor escrito, más fiel á la historia y al carácter

del protagonista, y se recomienda por cierta grandiosa y simpática serenidad moral. *La parte del León*, que es una de sus últimas obras, parece la más teatral de todas. En *Roberto a' Evreux*, representada en 1859, que fué, según creemos, la primera tentativa dramática de alguna importancia en Puerto Rico, la nobleza habitual del estilo, el estudio no vulgar del carácter de Isabel de Inglaterra, y el mérito indudable de algunas escenas como el diálogo de Cécil y Bristol y el monólogo de la Reina antes de firmar la sentencia de muerte de su favorito, no compensan la falta de aquel interés romántico que hay en la antigua comedia de D. Antonio Coello *Dar la vida por su dama*, tan bien analizada por Lessing en su *Dramaturgia*.

Análogas al teatro de Tapia son sus novelas, formadas en gran parte de impresiones y recuerdos de sus viajes y de sus lecturas. Una de las más originales, aunque no exenta de parentesco con el delicioso *Avatar* de T. Gautier, es la historia de *Póstumo* que transmigró al cuerpo de su enemigo.

Esto de las transmigraciones no era en Tapia mero recurso artístico. Quien haya leído *La Sataniada* y el nebuloso prólogo que la precede, sabrá que el poeta puerto-riqueño no se redujo á sutilizar sobre el idealismo filosófico, sino que tuvo dejos de místico y de iluminado, y aun barruntos de pitagórico y espiritista. *La Sataniada*, que modestamente llamó su autor *Grandiosa epopeya dedicada al Príncipe de las Tinieblas*, es, sin duda, uno de los abortos más singulares de la manía épico-simbólica, que tantos desastres produjo después de la aparición de la segunda parte de *Fausto*; pero aunque por lo extravagante de su concepción y por su

prolijidad ambiciosa é impertinente sea de los libros que nacieron muertos, sin que haya poder humano que baste á resucitarlos, todavía es digna de citarse: no sólo porque contiene los mejores versos de Tapia, sino porque el haber tenido su autor á estas alturas de fin de siglo la idea de un poema teológico, cósmico y humanitario, que contuviese la última razón de todas las cosas de este mundo y del otro, y haber vivido y muerto con la inocente ilusión de haberlo realizado, es, sin duda, un caso notable, ya de genio, ya de paciencia, ya de temeridad, ya de locura. De genio ya hemos dicho que carecía Tapia, pero tenía cierto grado de talento poético, amor desenfrenado al arte, manía de grandezas estéticas, y estaba contagiado, como otros muchos de su generación, por aquellos pomposos aforismos de filosofía literaria y aquellas fórmulas huecas, que no son de Hegel, sino de Michelet ó de Quinet, los cuales no dejaban en paz al poeta mientras no se había convertido en apóstol de los tiempos nuevos, y no había escrito su correspondiente *Biblia de la Humanidad*. Tapia, poseído de esta ambición cual otro *Pablo Gámbara*, ú otro *Heriberto García de Quevedo* (para no mentar á *Espronceda*, que se salva por la belleza de los detalles, redención que nunca falta á los grandes poetas), quiso hacer su *Ahasvero*, su *Prometeo*, su *Diablo-Mundo*. ¿Qué digo? Más altas fueron sus aspiraciones, y tal comparación le hubiera indignado. *La Sataniada* debía ser, y era sin duda en la mente de su autor (uno de los pocos mortales que han podido leerla entera), la cuarta epopeya del mundo, la coronación y el complemento necesario de la *Iliada*, de la *Divina Comedia* y del *Fausto*; por supuesto, aventajándolas y superándolas con toda la

ventaja que lleva nuestra edad á las pasadas. Nada menos iba á encarnarse en *La Sataniada* que «el modo de ser espiritual de nuestro tiempo». La idea religiosa que aparece «como presentimiento en la antigüedad, como fe viva en Dante, como tradición ó plácido recuerdo en Goethe», iba á mostrarse como *ideal positivo del siglo XIX* en *La Sataniada*, y *Crisófilo Sardanápalo* sería el hierofonte, el revelador del gran misterio. El autor limó su poema años y años: ya en 1862 publicó en la Habana algunos trozos, no poco mutilados por la censura; pero sólo diez y seis años después apareció en Madrid íntegro el gigantesco poema. Los tiempos no estaban para epopeyas satánicas ni angélicas, y todo el mundo se encogió de hombros. Nadie sabía quién era *Crisófilo Sardanápalo*, ni cuál era el sentido de todo aquel embolismo de las ciudades de *Diablópolis* y *Leprópolis*, por donde desfilaban en interminable procesión todos los personajes de la historia universal. Si algún aficionado leyó salpicadas algunas octavas, alabó la facilidad y la gala del versificador, y no pasó más adelante.

El autor, ó sea el *lepropolitano* que escribe el prólogo, empieza por decir que su obra no es puramente teológica como la de Dante, ni tampoco una «obra nihilista y pesimista, unilateral, y por lo tanto, incompleta» como el *Diablo Mundo*, ni envuelve una dualidad sin resolución como el *Fausto*, sino que en *La Sataniada* «la luz y la cruz, la ciencia y la religión, se funden para producir la transfusión del cielo en el mundo, en la humanidad, para que de este modo la humanidad, terminada su ley de evoluciones de perfección relativa, se torne al seno de lo absoluto, de donde nació como idea

palingenésica, y á donde debe volver cumplidamente realizada».

Para desarrollar tan disparatado pensamiento, el autor imagina una serie de arquetipos y representaciones, las cuales se van desenvolviendo no en la tierra, ni en el cielo ni en el infierno, como sucede en los demás poemas conocidos hasta hoy, sino en un mundo *sui generis*, que tampoco es mundo. Quiere esto decir que el poeta Crisófilo (que es el símbolo de la humanidad, además de ser el propio D. Alejandro Tapia, empleado en la oficinas de Hacienda de Puerto Rico), «no nos lleva al infierno, sino que percibe el infierno en el mundo, y funde ambas cosas dentro y fuera de lo infinito, prescindiendo de lugares y cronologías, y fundiendo lo temporal y lo eterno». Nos hace penetrar, pues, en un infierno inmaterial que vive en la humanidad de todos los tiempos, porque ésta lo lleva en su espíritu colectivo..... doble Tártaro en que hay un infierno que se llama *feliz* (*Diablópolis*), morada de condenados dichosos, ó que lo parecen, y otro infierno de dolor (*Leprópolis*, ciudad de los leprosos), donde moran los réprobos, que lo son porque se niegan á seguir al rey de las tinieblas, y que si bien sufren, prefieren su dolor y luchan contra Satán á quien logran vencer algunas veces..... Esta historia y estos triunfos de Satán, cual soberano de la tierra y de los hombres: esta serie de evoluciones, de acción y reacción de la humanidad satánica, que habrán de reproducirse hasta que el género humano llegue á ser libre en el sentido de la razón, y cristiano en el de la sensibilidad, constituyen el objetivo del poema. Y aunque su acción «pasa en las regiones ideales é infinitas, no por eso se sale del mundo, porque

éste no deja de ser parte y contenido de la eternidad y de lo infinito como tiempo y como espacio, meras relaciones que el espíritu concibe con este carácter. De suerte, que el mundo de que se trata es el nuestro en idea, ó la idea-mundo, por lo que el lector podrá creerse en éste, hallándose en el infierno sin haber salido del mundo».

Tal es el pensamiento de este diabólico poema, ó más bien estupenda pesadilla, obra póstuma de un género muerto y que no es de temer que en mucho tiempo resucite. Treinta mortales cantos tiene *La Sataniada*, donde (y ésta es la mayor desdicha) abundan octavas buenas, brillantes y aun magníficas, descripciones profusas, ya terribles, ya risueñas, rasgos de humor y de fuerza satírica que parecen del abate Casti, expresiones felices, caprichosos arabescos, raras fantasías, todos los caprichos de un versificador ejercitado y muy superior al que en sus dramas y en sus versos líricos aparece. Y todo esto está allí enterrado como en un pozo; ahogado y obscurecido por la insensatez del plan, por la incoherencia de los episodios, por un pedantesco fárrago de nombres propios y de teorías á medio mascar, y por el más fangoso torrente de declamaciones de sectario contra todo lo humano y lo divino. *La Sataniada* es un confuso centón de todo género de herejías, pero están expuestas de un modo tan estrambótico, que no es de temer que hagan muchos prosélitos. Lo que puede dudarse es que saque sana la cabeza el que se aventure á penetrar en semejante aquelarre.

Con todos sus defectos y aberraciones de gusto, Tapia y Rivera, no sólo por el número y relativo valor de sus obras, sino por la eficacia constante de su ejemplo

en su vida literaria laboriosísima, y por la activa propaganda de sus ideales artísticos, que con todo el fervor y vehemencia propios de su temperamento ejerció hasta sus últimos días, ya en pláticas familiares, ya en los papeles periódicos, ya en conferencias y discusiones de Ateneo (1); mantuvo el fuego sacro de la literatura en Puerto Rico, donde tan pocos estímulos tenía, y fué causa, ocasional á lo menos, de la aparición de otros ingenios, la mayor parte de los cuales viven aún. Sus producciones se registran ya en el *Nuevo Cancionero de Borinquen*, de 1872, ya en la colección de *Poetas puerto-riqueños* de 1879 (2).

Entre los que han fallecido debemos citar en primer término al malogrado D. José Gautier Benítez (1848-1880), cuyo *Canto á Puerto Rico*, de brillante ejecución, aunque no exento de los lugares comunes de la poesía descriptiva americana, va en esta Antología. Pero hay otra poesía suya, si menos celebrada, más digna de serlo, *La Barca*, alegoría nada nueva de la vida humana, pero tratada con cierta amplitud de sentimiento lírico que se dilata en graves y majestuosas estancias (3).

Madre de este poeta fué, á lo que entendemos, doña

(1) Véase M. Fernández Juncos, *Semblanzas puerto-riqueñas*.—Puerto Rico, 1888; págs. 58-95.

(2) *Nuevo Cancionero de Borinquen. Colección de poesías escogidas por Manuel Soler y Martorell*.—Puerto Rico, Imp. de González, 1872, 8.º

Poetas puerto-riqueños. Producciones en verso, escogidas y coleccionadas por D. José María Monje, D. Manuel M. Sama y D. Antonio Ruiz Quiñones.—Mayagüez, Martín Fernández, editor, 1879.

(3) *Colección de Poesías de D. José Gautier Benítez*. Puerto Rico, Imp. de González 1880. Publicación póstuma con un prólogo de D. Manuel Elzaburu y una *Corona literaria en honor de Gautier Benítez*.

Alejandrina Benítez de Gautier, que no sólo es la más antigua poetisa puerto-riqueña, sino que figuró en el primitivo grupo literario de 1843. Sus versos á la *Estatua de Colón en Cárdenas* y al *Cable submarino*, son robustos y grandilocuentes; pero en otros más íntimos como *Mi pensamiento y yo*, y *El paseo solitario*, se revela mejor su noble personalidad lírica (1).

Un año antes que Gautier Benítez nació, y un año después murió, un poeta de Manatí, llamado Francisco Alvarez (1847-1881), cuyos versos póstumos fueron coleccionados por devoción de algunos amigos. Las poesías de Alvarez son muy incorrectas, como de quien no había recibido más educación que la elemental y la que pudo adquirir en vagas lecturas: el fondo es melancólico y algo pesimista, por lo cual se le ha comparado con Becquer, y aun con Bartrina; pero su melancolía no ha de achacarse á imitación literaria, puesto que fué sincera como de quien, víctima de pertinaz é incurable dolencia, sentía acercarse á cada momento la inevitable muerte. La *Meditación Nocturna* basta para caracterizarle, y es, sin duda, su mejor poesía (2).

Aun restan otros nombres: D. José María Monje, correcto y frigidísimo imitador de nuestros clásicos del siglo pasado, especialmente de Moratín y Jovellanos; D. Manuel Corchado, que se dió á conocer en un concurso de 1862, por su valiente oda al pintor Campeche;

(1) Véase el estudio de D. José J. Acosta, *Alejandrina Benítez y Arco de Gautier*. Puerto Rico, 1886.

(2) *Obras Literarias de Francisco Alvarez*. Puerto Rico, imp. de González, 1881. Con un prólogo de D. Manuel Fernández Juncos. Contiene, además de las poesías líricas, tres *pequeños poemas* y un drama en dos actos, representado en Manatí en 1881.

y partidario luego de los delirios espiritistas, publicó *Historias de Ultra-Tumba* (1872) y una especie de romancero de la segunda guerra civil que llamó *Páginas sangrientas* (1875) (1); Carmen Hernández, poetisa que disputó el lauro á Corchado, con versos de sabor clásico, en el certamen de Campeche; y otros muchos que no citamos, para no convertir este trabajo en árida nomenclatura. Sólo haremos una excepción en pro del malogrado joven Manuel Elizaburu y Vizcarrondo, cuyo nombre no figura en las antologías puerto-riqueñas, aunque lo merece mucho más que otros. Apenas conozco versos suyos originales, pero dejó muy lindas traducciones de poetas franceses modernos, especialmente de Teófilo Gautier (el *Madrigal panteísta*, la *Sinfonía en blanco mayor*, *Lo que dicen las golondrinas*, *La nube*, *Tristeza en el mar*, *La Rosa-té*). Y quien conozca el extraño y sutil artificio de los versos originales, no dejará de dar á estos es-

(1) *Corona Poética dedicada al Maestro José Campeche, pintor puerto-riqueño*. Puerto Rico, imp. del Boletín Mercantil, 1863. Además de la poesía de Corchado, que fué la premiada en este certamen, abierto por la Sociedad Económica de Amigos del País, figuran en el cuaderno otras de Carmen Hernández, Alejandrina Benítez, Heraclio M. de la Guardia (venezolano), Juan Francisco Comas, José Coll y Britapaja, Ramón Marín y Federico Rosado y Brincau. *Historias de Ultra-Tumba. Por Manuel Corchado*. Madrid, imp. de J. M. Alcántara, 1872.—*Páginas sangrientas. Colección de romances escritos sobre episodios de la guerra civil, por Alejandro Benítez y Manuel Corchado*. Madrid, imp. de J. Aguado, 1875.—*El Trabajo*, poesía (1878). Publicó, además, algunos folletos sobre cuestiones políticas, sociales y religiosas: *Las Barricadas* (Barcelona, 1870), *La pena de muerte* (Barcelona, 1871), *La pena de muerte y la prueba de indicios* (Madrid, 1877), *Dios*, réplica á Sñer y Capdevila. Colaboró en la *Revista de Estudios Psicológicos* y en otros papeles espiritistas. Para el teatro escribió *María Antonieta, cuadro dramático original y en verso*, estrenado en Puerto Rico en 1880. Fué diputado á Cortes por su isla, y murió en Madrid en 30 de Noviembre de 1884. Al año siguiente se publicó en Ponce una *Corona Poética* á su memoria, y además se imprimieron sueltas otras composiciones elegiaco-laudatorias.

fuerzos el debido precio y preferirlos á mucha hojarasca indígena que sin provecho abruma las colecciones citadas (1). La literatura puerto-riqueña, ya bastante consi-

(1) Á continuación damos todos los nombres de poetas que figuran en las dos colecciones ya citadas.

En el *Nuevo Cancionero* de Rodríguez:

Muertos: Jenaro Aranzamendi.—Manuel Alonso.—Alejandrina Benitez y de Arce de Gautier.—Manuel Corchado.—José J. Dávila.—José Gautier y Benitez.—José María Monje.—F. M. de Rodríguez.—Francisco Pastrana.—Manuel Soler y Martorell.—Alejandro Tapia y Rivera.—Francisco Vassallo.

Vivos: Juan Francisco Comas.—José Antonio Daubon.—Ramón Marín.—José G. Padilla.—Manuel Padilla.—Manuel M. Sama.—Rafael del Valle y Rodríguez.

En los *Poetas Puerto-Riqueños*:

Muertos: Alvarez.—Aranzamendi.—Alejandrina Benitez.—Úrsula Cardona de Quiñones (*Angélica*).—Manuel Corchado.—José Jacinto Dávila.—Eleuterio Derkes.—José R. Freyre y Rivas.—Gautier Benítez.—J. Pastrana.—Domingo M. Quijano.—M. Soler y Martorell.—Tapia y Rivera.—F. Vassallo.—Santiago Vidarte.

Vivos: Francisco J. Amy.—J. B. Balseiro.—Salvador Brau.—Cayetano Coll y Toste.—José Coll y Britapaja.—Antonio Cortón.—José A. Daubon.—J. J. Dominguez.—Manuel Dueño Colón.—Ramón Marín.—Fidela Matheu de Rodríguez.—José G. Padilla.—Manuel Padilla Dávila.—José Ramón Rodríguez Mac-Carthy.—Lola Rodríguez de Tió.—Manuel María Sama.—Bonocio Tió Segarra.—Rafael del Valle.—Manuel Zeno Gandía.

De estos poetas sólo han publicado colecciones D. Eleuterio Derkes (Puerto Rico, imp. del Comercio, 1871), autor también de un drama en cuatro actos y en prosa, *Ernesto Lefevre ó el triunfo del talento*, representado en Guayamo, 1871; Lola Rodríguez de Tió (*Mis Cantares*, Mayagüez, 1876; *Claros y Nieblas*, Mayagüez, 1885); D. José J. Dominguez, con el seudónimo de *Gerardo Alcides* (Mayagüez, 1879), y posteriormente un cuaderno de *Odas Elegiacas* (Mayagüez, 1883); D. F. J. Amy (*Ecos y Notas*, Ponce, 1884; libro que contiene estimables traducciones de Bryant, Longfellow, Whittier, Leigh Hunt, Stedman y otros poetas anglo-americanos, y también versos castellanos traducidos al inglés, entre ellos *La Madrugada*, de Milanés); D. Rafael del Valle (Arecibo, 1884).

Con el título de *Notas Perdidas* existe también una colección especial de *poetas arecibeños*, publicada en 1879.

Para la redacción de este capítulo hemos tenido presentes, además de las colecciones impresas, una manuscrita remitida á la Academia Española por

derable en cantidad, dada la pequeña extensión de la isla, es de las que más necesitan expurgo y disciplina. Allí, como en el resto de América, se escriben demasiados versos, y los poetas se encuentran por docenas. Hasta pueblos secundarios como la villa de Arecibo, que apenas habrá sonado en los oídos de ningún lector europeo, poseen antologías especiales de sus ingenios. En todo esto tiene que haber mucha maleza, que sólo la crítica local y de todos los días puede ir arrancando con mano fuerte. El país que, á la hora presente, se honra con la delicada y castiza inspiración de la autora de *La vuelta del pastor*, y cuenta con un conocedor é intérprete de la literatura inglesa tan digno de aprecio como Amy, tiene ya derecho á ser juzgado por lo que realmente vale, y á ocupar en la literatura americana el lugar modesto sin duda, pero no despreciable, que hasta ahora con evidente injusticia se le ha negado en todas las colecciones generales formadas en las demás regiones del Nuevo Mundo. Pero si se ha de evitar que las apariencias engañen, conviene que la crítica (que tiene ya un órgano autorizado en la *Revista Puertorriqueña* sostenida con loable constancia durante siete años), sea inexorable en la aplicación de las reglas del buen gusto, y no ceda con excesiva facilidad ni al engreimiento local, que sería prematuro, ni á las avasalladoras corrientes de la novísima literatura francesa, que al quitar carácter español á las nacientes literaturas de

la comisión literaria nombrada por el Capitán general Gobernador de la isla.

Debo también preciosos datos á la diligencia de mi antiguo amigo y constante favorecedor, el elegante poeta venezolano D. Miguel Sánchez Pesquera, que reside años hace en Puerto Rico con un cargo de magistratura.

América, acabarían por borrar también de ellas todo sello americano.

VII.

VENEZUELA.

La antigua Capitanía General de Caracas, hoy República de Venezuela, tiene la gloria de haber dado á la América española, simultáneamente, su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello. Pero la aparición súbita de estos dos varones egregios, que por breve tiempo ponen á su patria al frente del movimiento americano, ya en la esfera de la acción política, ya en la de las ideas, contrasta, si no con la obscuridad anterior de la historia de Venezuela (que, por el contrario, es en el período de la conquista, de las más variadas, interesantes y novelescas que pueden leerse), á lo menos con el puesto secundario que, á despecho de su admirable situación geográfica, de su vastísima extensión y de sus riquezas naturales, ocupó el territorio de Costa Firme en el cuadro inmenso de las posesiones españolas. De aquí el desarrollo lento y tardío de la cultura, que nunca, hasta los últimos días de la época colonial, pudo competir allí, no ya con la de México ó con la del Perú, sino con la del vecino virreinato de Nueva Granada, del cual, en parte dependía Venezuela hasta 1731 (1). La población era muy mezclada: de

(1) La Capitanía general, erigida definitivamente aquel año, comprendía las provincias de Caracas (en la cual se incluían entonces las de Coro, Bar-

los ochocientos mil habitantes que próximamente se calculaban á principios de este siglo, según testimonio de Humboldt y Bonpland, había más de 120.000 indios, diez mil de ellos no reducidos á vida civilizada, más de sesenta mil negros, más de cuatrocientos mil mestizos y mulatos, y sólo unos 212.000 individuos de raza blanca, entre criollos y españoles. Con elementos tan heterogéneos y abigarrados, sin ningún centro de alta cultura que recordase los emporios de México y Lima, sin universidad y sin imprenta hasta muy entrado el siglo XVIII, la historia literaria no puede ofrecernos más que páginas en blanco. Y sin embargo, ya entre los conquistadores hubo quien diese culto á las musas; y Juan de Castellanos, que dedicó la mitad de sus elegías á sucesos y personajes de lo que hoy es jurisdicción de Venezuela, recogiendo innumerables datos biográficos sobre los primeros colonos, encontró en la isla Margarita nada menos que cuatro poetas, y músicos también según parece:

Con cuyo son las damas y galanes
Encienden más sus pechos en amores.....

.....
Allí también dulcísimo contento
De voces concertadas en su punto,
Cuyos concentos lleva manso viento
Á los puntos oídos por trasunto:
Corre mano veloz el instrumento

quisimeto y Carabobo), Cumaná (incluyendo la de Barcelona), Guayana, Maracaibo (y con ella Mérida y Trujillo), Barinas y Apure, la isla de Margarita, y la de Trinidad hasta que en 1797 cayó en poder de los ingleses. Sus límites, como se ve, eran inmensamente mayores que los de la primitiva gobernación ó provincia de Venezuela, que según la cédula de asiento de Carlos V con los Welsers en 1528, comprendía sólo desde el Cabo de la Vela hasta el de Macarapana, por la costa, y por el interior hasta el río Casanare.

Con un ingenioso contrapunto,
 Enterneciéndose los corazones
 Con nuevos villancicos y canciones.
 Porque también Polimnia y Erato,
 Con la conversación del duro Marte,
 De número sonoro y verso grato,
 Tenían deste tiempo buena parte:
 Rara facilidad, suave trato,
 Y en la composición ingenio y arte,
 De los cuales discípulos y alumnos
 Podríamos aquí decir algunos.
 Y aun tú que sus herencias hoy posees
 No menos preciarás saber quién era
Bartolomé Fernández de Virués,
 Y el bienquisto *Jorge de Herrera:*
 Hombres de más valor de lo que crees,
 Y con otros también de aquella era,
Fernán Mateos, Diego de Miranda,
 Que las musas tenían de su banda.

(Elegía XIV, part. I.^a)

Los versos no pueden ser peores, pero es curioso el testimonio tratándose de 1550 próximamente.

A fines del siglo XVIII y principios del siguiente, encontramos algunos versificadores gongorinos, de lo más enfático y perverso dentro de su género. Al frente de la *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela*, de D. José de Oviedo y Baños (Madrid, 1723) (1), escribió el licenciado D. Alonso de Escobar, canónigo de la catedral de Caracas, examinador sinodal del obispado de Venezuela y secretario del Obispo, un romanzón endecasílabo congratulando á la ciudad de Caracas en estos revesados términos:

Coronado León, de cuyos rizos
 Altivas crenchas visten el copete,

(1) Reimpresión por la *Biblioteca de los Americanistas*, Madrid, 1885. Dos tomos. Ilustrada con notas y documentos, por D. Cesáreo Fernández Duro.

Gallarda novedad que su nobleza
 Generosa guardó para sus sienas:
 Ilustre concha, que en purpúreas líneas
 Del Múrice dibujas los relieves
 En cruzados diseños que se exaltan,
 Cuando en fuertes escudos te ennoblecen.
 Fértil ribera que en plateadas ondas
 El elemento líquido guarnece,
 Y en vegetales minas sus tesoros
 Á púrpura reducen lo virente;
 Floresta americana, de quien Flora
 Tiernos pimpollos libra en candideces
 De flores, que perdiendo la hermosura,
 Son frutos suaves que Pomona ofrece.....

Por lo menos, hacía versos sonoros, aunque vacíos; pero baste esta muestra. Del mismo autor hay un ridículo soneto con doble acróstico, al principio y al medio del verso. Otro de los panegiristas de Oviedo y Baños fué D. Ruy Fernández de Fuenmayor, en un soneto y en unas conceptuosas décimas.

Hasta 1696 no hubo más enseñanzas que las de algunos conventos. En aquel año, el obispo D. Diego de Baños y Sotomayor, natural de Santa Fè de Bogotá, fundó en Caracas el colegio-seminario de Santa Rosa, con trece becas y nueve cátedras de gramática latina, filosofía aristotélica, teología, cánones y música (1). Pero los venezolanos estudiosos padecían la incomodidad de tener que ir á graduarse en las universidades más ó menos lejanas de Santo Domingo, México y Santa Fe, hasta que por cédula de Felipe V, en 1721, y bula apostólica de Inocencio XIII, del año siguiente, quedó convertido el Seminario Tridentino en Universidad Real y Pontificia, con los mismos derechos y privilegios que las

(1) Baralt, *Historia de Venezuela*, 2.^a edición, tomo 1.^o, pág. 414.

demás de América, ampliándose el número de sus enseñanzas con las de Derecho Civil y Medicina. Los jesuitas tuvieron también colegios, hasta su expulsión, y allí, como en lo demás de América, se les debió en gran parte la difusión de la cultura clásica.

La imprenta no existió hasta 1806, en que el general revolucionario Miranda trajo una ambulante para imprimir sus proclamas, que fueron quemadas en Caracas por mano del verdugo. Hasta 1808 no empezó á salir la *Gaceta de Caracas*. Con tan tenues principios asombra el desarrollo que en breves años logró el despierto y lozano ingenio de los criollos venezolanos. Porque no hay que olvidar que Bello, nacido en 1781 en pleno régimen colonial, se formó en Caracas; que su primer maestro de humanidades fué un fraile de la Merced, fray Cristóbal de Quesada; que hizo los estudios de filosofía en el Seminario de Santa Rosa bajo el rectorado del presbítero Montenegro, «el bueno, el afectuoso, el sabio doctor Montenegro», como le llama Baralt; y que en la Real y Pontificia Universidad de su patria encontró en 1797 un Dr. Escalera que le enseñase las Matemáticas y la Física Experimental. Declámese cuanto se quiera contra la educación clerical y española, siempre persistirá el hecho de haber sido hijos de ella Bello, Olmedo y Heredia, los tres nombres más indiscutibles de la literatura americana.

Favorecida por su ventajosa posición cerca del mar de las Antillas, que Humboldt llama «un Mediterráneo de muchas bocas»: favorecida por las reformas de Carlos III, enriquecida por el comercio, y en trato frecuente, no sólo con la Metrópoli, sino con los extranjeros, que, ya en los breves periodos en que el comercio

fué libre, ya por medio del contrabando, difundieron sus industrias, artes, ideas, libros y comodidades, Caracas había llegado á ser en 1799 una de las ciudades más cultas del mundo americano. Entonces la visitó Humboldt, el cual, en su *Viaje á las regiones equinocciales*, declara haber encontrado en muchas familias principales gusto por la instrucción, conocimiento de los modelos de las literaturas francesa é italiana, y decidida predilección por la música, que servía como de lazo entre las diversas clases sociales. Y añade que en Caracas y en la Habana creyó estar más cerca de Cádiz y de los Estados Unidos que en ninguna otra parte de la América española. Los libros corrían de mano en mano, sin exceptuar los incluidos en el *Índice*, que sólo podían entrar de contrabando, y que corriendo á sombra de tejado iban difundiendo las ideas revolucionarias y enciclopedistas y preparando la explosión de 1810. Pero en medio de esta fermentación peligrosa, había ansia de saber y evidente mejora en los estudios. Montenegro, Escalona y Echezuría, habían reformado los estudios de Filosofía, y el licenciado Sanz los de Derecho; los hermanos Luis y Javier Ustáriz tenían en su casa una academia privada de literatura, en la cual leyó Bello sus primeras producciones: su oda *A la Vacuna*, sus traducciones del libro quinto de la *Eneida* y de la tragedia *Zulima* de Voltaire. Allí se dieron á conocer también otros aficionados á la poesía, de quienes apenas quedan muestras, porque el archivo de aquella pequeña sociedad desapareció en los disturbios civiles (1). Entre ellos se citan los nombres de D. Vicente Tejera, D. José

(1) Fuera de este grupo literario, componía versos místicos y conceptuosos la monja carmelita sor María Josefa de los Ángeles.

Luis Ramos, D. Domingo Navas Spinola, D. Vicente Salías, D. José Domingo Díaz y algunos otros. Navas Spinola tradujo la *Ifigenia*, de Racine, y algunas odas de Horacio. De Ramos, uno de los firmantes del acta de independencia de 1811, conozco una versión apreciable del *Oh Navis, referent....* El médico Salías compuso el poema burlesco de *La Medicomaquia*, en el gusto prosaico de Iriarte. Se citan un ensayo dramático de D. José Domingo Díaz, *Inés*, y otro de González, titulado *Aníbal*. De Tejera, uno de los próceres de la independencia, no se conoce con certidumbre poesía alguna, puesto que, de las dos que el Sr. Calcaño pone á su nombre en el *Parnaso Venezolano* (1), la *Paráfrasis del Miserere* es mucho más antigua que Tejera, y estaba impresa en las rimas de tan conocido autor como Gerardo Lobo, desde 1717 por lo menos; y la traducción, muy popular en Venezuela y Nueva Granada, y aun en España, del soneto francés de Hésnault, *El Aborto*, anda también en litigio, y se le han atribuido diversos padres. Como se ve, todos estos ingresos pertenecían á la escuela literaria del principio del siglo, y su poeta predi-

(1) *Parnaso Venezolano. Colección de poesías de autores venezolanos desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros días, precedida de una introducción acerca del origen y progreso de la poesía en Venezuela, por D. Julio Calcaño, individuo correspondiente de la Real Academia Española....* Caracas, 1892. (Se ha publicado el primer tomo y está próximo á ver la luz pública el segundo.) Esta colección, más completa y esmerada que otras anteriores, ha sido formada por el inteligente y laborioso secretario de la Academia Venezolana, para auxiliar los trabajos de la nuestra.

Véase además: *Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos, ordenada con noticias biográficas, por D. José María Rojas, Ministro plenipotenciario de Venezuela en España.* París, sin fecha (?1870?).

Parnaso Venezolano, publicado en Curazao (Antilla Holandesa) por la casa editorial de A. Bethencourt en muchos volúmenes pequeños.

lecto parece haber sido Arriaza, que en 1806 visitó á Caracas como oficial de marina, y sin duda concurrió á la tertulia de los Ustáriz. Sus versos, tan populares en América como en España, se pegaban dulcemente al oído, y es fama que dejaron huella aun en el mismo clásico y severísimo Bello.

La gran figura literaria de este varón memorable basta por sí sola para honrar, no solamente á la región de Venezuela, que le dió cuna, y á la República de Chile, que le dió hospitalidad y le confió la redacción de sus leyes y la educación de su pueblo, sino á toda la América española, de la cual fué el principal educador: por enseñanza directa en la más floreciente de sus repúblicas: indirectamente y por sus escritos en todas las demás: comparable en algún modo con aquellos patriarcas de los pueblos primitivos, que el mito clásico nos presenta, á la vez filósofos y poetas, atrayendo á los hombres con el halago de la armonía para reducirlos á cultura y vida social, al mismo tiempo que levantaban los muros de las ciudades y escribían en tablas imperecederas los sagrados preceptos de la ley. Acerca de Bello se han compuesto libros enteros, no poco voluminosos, y aun puede escribirse mucho más, porque no hay pormenor insignificante en su vida, ni apenas materia de estudio en que él no pusiese la mano. Sus timbres de psicólogo, de pedagogo, de jurisconsulto, de publicista, de gramático, de crítico literario, no han obscurecido (por raro caso) su gloria de poeta, vinculada, no en raptos pindáricos ni en creaciones muy originales, sino en unas cuantas incomparables traducciones, y en un número todavía menor de fragmentos descriptivos de naturaleza americana, donde el estudio de la dicción poética llega

á un grado de primor y perfección insuperables, y en los cuales renace la musa virgiliana de las *Geórgicas* para cantar nuevos frutos y nuevas labores y consagrar con su voz las vírgenes florestas del Nuevo Mundo (1).

(1) Nació D. Andres Bello en Caracas, en 29 de Noviembre de 1781. Desde su niñez se deleitaba en la lectura de los clásicos de nuestra lengua, especialmente de Calderón y de Cervantes. Hizo sus estudios de latinidad y filosofía en el convento de la Merced, en el Seminario de Santa Rosa y la Universidad de Caracas, con los maestros que en el texto quedan citados; obteniendo ruidosos triunfos escolares. Comenzó por dedicarse á la enseñanza privada, contando entre sus discípulos á Bolívar. El trato de Humboldt, á quien acompañó en algunas de sus excursiones, le abrió nuevos horizontes científicos. Concurrió á la tertulia literaria de los Ustáriz, y por recomendación suya obtuvo el cargo de oficial de secretaria en la Gobernación y Capitanía general de Venezuela, y luego el de secretario de la Junta Central de la Vacuna. En tal situación le sorprendieron los sucesos de 1808 y 1810. En los primeros momentos no se mostró muy fervoroso partidario de la independencia americana; pero es imputación conocidamente calumniosa, y que amargó en extremo su vida, la de que hubiese revelado al gobernador Emparán las tramas de los insurgentes. Basta el hecho de haber sido enviado Bello á Londres en 1810 como comisionado de la Junta de Caracas, juntamente con Simón Bolívar y López Méndez, para convencerse de la plena confianza que en él tenían los fautores del movimiento revolucionario. Los comisionados caraqueños ajustaron una especie de convención oficiosa con el gobierno inglés, que bajo capa fomentaba la insurrección de nuestras colonias, y Bello continuó en Londres como agente de sus paisanos desde 1810 hasta 1829. Durante aquellos años, que fueron para él de penalidades y estrecheces, completó su educación, ya en las bibliotecas, ya en el trato de doctos varones ingleses y españoles, como James Mill, lord Holland, D. José María Blanco (White), y D. Bartolomé J. Gallardo. De entonces datan sus primeras investigaciones sobre filología castellana y sobre los monumentos poéticos de la Edad Media. En 1823 publicó, asociado con el colombiano García del Río, una revista titulada *Biblioteca Americana ó Miscelánea de Literatura, Artes y Ciencias*, y en 1825, con el mismo García del Río y los españoles Mendivil y Salvá, otra más extensa é importante, el *Repertorio Americano*. En la una ó en la otra están sus mejores poesías, juntamente con numerosos artículos en prosa, algunos de ellos de gran novedad, erudición é importancia, entre los cuales merecen especial recuerdo las *Indicaciones sobre la conveniencia de reformar la ortografía*, y el tratado *del uso antiguo de la rima asonante en la poesía latina de la Edad Media y en la francesa*. En 1829 se decidió á abandonar el cargo de secretario de la legación de Colombia,

Su prosa no es brillante, ni muy trabajada, pero es modelo de sensatez, de cordura y de caudalosa doctrina. Escribía como hablaba, enseñando siempre, con maravillosa claridad y orden didáctico, como quien va más atento al provecho común que á la vana ostentación del

que ejercía en Londres, y á aceptar las proposiciones del Gobierno de Chile, que le nombró oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. En aquella República encontró Bello su segunda patria, y el medio más adecuado para el completo desarrollo de su acción educadora, por la cual se le compara con D. Alberto Lista. Ya en el Colegio de Santiago, ya en su propia casa, comenzó á dar cursos de humanidades, de filosofía moral, de derecho de gentes y derecho romano, ejerciendo además el magisterio de la crítica en el periódico oficial titulado *El Araucano*. Dos materias solicitaron con preferencia su atención por ser de utilidad más inmediata en un estado naciente: el Derecho Internacional, como base para el arreglo de las relaciones exteriores, y la Gramática de la lengua patria, que estaba afeada en Chile con más barbarismos y corruptelas que en ninguna otra parte de América. Sus excelentes libros didácticos sobre una y otra materia no han envejecido aún, y más ó menos modificados continúan sirviendo de texto en todo el continente americano. Coronó vida tan aprovechada y fecunda con dos empresas á cuál más gloriosa: la creación de la Universidad de Chile, de la cual fué primer rector en 1843, formulando su ideal científico en un admirable discurso inaugural; y la redacción del *Código Civil Chileno* (modelo de otros de América), que se promulgó en 14 de Diciembre de 1855. El crédito de su sabiduría y rectitud era tal en sus últimos años, que se le escogió como árbitro en cuestiones internacionales, como la del Ecuador y los Estados Unidos en 1864, y la de Colombia y el Perú en 1865. Falleció el 15 de Octubre de aquel mismo año, dejando el nombre más venerable en la historia americana. El desarrollo de la civilización chilena es en gran parte obra suya. En sus mocedades pagó algún tributo á las ideas del siglo XVIII; pero en Chile estuvo siempre del lado de los principios católicos y conservadores y de la tradición española, que revive poderosa y lozana en sus escritos, cuya colección es el principal monumento de la cultura americana. Esta colección oficial, publicada en cumplimiento de una ley de 5 de Septiembre de 1872, debe de constar, por lo menos, de 12 volúmenes; pero sólo puedo dar razón del contenido de los diez primeros, únicos que han llegado á mis manos. El primero contiene la *Filosofía del entendimiento*, el segundo los *Estudios sobre el poema del Cid*, el tercero las *Poesías*, el cuarto la *Gramática castellana*, el quinto los *Opúsculos gramaticales*, el sexto, séptimo y octavo los *Opúsculos críticos y literarios*, el noveno los *Opúsculos*

saber propio. En su espíritu recto, y bien equilibrado, se juntaban dichosamente la audacia especulativa, que abre nuevos rumbos, y el sentido de la realidad, que convierte y traduce la especulación en obra útil. De los resultados de su varia y rica cultura personal, adaptó á la cul-

juridicos y el décimo el *Derecho internacional*. La publicación comenzó en 1881 y continuaba en 1886.

La *Vida de D. Andrés Bello*, publicada en 1882 por el laboriosísimo investigador literario D. Miguel Luis Amunátegui, uno de los discípulos predilectos que Bello dejó en Chile, es uno de los trabajos más completos que en su línea pueden encontrarse sobre ningún autor castellano, y compite en riqueza de materiales con las mejores biografías inglesas. Realzanla gran número de cartas literarias y políticas de Bello y de sus amigos, y varios opúsculos importantes, que no han encontrado lugar en la colección de las *Obras* por estar incompletos ó por cualquier otra causa. En esta biografía amplió y refundió Amunátegui los varios estudios biográficos que antes tenía publicados sobre su maestro; pero todavía en las introducciones á los diversos tomos de las *Obras* ha encontrado mucho que añadir á la *Vida*.

Hay otro libro indispensable para el conocimiento de la biografía y de las ideas de Bello, si bien debe ser consultado con prudente cautela, porque su autor, hombre de talento vigoroso, pero acérrimo secuaz del positivismo filosófico, juzga á su antiguo maestro desde el punto de vista de su escuela ó secta, y unas veces pretende hacerle suyo, y otras le trata con sequedad y dureza como á enemigo de «*la emancipación intelectual*», tirando á disminuir ó desvirtuar su mérito é influencia. Me refiero á los *Recuerdos literarios* de don J. V. Lastarria (Santiago de Chile, 1878).

Acerca de Bello y sus obras, comienza á formarse lo que los alemanes llaman una *literatura*. Para los trabajos anteriores á 1881, nos remitimos al esmerado catálogo que formó D. Miguel Antonio Caro en el *Homenaje del «Repertorio colombiano» á la memoria de Andrés Bello en su centenario* (Bogotá, 1881), al cual pueden añadirse ya muchos artículos. Pero pocos tan dignos de memoria como el admirable prólogo del mismo Caro á la edición (por otra parte muy incompleta) de las *Poesías de Bello*, publicada en 1881 en la *Colección de escritores castellanos*; y los *Estudios gramaticales ó introducción á las obras filológicas de Bello*, por el escritor colombiano D. Marco Fidel Suárez, en la misma *Colección*. (Madrid, Diciembre, 1885). Entre nosotros contribuyó más que nadie, á la justa estimación del nombre de Bello, don Manuel Cañete en varios opúsculos críticos, especialmente en el discurso que leyó en sesión pública de la Academia Española en el aniversario del nacimiento del poeta (1881).

tura chilena los que en su tiempo eran adaptables; y por eso, más que en la filosofía pura, insistió en sus aplicaciones; más que en el Derecho Natural, en el Derecho positivo; más que en la filología propiamente dicha ni en la alta crítica, en la gramática. Los tiempos lo pedían así, y él se acomodó sabiamente á los tiempos, comenzando el edificio por los cimientos y no por la cúpula. Poco le importó ser tachado de pedagogo tímido, de intolerante purista, de enemigo de la emancipación intelectual. Sin imponer cierto género de disciplina austera es imposible enseñar á hablar, á pensar, á leer, á un pueblo que acaba de salir de la menor edad. Otros, por desgracia de las repúblicas americanas, siguieron distinto camino; y con aprender el francés y olvidar el latín y el castellano; con maldecir de las instituciones coloniales por el mero hecho de ser españolas, y con calcar servilmente las de los Estados Unidos, diéronse ya por suficientemente emancipados é imaginaron haber llegado de un salto á lo que, si no se conquista por esfuerzo propio, racional y metódico, y en virtud de evolución no forzada, será siempre vana apariencia de libertad y cultura, y trampantojo sin realidad ni eficacia. Por haber sido la enseñanza de Bello el más fuerte dique contra toda novedad temeraria: por haber respetado en el Derecho el elemento tradicional y la eterna fuente de la sabiduría escrita del pueblo romano: por haber sido toda su vida conservador á la manera inglesa, como Jovellanos entre nosotros; por haber representado en América el tipo más puro de la educación clásica, y la más alta magistratura en lo tocante á la lengua, fué aquel gran maestro blanco de las iras de todos los insurrectos literarios, de todos los niveladores democráticos, y hubo quien, como el fa-

moso argentino Sarmiento, se atreviese á pedir en letras de molde su perpetuo ostracismo de América por el crimen capital é inexpiable de saber demasiado y de ser demasiado literato.

Afortunadamente, Bello había ido á sentar su cátedra en un pueblo americano que, menos dotado de condiciones brillantes que cualquier otro, á todos aventaja en lo firme de la voluntad, en el sentido grave y maduro de la vida, en el culto de la ley, en el constante anhelo de la perfección y en la virtud del respeto. No llegó á educar poetas, porque la tierra no los daba de suyo, pero educó hombres y ciudadanos, y su espíritu continúa velando sobre la gran república, que por tantos años ha sido excepción solemne entre el tumulto y agitación estéril de las restantes hijas de España.

No procede juzgar aquí á Bello como escritor polígrafo; pero no sería justo, tratándose de tal varón, recordar sólo su gloria de poeta. Es cierto que sus versos han de ser en definitiva lo que de sus obras conservará valor absoluto, porque la misma índole didáctica de los demás trabajos de Bello, y el constante progreso que va renovando las materias sobre que principalmente versan, acabará por relegarlos á la historia de la ciencia: única inmortalidad que pueden esperar los libros doctrinales cuando desaparecen de la común enseñanza. Pero hoy todavía son útiles y enseñan mucho; y por otra parte sería difícil caracterizar el arte docto y laborioso de los versos de Bello, sin representarnos primero, aunque sea de un modo general, el mundo de ideas que removi6 su espíritu, y el rico fondo de cultura, sobre el que pudo echar raíces y brotar lozana, con pompa de flores y de frutos, la planta de su exquisita poesía.

Bello fué filósofo: poco metafísico, ciertamente, y prevenido en demasía contra las que llamaba *quimeras ontológicas*, de las cuales le apartaban de consuno el sentido de la realidad concreta, en él muy poderoso, su temprana afición á las ciencias experimentales, la estrecha familiaridad que por muchos años mantuvo con la cultura inglesa, el carácter especial del pueblo para quien escribía, y finalmente, sus hábitos de jurisconsulto romanista y sus tareas y preocupaciones de legislador. Pero fué psicólogo penetrante y agudo; paciente observador de los fenómenos de la sensibilidad y del entendimiento; positivista mitigado, si se le considera bajo cierto aspecto, ó más bien audaz disidente de la escuela escocesa en puntos y cuestiones muy esenciales, en que más bien parece inclinarse á Stuart Mill que á Hamilton. En la *Filosofía del Entendimiento*, que es sin duda la obra más importante que en su género posee la literatura americana (dicho sea sin menoscabo del aprecio que nos merecen los ensayos de algunos pensadores cubanos), predomina sin duda el criterio doctrinal de la escuela de Edimburgo, como podía esperarse de la fe inquebrantable de Bello en las creencias primordiales del género humano y en el testimonio de conciencia; pero hay patentes desviaciones que ponen el libro á dos pasos de la doctrina contraria, como si en el espíritu de su autor combatesen reciamente la audacia especulativa y la prudencia práctica. Su doctrina sobre la noción de causa, que para él no es ni principio universal ni principio necesario con necesidad absoluta, sino que se confunde con la ley de sucesión y conexión de los fenómenos, parece idéntica á la que en la *Lógica* de Stuart Mill se propugna; salvo que Bello, como creyente religioso, afirma,

á despecho de su sistema, la realidad de la causa primera, libre é inteligente, ordenadora del mundo, al paso que Stuart Mill, sólo como posible acepta el antecedente incondicionado y universal. La idea de sustancia queda también vacilante en el sistema de Bello, quien propiamente no reconoce más percepción sustancial que la del propio yo, duda mucho de la existencia de la materia, no repugna la hipótesis de Berkeley, según la cual los modos de las causas materiales son modos de obrar de la energía divina, y existen, por tanto, originalmente en la sustancia de Dios bajo la forma de leyes generales; y llega, aunque sea por transitorio ejercicio ó gimnasia de la mente, á conclusiones resueltamente *acosmistas* que, negando la sustancialidad de la materia, convierten el universo físico en «un gran vacío poblado de apariencias vanas, en nada diferentes de un sueño». Pero no consiste en estas ráfagas de escepticismo la verdadera originalidad de la filosofía de Bello, el cual, por otra parte, siguiendo la buena tradición hamiltoniana, defiende vigorosamente contra el Dr. Brown la percepción intuitiva y la unidad de la conciencia; consiste, sobre todo, en sus magistrales análisis, de los cuales puede servir de tipo el que aplica á la memoria y á la sugestión de los recuerdos, y especialmente á las que llama *anamnesis* ó percepciones renovadas, y que él distingue sutilmente de los demás elementos que concurren al fenómeno de la memoria. Su doctrina del método inductivo, aunque derivada evidentemente de fuentes inglesas, muestra que estaba profundamente versado en la filosofía de las ciencias experimentales.

Bello no dejó escrita su filosofía moral, que á juzgar por ciertos pasajes de un artículo suyo contra la teoría

de Jouffroy (1), quizá no hubiera salido exenta de todo resabio de utilitarismo, si bien interpretado en el más noble sentido, y disculpable en quien había recibido, muy mozo aún, la influencia directa de Bentham, cuyos manuscritos tuvo que descifrar por encargo de James Mill, durante su permanencia en Inglaterra. Pero si no ha dejado ningún libro de Filosofía del Derecho, es insignie á lo menos como tratadista de Derecho de Gentes. Los *Principios* de esta ciencia, que publicó en 1832 y fué retocando y mejorando mientras le duró la vida, han sido obra clásica en América, han corrido en España bajo el nombre del peruano D. José María Pando, que se los apropió casi á la letra; y hoy mismo conservan todo el valor que puede tener un manual de esta clase después de los profundos cambios que el Derecho Internacional ha experimentado en estos últimos años (2). Sirvió de base á éste, como á tantos otros libros de Derecho Internacional, la obra de Vattel, pero fué Bello de los primeros que sintieron la necesidad de reformarla, reuniendo y metodizando la doctrina esparcida en voluminosas colecciones de jurisprudencia mercantil y en repertorios diplomáticos: empresa tan árida y prolija como útil, en que precedió á Wheaton, y en que, á despecho del trabajo de compilación, no se echa de menos nunca ni el juicio sereno, ni la claridad de método, en extremo adecuado á la enseñanza, ni la propiedad y pureza del lenguaje, que tan desatendida suele andar en

(1) *Opúsculos literarios y críticos*, tomo 1.º, pág. 337-386.

(2) Á suplir estas deficiencias se encaminan las notas y apéndices con que el profesor colombiano, D. Carlos Martínez Silva, ha ilustrado el *Derecho internacional* de Bello en la edición de Madrid de 1883 (*Colección de escritores castellanos*).

esta clase de libros. La ciencia española, que después de sus grandes teólogos del siglo xvi, fundadores de esta rama de la ciencia jurídica y precursores de Grocio, apenas podía contar entre sus sucesores más nombres dignos de consideraciones que los de Finestres, Dou y Abreu, ni más tratadista sistemático que Olmeda, puro abreviador y expurgador de Vattel, tuvo por primera vez en el manual de Bello un claro, elegante y compendioso resumen, si no de los principios abstractos de la ciencia, á lo menos de su parte positiva y de las prácticas y convenciones más generalmente admitidas entre los pueblos cultos.

Mucho mayor esfuerzo, y tal que por sí solo bastaría para inmortalizar la memoria de un hombre, fué la redacción del *Código Civil Chileno* de 1855, anterior á todos los de América, salvo el de la Luisiana; y uno de los que, aun obedeciendo á la tendencia uniformista que tuvo en todas partes el movimiento codificador de la primera mitad de nuestro siglo, hacen más concesiones al elemento histórico y no se reducen á ser trasunto servil del código francés.

Sección de las más numerosas é importantes forman en el conjunto de las obras de Bello las relativas á cuestiones filológicas: su célebre *Gramática de la lengua castellana* (1847), sin duda la que en nuestro siglo ha obtenido más reimpressiones y ha servido para estudio de mayor número de gentes y ha logrado comentadores y apologistas más ilustres (1): su *Análisis ideológica de*

(1) Sobresalen entre ellos D. Rufino J. Cuervo y D. Miguel Antonio Caro, que en repetidas ediciones de Bogotá han dado nuevo lustre á los tratados gramaticales de Bello.

los tiempos de la conjugación castellana, que con ser trabajo de sus primeros años, anterior á su viaje á Inglaterra (si bien no publicado, y sin duda con grandes enmiendas, hasta 1841), no deja de ser el más original y profundo de sus estudios lingüísticos: sus *Principios de ortología y métrica* (1835), definitivos en cuanto á la doctrina general, y universalmente admitidos hoy por los mejores prosodistas, especialmente en las cuestiones relativas á sinalefa y hiato, que parecen agotadas por Bello. No pertenecen estos libros suyos al novísimo movimiento de la filología histórica, y ya bastarían sus fechas para indicarlo; pertenecen á la escuela analítica del siglo XVIII, pero á ésta escuela en su más alto grado de perfección, aplicada por un entendimiento vigoroso y sutilísimo, que logra defenderse de la abstracción ideológica (á que fácilmente conduce el abuso de las teorías gramaticales), merced á la observación diaria y familiar del uso de los maestros de la lengua. Así es que á él se debe, más que á otro alguno, el haber emancipado nuestra disciplina gramatical de la servidumbre en que vivía respecto de la latina, que torpemente se quería adaptar á un organismo tan diverso como el de las lenguas romances; y á él también, en parte, aunque de un modo menos exclusivo, el haber desembarazado nuestra métrica de las absurdas nociones de cantidad silábica, que totalmente viciaban su estudio. Y aunque la *Análisis de los tiempos de la conjugación* parezca á primera vista trabajo más metafísico que práctico, y más adecuado para mostrar la admirable perspicuidad y fuerza de método de su autor en este ensayo de álgebra gramatical, que para guiar al hablante ó al escritor en el recto uso de las formas, accidentes y matices del verbo, y especialmente

en la expresión de las relaciones temporales, todavía es grande el provecho que de él se saca, no sólo como modelo de disección gramatical, sino como repertorio sintético y autorizado de los valores, así propios como metafóricos, de las formas verbales, sin cuyo exacto conocimiento no es hacedero dar al lenguaje aquel grado de precisión y transparencia que se requiere para que sea fácil vehículo de la idea. Los tratados gramaticales de Bello son, ciertamente, obras de transición: traspasan los límites de la gramática empírica (como lo era todavía la de Salvá); pero no llegan á invadir los de la moderna gramática comparativa; pertenecen al período intermedio, al período razonador y analítico. Los defectos que en ellas pueden señalarse son defectos propios de la escuela de Beauzée, de Du-Marsais, de Condillac, de Destutt-Tracy, pero muy mitigados por el genial espíritu de Bello, que á cada paso se sobrepone á las inevitables influencias de su educación. Bello estudió aisladamente el castellano: le estudió por vía discursiva y en su estado moderno: no pretendió hacer la gramática histórica de la lengua: no quiso, ni quizá hubiera podido, ponerle en relación con las demás lenguas romances, pues aunque la *Gramática* de Diez se había publicado entre 1836 y 1842, los principios de su método no habían salido aún de Alemania, y Bello no sabía alemán. Además, su objeto no era erudito, sino esencialmente práctico; quería restablecer la unidad lingüística en América y oponerse al desbordamiento de la barbarie neológica, sin negar por eso los legítimos derechos del regionalismo ó provincialismo. Y esto lo consiguió plenamente: fué aún más que legislador por todos acatado: fué el salvador de la integridad del castellano en América, y al mismo

tiempo enseñó, y no poco, á los españoles peninsulares; perteneciendo al glorioso y escaso número de aquellos escritores y preceptistas casi forasteros, como Capmany, Puigblanch, etc., de quienes pudiéramos decir, como Lope de Vega de los hermanos Argensolas, «que vinieron de Aragón (ó de Cataluña ó de cualquiera otra parte) á reformar en Castilla la lengua castellana.»

A los méritos eminentes de filólogo corresponden en Bello otros, no menos positivos y mèmorables, de investigador y crítico literario. Hasta la publicación de sus obras completas no se le ha hecho plena justicia en esta parte por lo disperso de sus trabajos y por ser de gran rareza en Europa, y aun inasequibles á veces, las revistas y periódicos en que primitivamente los dió á luz. En las cuestiones relativas á los orígenes literarios de la Edad Media y á los primeros documentos de la lengua castellana, Bello no sólo aparece muy superior á la crítica de su tiempo, sino que puede decirse sin temeridad que fué de los primeros que dieron fundamento científico á esta parte de la arqueología literaria. Desde 1827 había ya refutado errores que todavía persistieron, no sólo en los prólogos de Durán, sino en las historias de Ticknor y Amador de los Ríos: errores de vida tan dura, que, después de medio siglo, todavía no están definitivamente desarraigados, y se reproducen á cualquier hora por los fabricantes de manuales y resúmenes. Bello probó antes que nadie que el asonante no había sido carácter peculiar de la versificación española, y rastreó su legítima filiación latino-elesiástica en el ritmo de San Columbano, que es del siglo vi, en la *Vida de la condesa Matilde*, que es del xi, y en otros numerosos ejemplos: le encontró después en series monorrimas en los *canta-*

res de gesta de la Edad Media francesa, comenzando por la *Canción de Rolando*; y por este camino vino á parar á otra averiguación todavía más general é importante, la de la manifiesta influencia de la epopeya francesa en la nuestra: influencia que exageró al principio, pero que luego redujo á sus límites verdaderos. Bello determinó antes que Gaston Paris y Dozy, la época, el punto de composición, el oculto intento y aun el autor probable de la *Crónica de Turpin*. Bello negó constantemente la antigüedad de los romances sueltos, y consideró los más viejos como fragmentos ó rapsodias de las antiguas gestas épicas compuestas en el metro largo de diez y seis sílabas interciso. Bello no se engañó ni sobre las relaciones entre el *Poema del Cid* y la *Crónica General*, ni sobre el carácter de los fragmentos épicos que en ésta aparecen incrustados y nos dan razón de antiguas narraciones poéticas análogas á las dos que conservamos, ni sobre las relaciones entre la *Crónica del Cid* y la *General*, de donde seguramente fué extractada la primera, aunque quizá por virtud de una compilación intermedia. Aun sin saber árabe, adivinó antes que Dozy la procedencia arábiga del relato de la *General* en lo concerniente al sitio de Valencia. Comprendió desde la primera lectura el valor de la *Crónica Rimada*, encontrando en ella una nueva y robusta confirmación de su teoría sobre el verso épico y sobre la transformación del cantar de gesta en romance. Bello, con el solo esfuerzo de su sagacidad crítica, aplicada á la imperfecta edición de Sánchez, emprendió desde América la restauración del *Poema del Cid*, y consiguió llevarla muy adelante, regularizando la versificación, explicando sus anomalías, levantando, por decirlo así, la capa del siglo XIV, con que

el bárbaro copista del manuscrito había alterado las líneas del monumento primitivo. En algún caso adivinó instintivamente la verdadera lección del código mismo, mal entendida por el docto y benemérito Sánchez. La edición y comentario que Bello dejó preparada del *Poema del Cid*, infinitamente superior á la de Damas-Hinard, parece un portento cuando se repara que fué trabajada en un rincón de América, con falta de los libros más indispensables, y teniendo que valerse el autor casi constantemente de notas tomadas durante su permanencia en Londres, donde Bello leyó las principales colecciones de textos de la Edad Media, y aun algunos poemas franceses manuscritos. Pero en Chile ni siquiera tuvo á su disposición la *Crónica General*, y por mucho tiempo ni aun pudo adquirir la del *Cid* publicada por Huber. Cuarenta años duró este trabajo formidable, en que ni siquiera pudo utilizar Bello la imperfecta reproducción paleográfica de Janer, que sólo llegó á sus manos en los últimos meses de su vida; ni siquiera las conjeturas, muchas veces temerarias, de Damas-Hinard, cuya traducción no vió nunca. Y, sin embargo, el trabajo de Bello, hecho casi con sus propios individuales esfuerzos, es todavía á la hora presente, y tomado en conjunto, el más cabal que tenemos sobre el *Poema del Cid*, á pesar de la preterición injusta y desdeñosa, si no es ignorancia pura, que suele hacerse de él en España. No hay que decir las ventajas enormes que su *Glosario* lleva al de Sánchez, ni el valor de las concisas, pero muy fundamentales observaciones sobre la gramática del Poema. Un libro de este género, que comenzado en 1827 y terminado en 1865, ha podido publicarse en 1881 sin que resulte anticuado en medio de la rápida carrera que hoy

llevan estos estudios, tiene sin duda aquella marca de genio que hasta en los trabajos de erudición cabe. El nombre de Bello debe ser de hoy más, juntamente con los de Fernando Wolf y Milá y Fontanals, uno de los tres nombres clásicos en esta materia.

Nunca tuvo tales adivinaciones y rasgos de genio la modesta crítica de D. Alberto Lista, con quien á veces, en su condición de educador, se ha comparado á Bello. Pero es cierto que Bello, aunque muy superior en originalidad y en riqueza de doctrina, tiene evidentes semejanzas con Lista en la tendencia general de sus ideas literarias, y en aquella especie de templado eclecticismo, ó de clasicismo mitigado, que aplicaba al examen de la literatura moderna. En este concepto, los *Opúsculos literarios y críticos* del uno tienen cercano parentesco con los *Ensayos críticos y literarios* del otro, obra que Bello tenía en grande estima. No rebuía Bello la crítica de pormenor, la crítica de preceptista y de gramático, y gustaba de aplicarla, sobre todo, á los que hacían intolerante ostentación de ella. Así trituro el pedantesco juicio de Hermosilla sobre Moratín y Meléndez, con no menos caudal de humanidades y de buenas razones, aunque con menos donaire que simultáneamente lo hacía en España D. Juan Nicasio Gallego en ciertos diálogos inolvidables. Pero en general picaba más alto, y, como Lista, gustaba de enlazar la crítica parcial de las obras con las teorías literarias generales y con los principios del gusto, que eran en él los que podían esperarse de un filósofo escocés sólido y sobrio y de un clásico á la inglesa: modo de entender el clasicismo que, aun en los períodos más académicos, ha sido mucho más amplio y más favorable al libre vuelo de la fantasía que el sis-

tema de la escuela francesa. Así es que Bello, traductor admirable de Byron y de Víctor Hugo, y recto apreciador de la antigua comedia española y de la poesía épica de la Edad Media, no necesitó, para hacer justicia á la poesía moderna, ni renegar de su antigua fe, ni quemar lo que había adorado, ni tampoco incurrir en la manifiesta contradicción en que, por bien intencionado patriotismo, solía incurrir Lista reprobando en Víctor Hugo lo mismo que en Calderón admiraba. Bello no transigió nunca con los desmanes del mal gusto, ni con las orgías de la imaginación; pero sin ser romántico en la práctica, y conservando sus peculiares predilecciones horacianas y virgilianas, supo distinguir en el movimiento romántico todos los elementos de maravillosa poesía que en él iban envueltos, y que forzosamente tenían que triunfar y regenerar la vida artística.

Y ahora la consideración del crítico nos pone en frente del poeta; á cuyas rimas es ya tiempo de atender, después de esta digresión, acaso larga, pero que no juzgamos inoportuna para comprender qué especie de hombre era Bello, y cuál había de ser el carácter dominante en su poesía, que no fué sino la flor del árbol de su cultura. Voz unánime de la crítica es la que concede á Bello el principado de los poetas americanos; pero esto ha de entenderse en el sentido de mayor perfección, no de mayor espontaneidad genial, en lo cual es cierto que muchos le aventajan. La poesía de Bello es reflexiva, y no sólo artística, sino en alto grado artificiosa, pero con docto, profundo y laudable artificio, que en un espíritu tan cultivado venía á ser segunda naturaleza. Más que el título de gran poeta, que con demasiada facilidad se le ha adjudicado, y que en rigor debe reservarse para los

ingenios verdaderamente creadores, le cuadra el de poeta perfecto dentro de su género y escuela, y en dos ó tres composiciones únicamente. Bello, de quien no puede decirse que cultivara, á lo menos originalmente y con fortuna, ninguno de los grandes géneros poéticos, ni el narrativo, ni el dramático, ni el lírico en sus manifestaciones más altas, es clásico é insuperable modelo en un género de menos pureza estética, pero sembrado por lo mismo de escollos y dificultades, en la poesía científica descriptiva ó didáctica; y es, además, consumado maestro de dicción poética, sabiamente pintoresca, laboriosamente acicalada y bruñida, la cual á toda materia puede aplicarse, y tiene su propio valor formal, independiente de la materia. En este concepto, más restringido y técnico, puede llamarse á Bello creador de una nueva forma clásica que, sin dejar de tener parentesco con otras muchas anteriores, muestra, no obstante, su sello peculiar entre las variedades del clasicismo español, por lo cual sus versos no se confunden con los de ningún otro contemporáneo suyo, ni con los de Quintana y Gallego, ni con los de Moratín y Arriaza, ni con los de Lista y Reinoso, ni con los de Olmedo y Heredia.

Las cualidades sustanciales de esta poesía han sido apreciadas por Caro mejor que por ningún otro en las palabras siguientes: «hay en la poesía de Bello cierto aspecto de serena majestad, solemne y suave melancolía; y ostenta, él más que nadie, pureza y corrección sin sequedad, decoro sin afectación, ornato sin exceso, elegancia y propiedad juntas, nitidez de expresión, ritmo exquisito: las más altas y preciadas dotes de elocución y estilo.»

Estos justos loores han de entenderse de aquellas escasas poesías de la edad madura de Bello, en que su estilo llega á la perfección más alta. Y para declarar cuáles sean éstas, conviene dividir sus *Poesías* en tres grupos ó series, que corresponden exactamente á los tres grandes períodos de su larguísima vida: el de educación en Caracas hasta 1810, el de estancia en Inglaterra hasta 1829, y el de magisterio en Chile hasta 1865.

Las poesías del primer período, que Bello seguramente no hubiera publicado nunca, apenas tienen interés más que como tanteos y ensayos, que nos dan la clave de la formación de su gusto y de la vacilación que forzosamente había de acompañar los primeros pasos de su musa hasta que regiamente posase su sandalia de oro en las selvas americanas. Unas veces se le ve arrastrado por el prosaísmo del siglo XVIII, como en dos lánguidos, fastidiosos y adulatorios poemas en acción de gracias á Carlos IV por la benéfica expedición enviada á América á propagar la vacuna: poesía oficinesca y rastrera, indigna por todos conceptos de su nombre, y mucho más por la terrible comparación que suscita con la grandiosa oda que aquel mismo acontecimiento inspiró simultáneamente á Quintana. El numen de Bello no puede volar todavía con alas propias; pero cuando traduce ó imita, aparece fácil, ameno y gracioso, como en las elegantes octavas en que parafrasea la égloga segunda de Virgilio: en la linda y verdaderamente horaciana odita *Al Anauco*, y en el delicado y suave romancillo heptasilábico que se titula imitación de *La nave* de Horacio, y lo es, ciertamente, en cuanto á los pensamientos, pero no en cuanto al estilo, que está evidentemente trabajado sobre el modelo de las *Barquillas* de Lope. Los pri-

meros orígenes literarios de Bello quedan patentes con esto: Horacio y Virgilio y la escuela italo-española del siglo XVI, con algunos toques, aunque pocos y sobriamente aplicados, de la manera del siglo XVII, más independiente y fogosa. No en vano había sido Bello lector asiduo de Calderón antes de someterse á la disciplina de Horacio.

Un soneto, no más que mediano, á la victoria de Bailén pone término á esta primera época literaria de Bello, el cual por trece años, dedicados en Inglaterra á acrisolar y depurar su gusto con el estudio de la lengua griega y de las literaturas modernas, guarda silencio (apenas interrumpido por los bellos tercetos de la epístola á Olmedo, más familiar de tono, pero no menos pulcra y limada que cualquiera de las de los dos hermanos Argensolas), y sólo le rompe para el público en 1823 y 1827, publicando en las dos revistas que dirigió sus dos composiciones magistrales: muy desigual una de ellas, aunque sembrada de trozos bellísimos, por lo cual nunca pasó del estado de fragmentos: admirable de todo punto la otra, y tal, que por sí sola vincula la inmortalidad al nombre de Bello. Estas dos composiciones son la *Alocución á la Poesía*, más propiamente intitulada *Fragmentos de un poema sobre América*, y la *Silva á la Agricultura en la Zona Tórrida*. Una y otra se comprenden bajo el rótulo genérico de *Silvas Americanas*, y si bien se repara, son partes de un mismo conjunto, y debieron entrar juntas en el plan primitivo. Pero publicada la *Alocución*, y convencido sin duda el mismo Bello de su desigualdad, fué enfriándose en la continuación del poema, y determinó aprovechar la parte descriptiva de los fragmentos publicados, para una nueva composición

de más reducidas dimensiones, de más unidad en el plan, y de tal perfección de detalles, que hiciera olvidar la obra primitiva, enriqueciéndose con sus más bellos despojos. Por eso en la *Alocución á la Poesía* y en la *Silva á la Agricultura*, son casi idénticas las enumeraciones de los vegetales del Nuevo Mundo, y muy semejantes los epítetos con que están caracterizados; y hasta hay dos ó tres versos que se han conservado intactos:

Donde cándida miel llevan las cañas,
Y animado carmín la tuna cría;
Donde tremola *el algodón su nieve*
Y el ananás sazona su ambrosia;
De sus racimos la variada copia
Rinde el palmar, de azucarados globos
El zapotillo, su manteca ofrece
La verde palta, da el añil su tinta,
Bajo su dulce carga desfallece
El banano, el café el aroma acendra
De sus albos jazmines, y el cacao
Cuaja en urnas de púrpura su almendra.

Quien compare esta poética enumeración con la que luego se lee en la *Silva á la Agricultura*, comprenderá el lento y sabio artificio con que Bello no se cansaba de volver al yunque sus versos; y no dejará de advertir al mismo tiempo que el círculo de sus ideas poéticas no era muy amplio cuando tan fácilmente caía en la tentación de copiarse á sí mismo. Pero, por una parte, la perfección de la segunda prueba es tal, que justifica esta especie de *auto-plagio*, si vale la frase; y por otra la *Alocución á la Poesía*, aun descartando de ella todo lo que con mejoras pasó á la *Zona Tórrida*, tiene altísimas bellezas propias, así históricas como descriptivas, que notaremos después y que hacen deplorar más amargamente que el buen gusto del autor no hubiese atenuado

la monotonía prosaica de algunos trozos, que parecen pura *gaceta* rimada, de ínfima calidad poética. Son, pues, ambas *Silvas* dos hermanas de muy desigual belleza, pero es imposible separarlas en el juicio, porque aun predominando en la una el carácter histórico-geográfico, y en la otra el descriptivo y moral, vienen á formar juntas una especie de poema americano, en que se cantan el clima, el suelo, las producciones y los hombres, se ensalza á los guerreros de la independencia, y se dan consejos útiles y civilizadores para lo porvenir.

El carácter de estas *Silvas* de Bello ha sido perfectamente definido por D. Miguel A. Caro, llamándolas *poesía científica*, no en el sentido de que den la enseñanza de ningún arte ó ciencia, en cuyo caso serían muy científicas, pero no serían poesía; sino en el sentido de que dan bella y viva y concreta realización á ciertos conceptos sobre la naturaleza, la moral y la historia, y se engalanan con hermosas descripciones de objetos naturales y de labores humanas, fielmente ajustadas á la precisión y al rigor del conocimiento científico, pero interpretado y transformado éste por el espíritu poético, que es una manera ideal y bella de concebir, sentir y expresar las cosas, cualesquiera que ellas sean. Tal linaje de poesía es ciertamente tan legítimo como cualquier otro, cuando el poeta sabe encontrarle; y no hay razón para restringir los dominios del poeta, privándole de los goces de la contemplación científica, que ya en sí misma tiene á veces algo de estética, y encerrándole en un subjetivismo de pasión, que puede ser enfermizo y estéril. La facultad de convertir lo científicamente entendido y contemplado en fuente de emoción poética, es rarísima; pero por lo mismo es más digna de alabanza en quien la

tiene, y no ha de confundirse de ningún modo con la exposición rimada y pueril de cualquier enseñanza. La enseñanza directa y formal podrá ser incompatible con la poesía (aunque no lo fuera en las edades primitivas, en que la poesía fué el único lenguaje humano), pero la ciencia no lo es ni lo ha sido nunca. Si se rechaza el término de poesía didáctica, acéptese á lo menos el de poesía científica, como no se quiera excluir del arte á algunos de los más grandes poetas que en el mundo han sido. Cuando la contemplación científico-poética llega á su grado más alto, todo el sistema del mundo cabe sintéticamente en los inmortales exámetros de Lucrecio. Cuando una musa más apacible vaga por senderos más risueños, nace el arte divino de la descripción virgiliana, analítica y precisa; y á él pertenecen, aunque naturalmente á larga distancia, las dos *Silvas* de Bello. Que su ambición fué la de ser el poeta de unas *Geórgicas* nuevas, bien claro lo dijo en aquellos versos de la *Alocución á la Poesía*:

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
 Algún Marón americano, ¡oh Diosa!
 También las mieses, los rebaños cante,
 El rico suelo al hombre avasallado,
 Y las dádivas mil con que la zona
 De Febo amada al labrador corona.....

Pero aunque no lo dijera, bien claro se deduciría de su estilo y de innumerables y patentes reminiscencias; aunque en las *Silvas Americanas* abunden también las imitaciones de otros poetas clásicos, y especialmente de Horacio. Uno de los más hermosos y celebrados pasajes de la *Agricultura en la Zona Tórrida*: aquellos versos de tan severa exhortación moral á la juventud ameri-

cana: aquella pintura enérgica de la depravación y licencia de la vida muelle y afeminada de las ciudades en contraste con los austeros y varoniles hábitos de la vida rústica, es imitación muy ajustada, y en los últimos versos llega á ser traducción, de la oda 6.^a del libro 3.^o del lírico latino *Delicta Maiorum*:

*Motus doceri gaudet Ionicos
Matura virgo, et fingitur artibus
Iam nunc, et incestos amores
De tenero meditatur ungui.*

.....

.....Crece

En la materna escuela
De la disipación y el galanteo
La tierna virgen; y al delito espuela
Es antes el ejemplo que el deseo.

.....

*Non his juvenus orta parentibus
Infecit acquor sanguine punico,
Pyrrumque et ingentem cecidit
Antiochum, Annibalemque dirum:
Sed rusticorum mascula militum
Proles, sabellis docta ligonibus
Versare gl'bas, et severae
Matris ad arbitrium recisos
Portare fustes.....*

.....

No así trató la triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;
Antes fió las riendas del Estado
A la robusta mano
Que tostó el sol y encalleció el arado (1),
Y bajo el techo humoso campesino

(1) En este hermoso verso parece descubrirse también una reminiscencia de Quevedo en sátira de asunto muy análogo, y hablando también del arado:

Que un tiempo *encalleció* manos reales
Y detrás de él los cónsules gimieron.....

Los hijos educó, que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino.

Pero el influjo de Horacio es siempre secundario é incidental en el arte de Bello, que nunca tiene la concentración lírica de su modelo, y que prefería sus *Sátiras* y *Epístolas* á sus odas. Bello no es en rigor poeta horaciano, sino poeta profundamente virgiliano. Y esto no sólo por la traducción casi literal de muchos versos, epítetos é imágenes de las *Geórgicas*, que va incrustando en sus *Silvas*, y que por lo regular nunca han sido mejor traducidos, v. gr.:

Illius inmensae ruperunt horrea messes
.....

Y bajo el peso de los largos bienes
Con que al colono acude,
Hace crujir los vastos almacenes.....
.....Satis jam pridem sanguine nostro
Laomedontae luimus perjuria Trojae
.....
¡Asaz de nuestros padres malhadados
Expiamos la bárbara conquista..... (1).

Sin contar con otros muchos en que las imágenes de la poesía antigua aparecen rejuvenecidas por el espectáculo de un mundo nuevo, de un nuevo cielo y nuevas constelaciones:

Maximus hic flexu sinuoso clabitur Anguis
Circum, perque duas in morem fluminis Arctos,
Arctos Oceani metuentes aequore tingi.....
.....

(1) Parece por el giro de la frase que Bello, además del texto, recordó aquí la traducción de Fr. Luis de León:

.....que ya *asaz* con muertes duras
Pagamos las troyanas falsas juras.....

..... Donde á un tiempo el vasto
 Dragón del Norte su dorada espira
 Desvuelve en torno al luminar inmóvil
 Que el rumbo al marinero audaz señala;
 Y la paloma cándida de Arauco
 En las australes ondas moja el ala.

Pero el espíritu del poeta de Mantua no revive sólo en los detalles de las *Silvas Americanas*, sino en el plan mismo, en la concepción general de una y otra, que son dos pensamientos virgilianos. Bello canta la Zona Tórrida como Virgilio á Italia. El *Salve fecunda zona.....*, es un eco del *Salve magna parens frugum.....* El poeta llama á los americanos á la labor del campo y á las artes de la paz, como Virgilio congregaba á los pueblos itálicos después del sangriento tumulto de las guerras civiles. La enumeración triunfal de las ciudades y de los héroes en la *Alocución á la Poesía*, recuerda en seguida el desfile de las sombras de los futuros romanos, que va mostrando á Eneas su padre Anquises en los Campos Elíseos.

Y aun hay más: el arte docto é ingenioso de la dicción de Virgilio: aquellos procedimientos suyos para injertar y transponer las bellezas ajenas: aquel artificio de la imitación *compuesta*, que (como notó delicadamente Sainte-Beuve), combina muchos elementos en una sola frase, y les da bajo esta forma definitiva un valor y un alma nueva, «dos ó tres colores que vienen á fundirse en un solo rayo, dos ó tres jugos diversos que no componen más que una sola miel», es el secreto mismo de la excelencia del estilo de Bello, que en lo descriptivo y *geórgico* resulta, sin duda, el más virgiliano de nuestros poetas, como Garcilaso lo es en lo *bucólico* y en las divinas bellezas de sentimiento. La poesía agrícola de Bello

nació, como la de Virgilio, del amor simultáneo á la naturaleza y á los grandes poetas de otros tiempos; en su varia y complicadísima urdimbre han entrado hilos de innumerables telas, y sin embargo, el color de la trama parece uno.

En la poesía de Bello han de distinguirse dos elementos distintos, pero no antagónicos. Por una parte, Bello es el último discípulo de aquella escuela descriptivo-didáctica, derivada de Virgilio y de nuestro Columela: continuada por los poetas humanistas del Renacimiento, como Fracástor, el mayor de todos á pesar de lo ingrato y repugnante de su asunto, como Vida en el poema *Del juego del Ajedrez* y en el de la *Cria de los gusanos de seda*, como Pontano en el *De Hortis Hesperidum sive De citrorum cultu*: tradición que después, con inspiración menos fresca y lozana, pero con notable habilidad para realzar lo prosaico y pequeño, «*addere rebus angustis honorem*», convirtieron en patrimonio suyo, poco menos que exclusivo, los versificadores latinos de la Compañía de Jesús, autores de innumerables y muy elegantes poemas didascálicos de materia botánica y agronómica, como los *Huertos* del P. Rapin, el *Praedium Rusticum*, de Vanière, el de *Connubiis florum*, de La Croix, y otros muchos que cantan parcialmente algunas de las producciones celebradas por el mismo Bello, v. gr., el café (*Faba arabica-Caffeum*), asunto de dos diversos poemitas de Tomás Bernardo Fellon y Guillermo Massieu. Obra maestra de este género es la *Rusticatio Mexicana*, del guatemalteco P. Landivar, que, como libro americano, no parece creíble que fuese ignorado por hombre de tan inmensa lectura como Andrés Bello. De esta poesía latina jesuítica (llamada así con

entero rigor, puesto que apenas se puede citar, aun entre sus cultivadores seglares, ninguno que no saliese de las aulas de la Compañía (1), es una degeneración la poesía descriptiva del siglo pasado en lenguas vulgares, especialmente la que floreció en Francia con el abate Delille y sus discípulos. Pero este género, que en latín se tolera, y aun divierte como una especie de gimnasia recreativa, resulta pueril y enfadoso en una lengua vulgar, en que ni siquiera existe, ó es mucho menor, el mérito de la dificultad vencida. Versificar enteras la física, la historia natural, la agricultura y la jardinería, como pretendió Delille, era una tarea absurda, de la cual toda su habilidad de versificador, riqueza de vocabulario, y destreza en el uso de las perífrasis, no podían sacarle airoso. Así es que Bello, que estimaba mucho el talento de Delille, y que tradujo medianamente un fragmento de sus *Fardines*, y admirablemente otro sobre *La Luz*, que vale por cualquiera composición original, se guardó bien de imitar en sus propias *Silvas* la taracea prolija y menuda de aquel hábil mecánico de versos; y tratando el paisaje y la agricultura americana de un modo casi lírico, puso en él la emoción del desterrado, el severo magisterio del moralista, la pasión del ciudadano comprometido en lucha civil, la elevada y serena contemplación científica, y otros elementos de interés humano, que en vano se buscarían en el arte frívolo del abate Delille: mero pasatiempo de sociedad sin jugo de ideal poético.

Lo que salvó á Bello del contagio de la falsa poesía di-

(1) Por ejemplo, nuestro D. Ignacio López de Ayala, elegante autor de dos poemas latinos, uno sobre las termas de Archena y otro sobre la pesca de los atunes (*Cetarion*).

dáctica, fué, no sólo su virtud poética, que era muy real aunque pareciese templada y modesta, sino el severo y formal estudio de la ciencia del mundo físico y de sus leyes, al cual se había consagrado muy joven, estimulado por el ejemplo y los consejos de Humboldt. Y he aquí el segundo elemento cuya presencia reconocemos en las *Silvas Americanas*, y que temple y robustece el impulso literario, impidiéndole degenerar en vano *diletantismo*. Si algún género de creación artística puede reclamar como suyo el siglo XVIII, es sin duda el consorcio de la literatura y de la ciencia, la invasión del espíritu naturalista en la prosa de Buffon, de J. Jacobo Rousseau, de Bernardino de Sainte-Pierre; sin contar con aquella especie de *monismo* poético que centellea en algunas páginas de Diderot. El grande heredero de la tradición científica del siglo XVIII, y destinado á sobrepujarla muy pronto y á hacer entrar en nuevas vías el pensamiento moderno, heredó también aquellas luminosas condiciones de exposición; y desde el *Viaje de las regiones ecuatoriales* hasta el *Cosmos*, mereció por medio siglo el nombre de mago de la ciencia, juntando en rara armonía las cualidades de genio inventivo y las de expositor animado y brillante. Humboldt tiene que reclamar también su parte en el canto de Bello; y para no citar más ejemplos, el bello mito de la diosa Huitaca y del civilizador Nenqueteba, y del despeñamiento del Tequendama y la inundación del valle de Bogotá, en la *Alocución á la Poesía*, está tomado de los *Paisajes de las cordilleras*, y el mismo Bello lo declara así en una nota.

De la originalidad de la tentativa de Bello dentro de la literatura española, no puede dudarse: lo cual no

quiere decir que carezca de algunos y muy calificados precedentes: la *Grandeza Mejicana* en lo descriptivo, el *Poema de la Pintura*, de Pablo de Céspedes, en lo didáctico. Nada á primera vista más remoto de la manera laboriosa y un tanto rígida de Bello que la abundancia despilfarrada del obispo Valbuena; pero la semejanza reside, no sólo en la comunidad del tema americano, sino en ciertos detalles de labor fina y prolija que no deja de intercalar Valbuena en medio de la intemperante prodigalidad de sus descripciones. Pero por punto general, es cierto que en ellas, lo mismo que en las del Ariosto, su maestro predilecto, domina lo *fantástico* sobre lo *icástico*, al revés de lo que acontece en Virgilio y en Bello. Céspedes pertenece á la escuela de éstos últimos, aunque en sus octavas, lo mismo que en sus cuadros, la corrección del dibujante y el arte clásico de la composición no empezca á lo brillante y armonioso del colorido. Céspedes, discípulo asombroso de Virgilio, si ya no rival y émulo suyo en episodios como la descripción del caballo y el elogio de la tinta, tiene más alma poética, más empuje y grandeza que Bello; pero el numen que le inspira es también el numen de las *Geórgicas*, aunque aplicado á diversa materia; y fué sin duda el racionero cordobés uno de los principales maestros que enseñaron á Bello el arte divino de ennoblecerlo todo con los matices y lumbres de la dicción poética, como él había descrito y ennoblecido la cuadrícula y la concha de los colores.

El sentimiento de la naturaleza nunca ha sido muy poderoso en España, ni tal que por sí solo bastara á dar vida á un género especial de poesía. El paisaje en nuestros bucólicos es convencional, en los autores de poe-

mas caballerescos quimérico y arbitrario. Sólo por lujo y gallardía de estilo se hacían alguna vez largas enumeraciones de plantas, frutos, aves y peces, caracterizándolos con epítetos pintorescos. Lope de Vega tiene muchas en sus comedias, y aun en composiciones líricas como el *Canto del Gigante á Crisalda*, inserto en la *Arcadia*. Al mismo género de descripción, pero con más acentuado carácter de exactitud naturalista, pertenece la égloga de Pedro Soto de Rojas, *Marcelo y Fenijardo*, que seguramente Bello habría leído en el *Parnaso Español*, de Sedano.

Pero hay antecedentes más inmediatos. Don Miguel A. Caro, autor del juicio más profundo que conocemos sobre las obras poéticas de Bello, ha hecho notar no sólo las analogías indudables, sino las deliberadas imitaciones que el poeta venezolano hizo de algunos pasos del muy estimable poemita de Arriaza, *Emilia ó las Artes*, obra que quedó incompleta y yace injustamente olvidada, con estar sembrada de elegantes versos y felices descripciones, y ser sin duda de lo más limado que nos dejó su autor, renunciando por esta vez á sus hábitos de improvisación. El ingenio frívolo y ameno de Arriaza no alcanzó, sin embargo, á dar unidad ni trascendencia poética á su obra, que se reduce á una serie de vistosos paisajes de abanico; por lo cual, y por otras razones, queda inferior á las *Silvas Americanas*; pero es cierto que Bello le imitó «en ciertos toques descriptivos y en el arte de versificar», y aun en imágenes y comparaciones, como puede notarse en la siguiente, en que notoriamente la ventaja es del poeta español:

ARRIAZA.

Y como si en jardín de avaro dueño,
 Que entre sus flores vive aprisionado,
 Dama gentil se asoma, de halagüeño
 Mirar, que con su ruego y con su agrado
 Del severo guardián desarma el ceño;
 Que entra alegre, y se arroja, y el nevado
 Pecho reclina al suelo, y las hermosas
 Manos perdidas vagan por las rosas;
 Y escogiendo fragancia y colorido,
 En tantas flores párase indecisa;
 Mas codiciosa del botín florido,
 Son su despojo al fin cuantas divisa:
 Hasta que expira el plazo concedido,
 É involuntario el pie mueve remisa,
 Pareciéndole al paso que se aleja
 Flores más lindas las que atrás se deja.....

BELLO.

Como en aquel jardín que han adornado
 Naturaleza y arte á competencia,
 Con vago revolar la abeja altiva
 La más sutil y delicada esencia
 De las más olorosas flores liba;
 La demás turba deja, aunque de galas
 Brillante, y de suave aroma llena,
 Y torna, fatigadas ya las alas
 De la dulce tarea, á la colmena.....

¿Y no habrá fundamento para decir, aunque no se haya notado hasta ahora, que ciertas octavas de *La Agresión Británica*, de Maury, publicada en 1806, contienen ya como el programa de *La Agricultura en la zona tórrida*, y pudieron y debieron influir en Bello, que tanto admiraba la pericia técnica del vate malagueño, y que le tenía por uno de los más primorosos artistas métricos de nuestra lengua? Pues Maury, en *La Agresión*, no sólo

poetiza, con perífrasis de la misma familia que las de Bello, la cochinilla, el añil, el palo de campeche y la caña de azúcar, sino que en robustísimas octavas canta la grandeza de los Andes, de la cual le parecen débil remedo las cordilleras de Europa:

Si bien Pirene en puntas de diamante
 Á las etéreas auras se sublima,
 Y del golfo Tirreno al mar de Atlante
 Los recios brazos tiende y falda opima;
 La esmalta Ceres con pincel brillante
 Mientras marmórea nieve orla su cima,
 Y se derrumba en rugidor torrente,
 Ó se liquida saludable fuente:

Si Apenino en su altúra excelso niega
 Que humano pie sus términos transite,
 Y antes allá se espacia en grata vega,
 Que al delicioso Edén quizá compite;
 Y humillándose más, rendido llega
 Á perderse en la concha de Anfitrite,
 Á un lado envuelto en olas espumosas,
 Al otro en frutos y odorantes rosas:

Débil remedo son de la alta, ingente
 Sierra adusta y feraz, trono de Pales,
 Que alzando, en medio al Ecuador, la frente,
 Del Austro vió los yermos arenales,
 Y eslabonando fué la zona ardiente,
 Y va á encontrar las Osas boreales;
 Que tanto en montes se enriscó fecundo
 El hemisferio occidental del mundo.

Donde, á par de la cumbre áspera, inculta,
 Hórrida, veis hermosos bosques fríos;
 Do los barrancos que el verdor oculta
 Abismos son y piélagos los ríos;
 Y un monte y otro monte allí sepulta
 En cavernosos cóncavos sombríos
 El rojo mineral y tersa plata,
 Á los hijos del sol dádiva ingrata.

El arte de la descripción americana, á lo menos de la descripción por grandes masas, estaba adivinado, pero

había que descargarle de tanta pompa y fausto retórico, y este fué el triunfo de Bello, siempre más sencillo y modesto, aun en su majestuoso artificio.

Pero no puede decirse que al imitar al poeta andaluz le mejorase siempre. Había dicho Maury de la cochinitilla y del añil:

Mientras purpúreo el insectillo indiano
Ya del sidonio mürice desdoro,
 Los albos copos á teñir se apresta
 Cual púdico rubor frente modesta.
 Se apresta el polvo que en pureza tanta
 Copia el zafiro del cerúleo cielo.....

Y escribe Bello:

Bulle carmín viviente en tus nopales
Que afrenta fuera al mürice de Tiro,
 Y de tu añil la tinta generosa
 Émula es de la lumbre del zafiro.

El segundo verso es casi idéntico, salvo poner *Tiro* en vez de *Sidón*. El *carmin viviente* es una de aquellas felicísimas invenciones de expresión pintoresca en que Bello no tiene rival; pertenece al mismo género que los *sarmientos trepadores*, *las rosas de oro* y *el vellón de nieve del algodón*, *las urnas de púrpura del cacao*, y *los albos jazmines del café*. Pero en su línea no vale menos la delicada comparación del *púdico rubor* en que Maury enlaza de un modo tan feliz como inesperado lo físico con lo moral. Y en la descripción de la caña de azúcar triunfa también el vate de Málaga sobre el de Caracas. Los tres versos de Bello:

Tú das la caña hermosa
 De do la miel se acendra,
 Por quien desdeña el mundo los panales.....

son compendio, pero no sustitución ventajosa, de esta octava de *La Agresión Británica*:

Mas ¿qué otra planta en vástago lozano
 Predilecta del sol, frondosa crece,
 Y esclavo della el útil africano,
 Tal vez con ayes lánguidos la mece?
 Liba la abeja almibares en vano
 Á cuantas flores primavera ofrece:
 Con más dulzura el tributario arbusto
 En nevado panal deleita el gusto.

Y después de esta disección, quizá en demasía prolija, dirá alguno, ¿qué le queda propio á Bello, tributario de tantos poetas y prosistas distintos? A mi entender, le queda casi todo: le queda su maravilloso estilo, del cual ha dicho el gran poeta colombiano Pombo que «es un manso río cargado de riqueza y con el fondo de oro»: le queda aquel peregrino sabor, á la vez latino y americano, que al mismo tiempo que nos halaga el gusto con la quinta esencia del néctar clásico, estimula el paladar con el jugo destilado de las exóticas plantas intertropicales. En los cantos de Bello llegan á nosotros los sonos de la avena virgiliana y de la flauta de Sicilia, armoniosamente mezclados con el *yaraví* amoroso, que suena desde el lejano *tambo*, mientras brillan en el cielo las cuatro lumbres de la Cruz Austral, y se perciben en el ambiente tibio y regalado las luminosas huellas del *cocuyo* fosforescente. Le queda la fusión de lo antiguo y de lo novísimo; de la precisión naturalista y de la nostalgia del proscrito: el arte de dar cierto género de vida moral á lo inanimado, personificando al *maíz* «jefe altanero de la espigada tribu»; haciendo desmayar dulcemente al *banano*, rendido bajo el peso de su carga; mostrándonos la solicitud casi maternal con que el *bucare* corpulento ampara á la tierna

teobroma; y poetizando, como ya notó Caro, la lucha por la existencia en las plantas á cuyas raíces viene angosto el seno de la tierra. Y no le quedan sólo detalles exquisitos, sino cuadros de gran composición clásica, como el incendio y la repoblación de las florestas, que por cualquier lado que se le mire es digno de las *Geórgicas*; pinturas épicas é idílicas, como la edad de oro de Cundinamarca y *el salto audaz del Bogotá espumoso* y la montaña abierta por el cetro divino de Nenqueteba.

¿Quiere esto decir que las *Silvas Americanas* carezcan de defectos? Toda obra del ingenio humano los tiene, por breve que sea su extensión. *La Zona Tórrida* se acerca á la perfección de estilo en cuanto cabe, pero todavía puede notarse, en medio de tantos granos de oro puro, alguna muestra de metal más vil, alguna perífrasis afectada y pseudoclásica; por ejemplo, aquella rebuscadísima hablando del café:

Y el perfume le das que *en los festines*
La fiebre insana templará á Lico.

La parte moral de la misma *Silva* comienza admirablemente, pero se prolonga demasiado, tiene ciertas trazas de sermón, y sólo la nobleza de la frase sostiene y realza algunos pasajes, que evidentemente fueron pensados de un modo prosaico. Pero donde la desigualdad llega á ser intolerable es en ciertos fragmentos de la *Alocución á la Poesía*. Al ponerla en esta colección, hemos cercenado íntegra la segunda parte; no en verdad por escrúpulos patrióticos, puesto que las injurias que contiene contra España á nadie perjudican más que á la memoria de su autor, y por otra parte están tan floja y desmayadamente dichas, que no prueban gran convicción

en el ánimo de Bello, sospechoso en su tiempo de tibio republicanismo, y de hacer un poco el papel del patriota por fuerza; ni pueden hacer gran mella en quien no tiene reparo en insertar y elogiar el *Canto* de Olmedo á Bolívar. Pero literariamente da pena (aunque por otra parte nos parezca á los españoles justo castigo de un malo y descastado impulso) ver á tal hombre como Bello empleado en la afanosa tarea de tejer un catálogo histórico de los *libertadores* y de sus hazañas, en versos que á veces (sin irreverencia sea dicho) nos parecen dignos de alternar con los dísticos de la Historia de España del P. Isla. ¿Quién diría que el delicioso poeta virgiliano tuvo valor para afeár una de sus obras más selectas con renglones de esta guisa?:

Y la memoria eternizar desea
 De aquellos granaderos de á caballo
 Que mandó en Chacabuco Necochea.

 Ni sepultada quedará en olvido
 La Paz, que tantos claros hijos llora,
 Ni Santa Cruz, ni menos Chuquisaca,
 Ni Cochabamba.....

 Ni tú de Ribas callarás la fama,
 Á quien vió victorioso Niquitao,
 Horcones, Ocumare, Vijirima,
 Y dejando otros nombres que no menos
 Dignos de loa Venezuela estima....

 «Muera (respondes) el traidor Baraya,
 Y que á destierro su familia vaya.»

 Ortiz, García de Toledo, expira,
 Granados, Amador, Castillo, mueren,
 Yace Cabal, de Popayán llorado

 Gutiérrez, el postrero aliento exhala.

Indudablemente no era tarea digna de Bello la de versificar este padrón de vecindad, por mucho que naturalmente halagase la vanidad de los Aquiles y Diomedes de la epopeya americana.

Claro que no todo en la segunda parte de la *Alocución* es de este género trivial y fastidioso; Bello no podía dormitar tanto tiempo seguido. Magnífico es, por ejemplo, y de emoción muy virgiliana, el recuerdo que tributa á su infortunado amigo y Mecenas, Javier Us-táriz:

Alma incontaminada, noble, pura,
 De elevados espíritus modelo,
 Aun en la edad obscura
 En que el premio de honor se dispensaba
 Sólo al que á precio vil su honor vendía,
 Y en que el rubor de la virtud, altivo
 Desdén y rebelión se interpretaba.
 La Música, la dulce Poesía,
 ¿Son tu delicia ahora como un día?
 ¿Ó á más altos objetos das la mente,
 Y con los héroes, con las almas bellas
 De la pasada edad y la presente
 Conversas, y el gran libro desarrollas
 De los destinos del linaje humano?

 De mártires que dieron por la patria
 La vida, el santo coro te rodea:
 Régulo, Tráseas, Marco Bruto, Decio,
 Cuantos inmortaliza Atenas libre,
 Cuantos Esparta y el romano Tibre.

Miranda, Roscio «de la naciente libertad no sólo defensor, sino maestro y padre», San Martín y otros capitanes y próceres de la independencia, están digna y decorosamente celebrados. Y es grandiosa la imagen con que el poeta excusa la preterición del elogio de Bolívar, el más grande de sus héroes, pero no el predilecto de su alma:

Pues como aquel samán que siglos cuenta,
 De las vecinas gentes venerado,
 Que vió en torno á su basa corpulenta
 El bosque muchas veces renovado,
 Y vasto espacio cubre con la hojosa
 Copa, de mil inviernos victoriosa;
 Así tu gloria al cielo se sublima,
 Libertador del pueblo colombiano;
 Digna de que la lleven dulce rima
 Y culta historia al tiempo más lejano.

Las poesías del tercer período de Bello se dividen naturalmente en dos grupos: el de originales y el de traducciones. Versos originales hizo pocos en Chile, y menos aún por iniciativa propia: algunas odas patrióticas, de las cuales la mejor es la que compuso en 1841 al *Diez y ocho de Septiembre*, correcta, elevada, llena de sabias enseñanzas políticas: un canto elegiaco y semirromántico, *El Incendio de la Compañía*, muestra palpable de que Dios no llamaba á Andrés Bello por los caminos del nuevo lirismo; algunas sátiras literarias chistosas y de buena doctrina: bastantes composiciones ligeras, fábulas, versos de album y otras bagatelas. Ninguna de ellas puede despreciarse, porque Bello es siempre gran maestro de lengua y estilo poético; pero es cierto que no añaden ni una hoja de laurel á su corona.

Donde volvemos á encontrar al excelente poeta de otros tiempos es en sus traducciones é imitaciones. La edad y los áridos y constantes estudios habian podido resfriar su vida poética propia, que siempre fué menos ardiente que luminosa; pero en cambio le habian hecho comprender y sentir cada día mejor la inspiración ajena, y penetrar en el secreto de los estilos más diversos. Gracias á eso, pudo un mismo hombre dar propia y adecuada vestidura castellana á obras de inspiración tan

diversa como el *Rudens*, de Plauto, y *El Sardanápalo* y el *Marino Faliero*, de Byron; *El Orlando enamorado*, de Boyardo; un fragmento de los *Nibelungen*, y varias fantasías y *Orientales*, de Víctor Hugo. En estas traducciones ó adaptaciones Bello hizo milagros, y, atendiendo á algunas de ellas, sobre todo al largo fragmento del *Sardanápalo* y á los catorce cantos que dejó traducidos del poema de Boyardo refundido por el Berni, no se le puede negar la palma entre todos los traductores poéticos de la pasada generación literaria, que los tuvo excelentes en España y en América. Entrar en el mecanismo de estas versiones y compararlas con los originales, sería ciertamente tarea útil y fecunda en grandes enseñanzas de lengua y de versificación; pero aquí no podemos ni intentarla siquiera. Las de Víctor Hugo no son traducciones ni quieren serlo, sino imitaciones muy castellanizadas, en que Bello se apodera del pensamiento original, y le desarrolla en nuestra lengua conforme á nuestros hábitos líricos, á las condiciones de nuestra versificación y á la idiosincrasia poética del imitador. Y esto lo consigue de tal modo, que una de esas imitaciones, la *Oración por todos*, es sabida de todo el mundo en América, y estimada por muchos como la mejor poesía de Bello, la más humana, la más rica de afectos; y no hay español que habiendo leído aquellas estrofas melancólicas y sollozantes, vuelva á mirar en su vida el texto francés sin encontrarle notoriamente inferior. Habrá acaso error de perspectiva en esto: yo no lo sé, pero consigno el hecho como parte y como testigo. Lo mismo acontece con la titulada *Moisés en el Nilo*, «bella en francés (dice Caro), más bella, intachable en la versión castellana de Bello». Y tratán-

dose de versiones poéticas, el voto de Miguel Antonio Caro me parece el primer voto de calidad en nuestra lengua.

Para mí la obra maestra de Bello, como hablista y como versificador, es su traducción del *Orlando enamorado*, que incompleta y todo como está, es la mejor traducción de poema largo italiano que tenemos en nuestra literatura (1). Podrá lamentarse que el intérprete, en vez de ejercitarse en Boyardo, no hubiera empleado el tiempo en alguno de los tres épicos mayores; pero el gusto individual, la casualidad, el deseo de caminar por senderos menos trillados, bastan para explicar esta predilección. Por otra parte, el Boyardo fué gran poeta, de no menor fantasía y seguramente de más invención que el Ariosto, y merece bien este homenaje póstumo de la musa castellana, que en el siglo xvi le debió inspiraciones muy felices. Bello ha encabezado todos los cantos con introducciones joco-serias de su propia cosecha, en el tono de las del Ariosto; y así en ellas como en la traducción de las octavas italianas, derrama tesoros de dicción pintoresca, limpia y castiza, dócil sin apremio ni violencia al freno de oro de una versificación acendrada, intachable, llena de variedad y de armonía, dignísima de estudio en las pausas métricas y en la variedad de inflexiones, sin caer en aquel escabroso y sistemático aliño que hace de tan áspero acceso las octavas de *Esvero* y *Almedora*, único poema de este siglo en que el prosodista ha ido acompañando constantemente la labor del poeta.

(1) Aquí, como en lo restante de este trabajo, prescindo de toda alusión á los autores vivos.

El dominio de la octava real que había adquirido Bello merced á esta gran faena, quiso aplicarle luego á un cuento ó leyenda original, en el género de las de Mora, titulada *El Proscrito*, en que á través de una fábula sencilla y doméstica se proponía describir tipos y costumbres de la época colonial. Pero este ensayo no pasó del canto quinto, y aunque las octavas son generalmente magistrales y la narración corre fácil é interesante con bellos rasgos en la parte seria, hay que confesar que la parte cómica está muy lejana del donaire de Batres, con quien ningún poeta americano puede competir en esto (1).

(1) Para terminar este estudio acerca de Bello, demasiado extenso quizá para lo que tolera un prólogo general, pero desproporcionado sin duda á la importancia de tal ingenio, debemos advertir que la *Carta de un americano á otro* (Bello á Olmedo) aparece incompleta en esta *Antología*, como en las ediciones anteriores, de las *Poesías* de su autor, sin exceptuar la oficial chilena de 1883. Pero en los preliminares de esta misma edición consignó don Miguel Luis Amunátegui los tercetos que faltaban, y que pudo descubrir á última hora. Aquí los ponemos, también para completar tan linda pieza:

Y llegas, y te sientas, y Talía,
 Que al áureo cinto arregazó la falda,
 La copa te presenta de ambrosía:
 Y ciñe tu cabeza con guirnalda
 De siempre verde lauro, que matiza
 Purpúrea flor, y azul, y roja y gualda.
 Y luego que las cuerdas armoniza,
 El coro celestial en nuevo canto
 Celebra tu llegada y solemniza.
 «Alma eterna del mundo, numen santo
 Tutelar del Perú (cantan ahora,
 Y su onda Castalia enfrena en tanto),
 »Envía sin cesar luz bienhechora;
 Que cesó de tu tierra la ruína,
 Y libre ves al pueblo que te adora.
 »La libertad, amable peregrina,
 Su templo allí plantó; y allí su llama
 Hermosa arde otra vez, pura y divina.
 »Y en todos sus oráculos proclama

El nombre de Bello suscita inmediatamente en la memoria el de otro venezolano, D. Rafael María Baralt, también filólogo y poeta, honra de América por su nacimiento y educación, benemérito de España por haber escrito y publicado aquí sus principales obras (1). Pero

Que al Magdalena y al Rimac turbioso
 Ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.»
 Á encontrar vuela el himno melodioso,
 La fuente de los vates inmortales,
 El cielo, el agua, el viento, el bosque umbroso;
 Y vestida de diáfanos cendales,
 Ocupa el aire en torno al foco santo
 Bella visión de cándidos cristales,
 Que con etérea voz repite el canto.

Por último, debo advertir que el soneto que empieza:

Tiempo fué en que la dulce poesía....

no debe continuar en las ediciones de Bello, puesto que conocidamente es de Heredia, en cuyas poesías figura desde 1825, con el título de *Renunciando á la Poesía*, y nota en que su autor advierte haberle compuesto en Boston en 1823.

(1) Nació D. Rafael María Baralt en Maracaibo el 3 de Julio de 1810. Pasó su infancia en Santo Domingo, y no regresó á Venezuela hasta 1821. En la Universidad de Bogotá hizo sus estudios de latinidad y filosofía, y comenzó los de jurisprudencia, que hubo de interrumpir para lanzarse en la revolución venezolana de 1830, que definitivamente separó á Venezuela de Colombia. Entrando en el servicio militar, llegó á capitán de artillería. En 1841 se trasladó á París con objeto de imprimir su *Historia de Venezuela*; en 1843 pasó á España con una Comisión histórico-diplomática, y en Sevilla y en Madrid residió todo lo restante de su vida, adquiriendo nacionalidad española y desempeñando puestos importantes, como el de director de la *Gaceta* y administrador de la Imprenta Nacional. En 1853 tomó posesión de plaza de individuo de número de la Real Academia Española. Falleció en Madrid el 4 de Julio de 1860. La biografía más extensa que hay de él es la que escribió D. Juan Antonio Losada Piñeres en sus *Semblanzas Zulianas*.

Falta una colección de sus escritos que sería importante. Muchos de ellos andan dispersos en los varios periódicos de que fué director, redactor ó colaborador, tales como *El Siglo XIX*, *El Tiempo* y *El Espectador*.

Como escritor político figuró primero en el partido progresista y semi-democrático, y luego en la Unión liberal. En 1849 publicó, en colaboración con D. Nemesio Fernández Cuesta, una serie de folletos políticos, entre los cuales pertenece á Baralt solo el titulado *Libertad de Imprenta*.

considerado como poeta, Baralt está á gran distancia de Bello, aunque en cierto modo pertenezca á su escuela. Hay en las poesías de Baralt constante nobleza y corrección de estilo, buena y escrupulosa conciencia literaria, todos los primores que nacen del trato asiduo con los modelos, del conocimiento sólido de la lengua, del buen juicio en el plan y en la distribución de los pensamientos, del prudente y sobrio uso de cuantas figuras recomiendan los preceptistas; pero con rara excepción son versos sin alma, contruidos de una manera exterior y mecánica, empedrados de reminiscencias de todas partes, revelando en cada estancia la fatiga que costaban al autor y que se comunica al lector irremediamente, sin que todos los méritos que hemos reconocido basten á compensarlo. La frialdad de Baralt no es la frialdad del grande artista que por amor á la belleza pura y mármorea se levanta sobre su propia emoción personal y la excluye de su obra; es la frialdad del gramático que se ejercita en los versos como en un tema de clase. Su *Oda á Cristóbal Colón*, que tanto aplauso obtuvo cuando fué premiada por el Liceo de Madrid en

Pero las obras más importantes de Baralt son su *Resumen de la historia de Venezuela* (París, 1841-1843, tres volúmenes), en la cual tuvo por colaborador histórico, no literario, á D. Ramón Díaz; el *Diccionario de Galicismos* (Madrid, 1855), el *Diccionario Matriz de la lengua castellana*, que no pasó de las primeras entregas, y el discurso de recepción en la Academia Española.

La colección de sus poesías, esmeradamente corregidas por él y dispuestas para la prensa, verá la luz en breve, según acuerdo de la Real Academia Española, á cuyo ilustre Secretario perpetuo debemos el haber podido examinarlas despacio.

El cuaderno de *Poesías* de Baralt, impreso en Curazao en 1888 por la misma casa editorial (Bethencourt y Compañía), que ha hecho el buen servicio de reimprimir su *Historia de Venezuela*, no contiene sino mínima parte de sus obras poéticas.

1849, es, sin duda, pieza de excelente y prolija literatura, pero demasiado larga y metódica, poco lírica, en suma, y con demasiadas piecillas de mosaico, cuyas junturas se ven muy á las claras. Aun la misma descripción de América, hecha en cuatro gallardas estrofas, que son quizá lo mejor de la oda, está tejida, en parte, con pensamientos y frases conocidísimas de Arguijo, Góngora, y otros poetas nuestros. Pero aquí, por raro caso, lo que Baralt pone de su cosecha no vale menos que lo que traslada. Compárense estas dos estrofas:

Allí raudo, espumoso,
Rey de los otros rios, se dilata
 Marañón caudaloso
En crespas ondas de luciente plata,
Y en el seno de Atlante se dilata.

 Allí fieros volcanes,
 Émulo al ancho mar lago sonoro,
 Tormentas, huracanes:
 Son árboles y piedras un tesoro,
 Los montes plata, las arenas oro.

Consideradas como ejercicio de imitación y alarde de estilo, las poesías de Baralt tienen mérito indudable, dentro de aquel movimiento de reacción que contra los desenfrenos del lirismo romántico pareció iniciarse después de 1840, volviendo por los hollados fueros de la lengua poética y por la cultura y aseó del estilo, é intentando reanudar la tradición de las escuelas salmantina y sevillana de principios del siglo. En este camino se fué quizá demasiado lejos, y por huir de lo desordenado, exuberante y monstruoso, vino á darse en lo tímido y apocado; por aversión al desaliño se cayó en lo relamido y artificioso; resucitáronse todo género de inversiones, perífrasis y latinismos; la majestad sonora se con-

fundió muchas veces con la pompa hueca, con el énfasis oratorio y la rimbombancia, naciendo de aquí un género de falso y aparatoso lirismo, que por mucho tiempo dominó y aun domina en todos los versos que pudiéramos llamar oficiales, en los poemas de certamen y en las odas de circunstancias. A vueltas de algunas composiciones recomendables en su línea, pero de todo punto inferiores á los modelos de Quintana, Gallego y Lista, este neoclasicismo póstumo, de tercera ó cuarta mano, únicamente ha servido para conservar ciertas tradiciones métricas de buen origen, cierto respeto á la sintaxis y á la prosodia, que nunca están de más y deben exigirse á todo el mundo.

Baralt fué, no sólo de los mejores hablistas, sino de los más poetas entre los que siguieron esta tendencia. No le faltaba imaginación: tenía caudal de ideas, y meditaba largamente el plan de sus odas. En ocasiones parece que sólo le falta libertad para mover los brazos, y que con pequeño esfuerzo podría romper las ligaduras que voluntariamente se impone en cada frase. Él, que escribía una prosa tan limpia, tan desembarazada, tan sabrosa, parece sometido en la poesía á un canon inflexible, que le entorpece los mejores impulsos, que le enturbia los más felices conceptos, que le aparta casi siempre de la expresión natural y le hace sudar por trochas y veredas desusadas en busca de un género de perfección convencional y ficticia. La poesía de Baralt no carece de afectos humanos, limpios y generosos, ya de religión, ya de patria, ya de amistad; y cuando por rara excepción deja correr con alguna libertad esta vena de sentimiento, como en la preciosa silva *A una flor marchita*, que tiene algo de la melancolía y ternura de Cien-

fuegos, con una pureza de estilo que Cienfuegos no mostró nunca; ó bien en las apacibles lirás del *Adiós á la Patria*, ó en algún idilio en prosa como *El Árbol del buen pastor*, resulta mucho más poeta que en las odas de aparato: por ejemplo, en la pomposa declamación *Á España*, donde no se ve otro propósito que el de acumular versos sonoros.

No quisiéramos haber sido demasiadamente duros con la memoria de tan insigne humanista, cuyo nombre es gloria indisputable de esta Academia. Fué gran literato y poeta mediano; pero no hay composición suya, aun de las más endebles, que como dechado de dicción no pueda recomendarse. Y además, fué poeta sensato, penetrado de la dignidad de su arte, incapaz de envilecerle en objetos triviales ó afearle con inmundo desaliño: sacerdote convencido de una religión literaria de muy austera observancia: duro con las flaquezas de estilo de los demás, pero todavía más rígido consigo propio, como lo prueba el increíble tormento que daba á sus ideas, hasta encontrarles la forma que él creía más perfecta: amanerado sin duda, pero con amaneramiento noble y decoroso: enamorado ferviente de un ideal técnico; lo cual siempre es digno de respeto, y más en días en que la lengua y el gusto andaban por el suelo, y en que la cultura literaria parecía amenazada por un aluvión de traductores bárbaros, de dramaturgos frenéticos y de líricos destartados é incomprensibles. Si Baralt, como otros muchos, exageró la reacción y fué á dar en la poesía académica del siglo XVIII, escuela que había tenido sus grandes días, pero cuya restauración era ya inoportuna y tenía que ser infecunda, la misma dureza y extremosidad de la reacción que simultáneamente con él hicieron por

los años de 1848 diversos críticos, prosistas y poetas, prueba la gravedad de aquel estado de anarquía, y la necesidad de ponerle algún remedio. La educación de Baralt había sido rigurosamente clásica; y en Sevilla hubo de confirmar sus principios literarios con el trato de Lista y sus últimos discípulos. Esta es la filiación que se trasluce en sus versos, de los cuales bien puede decirse que pertenecen á la escuela sevillana más que á ninguna otra. Pero no había dejado de tener algunas veleidades románticas, de las cuales abjuró luego; y hay entre sus versos inéditos un poemita fantástico, *El último día del mundo*, en dos cuadros y un prólogo, con variedad de metros, coros de espíritus y aquelarre de diablos; ensayo que prueba que pasó como tantos otros por la influencia de Espronceda, y que no le faltaban condiciones para brillar en un género enteramente opuesto al que por último vino á adoptar. Hay en este poema un jugo, una vida, una lozanía, que luego rara vez tornan á encontrarse en sus versos; sin duda porque el exceso de disciplina á que tan rígidamente se sometió vino á agostar en parte las flores de su fantasía.

En cambio, como prosista merece toda clase de elogios, y aventaja no poco á Andrés Bello, cuya prosa, aunque sabia y doctrinal, no tiene ninguna cualidad relevante. Por el contrario, en Baralt, la vocación de prosista, que suele ser tardía, apareció desde el primer momento. Su *Historia de Venezuela* estaba escrita antes de 1841, y ya el escritor aparece en ella completamente formado. No es esto decir que como obra de historia esté exenta de defectos: la parte antigua no es más que un resumen elegante y rápido de los cronistas más conocidos, sin ninguna investigación propia, y con gra-

ves omisiones. En la parte moderna, es decir, en los dos tomos consagrados á narrar la guerra de separación, no siempre brilla la imparcialidad más rigurosa (1), aunque el historiador parece diligente y bien informado por testigos y actores de aquel complicadísimo drama; pero la narración es de las más interesantes y animadas: clara y progresiva, sin que la atención se distraiga en los innumerables episodios: amplía unas veces sin caer en difusión, otras veces densa sin caer en obscuridad: interrumpe hábilmente con retratos de los personajes, que son como descansos en la interminable procesión de las operaciones de aquellas guerras tan continuas, tan menudas, tan difíciles de exponer sin producir confusión y hastío. Sólo pueden notarse algunos galicismos bastante graves, que en otro autor lo parecerían menos, pero que pasan en quien iba á ser luego tan acérrimo perseguidor de ellos.

La obra maestra de Baralt es sin duda su discurso de entrada en la Academia Española: discurso que, á juicio nuestro y sin ofensa de nadie, no cede á ningún otro entre los muchos, y excelentes algunos, que en aquella Corporación y en acto análogo se han pronunciado. Al ocupar la silla ennoblecida por Donoso Cortés, parece que Baralt sintió toda la grandeza del empeño en que tal situación le colocaba; y al juzgar las ideas y estilo de su predecesor, no sólo se mostró el pulcro escritor de siempre, sino que levantándose mucho sobre su manera

(1) Apenas hay jefe realista que en la *Historia* de Baralt no resulte un monstruo. Por el contrario, encuentra disculpa y aun aplauso para el acto ferocísimo de Bolívar, ordenando á sangre fría la ejecución de 800 prisioneros españoles.

habitual, y haciendo bizarro alarde de aptitudes de pensador, hasta entonces no sospechadas en él como no fuese por algún rasgo fugitivo de sus opúsculos políticos, se levantó á las cimas serenas de la contemplación filosófica, y desde allí, con maravillosa lengua, tan rica de precisión como de vigor y armonía, con un sentido tradicional á la vez que expansivo, con audacia mesurada y solemne, con suave moderación de estilo, tanto más imperiosa cuanto más apacible, reivindicó los fueros de la razón humana, escarnecidos por las elocuentes paradojas de Donoso; hizo el proceso del tradicionalismo filosófico y del escepticismo místico; mostró el peligro que para la integridad de nuestro modo de ser nacional, así en la esfera del pensamiento como en su manifestación escrita, envolvían las doctrinas de la escuela neocatólica francesa, de que Donoso había sido intérprete elocuentísimo; y mostró, finalmente, con el ejemplo, no menos que con la doctrina, cuál debía ser el verdadero temple de la moderna lengua castellana aplicada á las más altas materias especulativas. Este magnífico discurso, aislado como está, nos hace entrever un Baralt muy superior al que en el resto de sus obras y en el tenor de su vida se nos aparece.

Pero ni el discurso de recepción, que, por las graves controversias que suscita, no podía ser del agrado de todos; ni sus libros de Historia, que apenas se han leído en España, y que Baralt tenía muy buenas razones para desear que no fuesen más leídos; ni sus artículos y folletos políticos, condenados por su misma naturaleza á vida muy efímera; ni la grande y quizá temeraria empresa de su *Diccionario Matriz de la Lengua Castellana*, que apenas pasó de proyecto, han dado al nombre de Ba-

ralt la fama y autoridad de que disfruta en España y en América por su tan popular *Diccionario de Galicismos, ó sea de las voces, locuciones y frases de la lengua francesa que se han introducido en el habla castellana moderna, con el juicio crítico de las que deben adoptarse, y la equivalencia castiza de las que no se hallan en este caso* (1855). Apenas hay ejemplo de otro trabajo filológico que, emprendido y llevado á término por un escritor particular, haya conseguido tan fácilmente ser recibido y acatado por la opinión general. En este sentido, el libro de Baralt, que era antídoto necesario contra la nube de barbarismos con que una turba inepta deshonraba y envilecía la más rica y sonora de las lenguas neolatinas, ha hecho mucho bien, y ha hecho también algún daño, al caer en manos de pedantes que le toman como una especie de Alcorán, y aplican á tontas y á locas sus sentencias, cerrando los ojos ante galicismos que son evidentes, por más que Baralt no los registrase, y tildando con fea nota palabras y giros, que ó no lo son aunque él los pusiese, ó deben tolerarse como necesarios. La obra de Baralt es un ensayo docto, ingenioso y ameno, con razón muchas veces, con chiste casi siempre. Hasta cuando no acierta enseña, y más veces flaquea cuando propone el remedio que cuando denuncia la falta. Las equivalencias que propone suelen ser largos rodeos, y á veces no quieren decir ni por asomo lo que dice el galicismo censurado. Otro inconveniente grave de la obra, y lo que la da el carácter casuístico y arbitrario que amengua en parte su valor, es la ausencia de una clasificación general de los galicismos, según sean de palabra, de giro ó de concepto, además de otra clasificación histórica que permitiese distinguir los verdaderos

galicismos de aquellas otras palabras que pertenecieron en un tiempo á todas las lenguas romances ó á varias de ellas, y que cualquiera de las hijas del latín puede reivindicar con pleno derecho. Baralt parece extraño á todo estudio de gramática comparada, y preocupado sólo con levantar un muro entre el castellano y el francés, suele dar en decisiones caprichosas, que parecen hijas del mal humor más que de un sistema racional y consecuente. Pero con todos sus defectos, y á condición de no tomarle por oráculo, el *Diccionario de Galicismos* es libro que no puede faltar de la mesa de ningún escritor que estime en algo la pureza de dicción.

Ni Bello ni Baralt dejaron discípulos en Venezuela. El primero llevó su actividad literaria á Chile; el segundo á la Madre Patria, donde obtuvo consideración y honores, sin que nadie le tuviese por éxtranjero. La literatura venezolana, apartada totalmente de la severa disciplina de aquellos filólogos, se abrió á la licencia romántica, representada allí especialmente por Abigáil Lozano y Maitín. Pero antes de hablar de ellos conviene decir algo de dos notables escritores que Venezuela dió al romanticismo peninsular, como había dado dos al clasicismo. Estos dos poetas románticos fueron el General Ros de Olano y D. José Heriberto García de Quedo.

Don Antonio Ros de Olano sólo fué caraqueño por la casualidad del nacimiento, y á los once años abandonó su patria, de la cual dice en un soneto:

Nací español en la ciudad riente,
 Rodó mi cuna entre perpetuas flores,
 Besé las aves de plumaje ardiente;
 Trajéronme de niño mis mayores;

Hoy, en mi patria histórica, la muerte
Las junta en un amor con dos amores.

Su vida militar y política está demasiado reciente para que pueda ser juzgada con la severa imparcialidad propia de la Historia. Tomó parte en grandes sucesos, *vivió mucho* en la plena extensión del vocablo, y no fué vulgar en nada. Á tres revoluciones, á la primera guerra civil y á una guerra nacional va unido su nombre, si no como actor principal, como de los más señalados entre los de segundo orden, con cierto carácter personal y excéntrico en cuanto hizo ó intentó. El mismo puesto le corresponde en las letras, donde, aun afiliado á uno de los grupos románticos, describió siempre una órbita solitaria.

Era, sin duda, hombre de grande entendimiento, de rara cultura y de muy varias facultades, que así le hacían apto para la guerra como para el consejo, para la oratoria parlamentaria como para la poesía y la novela. Pero no se aventurará mucho quien crea que su primordial vocación fué la literaria, cultivada con tal celo en medio de los azares de su vida, á despecho de la vulgarísima preocupación que persigue á los militares escritores, como si mucha parte de la mejor y más clásica literatura española no fuese obra de soldados. Ni los versos ni la prosa fueron nunca para Ros de Olano distracción pueril, ó petulante alarde de invadir ajeno campo, sino que en ellos depositó lo más hondo de su naturaleza moral, lo más sutil y refinado de su espíritu, que era de los más complicados y nebulosos que pueden encontrarse.

Ros de Olano pertenecía á aquel género de escritores que son naturalmente afectados, no por moda literaria,

sino por lo tortuoso y enmarañado de sus concepciones acerca del arte y la vida. Rara vez, sobre todo en prosa, decía las mismas cosas que todo el mundo ó las decía de la misma manera; pero consiste en que tenía un peculiar modo de ver y de sentir, el cual fielmente se reflejaba en su estilo. Podrá agradar más ó menos, pero es cierto que hace pensar, que interesa por la extrañeza, y que no se parece á otro escritor alguno de los nuestros, aunque sí á Richter, á Hoffmann y á Edgar Poe entre los extraños. Su ardiente amor á la naturaleza se trueca en vértigo panteísta; su idealismo, en visión cataléptica; su sensibilidad, en punzante neurosis. En esta literatura dolorosa, pero tentadora, todas las sensaciones se aguzan hasta confinar con el delirio: lo material se evapora: lo ideal se materializa: los contrarios parece que se requieren amorosamente y que se abrazan para producir creaciones disformes: cree uno ir entendiendo, y de súbito pierde el hilo y vuelve á hundirse en una sima más lóbrega, que improvisamente parece aclararse por el rápido tránsito de algún fantasma luminoso. Todo lo más discorde resulta aquí consecuente y lógico. Y todo esto lo expone Ros de Olano en una prosa *sui generis*, retorcida y tenebrosa, llena por igual de arcaísmos y de neologismos, medio germánica y medio picaresca, extraña fusión de Hoffmann y de Quevedo.

Después de *El Diablo las carga* y otros ensayos de novela más ó menos revesada, llegó á la cúspide del género en *El Doctor Lañuela* (1863), especie de logogrifo filosófico, que hasta ahora no ha sido totalmente descifrado por nadie, como tampoco lo han sido otros cuentos posteriores, v. gr., la *Historia verdadera ó cuento estrambótico, que da lo mismo, de Maese Cornelio Tá-*

cito, el *Origen del apellido de los Palominos de Pancorvo*, y otros no menos recónditos, que hacen á Ros de Olano precursor notorio de los enigmáticos escritores que ahora arman tanto ruido en Francia con nombre de *decadentistas* y *simbolistas*. En vida del General decía Alarcón en el prólogo que puso á sus obras: «Todavía no se sabe si el autor quiere ó no quiere que el lector las entienda. Lo que nosotros tenemos averiguado es que desprecia al que no las entiende, y que se enoja con los que se dan por entendidos.»

Como poeta perteneció Ros de Olano á aquella fracción del romanticismo que tenía á Espronceda, no ya por maestro, sino por ídolo. Espronceda le admitió á su más íntima familiaridad: escribieron juntos una comedia: el gran poeta le dedicó *El Diablo Mundo*, y á su frente puso Ros de Olano un prólogo *mistagógico* y apocalíptico, desarrollando no sé qué huecas teorías sobre la epopeya en sus relaciones con la historia de la humanidad, para deducir la obligada consecuencia de que el poema de su amigo iba á completar y eclipsar las tres ó cuatro únicas epopeyas que él reconocía, y que eran á modo de piedras miliarias en el camino de la evolución humana. Este ensayo de estética romántica, que pareció muy profundo en 1840, sacó de pronto el nombre de Ros de Olano de la semiobscuridad literaria en que había vivido hasta entonces, y desde aquel día, él y Miguel de los Santos Álvarez, cuyos versos citaba Espronceda por epígrafe del canto 2.º, fueron conocidos por todos los españoles como los *Dii Minores* de aquel Parnaso. Pero Miguel de los Santos (cariñoso nombre con que todo el mundo designaba á aquel pesimista sin hiel) no ha dejado en sus escritos, con ser muy ingenio-

sos, más que una pequeñísima parte de su ingenio, de cuya extensión y originalidad difícilmente se formarán idea los venideros. Ros de Olano, más afortunado ó más diligente en esto (á pesar de calificarse él propio entre los escritores *ovíparos* y no *vivíparos*), ha dejado, además de sus novelas, un tomo de poesías líricas, del cual pueden entresacarse media docena de sonetos de primer orden, dignos de los honores de cualquier Antología castellana; los bellos romances descriptivos del *Lenguaje de las Estaciones*, á pesar de algunas tintas excesivamente grises, que de vez en cuando rompen la armonía bucólica y venatoria del conjunto; la fábula dramática de *Galatea*, no original del todo, pero ricamente versificada, con mucho lujo de paganismo poético; algunas octavas del poema burlesco de *La Gallomagia*, y aquí y allá, aun en composiciones más desiguales, trozos arrogantes de descripción poética, como éste que tomo de una poesía de su extrema vejez, quizá la última de todas las suyas, *Meditación sobre el Cedro Deodara*:

¿En dónde estoy? Un tiempo más remoto,
 Desde el inculto monte á la llanura
 Y del estrecho valle á las colinas,
 El ágil gamo y la velluda fiera,
 So el pabellón de próvidas encinas
 Vivieron en la rústica pradera.....
 Y tranquilos y en paz aquí vivieron
 Sin que del cazador les acosara
 Ni venablo, ni jara,
 Ni alevoso arcabuz..... Que nunca vieron
 Suelta de los lebreles la trailla
 En *demanda* feroz ó á la carrera,
 Ni el aullido tenaz de su garganta
 Y el noble son de venatoria trompa
 Dentro del bosque plácido advirtieron
 Al jabalí ó la mansa cervatilla

El repentino trance en que murieron
Traspasados del plomo ó la cuchilla.

En prosa quedarán de él, más que sus novelas, las relaciones que escribió de algunos episodios de sus campañas, con más llaneza que de ordinario, en estilo vigoroso y realista, pero iluminado siempre por la rojiza llama de cierta fantasía tétrica y misantrópica, que recuerda la de Goya en *Los Desastres de la guerra* (1).

Si á sus ambiciones poéticas hubiesen correspondido sus fuerzas, gran poeta habría sido D. José Heriberto García de Quevedo. Si por la grandeza de los propósitos y por la trascendencia de los asuntos hubiera de graduarse el mérito de las obras de ingenio, García de Quevedo, autor de tres poemas filosóficos y humanitarios, hubiera tocado la meta, y sería otro Goethe ú otro Byron. Pero no basta la voluntad pertinacísima, ni la confianza en sí propio, ni la admiración por los excelsos poetas y el sentimiento de sus bellezas, ni el amor desinteresado y noble á las ideas, para simular aquel género

(1) Nació Ros de Olano en Caracas, en 1802, según el *Parnaso Colombiano*, y á los once años vino á España. Comenzó su carrera como Alférez de la Guardia Real; sirvió muy honrosamente en la guerra de los siete años; tomó parte muy activa en la política; fué uno de los generales que, unidos á don Leopoldo O'Donnell, iniciaron el movimiento revolucionario de 1854, y formaron el partido de la Unión Liberal. Como Director general de Infantería, preparó la contrarrevolución de 1856 y el desarme de la Milicia Nacional. Mandó en la guerra de África uno de los cuerpos de ejército, obteniendo por premio de sus brillantes servicios el título de Marqués de Guadel-Jelú. De nuevo, aunque por breves horas, volvió á la vida revolucionaria en 1868. Murió en Madrid, en 1887.

Entre sus obras recordamos, además de las citadas en el texto, la comedia *Ni el tío ni el sobrino*, compuesta en colaboración con Espronceda.

Sus *Poesías*, con un prólogo de Alarcón (que había militado á sus órdenes en la gloriosa campaña de África), forman un tomo de la *Colección de Escritores castellanos* (Madrid, 1886).

de inspiración divina que en los grandes monumentos poéticos campea. Era García de Quevedo hombre muy culto, familiarizado desde muy temprano con las principales literaturas extranjeras, conocedor de varias lenguas, versado en la vida política y diplomática, no extraño á lecturas sólidas de religión y filosofía, y muy engolfado en lucubraciones sociales, de las cuales había deducido una especie de doctrina optimista, que tal como la expone en sus poemas, convertiría el universo en nueva Jauja. Era, además, hombre de sentimientos nobles y caballerosos, bizarro é intrépido de su persona, enemigo de la grosería y del desorden, protector de los débiles y de los injuriados, no sin alguna punta de qui-jotismo y arrogancia, que fácilmente le hacía degenerar en quimerista atropellado y petulante. En el fondo, muy buen hombre, y de un corazón de oro; sin más grave defecto que la altanería enfática de su persona y estilo, derivada de cierta *megalomanía* ó desequilibrada aspiración de grandezas, que en su vida le conducía á remedar la caballería andante, y en literatura le llevaba á componer epopeyas simbólicas y trascendentales.

A estas buenas y malas partes de su carácter y de sus ideas no correspondían exactamente las de su ingenio, con no ser éstas vulgares ni mucho menos. Era un poeta de segundo orden, que temeraria y constantemente se empeñó en empresas de aquellas que sólo para el genio están reservadas. Pero el fracaso inevitable de su tentativa no debe hacernos olvidar lo que estas obras contienen de estimable, y los indicios que dan de lo que hubiera podido valer su autor en género menos ambicioso; limitándose, por ejemplo, al cultivo de la poesía lírica, en que había comenzado á ensayarse con muy buen

éxito, cuando en 1849 dió á luz sus *Odas á Italia*, que contienen trozos de bella poesía histórica y de inflamada elocuencia política, y algunas felices imitaciones de los metros y del estilo de Manzoni. Fué García de Quevedo de los primeros que, separándose del trillado sendero de la imitación de los románticos franceses, volvió los ojos á una poesía mucho más afin á la nuestra, mucho más adecuada á nuestro gusto, mucho más enlazada con nuestra tradición clásica; y así en estas odas como en la parte de colaboración que tuvo en el *Poema de María*, dejó muestras evidentes de su predilección por los poetas italianos y del aprovechado estudio que había hecho de ellos. La más antigua traducción, entre las innumerables que en castellano se han publicado de la oda del 5 de Mayo, fué la suya, aunque sea, por cierto, de las más infelices.

Estas primeras odas pusieron tan en boga por algún tiempo en los círculos literarios el nombre del joven venezolano, desconocido la víspera, que Zorrilla, que estaba entonces en el apogeo de su popularidad, no tuvo reparo en aceptarle por colaborador nada menos que en tres poemas, *María*, *Ira de Dios* y *Un cuento de amores*. Y aunque generalmente se tenga por muy inferior la parte que trabajó García de Quevedo, á mí no me lo parece tanto; no porque Zorrilla deje de ser poeta incomparablemente superior, sino porque aquellos poemas suyos son de notoria decadencia, y por decirlo así, trabajos de librería, salvo algún fragmento, en que quedó impresa la garra del león. García de Quevedo, que no tenía su reputación hecha, procedió naturalmente con más timidez y con más estudio, y aunque en el poema de la Virgen uno y otro salieron del paso con el soco-

rrido recurso de versificar la prosa del abate Orsini, todavía en medio de aquel fárrago, rimado de prisa y para cumplir un compromiso editorial, encontró el continuador medio de intercalar algunas composiciones líricas dignas de vivir por sí solas: *La Ascensión* (á pesar del terrible recuerdo que su título sugiere, y que el autor de ningún modo trató de esquivar, antes adoptó el metro y algunas ideas de Fr. Luis de León); la *Predicación del Evangelio*; las octavas á la *Fe cristiana*. En los otros poemas, especialmente en *Un cuento de amores*, García de Quevedo, que tenía notable habilidad para remedar estilos ajenos, imita de tal modo la pompa y lozania del estilo de Zorrilla, que algunas veces se confunde con él.

Otro tanto puede decirse de los bellos trozos que hay lastimosamente perdidos en los tres poemas filosóficos de García de Quevedo, *Delirium*, *La Segunda vida*, *El Proscrito*. Estas obras, en las cuales su autor fundaba las más fantásticas esperanzas de inmortalidad, nacieron muertas, y son de aquel género de tentativas épicas sobre las cuales puede repetirse la fatal sentencia: «es la mejor epopeya que ha salido este año». No es fácil dar idea de tan extrañas y desmesuradas composiciones, cuyo fondo viene á ser la redención por el amor, terminando con una especie de palingenesia social. El autor acumula cuadros de toda especie y de todas las épocas, batallas, amores y desafíos; y emplea alternativamente la forma lírica, la dramática y la narrativa, con toda variedad de estilos y de metros; pero como no tenía mucha imaginación, resulta estéril y monótono en medio de tanta abundancia, no acierta nunca á presentar un cuadro que se grave indeleblemente en la me-

moria, aturde y marea con tanta procesión de personajes reales y alegóricos, y por buscar la novedad cae en invenciones tan estrafalarias como la de hacer que la enamorada Julieta vuelva á la vida, se levante de su lecho de mármol en Verona y eche á andar por las calles de la ciudad hasta que tropieza con un coronel austriaco, que se apresura á violarla. Algunos episodios históricos, por ejemplo, los romances relativos á las campañas del Gran Capitán (en que se observa una imitación no mal hecha del estilo de las narraciones poéticas del Duque de Rivas) y algunos fragmentos líricos de noble entonación, como la *Oda á la libertad*, son lo único que puede salvarse del naufragio de estos poemas. De las numerosas obras dramáticas de García de Quevedo, que ensayó todos los géneros: la tragedia clásica, el melodrama, la comedia de costumbres, el drama social, la comedia de capa y espada, la zarzuela, no ha sobrevivido ni un solo título en la memoria de las gentes. Rarísima fué la que llegó á representarse, y ninguna con éxito, aunque en esto hubiera cierta injusticia, pues entonces, como ahora, se representaban y aplaudían cosas peores que éstas, que al cabo arguyen loable aplicación y respeto al arte. La más interesante de estas piezas es *Isabel de Médicis*, fundada en una novela del florentino Guerrazzi, *Isabella Orsini*. También se ejercitó García de Quevedo en el cuento en prosa, en la relación de viajes y en la crítica, pero sin éxito notable. Su laboriosidad, su fe artística, la nobleza de su alma, su positiva instrucción, la rectitud de sus ideas y la amenidad con que generalmente escribía, merecían mejor premio del que obtuvieron. Su nombradía fué de las más efímeras: las grandes esperanzas con que había empezado su ca-

rrera no se realizaron nunca: su idealismo generoso, pero intemperante, le llevó á estrellarse mil veces en la prosa: su vida resultó una novela sin sentido, y cuando una bala perdida le mató en las calles de París, hasta en el azar de esta muerte sangrienta, pero sin gloria, pareció visible la misma ironía trágica que le había perseguido siempre (1).

Y ahora ya es tiempo de volver los ojos á Caracas, que por los años de 1842 á 1848, según expresión del notable escritor colombiano Camacho Roldán, «merecía el nombre de la Atenas de América». «Allí se reimprimían ávidamente las más notables producciones de la

(1) Nació García de Quevedo en Coro el año de 1819, y se educó en Puerto Rico desde la edad de seis años. Continuó sus estudios en Francia y en España, y luego emprendió largos viajes, no sólo por el continente europeo, sino por Asia y América. Fué ciudadano español siempre, y sirvió con lucimiento, primero en la Guardia Real, y después en la diplomacia. Entre los diversos *lances de honor* de su vida, es célebre el que en 1855 tuvo con Alarcón, que entonces redactaba *El látigo*. García de Quevedo se distinguió por lo fervoroso de sus sentimientos monárquicos y por su adhesión personal á la reina D.^a Isabel. Murió en París el 6 de Junio de 1871, á consecuencia de un balazo que recibió al pasar por una de las barricadas en los días de la *Commune*.

Sus *Obras poéticas y literarias* están reunidas en dos tomos de la colección de Baudry (París, 1863). El primero contiene todos los poemas que en el texto se citan, y además *La Caverna del Diablo* (leyenda fantástica), *Tisaferna* (monólogo en prosa), *Pensamientos* (también en prosa) y muchas poesías líricas, entre ellas algunas versiones de Filicaja, Manzoni y Byron, y una coleccioncita de poesías chinas traducidas del francés.

El segundo tomo comprende sus obras dramáticas, á saber: *Nobleza contra nobleza*, *Un paje y un caballero*, *Don Bernardo de Cabrera*, *Isabel de Médicis*, *La Huérfana*, *El Candiota*, *Patria y Amor en porfia* (imitación, en verso, de Alicia, de Octavio Feuillet, leyenda dramática, arreglada después á nuestra escena por D. Mariano Catalina), *Coriolano*, *El Juicio público*, *Contrastes* (en colaboración con el Marqués de Auñón, hoy Duque de Rivas), *Tinieblas y luz*, *Treinta mil duros de renta*, y finalmente, cuatro novelas cortas y otros opúsculos en prosa.

literatura española contemporánea y traducciones de la francesa». Puede decirse que el romanticismo hizo simultáneamente su entrada en América por Venezuela y por Buenos Aires. De Venezuela pasó á Nueva Granada, y de Buenos Aires á Chile.

Dos poetas venezolanos personifican especialmente este movimiento: Abigail Lozano y José Antonio Maítín. Uno y otro han disfrutado en América grandísima popularidad, la cual en parte dura todavía; pero sus méritos distan mucho de ser iguales ni equivalentes.

Abigail Lozano (que era varón, á pesar de su nombre femenino), es, sin duda, uno de los más huecos y desatinados poetas que en ninguna parte pueden encontrarse. Sus composiciones son un conjunto de palabras sonoras, que halagan por un momento el oído y dejan vacío de toda forma el entendimiento. Para él la poesía no era más que el arte de hacer versos rimbombantes y estrepitosos. Se leen sus odas á Bolívar, y nada se encuentra que no pueda aplicarse por igual á cualquier otro héroe ó á cualquier otro asunto, porque el autor no concreta ni determina nada. Sólo sacamos en limpio que la deidad tutelar de las montañas americanas colgó de las ramas de una palmera una inmensa campana de metal, y que á su primer tañido fulguró en los horizontes un letrero que decía *Libertador*. En otros versos todavía más absurdos, compara á Bolívar con Jehová, que sacó los mundos de la nada, y vuelve al consabido letrero:

Pasó mi edad de niño, mas luego me hice hombre:

Vi en un salón suntuoso la forma de un varón:

Ávida la pupila buscó á sus pies el nombre,

Y sorprendida el alma delectó: *Simón*.

¡Él es!.... *alargados mis labios pronunciaron,*

¡Él es!.... en sus contornos el eco remedió:

Trémulas mis rodillas de hinojos se postraron:
¡Él es!.... convulso el labio de nuevo repitió.

Tú fuistes ese hombre, magnético dibujo,
Colgado por adorno sin voz en la pared!
Tú fuiste el rayo ardiente que el Avila produjo,
Que atosigó de Iberia la sanguinaria sed.

Washington y otros héroes atletas que lidiaron
Son átomos tan sólo que giran junto á ti;
Los Alpes un coloso sobre su cima alzaron;
Mas yo sobre los Andes más grande que él te vi.

Parece imposible amontonar mayor número de disparates; y, sin embargo, esto pasó por modelo de lirismo y de libertad de inspiración, y Abigáil Lozano, que no tenía más condiciones que las de versificador rotundo, aunque monótono, inundó la América del Sur de alejandrinos calcados sobre el patrón de las *Nubes* de Zorrilla, y tuvo una plaga de imitadores; hasta que vino á arrancarle la palma el montañés Fernando Velarde con los bloques graníticos de su *Canto á la cordillera de los Andes*, capaz de dejar afónico á un recitador de pulmones de hierro.

De todos los poetas del romanticismo español, el predilecto de los americanos fué Zorrilla, que por muchos aspectos era el que menos convenía para maestro de la poesía de un Mundo Nuevo. Pero como no podían imitarle en lo épico, donde está su verdadera grandeza, le imitaban en lo lírico, donde Zorrilla es no sólo desaliñado, sino muchas veces incoherente, y casi siempre exterior y superficial, disimulando con el lujo asiático de la versificación la penuria de ideas y emociones. Concretado el zorrillismo americano á la reproducción de esta parte más endeble de la obra del maestro, hubo de exa-

gerar naturalmente los vicios de su estilo, y Abigáil Lozano fué la caricatura venezolana de Zorrilla. Poeta sin gusto, sin estudios, pero de muy buen oído y de cierta fantasía que pudiéramos decir *pirotécnica* ó de farol de iluminaciones, fué uno de los grandes corruptores del gusto en América; y la tolerancia que hasta críticos muy estimables, fascinados por el número y sonoridad de sus rimas, tuvieron con él, contribuyó á acrecentar el daño, haciendo incurables sus resabios. Con mejor escuela y dirección, algo más hubiera valido el que á veces encontraba versos tan suaves y delicados como éstos de su poesía *A la Noche*:

Huyó la luz..... Las silfides nocturnas
Rápidas cruzan el dormido viento,
Y vierten sobre el mundo soñoliento
El opio blando de sus negras urnas.

En los alejandrinos, que eran su especialidad, de la cual abusó por lo mismo, acierta muchas veces con la factura elegante y graciosa:

¡Cuán bellas son tus aguas azules y dormidas,
Tus islas solitarias, tu calma perenal,
Y tus garcetas blancas, que habitan escondidas
Sus olvidados nidos pintados de coral!

.....
¡Acaso un Dios marino visita en la alta noche
Tu alcázar incrustado de concha y caracol,
Y tiran los delfines su misterioso coche,
Que se hunde entre las aguas al asomar el sol!

..... (1)

(1) Nació D. Abigáil Lozano en Valencia de Venezuela el 25 de Mayo de 1821. Empezó á publicar sus versos por los años de 1843 en *El Venezolano* de Caracas. Figuró en el partido conservador de su país, siendo varias veces Diputado y Cónsul de Venezuela en París. Murió en Nueva York en Julio de 1866.

Don José Antonio Maitín fué poeta muy diverso de Abigáil Lozano, y sin duda el mejor de la escuela romántica de su país. No está exento del pecado de zorrilismo, pero aun esta imitación es en él más racional que en Abigáil. Por otra parte, bien se le pueden perdonar los insulsos cuentos ó leyendas de *La Máscara* y de *El Sereno*, y el hinchadísimo paralelo de Bolívar con Alejandro, César y Napoleón, en gracia de sus composiciones de sentimiento, en que no imita á nadie, y en que, dejándose llevar de su índole tierna y afectuosa, rivaliza muchas veces con Milanés, y otras le vence. Su vida modesta y apacible, pasada en gran parte en el delicioso valle del *Choroni*, entre pájaros y flores, se refleja fielmente en el manso raudal de sus composiciones, que parecen nacidas sin esfuerzo: tal es su claridad y limpieza. El poeta acierta, sin embargo, á mantenerse en la línea que separa lo natural y sencillo de lo trivial y prosaico: rara vez cae en amaneramiento sentimental, y en medio de su llaneza de estilo y de la poca ó ninguna novedad de los pensamientos, conserva el inefable aroma del sentimiento poético:

¿Qué nos importa vivir
Si, aunque cien años contemos,
Se tocan en los extremos
El nacer con el morir?
¿De qué vale un año más
De existencia pasajera,
Si es la vida una carrera
Más inquieta que fugaz?

.
¿De qué vale que tu luz
Mi vista ansiosa deslumbre,
Si al fin es fuerza que alumbre
Un sepulcro y una cruz?

.

Vendrá el día en que renuncie
 Á esta gran naturaleza,
 Á su pompa, á su belleza,
 Y mi último adiós pronuncie.

.
 En vano entonces la tierra
 Brotará plantas y flores:
 No más verá los primores
 Que ella en sus senos encierra.

En vano soberbio el mar
 Ostentará su presencia:
 No más desde una eminencia
 Yo lo podré contemplar.

.
 En vano levantará
 Su blando arrullo la fuente;
 Que su murmurio inocente
 Para mí no sonará.

Ni habrá un eco en el oído,
 Ni para el pecho habrá amores,
 Para la vista colores,
 Ni placer para el sentido.

Entonces, luna, del cielo
 Emperatriz y señora,
 Benigna dispensadora
 De la calma y del consuelo;

Entonces tú seguirás
 En tu marcha misteriosa,
 Y mi tumba silenciosa,
 Blanca luna, alumbrarás.

Á un grande infortunio doméstico debió Maitín sus mejores inspiraciones. *El Canto fúnebre*, consagrado á la memoria de su mujer, y que no es en rigor tal canto, en la acepción tradicional, sino una serie de diez y seis composiciones líricas enlazadas entre sí por un mismo estado de sentimiento, abunda en bellezas de una especie de poesía íntima y familiar, que entonces era nueva en la literatura castellana, y que luego ha producido maravillas, siendo no pequeño honor para Maitín

el haber sido de los primeros en descubrir esta vena. La poesía de los afectos domésticos, entendida con el profundo realismo con que la han entendido los ingleses, ó con la ternura varonil (si vale la expresión) con que la vemos en el gran elegiaco de las *Contemplaciones*, no cuadraba á la índole blanda y femenina del ingenio de Maitín; pero también él tuvo el don de las lágrimas y supo arrancarlas á sus lectores (1). Escribió para dar expansión á un gran dolor de su alma y no para levantar figura. Ni siquiera rehuye los pormenores que parecen más caseros; y el *lecho en desorden, la tela aun no bien fría, la muda labor abandonada*

Caliente todavía
Con la presión reciente de su mano;

contribuyen á la verdadera y honda emoción que produce el conjunto.

Indicaremos algo sobre los demás poetas venezolanos que en esta colección figuran. Don Fermín Toro, orador, poeta, naturalista y por todos conceptos uno de los hombres más notables de la República (1807-1873), es

(1) Nació Maitín en Puerto-Cabello, el 21 de Octubre de 1804. Á consecuencia de los sucesos de la guerra, hubo de pasar á la Habana, donde recibió educación. Allí conoció al literato colombiano D. José Fernández Madrid, que andando el tiempo le hizo entrar al servicio de su república. Fué Secretario de la Legación de Colombia en Londres. Pero el amor á la tierra natal y al retiro le hizo abandonar en 1834 la vida diplomática. Desde entonces vivió casi constantemente en el pintoresco pueblecillo de Choroni, donde compuso la mayor parte de sus versos. Falleció en 1874. En 1835 y 1836 había escrito dos tragedias clásicas, que no tuvieron éxito. La lectura de los versos de Zorrilla le hizo cambiar de rumbo desde 1841. En 1851 publicó en Caracas la colección de sus versos. *Obras Poéticas de José A. Maitín. Comprende..... las obras publicadas por el autor en diversas épocas y algunas otras piezas inéditas.*

autor de una poesía deliciosa y verdaderamente etérea *A la ninfa de Anauco*. Los demás versos que he visto de él no valen tanto, ni con mucho, pero en todos hay rasgos de talento y lujo de dicción. Se atrevió á cantar la Zona Tórrida después de Bello, haciendo estudio de no encontrarse con él. Sus tendencias eran clásicas, como lo prueba el *Canto á la Conquista*. Citase como la más importante de sus obras el poema *Hecatonfonía*, que no llegó á terminar. Sólo hemos visto un notable fragmento consagrado á las antigüedades americanas.

Fueron también poetas, más ó menos clásicos, D. Luis Alejandro Blanco, D. Juan Vicente González, D. Cecilio Acosta y D. Jesús María Morales Marcano. González, hombre de estupenda memoria y excéntrico carácter, fué más celebrado como maestro y educador, como preceptista y como escritor polémico, que como poeta. Tienen merito, no obstante, sus versos políticos, por ejemplo, los titulados *Amor y paz*, en cuya versificación se notan reminiscencias de los poetas italianos. También D. Cecilio Acosta, varón excelente y venerable cuanto desgraciado (1819-1881), escribió más en prosa que en verso, aunque sus condiciones eran más de poeta que de prosista. En prosa y en verso fué dechado de corrección y pulcritud; pero en sus artículos y discursos pecaba un tanto de verboso y redundante, complaciase demasiadamente en el rodeo de las palabras, y era de los hablistas que parece que se escuchan. Nada de estos defectos ó muy poco, hay en sus versos, intachables de forma, purísimos de pensamiento, delicados y patriarcales. *La Casita blanca*, *La Gota del rocío*, *El Véspero*, me parecen tres joyas. El diplomático y ministro Morales Marcano (1830-1888) dejó inédita una traducción de

Horacio, de que se han publicado algunas muestras, que si no están libres de algún reparo en lo tocante á la inteligencia del texto, prueban sólidos estudios de humanidades y méritos relevantes de versificador acrisolado y numeroso.

En la poesía ligera y en la sátira política han dejado fama el donoso improvisador D. Rafael Arvelo, que llegó á Presidente de la República, y el humanista don Jesús María Sistiaga (1823-1889), autor de ingeniosas fábulas y cuadros de costumbres, como *La Vida en Río Chico*, *Una corrida de toros*, etc. La gracia de estos poetas, por tan local, pierde algo al pasar á Europa.

Después de Maitín y Toro, los poetas venezolanos que han adquirido mayor celebridad (excluyendo los que aun viven) son D. Eloy Escobar, D. José Ramos Yépez y D. Francisco G. Pardo. Escobar (1824-1889) se distinguió principalmente en el género elegíaco, unas veces con las formas clásicas y otras con metros y estilo que recuerdan á nuestro malogrado Aguilera. Don José Ramos Yépez (1), bizarro general de marina, gran patriota, honra de Maracaibo, dejó, además de dos leyendas en prosa poética (*Anaida é Iguaraya*), gran número de versos, que muestran su aptitud para muy diversos géneros, desde la meditación filosófica y el epitalamio clásico, hasta el devoto y popular villancico. *La Ramilletera* es una de sus más agradables composiciones. Don Francisco G. Pardo (1829-1872) fué versifica-

(1) Supongo que su verdadero apellido sería *Yépes*, alterado por la pronunciación americana. Nació en 1822 en Maracaibo, y por un fatal accidente se ahogó en aquel lago el 22 de Agosto de 1881.

dor gallardo y robusto, aunque un tanto viciado por los hábitos de la falsa y aparatosa poesía de certamen. *El Porvenir de América*, *La Libertad* y otras odas suyas pertenecen á este género. Más sinceridad y más ímpetu lírico hay en la oda á Méjico después del fusilamiento de Maximiliano; y mucha gala y esplendidez de dicción en las octavas que sirven de prelude á un poema que dejó inédito sobre Caracas: octavas que, por otra parte, son un remedo harto patente de las de Zorrilla en la introducción á los *Cantos del Trovador*.

De todo lo expuesto puede inferirse, no sólo la abundancia de la cosecha poética en Venezuela, sino la variedad de rumbos que ha tomado la inspiración de sus cantores. Allí, aunque en menor grado y con disciplina menos severa que en Nueva Granada, se han conservado tradiciones de buen gusto, que resistieron á la avenida romántica y que hoy mismo hacen reverdecer los lauros de Bello y de Baralt en la frente de un suave poeta místico, de origen italiano, tan digno de loa por la elegante sencillez de sus versos, como por la pureza de vida espiritual que en ellos se manifiesta. Siguiendo dirección totalmente opuesta, un ingenio germánico por las ideas y la educación, aunque meridional por lo impetuoso de los afectos, víctima dolorosa de las contradicciones intelectuales de nuestro siglo, dió cuerpo y voz en su poesía elocuente y sincera al fervoroso anhelo del ideal y á la negación pesimista, que alternativamente invadían su alma atormentada y caliginosa. Y no sólo fué poeta original, sino profundamente versado en la lengua alemana: trasladó á nuestra lengua todo el *Buch der Lieder*, de Enrique Heine, invirtiendo muchos años en dar á su traducción el mayor grado de exactitud posi-

ble, y llegando á remedar á veces el metro, la rima, la disposición de las estrofas y hasta la colocación de los acentos. Llamóse J. A. Pérez Bonalde: fué amigo mío: me honró en 1885 con la dedicatoria de su mejor trabajo literario: hoy no sé si pertenece al mundo de los vivos. Por dos distintos caminos ha llegado á mí la noticia de su muerte, pero no de un modo tan autorizado que no deje algún resquicio á la duda. Por eso me he abstenido de insertar en esta edición versos suyos y de consagrarles el detenido estudio que por su valor intrínseco y su especial carácter reclaman. Mi amistad espera y desea que el triste rumor no se confirme, y que Pérez Bonalde pueda todavía leer su nombre en estas líneas, expresión fiel del aprecio en que siempre tuve su ingenio y su nativa bondad, deplorando su amarga filosofía.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

ISLA DE CUBA.

D. MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO.

D. MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO.

Á LA PIÑA.

Del seno fértil de la madre tierra,
En actitud erguida se levanta
La airosa piña de esplendor vestida,
Llena de ricas galas.

Desde que nace, liberal Pomona
Con la muy verde túnica la ampara,
Hasta que Ceres borda su vestido
Con estrellas doradas.

Aun antes de existir, su augusta madre
El vegetal imperio le prepara,
Y por regio blasón la gran diadema
La ciñe de esmeraldas.

Como suele gentil alguna ninfa
Que allá entre sus domésticas resalta,
El pomposo penacho que la cubre
Brilla entre frutas varias.

Es su presencia honor de los jardines,
Obelisco rural que se levanta
En el florido templo de Amaltea
Para ilustrar sus aras.

Los olorosos jugos de las flores,
Las esencias, los bálsamos de Arabia,
Y todos los aromas de natura
Concentra en sus entrañas.

Á nuestros campos desde el sacro Olimpo,
El copero de Júpiter se lanza,
Y con la fruta vuelve que los dioses
Para el festín aguardan.

En la empírea mansión fué recibida
Con júbilo común, y al despojarla
De su real vestidura, el firmamento
Perfumó con el ámbar.

En la sagrada copa la ambrosía
Su mérito perdió: con la fragancia
Del dulce zumo del sorbete indiano
Los númenes se inflaman.

Después que lo libó el divino Orfeo,
Al compás de la lira bien templada,
Hinchendo con su música el empíreo,
Cantó sus alabanzas.

La madre Venus cuando al labio rojo
Su néctar aplicó, quedó embriagada
De lúbrico placer, y en voz festiva
Á Ganimedes llama.

«La piña, dijo, la fragante piña,
En mis pensiles sea cultivada
Por manos de mis ninfas; sí, que corra
Su bálsamo en Idalia.»

¡Salve, suelo feliz, donde prodiga
Madre naturaleza en abundancia
La odorífera planta fumigable!
¡Salve, feliz Habana!

La bella flor en tu región ardiente
Recogiendo odoríferas sustancias,
Templa de Cáncer la calor estiva
Con las frescas ananas.

Coronada de flor la primavera,
El rico otoño y las benignas auras
En mil trinados y festivos coros
Su mérito proclaman.

Todos los dones, las delicias todas
Que la natura en sus talleres labra,
En el meloso néctar de la piña
Se ven recopiladas.

¡Salve, divino fruto! y con el óleo
De tu esencia mis labios embalsama:
Haz que mi musa de tu elogio digna
Publique tu fragancia.

Así el clemente, el poderoso Jove,
Jamás permita que de nube parda
Veloz centella que tronando vibre,
Sobre tu copa caiga.

Así el céfiro blando en tu contorno
Jamás se canse de batir sus alas,
De ti apartando el corruptor insecto
Y el aquilón que brama.

Y así la aurora con divino aliento
Brotando perlas que en su seno cuaja,
Conserve tu esplendor, para que seas
La pompa de mi patria.

D. MANUEL JUSTO DE RUVALCABA.

D. MANUEL JUSTO DE RUVALCABA.

Á NISE BORDANDO UN RAMILLETE.

No es la necesidad tan solamente
Inventora suprema de las cosas
Cuando de entre tus manos primorosas
Nace una primavera floreciente.

La seda en sus colores diferente
Toma diversas formas caprichosas,
Que aprendiendo en tus dedos á ser rosas
Viven sin marchitarse eternamente.

Me parece que al verte colocada
Cerca del bastidor, dándole vida,
Sale Flora á mirarte avergonzada ;

Llega, ve tu labor mejor tejida
Que la suya de Abril, queda enojada,
Y sin mas esperar, vase corrida.

D. JOSÉ MARÍA HEREDIA.

D. JOSÉ MARÍA HEREDIA.

Á LA ESTRELLA DE VENUS.

Estrella de la tarde silenciosa,
Luz apacible y pura
De esperanza y amor, salud te digo.
En el mar de Occidente ya reposa
La vasta frente el sol, y tú en la altura
Del firmamento solitaria reinas.
Ya la noche sombría
Quiere tender su diamantado velo,
Y con pálidas tintas baña el suelo
La blanda luz del moribundo día.
¡Hora feliz y plácida cual bella!
Tú la presides, vespertina estrella.

Yo te amo, astro de paz. Siempre tu aspecto
En la callada soledad me inspira
De virtud y de amor meditaciones.
¡Qué delicioso afecto
Excita en los sensibles corazones
La dulce y melancólica memoria
De su perdido bien y de su gloria!
Tú me la inspiras. ¡Cuántas, cuántas horas
Viste brillar serenas
Sobre mi faz en Cuba !..... Al asomarse
Tu disco puro y tímido en el cielo,
Á mi tierno delirio daba rienda

En el centro del bosque embalsamado,
Y por tu tibio resplandor guiado
Buscaba en él mi solitaria senda.

Bajo la copa de la palma amiga,
Trémula, bella en su temor, velada
Con el mágico manto del misterio,
De mi alma la señora me aguardaba.
En sus ojos afables me reía
Ingenuidad y amor: yo la estrechaba
Á mi pecho encendido,
Y mi rostro feliz al suyo unido,
Su balsámico aliento respiraba.

¡Oh goces fugitivos
De placer inefable! ¡Quién pudiera
Del tiempo detener la rueda fiera
Sobre tales instantes!.....
Yo la admiraba extático: á mi oído
Muy más dulce que música sonaba,
El eco de su voz, y su sonrisa
Para mi alma era luz. ¡Horas serenas
Cuya memoria cara
Á mitigar bastara
De una existencia de dolor las penas!
¡Estrella de la tarde! ¡Cuántas veces
Junto á mi dulce amiga me mirabas
Saludar tu venida, contemplarte,
Y recibir en tu amorosa lumbre
Paz y serenidad!.....

Ahora me miras
Amar también, y amar desesperado.
Huir me ves al objeto desdichado
De una estéril pasión, que es mi tormento
Con su belleza misma;
Y al renunciar su amor, mi alma se abisma
En el solo y eterno pensamiento,
De amarla, y de llorar la suerte impía
Que por siempre separa
Su alma del alma mía.

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA.

¡ Cuánto es bella la tierra que habitaban
Los aztecas valientes! En su seno
En una estrecha zona concentrados
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos
Cubren á par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
Á la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaccihual purísimo, Orizaba
Y Popocatepec; sin que el invierno
Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledó
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del sol en Occidente, que sereno
En hielo eterno y perennal verdura
Á torrentes vertió su luz dorada,
Y vió á Naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba
Y entre la hierba y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
Cual disuelta en mar de oro, semcjava
Temblar en torno de él; un arco inmenso
Que del empíreo en el cenit finaba
Como espléndido pórtico del cielo
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibía

Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Venus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
Que la alba noche y el brillante día,
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa
Cholulteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacía,
Los ojos á espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría
Que en estos bellos campos reina alzada
La bárbara opresión, y que esta tierra
Brotó mieses tan ricas, abonada
Con sangre de hombres, en que fué inundada
Por la superstición y por la guerra?.....

Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, obscuro y más obscuro
Se fué tornando: la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.
Iztaccihual purísimo volvía
Del argentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el Oriente
Bien como puntos de oro centellaban
Mil estrellas y mil.... ¡Oh! os saludo
Fuentes de luz, que de la noche umbría
Ilumináis el velo,
Y sois del firmamento poesía.

Al paso que la luna declinaba,
Y al ocaso fulgente descendía
Con lentitud, la sombra se extendía
Del Popocatepec, y semejaba
Fantasma colosal. El arco obscuro

Á mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,
Que velado en vapores transparentes,
Sus inmensos contornos dibujaba
De Occidente en el cielo.
¡ Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos, como el norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir á tus pies, que combatían
Cual hora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y creían
Fatigar á la tierra con su gloria.
Fueron : de ellos no resta ni memoria.
¿ Y tú eterno serás? Tal vez un día
De tus profundas bases desquiciado
Caerás; abrumará tu gran ruina
Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
Nuevas generaciones, y orgullosas
Que fuiste negarán.....

Todo parece
Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos,
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué.....

En tal contemplación embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas
En la profunda noche de los tiempos,
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
Á mis ojos atónitos. Veía,

Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos, levantarse
El déspota salvaje en rico trono
De oro, perlas y plumas recamado ;
Y al son de caracoles belicosos
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesión, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
Las bajas frentes en el polvo hundía
Y ni mirar á su señor osaba ,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder.

Tales ya fueron
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo:
Su vil superstición y tiranía
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
Hiriendo al par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furores
Á la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
Vió á la superstición más inhumana
En ella entronizarse. Oyó sus gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazón sangriento;
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.

Muda y desierta
Ahora te ves, pirámide. ¡Más vale
Que semanas de siglos yazcas yerma,

Y la superstición á quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
Á nuestros nietos últimos, empero,
Sé lección saludable; y hoy que el hombre
Al cielo, cual Titán, truena orgulloso,
Sé ejemplo ignominioso
De la demencia y del furor humano.

Á LA RELIGIÓN.

Sobrado tiempo con dorada lira
Canté de juventud las ilusiones,
Y en ligeras y fútiles canciones
Los afectos vertí que amor inspira.
Hoy, santa Religión, quiero cantarte
Y con piadoso anhelo
Mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad que en ígneo trono
Con tu solemne inspiración solías
Animar el acento de Isaías,
Ó del profeta rey el noble tono,
Oye mi voz humilde que te implora;
Mi tibio pecho inspira,
Y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida
Brilla sin nubes el nocturno cielo,
Quisiera suspirando alzar el vuelo,
Y á su perenne luz juntar mi vida:
Este secreto instinto me revela
En soledad y calma
Que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nubes de luz serena y pura
Vela el Criador su ceño majestuoso
Y circundan su trono misterioso

La eternidad pasada y la futura.
Compadece del hombre la miseria,
Y su acento profundo
Por la revelación instruye al mundo.

¡Augusta Religión! de luz cercada
Bajas al mundo, que el error oprime;
Mostrando el cielo en ademán sublime,
Y con la santa cruz tu diestra armada;
Cubre tus ojos venda misteriosa,
Y majestuosamente
Brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el empíreo. De su altura
Tú nos anuncias el primer pecado,
Al hombre por su mal degenerado,
Y la inefable redención futura:
Viene al mundo Jesús, de los humanos
(¡Venturoso destino!)
Reparador y redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina
La feroz impiedad tachar no puede;
La voz de los profetas le precede,
Y el universo atónito se inclina,
Enfrénase á su voz el mar airado,
Y á su mandato fuerte
Su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,
Y de su inmenso amor víctima santa,
Entre tormentos, cuyo horror espanta,
Pálido el Hombre-Dios gime y expira.
Núblase el sol, y yerta se estremece
La tierra oscurecida,
En sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado
Triunfa Jesús, y con glorioso vuelo

Sube después al esplendente cielo,
Vencedor de la muerte y del pecado.
¡Milagros inefables! Confundido
¡Oh Cristo! yo te adoro,
Te confieso mi Dios, gimo y te adoro.

Mas la persecución fiera fulmina
Del infierno frenético lanzada,
Y con su pura sangre derramada
Sellan mártires mil su fe divina.
Triunfas ¡oh Religión! y al vasto mundo
Sojuzgas con presteza,
Nacida en la ignorancia y la pobreza.

El mísero mortal entre dolores
Al borde tiembla del sepulcro helado
Que á la luz de tu antorcha contemplado
La mitad perderá de sus horrores.
Ya la escena del mundo ve cerrada
Por la muerte severa,
Y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza.
Al terminar su vida borrascosa,
Enciendes en la tumba misteriosa
Luz de inmortalidad y de esperanza;
Y su afligido corazón llenando
De inefable consuelo,
Le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo vi mil veces al tirano impío,
De hierro asolador el brazo armado,
Teñirlo en sangre, y de terror cercado
En crímenes fundar su poderío;
Y despreciando audaz á tierra y cielo
Con sonrisa ominosa,
Vile insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo á la virtud, gobierna

La tierra alguna vez el crimen fiero;
Mas es breve su imperio y pasajero;
La justicia de Dios vigila eterna;
De la virtud y la maldad existe
Un inmortal testigo:
Hay otra vida y Dios, premio y castigo.

¡Dogma sublime! ¡Celestial consuelo
Que al hombre justo en el dolor sustenta!
Al sucumbir á la opresión sangrienta
Eterno galardón busca en el cielo.
Fija la vista en él, y abroquelado
Con Dios y su conciencia,
Opone al crimen firme resistencia.

Triunfas ¡oh Religión! de tu victoria
Irritados los genios infernales
Preparan las serpientes y puñales
Para manchar tu refulgente gloria.
Núblase el aire ya, retiembla el suelo,
Y del Orco agitado
Lánzase al mundo el fanatismo armado.

Cubre su horror con tu brillante velo;
Brama, blande el puñal con faz umbría,
Y el humo negro de la hoguera impía
La pura luz obscureció del cielo.
Víctima suya el hombre te maldice,
Y con grito blasfemo
Feroz insulta al Hacedor Supremo.

¡Bárbara Inquisición! Cueva de horrores,
Descubre al universo tus arcanos
Y de tus sacerdotes inhumanos
Los crímenes revela y los furores.
¡Cuántas víctimas ¡ay! atormentadas
En tu infernal abismo
Apelaban á Dios del fanatismo!

¡Divina Religión! Tú que veías
Al insolente monstruo dominando,
Y en tu nombre la tierra devorando,
En el seno de Dios tierna gemías.
Él te escuchó. Retumbará la esfera
Con su decreto eterno,
Y el fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna,
Como después del huracán violento
En el atormentado firmamento
Con más cándida faz brilla la luna;
Y el mundo te verá desengañado
Dictar con dulce tono
Leyes de paz y amor desde tu trono.

Y libre al fin del duro cautiverio
Del odio y la fanática venganza,
Se abrirá el corazón á la esperanza,
Y adorará tu celestial imperio,
Que ha de sobrevivir cuando se aduerma
El tiempo fatigado
En escombros del mundo aniquilado.

ATENAS Y PALMIRA.

Al contemplar las áticas llanuras
En la serena cumbre del Himeto,
Espectáculo espléndido se goza.
Vense grupos de palmas, que otro tiempo
Oyeron de Platón la voz divina,
Y entre masas brillantes de verdura
Alza el olivo su apacible frente,
Cubre la viña el ondulante suelo
De esmeraldas y púrpura, y los valles
En diluvio de luz el sol inunda.

Entre tantas bellezas majestuosa
Con marmóreo esplendor domina Atenas.
En sus dóricos templos y columnas
Juega la luz rosada,
Y con mágica tinta
El contorno fugaz colora y pinta.
¡Cuadro admirable y delicioso! Empero
Goza placer más puro y más sublime
El solitario y pensador viajero
Que á la luz del crepúsculo sombrío,
Entre un océano de caliente arena,
Contempla el esqueleto de Palmira,
De alto silencio y soledad cercado.
¡Desolación inmensa! El obelisco,
Cual noble anciano, se levanta al cielo
Con triste majestad, y el cardo infausto,
Brotando en grietas de marmóreo techo,
Al viento sirio silba. En los salones
Do la elegancia y el poder moraron,
Hoy la culebra solitaria gira.
En el suelo de templos quebrantados
Crècen los pinos, y en las anchas calles,
Que antes hirvieron en rumor y vida,
Se mira ondear la hierba silenciosa.
Doquier yacen columnas derribadas
Unas sobre otras, y en la gran llanura
Incontables parecen los despojos
De la grandeza y del poder pasado.
Arcos, palacios, templos y obeliscos
Forman un laberinto pavoroso
En que inmóvil se asienta
El silencioso genio de las ruinas,
Y altas verdades, máximas divinas
De su frente el dolor al sabio cuenta.

Á MI CABALLO.

Amigo de mis horas de tristeza,
Ven, alívame, ven. Por las llanuras
Desalado, arrebátame, y perdido
En la velocidad de tu carrera,
Olvide yo mi desventura fiera.

Huyeron de mi amor las ilusiones
Para nunca volver, de paz y dicha
Llevando tras de sí las esperanzas.
Corrióse el velo: desengaño impío
El fin señala del delirio mío.

¡Oh! ¡cuánto me fatigan los recuerdos
Del pasado placer! ¡Cuánto es horrible
El desierto de una alma desolada,
Sin flores de esperanza ni frescura!
Ya ¿qué las resta?—Tedio y amargura.

¡Este viento del Sur.... ¡ay! me devora!
¡Si pudiera dormir!... En dulce olvido,
En pasajera muerte sepultado,
Mi ardor calenturiento se templara
Y mi alma triste su vigor cobrara.

¡Caballo! ¡fiel amigo! Yo te imploro.
Volemos ¡ay! Quebrante la fatiga
Mi cuerpo débil, y quizá benigno
Sobre la árida frente de tu dueño
Sus desmayadas alas tienda el sueño.

Débate yo tan dulce refrigerio....
Más otra vez avergonzar me hiciste
De mi insana crueldad y mi delirio,
Al contemplar mis pies ensangrentados,
Y tus ijares ¡ay! despedazados.

Perdona mi furor: el llanto mira
Que se agolpa á mis párpados.... Amigo,
Cuando mis gritos resonar escuches,
No aguardes, no, la devorante espuela,
La crín sacude, alza la frente, y vuela.

VERSOS ESCRITOS EN UNA TEMPESTAD.

Huracán, huracán, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.

En alas de los vientos suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible,
Como una eternidad. La tierra en calma
Funesta, abrasadora,
Contempla con pavor su faz terrible.
Al toro contemplad..... La tierra escarban
De un insufrible ardor sus pies heridos;
La armada frente al cielo levantando,
Y en la henchida nariz fuego aspirando,
Llama á la tempestad con sus bramidos.
¡Qué nubes! ¡Qué furor!..... El sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y entre sus negras sombras sólo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que ni es noche ni día,
Y al mundo tiñe de color de muerte.
Los pajarillos callan y se esconden,
Mientras el fiero huracán viene volando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y á su voz responden.

Ya llega..... ¿No le veis?..... ¡Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestuoso!.....
¡Gigante de los aires te saludo!
Ved cómo en confusión vuelan en torno
Las orlas de su parda vestidura.
¡Cómo en el horizonte
Sus brazos furibundos ya se enarcan,
Y tendidos abarcan
Cuanto alcanza á mirar, de monte á monte!

¡Obscuridad universal! Su soplo
Levanta en torbellinos
El polvo de los campos agitado.
¡Oid!..... Retumba en las nubes despeñado,
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brotó el rayo veloz, se precipita,
Hiere, y aterra el delincuente suelo,
Y en su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor?..... ¿Es la lluvia?..... Enfurecida
Cae á torrentes, y obscurece el mundo,
Y todo es confusión y horror profundo.
Cielos, colinas, nubes, caro bosque,
¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis? Os busco en vano,
Desparecisteis..... La tormenta umbría
En los aires revuelve un oceano
Que todo lo sepulta.....
Al fin, mundo fatal, nos separamos;
El huracán y yo solos estamos.
¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,
De tu solemne inspiración henchido,
Al mundo vil y miserable olvido,
Y alzo la frente de delicia lleno!
¿Do está el alma cobarde
Que teme tu rugir?..... Yo en tí me elevo
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz: siento á la tierra
Escucharle y temblar: ardiente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y á su alta majestad tiemblo, y le adoro.

NIÁGARA.

Dadme mi lira, dádmela: que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!..... Niágara undoso,

Sola tu faz sublime ya podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Y déjame mirar (1) tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Oceano
Azotado del austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Sus abismos abrir, y amé el peligro,
Y sus iras amé: mas su fiereza
En mi alma no dejara
La profunda impresión que tu grandeza (2).

Corres sereno y majestuoso, y luego (3)
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vagos pensamientos se confunde,

(1) En otros textos «*Déjame contemplar*».

La corrección no fué feliz, porque el mismo verbo se repite dos versos después.

(2) Texto primitivo. Luego escribió Heredia con menos naturalidad:

*Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro,
Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.*

(3) *Sereno corres, majestuoso, y luego*

Al contemplar (1) la férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde obscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan, y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil, ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.
Mas llegan..... saltan..... El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados;
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpese el agua, y salta, y una nube
De revueltos vapores
Cubre el abismo en remolinos, sube,
Gira en torno, y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta,
Y por sobre los bosques que le cercan
Al solitario cazador espanta (2).

Mas, ¿qué en ti busca mi anhelante vista
Con inquieto afanar? (3) ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,

(1) *Al mirar esa.*

(2) Heredia estropeó toda ésta magnífica descripción, so pretexto de corregirla:

*En las rígidas peñas
Rómpese el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza,
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.*

(3) *Con inútil afan.*

Y al soplo de la brisa del Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene.....
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
Á tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín: á ti la suerte
Guarda más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte
Viene, te ve, se asombra,
Menosprecia los frívolos deleites,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Dios, Dios de la verdad! (1) en otros climas
Vi monstruos execrables
Blasfemando su nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignación. Por otra parte
Vi mentidos filósofos que osaban
Escutar tus misterios, ultrajarte
Y de impiedad al lamentable abismo
Á los míseros hombres arrastraban:
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz baja á mi seno (2)
De este raudal en el eterno trueno. . .

(1) *Omnipotente Dios.*

(2) *Hiere mi seno.*

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista mi ánimo enajena
Y de terror y admiración me llena!
¿Do tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Oceano?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.

Miro tus aguas que incansables corren,
Como el largo torrente de los siglos
Rueda en la eternidad: así del hombre
Pasan volando los floridos días,
Y despierta el dolor..... ¡Ay! ya agotada
Siento mi juventud, mi faz marchita (1),
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
Mi mísero aislamiento, mi abandono,
Mi lamentable desamor..... ¿Podría
Una alma apasionada y borrascosa (2)
Sin amor ser feliz?..... ¡Oh! ¡Si una hermosa
Digna de mí me amase (3),

(1) Todo esto está cambiado en la edición de Toluca, en estos términos:

*Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad..... Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes días,
Y despierta al dolor..... ¡Ay! Agostada
Yace mi juventud, mi faz marchita.....*

(2) *En edad borrascosa.*

(3) *Mi cariño fijase.*

Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario (1) acompañase!
¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreirse
Al sostenerla en (2) mis amantes brazos:.....
¡Delirios de virtud!.... ¡Ay! desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!
Oye mi última voz: en pocos años (3)
Ya devorado habrá la tumba fría
Á tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Al contemplar tu faz algún viajero (4),
Dar un suspiro á la memoria mía.
Y yo al hundirse el sol (5) en Occidente,
Vuele gozoso do el Criador (6) me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

HIMNO AL SOL.

En los yermos del mar, donde habitas,
Alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:
Lo infinito circunda tu frente,
Lo infinito sostiene tus pies.
Ven: al bronco rugir de las ondas

-
- (1) *Y ardiente admiración.*
(2) Falta el *en* en la edición de Toluca.
(3) *Adiós, adiós, dentro de pocos años.*
(4) *Viéndote algún viajero.*
(5) *Y al abismarse Febo.*
(6) *Feliz yo vuele do el Señor.*

Une acento tan fiero y sublime,
Que mi pecho entibiado reanime,
Y mi frente ilumine otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,
Se colora de rosa el Oriente,
Y la sombra se acoge á Occidente
Y á las nubes lejanas del Sur :

Y del Este en el vago horizonte,
Que confuso mostrábase y denso,
Se alza pórtico espléndido, inmenso,
De oro, púrpura, fuego y azul.

¡ Vedla ya !..... Cual gigante imperioso
Alza el Sol su cabeza encendida.....

¡ Salve, padre de luz y de vida,
Centro eterno de fuerza y calor !

¡ Cómo lucen las olas serenas
De tu ardiente fulgor inundadas !

¡ Cuál sonriendo las velas doradas
Tu venida saludan, oh Sol !

De la vida eres padre: tu fuego
Poderoso renueva este mundo :
Aun del mar el abismo profundo
Mueve, agita, serena tu ardor.

Al brillar la feliz primavera,
Dulce vida recobran los pechos,
Y en dichosa ternura deshechos
Reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego
De verdura las viste, y de flores,
Y sus brisas y blandos olores
Feudo son á tu noble poder.

Aun el mar te obedece: sus campos
Abandona huracán inclemente,
Cuando en ellos reluce tu frente,
Y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas
Que saludan tu brillo primero,
Y en la tarde tu rayo postrero
Las corona de bello fulgor.

Tuyas son las cavernas profundas
De la tierra insondable tesoro,
Y en su seno el diamante y el oro
Reconcentran tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,
Y al poeta tus rayos animan ;
Su entusiasmo celeste subliman ,
Y le ciñen eterno laurel.

Cuando el éter dominas, y al mundo
Con calor vivificas intenso,
Que á mi seno descienes yo pienso,
Y alto numen despiertas en él.

¡Sol! Mis votos humildes y puros
De tu luz en las alas envía
Al autor de tu vida y la mía,
Al Señor de los cielos y el mar.

Alma eterna, doquiera respira,
Y velado en tu fuego le adoro :
Si yo mismo ¡mezquino! me ignoro,
¿Cómo puedo su esencia explicar?

Á su inmensa grandeza me humillo.
Sé que vive, que reina y me ama,
Y su aliento divino me inflama
De justicia y virtud en amor.

¡Ah! si acaso pudieron un día
Vacilar de mi fe los cimientos,
Fué al mirar sus altares sangrientos
Circundados por crimen y error.

MUERTE DEL TORO.

FRAGMENTO DESCRIPTIVO.

Al clavar de los dardos inflamados
Y agitación frenética del toro,
La multitud atónita se embebe,
Como en el circo la romana plebe
Atenta reprobaba ó aplaudía
El gesto, el ademán y la mirada
Con que sobre la arena ensangrentada
El moribundo gladiador caía.

Suena el clarín, y del sangriento drama
Se abre el acto final, cuando á la arena
Desciende el matador, y al fiero bruto
Osado llama, y su furor provoca.
Él, arrojando espuma por la boca,
Con la vista devórale, y el suelo
Hiere con duro pie : su ardiente cola
Azota los ijares y bramando
Se precipita..... El matador, sereno,
Ágil se esquivo, y el agudo estoque
Le esconde hasta la cruz dentro del seno.

Párase el toro y su bramido expresa
Dolor, profunda rabia y agonía.
En vano lucha con la muerte impía :
Quiere vengarse aún ; pero la fuerza,
Con la caliente sangre que derrama
En gruesos borbotones, le abandona,
Y entre el dolor frenético y la ira,
Vacila, cae, y rebramando expira.

Sin honor el cadáver arrastrado
En bárbaro trünfno: yertos, flojos,
Vagan los fuertes pies, turbios los ojos
En que ha un momento centellar se vía

Tal ardimiento, fuerza y energía ;
Y por el polvo vil huye arrastrado
El cuello, que tal vez bajo el arado
Era de alguna rústica familia
Útil sostenedor.—En tanto el pueblo
Con tumulto alegrísimo celebra
Del gladiador estúpido la hazaña.
¡Espectáculo atroz, mengua de España!

AL OCÉANO.

¡Qué! ¡De las ondas el hervor insano
Mece por fin mi pecho estremecido!
¡Otra vez en el mar!..... Dulce á mi oído
Es tu solemne música, Oceano.
¡Oh! ¡Cuántas veces en ardientes sueños
Gozoso contemplaba
Tu ondulación, y de tu fresca brisa
El aliento salubre respiraba!
Elemento vital de mi existencia,
De la vasta creación mística parte,
¡Salve! Felice torno á saludarte
Tras once años de mortal ausencia.

¡Salve otra vez! Á tus volubles ondas
Del triste pecho mío
Todo el anhelo y esperanza fío.
Á las orillas de mi fértil patria
Tú me conducirás donde me esperan,
Del campo entre la paz y las delicias,
Fraternales caricias,
Y de una madre el suspirado seno.

Me oyes, ¡benigno mar! De fuerza lleno
En el triste horizonte nebuloso,
Tiende sus alas aquilón fogoso,

Y las bate : la vela estremecida
Cede al impulso de su voz sonora ,
Y cual flecha del arco despedida ,
Corta las aguas la inflexible prora.
Salta la nave como débil pluma ,
Ante el fiero Aquilón que la arrebató ,
Y en torno, cual rugiente catarata ,
Hierven montes de espuma.

¡ Espectáculo espléndido, sublime
De rumor, de frescura y movimiento;
Mi desmayado acento
Tu misteriosa inspiración reanime !
Ya cual mágica luz brillar la siento;
Y la olvidada lira
Nuevos tónos armónicos suspira.
Pues me torna benéfico tu encanto
El don divino que el mortal adora,
Tuyas, glorioso mar, serán ahora
Estas primicias de mi nuevo canto.

¡ Augusto primogénito del Caos !
Al brillar ante Dios la luz primera,
En su cristal sereno
La reflejaba tu cerúleo seno :
Y al empezar el mundo su carrera,
Fué su primer vagido,
De tus hirvientes olas agitadas
El solemne rugido.

Quando el fin de los tiempos se aproxime,
Y al orbe desolado
Consuma la vejez, tú, mar sagrado,
Conservarás tu juventud sublime.
Fuertes cual hoy, sonoras y brillantes,
Llenas de vida férvidas tus ondas,
Abrazarán las playas resonantes,
Ya sordas á tu voz : tu brisa pura
Gemirá triste sobre el mundo muerto,

Y entonarás en lúgubre concierto
El himno funeral de la natura.

¡ Divino esposo de la madre tierra!
Con tu abrazo fecundo,
Los ricos dones desplegó que encierra
En su seno profundo.
Sin tu sacro tesoro, inagotable,
De humedad, y de vida,
¿Qué fuera? — Yermo estéril, pavoroso;
De muerte y aridez sólo habitado.
Suben ligeros de tu seno undoso
Los vapores que en nubes condensados,
Y por el viento aligero llevados,
Bañan la tierra en lluvias deliciosas,
Que al moribundo rostro de natura
Tornando la frescura,
Ciñen su frente de verdor y rosas.

¡ Espejo ardiente del sublime cielo!
En ti la luna su fulgor de plata
Y la noche magnífica retrata
El esplendor glorioso de su velo.
Por ti, férvido mar, los habitantes
De Venus, Marte ó Júpiter, admiran
Coronado con luces más brillantes
Nuestro planeta que tus brazos ciñen;
Cuando en tu vasto y refulgente espejo
Mira el sol de su hoguera inextinguible
El áureo, puro, vívido reflejo.

¿Quién es, sagrado mar, quién es el hombre
Á cuyo pecho estúpido y mezquino
Tu majestuosa inmensidad no asombre?
Amarte y admirar fué mi destino
Desde la edad primera:
De juventud apasionada y fiera
En el ardor inquieto,
Casi fuiste á mi culto noble objeto:

Hoy á tu grata vista, el mal tirano
Que me abrumaba, en delicioso olvido
Me deja respirar.—Dulce á mi oído
Es tu solemne música, Oceano.

LA ESTACIÓN DE LOS NORTES.

Téplase ya del fatigoso estío
El fuego abrasador: del yerto polo
Del septentrión los vientos sacudidos,
Envueltos corren entre niebla oscura,
Y á Cuba libran de la fiebre impura.

Ruge profundo el mar, hinchado el seno,
Y en golpe azotador hiere las playas:
Sus alas baña céfiro en frescura,
Y vaporoso transparente velo
Envuelve al sol, y rutilante cielo.

¡Salud, felices días! Á la muerte
La ara sangrienta derribáis que Mayo
Entre flores alzó: la acompañaba
Con amarilla faz la fiebre impía,
Y con triste fulgor resplandecía.

Ambas veían con adusta frente
De las templadas zonas á los hijos
Bajo este cielo ardiente y abrasado:
Con sus pálidos cetros los tocaban,
Y á la huesa fatal los despeñaban.

Mas su imperio finó: del Norte el viento
Purificando el aire emponzoñado,
Tiende sus alas húmedas y frías,
Por nuestros campos resonando vuela
Y del rigor de Agosto los consuela.

Hoy en los climas de la triste Europa
Del aquilón el sopro enfurecido
Su vida y su verdor quita á los campos,
Cubre de nieve la desnuda tierra,
Y al hombre yerto en su mansión encierra.

Todo es muerte y dolor : en Cuba empero
Todo es vida y placer : Febo sonrío
Más templado entre nubes transparentes,
Da nuevo lustre al bosque y la pradera,
Y los anima en doble primavera.

¡Patria dichosa ! ¡Tú, favorecida
Con el mirar más grato y la sonrisa
De la divinidad ! No de tus campos
Me arrebate otra vez el hado fiero.
Lúzcame ¡ay! en tu cielo el sol postrero.

¡Oh ! ¡Con cuánto placer, amada mía,
Sobre el modesto techo que nos cubre
Caer oímos la tranquila lluvia,
Y escuchamos del viento los silbidos,
Y del distante Oceano los bramidos!

Llena mi copa con dorado vino,
Que los cuidados y el dolor ahuyenta :
Él, adorada, á mi sedienta boca
Muy más grato será de ti probado,
Y á tus labios dulcísimos tocado.

Junto á ti reclinado en muelle asiento
En tus rodillas pulsaré mi lira,
Y cantaré feliz mi amor, mi patria,
De tu rostro y de tu alma la hermosura,
Y tu amor inefable y mi ventura.

AL COMETA DE 1825.

Planeta de terror, monstruo del cielo,
Errante masa de perennes llamas,
Que iluminas é inflamas
Los desiertos del éter en tu vuelo;
¿Que universo lejano
Al sistema solar hora te envía?
¿Te lanza del Señor la airada mano
Á que destruyas en tu curso insano
Del mundo la armonía?

¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?
El sabio laborioso
Para seguirte se fatiga en vano,
Y más allá del invisible Urano
Ve abismarse tu carro misterioso.
¿El influjo del Sol allá te alcanza,
Ó una funesta rebelión te lanza
Á ilimitada y férvida carrera?
Bandido inaquietable de la esfera,
¿Ningún sistema habitas,
Y tan cerca del Sol te precipitas
Para insultar su majestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado
Á su vasta atracción ceder te ordene
Y entre Jove y Saturno te encadene,
De tu brillante ropa despojado;
Mas si tu curso con furor completas
Y le hiere tu disco de diamante,
Arrojarás triunfante
Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz yo te amo. Cuando mira
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,
Yo al contemplarte ledo,

Elévome al Creador; mi mente admira
Su alta grandeza y tímida le adora.
Y no tan solo ahora
En mi alma dejás impresión profunda.
Ya de la noche en el brillante velo,
De mi niñez en los ardientes días,
Á mi agitada mente parecías
Un volcán en el cielo (1).

El ángel silencioso
Que hora inocente dirección te inspira
Se armará del Señor con la palabra,
Cuando en el libro del destino se abra
Una sangrienta página de ira.
Entonces furibundo
Chocarás con los astros, que lanzados
Volarán de sus órbitas, hundidos
En el éter profundo;
Y escombros abrasados
De mundos destruídos,
Llevarán el terror á otro sistema.....
Tente, Musa, respeta el velo obscuro
Con que de Dios la majestad suprema
Envuelve la región de lo futuro.
Tú, cometa fugaz, ardiente vuela,
Y á millones de mundos ignorados
El Hacedor magnífico revela.

ÚLTIMOS VERSOS.

¡Oh Dios infinito! ¡Oh verbo increado,
Por quien se crearon la tierra y el cielo,
Y que hoy entre sombras de místico velo

(1) Aquí se supone que el cometa de 1825 es el mismo que con tanto brillo apareció en el año de 1811.

Estás impasible, mudo en el altar!

Yo te adoro: en vano quieren sublevarse
Mi razón rebelde y cuatro sentidos:
De Dios el acento suena en mis oídos
Y Dios á los hombres no puede engañar.

Mi fe te contempla, como si te viese
Cuando por la tierra benéfico andabas
Curando mil males, y al hombre anunciabas
El reino celeste, la vida sin fin;

Ó en aquel momento que arrancó á la tumba
Al huérfano joven tu palabra fuerte,
Cuando abrió sus garras la atónita muerte
Y gimió de gozo la viuda en Naim.

¡Redentor divino! Mi alma te confiesa
En el sacramento que nos has dejado,
De pan bajo formas oculto, velado,
Víctima perenne de inefable amor.

Cual si te mirase sangriento, desnudo,
Herido, pendiente de clavos atroces
Morir entre angustias é insultos feroces,
Entre convulsiones de horrendo dolor.

¡Señor de los cielos! ¡Cómo te ofreciste
Á tan duras penas y bárbaros tratos
Por tantos inicuos, por tantos ingratos,
Que aun hoy te blasfeman, ¡oh dulce Jesús!

Yo, si bien cargado con culpas enormes,
Mi Dios te confieso, mi Señor te llamo,
Y humilde gimiendo mi parte reclamo
De la pura sangre que emana tu cruz.

¡Extiende benigno tu misericordia
(La misma, Dios bueno, que usaste conmigo)
Á tanto infelice que es hoy tu enemigo
Y alumbre sus almas triunfante la fe!

Ojalá pudiera mi pecho afectuoso
Por todos servirte, por todos amarte,
De tantas ofensas fiel desagraviarte....
¿Mas cómo lograrlo ¡miseró! podré?

Permite á lo menos que mi labio impuro
Una su voz débil á los sacros cantos

Con que te celebran ángeles y santos,
Y ellos, Dios piadoso, te alaben por mí.

Mis súplicas oye: aumenta en mi pecho
Tu amor, Jesús mío, la fe, la esperanza,
Para que en la eterna bienaventuranza,
Te adore sin velo, y goce de ti.

D. JOSÉ JACINTO MILANÉS.

D. JOSÉ JACINTO MILANÉS.

EL NIDO VACÍO.

CANCIONCILLA.

¡Ay! Los mis lindos amores
Idos son, que yo los vi:
Quedóseme el nido aquí.

Con alma casta y gozosa
Cuidaba yo mis cariños,
Como cuida de sus niños
La bella y cándida esposa.
Mas ¡ay! mi ternura hermosa
Convirtiósese en dolores.—
¡Ay! Los mis lindos amores
Idos son, que yo los vi:
Quedóseme el nido aquí.

No sé yo que cazador
Lanzando un dardo cruel,
Hirió el mismo nido, y dél
Hizo fugar tanto amor.
Pero ignorarlo es mejor
Para omitir sinsabores.—

¡Ay! Los mis lindos amores
Idos son, que yo los vi;
Quedóseme el nido aquí.
Desierto el nido ha quedado,
Y en él espero á fe mía,
Que resucite otro día
Amor más afortunado.
Mientras, diré lastimado
Á mis antiguos dolores:—
¡Ay! Los mis lindos amores
Idos son, que yo los vi:
Quedóseme el nido aquí.

LA FUGA DE LA TÓRTOLA.

CANCIÓN.

¡Tórtola mía! Sin estar presa,
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
A un beso ahora y otro después,
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es ésa,
Cimarronzuela de rojos pies?
¿Ver hojas verdes sólo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró?
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el miedo exhala.
¿De qué te sirve batir el ala
Si te amenazan con muerte igual,
La astuta liga, la ardiente bala
Y el cauto *jubo del manigual*?
Pero ¡ay! tu fuga ya me acredita

Que ansias ser libre, pasión bendita
Que aunque la lloro apruebo yo.—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves ¿á quién confío
Mi amor oculto, mi desvarío,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando al río,
Y á la alta luna que brilla en él?

Inconsolable, triste y marchita
Me iré muriendo, pues en mi cuíta
Mi confidente me abandonó.—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

EL BESO.

De noche en fresco jardín
Sentado estaba á par de ella:
Yo joven: joven y bella
Mi serafín.

Hablábamos del negror
Del cielo, augusto y sin brillo,
Del regalado airecillo
Y del amor.

Hablábamos del lugar
En que primero nos vimos;
Y sin querer nos pusimos
Á suspirar.

Á suspirar y á sentir
Gozo, al volver á juntarnos:
Á suspirar y á mirarnos,
Y á sonreir.

Porque amor casto entre dos
Es colmo de las venturas,
Y unirse dos almas puras
Es ver á Dios.

Una mano la pedí,
Porque en sus lánguidos ojos
Y en medio á sus labios rojos
Brillaba el sí.

Ella, al oirme, tembló,
Y en mí largo tiempo fijo
Su dulce mirar, me dijo
Tímida: *no*.

Pero era un *no* cuyo son
Pone el corazón risueño:
Un *no*, celeste halagüeño,
Sin negación.

Por eso yo la cogí
La mano, y con loco exceso
Á imprimir sobre ella un beso
Me resolví.

Beso que en mi alma crié
En sueños de gloria y calma
Y que por joya del alma
Siempre guardé.

Puro como un arrebol
Que orna una tarde de Mayo,
Y ardiente como es el rayo
Del mismo sol.

Pero al besarla sentí
Mi labio sin movimiento,
Porque un negro pensamiento
Me asaltó allí.

¿Quién sabe si el vivo ardor
De mi boca osada, ansiosa,
No iba á secar ya la rosa
De su pudor?

¿Quién sabe si tras mi fiel
Beso, otro labio vendría
Que ambicioso borraría
Las huellas de él?

¿Quién sabe si iba el desliz
De mi labio torpe insano
Á volver su mano, mano
De meretriz?

Mano asquerosa infernal
Para el alma del poeta:
Que sufre el beso y aprieta
El vil metal.

Así pensé..... y fuime en paz,
Dejándola intacta y pura;
Y lágrima de dulzura
Bañó mi faz.

DE CODOS EN EL PUENTE.

San Juan murmurante, que corres ligero
Llevando tus ondas en grato vaivén,
Tus ondas de plata que bate y sacude
Moviendo sus remos con gran rapidez
(Monstruoso cetáceo que nada á flor de agua)
La lancha atestada de pipas de miel:
San Juan, ¡cuántas veces, parado en tu puente
Al rayo de luna que empieza á nacer,

Y al soplo amoroso de brisas fugaces
Frescura he pedido que halague mi sien!
Entonces un aura, la más apacible
Que en ondas marinas se sabe mecer,
Que empapa sus alas en ambar suave,
Y á aquel que le implora le besa fiël,
Haciendo en las olas que mansas voltean,
Un pliegue de espuma, deshecho después,
Llegaba á mis voces, cercábame en torno,
Bañando mi frente de calma y placer:
Y yo silencioso y á par sonriendo,
Á Dios daba gracias del hálito aquel,
Del beso del aura que es casi tan dulce
Como es el de amores que da una mujer.

Mas siempre que pongo, San Juan murmurante,
El codo en el puente, la mano en la sien,
Y siempre que miro los rayos de luna
Que van con tus ondas jugando tal vez,
Cavilo qué fuiste, cavilo lo que eres:
Y allá en las edades que están por nacer,
Medito si acaso serás este río
Que surca la industria con tanto batel,
Ó acaso un arroyo sin nombre, sin linfa,
Que al pie de un peñasco, sin ser menester,
Estéril filtrando, te juzgue el que pase
Vil hijo de un monte sin nombre también;
Que al paso que llevan los varios sucesos
Que nunca atrás vuelven el rápido pie,
No extrañan los ojos ver llanos mañana
Los cerros cargados de quintas ayer.

Asáltame á veces algún pensamiento
Que el seno me oprime, y el débil poder
Del ánimo triste, ni basta á templarle,
Ni estorba tampoco que hiera cruel.
Amante ardoroso del arte divino
Que esparce los rayos del claro saber,
Sectario constante de todas ideas

Que al lento progreso le suelten el pie,
Desnudo de fuerza, privado de apoyo,
Engasto en la rima, que sabe correr,
Los gritos, los ecos de hermosa cultura
Que atajen los males y tiendan al bien.
Mas ¡ay, manso río! que van mis canciones
Como esas tus ondas, que en dulce lamer
Las unas tras otras tus márgenes corren,
Y allá en la bahía se pierden después.
Y no me conceden los mudos destinos
La gloria profunda y el hondo placer
De verte ¡oh Matanzas! ciudad adorada,
Que en dobles corrientes el rostro te ves,
Colmada de fuerza, colmada de industria,
Feliz acogiendo sin agrio desdén
Las artes hermosas, que vagas mendigan,
Y al vicio dedican su triste niñez.

Con todo, yo espero (porque es la esperanza
La amiga que el vate no puede perder)
Que vean mis ojos un alba siquiera,
Si un sol de cultura mis ojos no ven.
Si no, ¿de qué sirven, San Juan apacible,
Tus aguas que brillan en manso correr,
Tus botes pintados de rojo y de negro,
Que atracan airosos á tanto almacén,
Y el canto compuesto de duros sonidos
De esclavos lancheros que bogan en pie,
Y alzando y bajando las palas enormes
Dividen y azotan tus ondas de muer?

LA MADRUGADA.

¿Puede haber cosa más bella
Que de la arrugada cama
Saltar, y en la fresca grama
Del campo estampar la huella?

Campo digo; porque pierde
La mañana su sonrisa,
En no habiendo agreste brisa,
Mucho azul y mucho verde.

No hay que gozarla en ciudad:
En todo horizonte urbano
Se estaciona de antemano
Triste vaporosidad.

Luego ved tanto edificio
Alto, serio..... ¡Angustia dan!
El alba, el sol, allí están
Como sacados de quicio.

No: yo he de andar á mis anchas
Una campiña florida,
Por ver del alba querida
La faz virgen y sin manchas.

Verla en Oriente lucir,
Diáfana, rosada, bella,
Como una casta doncella
Que enamora al sonreir.

Yo no sé cómo hay cabeza
Tan interesada y fría,
Que no ame, al rayar el día,
La hermosa naturaleza.

Vedla rejuvenecerse,
Vedla rodar con el río,
Brillar pura en el rocío,
Con los árboles mecerse.

Arrastrada en el reptil,
Fiera y alzada en el bruto,
Dulce en el colgado fruto,
Risueña en la flor gentil.

¡Oh Dios!..... Allá en mis niñeces,
Antes de brotarme el bozo,
¡Con qué sencillo alborozo
Vine á ver esto mil veces!

Ya una errante mariposa
Con su matiz me atraía,
Ya olvidado me ponía
Á contemplar una rosa.

Siempre alegre.—Ya se ve:
Nunca entonces cavilaba,
Ni mis cejas arrugaba
Algún triste no sé qué.

Después, como entré en más años,
Y como vi una hermosura,
Tuve por triste locura
Ver sol, montes y rebaños.

¡Qué ingrato fui!—Pero bien
Se vengó naturaleza:
Aquella ingrata belleza
Olvidóme con desdén.

Vertí un mar de llanto: el alma
No se me hallaba sin ella.....—
Al fin una amiga estrella
Dolióse y me puso en calma.

¡Oh, qué dolor tan agudo
Es olvidar!..... Pero al cabo,
Rotos los grillos de esclavo,
Curóme el médico mudo:

El tiempo, el tiempo veloz,
Que tiñe nuestras cabezas
De blanco, y tantas bellezas
Deja sin luz y sin voz.

De entonces acá me place
Ver la escena matutina
Segunda vez;—medicina
Celestial que me rehace.

Con todo, mis cicatrices
Se ensangrientan y suspiro
Á donde quiera que miro
Dos amadores felices.

Y aun con menos ocasión:
Si oigo el suspirar alterno
De dos palmas, en lo interno
Se me angustia el corazón.

Si en un ramo miro á solas
Dos aves cantar querellas,
Si relucir dos estrellas,
Si rodar dos mansas olas:

Si dos nubes enlazarse
Y por el éter perderse;
Si dos sendas una hacerse,
Si dos montes contemplarse:

Me paro, y con ansiedad
Recuerdo que á nadie adoro:
Miro tanto enlace y lloro
Mi continua soledad.

VAGOS PASEOS.

Noche de amor y fortuna,
Noche bella entre las bellas
Aquella en que sin estrellas
Brilla en el cielo la luna.

Y en la celeste región
Blancas las nubes se mecen,
Que desde lejos parecen
Sueltos copos de algodón.

Entonces dulce es dejar
La comenzada novela,
Buscar la brisa que vuela,
Y por las calles vagar.

Mas vagar sin fin no debe
El que por gozar pasea:
Ir sin misteriosa idea
Como un hombre de la plebe,

Que con el fastidio esquivo
Se da siempre un encontrón,
No debe ser la intención
Del poeta discusivo.

¿Faltaránle al trovador
Una reflexión doliente,
Blandos suspiros de ausente,
Tiernas lágrimas de amor?

¿Ó la escena que algún día
Leyó en un cuento florido,
Que le deje sumergido
En dulce melancolía?

¡Y qué bello será ver
En alguna casa aislada,
Junto á la lumbre sentada
Una angélica mujer,

Que reflexiona de un modo
Tan noble como elegante,
Puesto un libro por delante,
Y sobre la mesa el codo!

Ver la luz que alegre brilla
Esclareciendo de lado
El delicioso encarnado
De aquella fresca mejilla.

Ver aquel casto ademán
Que expresa, aunque con reposo,
Lo modesto y lo amoroso,
Lo amoroso y lo galán.

Ver la confiada fe
Con que siente lo que lee,
Porque la hermosa no cree
Que aquel que pasa la ve.

Ver aquel cuadro que arroba
Con objetos hechiceros:
Los dos sencillos floreros
En la mesa de caoba:

El espejo al clavo asido:
El mecedor barnizado,
Donde el faldero mimado
Se hace una rosca dormido:

La puerta del comedor,
Que está anunciando al deseo
Un patio con mucho aseo,
Y un jardín con mucha flor.

Todo exhalando alegría,
Todo limpieza y frescura,
Albergue de una hermosura
Ignorada todavía.

BAJO EL MANGO.

¿Quieres, mi luz, nos vamos á la aldea?
«En hora buena sea.»

Floresta de rimas antiguas castellanas.

¡Oh! si pudieras tú dando la espalda
Á esta ciudad activa y negociante,
Y llamados tal vez, hermosa mía,
Por una fresca y purpurina tarde,
Salir conmigo á pasear á solas,
Tu mano fiel bajo mi brazo amante,
Y así gozar los dos de esas tres dichas,
¡El cielo azul, la libertad y el aire!
Yo te llevara, caminando lento,
Á un escondido y pintoresco valle
Que al pie de un monte se ocultó modesto
Por no mostrar su gentileza á nadie;
Yo vagabundo trovador, un día
Le sorprendí, me alborocé de hallarle,
Y desde esa ocasión tengo jurado
Que con rima sonora ó prosa fácil
Habré de revelar en dónde existe
Á todo aquel que los paisajes ame.
Para el amor que cavilando llora,
Para el dolor que se disuelve en ayes,
Para todo el que sienta y el que gima,
No hay asilo más bello.—Tú, no obstante,
Que no ves nube en tu horizonte puro
Y existir sin amar no lo alcanzaste;
Tú, cuya frente cándida y serena
La inocencia y beldad ornan iguales,

No vendrás á gemir al valle alegre.
Sola vendrás, observadora amable,
Dando á cada airecillo una sonrisa
Y á cada flor admiradoras frases,
Á demandar al sonrosado cielo,
Por qué es tan bello el fenecer la tarde,
Por qué al unir la voluptuosa noche
Con el día ardoroso y centellante
Parece alzar naturaleza entonces
Un gran himno de boda al bello enlace,
Mientras que susurrando la acompañan
Monte, valle, raudal, insecto y ave.

Ya nos espera en actitud pomposa,
Formando un pabellón con su follaje,
Aquel mango gentil, que porque fije
La curiosa atención del caminante,
Se supo aislar.—Enriquecido siempre
Por el amor de su terrestre madre
De verde ramo y amorosa fruta
Su grueso tronco engalanado atrae:
Salúdalo, mi bien.—Tu, que eres bella,
Y en ese tu mirar casto y süave,
Y en ese ingenuo sonreir descubres
El inocente corazón de un ángel;
Tú, que sabes hallar palabras dulces,
Palabras tan hermosas é inefables,
Que Dios no más á la mujer inspira,
Y que las busca y las bendice el vate;
Tu sola encontrarás el raro idioma
Bañado de color, rico de esmalte,
Con que habla al mundo vegetal á veces
Una tierna beldad que á solas vague.
Y mientras llena de placer recorras
Tan rica infinidad de novedades,
Ya la brisa fugaz que arruga el lago,
Ya el vago azul del horizonte amable,
Ya la hierba sutil que forma al cerro
Un vestido talar de cola grande,

La blanca quinta entre el montón de palmas,
Y el negro buey que en la colina pace,
Yo clavaré mis ojos en tus ojos,
Y á cada ¡ay Dios! que alborozada exhales,
Iré sintiendo retornar al alma
Mi ausente dicha y mi ventura errante.

Después te rogaré.... ¿pero qué digo?
¡Cómo nos lleva y nos arrastra fácil
Al hermoso país del desvarío
La gallarda ilusión, que toda es aire!
No, hermosa, no. La sociedad ordena,
Legisladora autorizada y grave,
Que no debes romper el noble culto
Con que tu sabia y advertida madre
Te enseña á amar el femenil decoro;
Ámalo pues, y sin venir al valle;
Que yo pretendo visitarlo solo
Y en cada flor me volverá tu imagen.
Cuando tu aguja y tu lección te pinten
La dicha fiel del que trabaja y sabe,
Acuérdate de mí, triste poeta,
Que en ti confunde á la mujer y al ángel.

LA GUAJIRITA DE YUMURÍ.

¿Quién es aquella que está sentada
Á la alborada
Bajo aquel mango largo y pomposo
Que miro allí?
Rubio el cabello, rostro lloroso,
Su tuniqueillo
Corto, amarillo,
Muestra que ha sido la sin reposo,
La guajirita de Yumurí.

La que fué amada de Don Eugenio
Que tiene ingenio,
Dos cafetales y un potrerito
No baladí:
Y como es rico, mozo y bonito,
Vino á Matanzas
Con esperanzas
De olvidar pronto, ved que delito,
La guajirita de Yumurí.

La guajirita no imaginaba
Que la olvidaba,
Y así no exhala cuando se ausenta
Ni un ¡ay de mí!
Él la promete con voz contenta
Que al otro día
Retornaría,
Y bajo el mango le espera atenta
La guajirita de Yumurí.

El alba nace risueña y clara:
Después la cara
Del sol se muestra, toda teñida
De carmesí:
El sunsun busca la apetecida
Flor del granado,
Vivo y alado,
Como la vista del que es su vida
La guajirita de Yumurí.

Porque más gusto después le quepa,
El mango trepa:
No es amadora melindrosita
De las de aquí.
Y aunque los ramos salta expedita
Como podría
Serlo una hutía,
Nada ve, nada, la guajirita,
La guajirita de Yumurí.

Al fin ve un potro que por la senda
 Á toda rienda,
Viene, y un negro le monta, que era
 Carabalí.
Ella al mirarlo toda se altera:
 Ve que es Bartolo,
 Que viene solo,
Sin Don Eugenio..... Quedó cual cera,
 La guajirita de Yumurí.

En una esquila, toda borrones,
 Ve las razones
Con que se excusa; y es todo bola:
 Nada es así.
Bartolo, luego que ella leyóla,
 Metete la espuela,
 Y con la esquila,
Sin contestarle se quedó sola
 La guajirita de Yumurí.

Ya desde entonces la vida ignora
 Del que ella adora:
El no la escribe, ni su criado
 Va por allí.
Perdió la pobre su sonrosado
 Cutis: su cama
 Es lo que ama,
Y allí la tisis ha ya minado
 La guajirita de Yumurí.

• Y Don Eugenio casó en la Habana
 Ha una semana
Con una vieja rica, de un genio
 Como un ají:
Pero la vieja tiene un ingenio,
 Mina en el cobre.....
 Y como es pobre,
Nunca recuerda ya Don Eugenio
 La guajirita de Yumurí.

GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS

(PLÁCIDO).

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS.

Á UNA INGRATA.

SONETO.

Basta de amor: si un tiempo te quería,
Ya se acabó mi juvenil locura,
Porque es, Celia, tu cándida hermosura
Como la nieve, deslumbrante y fría.

No encuentro en tí la extrema simpatía
Que ansiosa mi alma contemplar procura,
Ni entre la sombra de la noche obscura,
Ni á la espléndida faz del claro día.

Amor no quiero como tú me amas,
Sorda á mis ayes, insensible al ruego;

Quiero de mirtos adornar con ramas

Un corazón que me idolatre ciego;

Quiero abrazar una mujer de llamas;

Quiero besar una mujer de fuego.

Á LA MUERTE DE JESUCRISTO.

SONETO.

Torva nube que arroja escarcha fría,
Rayos aborta que al mortal espantan;
De las tumbas los muertos se levantan,
Treme la tierra y se obscurece el día:

Las crespas olas de la mar sombría
Cabe las duras rocas se quebrantan,
Ni el río corre, ni las aves cantan,
Ni el sol su luz al universo envía :

 Cuando en el monte Gólgota sagrado
Dice el Dios-Hombre con dolor profundo :
«Cúmplase, Padre, en mí vuestro mandado.»

 Y á la rabia de un pueblo furibundo,
Inocente, sangriento y enclavado,
Muere en la cruz el Salvador del mundo.

MUERTE DE GESLER.

SONETO.

Sobre un monte de nieve transparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada
Muestra *Guillermo Tell* su heroica frente.

 Yace en la playa el déspota insolente
Con férrea vira al corazón clavada,
Despidiendo al infierno, acelerada,
El alma negra en forma de serpiente.

 El calor le abandona, sus sangrientos
Miembros bota la tierra al oceano :
Tórnarle á echar las ondas y los vientos ;
 No encuentra humanidad el inhumano.....
Que hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos de un tirano.

A LA FATALIDAD.

SONETO.

Ciega deidad que sin clemencia alguna
De espinas al nacer me circuiste,
Cual fuente clara cuya margen viste
Magüey silvestre y punzadora tuna :

Entre el materno tálamo y la cuna
El férreo muro del honor pusiste,
Y acaso hasta los cielos me subiste
Por verme descender desde la luna.

Sál de los antros del averno oscuros,
Sigue oprimiendo mi existir cuitado;
Y si sucumbo á tus decretos duros,

Diré lo que el ejército cruzado
Exclamó al divisar los rojos muros
De la santa Salem: «Dios lo ha mandado».

ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE NAPOLEÓN.

SONETO.

El águila caudal, dejando el Sena,
Bate sus alas al rayar el día,
Y de los aires la región vacía
Mide veloz con majestad serena:

Baja y tiende la garra en Santa Elena
Con que la Europa un tiempo estremecía,
Pugnando por alzar la losa fría
Que yerto cubre al vencedor de Jena.

Suspende al fin el mármol atrevida,
Mirando absorta con turbada frente
Tanta grandeza en polvo convertida.

Y aunque el estrago de sus triunfos siente,
De Bonaparte el nombre al sol levanta,
Su muerte llora y sus victorias canta.

C O R A .

ROMANCE.

Hondos suspiros lanzando
Del Sol las sacerdotisas,
Fijos los ojos en tierra

Con tardo paso caminan.
Cien guerreros las rodean,
Que al son de roncás bocinas,
Cantando marchan, armados
De mazas, arcos y picas.
¿Cuál es criminal entre ellas?
¿De cuál yerro la castigan?
¿Por qué no va como debe
Junto al soberano Inca?
¡Ay! que son sus tristes padres,
Los dos ancianos que miras,
Quienes tragará la hoguera
Por la vestal fugitiva.
¿Veis con palmas de alcanfor
Sus canas frentes ceñidas,
Y los codos que á la espalda
Atados sangre destilan?
¿Veis en el centro de aquella
Arboleda semicircular,
De plátanos y bambúes
Que el viento apenas agita,
La fosa profunda y cóncava,
Sedienta de humanas víctimas,
Al éter lanzando rápidas
Centellas súbitas ígneas?
Pues allí van inocentes
Por Cora á perder la vida,
Por Cora, que tanto amaron,
Y que adoran todavía.
Ya llegan, ya les desnudan
Las blancas túnicas limpias,
Ya los cánticos de muerte
Suenan, y eterna partida.
Hablar el anciano quiere.
«Habla», le contesta el Inca,
Y acude á enjugar el llanto
Que corre por sus mejillas.
Cruza en el pecho los brazos,
La vista en el cielo fija,

El corazón en la Gloria,
Y en tierra las dos rodillas.
« ¡Manco Omnipotente (exclama),
Sagrado Dios de las Indias!
Nuestras almas con placer
Ante ti se sacrifican ;
Empero, permite ¡ oh Sol !
Que humildemente te pida
Una merced que hacer puedes
Por tu potencia infinita :
Y es que, cual tú, quede claro
El honor de mi familia,
El lustre de tus altares,
Y la virtud de mi hija.
Mi hija Cora es inocente :
El corazón me lo dicta ;
Que no es malo nunca quien
Con buen ejemplo se cría. »
Ha dicho y con firme planta,
Lleno el rostro de alegría,
Abraza á su esposa, y vuela
Hacia la funesta pira.
¿ Por dónde, ignoto fantasma,
Fué tu invisible venida ?
¿ De do sacaste ese manto
Bordado de plata fina
Que te cubre, y esa espada
Nunca de estos pueblos vista,
Relevado el guardamonte
Con las armas de Castilla ?
¿ Por qué entre los dos y el fuego
Defiendes el paso, á guisa
De una sombra que separa
La eternidad de la vida ?
« ¡ ¡ Teneos !! » dice, y el manto
Cae, retrocede el Inca,
Y absorto y convulso exclama :
¡ Cora !!..... ¡ Alonso de Molina !!.....
¡ Cora !!..... ¡ Alonso !!..... el campo suena,

Y amante, padres é hija
Abrazáronse y ¡perdón!.....
El pueblo y guerreros gritan.
Postróse Alonso á los pies
Del gran príncipe Ataliba
Y alcanzó de su bondad
Abolir la ley inicua ;
Por la que, á la menor falta
Que en el templo cometían
Eran aquellas vestales
Llevadas á quemar vivas.
Así de amor fueles dado
Gozar la inefable dicha,
Pasando á esposas y madres
Del Sol las sacerdotisas.

JICOTENCAL.

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma,
De sus dioses lamentando
El poco favor y ayuda.
Mientras ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palanquín de oro
Que finas perlas dibujan,
Tan brillante que la vista,
Heridas del sol, deslumbran,
Entra glorioso en Tlascala
El joven que de ellas triunfa.
Himnos le dan de victoria
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean,
Y el pueblo que le circunda,
Á que contestan alegres
Trescientas vírgenes puras.
«Baldón y afrenta al vencido,

Loor y gloria al que triunfa.»
Hasta la espaciosa plaza
Llega, donde le saludan
Los ancianos senadores,
Y gracias mil le tributan.
Mas ¿por qué veloz el héroe,
Atropellando la turba,
Del palanquín salta y vuela
Cual rayo que el éter surca?
Es, que ya del caracol
Que por los valles retumba,
Á los prisioneros muerte
El eco sonante anuncia.
Suspende á lo lejos hórrida
La hoguera su llama fúlgida
De humanas víctimas ávida
Que bajan sus frentes mustias.
Llega: los suyos al verle
Cambian en placer la furia
Y de las enhiestas picas
Vuelven al suelo las puntas.
«Perdón» exclama, y arroja
Su collar: los brazos cruzan
Aquellos míseros seres
Que vida por él disfrutan.
«Tornad á Méjico, esclavos:
Nadie vuestra marcha turba
Y decid á vuestro amo,
Vencido ya veces muchas,
Que el joven Jicotencal
Crueldades como él no usa,
Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda.
Que el cacique de Tlascala
Ni batir ni quemar gusta
Tropas dispersas é inermes,
Sino con armas y juntas.
Que arme flecheros más bravos
Y me encontrará en la lucha,

Con sólo una pica mía
Por cada trescientas tuyas;
Que tema el día funesto
Que mi enojo al punto suba :
Entonces ni sobre el trono
Su vida estará segura.
Y que si los puentes corta
Porque no vaya en su busca,
Con cráneos de sus guerreros
Calzada haré en la laguna.»
Dijo y marchóse al banquete
Do está la nobleza junta
Y el néctar de las palmeras
Entre victores se apura.
Siempre vencedor después
Vivió lleno de fortuna ;
Mas como sobre la tierra
No hay dicha estable y segura,
Vinieron atrás los tiempos
Que eclipsaron su ventura,
Y fué tan triste su muerte
Que aun hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava ,
Barreada de aureas puntas
Huyeron despavoridas
Las tropas de Moctezuma.

LA FLOR DE LA CAÑA.

LETRILLA.

Yo vi una veguera
Trigueña tostada,
Que el sol envidioso
De sus lindas gracias,
Ó quizá bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,

Le quemó la cara
Y es tierna y modesta,
Como cuando saca
Sus primeros tilos
—La flor de la caña.

La ocasión primera
Que la vide estaba
De blanco vestida
Con cintas rosadas ;
Llevaba una gorra
De brillante paja,
Que tejió ella misma
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida, canaria,
Que el viento mecía
—Como flor de caña.

Su acento es divino,
Sus labios de grana,
Su cuerpo gracioso,
Ligera su planta ;
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornadas,
Como con las gotas
Que destila el alba,
Candorosa ríe
—La flor de la caña,

El Domingo antes
De Semana Santa,
Al salir de misa
Le entregué una carta,
Y en ella unos versos
Donde le juraba
Mientras existiera
Sin doblez amarla.
Temblando tomóla,
De pudor velada

Como con la nieve
— La flor de la caña.

Habléla en el baile
La noche de Pascua,
Púsose encendida,
Descogió su manta
Y sacó del seno
Confusa y turbada,
Una petaquilla
De colores varias.
Diómela al descuido,
Y al examinarla
He visto que es hecha
— Con flores de caña.

En ella hay un rizo
Que no lo trocara
Por todos los tronos
Que en el mundo haya;
Un tabaco puro
De Manicaragua
Que ajusta la *capa*,
Y en lugar de *tripa*
Le encontré una carta,
Para mí más bella
— Que la flor de caña,
No hay ficción en ella;
Sino estas palabras:
«Yo te quiero tanto
Como tú me amas.»
En una reliquia
De rasete, blanca,
Al cuello conmigo
La traigo colgada,
Y su tacto quema,
Como el sol que abrasa
En Julio y Agosto
— La flor de la caña.

Ya no me es posible
Dormir sin besarla;

Y mientras que viva
No pienso dejarla.
Veguera preciosa
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama ;
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas,
Sufriendo vaivenes
— Como flor de caña.
 Juro que en mi pecho
Con toda eficacia
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas ;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idalia ,
Y si me preguntan
Los que saber ansian
Quién es mi veguera ,
Diré que te llamas
Por dulce y honesta
— La flor de la caña.

Á LA SEÑORA DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES

SANTA CRUZ Y MONTALVO, CONDESA DE MERLÍN.

« Á una sola voz suya, á una mirada
Apaga Jove el iracundo rayo,
Depone Marte la sangrienta espada.»

QUINTANA.

Salve, deidad del nuevo mundo ; salve
Á tu preclara cuna,
Á tu nombre, á tu magia irresistible,
Á tu voz dulce, armónica y sensible,
Cuyo menor cautivo es la fortuna.

Salve á mi patria, que nacer te viera,
Á quien tan puros plácemes arrancas,
Como el disco genial de rosas blancas
Que circunda tu negra cabellera.

De mis lares honor, yo te bendigo;
Bendigo el astro pío que alumbraba
Tu feliz nacimiento.
Bendigo de tornar el pensamiento
Á tu país natal, que verte ansiaba.
Y aun á las verdes olas que rompía
Alígero el bajel, cuando impetuoso
Tesoro tanto á Cuba conducía,
De los mares hendiendo el cauce undoso,
Las bendice también el alma mía.

Tu rostro mixto de azucena y grana,
Velado en majestad y esplendor brilla
Cual de Venus el astro en la mañana,
Cuando el alba con perlas engalana
El vasto eden de la sin par Antilla:
De la Antilla fecunda que te adora,
Y no bien galas por tu vuelta viste,
Cuando presagia querellosa y triste
Que á partir vas, y anticipada llora.
¡Vas á partir!..... ¿Por qué tan presto, bella,
Del américo mar á la señora
Desampara tu huella?
¿No te aclamó su más brillante estrella?
Te dió sus dones al nacer, ¿y ahora
No halla placer tu corazón en ella?

En ella que de lirios y azahares
Formó el aura balsámica que aspiras;
El fuego y brillantez está en tus ojos
De su luciente sol; son sus claveles
Breves trasuntos de tus labios rojos,
De su cielo tu risa, y el acento
Con que leda extasiar sabes las almas,

Es abreviado en tu meloso aliento
La voz de sus arroyos y sus palmas (1).

De sus palmas que, al verte en la ribera
Del Almendar fecundo,
Clamaron impelidas
Del céfiro sutil que las meciera:
«¡Salve, Corina del moderno mundo,
Á quien hoy electrizas hechicera;
Todo es cubano en ti; salve, habanera!»

¿Ángel de Santa Cruz y las olvidas?
¿Sorda serás á sus dolientes quejas?
¿Quién, ornato en las fiestas más lucidas
De la Habana será si tú te alejas?
¿Pues qué, Camajuaní, cuya vertiente
En nada cede á la hipocrenea fuente;
El Sagua hondisonoso
Que del alto Escambray nace á las plantas;
Mostrando á sus riberas flores tantas
Como arrastra en su fondo arenas de oro;
El Agabama undoso,
Y el Cauto dilatado y caudaloso
Que de gigantes pinos se corona,
Menos tu pecho generoso estima,
Que el nebuloso clima
Donde corren el Sena y el Garona?

¿Por qué temer el tropical estío?
Gózate en este sol resplandeciente,
Que así es tu corazón, sublime, ardiente,
Y así es también el entusiasmo mío.

Siempre apacible y transparente el cielo,
Bañado el aire por la brisa pura,
Siempre del mar serena la llanura,

(1) Heredia.

Siempre de flores alfombrado el suelo,
¿No te deciden á fijar tu estancia
En la ígnea zona que tu estirpe aprecia?
¿Es más diáfano el cielo de la Francia?
¿Son más bellos los campos de Lutecia?
¿Lauros vas á buscar? Tiende la mano;
Señálame á la bóveda azulada ;
Á una sola voz tuya, á una mirada,
Harás que al sacro templo de Memoria
Las alas de oro rebatiendo suba ,
Trayéndote al volver una de gloria ,
Aunque hay sabanas de laurel en Cuba.
«Tente, iluso cantor; no es el deseo
De lucir en brillantes reuniones
El que me impele á repasar los mares,
Ni yo desdeño los paternos lares
Por lucir de París en los salones.
La más noble de todas las pasiones,
El amor maternal, el que me hiciera
Volar también á la Siberia fría,
Es quien mi ausencia próxima reclama ;
Pasión eterna, y de tan gran valía
Por el fulgor de su divina llama ,
Que ni la puede minorar la fama ,
Ni la alcanza á pintar la poesía.»

—¡Por tus hijos!..... Adiós, parte y perdona;
Busca en el cielo un lauro inmarcesible,
Porque hallar en la tierra es imposible,
Á tan alta virtud digna corona.
¡Parte! no temas, y aunque el Ponto fiero
Venga la nave á combatir, levanta
Tu voz divina en tono lastimero ;
Que la furia del líquido elemento
Tornarás en letárgico desmayo ,
Y verás á tu cántico doliente
Soltar Neptuno el heridor tridente ,
Apagar Jove el iracundo rayo.

Llega felice, y al pisar la playa
Que te espera de Europa al mediodía,
Ciñe á tus hijos en fraterno lazo;
Después del santo maternal abrazo,
Otros les da que Cuba les envía,
Y no olvides jamás tu patria amada,
Esta tierra de paz y de ventura,
Ante cuya beldad inmaculada
Su antorcha apaga la discordia impura,
Depone Marte la sangrienta espada.

¡ Vas á partir, y para siempre acaso!.....
Vas á lucir del mar á la otra parte,
Pero tu nombre en la cubana historia
Se esculpirá con letras diamantinas.
Ya que el hado nos veda contemplarte,
Gozaremos al menos la memoria
De tus mágicas gracias peregrinas;
Y saboreando del placer la copa,
Con noble orgullo contestar podremos
Á los artistas de la culta Europa:

« Si al Ser Supremo conceder no plugo
Á la patria dichosa de Varela
Un Virgilio, un Byron, un Víctor Hugo,
Cuando el acento mágico resuena
De la noble *Merlin*, y su laureada
Frente se ostenta de atractivos llena,
Ni al Támesis, ni al Po debemos nada;
Nada tenemos que envidiar al Sena!

PLEGARIA Á DIOS.

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,
Á vos acudo en mi dolor vehemente:
Extended vuestro brazo omnipotente;
Rasgad de la calumnia el velo odioso

Y arracad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mío;
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis vos, todo fenece
Ó se reanima á vuestra voz sagrada;
Fuera de vos, Señor, el todo es nada,
Que en la insondable eternidad perece;
Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve al través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire á la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío
Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia,
Suene tu voz y acabe mi existencia;
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío.

D.ª GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

D.^a GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

Á LA POESÍA.

¡Oh, tú del alto cielo
Precioso don, al hombre concedido!
¡Tú, de mis penas íntimo consuelo,
De mis placeres manantial querido!
¡Alma del orbe, ardiente Poesía,
Dicta el acento de la lira mía!

Díctalo, sí; que enciende
Tu amor mi seno, y sin cesar ansío
La poderosa voz—que espacios hiende—
Para aclamar tu excelso poderío;
Y en la naturaleza augusta y bella
Buscar, seguir y señalar tu huella.

¡Mil veces desgraciado
Quien—al fulgor de tu hermosura ciego—
En su alma inerte y corazón helado
No abriga un rayo de tu dulce fuego!
Que es el mundo, sin ti, templo vacío,
Cielos sin claridad, cadáver frío.

Mas yo doquier te miro;
Doquier el alma, estremecida, siente
Tu influjo inspirador. El grave giro

De la pálida luna, el refulgente
Trono del sol, la tarde, la alborada.....
Todo me habla de ti con voz callada.

En cuanto ama y admira
Te halla mi mente. Si huracán violento
Zumba, y levanta al mar, bramando de ira;
Si con rumor responde soñoliento
Plácido arroyo al aura que suspira.....
Tú alargas para mí cada sonido
Y me explicas su místico sentido.

Al férvido verano,
Á la apacible y dulce primavera,
Al grave otoño y al invierno cano
Me embellece tu mano lisonjera:
Que alcanzan, si los pintan tus colores,
Calor el hielo, eternidad las flores.

¿Qué á tu dominio inmenso
No sujetó el Señor? En cuanto existe
Hallar tu ley y tus misterios pienso:
El universo tu ropaje viste,
Y en su conjunto armónico demuestra
Que tú guiaste la hacedora diestra.

¡Hablas! Todo renace ;
Tu creadora voz los yermos puebla ;
Espacios no hay que tu poder no enlace ;
Y rasgando del tiempo la tiniebla,
De lo pasado al descubrir ruinas,
Con tu mágica voz las iluminas.

Por tu acento apremiados,
Levántanse del fondo del olvido,
Ante tu tribunal, siglos pasados ;
Y el fallo que pronuncias—transmitido
Por una y otra edad en rasgos de oro—
Eterniza su gloria ó su desdoro.

Tu genio independiente
Rompe las sombras del error grosero;
La verdad preconiza; de su frente
Vela con flores el rigor severo;
Dándole al pueblo, en bellas crëaciones,
De saber y virtud santas lecciones.

Tu espíritu sublime
Ennoblece la lid; tu épica trompa
Brillo eternal en el laurel imprime;
Al triunfo presta inusitada pompa;
Y los ilustres hechos que proclama
Fatiga son del eco de la fama.

Mas si entre gayas flores
Á la beldad consagras tus acentos;
Si retratas los tímidos amores;
Si enalteces sus rápidos contentos;
Á despecho del tiempo, en tus anales
Beldad, placer y amor son inmortales.

Así en el mundo suenan
Del amante Petrarca los gemidos;
Los siglos con sus cantos se enajenan;
Y unos tras otros—de su amor movidos—
Van de Valclusa á demandar al aura
El dulce nombre de la dulce Laura.

¡Oh! No orgullosa aspiro
Á conquistar el lauro refulgente
Que humilde acato y entusiasta admiro
De tan gran vate en la inspirada frente:
Ni ambicionan mis labios juveniles
El clarín sacro del cantor de Aquiles.

No tan ilustres huellas
Seguir es dado á mi insegura planta.....
Mas—abrasada al fuego que destellas—
¡Oh genio bienhechor! á tu ara santa

Mi pobre ofrenda estremecida elevo,
Y una sonrisa á demandar me atrevo.

Cuando las frescas galas
De mi lozana juventud se lleve
El veloz tiempo en sus potentes alas,
Y huyan mis dichas como el humo leve,
Serás aún mi sueño lisonjero,
Y veré hermoso tu favor primero.

Dame que pueda entonces,
¡Virgen de paz, sublime Poesía!
No transmitir en mármoles ni en bronces
Con rasgos tuyos la memoria mía;
Sólo arrullar, cantando, mis pesares,
Á la sombra feliz de tus altares.

Á LA MUERTE DEL CELEBRE POETA CUBANO

DON JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

*Le poète est semblable aux oiseaux de passage,
Qui ne batisent point leur nid sur le rivage.*

LAMARTINE.

Voz pavorosa en funeral lamento
Desde los mares de mi patria vuela
Á las playas de Iberia; tristemente
En son confuso la dilata el viento;
El dulce canto en mi garganta hiela,
Y sombras de dolor viste á mi mente.

¡Ayl que esa voz doliente,
Con que su pena América denota
Y en estas playas lanza el Oceano,
«Murió, pronuncia, el fervido patriota.....»

«Murió, repite, el trovador cubano»;
Y un eco triste en lontananza gime,
«¡Murió el cantor del Niágara sublime!»

¿Y es verdad? ¿Y es verdad?..... ¿La muerte impía
Apagar pudo con su soplo helado
El generoso corazón del vate,
Do tanto fuego de entusiasmo ardía?
¿No ya en amor se enciende, ni agitado
De la santa virtud al nombre late?.....
Bien cual cede al embate
Del aquilón sañoso el roble erguido,
Así en la fuerza de su edad lozana
Fué por el fallo del destino herido.....
Astro eclipsado en su primer mañana,
Sepúlтанle las sombras de la muerte,
Y en luto Cuba su placer convierte.

¡Patria! ¡Numen feliz! ¡Nombre divino!
¡Ídolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino.....
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?.....
Ostenta, sí, tu duelo,
Que en ti rodó su venturosa cuna.
Por ti clamaba en el destierro impio,
Y hoy condena la pérfida fortuna
Á suelo extraño su cadáver frío,
Do tus arroyos, ¡ay! con su murmullo
No darán á su sueño blando arrullo.

¡Silencio! de sus hados la fiereza
No recordemos en la tumba helada
Que lo defiende de la injusta suerte.
Ya reclinó su lánguida cabeza
—De genio y desventuras abrumada—
En el inmóvil seno de la muerte.
¿Qué importa al polvo inerte,

Que torna á su elemento primitivo,
Ser en este lugar ó en otro hollado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?.....
Que el vulgo de los hombres, asombrado
Tiemble al alzar la eternidad su velo;
Mas la patria del genio está en el cielo.

Allí jamás las tempestades braman,
Ni roba al sol su luz la noche oscura,
Ni se conoce de la tierra el lloro.....
Allí el amor y la virtud proclaman
Espíritus vestidos de luz pura,
Que cantan el Hosanna en arpas de oro.
Allí el raudal sonoro
Sin cesar corre de aguas misteriosas,
Para apagar la sed que enciende al alma;
—Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
Nunca este mundo satisface ó calma.—
Allí jamás la gloria se mancilla,
Y eterno el sol de la justicia brilla.

¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre
El amor inconstante; la esperanza, .
Engañosa visión que lo extravía;
Tal vez los vanos ecos de un renombre
Que con desvelos y dolor alcanza;
El mentido poder; la amistad fría;
Y el venidero día
—Cual el que expira breve y pasajero—
Al abismo corriendo del olvido.....
Y el placer, cual relámpago ligero,
De tempestades y pavor seguido.....
Y mil proyectos que medita á solas,
Fundados, ¡ay! sobre agitadas olas?

De verte ufano, en el umbral del mundo
El ángel de la hermosa poesía
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente;
Y ora lanzas, Heredia, el barro inmundo

Que tu sublime espíritu oprimía,
Y en alas vuelas de tu genio ardiente.

No más, no más la mente
Destino tal nuestra ternura ciega,
Ni la importuna queja al cielo suba.....
¡Murió!..... Á la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba;
¡Que el genio, como el sol, llega á su ocaso,
Dejando un rastro fúlgido su paso!

EL GENIO POÉTICO.

Á MI RESPETABLE AMIGO EL EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO.

Parece, brilla, pasa la hermosura,
Cual flor que nace y muere en la mañana;
Sombra es el mando, sueño la ventura,
Humo y escoria la grandeza humana;
Las moles de arrogante arquitectura,
Con que su nombre en ensalzar se afana,
Voraz el tiempo—que incesante vuela—
Con la huesa del pobre las nivela.

Ceden al peso de tan férrea mano
Torres soberbias, cúpulas doradas.....
¡Los monumentos del poder humano
Ya escombros son y ruinas mutiladas!
De Menfis y Palmira en polvo vano
Se dispersan las glorias olvidadas;
¡Y de la antigua Grecia los prodigios
Dejan apenas débiles vestigios!

Píelago sin riberas ni reposo,
Hinchado de perennes tempestades,
Sigue el tiempo su curso impetüoso

Siempre tragando y vomitando edades.
Á su impulso cediendo poderoso,
En desiertos se truecan las ciudades,
Y leyes, ara, púrpura y diadema
Se hunden al fallo de su ley suprema.

Todo sucumbe á la eternal mudanza;
Por ley universal todo perece ;
El genio sólo á eternizarse alcanza ,
Y como el sol eterno resplandece.
Al porvenir su pensamiento lanza ,
Que con el polvo de los siglos crece ,
Y en las alas del tiempo suspendido ,
Vuela sobre las simas del olvido.

La gloria de Marón el orbe llena;
Aun suspiramos con Petrarca amante;
Aun vive Milton, y su voz resuena
En su querube armado de diamante.
Rasgando nubes de los tiempos, truena
El rudo verso del terrible Dante,
Y desde el Ponto hasta el confín Ibero,
Retumba el eco del clarín de Homero.

Aun conservan las Musas cual tesoro
La inspiración de Sófocles profundo,
Y ornado de su trágico decoro
Se alza Racine, admiración del mundo.....
Aun nos arranca Shakespeare el lloro;
Aun nos cautiva Calderón fecundo;
Que la palabra augusta del poeta
¡Á la ley de morir no está sujeta!

Pontífice feliz de la belleza,
En cuyo amor purísimo se enciende,
Él domina del vulgo la rudeza,
Y con soplo inmortal su culto extiende.
Le enseña arcanos mil naturaleza,
Y otra rústica voz, que él solo entiende;

Porque, huésped del mundo inteligible,
Vive con lo existente y lo posible.

De cuantos seres, de su ingenio hechura,
Divinizó la griega fantasía,
Y al nombre excelso de deidad más pura
Desparecieron del Olimpo un día,
Tan sólo el culto inextinguible dura
Del numen de la hermosa poesía,
En cuyas aras el incienso humea
Por cuanto ciñe el mar y el sol otea.

¡Mil veces venturoso, ilustre amigo,
Quien como tú merece sus favores,
Y del lauro que ostentas y bendigo
Se adorna con divinos resplandores!
Bien que de lejos, tus pisadas sigo,
Llevando al ara mis humildes flores,
Y al escuchar los ecos de tu fama,
Siento que activa emulación me inflama.

Á EL.

En la aurora lisonjera
De mi juventud florida,
En aquella edad primera
—Breve y dulce primavera,
De tantas flores vestida—

Recuerdo que cierto día
Vagaba con lento paso
Por una floresta umbría,
Mientras que el sol descendía
Melancólico á su ocaso.

Mi alma—que el campo enajena—
Se agitaba en vago anhelo,

Y en aquella hora serena
—De místico encanto llena
Bajo del tórrido cielo—

Me pareció que el sinsonte
Que sobre el nido piaba;
Y la luz que acariciaba
La parda cresta del monte,
Cuando apacible expiraba;

Y el céfiro, que al capullo
Suspiros daba fugaz;
Y del arroyo el murmullo,
Que acompañaba el arrullo
De la paloma torcaz;

Y de la oveja el balido,
Y el cántico del pastor,
Y el soñoliento rumor
Del ramaje estremecido.....
¡Todo me hablaba de amor!

Yo—temblando de emoción--
Escuché concontento tal,
Y en cada palpitación
Comprendí que el corazón
Llamaba á un ser ideal.

Entonces ¡ah! de repente,
—No como sombra de un sueño,
Sino vivo, amante, ardiente—
Se presentó ante mi mente
El que era su ignoto dueño.

Reflejaba su mirada
El azul del cielo hermoso;
No cual brilla en la alborada,
Sino en la tarde, esmaltada
Por tornasol misterioso.

Ni hercúlea talla tenía;
Mas esbelto—cual la palma—
Su altiva cabeza erguía,
Que alumbrada parecía
Por resplandores del alma.

Yo, en profundo arrobamiento,
De su hálito los olores
Cogí en las alas del viento,
Mezclado con el aliento
De las balsámicas flores;

Y hasta su voz percibía
—Llena de extraña dulzura—
En toda aquella armonía
Con que el campo despedía
Del astro rey la luz pura.

¡Oh alma! di: ¿quién era aquel
Fantasma amado y sin nombre?....
¿Un genio? ¿Un ángel? ¿Un hombre?
¡Ah, lo sabes! era ÉL:
Que su poder no te asombre.

Volaban los años y yo vanamente
Buscando seguía mi hermosa visión.....
Mas dió al fin la hora; brillar vi tu frente:
Y «es él», dijo al punto mi fiel corazón.

Porque era, no hay duda, tu imagen querida
—Que el alma inspirada logró adivinar—
Aquella que en alba feliz de mi vida
Miré para nunca poderla olvidar.

Por ti fué mi dulce suspiro primero;
Por ti mi constante, secreto anhelar.....
Y en balde el destino—mostrándose fiero—
Tendió entre nosotros las olas del mar.

Buscando aquel mundo que en sueños veía,
Surcólas un tiempo valiente Colón....
Por ti—sueño y mundo del ánima mía—
También yo he surcado su inmensa extensión.

Que no tan exacta la aguja al marino
Señala el lucero que lo ha de guiar,
Cual fija mi mente marcaba el camino
Do hallar de mi vida la estrella polar.

Mas ¡ay! yo en mi patria conozco serpiente
Que ejerce en las aves terrible poder....
Las mira, les lanza su soplo atrayente,
Y al punto en sus fauces las hace caer.

¿Y quién no ha mirado gentil mariposa
Siguiendo la llama que la ha de abrasar?....
¿Ó quién á la fuente no vió presurosa
Correr á perderse sin nombre en el mar?....

¡Poder que me arrastras! ¿Serás tú mi llama?
¿Serás mi oceano? ¿Mi sierpe serás?....
¿Qué importa? Mi pecho te acepta y te ama,
Ya vida, ya muerte le aguarde detrás.

Á la hoja que el viento potente arrebató,
¿De qué le sirviera su rumbo inquirir?....
Ya la alce á las nubes, ya al cieno la abata,
Volando, volando le habrá de seguir.

AMOR Y ORGULLO.

I.

Los negros cabellos
Al viento tendidos,
Los ojos hundidos,

Marchita la tez,
Hoy llora humillada
La hermosa María,
Ejemplo algún día
De altiva esquivéz.

Su pecho acongoja
Profundo quebranto;
No alivia su llanto
Su acerbo dolor;
Que en triste abandono
Su amante la deja,
De bronce á su queja,
De hielo á su ardor.

El alba tres veces
Ha visto su pena,
La luna serena
Tres veces también;
Y lenta una hora
Tras otra ha seguido,
Sin que haya traído
Ninguna á su bien.

Ni un punto la noche
Sus ansias sosiega,
Que el sueño le niega
Su efímera paz;
Insomne á los vientos
Les cuenta su historia.....
Guardó mi memoria
Su canto fugaz.

II.

«Un tiempo hollaba por alfombra rosas;
Y nobles vates, de mentidas diosas

Prodigábanme nombres;
Mas yo, altanera, con orgullo vano,
Cual águila real al vil gusano,
Contemplaba á los hombres.»

«Mi pensamiento—en temerario vuelo—
Ardiente osaba demandar al cielo
Objeto á mis amores:
Y si á la tierra con desdén volvía
Triste mirada, mi soberbia impía
Marchitaba sus flores.»

«Tal vez por un momento caprichosa
Entre ellas revolé, cual mariposa,
Sin fijarme en ninguna;
Pues de místico bien siempre anhelante,
Clamaba en vano, como tierno infante
Quiere abrazar la luna.»

«Hoy, despeñada de la excelsa cumbre,
Do osé mirar del sol la ardiente lumbre
Que fascinó mis ojos,
Cual hoja seca al raudo torbellino,
Cedo al poder del áspero destino.....
¡Me entrego á sus antojos!»

«Cobarde corazón, que el nudo estrecho
Gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho
Tu presunción altiva?
¿Qué mágico poder, en tal bajeza
Trocando ya tu indómita fiereza,
De libertad te priva?»

«¡Miserable esclavo de tirano dueño;
Tu gloria fué cual mentiroso sueño,
Que con las sombras huye!
Di, ¿qué se hicieron ilusiones tantas
De necia vanidad, débiles plantas
Que el aquilón destruye?»

«En hora infausta á mi feliz reposo,
¿No dijiste, soberbio y orgulloso:
—Quién domará mi brío?
¡Con mi solo poder haré, si quiero,
Mudar de rumbo al céfiro ligero
Y arder al mármol frío!—»

«¡Funesta ceguedad! ¡Delirio insano!
Te gritó la razón..... Mas ¡cuán en vano
Te advirtió tu locura!.....
Tú misma te forjaste la cadena,
Que á servidumbre eterna te condena,
Y á duelo y amargura.»

«Los lazos caprichosos que otros días
—Por pasatiempo—á tu placer tejías,
Fueron de seda y oro:
Los que hora rinden tu valor primero
Son eslabones de pesado acero,
Templados con tu lloro.»

«¿Qué esperaste, ¡ay de ti! de un pecho helado,
De inmenso orgullo y presunción hinchado,
De víboras nutrido?
Tú—que anhelas tan sublime objeto—
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto
Te arrastras abatido?»

«¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,
Que por flores tomé duros abrojos
Y por oro la arcilla?.....
¡Del torpe engaño mis rivales ríen,
Y mis amantes, ¡ay! tal vez se engríen
Del yugo que me humilla!»

«¿Y tú lo sufres, corazón cobarde?
¿Y de tu servidumbre haciendo alarde,
Quieres ver en mi frente
El sello del amor que te devora?.....

¡Ah! velo, pues, y búrlese en buen hora
De mi baldón la gente.»

«¡Salga del pecho—requemando el labio—
El caro nombre, de mi orgullo agravio,
De mi dolor sustento!.....
¿Escrito no le ves en las estrellas
Y en la luna apacible, que con ellas
Alumbra el firmamento?»

«¿No le oyes, de las auras al murmullo?
¿No le pronuncia—en gemidor arrullo—
La tórtola amorosa?
¿No resuena en los árboles, que el viento
Halaga con pausado movimiento
En esa selva hojosa?»

«De aquella fuente entre las claras linfas,
¿No le articulan invisibles ninfas
Con eco lisonjero?.....
¿Por qué callar el nombre que te inflama,
Si aun el silencio tiene voz, que aclama
Ese nombre que quiero?.....»

«Nombre que un alma lleva por despojo;
Nombre que excita con placer enojo,
Y con ira ternura;
Nombre más dulce que el primer cariño
De joven madre al inocente niño,
Copia de su hermosura:»

«Y más amargo que el adiós postrero
Que al suelo damos, donde el sol primero
Alumbró nuestra vida.
Nombre que halaga y halagando mata;
Nombre que hiera—como sierpe ingrata—
Al pecho que le anida.....»

«¡No, no lo envíes, corazón, al labio!.....»

¡Guarda tu mengua con silencio sabio!
¡Guarda, guarda tu mengua!
¡Callad también vosotras, auras, fuente,
Trémulas hojas, tórtola doliente,
Como calla mi lengua!»

III.

Con un gemido enmudeció María.
Y—dando de rubor visible muestra—
Su rostro, que el amor enardecía,
Cubrió un momento con su blanca diestra.

Mas luego se alza, y en su altiva frente
Ya la victoria del orgullo miro,
Cual si del pecho su pasión ardiente
Lanzase envuelta en el postrer suspiro.....

Cuando á leve rumor—que entre la hierba
Suená—de humana planta producido,
En medio de su orgullo y saña acerba,
La despechada amante presta oído.

¡Cuál late el corazón! ¡Con qué zozobra
Aquel rumor aproximarse escucha!.....
¡Amor su cetro vacilante cobra:
En vano la razón se esfuerza y lucha!

¡Él es! ¡Allí está ya!..... Clama el orgullo:
—Tente y escucha mis acentos: ¡tente!—
Mas piérdese su voz, cual el murmullo
De humilde arroyo al ruido del torrente;

Que cuando amor tan imperioso grita,
Razón y orgullo á su placer sofoca,
Y al corazón turbado precipita,
Cual bajel sin timón, de roca en roca.

¡Él es! ¡Allí está ya! Desdén, ausencia,
Todo lo olvida la infeliz María;
Que al verse de su amado en la presencia,
La noche se convierte en claro día.

¡Feliz si en pos de la fatal quimera,
Que hora la inunda en célico contento,
Al despertar del sueño no la espera
Desencanto mayor, mayor tormento!

¡Feliz si de su orgullo la memoria
No turba más su pecho sojuzgado!.....
¡Feliz si en el sepulcro de su gloria
Su amor también no deja sepultado!

SONETO.

IMITANDO UNA ODA DE SAFO.

¡Feliz quien junto á ti por ti suspira!
¡Quien oye el eco de tu voz sonora!
¡Quien el halago de tu risa adora
Y el blando aroma de tu aliento aspira!
Ventura tanta—que envidioso admira
El querubín que en el empíreo mora—
El alma turba, al corazón devora,
Y el torpe acento, al expresarla, expira.
Ante mis ojos desaparece el mundo,
Y por mis venas circular ligero
El fuego siento del amor profundo.
Trémula, en vano resistirte quiero.....
De ardiente llanto mi mejilla inundo,
¡Deliro, gozo, te bendigo y muero!

LA VENGANZA.

INVOCACIÓN Á LOS ESPÍRITUS DE LA NOCHE.

¡Callados hijos de la noche lóbrega!
¡Espíritus amantes del pavor,
Que la venganza alimentáis recóndita,
Y esfuerzo dais al criminal amor!

¡Númenes mudos de asechanzas pérfidas,
Protectores del odio y la traición,
Que disipáis vacilaciones tétricas
De flojo miedo y necia compasión!

Los que en las selvas solitarias, lúgubres,
Dais al bandido el rápido puñal,
Y los gemidos sofocáis inútiles
Del que á su golpe sucumbió mortal!

¡Ministros del error! ¡del crimen súblicos!
¡Atended! ¡atended! ¡volad! ¡volad!
Que ya la hora sonó de ansiado júbilo,
Y sus puertas abrió la eternidad.

Dejad los antros de la inmunda crápula,
Do prodigáis mezquina inspiración;
Y el blando sueño de la virgen cándida
No perturbéis con lúbrica visión;

Ni atormentéis vigilias del ascético;
Ni adustos con la esposa criminal,
La hagáis soñar que se convierte en piélago
De hirviente sangre el tálamo nupcial;

Ni á inicuos jueces las inultas víctimas
Reproduzcáis en lúgubre escuadrón;
Ni al vil logrero la indigencia lívida,
Lanzando en él terrible maldición.

¡Más digno fin, placeres más insólitos
Hoy os preparo, espíritus sin luz!
Momentos son á vuestras ansias prósperos
Los que esta noche envuelve en su capuz!

Su trono se alza esplendoroso de ébano
Y los vientos se duermen á sus pies,
Y su honda paz, como la paz del féretro,
Profunda, fría y sin sonido es.

Ved las estrellas de su imperio prófugas;
Ved cual cubre la luna su dosel,
Y el manto azul de la celeste bóveda
Negro se vuelve, en protegeros fiel.

El eco duerme en sus asilos cóncavos;
Duerme en la sombra el céfiro fugaz.....
Mi odio tan sólo vela, y mira atónito
La para él desconocida paz.

Ningún rumor en el silencio fúnebre
El negro arcano revelar podrá.....
¡Sólo á vosotros, del misterio númenes,
La muda voz os felicita ya!

¡Venid! ¡venid, que de rencores grávida
Siento esta frente, que miráis arder,
Y un lauro pide, que refresquen lágrimas,
Para templar su acerbo padecer!

¡Venid! ¡venid, espíritus indómitos!
¡De horror y duelo este recinto henchid!.....
Venid, las alas sacudiendo pródigos,
Á enardecer mi corazón, ¡venid!

¡Venid! ¡venid! Del enemigo bárbaro
Beber anhelo la abundante hiel.....
¡No más insomnes velarán mis párpados,
Si á él se los cierra mi furor cruel!

¡Dadle á mis labios, que se agitan ávidos,
Sangre humeante sin cesar, corred!
¡Trague, devore sus raudales rápidos,
Jamás saciada mi ferviente sed!

¡Hagan mis dientes con crujidos ásperos
Pedazos mil su corazón infiel,
Y dormiré, cual en suntuoso tálamo,
En su caliente, ensangrentada piel!

Al retratar tan plácidas imágenes,
Siento de gozo el corazón latir....
¡Espíritus de horror, no pusilánimes
Dejéis mi sangre inútilmente hervir!

Si de estos campos solitarios, áridos,
Queréis tener magnífico festín,
Dadme sus miembros, dádmelos escuálidos,
Y en ellos mi hambre se apaciente al fin.

¡Ministros del error! ¡del crimen súbditos!
¡Atended! ¡atended! ¡volad! ¡volad!
¡Que ya la hora sonó de ansiado júbilo,
Y sus puertas abrió la eternidad!

Á

No existe lazo ya: todo está roto:
Plúgole al cielo así: ¡bendito sea!
Amargo cáliz con placer agoto:
Mi alma reposa al fin: nada desea.

Te amé, no te amo ya: piénsolo al menos:
¡Nunca, si fuere error, la verdad mire!
¡Que tantos años de amargura llenos
Trague el olvido, el corazón respire!

Lo has destrozado sin piedad: mi orgullo
Una vez y otra vez pisaste insano;
Mas nunca el labio exhalará un murmullo
Para acusar tu proceder tirano.

De grandes faltas vengador terrible
Dócil llenaste tu misión: ¿lo ignoras?
No era tuyo el poder que irresistible
Postró ante ti mis fuerzas vencedoras.

Quísolo Dios y fué: gloria á su nombre:
Todo se terminó: recobro aliento:
¡Angel de las venganzas! ya eres hombre;
Ni amor ni miedo al contemplarte siento.

Cayó tu cetro; se embotó tu espada.....
Mas ¡ay! ¡Cuán triste libertad respiro!
Hice un mundo de ti, que hoy se anonada,
Y en honda y vasta soledad me miro.

¡Vive dichoso tú! Si en algún día
Ves este adiós que te dirijo eterno,
Sabe que aun tienes en el alma mía
Generoso perdón, cariño tierno.

LA PESCA EN EL MAR.

¡Mirad! Ya la tarde fenece:
La noche en el cielo
Desplega su velo
Propicio al amor.
La playa desierta parece;
Las olas serenas
Salpican apenas
Su dique de arenas,
Con blando rumor.

Del líquido seno la luna
Su pálida frente
Allá en Occidente
Comienza á elevar.

No hay nube que vele importuna
Sus tibios reflejos,
Que miro de lejos
Mecerse en espejos
Del trémulo mar.

¡Corramos!.... ¿Quién llega primero?
Ya miro la lancha.....
Mi pecho se ensancha,
Se alegra mi faz.

¡Ya escucho la voz del nauclero
Que el lino despliega
Y al soplo lo entrega
Del aura que juega
Girando fugaz!

¡Partamos! La plácida hora
Llegó de la pesca,
Y al alma refresca
La bruma del mar.

¡Partamos, que arrecia sonora
La voz indecisa
Del agua, y la brisa
Comienza de prisa
La flámula á hinchar!

¡Pronto, remero!
¡Bate la espuma!
¡Rompe la bruma!
¡Parte veloz!
¡Vuele la barca!
¡Dobla la fuerza!
¡Canta y esfuerza
Brazos y voz!

Un himno alcemos
Jamás oído,
Del remo al ruido,
Del viento al son.
Y vuela en alas
Del libre ambiente
La voz ardiente
Del corazón.

Yo á un marino le debo la vida,
Y por patria le debo al azar
Una perla en un golfo nacida
Al bramar
Sin cesar
De la mar.

Me enajena al lucir de la luna
Con mi bien estas olas surcar,
Y no encuentro delicia ninguna
Como amar
Y cantar
En el mar.

Los suspiros de amor anhelantes
¿Quién, oh amigos, querrá sofocar,
Si es tan grato á los pechos amantes
Á la par
Suspirar
En el mar?

¿No sentís que se encumbra la mente
Esa bóveda inmensa al mirar?
Hay un goce profundo y ardiente
En pensar
Y admirar
En el mar.

Ni un recuerdo del mundo aquí_llegue
Nuestra paz deliciosa á turbar;

Libre el alma al deleite se entregue .
De olvidar
Y gozar
En el mar.

¡Presto todos!..... ¡Las redes se tiendan!
¡Muy pesadas las hemos de alzar!
¡Presto todos! ¡Los cantos suspendan,
Y callar
Y pescar
En el mar!

Á LA VIRGEN.

PLEGARIA.

Vos, entre mil escogida,
De luceros coronada:
Vos, de escollos preservada
En los mares de la vida:
Vos, radiante de hermosura,
¡Virgen pura!
De toda virtud modelo;
Flor trasplantada del suelo
Para brillar en la altura:

Vos, la sola sin mancilla
De Adán en la prole insana,
Y á cuya voz soberana
Dobla el ángel la rodilla:
Vencedora del delito,
Que al precito
Querub quebrasteis la frente,
Y cuyo nombre potente
Es en los cielos bendito:

Vos, que ocupáis regio asiento

En la patria eterna y santa,
Y tenéis de vuestra planta
Por alfombra el firmamento.....
Volved, Señora, los ojos
Sin enojos
Á esta mujer solitaria,
Que os dirige su plegaria
De su destierro entre abrojos.

En tempestuoso oceano
Mi bajel navega incierto,
Sin que un fanal en el puerto
Le encienda piadosa mano;
Entre escollos gira roto,
Sin piloto
Y sin brújula ni vela.....
Que á merced — deshecho — vuela
Del vendaval ó del noto.

Vos, en la noche sombría
Pura luz, celeste faro,
De los débiles amparo,
De los tristes alegría.....
Mirad mi senda enlutada,
¡Madre amada!
Mi juventud — sin amores —
Débil planta á los rigores
De ardiente sol marchitada.

Campo estéril, seco arroyo,
Donde no juegan las brisas,
Mi infancia no tuvo risas,
Ni mi vejez tendrá apoyo.
Noche triste cual ninguna,
Y sin luna,
Fué la noche tormentosa
Que vine al mundo llorosa.....
¡La orfandad meció mi cuna!

¡En torno miro!.... No existe
Ni patria ni hogar querido....
¡Soy el pájaro sin nido!
¡Soy sin olmo hiedra triste!
Cada sostén de mi vida,
Desvalida,
Fué por el rayo tronchado,
Y débil caña he quedado,
De aquilones combatida.

Extranjera en este mundo,
No comprendo su alegría,
Ni él penetra, Madre mía,
En este abismo profundo....
Este abismo de dolores,
Que con flores
Disfraza tal vez la suerte;
¡Volcán que encierra la muerte
Coronada de verdores!

Seres hay en este suelo
Que enigmas son de amargura;
Ni el cielo les da ventura,
Ni el mundo les da consuelo:
¿Para qué fueron lanzados,
¡Desgraciados!
Á la existencia estos seres
Entre risas y placeres
Á padecer condenados?

Mas los misterios venero
Que comprender no consigo,
Y á vos, ¡oh Virgen! os digo:
«Yo sufro, ruego y espero.»
Se dice que el Señor vierte
En el fuerte
Y en el soberbio su ira,
Mas con blandos ojos mira
Del desvalido la suerte.

¡Ay! no soy robusta encina,
Firme del cierzo á la saña,
Sino humilde y frágil caña,
Que al menor soplo se inclina.
Bajo el brazo omnipotente
Veis mi frente
Postrarse humilde, Señora;
Decidle, pues, que ya es hora
De que se extienda clemente.

Del árbol de mi esperanza
Secas las flores, cayeron,
Y cual humo leve huyeron
Mis sueños de bienandanza:
Así, no pido alegría,
¡Virgen pía!
Ni horas de dicha serenas;
Sino paciencia en las penas
Y paz en la tumba fría.

CÁNTICO.

IMITACIÓN DE VARIOS SALMOS.

Mortíferos vapores
Ya respirando á vista del infierno;
Mi vida fatigada con dolores
Por torcedor interno;

Humillada mi frente
Y sumergida entre la vil escoria,
Vi al enemigo alzarse, é insolente
Proclamar su victoria.

Pero en el trance extremo,
Sintiendo de la muerte el férreo lazo,
Clamó mi corazón al Ser Supremo
Y me confié á su brazo.

Llegó mi grito al cielo,
Aunque de alzarse á tal altura indigno....
Llegó mi grito al Dios de mi consuelo,
Que lo escuchó benigno.

Lo escuchó; vió mi afrenta
Desde la majestad de su almo trono,
Y de prolijos males le dí cuenta,
Gimiendo mi abandono.

Protector de mi vida
Se hizo al punto mi Dios; se alzó indignado;
Y ya el alma sentí fortalecida
Por su soplo sagrado.

Bajo sus pies las nubes
Se desplegaron, cual alfombra inmensa,
Y en alas de los fúlgidos querubes
Descendió á mi defensa.

¡Cual al mirar su saña
Tembló medrosa la terrestre esfera,
Rodando de su asiento la montaña
Como líquida cera!....

¡Cuál volvió las espaldas
Mi enemigo cruel de espanto lleno!....
Mas—como niño á las maternas faldas—
Yo me acogí á su seno.

Así de la ominosa
Servidumbre, por fin mi alma ha salido;
Pues él oyó, como de dulce esposa,
De la esclava el gemido.

Por su clemencia sola
Curó mi herida, restañó mi llanto....
¡Y ora me ciñe espléndida aureola
De regocijo santo!

Recibiré enseñanza,
Sujetándome á justa disciplina,
Y estará, ¡oh Dios! segura mi esperanza
De tu bondad divina.

¡Todo en el universo
Proclama esa bondad, que humilde adora!
¿No es el sol—de tu luz espejo terso—
De vida gran tesoro?

Él sale á tu mandato,
Cual nuevo esposo del caliente lecho,
Y el nocturno vapor, al fuego grato,
Cae en perlas deshecho.

Natura palpitante
Gérmenes brota á su calor fecundo,
Mientras él corre á paso de gigante
La redondez del mundo.

Las nubes á tu acento
Se convierten en lluvia bienhechora,
Y según tus designios vuela el viento
Y el agua se evapora.

Corren doquier los ríos,
Como señalas tú, ¡Rey soberano!
¡Del ecuador hasta los polos fríos
Llega tu augusta mano!

Un día al otro día
Manda, mi Dios, que tu poder alabe;
Y cada noche nos custodia pía
Tu protección suave.

¿Quién como tú benigno?
¿Quién como tú terrible y poderoso?
Mas no es mi labio de alabarte digno;
Se calla respetuoso.

¡Pero mira mi anhelo!
¡Haz que mi alma, Señor, por ti se inflame;
Y dale la pureza, dale el celo
Con que quieres te ame!

Amarte debo, ¡oh fuerte!
¡Oh soberano! ¡oh salvador! ¡oh eterno!
¡Porque tu brazo destronó á la muerte
Y acerrojó al infierno!

¡Bendita, pues, tu gloria!
¡Bendita, Dios de amor, tu omnipotencia;
Y haz que al dejar la tierra transitoria,
Gocemos tu presencia!

LA CRUZ.

¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el universo á mis acentos
Con silencio profundo!
¡Y tú, supremo Autor de la armonía,
Que prestas voz al mar, al viento, al ave,
Resonancia concede al arpa mía,
Y en conceptos de austera poesía
El poder de la Cruz deja que alabe!

Se asombra el orbe, se conmueve el cielo,
De ese nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito
En su mansión de duelo.
¡Canto la Cruz! El ángel, de rodillas,
Postra á tal voz la luminosa frente;
Tú, excelso querubín, tu ciencia humillas;
Y del amor las altas maravillas,
Absorto adora el serafín ardiente.

Alzad vuestro pendón brillante y puro,
¡Oh de la fe sublimes campeones!
Y que su luz dirija las naciones
Al porvenir obscuro.
Sólo él, que á miles las victorias cuenta,
Disipar puede sombras y vestiglos....
Sólo él, que eterno la verdad sustenta,
Y— como en firme pedestal— se asienta
En la cerviz de diez y nueve siglos.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte regio,
Á cuyo aspecto hundiéronse al abismo
Los dioses del antiguo paganismo,
Desde su Olimpo egregio!
¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente
— Como emblema de triunfo— Constantino
Sobre el cesáreo lauro de su frente,
Las águilas de Roma armipotente
Parias rindiendo al lábaro divino!

Alzadlo cual le halló— noble, pujante,
Más fuerte que los pueblos y los reyes—
Sobre escombros de razas y de leyes
El bárbaro triunfante.
Por sus bridones con desprecio hollado
Fué el esplendor romano envejecido;
Mas de esa Cruz ante el poder sagrado
Detúvose el torrente desbordado,
Y el ruego al vencedor dictó el vencido.

Alzadlo cual se alzó, piadoso y bello,
Á ennoblecer bajo su blando yugo
El que al destino descargar le plugo
De América en el cuello.
Dió un paso el tiempo, y á su influjo vario
— Que tan pronto derriba como encumbra—
Ya no es de un mundo el otro tributario;
Mas inmutable al signo del Calvario
El sol del Inca y del Azteca alumbrá.

¡Alzad la Cruz! Su apoyo necesita
La vacilante humanidad. — Doquiera
¿No la veis, á la par doliente y fiera,
 Cuál convulsa se agita?
Lanzada entre problemas pavorosos,
Y á impulsos, ¡ay! de un vértigo profundo,
¿Qué le valdrán esfuerzos dolorosos,
Si de esa Cruz los brazos poderosos
No hallan asiento en que descanse el mundo?

Alzad, alzad vuestro pendón divino,
Símbolo de salud, cifra de gloria,
Pues sólo y siempre explicará la historia
 Del humano destino.
¡Alzadlo! que los siglos él presida,
Como la ígnea columna del desierto,
Que entre las sombras, de esplendor vestida,
Para alcanzar la tierra prometida
Señalaba á Israel camino cierto.

¡Alzad la Cruz, con cuyo austero nombre
Su progreso marcó la era cristiana,
Mostrándole ella, en acta soberana,
 La libertad del hombre!
Fué su conquista, y ella la afianza;
Diciendo al porvenir, como al pasado,
Que sólo en ella la igualdad se alcanza,
Pues son sus brazos la única balanza
Donde pesan al par cetro y cayado.

Allí también la omnipotente diestra
Pesó el valor del mundo.... ¡oh maravilla,
Que si del hombre la razón humilla,
 Su dignidad demuestra!
¡Sí! pesó al mundo la eternal justicia,
Pesólo por alzar el que lo abate,
Yugo cruel de la infernal malicia....
Y en aquél tanto amor cargó propicia,
Que la vida de un Dios fué su rescate.

Por eso en los ásperos brazos
Del leño sagrado, se ostentan
Las manos que al orbe sustentan,
Las manos que rigen al sol.

Por eso en gemidos se ahoga
La voz que á la nada fecunda,
Velada por sombra fecunda
La luz de la gloria de Dios.

Tú expiras, ¡Autor de la vida!
La muerte contigo se ensaña.....
Mas rota quedó la guadaña
¡Al darte su golpe cruel!

Alzado en tu trono sangriento,
Su trono por siempre derrumbas.....
¡Los muertos, rompiendo sus tumbas,
Recogen tu aliento postrer!

El rey de la tierra, probando
Fatal fruto del árbol de ciencia,
La muerte nos dió por herencia,
Y esclavos nos hizo del mal.

El Rey de los cielos, cual fruto
Del árbol de amor, nos convida,
La patria nos vuelve y la vida;
¡Por padre al Eterno nos da!

¡Florece, Árbol santo, que el astro
De eterna verdad te ilumina,
Y el riego de gracia divina
Fomenta tu inmensa raíz!

¡Florece, tus ramas extiende.....
La estirpe de Adán, fatigada,
Repose á tu sombra sagrada
Del uno al opuesto confín.

¡Te acaten pasando los siglos,
Y tú los presidas inmoble,
Y toda rodilla se doble

Al pie de tu eterno vigor!.....
Los cielos, la tierra, el abismo,
Se inclinen si suena tu nombre.....
¡Tú ostentas á Dios hecho hombre!
¡Tú elevas el hombre hasta Dios!

DON JOAQUÍN LORENZO LUACES.

D. JOAQUÍN LORENZO LUACES.

LA NATURALEZA.

Á D. FELIPE POEY.

¡Naturaleza! Transparente espejo,
En que de Dios la vista se recrea.....
¿Cómo callar, cuando mi pecho enciende
La augusta majestad que te rodea?
Bulle en la mente gigantesca idea
Que en vano quiero que la dócil pluma
Fiel reproduzca..... Arrebatada y loca
Vuela mi fantasía, y como el curso
Del rápido torrente me arrebatada.
En vano con sus fueros arrogante,
Quiere mi firme voluntad sañuda
Contener el impulso devorante.

El verso desbordado
Se precipita audaz y se resiste,
Aunque mi pecho fatigado gima,
Á verse entre las redes subyugado,
Con que humilla al poeta electrizado
La pompa estéril de la inútil rima.

Todo es en ti belleza
Y fecundo poder, Naturaleza.
Rompiendo la unidad de las llanuras,

En caprichosa variedad activa,
Amontonas las moles descarnadas
Formando montes de escarpada cumbre.
Los verdes llanos á sus pies extiendes
Y, arrojando simiente productiva,
La agreste playa y el erial transformas
En bosque espeso de maleza inculca.
Del tórrido Sahara dilatado
Bajo un cielo de nubes despojado
Y un suelo estéril, calcinado, muerto,
Verdes islas esparces, donde ufanas
Reposan las infieles caravanas
Que atraviesan el líbico desierto.

De tu seno desbórdanse los bienes
Que el indolente humano
Por juzgarlos tributo merecido
Desdeña sin cordura.
Él contempla al Oceano,
Blanca espuma llevando por cimera,
Sus olas estrellar en la ribera;
Y más inerte que la dura roca,
Se conserva impasible.
Y en tanto el mar que embravecido muge,
Á cada fuerte y desigual empuje
Sus aguas en la costa deposita,
Y en eterno combate
Las muertas aguas con sus aguas bate.
Y luego, ¡Providencia previsora!
El sol las evapora,
Y á tu impulso vital cristalizadas,
En blanca sal se quedan transformadas,
Que el sol poniente con sus rayos dora.

En vapores, alzándose á la esfera
Las olas espumantes,
Forman el trono azul de los querubes,
En las flotantes nubes
Que el industrioso labrador espera.

Del éter en el velo cristalino
El agua del Océano
Sus átomos amargos modifica,
Y forma luego aljofarada escarcha,
Granizo duro y acopada nieve,
Al hacer al estéril Capricornio
La anual visita, la deidad que humilde
El Inca veneró. Mas luego pródiga
Haciendo descender en el verano
Las aguas dulces, prez de los sitieros,
Da á la tierra las gotas del rocío
Y de Mayo los ricos aguaceros,
Que matizan la hierba con festones
De flores exquisitas, que en su brillo,
Ya prometen al rústico sencillo
De Baco y Ceres los opimos frutos.
¡Sí! De tu radio en la extensión gigante
Se enlaza todo, todo se encadena,
Desde el insecto imperceptible al tacto
Á la deforme y colosal ballena;
Desde la altiva rosa y azucena
Al pólipo rastrero y al humano.
Los árboles de espléndido ramaje,
Las plantas, el arbusto delicado
Respiran como el hombre inteligente,
Como fieras y brutos.

El hálito que arrojan perfumado
De las hojas, y ramas poderosas,
Del principio de vida despojado
Que absorbieron las fibras codiciosas,
Al gigante del bosque marchitara
Si de nuevo con ansia lo aspirara.
Mas el hombre está allí.—Tomando ansioso
El mortífero aliento que exhalara
El árbol corpulento
Y que á la humana vida contribuye,
Por necesaria ley en cambio vierte
Lo que el árbol aspira codicioso,

Y que en el pecho humano causaría
El estertor horrible de la muerte.
La inmóvil planta, el animal sensible,
Porque ambos gocen de vigor cumplido,
La muerte lanzan y la vida aspiran;
Y, en cadena que nunca se desata,
El uno toma lo que al otro mata
Porque más el mortal te reverencie,
Al mirar tu grandeza,
Madre común, gentil Naturaleza.
Palacio digno del Señor del mundo
Teniendo por Oceano el firmamento,
La tierra en el espacio arrebatada,
Establece á tu voz el movimiento,
Surcando la región de lo infinito
Por leyes eternas conducida,
¿Quién la sostiene en el ignoto espacio
Impidiendo su rápida caída?
¿Quién la arroja en el éter insondable
Dentro de un radio de atracción estable,
Haciendo que por siempre gire en torno
Del astro rey en órbita invariable?
¿Quién hizo que la luna
En su plateado refulgente coche
En pos de ella el espacio recorriese,
Y su lámpara púdica encendiese,
Por darle honor, en la callada noche?

¡Naturaleza, tú! Tú solamente
Con la mano que formas
Del monte en los agudos peñascales
El pálido topacio, y el platino
Y el simpático imán. En las entrañas
De los ásperos montes escabrosos,
Á impulso de tus fuerzas productivas
El oro sordamente se elabora
Que al hombre causa tan febril locura.
Sus duros pedernales
Ricas vetas esconden de metales

Más útiles al hombre;
Que en apretado encierro,
Honor de los productos naturales,
Extienden fecundísimos ramales
El cobre dócil, inflexible el hierro.

¡Mirad! Esa montaña que no sufre
En su mole severa
La huella asoladora de los tiempos,
Es de mármol riquísima cantera
Ó mina extensa de inflamable azufre.
Y tal vez con un fuego devorante,
Por misteriosa fuerza alimentado,
Tú fundes el carbono
Que al indo avasallado arrancan fieros,
Transformado en purísimo diamante,
Los tiranos que dueños de Golconda
Protege Albión con lábaro triunfante.
En profundas cavernas
Ocultas manantiales cristalinos,
Que gota á gota el peñasal minando
Raudos se forman anchurosa vía,
Y luego, transformados con estrépito
En ríos espumosos,
Arrastran del Océano á los cristales,
Fertilizando diferentes zonas,
Del ancho Plata el ámbito extendido
Y el inmenso caudal que enfurecido
Al asalto del mar lanza Amazonas.

Si desde el valle el monte contemplamos,
Nuestra vista se inflama
Abarcando el brillante panorama
Que con ávidos ojos devoramos.
Entreabiertas del día á los albores,
Parece que saludan la presencia
Del padre sol, las aromadas flores;
Las flores que del tallo desprendidas
Y á la industria del hombre sometidas,

Después esparcen regalada esencia,
Sirviendo á la oriental magnificencia;
Y en pebeteros de sin par valía
Embriagan, en divanes relucientes,
Al déspota, terror de los creyentes,
Que oprime el cuello á la imperial Turquía.

¡Ay! Esas flores que en el tallo lucen,
Lecciones dan al alma discursiva.
Mirando el devaneo
Con que la rosa, audaz como coqueta,
Á Céfiro galán provoca y reta
Para morir mañana
De una virgen al pie de la ventana.....
¿Quién no aplaude la tímida violeta,
Que en el bosque sombrío
Se oculta humilde de la vista humana
Y muere, como vive,
Apacible, modesta y atractiva?
Cuando la virgen que al Amor da culto
La boca del amante
Sobre la suya siente convulsiva.....
Si al beso tiembla y al pudor se acoge
Y en sí misma, temblando, se recoge,
¿Hace más que la casta sensitiva?

Mira el mortal con afligidos ojos
Al golpe osado y fuerte
De la pálida Muerte
Derribados los seres que adoraba.
Naturaleza conmovida entonces
En sus entrañas guarda los despojos
Que abandonó la vida. El polvo yerto
La tierra de las tumbas fertiliza,
Y hace brotar la flor que se matiza
Del Iris celestial con los primores.
¡Ay! la esponjada flor del cementerio
Á la orilla naciendo del sepulcro,
La eternidad del hombre simboliza;

Pues las hojas, adorno de la fosa,
Pedazos son del cuerpo que reposa
Y en las flores su ser inmortaliza.

Los árboles que extienden
Los ramajes pomposos
Y altivos y frondosos
Sombra dan al viajero,
Por la segur cortante derribados
Serán, Naturaleza, arrebatados
Para formar los cóncavos navíos
Con que oprime Bretaña poderosa
La colosal y amenazante espalda
Del pérfido Neptuno. El arquitecto
Con ellos alzará su altivo nombre,
Esculpiendo su cifra gigantesca
De San Pedro en la cúpula famosa,
En los muros del grave Vaticano
Y en el soberbio templo de Sofía.
Formando delicados instrumentos
Encontrarán las leyes inmutables
Con que fija el astrónomo profundo
La carrera eternal de los planetas;
Y, deshaciendo los errores vanos,
Harán honor al dilatado mundo
Del sabio ilustre en las augustas manos.

Más humildes, apenas levantando
De la tierra los débiles ramajes,
Otras plantas más útiles florecen.
El verde lino, que se dobla al viento,
Del arroyo en las blancas pedrezuelas
Formará los magníficos ropajes
De los monarcas de la vieja Europa,
Y los leves y diáfanos encajes
Que diestra labra la industrial Bruselas.
Del algodón en los nevados copos
Están, como en embrión, estos tejidos,
Que el universo atónito proclama,

Y que dan, con laureles merecidos,
Á Albión orgullo, y á Lutecia fama.

Entre productos de riqueza doble,
En radio más extenso,
Brotan Ceilán ardiente la canela,
Especias el Birmán, Arabia gomas,
Anatolia produce las higueras
De más precio. Con púrpura teñido
El aromoso plátano Zancíbar;
Cuba las piñas de fragante almíbar,
Y allá en las tierras donde nace el día,
Donde el Simún la atmósfera obscurece,
El dulce dátíl, que salvaje crece
En la inculta región de Berbería.

Mas no sólo en terrenos tan feraces
Proclamas tu poder, Naturaleza.
En el desierto mismo,
Sólido oceano, como el mar extenso,
De candentes mortíferas arenas,
La tierra infatigable en sus faenas
Te paga, humilde, el merecido censo.
Con la fuerza que en todo distribuyes
Al movimiento eterno contribuyes.
Sin flores, sin verdor, sin claras fuentes
El estéril Sahara
Es padre del Simún, y al viento insano
Sepultas en extensas soledades;
Respetando la vida del humano
Que al dejar el puñal del asesino,
Por la social unión de las ciudades
La tienda cambia del feroz beduino.

En cada clima y zona diferente
Son diversos los árboles y frutos,
Los insectos, los peces y las aves,
Voraces fieras y apacibles brutos.
En incesante lidia

Muestran allá las codiciadas pieles
El hambriento león de la Numidia,
Que en selva obscura su rugido exhala,
La pantera de Java sanguinosa
Y el tigre real que alimentó Bengala.
En tierra más distante
Á la industriosa abeja susurrante
Roban los hombres, por codicia crueles,
De las celdillas del panal opimo
La blanca cera y las sabrosas mieles.
El gusano que rápido devora
Las verdes hojas del moral silvestre
Mariposa ha de ser. — Con vuelo manso
Descansará sobre las flores leda;
Empero al hombre dejará, en tributo,
Capullo espeso de acolchada seda.

Incansable la próvida Natura,
Propende al bien de sus diversos hijos,
Ya en las flores del trópico fecundo,
Ya en los hielos compactos de Finlandia.
Las focas y los osos de Grenlandia
Dan aceites y pieles á los hombres
Que el cano invierno sin cesar acosa;
Y en el trineo del lapón exiguo,
Marcando apenas las pisadas leves,
Infatigable el reno
Tranquilo cruza las eternas nieves
Como el noble bridón firme terreno.
Cubriendo el cuerpo débil
Con lana suave, que al mortal extasia,
La cabra trisca en el florido valle
Que envidia Europa y abandona el Asia.
Y luego, convertido por la industria,
El vellón codiciado
En los chales que teje Cachemira,
Teñido en grana y en azul se mira
En los vistosos pliegues del turbante
Que en torno ciñe de la triste frente

Nabab altivo del domado Oriente,
Ó enlazado á la mórbida cintura
Estrecha el cuerpo lindo
De la virgen que bebe de las aguas
Que al mar de Arabia precipita el Indo.

Del mar en los profundos arenales
El enfermo molusco aletargado
Cuaja en la concha la compacta perla.
Debajo de los húmedos cristales
El pólipo, habitante de la roca,
Borda en ella, en fantásticos dibujos,
Atrevidos mosaicos orientales.....
Ya forma habitaciones,
Que hacen islas surgir del mar airado;
Así brotó fecunda
La extensa y desgranada Polinesia.
Ya del pérfido Oceano borrascoso
En los verdes y diáfanos raudales
Fabrica audaz, en playas escondidas,
Madréporas bruñidas
De retorcidos ramos de corales.

¡Sí! Todo cuanto existe es un misterio
Que revela tu gran inteligencia,
Desde la roja cochinilla noble
Hasta el torpe, indolente
Y feroz cocodrilo,
Que al margen duerme del fecundo Nilo.
Á la fogosa cabra triscadora
Con tan delgados miembros la dotaste,
Que parece que débil la entregaste
Del lobo audaz al reforzado diente.
Pero vivaz, osada, inteligente,
Con músculos de acero,
En lo empinado de la erguida roca
Con su silvestre condición, bizarra,
Rompiendo verdes tallos, desafia
Del fiero lobo la torcida garra.

Entregaste al león la cabellera
Del áspera melena por abrigo;
Con garras duras y defensas crueles
Armaste al rey de los desiertos amo;
Mas no le diste la veloz carrera
Con que le burla, en la feraz pradera,
El indefenso y fugitivo gamo.

Todo lo que el mortal en su porfía
Puede aprender en los famosos libros
Que nos legó la humana fantasía,
No vale un solo día
De meditar, ¡oh gran Naturaleza!
En tu libro de espléndida grandeza.
En cuanto el orbe cría
Una virtud sublime, una belleza,
Nos muestra la Eternal Sabiduría.
El arquitecto roba, en la estructura
De las casas que elevan los castores,
Lecciones de sencilla arquitectura.
Aprende á ser enamorada esposa
La virgen pudorosa,
En lo profundo de la selva umbría
Oyendo el suspirar de la tojosa;
Y el sereno valor y la entereza,
El guerrero de casco centellante
Aprende, contemplando la fiereza
Con que vuelan al campo los bridones,
Elevando soberbia la cabeza
Al tronar de los cóncavos cañones.

¡Madre Naturaleza! Tú proclamas
El poder de tu autor. Sobre tu frente
Escrito el nombre del Eterno veo;
Esas letras de fuego que calcinan
La mente ciega del audaz ateo.
Yo, del mundo en el piélago insondable
Insecto miserable,
Palidezco de miedo, si medito

Ese terrible arcano inescrutable
Que obscuro vela tu gigante imperio:
Y oyendo de— ¡Hay un Dios! el grito santo,
Al grave son del místico salterio,
La frente elevo y tu grandeza canto.

CANTO DE KALED.

*¡Formad vuestros robustos batallones,
Y escuche Heraclio de Medina el grito!
¡No hay sino un Dios, Mahoma es su profeta,
El orbe del Creyente! ¡Así está escrito!*

¡Dios lo quiere! Cumpliendo su mandato,
Nuestra fe llevaremos por el mundo,
Del Volga rapidísimo y profundo
Al risueño y feraz Guadalaviar.
Y del duro y nevado Pirineo
Hasta el áspero Cáucaso ríscoso,
Iremos cual centípedo coloso
Que arrebatara sañudo vendaval.

Formad vuestros robustos, etc.

Pasad como el Simún de los desiertos
Ó rápida avalancha desprendida,
Sobre esa vieja Europa, ya vencida
Por su torpe molición y corrupción.
Desbaratad sus tercios impotentes,
Arrastrad por el cieno sus pendones,
Y colgad de la cola á los bridones
Las cabezas que el sable derribó.

Formad vuestros robustos, etc.

El que no humille la altanera frente
Para borrar las huellas del bautismo,

Que ruede ensangrentado hasta el abismo,
Despojo triste de feroz chacal.
¡Así está escrito! Los infieles todos
Doblarán al profeta la rodilla,
Ó del árabe fiel, la fiel cuchilla
Su sanguinario ardor castigará.

Formad vuestros robustos, etc.

Los verdes estandartes de Mahoma
Recorrerán la temerosa tierra,
Y alzando el grito de exterminio y guerra,
Vuestros soldados vencerán doquier.
¡Ánimo, fieles! Desnudad el hierro;
La Europa entera con pavor sucumba;
Que para el bravo á quien se abrió la tumba
Alá formara delicioso Edén.

Formad vuestros robustos, etc.

Mas ¿quién piensa en morir? ¡Á ellos, valientes!
Después que conquistemos noble gloria,
Si morimos, el canto de victoria
Á los cantos de muerte se unirá.
Los que sucumban mirarán, del cielo,
Con placer puro, las conquistas nuestras,
Las palmas del martirio entre las diestras,
En las sienes la aureola de la Paz.

Formad vuestros robustos, etc.

¡Creyentes verdaderos: vuestras lanzas
Esgrimid al instante vengativos!
Los infieles, ¡ó mírense cautivos,
Ó el cuello rindan al potente Alá!
Adoren reverentes al que errante
Y fugitivo abandonó sus lares,
Y al través de los montes y los mares
Hará que triunfe el vencedor Islám.

Formad vuestros robustos, etc.

Las arenas del cálido desierto
Trocaremos por valles florecientes,
Y en ciudades de mármoles lucientes
Descansaremos del pasado ardor.
Y veremos, gozando en sus cadenas,
En ardientes y lúbricos placeres,
En nuestros blandos lechos sus mujeres,
Que brillan más que el esplendente sol.

Formad vuestros robustos, etc.

Sus mujeres con labios de granates,
Granates vivos que el amor anhela,
Con los ojos ardientes de gacela,
Con el seno de lirio y de carmín.
¡Las hembras son del que valiente logra
Conquistar con la lanza sus favores!.....
¡Ánimo, pues, y besen los amores
La frente audaz del árabe adalid!

Formad vuestros robustos, etc.

¡Venid, creyentes! ¡ Del Korán divino
Por todo el orbe estableced las leyes!
¡Como á manada de serviles bueyes
La incircuncisa gente atrahillad!
¡Venid, venid, y del infiel impuro
Teñid la sangre de bordada ropa!.....
Después del Asia, caerá la Europa,
Después de Europa el África caerá.

Formad vuestros robustos, etc.

¡Dios nos protege! Donde quier que audaces
Las victoriosas armas presentamos,
Cien naciones potentes arrollamos,
Venciendo desdeñosa su altivez.

¡Siempre adelante! ¡Exterminad, valientes!
¡Feliz quien bravo combatiendo muere!
¡Si el mundo entero la impiedad prefiere,
Del mundo entero cementerio haced!

*¡Formad vuestros robustos batallones,
Y escuche Heraclio de Medina el grito!
¡No hay sino un Dios, Mahoma es su profeta;
El orbe del Creyente! ¡Así está escrito!*

LA MUERTE DE LA BACANTE.

(PARA SERVIR DE ARGUMENTO Á UN CUADRO.)

SONETO.

Erigone en desorden la melena,
De Venus presa, con ardor salvaje,
Oculta apenas en el griego traje
Los globos de marfil y de azucena.
El seco labio que el pudor no frena
Del lienzo muerde el tempestuoso oleaje,
Y rasgando el incómodo ropaje,
Besa y comprime la tostada arena.
Ebria de amor, frenética de vino,
En torno extiende la febril mirada,
Mal tendida en las piedras del camino;
Y al contemplarse sola, despechada
Se oprime el pecho, con rumor suspira,
Cierra los ojos y gozando expira.

EL ÚLTIMO DÍA DE BABILONIA.

MANE-TECEL-PHARES.

Era noche de fiestas y de orgía
Del Rey en los palacios. Babilonia

Indiferente al palaciego ruido,
Cual gigante del sueño importunado,
Al correr de las aguas se dormía.
Por las luces espléndidas herido
Que brotan del recinto iluminado,
Alzaba Eufrátes la corriente fría,
Y en un raudal de llamas transformado
Los altaneros muros sacudía.
Y la torre de Belo, contrapuesta,
Entre las negras sombras de la noche
Alzando al cielo la cerviz enhiesta,
Al palacio brillante contemplaba,
Y un Genio de tinieblas parecía
Que á otro Genio de luz amenazaba.
Y que, impasible al inminente evento,
Á los Genios del aire revelaba
Del torpe rey el porvenir sangriento.

En el palacio..... Baltasar imbécil,
Rodeado de magnates y mujeres,
Por el licor los ojos encendidos,
Al aire la copiosa cabellera;
De la flotante ropa
Los recamados pliegues desceñidos,
Con la siniestra la adorada copa
Á los sedientos labios acercaba,
Y con la diestra imbele
Á las esclavas de la fértil Jonia
El ceñidor lascivo desataba,
Y en el templo inmediato sollozaba
El numen tutelar de Babilonia.

Con manjares las mesas abrumadas
Al excesivo peso se rendían;
Con vino-miel las copas desbordadas,
Al trémulo fulgor de las antorchas,
Con el líquido pérfido lucían.
Cerca del Rey..... ¡Profanación horrible!
Los vasos arrancados

Por Nabuco terrible
Al templo de Salém en servidumbre,
Por libaciones báquicas manchados
En la boca del Rey se envilecían,
Ó al culto de los númenes servían.
Y mientras blasfemaba el Rey impío
Y aplaudían esclavos y magnates,
Como el Dios que preside á las batallas,
Socava del Asirio las murallas
Aliado Ciro al bramador Eufrátes.

«¡Vino y amores! Sin placer al cabo,
El mundo es cárcel que al humano encierra.
¡Gima doliente el infeliz esclavo;
Al Rey de reyes la sandalia noble
Rendida bese la medrosa tierra!
¡Suene la orquesta, reine la alegría!
¡Nuestro canto atraviese los baluartes!
¡Muramos en la orgía!
Mañana flotarán mis estandartes
Sobre el campo vencido
Del presuntuoso Medo. Envilecido
El despreciable Dios de los hebreos,
Vanamente pretende al babilonio
Arrancar de la frente los trofeos.
Aun tienen sus Profetas esperanza
De congregar las esparcidas tribus.....
¡Ilusión engañosa! Mas ardientes
Coronen los placeres vuestras frentes.
¡Las copas apurad! ¡Ceñid de flores
De las beldades los flotantes rizos!
¿Que puede Adonái con los valientes?
Sus ritos despreciad; que su venganza,
Terror de mis esclavos de Judea,
Jamás al Rey de Babilonia alcanza.»

Así, ronca de vino la garganta,
Les grita Baltasar á sus cautivas,
Augures y guerreros;

Y el ébrio coro á la blasfemia canta
Al estruendoso aplauso de los vïvas.
Y la copa se eleva
Donde el vino de Lesbos se desborda,
Y acaricia el Monarca á las doncellas,
Y se adelanta la tormenta sorda;
Mientras algùn soldado que sañudo
Contempla á su Monarca envilecido,
Hace el asta chocar, enfurecido,
Contra el perfil del triangular escudo.

Mas.... ¿qué visión, de súbito espantosa,
Al Rey asirio con espanto hiela,
Haciendo que el armado centinela,
Cual cierva joven que el pastor acosa,
Se lance de terror estremecido
Al fondo del salón, despavorido?
Cúmplese el fallo que anunció terrible
Jehová á los profetas, y visible
Aparece una mano
Que graba una leyenda misteriosa
Sobre los muros de la rica estancia.
Amenaza ó sentencia, la formulan
Tres palabras.... Intérpretes en vano
Consulta el Rey de Asiria. Los caldeos,
Los magos, los augures enmudecen
Ante el armado Dios de los hebreos.
Los placeres al punto se interrumpen,
Palidecen los falsos sacerdotes,
Desfiguran el rostro las mujeres;
Y Baltasar, como del rayo herido,
Hacia atrás inclinado, titubea;
Tiemblan sus carnes tras las ricas ropas,
Y permanece con la vista fija,
Unida al labio la escanciada copa.
Obediente del Rey á los mandatos,
Preséntase Daniel.—«¡Oh Rey, le dice,
Tu iniquidad, tus fieros desacatos
El que tronaba en Sináí maldice.

Su culto profanaste
Y los sagrados vasos
Del festín con la crápula manchaste.
Á ídolos de mármol y de bronce
El incienso sagrado prodigaste.
La hora del castigo se avecina,
La Asiria hundióse en pavorosa ruina.
Los Medas y los Persas
Dividirán tu imperio,
Y verás á la reina del Oriente
Gemir, como Salém, en cautiverio.
Terrible se encamina
Al regio alcázar la inflexible Parca.
¡Babilonia cayó! ¡Tiembla, Monarca!»

Dice, y en tanto que el Monarca gime,
Que tiemblan los soldados,
Sollozan las mujeres,
Y en el suelo espantados
Se postran de Baal los sacerdotes;
Entre las ruinas del hundido solio
Que á la vista de Ciro se quebranta,
La frente coronada con aureolas
El profeta impertérrito levanta.

Óyese entonces ronca vocería,
Y Baltasar comprende
Que, en el tiempo, es llegado inexorable
De Babilonia el postrimero día.
Mil rumores se escuchan confundidos
En trueno formidable....
Y sobre el ruido atronador que forman
Del persa la salvaje gritería,
Y los guerreros himnos de los medas,
Y el relincho feroz de los bridones,
Flanqueando los desiertos torreones
Del carro volador crujen las ruedas.

Mientras el torpe Rey y sus vasallos

Así olvidaban el antiguo brío,
Torcido el curso del fecundo Eufrates,
El valeroso Ciro y sus magnates
Atravesaban el enjuto río.
Dejando atrás los muros,
Llegan al interior de Babilonia,
Y degollados con furor impío
Los centinelas torpes,
Llaman á los guerreros
Apostados al pie de las murallas.
Sedientos del botín de las batallas
Avanzan los resueltos batallones
Dando al aire, flamantes, los pendones
Que, cual sierpes aladas, fieramente
Silbando tremolaron.
Las huestes de Babel, que neciamente
En el espeso muro confiaron,
Con pavoroso espanto despertaron
Al áspero sonar de las trompetas.....
Y mientras el guerrero
La coraza terrífica ceñía
Y á morir por su Rey se preparaba.....
¡Baltasar, entre bellas, apuraba
El vino infame de salaz orgía!

Los soldados de Ciro,
Traspuestas las altísimas almenas,
Llegaban, del palacio, á medio tiro
Del honda resonante.
Con teas incendiarias
De Babel las antiguas tributarias
Avanzan, por esposas y cadenas,
Empuñando mortíferos aceros.....
Los hijos de la Media perfumados
El asiático lujo muestran fieros
En el oro que entalla la armadura.
Los argentinos cascos
Con flotantes plumeros
Ostentan la oriental magnificencia:

Se adelantan los jefes decididos,
La blanca veste respirando esencia,
De bermellón los párpados teñidos
Y en el cuello y los brazos suspendidos
Collares de luciente pedrería;
Y en los áureos escudos ostentando,
En vez de huellas de sangrientos botes,
Emblemas torpes y lascivos motes,
Afrenta del pudor. ¡Ah! ¡Cuán diversos
Sus aliados los persas arrogantes
Al azaroso encuentro se presentan!
Ateizados los hórridos semblantes,
Con pieles ó con hierros solamente
Los cuerpos revestidos;
Sin láminas de oro reluciente,
Los escudos tres veces reforzados
Con la piel cruda del salvaje toro,
Anuncian ya á los hombres esforzados
Que, con el hierro, arrancarán el oro
Á los pueblos del Asia afeminados.

Ya avanzan á la plaza defendida,
Por el enjambre trémulo de asirios,
El oro en los vestidos, y en la frente
El pálido terror. El ancho foro
Cuaja en desorden numeroso el bando
De siervos de Baal. Como avalancha,
De la cumbre del monte desprendida,
En la espaciosa plaza desemboca
El persa formidable..... Esas mujeres
Que revestidas del arnés pretenden
Sostener el imperio vacilante,
¿Podrán contrarrestar el fiero empuje
Del huracán de hierro amenazante
Que fiero avanza y formidable ruge?
¡Ah, no! ¡Volad, volad á los placeres
Y abandonad sin gloria
Á los hombres el lauro y la victoria!
¡Huid!.....

¡Vano clamor! El babilonio
Con trémula algazara
Cubre de flechas el espacio breve
Que le separa del feroz contrario;
Y el arco inútil arrojando al suelo,
Hacia el contrario decidido corre,
Cual ráfaga de viento asoladora
Que ataca audaz á la encumbrada torre.
En vano; que su mole se quebranta
Contra el cerrado frente que adelanta
El inmóvil contrario..... Babilonia
Retumba al son del formidable choque;
Y la compacta formación rompida,
Pierde el asirio la afrentosa vida
Y al persa besa la desnuda planta
Sobre un lago de sangre corrompida.
Así contra la roca,
Si enfurecido choca,
Con ronco estruendo, que ensordece al cielo,
Al hondo valle y escondido soto,
Salta el sólido tímpano de hielo
En mil pedazos cristalinos roto.....

Y no encontrando resistencia alguna
En la ciudad inmensa el persa airado,
Avanza, prosiguiendo su fortuna,
Al palacio del Rey, acelerado.
La guardia real defiende
Las gradas refulgentes
Que al palacio conducen del Monarca,
Y cada pie de tierra que abandona
Lo convierte sañudo
De polvo y sangre en cenagosa charca.
Salta el mármol del piso al golpe rudo
De la espada terrible,
Y sin que valga el martillado escudo,
En cien pechos se esconde.
El hierro destrizado
Con fulminantes chispas centellea,

Cruz contra cruz se rompen los aceros,
Y arma haciendo del pomo los guerreros,
Moribundos prosiguen la pelea.

Los aliados pendones,
Los flotantes airones
De los templados yelmos, las bruñidas
Corazas, y los mantos de colores,
En confuso desorden oscilando,
Hacen de la batalla un torbellino,
Que va asirios y persas devorando.
Algún guerrero de Babel, furioso
Al observar rendido
De sus lides al dulce compañero,
Frenético y lanzando un alarido
A los contrarios se arrojó terrible:
Cada vez que lanzó crudo gemido
Moribundo á sus pies cayó un guerrero.....
Pero sucumbe al fin..... Duros sicarios
Los Medas de la Parca,
Le derriban, y aun es, por su Monarca,
Su cadáver un muro á los contrarios.....
Que los guardias feroces,
Despreciando las voces
De perdón de los Medas,
Dejan el paso libre solamente
Cuando todos, cayendo amontonados,
Hacen, con sus cadáveres helados,
Al fiero Persa vacilante puente.

¡Libre el paso está ya! Vibra la espada
El Persa enfurecido,
Y á franquear el palacio se previene:
Mas en el propio instante
Un torrente de llamas le detiene
Que brota de la puerta abandonada.....
Baltasar ha querido sepultarse
Con su imperio á la vez, y hacer su tumba
Del imperio infeliz que se derrumba.

Á **C**iro vencedor tranquilo mira;
Hace del trono gigantesca pira;
Sobre la hoguera roja
Lanza esclavas, esposas y riquezas,
Y á su centro impertérrito se arroja.
¡Paz al Monarca, paz! Su muerte horrible
Disculpa lo pasado;
Que si vivió afrentado
En mol'cie indolente,
Expiró, como el sol en Occidente,
Por torrentes de fuego circundado (1).

Y al asomar la aurora,
Dorando las almenas,
La oriental cortesana envilecida
En pies y manos encontró cadenas.
Miró en sus techos devorante lumbre,
Á sus propios vasallos
Dar de beber del Meda á los caballos
En el domado Eufartes:
Sus vírgenes, guerreros y magnates
Gemir en infamante servidumbre:
Y al sentir en la mórbida garganta
Del Persa audaz la abrumadora planta,
Sollozando exclamó:—«Dichoso el fuerte
»Que arrostrando las bélicas faenas
»Halló en la noche silenciosa muerte!»

Y el pueblo pudo así mirar turbado
Cumplirse de Daniel la profecía,
Y llorar, aunque tarde, encadenado,
De Babilonia el postrimero día.

(1) «No rifieren así las historias la muerte de Baltasar; pero hemos querido poetizar su muerte, y más cuando no faltan ejemplos semejantes en la Historia antigua» (Nota de Luaces).

CAÍDA DE MISOLONGI.

(CANTO DE GUERRA DEL GRIEGO.)

*¡Venganza, griegos: Misolongi en ruinas
Bajo el alfanje de Ibrahim cayó!
¡Halle siempre el muslin, cual en sus muros,
Al griego muerto, pero esclavo no!*

Cayó el baluarte de la antigua Etolia
Del fiero Islám en las sangrientas garras;
Que ayudó á las infieles cimitarras,
Aun más que el hambre, criminal traición.
Vendidos nuestros míseros hermanos
Reposan en sangrienta sepultura.
¡Siempre acompañe, en su mansión obscura,
Al nuevo Ephialtes nacional baldón!

¡Venganza, griegos....., etc.

Yo he visto, combatiendo hasta la muerte,
A las falanjes griegas valerosas,
Primero que la mano á las esposas,
Presentar al acero el corazón.
¡Ay! Yo he visto á las tímidas mujeres,
Ardiendo en llamas de entusiasmo vivo,
Antes que el cuerpo al vencedor lascivo,
El alma dar con entereza á Dios.

¡Venganza, griegos....., etc.

En el campo murieron los soldados,
Murió el etolio en la ciudad sagrada;
Y fué tanta la sangre derramada,
Que el mar, de verde, se trocó en carmín.
Cercado de cadáveres cristianos

De la llama á las ráfagas ardientes....
«Exterminad, exterminad, creyentes!»
Clamaba ronco el musulmán chaik.

¡Venganza, griegos....., etc.

Ya son ruina y no más aquellos muros,
Altivas torres, sólidos baluartes,
Donde flotó en soberbios estandartes
Del Hombre-Dios la enrojecida cruz.
¡Venganza, griegos! ¡Misolongi ha sido!
¡Sangre por sangre, crímenes por crimen!
¡Infamia á los cobardes que se eximen
De comprar, batallando, un ataúd!

¡Venganza, griegos....., etc.

¿No oís, no oís el grito de venganza
Que en Grecia toda repetir se escucha?
¡Venid, valientes! Renació la lucha,
¡La gloria siempre del osado fué!
Si el turco se debate á vuestras plantas,
Lanzad contra él, indómito, el caballo,
Y rompa el férreo y resonante callo
La humilde frente del postrado infiel.

¡Venganza, griegos....., etc.

¡Al arma todos! Al combate luego;
Y que sepa Mahamud, nuestro verdugo,
Que el griego sable, quebrantando el yugo,
El yatagán del bárbaro melló.
¡Al arma, al arma, desnudad el hierro!
¡Quebrantad las cabezas agarenas!
¡Rompedles en las frentes las cadenas,
Y que expiren de rabia y de baldón!

¡Venganza, griegos....., etc.

Las sombras ya palpitan de entusiasmo
De vuestros nobles, bravos ascendientes.
¡Allí está Maratón! ¡Mirad, valientes,
Donde Platea y Salamina están!
Cuando triunfantes del Islám impuro
La santa cruz elevaréis gloriosa,
Rompiendo el mármol de la tumba honrosa,
Philopémen la frente asomará.

¡Venganza, griegos....., etc.

El silencio responda á sus clamores;
Á sus alfanjes oponed espadas,
Y á sus garzotas de color, preciadas,
El gorro frigio audaces presentad.
¡Adelante, adelante! ¡Herid! ¡Son vuestros!
El Señor los entrega á la venganza.
¡Suene el clarín, y la nudosa lanza
Cien cuerpos do clavarse encontrará!

¡Venganza, griegos....., etc.

Los santos, los patriarcas consagrados,
Por contrastar el infernal delirio,
Con las sangrientas palmas del martirio
Ciñeron bravos la modesta sien.....
Si han podido unos débiles ancianos
Regar con sangre propia sus laureles,
¿No podremos, muriendo, los donceles
Martirio santo recibir también?

¡Venganza, griegos....., etc.

Pensad, palideciendo, que esos viles
Vuestras esposas, sin pudor robaron,
Y con ellas las salas adornaron
Del harén voluptuoso del Sultán.
Y vuestras hijas..... pudorosos lirios,
Por la fuerza brutal arrebatadas,

Se vieron en los brazos arrojadas
Del despótico y bárbaro bajá.

¡Venganza, griegos....., etc.

¡Volad, volad! ¡Batid á los tiranos;
Degollad al vasallo y los emires;
Haced con los flotantes cachemires
Gualdrapas al caballo vencedor!
¡Romped sus haces! ¡Derramad su sangre!
¡Venganza por la patria dolorida!
¡Y si es preciso que perdáis la vida,
Perdedla, griegos, en la lid feroz!

¡Venganza, griegos....., etc.

¿Qué es la vida del griego? Lenta muerte,
Vida de mengua y abyección infame,
En que sucumbe ó abatido lame
La vil cadena que le ciñe el pie.
¡Oh manes de Trasíbulo y Harmodio,
Oh sombra gigantesca de Tirteo!
¡Antes que viva deshonrado Alceo,
Que el griego muera combatiendo haced!

¡Venganza, griegos....., etc.

La Grecia toda se despierta armada.....
¡Venid, venid con reposado pecho!
¡Que asista Dios al de mejor derecho,
Y nuestras frentes ceñirá el laurel!
De Misolongi el pavoroso grito
Con bronco estruendo repitió el Pireo:
Salvó el jónico mar, salvó el Egeo,
Y á Europa y Asia retumbando fué.

¡Venganza, griegos....., etc.

Llegó á las nubes el terrible acento,

Y, en el cielo, se alzaron, por legiones,
Depuestas de la tierra las pasiones,
Los héroes griegos de remota edad.
Con la sombra del bravo Aristomenes
Las de Arato y Filipo se abrazaron.....
Y crujiendo las lápidas, saltaron
De los califas que adoró Bagdad.

¡Venganza, griegos....., etc.

Ya la Bretaña á combatir se arroja,
Nos manda bravos la gentil Lutecia.
¡Cual sol naciente se alzaré la Grecia,
Cual Misolongi caerá Estambul!
Y cuando avance el moscovita fiero,
Y mire el turco su guerrera tropa,
Ese tártaro estúpido de Europa
Postrado en tierra adorará á Jesús.

*¡Venganza, griegos: Misolongi en ruinas
Bajo el alfanje de Ibrahim cayó!
¡Halle siempre el mustin, cual en sus muros,
Al griego muerto, pero esclavo no!*

LA LUZ.

Cuando era el caos..... en obscura masa
Los cuerpos y en confusa muchedumbre,
La inmensidad llenaban del vacío.
No obedecieron al calor ni al frío
Los idénticos átomos;
Rechazábanse todos con desvío,
Y la materia inerte,
Sin mezclar sus iguales elementos,
El germen confundiendo de la vida
Con el terrible germen de la muerte,
Vencedora una vez y otras vencida,

Con el ser y no ser se eternizaba,
Por la vida y la muerte combatida.

Presidiendo al desorden espantoso
En que todos los cuerpos se fundieron,
Inmensa obscuridad sólo reinaba
Donde el poder activo divagaba.
Por la «faz del abismo»
Las opacas tinieblas se extendieron,
Y con sus alas densas envolvieron
La negra masa que á sus pies flotaba.
Pero truena la voz omnipotente;
Y al *¡hágase la luz!* como un torrente
Brotó la luz; las masas se movieron,
Y heridas con el rayo refulgente,
Las sombras con pavor retrocedieron.

¡Brotó la luz! Y luego en el instante
Se pudo ver la creación inmensa
Que iba á nacer al superior precepto.....
Era el éter azul, diáfano el río,
Dibujábase vago el horizonte,
Al sol verdeaba el encumbrado monte,
Y del mirar de Dios á las centellas
La luna y las estrellas
Tachonaban el cóncavo vacío.
De la concha el estúpido habitante
Torpemente arrastrábase en el suelo,
Y el insecto dorado en sordo vuelo
La miel libaba de la flor fragante;
Mientras que altivo, noble, rozagante
Con sonoro callo,
Batía la tierra indómito el caballo
Y marchaba pesado el elefante.

¡Salve, salve la luz! Sin su destello
Fuera el mundo una cárcel tenebrosa.
No pudiera el garzón, hebra por hebra,
De la virgen hermosa

Contar rizo el magnífico cabello.
No viéramos la pérfida culebra
De brillantes y auríferas escamas,
Ni la rayada piel del ágil cebrá
Del bosque espeso entre las verdes ramas.
En el color, igual fuera el zafiro
Á la radiante púrpura de Tiro;
La fúlgida esmeralda
Del rudo monte á la escabrosa falda,
Y en triste obscuridad, la noche umbría,
Sin producir distintos los colores,
Sobre el mundo y la luz imperaría.

¡Qué suave sentimiento
Henchido de consuelos apacibles,
No inspira del mortal al pensamiento
El rayo amarillento
De la modesta luna,
Rompiendo luminoso en la laguna
Que apenas riza el adormido viento!
¡Cuán divina aparece la hermosura
De blanca vestidura,
Cuando en los anchos pliegues del ropaje
Con rayo melancólico fulgura
El apacible astro!
¡Oh! ¡Cuánto más aumenta
Su pálida blancura
Si detrás del ramaje
El cándido contorno de alabastro
Á la beldad dormida acecha ardiente,
Y haciendo pénétrar en la espesura
Un rayo solamente,
Mientras que el rostro permanece en sombra,
Le da un toque de luz sobre la frente!

Tal vez en playas dilatadas, solas
La luna brilla en la mojada arena
Plateando los arbustos que más lejos
Las ramas tienden en florido llano.

¡Hermosa reina entonces!..... Mas parece
De más severa majestad ornada
Al rielar en los mares despeñada
En línea móvil, que se busca en vano,
Como ruta de fuego que en las olas
Á los Genios del mar brinda Oceano.

En noche tenebrosa,
Cuando sopla iracundo Bóreas frío,
Y la airada tormenta borrascosa
Los costados azota del navío,
¡Cuán fúlgida y hermosa
Al nauta que desmaya
Aparece la luz que brota amiga
En la extensión del piélagó desierto,
Y anuncia alegre en la remota playa
La entrada fácil del nativo puerto!

¡Todo lo tiñe, todo lo matiza
El alma luz! Aligera, impalpable,
El cristal atraviesa;
Entre diversos cuerpos se interpone,
Sus átomos unidos descompone
Y otro cuerpo admirable
Al impulso del rayo se produce.
La luz incomparable
Tiñe el tronco del árbol corpulento;
Pinta las rosas, brilla en el rocío,
Tiembla en las olas del Océano frío,
La claridad esparce vespertina,
El minarete arábigo ilumina,
Del coco juega en el penacho airoso:
Y, en alas de su mismo poderío,
Sube á la torre que defiende el foso
Y al foso baja que circunda el río.

¡En todo está la luz! Ya reverbera
En el astro monarca de la esfera,
Del Océano fosfórico en la orilla,

Del cometa en la rubia cabellera.
En el cocuyo esplendorosa brilla;
Y en las talladas faces del diamante,
Rompida en rayos mil, luce brillante.
En las ondas del áspero torrente
Luminosa resalta,
Y en el vértice negro y espumante,
En rápido cambiante,
Brilla, chispea, se sumerge y salta.
Vese en el hielo de la alzada cumbre;
Que se agita parece
Del súbito relámpago en la lumbre;
Y en séptuples fulgores,
Rompiendo de las aguas los vapores,
En las nubes se mece,
Y en arco de vivísimos colores,
Reflejada en el Iris resplandece.

¡Oh, bienaventurado el que disfruta
La luz de las pupilas! Un espejo
En el mundo verá dō se retrata
El poder de su Autor. Como el reflejo
Revela del diamante la presencia,
En el rayo postrero que en la altura
Deja el sol al hundirse en Occidente,
La huella mirará deslumbradora
Que deja del Señor la vestidura.
Verá en el rayo su vivaz mirada;
Y al contemplar en todo difundida
La luz apetecida,
Dirá con un suspiro:
«¡Porque en la luz tus atributos miro
»Que niega en vano el orgulloso ateo,
»Señor, me postro, y en tu nombre creo!»

Cuando al llegar el postrimero día,
Sin lumbre el sol ni la apacible luna,
En el caos profundo
De la nada sombría

De nuevo torne á sumergirse el mundo,
De sus leyes rompida la armonía,
¿También te apagarás, luz refulgente?
¡Ah, no, jamás! Cuando lucir no puedas
En torrentes ni flores
Ni en iris centellantes de colores,
Del mundo viendo el funeral destino,
Subirás al Empíreo arrebatada
Por radios mil de lustre diamantino:
Y tu apacible transparente rayo
De la inmortal Jerusalén celeste
Alumbrará las perfumadas calles,
Y del Edén en los floridos valles
Del mismo Dios la recamada veste.
Y santos y profetas y doctores
Exclamarán con místicos loores
Como en un tiempo la nación hebrea
Del poder del egipcio libertada
Por la mano de Dios. «¡Santificado
»Sea el nombre del Señor! ¡Bendito sea,
»Y por todos los siglos alabado!»

ORACIÓN DE MATATÍAS.

(CANTO BÍBLICO.)

Señor, tu diestra inexorable alzada
Cayó sobre nosotros;
Y en la corriente del Jordán sagrada
Bañó el Asirio sus domados potros.

De Benjamín y de Judá los justos
Sollozan con espanto;
Los débiles se postran, los robustos
Se cubren la cabeza con el manto.

Los ágiles de pies, á los desiertos
Huyeron advertidos,
Y los de fuertes brazos fueron muertos
Y en afrentosas cruces suspendidos.

No hay varón de saber que no se vea
En torpe cautiverio;
Y reina en las campiñas de Judea
La espantable quietud del cementerio.

De tu pueblo, Señor, con los caudales
Los crueles levantaron
Un alcázar que barre los umbrales
Del templo en que los justos te adoraron.

Aplaudes al contemplar la ciudadela
El bárbaro Idumeo,
En tanto que el asirio centinela
Rechaza de las aras al hebreo.

El cáliz de la afrenta, hasta las heces
Nos dió á beber tu mano,
Y sólo vemos extranjeros jueces
En vez del sacerdote y del anciano.

Nuestro dueño vigila nuestras fiestas,
Ya bailes, ya festines,
Y apaga nuestras tímidas orquestas
Con el ruido triunfal de sus clarines.

Donde quiera que el pueblo se alborozó
Acuden los malvados,
Y cuando el ástil nuestra espalda roza,
Nos vemos por sus risas afrentados.....

¡Señor, Señor, el cáliz ya rebosa!
¡Piedad para tus hijos!
¡Los dardos de tu ira temerosa
Mire el tirano en sus entrañas hijos!

¡Que te sienta, y que tiemble, y palidezca;
Y en sus brazos opresos
Que la mórbida carne se entumezca.....
Que se hiele la médula en sus huesos!

¡Que el frígido sudor de la agonía
Sus cabellos inunde;
Y al entreabrir los ojos, noche umbría,
Con el sol en el cénit lo circunde!

¡No tengan, para él, llanto los ojos
De libres ni de siervos;
Dispútense sus fúnebres despojos
Las hienas, y los lobos, y los cuervos!

¡Dadnos, dadnos, Señor, un varón fuerte
Según nuestro deseo,
Como el intonso que llevó la muerte
Y el fuego y el terror al filisteo!.....

¡Señor, que vuele cual león hambriento
Que ataca los pastores;
Que al soplo irresistible de su aliento
Se postren de Judea los señores!

¡Que pagando sus pérfidas maldades
Se abatan sus soldados,
Y que busquen refugio en sus ciudades
Por pánico terror aguijoneados!

¡Que donde plante vencedora tienda
Los invasores cieguen;
Que al ronco ruido de marcial contienda
Las dispersadas tribus se congreguen!

¡Por el centro hostigados y los flancos
Perezcan los infieles!
¡Precipita, Señor, en los barrancos
Jinetes, peones, carros y corceles!

¡Dadnos, dadnos, Señor, un varón fuerte
Según nuestro deseo,
Como el intonso que llevó la muerte
Y el fuego y el terror al filisteo!.....

Mas si acaso desoyes nuestras preces,
Fortalece al anciano;
¡Dale, Señor, de los antiguos jueces
El firme pecho, la robusta mano!

Mis hijos todos..... Judas el primero,
De los viles azote,
Ceñirán los arneses del guerrero;
Será su capitán el sacerdote.

Acaso morirán, porque tu brazo
No aflige al enemigo;
Pero al cumplir el invariable plazo,
En tumba honrosa yacerán conmigo.

Y algún valiente que el morir no arredra,
Con fúnebres trofeos,
Acaso grabe sobre tosca piedra :
«¡Aquí duermen los últimos hebreos!»

¡Mas no!..... En la losa leerá el Asirio,
De rabia y pena loco:
«¡Cubierto con las palmas del martirio,
Aquí reposa el vencedor de Antioco!»

Pronto, muy pronto, entre clamor inmenso
Relucirán las teas;
La misma diestra que te ofrece incienso
Armada se alzará..... ¡Bendito seas!

EL TRABAJO.

ODA PREMIADA POR EL LICEO DE LA HABANA EN LOS JUEGOS
FLORALES DE 1867.

(FRAGMENTOS.)

Il est encore des gloires à chanter

BÉRANGER.

¿Un lauro?..... ¡Yo también! Dentro del seno,
Que se levanta ardiente,
Siento la inspiración, como un torrente
Despeñarse y hervir..... Ya no refreno
Su fuerza omnipotente;
Que al indómito ardor que me transporta,
En vano debatiéndome resisto;
Como en vano la Pithia contrastaba
Al frenético Dios..... Ya delirante
Mi pecho fuego aspira.....
Obedeciendo al genio que me inspira
La cabeza impertérrita levanto;
Y aunque mi acento sofocado expira,
Me agito y lucho, y me revuelvo..... ¡y canto!

.....
En vano en fuego el Ecuador se inflama,
Que agrieta prado y huerta;
En vano el polo en su llanura yerta,
Estéril hielo sin cesar derrama;
En vano en la desierta
Soledad del Sahara esparcen muerte
Arenales candentes y movibles.....
El Carey y la boa desafían
El ardor tropical; pieles velludas
El armiño y el oso,
Del Bóreas cruel al hálito silboso,
Oponen en los círculos polares;

Y arrostra el dromedario vigoroso,
En ondeante arenal sólidos mares.

.....
.....

Peró ¿qué oso decir?..... ¿Dó me arrebatá
La indócil fantasía,
Calumniando la gran sabiduría
Que comprendida más, más se aquilata?
¡Perdón de mi osadía!
¡Desheredado el hombre! ¿El hombre libre,
Imagen de su autor? ¡Miradle inerme,
Pero ostentando la brillante aureola
Que la augusta razón pone en su rostro!
Alza la frente noble
Con la altanera majestad del roble,
Y, cual risco que el mar en vano bate,
Domina osado con pujanza doble
La fuerza colosal que lo combate.

Esa debilidad que sin defensa
Condenarlo parece
Á cobarde impotencia, lo engrandece
Haciéndole abrazar órbita inmensa.
La lucha lo endurece;
Necesidad fatal hace que humille
Del trabajo á la ley libertadora
La altiva frente; y todo, desde entonces,
Con su indomable voluntad subyuga.
Las olas sublevadas
Contempla en su bajel despedazadas;
Y, ajeno el pecho de letal desmayo,
En mengua de las nubes inflamadas,
Desarma el cielo y aniquila el rayo.....

.....

Todo al trabajo salvador invita
Como á ley inviolable.
Y ¡guay del pueblo que en quietud culpable
Y en enervante ociosidad dormita!
¡Mirad la feria estable

Del profanado golfo de Guinea!.....
Allí, donde sus ramos vigorosos
Extiende el boabab..... con anchos ríos,
Profundos lagos y altaneros montes,
Bajo un sol esplendente,
Perfumes aspirando en el ambiente;
Selvático, feroz, sórdido, insano,
Parece herido en la tostada frente
De eterna maldición el africano.

Danle, en vano, sus tierras á porfía
Los frutos de más precio,
Que desdeña, con rudo menosprecio,
Su selvática y rústica apatía.
Opone al soplo recio
Del austro abrasador la piel desnuda;
«Derriba el árbol por lograr el fruto.»
Y rendido á medroso vasallaje,
Déspota en el hogar, siervo en la plaza,
Por esposas austeras
Adopta esclavas, yermos por fronteras,
Por víctima aceptable, al menos fuerte,
Monstruos por dioses, por monarcas fieras,
Por código el terror, por juez la muerte.

Volved, volved ahora la mirada
Al país de ventura
Donde tiene en su templo la cultura
La estatua del trabajo entronizada.
El hombre se apresura,
De las campanas al primer tañido,
A emprender la fructífera tarea,
Y del cincel responde al ruido leve
El sonoro golpear del rudo mazo.
Los rápidos vagones
Atraviesan del Natchez las regiones,
Mil naves surcan el ruidoso puerto,
Y uniendo con un hilo las naciones,
La palabra veloz cruza el desierto.

Bélgica adorna los vistosos trajes
De altivas hermosuras,
Recamando las regias vestiduras
Con la espuma sutil de sus encajes;
Ricas manufacturas
Del algodón con las nevadas motas
Ofrece al mundo la insular Bretaña;
La incógnita Cathay hace que brote
Crujiente seda de capullos toscos;
Y allá do el Indo bebe,
Sus ricos chales Cachemira embebe
En índigo gentil, en verde arcilla,
Y en la soberbia púrpura que debe
Al punzante nopal, la cochinilla.

Á Safo triste, á la feroz Medea
El escultor da vida:
El pintor, á Natura sorprendida,
Aun con ser tan hermosa, la hermosea:
La musa escandecida
Del poeta conmueve al universo;
Vidas arranca á la turbada muerte
Hábil Galeno; el químico profundo
Destroza el velo al sigiloso crimen;
Y la justicia armada,
Cual eléctrica nube desatada,
Truena en la voz del orador gigante,
Y arranca la inocencia encadenada
Al férreo brazo del poder triunfante.....

¡Oh Cuba, oh patria!..... Si á mi acento rudo
Tan grave senda hollaras!.....

.....
Ve desiertos tus bosques seculares,
Tus tierras despobladas,
Tus fáciles montañas nunca holladas,
Sin explotar tus próceres pinares.....
¡Corre, pueblo, á bandadas:
Traza, desmonta, surca, siega, trilla,

Y abastece tus ávidos graneros!
Á la sierra oriental arranca el cobre,
El oro y plata al Escambray fragoso;
El mármol que altaneras
Encierran tus incógnitas canteras,
Talla con el cincel del estatuario;
¡Y opón á las industrias extranjeras
Apto competidor, digno adversario!

.....
Trabajo vencedor, ¿qué no ha podido
En su tenaz constancia
El humano alcanzar, con la arrogancia
Que luchando y venciendo ha conseguido?
Su audaz perseverancia
Convierte en mar el arroyuelo humilde,
Con férreos puentes los abismos doma,
Escruta las entrañas de la tierra,
Del éter mide la región vacía;
Y rasgado el misterio
Con que se vela el cóncavo hemisferio,
Tanto su propia magnitud excede,
Que extendiendo la esfera de su imperio,
Se acerca á Dios..... cuanto acercarse puede.

.....
Mas ya á la activa humanidad parece
Del pastor trashumante
Fatigosa la vida, y el cortante
Dócil arado su fruición acrece.
Allí, con hoz tajante,
Del trigo abate la cargada espiga;
Aquí, la oliva pálida comprime;
Allá, convierte en perfumado néctar
De la alta parra el liberal racimo;
Y de Groelandia al Moro,
Para hacer más fructífero el tesoro
Que de la madre tierra arranca al seno,
Doma al caballo, disciplina al toro,
Subyuga al llama y domestica al reno.

Y no contento aun, vedlo marino
Y mercadante osado,
Los rugidos del mar alborotado
Menospreciar, por fin, en frágil pino;
Al desierto abrasado
Lanzar sus caravanas incansables,
Y de Cartago á la remota Escitia,
De Tule á Gades, de Getulia á Menfis,
Trocar por los arábigos perfumes
Las lanas de Mileto,
Por el ébano grave y blando abeto,
Joyeles ricos que la industria esmalta,
Y por la blanca cera del Himeto,
La plata ibera y el coral de Malta.

.....
¡Pueblos, perseverad! No ya el trabajo,
En degradante empleo,
Se ve como el antiguo Prometeo,
Mártir eterno en escabroso tajo.
Á un regio devaneo
No se encorvan las castas deprimidas,
Ni expiran los obreros á millares,
Ni se elevan con ayes los colosos,
Ni se rompen con llanto las canteras.
Tan viles tradiciones
Se hundieron del olvido en las regiones.....
¡No hay espartanos ya; ya no hay ilotas!
¡Ni diezman á Israel los Faraones,
Ni humana sangre se derrama á gotas!

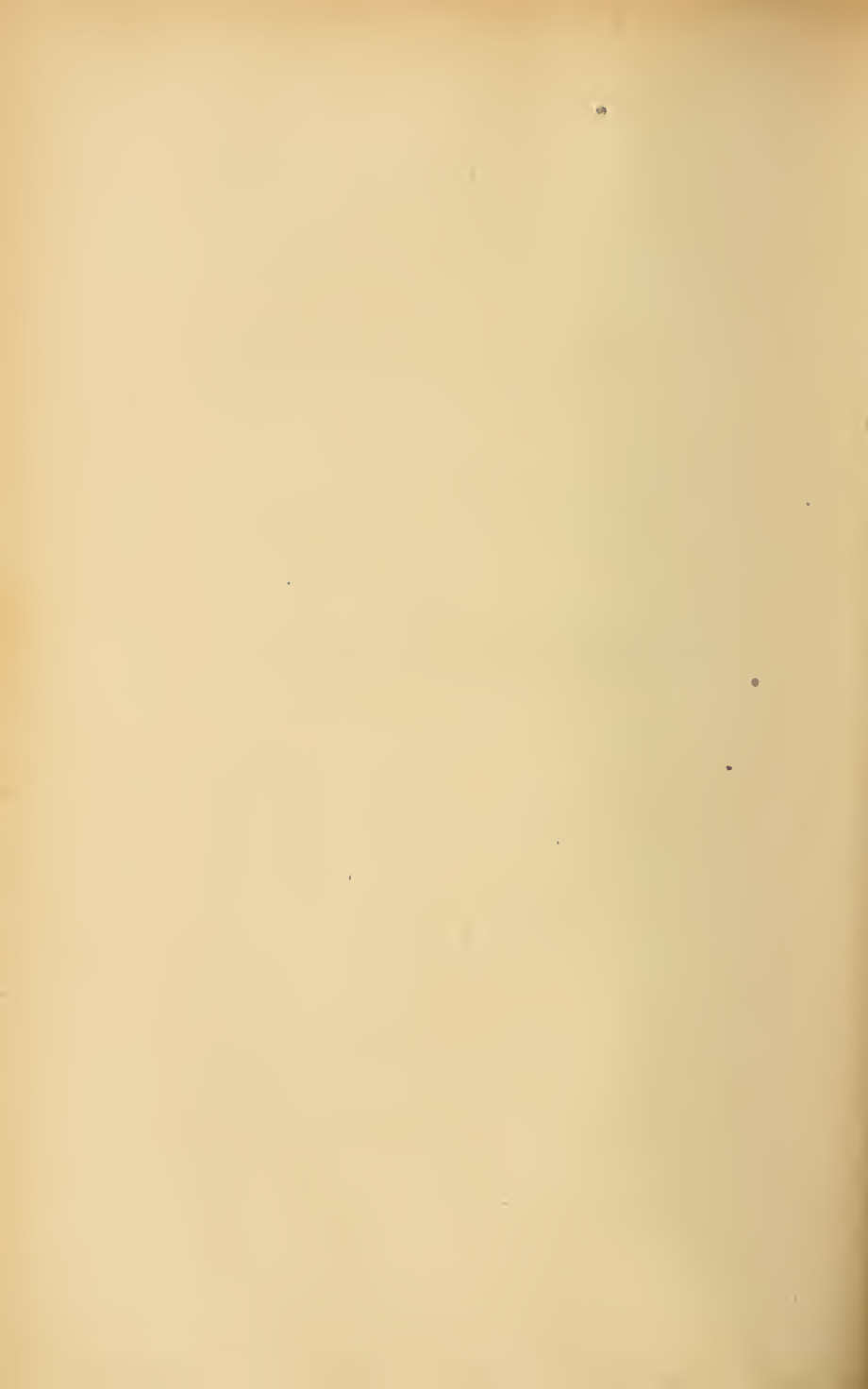
.....
Que, en fin, la humanidad engrandecida,
Con manos liberales,
Adorna con laureles inmortales
Del obrero la frente ennoblecida.
Con brazos paternos
El hombre estrecha al hombre, y no sucumbe
El sabio ilustre en abrasante hoguera.
¡Milton y Shakspeare tienen mausoleos,
Franklin, Watt, Palissy, tienen estatuas!

Con firmes fundamentos
Se elevan al trabajo monumentos;
Y el genio vence su contraria suerte,
Conquistando con altos pensamientos
La gloria en vida y el panteón en muerte.

¡Y ved los frutos, ved! A los tallados
Montes artificiales,
Por desnudos y míseros mortales
Al crujir del azote levantados;
Á templos colosales
Monolitos de sólo una montaña,
Mayores obras nuestro siglo opone:
Húmeda arena, que en Edén convierte,
Arranca al mar en fatigosa lidia,
Con dique portentoso:
En las aguas del Michigan famoso
Alza en el túnel colosal trofeo:
Taladra á Suez, suprime al Tormentoso,
Y al Arábigo mar lanza el Egeo.

¡Venced esos prodigios!.... Agrupaos,
¡Oh pueblos decaídos!
Y haréis brotar mil rayos encendidos
De la infecunda obscuridad del caos.
Todos, todos unidos
En el congreso universal, alcemos
Al trabajo tenaz himnos triunfantes.
¡Ningún reposo, obreros! Inflexibles
Prosigamos con alma decidida
La ruta comenzada....
¡Y la ciudad inerte ó estragada
Que á labor noble la inacción prefiera,
Por celeste anatema fulminada
Viva en la infamia, y en la infamia muera!

D. JUAN CLEMENTE ZENEA.



D. JUAN CLEMENTE ZENEA.

FIDELIA.

Et dans chaque feuille qui tombe
Je vois un présage de mort.

MILLEVOYE.

¡Bien me acuerdo! ¡Hace diez años!
¡Y era una tarde serena!
¡Yo era joven y entusiasta,
Pura, hermosa y virgen ella!
Estábamos en un bosque,
Sentados sobre una piedra,
Mirando á orillas de un río
Cómo temblaban las hierbas.
—Yo no soy el que era entonces,
Corazón en primavera,
Llama que sube á los cielos,
Alma sin culpas ni penas!
¡Tú tampoco eres la misma,
No eres ya lo que tú eras:
Los destinos han cambiado:
Yo estoy triste y tú estás muerta!
Le hablé al oído en secreto
Y ella inclinó la cabeza,
Rompió á llorar como un niño,
Y yo amé por vez primera.
Nos juramos fe constante,
Dulce gozo y paz eterna,

Y llevar al otro mundo
Un amor y una creencia.
Tomamos, ¡ay! por testigos
De esta entrevista suprema
Unas aguas que se agotan
Y unas plantas que se secan!.....
Nubes que pasan fugaces,
Auras que rápidas vuelan,
La música de las hojas,
Y el perfume de las selvas!
No consultamos entonces
Nuestra suerte venidera,
Y en alas de la esperanza
Lanzamos finas promesas;
No vimos que en torno nuestro
Se doblegaban enfermas
Sobre los débiles tallos
Las flores amarillentas;
Y en áquel loco delirio
No presumimos siquiera
Que yo al fin me hallara triste!
¡Que tú al fin te hallaras muerta!

Después en tropel alegre
Vinieron bailes y fiestas,
Y ella expuso á un mundo vano
Su hermosura y su modestia.
La lisonja que seduce,
Y el engaño que envenena,
Para borrar mi memoria
Quisieron besar sus huellas;
Pero su arcángel custodio
Bajó á cuidar su pureza,
Y protegió con sus alas
Las ilusiones primeras:
Conservó sus ricos sueños,
Y para gloria más cierta
En el vaso de su alma
Guardó el olor de las selvas;

Guardó el recuerdo apacible
De aquella tarde serena;
Mirra de santos consuelos,
Alóe de la inocencia.....
—Yo no tuve ángel de guarda,
Y para colmo de penas
Desde aquel mismo momento
Está en eclipse mi estrella;
Que en un estrado una noche,
Al grato son de la orquesta,
Yo no sé por qué motivo
Se enlutaron mis ideas;
Sentí un dolor misterioso,
Torné los ojos á ella,
Presentí lo venidero:
¡Me vi triste y la vi muerta!

Con estos temores vagos
Partí á lejanas riberas,
Y allí bañé mis memorias
Con una lágrima acerba.
Juzgué su amor por el mío,
Entibióse mi firmeza,
Y en la duda del retorno
Olvidé su imagen bella.
Pero al volver á mis playas,
¿Qué cosa Dios me reserva?.....
¡Un duro remordimiento,
Y el cadáver de *Fidelia!*
Baja Arturo al Occidente
Bañado en púrpura regia,
Y al soplar del manso Alisio
Las eolias arpas suenan;
Gime el ave sobre un sauce
Perezosa y soñolienta;
Se respira un fresco ambiente,
Huele el campo á flores nuevas;
Las campanas de la tarde
Saludan á las tinieblas,

Y en los brazos del reposo
Se tiende naturaleza!.....
¡Y tus ojos se han cerrado!
¡Y llegó tu noche eterna!
¡Y he venido á acompañarte,
Y ya estás bajo de tierra!.....
¡Bien me acuerdo! ¡Hace diez años
De aquella santa promesa,
Y hoy vengo á cumplir mis votos,
Y á verte por vez postrera!
Ya he sabido lo pasado.....
Supe tu amor y tus penas,
Y hay una voz que me dice
Que en tu alma inmortal me llevas.
Mas..... lo pasado fué gloria,
Pero el presente, *Fidelia*,
El presente es un martirio,
¡Yo estoy triste y tú estás muerta!

EL LUNAR.

Dejó un arcángel las celestes salas
Para verte nacer, y enamorado,
Te tocó junto al labio sonrosado
Con la ligera punta de sus alas.

Para aumentar tus naturales galas
Queda el lugar en que tocó manchado,
Y tantas gracias á tu rostro ha dado,
Que al mismo autor de ese lunar te igualas.

Yo, que te adoro, y que por dicha mía
Amante soy de una mujer tan bella,
Contemplándote á solas me embeleso;

Y, para nada ambicionar, querría,
Donde el arcángel te dejó esa huella,
Dejarte el alma entre la miel de un beso.

EL 15 DE ENERO.

¡Ah! ¡Cuántas veces—una vida entera—
Al llegar este día
Despertaba mi hermosa compañera
Sonriendo de esperanza y alegría!

Recordaba una fecha, consagrada
Por nuestro amor ferviente,
Cuando fué por mis manos colocada
La corona nupcial sobre su frente.

Y hoy, al abrir sus ojos, ¡qué amargura!
¡Oh! ¡Cómo habrá sufrido,
Al comparar su inmensa desventura
Con las delicias del hogar perdido!

En bello porvenir albas hermosas
Yo tierno le anunciaba,
Y al renovar los lirios y las rosas
Incienso y mirra en el altar quemaba.

Era todo placer, fiesta solemne,
Y un ángel, Dios quería,
Que avivase la lámpara perenne
Que ante la imagen de mi amor ardía.

Nunca osamos turbar con ceño adusto
La paz del sentimiento,
Y nos bastaban, bajo el Dios del justo,
Modesta casa y corazón contento.

La postrera ocasión que así nos vimos,
Libre el alma de engaños,
En el gozo habitual nos prometimos
Saludar el mejor de nuestros años;

Y así seguir sin vanidad ni orgullo,
Cuidados ni temores,
Viendo el tiempo correr sin un murmullo,
Como un agua que corre entre las flores:

Y al apagar la juventud su fuego,
Ver en tarde callada
El tibio sol de la vejez..... y luego
Su tumba al lado de mi tumba helada.

Y soñamos al fin de humanas cuitas
Dos cruces y dos losas:
Sobre mi cruz humildes margaritas,
Sobre su cruz fragantes tuberosas.

Mas no vimos en medio á las bondades
Que prodigaba el cielo,
Aves que presagiaban tempestades
En pos de nuestro débil barquichuelo.

¡Y llegó la tormenta! Se ennegrecen
Los densos nubarrones,
Las olas con las olas se enfurecen,
Silban y braman rudos aquilones.

Y nos hieren, mi bien, hados impíos
En un momento aciago,
Y en el revuelto mar yo con los míos
En esta noche de dolor naufrago.

ENTONCES.

¡Oh! ¡Qué grata sería
Libre y feliz, sin pesadumbre alguna,
Con la adorada mía
Por la floresta umbría
Vagar al rayo de esta blanca luna!

Y á orillas de la fuente
Ver la niña soltar sus trenzas blondas
Al aromado ambiente,
Y al agua transparente
Con su imagen jugar sobre las ondas!

Y no con tanto anhelo,
Harto el herido corazón de quejas
Y amargo desconsuelo,
Un pedazo de cielo
Ponerme á mendigar desde estas rejas.

¡Oh! ¡Cuántas, dueño amado,
Noches tan llenas de esplendor, tan bellas,
En tiempo afortunado
Los dos hemos pasado
Al trémulo brillar de las estrellas!

Del espacio señora
Con sus dardos de plata perseguía,
Eterna viajadora,
La Diana cazadora
Nube tras nube en la región vacía.

Contaba sus dolores
El ruiseñor á los favonios leves;
Nos daban sus olores
Las tempraneras flores
Y un fresco sopro las postreras nieves.

Y la suerte entretanto
Tramaba convertir en un lamento
El amoroso canto,
Trocar la risa en llanto
Y el gozo puro en sin igual tormento.

¡Quién entonces creyera
Que tan pronto, mi bien, gimiendo á solas
De ti, fiel compañera,

Separado me viera
Por dura cárcel y profundas olas!

¿Y quién pensar podría
Que la ilusión del porvenir risueño,
En no lejano día
Volando pasaría
Como una sombra en fugitivo sueño?

¿Y éstas son las hermosas
Albas del porvenir?—¡Delirio insano!
¡Ay mis lirios y rosas!
¡Oh dichas engañosas!
¡Oh breves gozos del amor humano!

Á UNA GOLODRINA.

Mensajera peregrina
Que al pie de mi bartolina
Revolando alegre estás.
¿De do vienes, golondrina?
Golondrina, ¿adónde vas?

Has venido á esta región
En pos de flores y espumas,
Y yo clamo en mi prisión
Por las nieves y las brumas
Del cielo del Septentrión.

¡Bien quisiera contemplar
Lo que tú dejar quisiste;
Quisiera hallarme en el mar,
Ver de nuevo el Norte triste,
Ser golondrina y volar!

Quisiera á mi hogar volver,
Y allí, según mi costumbre,

Sin desdichas que temer,
Verme al amor de la lumbre
Con mi niña y mi mujer.

¡Si el dulce bien que perdí
Contigo, manda un mensaje
Cuando tornes por aquí,
Golondrina, sigue el viaje
Y no te acuerdes de mí!

Que si buscas peregrina,
Do su frente un sauce inclina
Sobre el polvo del que fué,
Golondrina, golondrina,
¡No lo habrá donde yo esté!

No busques volando inquieta
Mi tumba oscura y secreta:
Golondrina, ¿ho lo ves?
¡En la tumba del poeta
No hay un sauce ni un ciprés!

D. RAFAEL MARÍA DE MENDIVE.

D. RAFAEL MARÍA DE MENDIVE.

YUMURÍ.

Dos veces no más mis ojos
Se fijaron en tus ondas,
Y desde entonces no puedo
Apartar de la memoria
El espejo de tus aguas
Ni la espuma con que mojas
De las flores de tu orilla
Las perfumadas corolas;
Ni la luz de las estrellas,
Que penetra hasta en las sombras
De tu seno obscuro y frío,
Iluminando radiosas
El sepulcro donde encierras
Las páginas de tu gloria.
Adonde quiera que vuelvo
Mis ojos, miro tus ondas;
Y del alma se me escapan
En lucha atormentadora,
Suspiros, que por ardientes
No hay pecho que los recoja,
Ni labio que los repita,
Ni corazón que los oiga;
Pues parece que con ellos
En comunión misteriosa,
Con eléctrica centella,

Que consume cuanto toca,
Va el espíritu invisible
De seres que ausentes lloran,
Y cuyas endechas tristes
Han repetido sonoras
Con sus arpas los poetas,
Los árboles con sus hojas,
Y con sus quejas las fuentes,
Y con su voz las canoras
Aves, que vuelan perdidas,
Como visiones hermosas,
Buscando en las soledades
Dulce paz y grata sombra.

¡Yumurí! De tus arenas
Yo bien sé la triste historia;
De tus aguas los suspiros
Repítela á todas horas,
Y en vano será que el tiempo,
Con su mano tenebrosa,
Pretenda borrar sucesos
Que viven en la memoria:
Sigue lento y sigue suave
En tu marcha silenciosa,
Cristalino y fresco río,
Y á los ecos no respondas
De las turbas que, en tus aguas
Con alegres barcarolas,
Y al reflejo de la luna
En noches de Mayo hermosas,
Invocar tan sólo saben
El nombre de la que adoran.
Ni te plazcan las plegarias
Que, en tus márgenes, entona
Con falsa voz la doncella
Á quien los celos devoran,
Y lamentando sus penas,
Con lágrimas mentirosas
Tus claras aguas enturbia,

Y tus recuerdos deshonra.
Repitan, sí, tus corrientes
Las canciones melodiosas
Del insigne Milanés,
Que no canta, sino llora,
Y al son del arpa se queja
Con la «Fuga de la Tórtola»;
Y de «Codos en el Puente»
Ve cruzar sobre las ondas
En la barca del progreso
Las imágenes hermosas
De las ciencias y la industria,
De las artes y la historia.

De Tolón las melodías
Repite también sonoras,
Con la mágica ternura
Y el almíbar que atesoran;
Pues de amor es un poema
Cada paso en que te nombra,
Cada rasgo en que te pinta,
Cada estrofa en que te llora.
Escucha, sí, los suspiros
Melancólicos de Acosta;
Los himnos que el triste Heredia
Eleva en playas remotas,
Inflamado por el fuego
De la patria y de la gloria;
Y los cantares melífluos
Y las dulcísimas trovas
De Plácido, cuyos versos
Destilan la miel sabrosa
De los esponjados lirios
Y las blancas amapolas,
Que en noches de Abril y Mayo
Exhalan tan suave aroma.
Y arrullado por los ecos
De liras tan cadenciosas,
Ahogando tristes recuerdos

Desliza tus claras ondas,
Cual resbalan, manso río,
Por mi rostro gota á gota
Las lágrimas con que escribo
Suspirando estas estrofas.

LA FLOR DEL AGUA.

En urna de azules ondas
Vives, ¡oh flor! encerrada,
Sin que el sol te dé sus rayos,
Ni sus perfumes el aura,
Ni su lumbre las estrellas,
Ni su música las palmas;
Sin que vierta en tu corola
Sus breves perlas el alba,
Ni las aves te enamoren,
Ni te riegue con sus lágrimas,
Filomena de los bosques,
Algún alma desgraciada
Que buscando va entre sombras
La estrella de su esperanza.
Es de espuma el blanco lecho
Donde erguida te levantas,
Como ilusión de otra vida,
Como estrella solitaria,
Como sueño de otros mundos
Que el poeta sólo alcanza,
Cuando, inspirado, despliega
Del pensamiento las alas.
Sueños, ¡ay! que el alma adora
Si tras ellos ve entusiasta,
Ávida de amor, las formas
Poéticas y gallardas
De una flor que peregrina
Nace y crece sosegada,

Como tú, bajo la sombra
De las corrientes más claras.
¡Entonces se ve la imagen
Del bello ideal que el alma
En sus delirios se finge,
Cuando sueña enamorada
Con la angélica ternura
De la mujer que nos ama!
Porque eterna en nuestra mente
Vive su efigie grabada,
Como vives tú, sujeta
Al imperio de las aguas;
Porque mora en el silencio
De tu mansión encantada
La dulce melancolía
Que en ecos de amor se exhala,
Y es perfume de los cielos
Que de los ángeles baja
Á inundar el corazón
De suspiros y de lágrimas.

Así nacen misteriosas,
Así viven ignoradas
Las primeras impresiones
Que sentimos en el alma;
Viven, como tú, tranquilas,
Esperando la alborada
De algún día placentero
Que paso á la luz les abra,
Y la niebla obscura y triste
En que están aprisionadas,
Como sueño se disipe,
Como sombra se deshaga;
Para entonce alzar el vuelo
Impetuosas como el águila,
Y animar la fantasía,
Como tú las tersas aguas,
Cuando en círculos fugaces,
Por la brisa columpiada,

Con tus pétalos describes
Con misteriosas palabras
El arcano de tu vida.

.....

Mas ¿qué digo? ¡Oh flor gallarda!
¡Si en mí la ilusión ha muerto,
Si fuego no tiene el alma,
Como en más risueños días,
Para ofrecerte, inspirada,
Ternezas del corazón
En cada acento del arpa!
Mas recuerda que un poeta
Que nació entre hermosas palmas,
Que sencillo amó las flores,
Los campos, el sol y el aura,
La caída de las hojas
Y el murmullo de las aguas,
Aquí te deja, sensible
Al hechizo de tus gracias,
Si no bellos pensamientos,
Ni dulcísimas plegarias,
Del pecho la flor más pura
En cada estrofa encerrada,
Y en cada verso un suspiro,
Y en cada suspiro el alma.

Á UN ARROYO.

¡Cuán lento vas, arroyo cristalino,
Con expresión sencilla
Rizando en tu camino
La verde alfombra de flotante lino,
Que blando crece en tu espumosa orilla!.....

¡Cuán bellas corren, removiendo arenas,
Ceñidas de amapolas

Y blancas azucenas,
En breves giros las modestas olas
Que acarician tus márgenes serenas!

Cantando amor las aves melodiosas
Se miran dulcemente,
Cual visiones hermosas,
En el espejo claro y transparente
De tus humildes aguas silenciosas:

La verde selva y la feraz llanura
Te ofrecen regaladas
Su plácida verdura;
Y en grato son, las brisas perfumadas
Tranquilas besan tu corriente pura.

Suaves te dan los bosques sus aromas,
Los valles sus primores,
Las selvas sus palomas,
Su sombra grata las enhiestas lomas,
Y el cielo mismo su dosel de amores:

Y en las de Mayo hermosas alboradas,
Flotando en tus espumas,
Te arrullan sosegadas
Del blanco cisne las brillantes plumas,
Las hojas por los céfiros llevadas.....

Hijo, tal vez, de agreste peña dura,
Tu manantial de plata
Por la inmensa llanura,
Como una cinta blanca se dilata,
Ceñida de riquísima verdura:

Y ajeno de ansiedad y de pesares,
Por selvas y palmares,
Sin suspirar congojas,
Tranquilo vas al seno de los mares
Cubierto siempre de fragantes hojas.

Niño también me deslicé inocente,
Con paso indiferente,
Sin soñar en amores,
Tras el vivo matiz de hermosas flores
Y el límpido cristal de mansa fuente.

Y libre, como garza voladora,
Con infantil decoro
Y gracia encantadora,
Besando fuí tus arenillas de oro
Al tibio rayo de la blanca aurora.

Entonces, ¡ay! ¡con cuán brillante arreo
Agitaba mis alas
En loco devaneo,
Cercado siempre de celestes galas,
Por los eternos campos del deseo!.....

Mas, de entonces ahora..... ¡cuántos daños
Han causado á mi vida
Los tristes desengaños!.....
¡Una tras otra la ilusión perdida
Bajo el peso terrible de los años!.....

Yo soy aquel infante candoroso
De las guedejas blondas
Y mirar cariñoso,
Que tantas veces se agitó en tus ondas
Como entre flores el sunsún hermoso:

Yo soy el mismo; pero el alma mía
Tristemente ha perdido
Su inefable alegría,
Y en vano busca en tu corriente fría
La imagen bella de su Abril florido.

Sigamos, ¡ay! sigamos la jornada,
Llorando yo mis penas
Con alma resignada,

Y tú besando el manto de azucenas
Que se mece en tu margen sosegada.

Tal vez mañana, triste y abatido
Por los placeres vanos,
Aquí vendré perdido,
De horrible tedio el corazón herido,
Mustia la frente y los cabellos canos:

Y sentado en tu margen fresca y grata,
Con íntima alegría,
Veré cuál se retrata
Sobre tus ondas de color de plata
La imagen, ¡ay! de mi vejez sombría.....

Prosigue, pues, arroyo, tu carrera
Mientras voy aspirando,
De hermosa primavera,
El celestial aroma en tu ribera,
Tus ondas con mis lágrimas mezclando:

Que iguales en la vida y en la suerte,
Uno será el destino
Inexorable y fuerte,
Que á los dos nos sorprenda en el camino,
Y nos lleve al abismo de la muerte.

LA GOTA DE ROCÍO.

Á MI AMIGO RAMÓN ZAMBRANA.

¡Cuán bella en la pluma sedosa de un ave
Ó en pétalo suave
De cándida flor,
Titila en las noches serenas de estío
La diáfana gota de leve rocío
Cual chispa de plata ó estrella de amor!—

El álamo verde que el aura enamora,
La fuente sonora,
La concha del mar,
La palma del valle, la ceiba sonante,
Cual fúlgido rayo de níveo brillante
La ven en sus hojas inquieta temblar.

Llorando sus penas gallarda hermosura
El cáliz apura
De aromas y miel;
Y el lago sus ondas azules levanta,
El cisne se queja de amores y canta,
Y todo en la tierra respira placer:—

Resbala entre rosas fantástica y leve,
Que es frágil y breve
Su hermoso existir;
Cual son de la vida los sueños de amores,
Y el beso de almíbar que en copa de flores
Nos brinda gozosa la edad infantil.

Acaso de un ángel la lágrima sea
Que amor centellea
Con luz celestial,
La gota de alféjar de un niño que llora,
La perla más blanca que vierte la aurora
Y el céfiro lleva con soplo fugaz.

Entonces el alma suspira entusiasta,
Y es pura y es casta
Su bella ilusión;
Como es inocente la luz que destella
Radiante en los ojos de incauta doncella,
Apenas concibe la imagen de amor.

¡Oh noche! ¡Oh misterio de eterna armonía!
¡Oh dulce poesía
De sueño y de paz!—
¡Poema de sombras, de nubes y estrellas,

De rayos de oro, de imágenes bellas,
Suspense entre el cielo, la tierra y el mar!—

¡Oh, como gozoso en las noches de Mayo
Al trémulo rayo
De luna gentil,
Sentado en el tronco de un sauce sombrío,
Tras gota apacible de suave rocío
Pensé de mi madre las huellas seguir!—

Y allí con mis versos en paz deleitosa,
Mis hijos, mi esposa,
Mis libros y Dios,
¡He visto las horas rodar sin medida,
Cual rueda esa perla del cielo caída,
Temblando en el cáliz de tímida flor!—

¡Feliz si, muriendo, mis tristes miradas
De llanto bañadas
Se fijan en ti!—
¡Feliz si mi lira vibrante y sonora,
Cual cisne amoroso, con voz gemidora
Su queja postrera te ofrece al morir!.....

Tú al menos podrás en mi gélida losa
Con luz misteriosa
Mi nombre alumbrar;
¡Y el ave sedienta verá con ternura,
De un pobre poeta la lágrima pura,
Allí sobre el mármol tranquila brillar!.....

LA ORACIÓN DE LA TARDE.

Ya de la tarde el manto misterioso
Sobre el callado mundo se desploma;
Ya de Venus gentil el disco asoma,
Ya triste muere el sol.

Llevemos por el áspero camino
Con religiosa fe la débil planta,
Y oigamos la oración que se levanta
De lágrimas á Dios.

Alcemos nuestro templo en la montaña,
Teniendo por techumbre el mismo cielo;
Por luz la estrella, por alfombra el suelo,
Y un árbol por altar.

Oigamos de la fuente que murmura
La desmayada voz, y el quereloso
Armónico gemir del bosque hojoso
Llamándonos á orar.

El ámbar de la flor será el incienso,
Y el suspiro del aura en lejanía
La plegaria de paz que á Dios envía
Contrito el corazón;

Del órgano sagrado el grave coro
La música será de los torrentes,
Y el canto de las aves inocentes
La mística oración.

Ya los profanos goces de la vida
Del barro se desprenden terrenales;
Ya escuchamos los ecos inmortales
Del arpa de David.

El cuerpo ya flaquea, y libre el alma
De la materia vil que aquí la oprime,
Ya se levanta espléndida y sublime
Á la mansión feliz.

Sus alas bate el pensamiento y vuela
Hasta que altivo y denodado alcanza
Á la duda vencer con la esperanza,
Al error con la fe.

Y al torpe vicio la virtud se opone,
Y en vasos de oro á la inocencia ofrece
El celestial perfume que adormece
Sus horas de placer.

Ved cómo agitan sus gallardas pencas
En nuestros valles las agrestes palmas.
¡De cuántas tristes y olvidadas almas
Imágenes no son!.....

¡De cuántos seres que olvidados moran
En solitarias tumbas no son ellas,
Al blando lamentar de sus querellas,
Tristísima expresión!.....

¡Oh! ¡Cuán dichosos, ¡ay! los que exhalaron
No lejos de la patria sus lamentos,
Y en sus terribles últimos momentos
Pudieron contemplar

Los vivos rayos de aquel sol tan bello
Que luz y vida les brindó en la cuna,
Consuelo en el dolor, y en la fortuna
Feliz tranquilidad!

Mas ¡ay! que el alma para todos tienes,
En medio del silencio y del retiro,
Una amorosa lágrima, un suspiro,
Alguna pobre flor,

Que al despojarse lamentable hicie
La cuerda del dolor que siempre llora,
Y en palpitante endecha gemidora
Les da su eterno adiós.

Ya de la tarde el manto misterioso
Sobre el callado mundo se desploma;
Ya de Venus gentil el disco asoma,
Ya triste muere el sol.

Llevemos por el áspero camino
Con religiosa fe la débil planta,
Y oigamos la oración que se levanta
De lágrimas á Dios.

D. RAMÓN VÉLEZ HERRERA.

D. RAMÓN VÉLEZ HERRERA.

LA PELEA DE GALLOS.

Una mañana de Pascua,
Del Guañabal á la Ceiba,
No quedó un aficionado
Que á las Mangas no corriera
Á presenciar de los gallos
Las celebradas peleas.
Apenas la luz del alba
Dora los montes risueña,
Cuando de airosos jinetes
Nuestros caminos se pueblan.
Entre todos se distingue,
Por su gallarda apariencia,
Noble ademán, bella estampa,
Juan Pérez el de las Vegas.
Monta el bizarro guajiro
Un caballo de piel negra,
Casco liso, fuerte pecho,
Ojos vivos, crin espesa,
Tan ligero en regatear,
Que la cola en la carrera
Oculta el ligero bruto
Entre las delgadas piernas.
El mancebo que lo rige
Corriendo se gallardea,

Y apenas toca al pasar
Á las puntas de las piedras.
Sencillamente vestía
De blanco, y en la cabeza
Atado muestra un pañuelo
De listas, y calza espuela,
Machete al cinto, terciado,
Y de paja de la tierra
Luce un sombrero tejido
Que parece fina tela.
Un gallo lleva en la mano,
Terror de Guara y Melena,
Que cuando pica á un rival
Muere al punto ó aletea.
Llega á las Mangas; las calles
Se cubren de gente inquieta,
Que del sangriento combate
Sólo la señal espera.
Agólpanse los curiosos,
Y cuando el galán pasea,
Los ojos del pueblo fijos
En la carrera se lleva.
—¡Es Juan Pérez!—gritan unos.
—¡El gallero de la Ceiba!—
Claman otros, y sonando
Va Pérez de lengua en lengua.
Encaminóse gallardo,
Y soltando entrambas riendas,
El intrépido jinete
Se arroja de un salto en tierra.
Pisa la valla, saluda,
Y el pueblo le victorea
Porque es el mozo más rico
Que hay de San Diego á la Ceiba.
—¡Juan Pérez!—exclama absorta
Al verlo la concurrencia,
Formando un estruendo ronco
Que al turbado mar semeja,
Cuando con sordos bramidos

Azota nuestras riberas.
Serenóse la algazara
Y con varonil presencia
Rompe la turba apiñada
Juan Pérez con faz serena.
—Aquí está el gallo, es valiente,
Y con cien onzas se juega,
Sin medir los espolones,
Ni sujetarlo á la pesa.—
Dice; y lo arroja orgulloso
Con tan vigorosa diestra,
Que al caer abre las alas
Y ufano se gallardea.
Era el bizarro animal
De la raza de las sierras:
Ágil, intrépido, osado,
Largo pico, pluma negra,
Cuello erguido, corvas uñas,
Descarnada la cabeza;
Clava los ardientes ojos,
Escarba y pica la tierra,
Sacude el cuerpo y cantando
Con fiero ademán pasea.
—Acepto el reto: cien voces
Se oyen á un tiempo y resuenan,
Porque se admiran del gallo
El brío y la gentileza:
Un contrario le preparan
Vencedor en diez peleas.
Mas de improviso el gentío
Rompe el gallardo Juan Mena,
Mozo apuesto y agraciado,
Dueño de sitios y vegas,
Avecindado en las Mangas,
Gallero por excelencia,
Aunque muy escaso de años,
En la valla se presenta.
—Cien onzas más, camarada,
Doy á mi gallo, y lo suelta.

Era el animal la flor
De los gallos de Cepeda:
Talisayo, de alta estampa,
Ancha cola, aguda espuela:
Lo amarillo de las plumas
Que con las negras se mezclan,
Forma bellos tornasoles
Que deslumbran y reflejan.
Pero calmóse el bullicio,
La valla en silencio queda:
Ni un acento ni un murmullo
Turba un instante la escena,
Y el temor y la esperanza
Tiene la gente suspensa.
Dada la señal, furiosos
Se arrojan á la pelea
Los dos terribles rivales,
Combatiendo con fiereza,
Como se lanzan dos tigres
Al encontrarse en las selvas,
Despedazándose audaces
Con dobles garras sangrientas;
Los sañudos adversarios
Vuelven y luchan, se empeñan:
Los miembros ensangrentados,
Las plumas al aire vuelan.
Al parecer se fatigan
Y abandonan la palestra.
Pero encendidos de nuevo
En la rabia que los ciega,
Se embisten y se entrelazan,
Pico á pico, espuela á espuela.
El prieto se vuelve atrás,
El talisayo se acerca,
Cuando de un vuelo el de Pérez
Salta y estrecha al de Mena:
Clávale el pico, y de un golpe
El corazón le atraviesa.
Herido el gallo, vacila,

Gira, y las alas sangrientas
Abre y recoge inclinado
En el suelo la cabeza.
Pero se encarniza el prieto,
Sobre el cadáver pasea,
Lo pica, escarba y sacude,
Y aunque herido, canta y vuela.
Óyese un sordo rumor,
Se agita la concurrencia:
Uno corre, otro maldice,
Aquel jugador reniega;
Unos cobran, otros pagan,
Éste con gritos atruena,
Formando el estruendo ronco
Del huracán de las selvas.
Envaneciósse Juan Pérez
Y al regocijo se entrega;
Y entre los vivos y aplausos
Que hasta en los montes resuenan,
Al ver que sacan su gallo
Victorioso en la pelea,
Monta de un salto su potro,
Y lanzado en la carrera
Por las escabrosas calles
De las Mangas atraviesa,
Y al tender la obscura noche
El manto de sombras negras,
Con el gallo vencedor
Entra triunfante en la Ceiba.

EL COMBATE DE LAS PIRAGUAS.

Cortando airozas los mares
Vuelan las bellas piraguas
Que á los combates conduce
El cacique de Bahama.
En el altar se arrodilla,

Jura el guerrero venganza,
Y su belicosa gente
Encamina á nuestras playas.
Pueblan con ecos sonoros
Los aires y las montañas,
Y con los remos y quillas
Las olas atormentadas
Nevados surcos de espuma
Heridas del sol formaban.
Son los guerreros feroces
De las vecinas Lucayas ;
Tiñen el rostro severo
Pintas negras y encarnadas,
Y á la merced de los vientos
Las rojas plumas flotaban.
Un cacique los dirige
Tan experto en las batallas,
Que no hay islote en el golfo
Que no cante sus hazañas.
El invierno de la vida
Aun su brazo no doblaba
Y en los centellantes ojos
Refleja el fuego del alma.
Un magnífico carcax
Cuelga del hombro á la espalda,
Y en la alta mano suspende
Una nudorosa maza.
«Avancemos, compañeros;
El que espera nada aguarda,
La prudencia hace al cobarde,
El héroe fía en la audacia.»
Dice, y su gente furiosa
Flechas y piedras dispara,
Y avanzando en dobles líneas
Cercan el puerto de Jagua.
Aturde el ruido que forman
Los guerreros en su marcha,
Y el espanto y el terror
En nuestras costas derraman.

Y á lo lejos parecían
Las infernales fantasmas
Que en las tartáreas regiones
Entre las tinieblas vagan.
Nuestras indias inocentes,
Que los cerros coronaban,
Espavoridas corrían
Á las desiertas cabañas,
Suelos los negros cabellos
En las desnudas espaldas,
Y en la cuna de sus hijos
Los bellos ojos fijaban.
Pero apenas el rumor
Oye el cacique de Jagua,
Al fiero Ornoya confía
La salvación de la patria.
Todo es vida y movimiento,
Hierve la gente en las playas,
Resuenan los caracoles,
Cúbrese el mar de piraguas,
Y las lúgubres bocinas
Sordas el aire rasgaban.
Vuela el cacique al combate,
Y la juventud arrastra,
Ya con el arco ó la piedra,
Ya con el remo ó la maza.
¡Ornoya! El fiero guerrero,
Flor de los héroes de Jagua,
Cuyo brazo no vencido
Era el cedro en la montaña,
Y cuya voz excedía
Al trueno que ronco brama,
Y al rayo que corta el aire
En rapidez semejaba;
Da la señal, y sangrientos
Sus guerreros avanzaban,
Y empeñan la recia lid,
Tiñen de sangre las aguas,
Chocan las naves, se estrellan

Y airadas se despedazan
Las dos enemigas tribus
Al soplo de la venganza.
En medio de la pelea
Ornoya el brazo levanta,
Aquí hiere, allí extermina,
Allá empuñando la maza
Abre á un rival la cabeza
Y del cuerpo la separa.
Pero al ver que el enemigo
Dobla irritado su audacia,
Con acento varonil
Á su hueste electrizaba.
«Compañeros, la victoria
Corona nuestra esperanza;
Combatamos, y seguidme;
Que el que expire en la batalla,
Á la noche del sepulcro
No bajará sin venganza.
¿Qué teméis? Una es la muerte;
Sólo la deshonor infama;
Los cuerpos del enemigo
Nos servirán de mortaja,
Al crujido de los huesos
Que hollemos con nuestras plantas.»
Dice; y las naves ligeras
Miden furiosas las aguas,
Cortan el aire las flechas,
El mar sus ondas levanta,
Y se amontonan cayendo
Piedras, troncos, leños, mazas;
Á los golpes se desploma
Una entreabierta piragua,
Y en las rocas puntiagudas
Se oyen estrellar las tablas.
Embravecida la lucha,
Se estrechan y se entrelazan
Combatiendo los rivales
Con enfurecida saña.

En el cráneo del vencido
Las agudas uñas clavan,
Y en las órbitas vacías
Los sangrientos ojos saltan.
Arrancan la cabellera
Del que cayó en la piragua;
Y con la carne aun caliente
Sobre los remos flotaban.
Los guerreros semivivos
Arroja el mar en las playas,
Y los fúnebres clamores
El viento lleva en sus alas.
Los tiburones roqueros
En las olas aleteaban,
Y á los héroes insepultos
Con los dientes despedazan.
Lago de sangre es el fondo
De cada hundida piragua;
Nadie vacila en la lucha,
Y el laurel de la batalla
Indecisa la victoria
Á los campeones negaba.
Cuando rompiendo las olas
En una hermosa piragua,
Por las filas enemigas
El audaz Ornoya avanza,
Y al genio de las tinieblas
Finge el guerrero en su marcha.
Síguenle doce campeones
Recios de miembros y espaldas,
Agiles, vivos y osados,
En cuya frente tostada
Azules y blancas plumas
Tintas en sangre flotaban.
Enfurecidos se arrojan,
Y en la enemiga piragua
Acometen al cacique,
Que fieramente luchaba
Con el tropel de guerreros

Por arrebatat la palma,
Cuando clavan en sus sienes
Una flecha emponzoñada:
El cacique lanza un grito,
Vacila, cae, y la maza
De la mano moribunda
Suelta al exhalar el alma,
Exclamando en ronco acento:
¡Victoria! ¡Muerte! ¡Bahama!
Al ver caer al guerrero
Infel su gente desmaya,
Y furioso el bravo Ornoya
Rompe, desordena, mata,
Filas enteras derriba,
Y de piragua en piragua
Como el rayo en la tormenta
Atropella, desbarata;
Y en el montón de cadáveres
Su sombra se dibujaba
Como el ángel de la muerte
Que el Universo amenaza.
«¡Victoria!» gritan cien voces;
Y en la ruidosa algazara,
¡Victoria á Ornoya! repiten
Las indias en las montañas.
Huye aterrado el vencido,
Baten los remos las aguas,
Y en el vecino horizonte
El sol las velas doraba;
Hierven las olas, los vientos
Desplegan fieros las alas,
Y en filas de dos en dos,
Con las vencidas piraguas
Y seis caciques rendidos
Entra el vencedor en Jagua.

D. MIGUEL TEURBE TOLON.

D. MIGUEL TEURBE TOLÓN.

LA RIBEREÑA DE SAN JUAN.

I.

Trigueña niña en cabello,
Viva, alegre y donairosa,
Sin adornos más hermosa
Que dama de la ciudad;
Criada bajo la sombra
Del plátano y del bambú,
Yo te conozco..... eres tú,
Ribereña de San Juan.

Tú, que por espejo tienes
Las claras ondas del río,
Y por lucido atavío
Aguinaldos y jibá.
Tú, cuya planta graciosa
Entre flores se resbala,
¿Cuál tu gentileza iguala,
Ribereña de San Juan?

Apenas tras de las palmas
Despierta risueño el día,
Sales, vertiendo alegría,
Por la margen á vagar;
Y ya tras sunsún inquieto,

Ya tras linda mariposa,
Corres vivaz y gozosa,
Ribereña de San Juan.

O bien cuando ya se acuesta
El sol entre nubes de oro,
Y con su arrullo sonoro
Llena el bosque la torcaz,
De la blanca flor del mangle
Haces corona luciente,
Con que engalanas tu frente,
Ribereña de San Juan.

¡Cuántas veces, triste y solo
Navegando por el río,
Paré junto á tu bujío
Mi barca, á verte no más ;
Y entre los espesos millos
De la florida ribera
Vi que pasabas ligera,
Ribereña de San Juan.

¡Oh! ¡Y cuál envidia mi alma
Tu inocencia y tu alegría,
Tu alma de poesía,
Tu corazón virginal!
Pero ¡ay! guárdate del mundo,
No le conozcas si puedes;
Guarte del mundo y sus redes,
Ribereña del San Juan.

Nunca salió de tu labio
Ningún suspiro doliente:
Jamás empañó tu frente
La huella de algún pesar;
Y aun conservas en tu seno
Aquel ósculo de amor
Con que te marcó el Señor,
Ribereña de San Juan.

Mas ¡ay! los encantos mueren,
Los sueños se desvanecen
Y las espinas parecen
Donde hoy las flores están.
Por eso guarte del mundo;
Huye, doncella, sus brazos;
Guarte dél y de sus lazos,
Ribereña de San Juan.

II.

Un mes ha pasado ya
Des que vi á la ribereña:
Ella era alegre y risueña,
Y hora..... vedla como está.

Su rostro triste, sombrío,
Perdió la color lozana
Como una flor de sabana
Herida de un sol de estío.

En sus labios de coral
No vaga dulce sonrisa,
Como tampoco á la brisa
Se mece la flor mortal.

Aquella viva mirada,
Toda luz y poesía,
Ora lánguida y tardía
Está triste y apagada.

¡Cuán otra, cuán diferente
Está la infeliz doncella!
¡Antes alegre y tan bella,
Hoy tan mustia y tan doliente!

Ayer mi barca surcaba
Las mansas ondas del río,
Y sentada en su bujío

La vi que mucho lloraba:
Dije al remero «detén»,
Y apenas dije, sentía

Que en mi mejilla corría
Una lágrima también.

Mas cual se suele notar
Que, yendo á morir al nido,
Canta algún pájaro herido,
Porque no sabe llorar,

Ella también, con acento
Palpitante y lastimoso,
Alzó su canto armonioso
Al son del agua y del viento:—

*¡Ay, tirano cazador!
¡Ay, desventurado día!
¡Que he perdido el alma mía
Y quedo muerta de amor!*

«Claras ondas de este río
Que vais corriendo á la mar,
¿Cuánto ha que soléis llevar
Aguas de mi llanto frío?
¿Cuánto ha que el acento mío
Llama en vano á aquel traidor
Que me enlazó con amor
Y me abandonó sin fe?
¡Me engañabas!..... y ¿por qué?
¡Ay, tirano cazador!

»Yo era sencilla, inocente,
Pura como una azucena,
Y mi alma, de amor ajena,
Se retrataba en mi frente.
Mas ¡ay! llegó infelizmente
La ocasión—desdicha impía
Que su mirada y la mía
Se encontraron, se entendieron.....
Y mis dichas ¿dónde fueron?
¡Ay desventurado día!

»Él alabó mi belleza,

Me habló de dulces amores;
Luego de pompa y honores
Me contó, y de su riqueza.
Tanto amor, tanta grandeza
Me deslumbró: su falsía.....
—¡Ay, triste de la que fía!—
Robó mi mejor tesoro:
Ved si con motivo lloro,
Que he perdido el alma mía.

»¡Mas no! Calla, corazón,
Calla tu triste gemido,
Que en vano vaga perdido
Por estos sitios su son.
Cielos, tened compasión
De tan profundo dolor.....
¡No, no!—doblad el rigor,
Cólmese al fin la medida,
Que el alma lloro perdida
Y quedo muerta de amor.»

III.

Calló—y el lánguido acento
De su postrero suspiro
Perdióse como el murmullo
Blando del sonante río.
Allá lejos se ocultaba
El sol tras el Pan sombrío,
Y ya á más andar la noche
El transparente zafiro
Del cielo trocaba en sombras
Entre jirones rojizos.
Yo, que mi pecho sentía
De amarga tristeza henchido,
Volví á la ciudad mi barca
Y me alejé del bujío.

Pero la imagen llorosa
De la Ribereña vino
Á fijarse aquí en mi mente:
Y su profundo suspiro
Á cada instante resuena
Triste y lánguido en mi oído.
Entonces vierto una lágrima
Y, cual si la viera, digo:
«Por eso guarte del mundo:
Huye, doncella, sus brazos:
Guarte dél, y de sus lazos,
Ribereña de San Juan.

Á MI HERMANA TERESA.

I.

Seis veces ya las ráfagas de otoño
Arrastraron, en valle y en colina,
Las mustias hojas y las flores muertas
Del olmo altivo y la soberbia encina:
Seis veces la alba veste del invierno
Vistió la creación aletargada,
Mientras al triste gemir de Bóreas frío
Doblábase mi frente atormentada:
Seis veces la emigrante golondrina,
Alegre al Norte retornó en verano,
Con nuevas galas de gayadas plumas
Tal vez doradas por el sol cubano:
Seis años, ¡ay! en extranjera playa
Y en triste lagrimar son ya pasados;
Seis años de dolor, de luto y duelo,
Hora tras hora por mi mal contados.

II.

Mas ni la ráfaga helada
Que al Hudson levanta espuma,

Ni el pardo manto de bruma
En que se amortaja el sol,
Jamás calmar han podido
De mi alma la fiebre ardiente,
Ni nublar aquí en mi frente
El recuerdo de tu amor.

¡Cuántas veces apoyado,
Por la tarde, en mi ventana,
He visto un jirón de grana
Que deja el sol al morir;
Y aunque pálidos y tibios
Son aquí sus resplandores,
Mi mente les da colores
Del cielo de Yumuri!

Y con este amable engaño
Hago que el alma recuerde
Mi valle de gualda y verde,
Mis glorietas de bambú,
Y que piense, al ver cuál brilla
La dulce luz de una estrella,
Que es porque tienes en ella
Fija la mirada tú.

Que al sentir el blanco soplo
De la susurrante brisa,
Oiga tu armónica risa
Ó tu dulce suspirar;
Y crea que el suave aroma
Que envuelto llega en el viento,
Es el ámbar de tu aliento
Que me viene á embalsamar.

Y al ver de Jersey las torres,
Tras el río, y á lo lejos,
Temblar los áureos reflejos
Del ya moribundo sol,
Sienta y goce como cuando

En una tarde celeste,
Sentado en el *abra* agreste
Veía á Matanzas yo.

Mas ¡ay! ¡qué triste me es luego
No ver aquel techo mío
En medio este caserío,
Que es todo extranjero hogar;
Ni aquella modesta torre,
Ni aquel manso mar de plata
En que gentil se retrata
Mi pintoresca ciudad!

No ver allá en lontananza,
Cual velo de gasa leve,
Flotante bruma que mueve
El aliento del teral;
Y tras ella un horizonte
Donde la vista se pierde
En el suavísimo verde
De inmenso cañaveral.

No embriagarme con perfume
De cándidos azahares,
Ni divisar cien palmares
De la sabana al confín;
No ver sobre mi cabeza
Nubes de nácar y plata,
Ni que á mis pies se desata
Mi límpido Yumurí.

III.

Y mi pena más aguda
Cuando estoy pensando así,
Es que me asalta la duda
De si te acuerdas de mí.
Vuelvo las miradas mías

Hacia el Sur, donde está Cuba,
Como queriendo que suba
Sobre las olas sombrías;
Pienso verla, pienso verte.....
Y es ilusión cuanto miro;
Doblo la frente y suspiro.....
¿Será ausencia hasta la muerte?

Á EMILIA.

*Thou hast sown in my scrow and must reap
The bitter harvest in woe as real.*

BYRON.

¿Conque para siempre «adiós»?
¿Conque aquel amor primero,
Hijo de un soplo de Dios,
Como huérfano extranjero
Muere entre nosotros dos?

¡Muere!.... y de tu labio frío,
Tumba de besos ardientes
Que mil veces te dió el mío,
Se desata amargo río
De sarcasmos inclementes.

Mal astro, Emilia, lucía
Cuando Dios unirnos quiso,
Porque en aquel mismo día
Vino á anidarse una arpía
En un bello paraíso.

Al empezarte yo á amar
Era un templo el alma mía,
Y en el templo había un altar,
Mi corazón, donde ardía
Fuego de amor sin cesar.

Y aquel fuego puro y santo,
Encendido allá en el cielo
Para dicha y para encanto
De los dos en este suelo,
¿He de apagarle con llanto?

Y hecho sepulcro el altar,
Sin luz el templo sombrío,
¿He de postrarme á llorar
En un hondo valle umbrío,
Sin amor, patria, ni hogar?

Y llegue mi hora postrera,
Y en el lecho del dolor
No oiga yo una voz siquiera,
Que junto á mi cabecera
Me hable de Dios con amor;

¡Y cuando el cadáver yerto
Lleven después á enterrar
En algún rincón desierto,
Nadie vaya á derramar
Dos lágrimas por el muerto!

Joven yo, con alma henchida
De ilusión y luz de Dios,
¿Por qué con frente abatida
Habré de decirle adiós
Á la gloria y á la vida?

El mundo es ancho, y mi mente,
Aunque estrecho le encontrara
Para mi ambición ardiente,
Á otros mundos se elevara,
Vedados á común gente.

Á fe que no es tiempo, no,
De postrarme en el camino
Que el destino me marcó:

Vencido será el destino,
Y el vencedor seré yo.

Y aquel santo amor primero,
Hijo de un soplo de Dios,
Vivirá, si yo no muero,
Pues resucitarle quiero
En un alma para dos.

D. RAMÓN DE PALMA.

D. RAMÓN DE PALMA.

HIMNO DE GUERRA DEL CRUZADO.

¡Guerra! ¡Guerra! La bélica trompa
En coraje los pechos inflama :
Á la guerra, á la guerra nos llama
Del heraldo la enérgica voz.
Levantando el corcel la cabeza
Al oír resonar los clarines,
Ya resopla y eriza las crines,
Y piafando relincha feroz.

Venga, venga mi noble caballo,
Dadme pronto mi escudo y mi lanza;
Sacudamos del cuerpo la holganza;
Reanimemos del alma el valor.
Harto tiempo en la paz ominosa,
Entregados á muelles placeres,
Olvidamos los santos deberes
Que de Dios nos impone el amor.

Harto tiempo en cobarde abandono
Contemplamos al bárbaro Oriente,
Coronada de lauros la frente,
El sepulcro de Cristo insultar.
Harto tiempo, ¡memoria de oprobio!.....
Del infiel el triunfante alarido

Acalló con su estruendo el gemido
Que lanzaba la santa ciudad.

Mas ya suena el clamor de venganza,
Y al batir de los roncós timbales,
Se enardecen los pechos marciales,
Los cobardes se hielan de horror.
Mas no tiemblen ó lidien temblando,
Que aunque esquiven medrosos la guerra,
Ya la paz no hallarán en la tierra
Sino en tumba de eterno baldón.

Pero no: de la bélica trompa,
¿Quién resiste al aliento guerrero?
¡Hurra! ¡Hurra! Que brille el acero,
Y volemós, cantando, á la lid.
¿Dónde están los que al pie de las bellas
De su intrépida fe blasonaban?
¿La señal del combate no ansiaban?
Pues, valientes, al campo venid.

Ahora, en vez de feudales castillos
Y en lugar de gentil vestidura,
Ceñiréis la ferrada armadura,
Vagaréis por ardiente arenal.
Mas ¿qué vale una holgada existencia
Sin la luz que le presta la gloria?
En la guerra, al clamor de ¡victoria!
No hay placer que se iguale en la paz.

La fatiga, la lucha, el peligro,
Son deleites que inundan el alma
Del que busca en el triunfo una palma;
Que los riesgos más lustre le dan.
En el choque feroz de las armas,
De la lid en los fieros clamores,
Hay deliquios de gloria y de amores
Que los héroes conocen no más.

Pero ya de la Europa contemplo
Levantarse á una voz las naciones,
Y flamear los heroicos pendones
De los nobles que toman la cruz.
¡Hurra! ¡Hurra! Al estruendo de guerra
Que del Norte al Levante retumba,
Los que usurpan de Cristo la tumba
Menguar miran su luna sin luz.

Menguar miran su luna entretanto
Que la estrella de Cristo se asoma,
Y los hijos de Omar y Mahoma
La maldicen al ver su esplendor.
Pero en vano con torpes blasfemias
Herirán los lugares sagrados ;
Que sus gritos bien pronto apagados
Quedarán con los himnos de Dios.

No mostrarle la espalda al Oriente
Ha jurado el que noble se llama,
Ni volver á los pies de su dama
Sino lleno de gloria y honor.....
De la Arabia los potros veloces
Á las lides traerán los infieles,
Mas del Norte en los nobles corceles
Chocarán con inútil furor.

Y traerán para herir los malditos
De Damasco los corvos alfanjes,
Mas de Europa en las férreas falanges
Embotados sus filos serán ;
Y embriagarse en su sangre veremos
Nuestras lanzas y mazas de guerra,
Que hundir pueden de un golpe en la tierra
Caballero y caballo á la par.

¿Quién resiste al heroico ardimiento
Del que busca en las lides la gloria?
¿Quién resiste al que ¡muerte ó victoria!

Por divisa del triunfo tomó?
¡Guerra!.... ¡Guerra!.... La bélica trompa
En coraje los pechos inflama:
¡Á la guerra!....., á la guerra nos llama
Del heraldo la enérgica voz.

EL FUEGO FATUO.

¿Qué es aquella—luz errante,
Que en la noche—vaporosa,
Se aparece—con dudosa
Y azulada—claridad?
Si la sigo—va delante,
Si la huyo—me persigue,
Y mi empeño—no consigue
Á su lado—al fin llegar.

¿Será aviso—provechoso
Del capricho —de la suerte,
Que en huirle—se divierte
Al que implora—su favor?
Será ejemplo—misterioso
De la llama—de amor viva,
Que á los ruegos—siempre esquiva,
Del desdén—se arrastra en pos?

¿Será imagen—de la vida
Que se escapa—de luz llena?
¿Será un alma—que encadena
Á este mundo—algún pesar?
Esta llama—aparecida
En sí encierra—algún arcano:
Por la noche—no es en vano,
Que ilumina—este lugar.

Este polvo—que ahora huella
Sin temor—la planta humana,

Que se envuelve—y engalana
Con un manto—de verdor;
Este polvo—cubre y sella
Los despojos—terrenales,
De mil almas—inmortales
Que algún cuerpo—aprisionó.

En silencio un—mundo encierra
De misterios—ya pasados,
Y de afectos—que olvidados
En la tumba—duermen ya.
Mas ¿quién sabe—si la tierra
Con que el alma—amó la vida,
Á ella queda—siempre unida
Por un vínculo—inmortal?

La materia—no comprende
De otro mundo—los prodigios,
Y cree sueños—y prestigios
Lo que el alma—libre ve.
Y por eso—me sorprende
Que en la noche—vaporosa,
Esa llama—misteriosa
Á la sombra—forma dé.

Llama suave—y azulada
Cual la estrella— en Occidente,
Cual la mar—fosforescente,
Cual la etérea—exhalación;
Ya mi mente—fascinada
En un mundo—se imagina,
Que tu fósforo—ilumina
Sin colores—ni calor.

Y en silencio—y en misterio
A mis ojos—aparece
Ese mundo—que esclarece
Tu fatídico—esplendor.
¿Serán muertos—que al imperio

Se revelan—de la tierra,
Ó vivientes—que destierra
De la vista—el claro sol?

Son los monstruos—que cree abortos
La razón—de la demencia,
Y que tienen—su existencia
En las sombras—del dolor:
Pues mis ojos—ven abortos
Que de formas—se revisten
Cuantas penas—¡ay! embisten
En la vida—al corazón.

Mas girando—en lontananza
Va la llama—solitaria,
Que esa corte—estrafalaria
Se recuesta á—contemplar.
Semejante—á la esperanza
Que brillando—desde lejos,
Busca alivio—en sus reflejos
La miseria—del mortal.

Yo te sigo—luz querida,
Aunque incierta—te apareces,
Pues tú sola—desvaneces
Los fantasmas—del pesar,
Y á tu llama—siempre unida
De mi alma—la esperanza,
Si en la tierra—no te alcanza,
En el cielo—te hallará.

Yo te sigo—fuego errante
Que mi espíritu—fascinas,
Y el misterio—me ilumina
De tu extraña—aparición.
Á tu luz—que en este instante
Las tinieblas—embellece,
El encanto—resplandece
De una mágica—visión.

Es la imagen—que en su anhelo
La ilusión—del alma crea,
Es de amor—la viva idea,
Del placer—la tentación;
Su belleza—sin un velo
Que los ojos—atormente,
Luminosa—y transparente
Se descubre—á la pasión.

Entre el fuego—danza y gira
En su túnica—flamea,
Y sus formas—contornea
Con perfiles—de esplendor.
¡No cantó—ninguna lira
De belleza—tal prodigio,
Nunca el mundo—tal prestigio
De la danza—concibió!

El sentido—se extravía
En los pliegues—de su falda,
Se deleita—con su espalda,
Se arrebatata—con su pie.
¡Sé mi estrella—sé mi guía,
Fuego fatuo—ó fuego eterno!
Á la gloria—ó al infierno,
Tras tu encanto—ciego iré.

Mas ¿qué soplo—fresco, suave,
La arboleda—ha estremecido,
Y perturba—con su ruido
La quietud—de este lugar?
En las ramas—canta el ave,
Tras la cúspide—del monte
Se ilumina—el horizonte
Con creciente—claridad.

Es el sol—el cielo inflama,
Y al brillar—su luz triunfante,
Se disipa en—un instante

La fantástica—visión.
¿Qué te has hecho—falsa llama,
Que halagaste—mi delirio?.....
¡La verdad—es un martirio
Si así mata—la ilusión!

D. JOSÉ FORNARIS.

D. JOSÉ FORNARIS.

MI VUELTA Á CUBA.

Al fin te vuelvo á ver, ¡oh Cuba mía!
Y respiro los aires perfumados
Que tu floresta virginal me envía.
Veloz la nave corre,
Y á ver alcanzan ávidos mis ojos
La cumbre, el templo, la distante torre.
Tras gigante atalaya,
El puerto miro ya, y oigo las olas
Con estruendo rompiéndose en la playa.
Prende en el fondo el ancla corva punta,
Y al rápido rodar de la cadena,
Mi corazón palpita estremecido.
Esa barca que viene presurosa,
Conduce á mi familia. El tierno grupo
En la popa bellissimo resalta;
El viento los impele, y presto llegan:
Éste me besa, aquél me abraza..... alegre,
Un mísero africano
Me tiende ansioso la callosa mano,
Y mi Tula gentil, fruto primero
De un amor acendrado, tiembla y gime;
Convulsiva solloza,
Y al corazón extática me oprime.
¡Oh Cuba! Vuelvo á ti suínido en llanto,
Y como tú infeliz. Soñé contigo

Al ir de pueblo en pueblo, moribundo,
Por los senderos ásperos del mundo,
Sin dulce hogar ni cariñoso amigo.
Con su garra el pesar marcó mi frente,
Mas nunca te olvidé. Soy el poeta
Que inspirado canté, con tierna lira,
De tu raza aborígena la historia,
El dulce amor de tus beldades castas,
Y al fuerte campesino que domeña,
Entre las zarzas y la inculta breña,
Al bravo toro de tremendas astas.
El que admiré de humilde ribereña
El sencillo cendal, la simple toca,
El palpitar del pudoroso seno,
La blanda risa de la virgen boca.
El que he pintado al indomable potro
De crin copiosa y casco reluciente;
Al fiero can que el cazador azuza,
Y al jabalí, que con rencor aguza
El doble filo de acerado diente.
Todo lo reconozco: desde el monte
Que á las nubes magnífico se encumbra,
Coronado de cedros, al arroyo
Que, susurrando armónico, se pierde
En el confín de la alameda verde.
En el misterio de tus noches tristes,
Aun mi espíritu flota; aquí suspira
En estas aguas, con la tibia luna,
Que pálida argentea,
Ó va con el relámpago de fuego
Que en medio del espacio centellea.
Van aquí mis recuerdos adorados
Prendidos de la flor de las naranjas
Ó en el limón silvestre y oloroso,
Que tiñe el sol con amarillas franjas.
Siento sombras amigas
Que pasan silenciosas por las selvas,
Moviendo lentamente las espigas,
Y más allá contemplo,

Bajo la arcada del hermoso templo,
Á mi esposa temblando de alegría,
Cual de su boda en el dichoso día.
Mas cámbiase la escena,
Y oigo elevarse cantos funerales,
Y convertirse en lúgubres blandones
Las antorchas nupciales.
Aquí se acerca el coro de poetas
Amigos de mi infancia. Ése á Polonia
Entona un himno con ardiente saña;
Éste llora á Fidelia al dulce rayo
De triste luna que su losa baña;
Aquél corona á Marta; en la colina,
En la playa, en el mar, en el otero,
Vive y palpita mi pasado entero.
El ave sola que un gemido exhala,
Tiernísima memoria en mí despierta
Al sacudir el ala;
El céfiro que cruza en vagos giros
Me dice, en grato idioma, que otras veces
Recogió susurrando mis suspiros.
Al rumor de los sauces que se agitan
Por saludarme al retornar á Cuba,
Mil seres adorados resucitan.
Llega entre ellos mi madre, y cariñosa
Me reconoce y besa con ternura,
Y á pesar de su pálido semblante,
Su débil voz, su marcha vacilante,
Está llena de amor y de hermosura.
Todo está como ayer. Oigo el tañido
De la campana mística, que toca
La cristiana oración. Allí la iglesia
Se eleva con su tosco campanario,
Y escucho el santo rezo
De toda mi familia arrodillada
Ante el altar. Las límpidas corrientes
Oigo del patrio río,
Y la hilera de pinos florecientes
Aun á la entrada está del hogar mío.

De aquel hogar, que entre el fragante ramo
Del mango en flor modesto se escondía,
Y por el sol dorado relucía
Al borde de las aguas del Bayamo.
Aquí corrí por la espaciosa vega,
Festonada de rústica verdura,
O tendido en el césped, la mirada
Espacié con placer por la llanura.
Aquí en dulce embeleso
Se abrieron á la par, por vez primera,
Mi espíritu al amor, mi labio al beso.
Aquí vibró la simple melodía
De mi primer idilio,
Bajo bóveda azul y al aire libre,
Como en las ondas del famoso Tíbre
El blando son del arpa de Virgilio.

Errante y sin amor me vió la tierra:
El Sena, el Rhin, el Ródano, el Girona,
Del San Gotardo la nevada sierra,
Y el Monte Blanco de la frente blonda.
La cúspide pisé del Apenino,
Donde el águila apresta garra aleve,
Y la virgen montaña de Interlaken
Con su manto limpísimo de nieve.
Vi, entre lagos y flores, extendidos
Los frescos valles de la antigua Helvecia,
Y radiantes basílicas de mármol
En Génova y Milán, Roma y Venecia.
Mas no pude olvidarte, hermosa Cuba:
Siempre mis ojos con amor volvía,
Entre tanta riqueza, al Occidente;
Y así como tras gasa transparente,
Al través de los aires te veía.
Por encima del rico mausoleo
Del minarete moro,
De la torre ojival, del alto muro,
Miraba, ¡oh Cuba! tus campiñas de oro
Sobre el caribe mar. Si tú no ostentas

Góticas catedrales,
Tus montes son mis templos, y tus cumbres
Mis torres de marfil y arcos triunfales.
¡Al fin te vuelvo á ver! Mas ¡qué vacío
Siento en mi corazón! Fueron mis años
Rubias mieses que seca un soplo frío.
¿Dónde aquel delirar libre de penas,
En que ceñir mi sien imaginaba
Con un lauro inmortal, y me soñaba
Horacio en Roma, Píndaro en Atenas?
¿Dónde la grata y misteriosa cita
En oculto jardín, y el tembloroso
Beso robado á la inocente virgen
Que con delirio amé....., y aquellas noches
De loco Carnaval, en que traidora
En vivo afán me sorprendió la aurora,
Al compás fascinante
De la música dulce y tentadora?
¿Dónde están las campestres correrías
Por las tortuosas, florecientes calles
De los cubanos valles?
¿Dónde aquel escalar con pie seguro
Por el vecino, reforzado muro?
¿Dónde aquel recorrer fértiles costas
Que besa el mar azul, y en las arenas,
Calientes todavía,
Buscar, con jubilosa vocería,
La frágil concha de encarnadas venas?.....
¿Y aquel bogar en índicas piraguas,
Entre un coro de vírgenes hermosas
Como nacientes rosas,
Y más frescas y limpias que las aguas?

Todo ha pasado, y mi ánimo sombrío
Ve mis campos desiertos,
Seca y talada mi natal orilla,
Mi hogar en tierra y mis amigos muertos.
¡Oh tierra de mi amor!..... ¡Oh cara Cuba,
Al fin te vuelvo á ver!..... No vengo ansioso,

Soñando conquistar ínclitas palmas,
Sino á verter mi lágrima postrera,
Y á suspirar con las sensibles almas.
¡Vengo á morir al pueblo en que he nacido,
Al calor de mi patria y mi familia,
Entre estas galas y risueñas flores,
Que de perfumes y de luz llenaron
Mis primeros amores,
Que admiré en mi niñez, que canté adulto,
Que enjugaron mis lágrimas, y han sido
Toda mi admiración, todo mi culto!
Como el indio de América salvaje,
Sepulcro quiero yo bajo el follaje
De ceiba secular, donde retumba
El Bayamo, y copioso se derrama;
Do el sol con viva llama
Calentará mis restos en la tumba.

ISLA DE SANTO DOMINGO.

D. FRANCISCO MUÑOZ DELMONTE.

D. FRANCISCO MUÑOZ DELMONTE.

EL VERANO EN LA HABANA.

I.

Ese denso vapor que se levanta,
Opaco, blanquecino, amarillento,
Y sube en perezoso movimiento
Desde el bajo horizonte hasta el cenit,
Es la respiración ardiente y seca
De la tierra de Cuba en el verano;
Abasado suspiro, con que en vano
Llama del Norte la estación feliz.

El sol en Cáncer sus caballos lanza
Por las llanuras del desierto cielo,
Y su aliento de llama enciende el suelo
Y lo tuesta su soplo abrasador.
Y arde el monte, y la loma, y la sabana,
Y la radiosa palma llama al trueno,
Y en la flecha que nace de su seno
Hunde el rayo su fuego aterrador.

Y mustio, y palpitante, y quemado,
Exhala el árbol un chirrido agudo,
Y entre el denso espesor del bosque mudo
Corre tibio el arroyo sonador.

Y la tímida flor su cáliz cubre
Cerrando su corola perfumada,
Como virgen que oculta avergonzada
Con sus manos el seno encantador.

Y el hombre en esta atmósfera de llama,
Entre estas lavas de un volcán latente,
Á par que el alma arrebatarse siente,
Siente el cuerpo abatirse en proporción.
Y sus flexibles nervios se liquidan,
Y sus músculos duros se distienden,
Y sus entrañas trémulas se encienden,
Y se quema su débil corazón.

¿Quién alumbra los fuegos que en la noche
Cruzan el aire transparente y puro?
¿Quién en los ojos del cocuyo oscuro
Nutre y mueve la lumbre sideral?
Y en la pálida faz de la habanera,
¿Quién pone esos carbones encendidos,
Esos ojos eléctricos y fluidos,
Embeleso y tormento del mortal?

II.

Es el sol claro y fulgente
Que en el trópico candente
Vierte su inmenso torrente
De fuego y luz inmortal.

Es el sol que engendra y luce;
El sol, que mata y seduce;
El sol, que abrasa y produce
En un contraste eternal.

¡Es el sol!—Su lumbre pura,
Ya fecunda, ya madura,
Los cafetos en la altura,
En llano el cañaverál.

Dora del *mango* la yema,
Cuece en el *anon* la crema,
Da á la *piña* su diadema,
Su lanza á la *palma real*.

Y es rosa en el horizonte,
Verde esmeralda en el monte,
Melodía en el sinsonte,
En la alta caña cristal.

Y en el hombre es chispa ardiente
Que le infunde un estro hirviente,
Cuando casi adolescente
Se lanza al mundo ideal.

Y en la doncella cubana
Es la gracia sobrehumana
Que une la hurí musulmana
A la ondina de Fingal.

III.

Julio en tanto ardoroso se levanta
Y hacia el rugiente Can se precipita,
Y una fiebre exterior el cuerpo agita,
Y otra fiebre interior la alma quebranta.

¡No más, oh sol! ¡no más! Tu fuego intenso
La masa cerebral volatiliza,
La médula transforma en vapor denso,
Y en las venas la sangre carboniza.

¡Ah! ¡Dadme hielo, y cabe el hielo lumbre;
Dadme el cierzo á beber del Somosierra,
Ó dadme del Pirene la alta cumbre,
Ó de Granada la nevada sierra!

Dadme hielos, salones alfombrados:
Que en la nieve glacial mi pie resbale,

Y del cuello y del seno, en piel forrados,
Su grato aroma la belleza exhale.

Dadme hielo, y carámbanos, y frío,
Que enrojezcan mi rostro macilento,
Y el fuego apaguen en el pecho mío,
Y en mi sangre el ardor calenturiento.

IV.

¡Mas no! dejadme en Cuba, mi patria idolatrada (1),
Dejadme en esta zona bendita en que nací,
En donde por las brisas mi infancia fué arrullada,
En donde el sol naciente la vez primera vi.
Dejadme entre las ondas del plácido Almendares,
Bordado de aguinaldos, sombreado de palmares,
Templar la calentura que siento arder en mí.
Dejadme por la siesta burlar el sol radiante,
Mirando entre las hojas del plátano sonante
Mecerse los racimos cual ramos de alelí.

Dejadme que respire la brisa encantadora
Que viene del Oriente rizando el ancho mar,
Cargada de perfumes robados á la aurora,
Bañada de frescura que el fuego va á templar.
Dejadme que refresque las llamas de mi frente
Con el terral nocturno que sopla del Poniente
Trayendo los suspiros del cándido azahar.
Dejadme ver la luna cubierta de celajes,
Que en torno de su disco figuran los encajes
De virgen desposada que marcha hacia el altar.

Dejadme, sí, en la Habana; la tierra de las flores,
La tierra del deleite, del fuego y del amor.
¡Tu sol yo quiero, oh patria! Tus vientos bramadores,

(1) Á pesar de esta afirmación, el poeta era dominicano. Véase el prólogo.

Tus negros huracanes, tu cielo y tu calor.
Tus bosques son un velo bordado de esmeraldas,
Que flota en tu garganta, que cubre tus espaldas,
Y templá los ardores del astro abrasador.
Tus palmas son las plumas que ondulan en tu frente:
Tu mar la azul alfombra do duermes muellemente;
Tu sol rica diadema que anuncia tu esplendor.

La Habana aun es muy joven. No existe aquí el pasado.
Su gloria es el presente, su anhelo el porvenir.
¡Poeta de recuerdos!—Tu canto es excusado.
¡Poeta de esperanzas!—Tu canto deja oír.
Dejadme, sí, dejadme que cante lo presente,
Que cante lo futuro del suelo por quien siente
Mi pecho estremecido sus músculos latir.
Dejadme, sí, que viva, dejad que muera en Cuba;
Dejad que cuando mi alma de Dios al trono suba,
Mi tumba entre palmares se pueda en Cuba abrir.

¡Mas ay! que en vano quiero, ardiendo en patriotismo,
Poner en mi sepulcro las palmas por dosel;
Un hado inexorable, más fuerte que yo mismo,
De España á las riberas empuja mi bajel.
Acaso helado un día al pie del Guadarrama,
Del sol que aquí me tuesta, del sol que aquí me inflama,
La acción vivificante mis labios pedirán,
Y entonces del recuerdo la lágrima quemante,
Surcando tristemente mi pálido semblante,
Caer helada al suelo mis ojos la verán.

Á LA MUERTE DE MI AMIGO Y CONDISCÍPULO

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

¡Se cumplió su misión sobre la tierra!
La tierra oyó su apasionado canto:
La tierra vió su inextinguible llanto:
La tierra compartió su padecer.

¡Cantar, gemir, sufrir! — Triple corona
Del poeta á la frente destinada,
De espinas agudísimas orlada,
Para clavarse en su doliente sien.

¡Cantar, gemir, sufrir! — Triple contraste
Que el vate explica en su armonioso acento,
Sublime trinidad del sentimiento,
Triple fuente de eterna inspiración.

¡Cantar, gemir, sufrir! — Esta es la vida:
Esta fué su misión. Cantó á natura,
Al amor, á la patria y la hermosura,
Y la santa virtud y la razón.

Lloró del hombre los errores tristes,
El frívolo anhelar, el egoísmo,
El desconsolador escepticismo,
La horrenda duda y la incredulidad.

Sufrió el peso fatal de la injusticia,
La vil calumnia envenenó su vida,
Y su excelsa virtud fué combatida
Por la torpe ignorancia y la maldad.

¡Y, gimiendo en los bosques de la patria,
Sublime rruiseñor del Nuevo Mundo,
Á su acento fatídico y profundo
El eco de la patria respondió!

¡Y, cantando en su plácida agonía,
Cubano cisne en la suprema hora,
De virtud y saber la nueva aurora,
Que en la patria despunta, saludó!

Y cantando y gimiendo entre raudales
De armonía, de amor y de ternura,
Encendido querube, su alma pura
Batió las alas y voló al Señor.

Y Anahuac quedó huérfano. Y su patria,
Tierra de los perfumes y verjeles,
De verdes palmas circundó y laureles,
En vez de sauces, su final mansión.

¡Sublime Heredia! Tú escucha
Desde tu inmortal asiento
El dolorido lamento
Del amigo en la niñez;
Del amigo que te viera
En la orilla del Ozama
Nutrir la divina llama
Que al fin devoró tu ser.

Aun me acuerdo. Un doble lustro
Por ti pasado no había:
Aun llegado no era el día
De la razón para ti,
Y anticipándose el genio
Al estudio y la experiencia,
Tu asombrosa inteligencia
Revelaba el porvenir.

Adulto yo, al contemplarte
Copiar casi niño á Homero,
Creía ver el choque fiero
De Aquiles y Agamenón:
Y frente á las griegas naves,
Y de Priamo á los gemidos,
Entre llamas y alaridos
Hundirse la sacra Ilion.

Y, cabe el derruido muro,
Alzado el caballo inmenso,
Griegos, lanzas y humo denso
De sus flancos vomitar:
Y los dioses del Olimpo
Luchar en la arena ardiente

Y, al mover la adusta frente
El alto Jove, temblar.

Vierais entonces al vate,
Vierais al niño estupendo,
Cielo y tierra recorriendo,
Tierra y cielo descubrir:

Vierais su infantil semblante
Alumbrarse de repente,
Y en su ancha y morena frente
Los negros ojos lucir.

¡El genio! ¡El genio! Miradlo
Cómo la ciencia adivina:
No hay maestro, no hay doctrina,
El genio es la inspiración.

El genio abrevió su vida;
Que el genio es la calentura
Que la fibra humana apura
Cuando alumbra á la razón.

Tú cantaste la espléndida carrera
Del sol de nuestros climas, que encerrado
En la zona flamígera, vertiera
Sobre la faz del orbe iluminado

Sus prolíficos rayos. Tras la huella
Del padre de la luz, tú viste alzarse
La verde copa de la palma bella,
Y de su centro esférico lanzarse

La flecha derechísima, cual sube
De Roma en las basílicas sagradas
El majestuoso dombo hasta la nube
Con su aguja ó sus cruces bronceadas.

Tú cantaste, el primero, la natura

De la tórrida zona, el fresco ambiente
Bajo un cielo de fuego, la verdura
Esmaltada, eternal, resplandeciente,

De la reina gentil de las Antillas;
Sus piñas, sus aromas orientales,
Y el néctar de sus cañas amarillas
Convertido en melíferos cristales.

¡Y el mundo de Colón no fué un desierto!
Tuvo el bosque su voz, la suya el llano,
Su murmullo el arroyo, y su concierto
El pardo ruiseñor americano.

Y la flor reveló su gallardía,
Y el mar caribe su onda mugidora,
Y los cedros su bíblica osadía,
Y el huracán su voz atronadora.

Y entre espumas, fragor, diluvio y trueno,
Del Niágara rugiente en la ancha boca,
Te vió el mundo, de asombro y susto lleno,
Tu arpa triste pulsar en la alta roca.

Y el orbe de Colón, la voz alzando,
«Es mi poeta», dijo. Y la alta idea
Del nuevo, el mundo antiguo confirmando,
«Poeta es», repitió. «Él pinta y crea».

Bello es pintar, á fe; crear es bello;
Bello es trazar con la flexible pluma
La luz variable y vaga de la aurora,
Del astro el primer fúlgido destello,
El rayo que se escapa entre la bruma,
Y la alta cresta que ese rayo dora.

Bello es pintar del verde papagayo
Las aias de carmín y el pecho de oro,
El tornasol del colibrí zumbante,

El jazmín del café brotando en Mayo,
Y el ruiseñor que en el volátil coro
El aire hiende con su voz triunfante.

Bello es crear en Corina
La lira que canta á Italia,
Y so la tosca sandalia
De penitente heroína
La ardiente vestal de Idalia.

Bello es el afán que encierra
De lo infinito el anhelo,
Del genio el gigante vuelo.
¡Bello es crear en la tierra
Las ilusiones del cielo!

¡Tú pintaste y creaste! Su paleta
Natura te confió: su antorcha el genio.
Es pintor, cuando crea, el gran poeta;
Es creador, cuando pinta, el grande ingenio.

¡Mas ay! cuando de ese mundo
Que creó tu genio fecundo
Descendiste al cieno inmundo
Del mundo cierto y real:
Cuando viste á la alta ciencia
Doblada por la indigencia,
Pedir socorro y clemencia
Á la ignorancia brutal;

Cuando las virtudes gimen,
Cuando los malos oprimen,
Cuando en su antro ruge el crimen
Erguido, amenazador,
Entonces tu musa llora,
Y al Ser infinito implora,
Y de tu arpa gemidora
Se alza el himno del dolor.

Himno fatídico y santo (1),
Dulce y cadencioso llanto,
Solemne y lúgubre canto
Visión de la eternidad.
Himno que vibra en el suelo
Cual voz sublime del cielo;
De esperanza y fe el consuelo
Derrama en la humanidad.

Cantor del moderno mundo,
Y del Niágara iracundo,
Te convertiste en profundo
Poeta del corazón:
Pintor del bosque y las flores,
De la luz y los colores,
De los humanos dolores
Penetraste en la región.

Y allí en el caos sombrío
De la mente del impío
Viste tú su orgullo frío,
Su soledad y pavor:
Y viste, allí en la inocencia,
La dicha de la existencia,
Y del malo en la conciencia
Los tormentos y el terror.

Y allí, entre bienes y males
Revelaste á los mortales
Los destinos eternos
Que aguardándolos están;
Y al darte el adiós postrero
Te proclamó el mundo entero
Cual vate, rival de Homero,
Cual bardo, rival de Osián.

¡Poeta encantador, bardo sombrío,

(1) El himno del Desterrado.

Hora en la gloria á do te alzó tu fe,
Tu morada inmortal! ¡ Del pecho mío
El velo rasga, y ve cuánto te amé!

¡ Sí, yo te amé! Del impetuoso Ozama
En la azotada orilla, un tiempo honor
De la aurífera Haití, tu infantil llama
Á mi alma nueva transmitió su ardor.

¡ Sí, yo te amé! Del infortunio el viento
Al soplar rebramando sobre ti,
A tu oído llevó mi amigo acento,
Y tu penar inmenso compartí.

¡ Sí, yo te amé! Tus cantos inmortales
Fueron siempre mi encanto y mi solaz,
Luz de amor en la noche de mis males,
Voz de amigo en mi larga soledad.

¡ Adiós, adiós!..... Tu cuerpo está en la tierra,
Tu alma inmortal en el empireo está:
Aquí una piedra tu sepulcro cierra,
Allí te abre su gloria Jehová.

¡ Cantar, gemir, sufrir! Esta es la vida.
Sufrir es la virtud.—La eterna luz
Al que sabe sufrir está ofrecida.
¿ Quién al hombre salvó?—Sólo la cruz.

ISLA DE PUERTO RICO.

D. ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

(CRISÓFILO SARDANÁPALO.)

D. ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA

(CRISÓFIL O SARDANÁPALO.)

LA SATANIADA.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.—El poeta recibe la visita del augusto Satán, quien se le presenta *comm'il faut*.—Cariñoso discurso del Príncipe y su simpatía para con el poeta.—Llévale á su Metrópoli ofreciéndole protección.

I.

Del hombre triste la mortal caída,
La de su yugo redención felice,
Canten otros en tónica escogida
Que del arpa las cuerdas divinice;
Yo contaré una historia no sabida
Que de pasmo y terror el vello erice.
Lejos de mí la lira; suene el cuerno,
Pues canto á Satanás, canto el Infierno.

II.

Príncipe augusto, de mirar sombrío,
Sublime emperador: la rabia eterna
Con que riges el Mundo á tu albedrío

Témplese en mi favor: tu Gracia tierna
Inspire, ¡oh, gran Señor! al pecho mío,
Que en tus aras humilde se prosterna,
Cantos dignos de ti, cual soberano
Que eres del Mundo y del Linaje humano.

III.

La noche con su manto tenebroso
En brazos de los sueños dormitaba,
En tanto que del céfiro amoroso
Los besos y caricias disfrutaba:
Sentado yo en sillón duro y nudoso,
Que potro del desvelo semejaba,
Con la mente sumida en loco empeño,
Canséme de pensar, rindióme el sueño.

IV.

¡Oh, cuán feliz aquel que en lecho blando
Se duerme al son de sus talegos graves,
Sin que la voz del Albionés infando
Hiera su oído en desacordes claves!
¡Feliz aquel que á la verdad tornando
Despierta y cuenta los doblones suaves,
En tanto que el que vive desvalido
Los cuenta sólo cuando está dormido!

V.

La herencia del poeta es el ensueño:
En el soñar tan sólo halla ventura;
Mas, la cruda verdad con torvo ceño
De aquel soñar ahuyenta la hermosura.
Si nada en derredor mira risueño,
Si todo en derredor brinda amargura,

¿Qué mucho, ¡oh, Dios! que el ente de que hablo
Su musa celestial consagre al diablo?

VI.

Soñaba, pues, que hallábame en la cima
De elevada montaña prodigiosa,
Brotando más abajo, y de honda sima,
Entre espumas corriente caudalosa,
Que ya sesga ó ya salta por encima
De ríspidos peñascos bulliciosa,
Perdiéndose en un llano amarillento
Con sereno y torcido movimiento.

VII.

Era aquel un desierto, cuya arena,
Que á lo lejos sin fin se prolongaba,
Ni al tosco junco ni á la planta amena
El preciso alimento deparaba:
Á mi espalda la atmósfera serena
En encumbrado azul se dilataba,
Y entre los riscos el raudal naciendo
Atronaba los aires con su estruendo.

VIII.

Formaban la montaña rudas peñas
Cual oro, por brillantes y por duras;
Eran, al parecer, como las breñas,
De oro también las áridas llanuras;
Y del propio metal, según las señas,
Era el raudal naciente en las alturas,
Ya que en sus giros, vueltas y cascadas
Dejaba las arenas brillantadas.

IX.

Yo dudo que jamás con tanto oro
Se haya encontrado la hominal persona,
Pues vale cada piedra allí un tesoro
Suficiente á comprar regia corona.
Quizá «El Dorado» es, do cada poro
Un surtidor aurífero pregoná.
Extático me hallaba aún en mi sueño:
¿Quién de vencer su asombro fuera dueño?

X.

Queriendo persuadirme, alcé la mano:
Tendida en derredor, tomé un pedrusco.
¡Pasmoso relucir! ¡deleite humano!
Lancéle, resonó, y al choque brusco,
En más de cien pedazos rodó al llano.
¡Dichoso parabién! Un nuevo Cuzco,
Australia, California y Potosí,
Risueños se mostraban ante mí.

XI.

Y aun más esta región, más atesora.
En aquéllas el oro da quebranto,
Pues la tierra es allí más guardadora:
Cubre el metal con su negruzco manto,
Obligando á la gente buscadora
Á gastar otra mina y afán tanto;
Y aquí el oro, en riquísimo venero,
Viene á buscar la mano lisonjero.

XII.

Oro, indispensable oro, no tu nombre
Maldecirá injurioso el labio mío:

Poderoso aguijón eres del hombre
Y muestras por doquier tu poderío:
Ya con tu brillo al universo asombre
Del humano el soberbio desvarío,
Ya cuando, bienhechor, te riega el llanto,
Ya cuando das la luz por medio tanto.

XIII.

Tan luego que me vi señor y dueño
De esta insólita y mágica grandeza,
Ofrecióse á mi vista, asaz risueño,
Un panorama de sin par belleza:
Mas ¡ay! que aun en mitad de grato ensueño
La miseria se brinda en su fiereza,
Comparando por fuerza aquel tesoro
Con mi habitual penuria y falta de oro.

XIV.

Con todo, era feliz porque soñaba,
Pasada ya la desventura horrible
Que la carencia de oro me causaba:
¡El oro, vencedor de lo imposible!
¡Cuántas y cuántas veces suspiraba
Sumido en la inacción más insufrible,
Sirviendo al pensamiento de barrera
Ese metal, dulcísima quimera!

XV.

Hoy que en el mundo el infernal becerro,
Que iracundo Jehovah derribó un día,
Eleva sus altares, con cencerro
Invitando á la ciega idolatría,
Y el mundo todo en lamentable yerro

Dobla en sus aras la rodilla impía,
Y el bien sucumbe en la batalla ruda
Si del oro el poder no le da ayuda;

XVI.

Hoy, que hasta el trono del Señor bendito
Eleva el hombre la oración profana,
Oro pidiendo al Dios de lo infinito
Con metálica voz y sed mundana,
Yo ante el oro también mi ánimo excito
Y demando placer y gloria humana.
¿Qué vale la virtud en la indigencia?
¿Qué vale sin metal la inteligencia?

XVII.

Gloria, placeres, de la incierta vida
Desvanezcan el tedio y los dolores:
Que por senda de amor, de gozo henchida,
Discurra como arroyo entre las flores:
Siempre renazca la verdad querida
Reviviendo el amor con sus amores;
Y soñar y gozar, y de esta suerte
Cuando muera el placer, venga la muerte.

XVIII.

Que el hombre á su pesar la faz humille
Ante mi planta altiva y orgullosa;
Prosternado ante mí se maraville
Adorando mi magia poderosa:
Que mi voz ante el caos fúlgida brille
Y la noche disipe tenebrosa.....
Oro y más oro, con furor anhelo.
Y renuncio por siempre al alto cielo.

XIX.

«¡Oro!—Sí, lo tendrás»—dijo á mi lado
Una voz varonil cuanto sonora.
Sorprendido quedéme y espantado
De oír cerca de mí tan á deshora
Tal promesa y tal voz, y vi asombrado
Á un hombre de presencia encantadora.
Miré al punto, y juzgué al desconocido
Un cortés caballero muy cumplido.

XX.

De ceremonia el frac llevaba airoso,
Enlutado calzón, botas lucientes,
Pechera en que el bordado primoroso
Se esmaltaba con joyas refulgentes:
Gallardo talle y ademán gracioso,
Maneras y actitudes sorprendentes:
Aire dando á su traje, lisonjero
Su porte natural de caballero.

XXI.

Á pesar de su edad, fruta madura
En el árbol frondoso de la vida,
La varonil belleza en él fulgura
Al ideal sublime parecida.
Era su frente de cincel hechura,
Do inteligencia celestial se anida,
Y sus ojos azules y harto bellos
Reflejaban radiantes sus destellos.

XXII.

Cual de Apolo la rubia cabellera
Su busto de belleza coronaba,

Y su mirada viva y altanera
Dulce y tierna á su vez se dilataba.
En su semblante palidez ligera
Cual sombra de pesar se aposentaba:
Nube que de infernal melancolía
Turbaba de su cielo la alegría.

XXIII.

«Lo tendrás»—repitió, su vigorosa
Mano puesta en mi hombro, y su mirada
Fija en mis ojos, mágica, ardorosa,
Con fantástico brillo iluminada.—
Mirábale yo fijo, ¡hora penosa!
En la suya mi vista embelesada,
Mirando á mi pesar, magnetizado
Y en éxtasis extraño subyugado.

XXIV.

«Me llamo Lucifer»—exclamó luego
Aquel hombre ó visión electrizante.
Su nombre al escuchar, de terror ciego,
Salté queriendo huir todo tremante,
Como asustado el tímido borrego
Ante lobo feroz; pero al instante
Sentóse y me calmó.—Su lastimera
Historia me contó desta manera:

XXV.

«En aquellas regiones venturosas
Do reinan celestiales alegrías,
Donde abundan las flores aromosas,
Do lucen siempre deliciosos días,
Donde el son de las arpas melodiosas

Derrama plancenteras armonías,
Nací para mi bien, mas desterrado,
Suspiro de aquel bien tan apartado.

XXVI.

»¿Á quién que digan mi terrible nombre
Logrará comprender la honda tristeza
Que nunca pudo comprender el hombre,
Pues jamás conoció tanta grandeza?
El eco de mi voz tal vez asombre
Al Universo entero, y con dureza
Me maldiga, sin ver que, desvalido,
Mi destino es llorar como nacido.

XXVII.

»Al partir de mi Edén idolatrado
Traje conmigo, como triste herencia,
De llanto un manantial nunca agotado:
Que la augusta divina inteligencia
Me dió por ley el mal, y condenado
Á combate infernal con la conciencia,
Prodigo el mal, y con el mal me hiero,
Y en él me gozo, y sufro, y desespero.

XXVIII.

»El Padre de la luz dióme potente
De ángel excelso las doradas alas,
Á mis ojos dió luz resplandeciente,
Ornóme de lo bello con las galas,
Fulgurosa diadema dió á mi frente
Que deslumbró las inmortales salas;
Mas ¡ay! dejé mi natural sumiso
Y perdí para siempre el Paraíso.

XXIX.

»Desde entonces el Mundo es mi morada,
El mal me cerca, fiero lo prodigo,
Y en lucha desigual, desenfrenada,
Hago gimiendo el mal y me maldigo.
¡Cuán triste es maldecir! En la alborada
Miro al naciente sol como enemigo,
Y en la noche, si brillan las estrellas,
Las aborrezco más cuanto más bellas.

XXX.

»En ellas, sólo en ellas quizá mora
El dulce encanto para mí perdido;
De la patria feliz que el alma adora
Despiertan el recuerdo entristecido.
La deleitosa paz que se atesora
En ellas ¡ay! contemplo enfurecido.....
¿Y por qué no cegar, si sólo enojos
Miran doquiera mis dolientes ojos?

XXXI.

»¡Oh, mortal que me temes y motejas,
Perdona al triste que perdió el contento!
Con amargo dolor también te quejas,
Pues perdiste un Edén; el sentimiento,
Con maldecir mi ser, de ti no alejas.
Maldiciones al par demos al viento.
El mal brota también de esa tu mano:
Criatura de dolor, eres mi hermano.»

.....



D. JOSÉ GAUTIER BENÍTEZ.

D. JOSÉ GAUTIER BENÍTEZ.

¡PUERTO RICO!

¡Borinquen! nombre al pensamiento grato
Como el recuerdo de un amor profundo;
Bello jardín de América el ornato,
Siendo el jardín América del mundo.
Perla que el mar de entre su concha arranca
Al agitar sus ondas placenteras;
Garza dormida entre la espuma blanca
Del níveo cinturón de tus riberas.
Tú, que das á la brisa de los mares,
Al recibir el beso de su aliento,
La garzota gentil de tus palmares;
Que pareces, en medio de la bruma,
Al que llega á tus playas peregrinas,
Una ciudad fantástica de espuma
Que formaron, jugando, las ondinas;
Un jardín encantado
Sobre las aguas de la mar que domas;
Un búcaro de flores columpiado
Entre espuma y coral, perlas y aromas.
Tú, que en las tardes sobre el mar derramas,
Con los colores que tu ocaso viste,
Otro oceano de flotantes llamas;
Tú, que me das el aire que respiro,
Y vida al canto que espontáneo brota,
Cuando la inspiración en raudo giro

Con sus alas flamígeras azota
La frente del cantor; ¡oye mi acento!
El santo amor que entre mi pecho guardo
Te pintará su rústica armonía;
Por ti lo lanzo á la región del viento;
Tu amor lo dicta al corazón del Bardo,
Y el Bardo en él su corazón te envía.
¡Óyelo, patria! El último sonido
Será, tal vez, de mi laúd; muy pronto
Partiré á las regiones del olvido.
Mi juventud efímera se merma,
Y ya en su cárcel habitar no quiere
Un alma melancólica y enferma;
Antes que llegue mi postrero día
Y mi cantar se extinga con mi aliento,
¡Toma, patria, mi última poesía!
¡Ella es de mi *amor* el testamento!
¡Ella el *adiós* que tu cantor te envía!

Tres siglos ha que el hombre
Encerrado en el viejo continente,
Ni en ti soñaba, ni soñó tu nombre;
Tu ser fué una bellísima quimera
Á los que oían el confín del mundo
De Thule en la fantástica ribera;
Pero sonó una hora en el gigante
Reló que marca su existencia al orbe,
Y abrió sus ondas el airado Atlante.
El dedo del destino
Tocó de un hombre en la ardecida frente
Y entre las ondas le mostró un camino;
Él tan sólo quería,
Cruzando las regiones de Occidente,
Volver al sitio donde nace el día;
Al viento del azar tendió sus velas
Desde el confín del túrbido Oceano,
Y la suerte llevó sus carabelas
Á chocar con el mundo americano.
De ese mundo, bellissimo fragmento

Eres, ¡oh patria! que en el mar lanzara
Un cataclismo al estallar violento;
Mas trajiste tan sólo su belleza,
Sin copiar del inmenso continente
La pompa y el horror de su grandeza;
Ni el tigre carnicero,
Ni el león, ni el jaguar en tu montaña
Lanzan su grito aterrador y fiero;
Ni el boa se retuerce en la llanura,
Ni entre las aguas de tu manso río
Turbar el onda transparente y pura
Se ve al caimán indómito y bravío.
Ni arrojas al Atlante,
De la playa pacífica, el inmenso
Rey de los ríos, Marañón gigante.
Ni tus montes, con rüido subitáneo
Estremecidos en su base crujen,
Cuando con ronco respirar titáneo
El Orizaba y Cotopaxi rugen.
Y no estremece un Niágara tu suelo
Al desplomar la inmensa catarata
En la que el Iris, el pintor del cielo,
Une á las franjas de luciente plata,
Oro, y carmín, y púrpura y topacio,
Mientras en los cristales se retrata
Fiero el condor, monarca del espacio.
Tienes..... la caña en la feraz sabana,
Lago de miel que con la brisa ondea,
Mientras su espuma, la gentil guajana,
Como blanco pulmón se balancea.
Y la palma, que mece en el ambiente
Encerrada en el ánfora colgante
La linfa pura de su aérea fuente.
Y de tus montes en el ancha falda,
Donde el cedro y la péndola dominan,
Luce el cafeto la gentil guirnalda
Del combo ramo que á la tierra inclinan
Las bayas de carmín y de esmeralda.
Tú tienes, sí, sus noches voluptuosas,

Que amor feliz al corazón auguran,
Y en un verjel de lirios y de rosas
Manantiales de plata que murmuran:
Tórtolas que se quejan en los montes
Remedando suspiros lastimeros,
Palomas y turpiales y sinsontes
Que anidan en floridos limoneros.
Todo es en ti voluptuoso y leve,
Dulce, apacible, halagador y tierno,
Y tu mundo moral su encanto debe
Al dulce influjo de tu mundo externo.
Por eso, en aquel día
Que abordaron las naves castellanas
Á tus bellas riberas, patria mía,
Tus tribus aborígenes,
Dominando el temor que las llevara
Al seno obscuro de tus selvas vírgenes,
Tranquilas contemplaron,
Regresando apacibles á tu orilla,
Como los brazos de la cruz se alzaron
Bajo el rojo estandarte de Castilla.
Pura amistad, vehemente,
Unió los hombres que apartó el abismo:
Del inlio rudo en la tostada frente
Cayó el onda sagrado del bautismo.
Después, ya roto del temor el dique,
La llama del amor lució esplendente:
La dulce hermana del primer cacique
Llamó su esposo al paladín de Oriente.
Y tú fuiste el joyel que traspasaba
El casto beso de su amor primero,
Del señorial cintillo de Agueynaba
Á la corona del monarca ibero.

Y después..... y después..... nunca mi canto
Pinte el hondo luchar de las pasiones,
Ni el exterminio, la crueldad y el llanto,
Mancha de los humanos corazones.
Borremos del error las hondas huellas

Que á la infeliz humanidad desdoran,
Porque hombre soy..... y me avergüenzo de ellas.
Llegó un día fatal de horror y duelo,
En que, del oro tras el torpe lucro,
La vil esclavitud manchó tu suelo;
¡Y el huracán del golfo americano
Dejó las naves abordar tranquilas
Á las riberas del jardín indiano!
¡Y tú, patria, la perla de Occidente,
No volvistes al seno de los mares
Para lavar la mancha de tu frente!
Mas no en vano en Judea
Corrió la sangre de Jesús, sellando
El triunfo santo de su santa idea ;
Mas no en vano anhelante
Camina el mundo por el ancha vía
Del progreso, adelante;
Brilló una aurora de feliz memoria
En que cesaron lágrimas y duelos,
Borrándose una mancha de la historia,
Y mil y mil acentos
Dieron tu nombre, ¡libertad sagrada!
Á los montes, los valles y los vientos.
¡Y ni una sola represalia impía,
Ni una venganza profanó tu suelo!
¡Bendiciones y cantos, patria mía,
Perdiéronse en las bóvedas del cielo!
¡Extraño cuadro: que en el ancha tierra
Al vencer la opresión en lucha santa,
De entre el lago purpúreo de la guerra
La libertad sangrienta se levanta!
Dios debió sonreir, viendo á su hechura
Hacer del paria hermano cariñoso
Y del ángel tomar la investidura
Al realizar un acto tan hermoso:
Y bendecirte conmovido y tierno
Porque sólo en tu suelo hospitalario,
Al dulce influjo de tu mundo externo
Se vió la Redención sin el Calvario.

Otro paso adelante, sin que vibres
El arma fratricida;
En el concierto de los pueblos libres
Se levanta tu voz; savia de vida
Y juventud circula por tus venas,
Cuando la noble España conmovida
Quebranta del colono las cadenas.
Ya no eres, patria, un átomo perdido
Que al ver su propia pequeñez se aterra;
Ni un jardín escondido
En un pliegue del monte de la tierra.
Eres el pueblo que su voz levanta
Si la justicia y la razón le abona,
Que las exequias del pasado canta
Y el himno santo del progreso entona.
Tú no serás la nave prepotente
Que armada en guerra, al huracán' retando,
Conquista el puerto impávida y valiente,
Las ondas y los hombres dominando;
Pero serás la plácida barquilla
Que al impulso de brisa perfumada
Llegue al remanso de la blanca orilla;
Que ese es, patria, tu sino,
Libertad conquistar, ciencia y ventura,
Sin dejar en las zarzas del camino
Ni un jirón de tu blanca vestidura.
Y, patria..... si me engaño,
Si me reserva mi destino impío
Llorar tu ruina y contemplar tu daño;
Si he de escuchar tus ecos,
Devolverme entre lágrimas y horrores
El ronco acento de tus bronces huecos;
Si fuera mi laúd el destinado
Para cantar tu pena y tu agonía,
¡Ah, que le mire pronto destrozado
En mis trémulas manos, patria mía!
Y antes que el mal en tu recinto nazca
Y contemplarlo con espanto pueda,
¡Que disponga el Señor cuando le plazca

De este resto de vida que me queda!
Mas si Jehová concedió al poeta,
Al cantar á su patria y su destino
La doble vista del veraz profeta;
Si ha de unirse mi nombre con tu historia
Para ser el cantor de tu alegría,
Para ser el heraldo de tu gloria,
Dios me conceda al verte,
De venturas y triunfos coronarte,
¡Una vida sin fin para quererte,
Y una lira inmortal para cantarte!

VENEZUELA.

D. ANDRÉS BELLO.

D. ANDRES BELLO.

EL ANAUCO.

Irrite la codicia
Por rumbos ignorados
Á la sonante Tetis
Y bramadores austros;
El pino que habitaba
Del Betis fortunado
Las márgenes amenas
Vestidas de amaranto,
Impunemente admire
Los deliciosos campos
Del Ganges caudaloso,
De aromas coronado.
Tú, verde y apacible
Ribera del Anauco,
Para mí más alegre
Que los bosques Idalios
Y las vegas hermosas
De la plácida Pafos,
Resonarás continuo
Con mis humildes cantos;
Y cuando ya mi sombra
Sobre el funesto barco
Visite del Erebo
Los valles solitarios,

En tus umbrías selvas
Y retirados antros
Erraré cual un día,
Tal vez abandonando
La silenciosa margen
De los estigios lagos.
La turba dolorida
De los pueblos cercanos
Evocará mis manes
Con lastimero llanto;
Y ante la triste tumba,
De funerales ramos
Vestida, y olorosa
Con perfumes indianos,
Dirá llorando Filis:
«Aquí descansa Fabio.»
¡Mil veces venturoso!
Pero, tú, desdichado,
Por bárbaras naciones
Lejos del clima patrio
Débilmente vaciles
Al peso de los años.
Devoren tu cadáver
Los canes sanguinarios
Que apacienta Caribdis
En sus rudos peñascos;
Ni aplaque tus cenizas
Con ayes lastimados
La pérfida consorte
Ceñida de otros brazos.

Á LA NAVE.

IMITACIÓN DE HORACIO.

(O navis referent....)

¿Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? Torna,

Torna, atrevida nave,
Á la nativa costa.

Aun ves de la pasada
Tormenta mil memorias,
¿Y ya á correr fortuna
Segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes
Aleves tu derrota,
Do tarde los peligros
Avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que aun es tiempo,
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.

Presto erizando cerros
Vendrá á batir las rocas,
Y náufragas reliquias
Hará á Neptuno alfombra.

De flámulas de seda
La presumida pompa
No arredra los insultos
De tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?

¿Qué tu nombre, famoso
En reinos de la Aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,

Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante proa;

Y ya padrón infausto
Que al navegante asombra,
En un desnudo escollo
Está cubierta de ovas.

¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo
No tuerces? ¿Orgullosa
Descoges nuevas velas
Y sin pavor te engolfas?

¿No ves, ¡oh malhadada!
Que ya el cielo se entolda,
Y las nubes bramando
Relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana
Que hinchada se alborota,
Ni el vendaval te asusta
Que silba en las maromas?

¡Vuelve, objeto querido
De mi inquietud ansiosa;
Vuelve á la amiga playa
Antes que el sol se esconda!

ALOCUCIÓN Á LA POESÍA.

FRAGMENTOS DE UN POEMA TITULADO «AMÉRICA».

I.

Divina poesía,
Tú de la soledad habitadora,
Á consultar tus cantos enseñada,

Con el silencio de la selva umbría;
Tú á quien la verde gruta fué morada,
Y el eco de los montes compañía;
Tiempo es que dejes ya la culta Europa,
Que tu nativa rustiquez desama,
Y dirijas el vuelo adonde te abre
El mundo de Colón su grande escena.
También propicio allí respeta el cielo
La siempre verde rama
Con que al valor coronas:
También allí la florecida vega,
El bosque enmarañado, el sesgo río,
Colores mil á tus pinceles brinda;
Y Céfito revuela entre las rosas;
Y fúlgidas estrellas
Tachonan la carroza de la noche;
Y el Rey del cielo, entre cortinas bellas
De nacaradas nubes, se levanta,
Y la avecilla en no aprendidos tonos
Con dulce pico endechas de amor canta.

¿Que á ti, silvestre ninfa, son las pompas
De dorados alcázares reales?
¿A tributar también irás en ellos,
En medio de la turba cortesana,
El torpe incienso de servil lisonja?
No tal te vieron tus más bellos días
Cuando en la infancia de la gente humana,
Maestra de los pueblos y los reyes
Cantaste al mundo las primeras leyes.
No te detenga, ¡oh, diosa!
Esta región de luz y de miseria,
En donde tu ambiciosa
Rival Filosofía,
Que la virtud á cálculo somete,
De los mortales te ha usurpado el culto;
Donde la coronada hidra amenaza
Traer de nuevo al pensamiento esclavo
La antigua noche de barbarie y crimen:

Donde la libertad vano delirio,
Fe la servilidad, grandeza el fasto,
La corrupción cultura se apellida:
Descuelga de la encina carcomida
Tu dulce lira de oro, con que un tiempo
Los prados y las flores, el susurro
De la floresta opaca, el apacible
Murmurar del arroyo transparente,
Las gracias atractivas
De natura inocente
Á los hombres cantaste embelesados;
Y sobre el vasto Atlántico tendiendo
Las vagorosas alas, á otro cielo,
Á otro mundo, á otras gentes te encamina,
Do viste aún su primitivo traje
La tierra, al hombre sometida apenas;
Y las riquezas de los climas todos,
América, del sol joven esposa,
Del antiguo Oceano hija postrera,
En su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿Qué alta cumbre,
Qué prado ameno, qué repuesto bosque
Harás tu domicilio? ¿En qué felice
Playa estampada tu sandalia de oro
Será primero? ¿Donde el claro río
Que de Albión los héroes vió humillados,
Los azules pendones reverbera
De Buenos Aires, y orgulloso arrastra
De cien potentes aguas los tributos
Al atónito mar? ¿Ó donde emboza
Su doble cima el Avila (1) entre nubes,
Y la ciudad renace de Losada? (2)
¿Ó más te sonreirán, Musa, los valles
De Chile afortunado, que enriquecen

(1) Monte vecino á Caracas.—(*El Autor.*)

(2) Fundador de Caracas.—(*El Autor.*)

Rubias cosechas y sūaves frutos;
Do la inocencia y el candor ingenuo
Y la hospitalidad del mundo antiguo
Con el valor y el patriotismo habitan?
¿Ó la ciudad (1) que el águila posada
Sobre el nopal mostró al azteca (2) errante
Y el suelo de inexhaustas venas rico
Que casi hartaron la avarienta Europa?
Ya de la mar del Sur la bella reina,
Á cuyas hijas dió la gracia en dote
Naturaleza, habitación te brinda
Bajo su blando cielo, que no turban
Lluvias jamás ni embravecidos vientos.
¿Ó la elevada Quito
Harás tu albergue, que entre canas cumbres
Sentada, oye bramar las tempestades
Bajo sus pies, y etéreas auras bebe
Á tu celeste inspiración propicias?
Mas oye do tronando se abre paso
Entre murallas de peinada roca,
Y, envuelto en blanca nube de vapores
De vacilantes iris matizada,
Los valles va á buscar de Magdalena
Con salto audaz el Bogotá espumoso.
Allí memorias de tempranos días
Tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
Y nativa inocencia venturosos,
Sustento fácil dió á sus moradores,
Primera prole de su fértil seno,
Cundinamarca; antes que el corvo arado
Violase el suelo, ni extranjera nave
Las apartadas costas visitara.
Aun no aguzado la ambición había
Hierro feroz; aun no degenerado
Buscaba el hombre bajo oscuros techos

(1) Méjico.—(*El Autor.*)

(2) Nación americana fundadora de Méjico.—(*El Autor.*)

El albergue, que grutas y florestas
Saludable le daban y seguro,
Sin que señor la tierra conociese,
Los campos valla, ni los pueblos muro.
La libertad sin leyes florecía;
Todo era paz, contento y alegría;
Cuando de dichas tantas envidiosa
Huitaca (1) bella, de las aguas diosa,
Hinchando el Bogotá, sumerge el valle.
De la gente infeliz, parte pequeña
Asilo halló en los montes:
El abismo voraz sepulta el resto.
Tú cantarás cómo indignó el funesto
Estrago de su casi extinta raza
Á Nenqueteba, hijo del Sol, que rompe
Con su cetro divino la enriscada
Montaña, y á las ondas abre calle.
El Bogotá, que, inmenso lago un día,
De cumbre á cumbre dilató su imperio;
De las ya estrechas márgenes, que asalta
Con vana furia, la prisión desdeña,
Y por la brecha hirviendo se despeña.
Tú cantarás cómo á las nuevas gentes
Nenqueteba piadoso leyes, y artes,
Y culto dió; después que á la maligna
Ninfa mudó en lumbrera de la noche,
Y de la Luna por la vez primera
Surcó el Olimpo el argentado coche.

Ve, pues; ve, á celebrar las maravillas
Del Ecuador: canta el vistoso cielo
Que de los astros todos los hermosos
Coros alegran, donde á un tiempo el vasto
Dragón del Norte su dorada espira
Desvuelve en torno al luminar inmóvil

(1) Huitaca, mujer de Nenqueteba ó Bochica, legislador de los muiscas.—Véase Humboldt, *Vues des Cordillères*, t. 1.—(El Autor.)

Que el rumbo al marinero audaz señala,
Y la paloma cándida de Arauco
En las australes ondas moja el ala.
Si tus colores los más ricos mueles
Y tomas el mejor de tus pinceles,
Podrás los climas retratar, que entero
El vigor guardan genital primero
Con que la voz omnipotente, oída
Del hondo caos, hinchió la tierra, apenas
Sobre su informe faz aparecida,
Y de verdura la cubrió y de vida.
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso
Que vuestros verdes laberintos puebla,
Y en varias formas y estatura y galas
Hacer parece alarde de sí mismo,
Poner presumirá nombre ó guarismo?
En densa muchedumbre
Ceibas, acacias, mirtos se entretejen,
Bejucos, vides, gramas:
Las ramas á las ramas,
Pugnando por gozar de las felices
Auras y de la luz, perpetua guerra
Hacen, y á las raíces
Angosto viene el seno de la tierra.
¡Oh! ¡Quién contigo, amable Poesía,
Del Cauca á las orillas me llevara,
Y el blando aliento respirar me diera
De la siempre lozana primavera
Que allí su reino estableció y su corte!
Ó, si ya de cuidados enojosos
Exento, por las márgenes amenas
Del Aragua moviese
El tardo incierto paso;
Ó reclinado acaso
Bajo una fresca palma en la llanura,
Viese arder en la bóveda azulada
Tus cuatro lumbres bellas,
¡Oh cruz del Sur! Que las nocturnas horas
Mides al caminante

Por la espaciosa soledad errante;
Ó del cucuy las luminosas huellas
Viese cortar el aire tenebroso,
Y del lejano tambo á mis oídos
Viniera el son del yaraví amoroso! (1).

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
Algún Marón americano, ¡oh diosa!
También las mieses, los rebaños cante,
El rico suelo al hombre avasallado,
Y las dádivas mil con que la zona
De Febo amada al labrador corona:
Donde cándida miel llevan las cañas,
Y animado carmín la tuna cría,
Donde tremola el algodón su nieve,
Y el ananás sazona su ambrosía;
De sus racimos la variada copia
Rinde el palmar, da azucarados globos
El zapotillo, su manteca ofrece
La verde palta, da el añil su tinta,
Bajo su dulce carga desfallece
El banano, el café el aroma acendra
De sus albos jazmines, y el cacao
Cuaja en urnas de púrpura su almendra.

.....

Mas ¡ay! ¿Prefieres de la guerra impía
Los horrores decir, y al son del parche
Que los maternos pechos estremece,
Pintar las hueses que furiosas corren
Á destrucción y el suelo hinchen de luto?
¡Oh! ¡Si ofrecieses menos fértil tema
Á bélicos cantares, patria mía!
¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado
La sangre de tus hijos y la libera?
¿Qué páramo no dió en humanos miembros

(1) Tonada triste del Perú, y de los llanos de Colombia.—(El Autor.)

Pasto al condor? ¿Qué rústicos hogares
Salvar su obscuridad pudo á las furias
De la civil discordia embravecida?
Pero no en Roma obró prodigio tanto
El amor de la patria, no en la austera
Esparta, no en Numancia generosa;
Ni de la historia da página alguna,
Musa, más altos hechos á tu canto.
¿A qué provincia el premio de alabanza,
Ó á qué varón tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero,
Que, vencedor de cién sangrientas lides,
Muriendo, el suelo consagró de Talca;
Y la memoria eternizar desea
De aquellos granaderos de á caballo
Que mandó en Chacabuco Necochea.
¿Pero de Maipo la campiña sola
Cuán larga lista, ¡oh Musa! no te ofrece,
Para que en tus cantares se repita,
De campeones cuya frente adorna
El verde honor que nunca se marchita?
Donde ganó tan claro nombre Bueras,
Que con sus caballeros denodados
Rompió del enemigo las hileras;
Y donde el regimiento de Coquimbo
Tantos héroes contó como soldados.

.....

¿De Buenos Aires la gallarda gente
No ves, que el premio del valor te pide?
Castelli osado, que las fuerzas mide
Con aquel monstruo que la cara esconde
Sobre las nubes y á los hombres huella;
Moreno, que abogó con digno acento
De los opresos pueblos la querella;
Y tú, que de Suipacha en las llanuras
Diste á tu casa agüero de venturas,
Balcarce; y tú, Belgrano, y otros ciento

Que la tierra natal de glorias rica
Hicisteis con la espada ó con la pluma,
Si el justo galardón se os adjudica,
No temeréis que el tiempo le consuma.

.....

Ni sepultada quedará en olvido
La Paz, que tantos claros hijos llora,
Ni Santacruz, ni menos Chuquisaca
Ni Cochabamba, que de patrio celo
Ejemplos memorables atesora;
Ni Potosí, de minas no tan rico
Como de nobles pechos; ni Arequipa,
Que de Vizcardo con razón se alaba;
Ni á la que el Rimac las murallas lava,
Que *de los Reyes* fué, ya de sí propia;
Ni la ciudad que dió á los Incas cuna,
Leyes al Sur, y que si aun gime esclava,
Virtud no le faltó, sino fortuna.
Pero la libertad, bajo los golpes
Que la ensangrientan, cada vez más brava,
Más indomable, nuevos cuellos yergue,
Que al despotismo harán soltar la clava.
No largo tiempo usurpará el imperio
Del Sol la hispana gente advenediza,
Ni al ver su trono en tanto vituperio
De Manco Cápac gemirán los manes.
De Angulo y Pumacagua la ceniza
Nuevos y más felices capitanes
Vengarán, y á los hados de su pueblo
Abrirán vencedores el camino.
Huid, días de afán, días de luto,
Y acelerad los tiempos que adivino.

.....

Diosa de la memoria, himnos te pide
El imperio también de Moteczuma,
Que, rota la coyunda de Iturbide,
Entre los pueblos libres se numera.

Mucho, nación bizarra mejicana,
De tu poder y de tu ejemplo espera
La libertad; ni su esperanza es vana,
Si ajeno riesgo escarmentarte sabe,
Y no en un mar te engolfes que sembrado
De los fragmentos ves de tanta nave.
Llegada al puerto venturoso, un día
Los héroes contarás á que se debe
Del arresto primero la osadía;
Que á veteranas filas rostro hicieron
Con pobre, inculta, desarmada plebe,
Excepto de valor, de todo escasa;
Y el coloso de bronce sacudieron
Á que tres siglos daban firme basa.
Si á brazo más feliz, no más robusto,
Poderlo derrocar dieron los cielos,
De Hidalgo no por eso y de Morelos
Eclipsará la gloria olvido ingrato;
Ni el nombre callarán de Guanajuato
Los claros fastos de tu heroica lucha,
Ni de tanta ciudad, que, reducida
Á triste yermo, á un enemigo infama
Que, vencedor, sus pactos sólo olvida;
Que hace exterminio, y sumisión lo llama.

.....

Despierte (¡oh, Musa! tiempo es ya), despierte
Algún sublime ingenio, que levante
El vuelo á tan espléndido sujeto,
Y que de Popayán los hechos cante
Y de la no inferior Barquisimeto,
Y del pueblo (1) también, cuyos hogares
Á sus orillas mira el Manzanares;
No el de ondas pobre y de verdura exhausto,
Que de la regia corte sufre el fausto,
Y de su servidumbre está orgulloso,

(1) Cumaná.—(El Autor.)

Mas el que de aguas bellas abundoso,
Como su gente lo es de bellas almas,
Del cielo, en su cristal sereno, pinta
El puro azul, corriendo entre las palmas
De esta y aquella deliciosa quinta:
Que de Angostura las proezas cante,
De libertad inexpugnable asilo,
Donde la tempestad desoladora
Vino á estrellarse; y con suave estilo
De Bogotá los timbres diga al mundo,
De Guayaquil, de Maracaibo (ahora
Agobiada de bárbara cadena),
Y de cuantas provincias Cauca baña,
Orinoco, Esmeralda, Magdalena,
Y cuantas bajo el nombre colombiano
Con fraternal unión se dan la mano.

.....

Mira donde contrasta sin murallas
Mil porfiados ataques Barcelona.
Es un convento el último refugio
De la arrestada, aunque pequeña, tropa
Que la defiende: en torno el enemigo,
Cuantos conoce el fiero Marte acopia
Medios de destrucción; ya por cien partes
Cede al batir de las tonantes bocas
El débil muro, y superior en armas
Á cada brecha una legión se agolpa;
Cuanto el valor y el patriotismo pueden
El patriotismo y el valor agotan;
Mas ¡ay! sin fruto. Tú de aquella escena
Pintarás el horror, tú que á las sombras
Belleza das, y al cuadro de la muerte
Sabes encadenar la mente absorta.
Tú pintarás al vencedor furioso
Que ni al anciano trémulo perdona
Ni á la inocente edad, y en el regazo
De la insultada madre al hijo inmola.
Pocos reserva á vil suplicio el hierro:

Su rabia insana en los demás desfoga
Un enemigo que hacer siempre supo
Más que la lid, sangrienta la victoria.
Tú pintarás de Chamberlén el triste
Pero glorioso fin. La tierna esposa
Herido va á buscar; el débil cuerpo
Sobre el acero ensangrentado apoya;
Estréchala á su seno. «Libertarme
De un cadalso afrentoso puede sola
La muerte (dice); este postrero abrazo
Me la hará dulce: ¡adiós!» Cuando con pronta
Herida va á matarse, ella atajando
El brazo alzado ya, «¿Tú á la deshonra,
Tú á ignominiosa servidumbre, á insultos
Más que la muerte horribles me abandonas?
Para sufrir la afrenta falta (dice)
Valor en mí; para imitarte, sobra:
Muramos ambos.» Hieren
Á un tiempo dos aceros
Entrambos pechos; abrazados mueren.

.....

Pero al de Margarita, ¿qué otro nombre
Deslucirá? Donde hasta el sexo blando
Con los varones las fatigas duras
Y los peligros de la guerra parte;
Donde á los defensores de la patria
Forzoso fué, para lidiar, las armas
Al enemigo arrebatat lidiando;
Donde el caudillo á quien armó Fernando
De su poder y de sus fuerzas todas
Para que de venganza les saciara,
Al inexperto campesino vulgo
Que sus falanges denodado acosa,
El campo deja en fuga ignominiosa.

.....

Ni menor prez los tiempos venideros
A la virtud darán de Cartagena.

No la domó el valor: no al hambre cede
Que sus guerreros ciento á ciento siega:
Nadie á partidos viles presta oídos:
Cuantos un resto de vigor conservan,
Lánzanse al mar, y la enemiga flota
En mal seguros leños atraviesan.
Mas no el destierro su constancia abate,
Ni á la desgracia la cerviz doblegan;
Y si una orilla dejan, que profana
La usurpación, y las venganzas yerman,
Ya á verla volverán bajo estandartes
Que á coronar el patriotismo fuerzan
Á la fortuna, y les darán los cielos
Á indignas manos arrancar la presa:
En tanto por las calles silenciosas,
Acaudillando armada soldadesca,
Entre infectos cadáveres, y vivos
En que la estampa de la parca impresa
Se mira ya, su abominable triunfo
La restaurada Inquisición pasea;
Con sacrílegos himnos ios altares
Haciendo resonar, á su honda cueva
Desciende enhambrecida, y en las ansias
De atormentados mártires se ceba.

.....

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado
Á la sagrada lid tanto caudillo?
¡Ah! ¡Que entre escombros olvidar parece,
Turbio Catuche (1), tu camino usado!
¿Por qué en tu margen el rumor festivo
Calló? ¿Do está la torre bulliciosa
Que pregonar solía,
De antorchas coronada,
La pompa augusta del solemne día? (2).

(1) Riachuelo que corre por la parte de Caracas, en que hizo más estragos el terremoto de 1812.—(El Autor.)

(2) Cercanas al Anauco están las ruinas de San Lázaro, asilo en un tiempo de

Entre las rotas cúpulas que oyeron
Sacros ritos ayer, torpes reptiles
Anidan, y en la sala que gozosos
Banquetes vió y amores, hoy sacude
La grama del erial su infausta espiga.
Pero más bella y grande resplandeces
En tu desolación, ¡oh patria de héroes!
Tú que lidiando altiva en la vanguardia
De la familia de Colón, la diste
De fe constante no excedido ejemplo;
Y si en tu suelo desgarrado al choque
De destructivos terremotos, pudo
Tremolarse algún tiempo la bandera
De los tiranos, en tus nobles hijos
Viviste inexpugnable, de los hombres
Y de los elementos vencedora.
Renacerás, renacerás ahora:
Florecerán la paz y la abundancia
En tus talados campos: las divinas
Musas te harán favorecida estancia,
Y cubrirán de rosas tus ruinas.

.....

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA.

SILVA AMERICANA.

¡Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso, y cuanto ser se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda

pobres lázaros, y palacio, después, de los Capitanes generales de Venezuela, donde obsequiaban éstos, con fausto, á los célebres extranjeros que visitaban á Caracas.—
(*D. Aristides Rojas.*)

De granadas espigas; tú la uva
Das á la hirviente cuba:
No de purpúrea flor, ó gualda
Á tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por el lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte,
De inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales:
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa:
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Émula es de la lumbre del zafiro;
El vino es tuyo, que ía herida agave (1)
Para los hijos vierte
Del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,
Que cuando de süave
Humo en espiras vaborosas huya,
Solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo (2),
Y el perfume le das que en los festines
La fiebre insana templará á Lieo.
Para tus hijos la procera palma (3)
Su vario feudo cría,

(1) Maguey ó pita (*Agave americana*, L.) que da el pulpe.

(2) El café es originario de Arabia, y el más estimado en el comercio viene todavía de aquella parte del Yemen en que estuvo el reino de Sabá, que es cabalmente donde hoy está Moka.

(3) Ninguna familia de vegetales puede competir con las palmas en la variedad de productos útiles al hombre; pan, leche, vino, aceite, fruta, hortaliza, cera, leña, cuerdas, vestido, etc.

Y el ananás sazona su ambrosía:
Su blanco pan la yuca (1),
Sus rubias pomas la patata educa,
Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha (2)
En enramadas de verdor lozano,
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos y franjadas flores;
Y para ti el maíz, jefe altanero
De la espigada tribu, hinche su grano;
Y para ti el banano (3)
Desmaya al peso de su dulce carga;
El banano, primero
De cuantos concedió bellos presentes
Providencia á las gentes
Del Ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
El premio rinde opimo:
No es á la podadera, no al arado
Deudor de su racimo;
Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar á sus fatigas mano esclava:
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
Adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡oh! si cual no cede
El tuyo, fértil zona, á suelo alguno,

(1) No se debe confundir (como se ha hecho en un Diccionario de grande y merecida autoridad) la planta de cuya raíz se hace el pan de casave (que es la *Jatropha manibot* de Linneo, conocida ya generalmente en castellano bajo el nombre de *yuca*), con la *Yucca* de los botánicos.

(2) Este nombre se da en Venezuela á las *Pasifloras* ó *Pasionarias*, género abundantísimo en especies, todas bellas, y algunas de suavísimos frutos.

(3) El banano es el vegetal que principalmente cultivan para sí los esclavos de las plantaciones ó haciendas, y de que sacan mediata ó inmediatamente su subsistencia, y casi todas las cosas que les hacen tolerable la vida. Sabido es que el bananal no sólo da, á proporción del terreno que ocupa, más cantidad de alimento que ninguna otra siembra ó plantío, sino que de todos los vegetales alimenticios, éste es el que pide menos trabajo y menos cuidado.—(*El Autor.*)

Y como de natura esmero ha sido,
De tu indolente habitador lo fuera:
¡Oh! ¡Si al falaz ruido
La dicha al fin supiese verdadera
Anteponer, que del umbral le llama
Del labrador sencillo,
Lejos del necio y vano
Fausto, el mentido brillo,
El ocio pestilente ciudadano,
¿Por qué ilusión funesta
Aquellos que fortuna hizo señores,
De tan dichosa tierra y pingüe y varia,
Al cuidado abandonan
Y á la fe mercenaria
Las patrias heredades,
Y en el ciego tumulto se aprisionan
De míseras ciudades,
Do la ambición proterva
Sopla la llama de civiles bandos,
Ó al patriotismo la desidia enerva;
Do el lujo las costumbres atosiga,
Y combaten los vicios
La incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
Se endurece el mancebo á la fatiga;
Mas la salud estraga en el abrazo
De pérvida hermosura,
Que pone en almoneda los favores;
Mas pasatiempo estima
Prender aleve en casto seno el fuego
De ilícitos amores;
Ó embebecido le hallará la aurora
En mesa infame de ruinoso juego.
En tanto á la lisonja seductora
Del asiduo amator fácil oído
Da la consorte: crece
En la materna escuela
De la disipación y el galanteo
La tierna virgen, y al delito espuela

Es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se formen de este modo
Los ánimos heroicos denodados
Que fundan y sustentan los Estados?
¿De la algazara del festín beodo,
Ó de los coros de liviana danza,
La dura juventud saldrá, modesta,
Orgullo de la patria y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
De la severa ley regir el freno;
Brillar en torno aceros homicidas
En la dudosa lid verá sereno:
Ó animoso hará frente al genio altivo
Del engreído mando en la tribuna,
Aquel que ya en la cuna
Durmió al arrullo del cantar lascivo,
Que riza el pelo, y se unge y se atavía
Con femenil esmero,
Y en indolente ociosidad el día,
Ó en criminal lujuria pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;
Antes fió las riendas del Estado
Á la mano robusta
Que tostó el sol y encalleció el arado:
Y bajo el techo humoso campesino
Los hijos educó, que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡Los que afortunados poseedores
Habéis nacido de la tierra hermosa
En que reseña hacer de sus favores,
Como para ganáros y atraeros,
Quiso naturaleza bondadosa!
Romped el duro encanto
Que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
El mercader, que necesario al lujo,
Al lujo necesita,

Los que anhelando van tras el señuelo
Del alto cargo y del honor ruidoso,
La grey de aduladores parasita,
Gustosos pueblen ese infecto caos;
El campo es vuestra herencia: en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita:
No allá donde el magnate
Entre armados satélites se mueve,
Y de la moda, universal señora,
Va la razón al triunfal carro atada,
Y á la fortuna la insensata plebe,
Y el noble al aura popular adora.
¿Ó la virtud amáis? ¡Ah! ¡Que el retiro,
La solitaria calma
En que, juez de sí misma, pasa el alma
Á las acciones muestra,
Es de la vida la mejor maestra!
¿Buscáis durables goces,
Felicidad, cuanta es al hombre dada
Y á su terreno asiento, en que vecina
Está la risa al llanto, y siempre ¡ah! siempre,
Donde halaga la flor, punza la espina?
Id á gozar la suerte campesina;
La regalada paz, que ni rencores
Al labrador, ni envidias acibaran;
La cama que mullida le preparan
El contento, el trabajo, el aire puro;
Y el sabor de los fáciles manjares,
Que dispendiosa gula no le aceda;
Y el asilo seguro
De sus patrios hogares
Que á la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
Que vuelve al cuerpo laso
El perdido vigor, que á la enojosa
Vejez retarda el paso,
Y el rostro á la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí menos blanda por ventura
De amor la llama, que templó el recato?

¿O menos aficiona la hermosura
Que de extranjero ornato
Y afeites impostores no se cura?
¿Ó el corazón escucha indiferente
El lenguaje inocente
Que los afectos sin disfraz expresa
Y á la intención ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
La risa se compone, el paso, el gesto;
No falta allí carmín al rostro honesto
Que la modestia y la salud colora,
Ni la mirada que lanzó al soslayo
Tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperaréis que forme
Más venturosos lazos himeneo,
Do el interés barata,
Tirano del deseo,
Ajena mano y fe por nombre ó plata,
Que do conforme gusto, edad conforme,
Y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes

Hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
Heridas de la guerra: el fértil suelo,
Áspero ahora y bravo,
Al desacostumbrado yugo torne
Del arte humana y le tribute esclavo.
Del obstruido estanque y del molino
Recuerden ya las aguas el camino:
El intrincado bosque el hacha rompa,
Consuma el fuego: abrid en luengas calles
La obscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
Á la sedienta caña;
La manzana y la pera
En la fresca montaña
El cielo olviden de su madre España:
Adorne la ladera
El cafetal: ampare

A la tierna teobroma en la ribera.
La sombra maternal de su bucare (1):
Aquí el verjel, allá la huerta ría.....
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil á tu voz, agricultura,
Nodriz de las gentes, la caterva
Servil armada va de corvas hoces;
Mírola ya que invade la espesura
De la floresta opaca; oigo las voces;
Siento el rumor confuso, el hierro suena;
Los golpes el lejano
Eco redobla; gime el ceibo anciano,
Que á numerosa tropa
Largo tiempo fatiga:
Batido de cien hachas se estremece,
Estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera; deja el caro nido,
Deja la prole implume
El ave, y otro bosque no sabido
De los humanos, va á buscar doliente.....
¿Qué miro? Alto torrente
De sonora llama
Corre, y sobre las áridas ruinas
De la postrada selva se derrama.
El raudo incendio á gran distancia brama,
Y el humo en negro remolino sube,
Aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozanía,
Sólo difuntos troncos,
Sólo cenizas quedan, monumento
De la dicha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
De las tupidas plantas montaraces
Sucede ya el fructífero plantío

(1) El cacao (*Theobroma cacao L.*) suele plantarse en Venezuela á la sombra de árboles corpulentos llamados bucares.

En muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo á ramo alcanza,
Y á los rollizos tallos hurta el día:
Ya la primera flor desvuelve el seno,
Bello á la vista, alegre á la esperanza:
Á la esperanza, que riendo enjuga
Del fatigado agricultor la frente,
Y allá á lo lejos el opimo fruto,
Y la cosecha apañadora pinta,
Que lleva de los campos el tributo,
Colmado el cesto, y con la falda en cinta:
Y bajo el peso de los largos bienes
Con que al colono acude,
Hace crujir los vastos almacenes.

¡ Buen Dios! no en vano sude,
Mas á merced y á compasión te mueva
La gente agricultora
Del Ecuador, que del desmayo triste
Con renovado aliento vuelve ahora,
Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
Tantos años de fiera
Devastación y militar insulto,
Aun más que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
Halle á tus ojos gracia: no el risueño
Porvenir que las penas le aligera,
Cual de dorado sueño
Visión falaz, desvanecido llore:
Intempestiva lluvia no maltrate
El delicado embrión: el diente impío
Del insecto roedor no lo devore:
Sañudo vendaval no lo arrebate,
Ni agote al árbol el materno jugo
La calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
Árbitro de la suerte soberano,
Que suelto el cuello de extranjero yugo
Erguiese al cielo el hombre americano;

Bendecida de ti se arraigue y medre
Su libertad; en el más hondo encierra
De los abismos la malvada guerra,
Y el miedo de la espada asoladora
Al suspicaz cultivador no arredre
Del arte bienhechora,
Que las familias nutre y los Estados:
La azorada inquietud deje las almas,
Deje la triste herrumbre los arados.
Asaz de nuestros padres malhadados
Expíamos la bárbara conquista.
¿Cuántas doquier la vista
No asombran erizadas soledades,
Do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
Suplicios, orfandades,
¿Quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
Las sombras de Atahualpa y Moteczuma.
¡Ah! Desde el alto asiento
En que escabel te son alados coros
Que velan en pasmado acatamiento
La faz ante la lumbre de tu frente
(Si merece por dicha una mirada
Tuya la sin ventura humana gente),
El ángel nos envía,
El ángel de la paz, que al crudo ibero
Haga olvidar la antigua tiranía,
Y acatar reverente el que á los hombres
Sagrado diste, imprescriptible fuero:
Que alargar le haga al injuriado hermano
(¡Ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;
Y si la innata mansedumbre duerme,
La despierte en el pecho americano.
El corazón lozano
Que una feliz obscuridad desdeña,
Que en el azar sangriento del combate
Alborozado late,
Y codicioso de poder ó fama,

Nobles peligros ama;
Baldón estime sólo y vituperio
El prez que de la patria no reciba,
La libertad más dulce que el imperio,
Y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
Deponga de la guerra la librea:
El ramo de victoria
Colgado al ara de la patria sea,
Y sola adorne al mérito la gloria.
De su triunfo entonces, patria mía,
Verá la paz el suspirado día;
La paz, á cuya vista el mundo llena
Alma, serenidad y regocijo,
Vuelve alentado el hombre á la faena,
Alza el ancla la nave, á las amigas
Auras encomendándose animosa,
Enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
Y no basta la hoz á las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida .
Alzáis sobre el atónito Occidente
De tempranos laureles la cabeza!
Honrad al campo, honrad la simple vida
Del labrador y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes á la senda
De la inmortalidad, ardua y fragosa,
Se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
Vuestra posteridad, y nuevos nombres
Añadiendo la fama
Á los que ahora aclama,
«Hijos son éstos, hijos
(Pregonará á los hombres)
De los que vencedores superaron
De los Andes la cima:

De los que en Boyacá, los que en la arena
De Maipo y en Junín, y en la campaña
Gloriosa de Apurima,
Postrar supieron al león de España.

LA LUZ.

(Traducción de un fragmento del poema de Delille, titulado: *Los Tres Reinos de la Naturaleza.*)

La ciudad por el campo dejé un día;
Y recorriendo vagoroso el bello
Distrito que á la vista se me ofrece,
El prado cruzo, y la montaña trepo.
Llevé por la espesura de la selva
De mi libre vagar el rumbo incierto;
Del arroyuelo el tortuoso giro,
Seguí; pasé el torrente; oí el estruendo
De la cascada; contemplé la tierra;
Y osé curioso interrogar al cielo.
El sol se puso, y envolvió la noche
La creación; mas por su triple imperio,
Discurre aun la mente vagarosa.
Descendió de los astros el silencio,
Derramando en mi ser sabrosa calma;
Y de mil formas peregrinas veo
El mágico prestigio todavía,
Y aun no da tregua á la memoria el sueño.
Parecióme mirar al Genio augusto
De la Naturaleza, entre severo
Y apacible el semblante, en luminosa
Ropa velados los divinos miembros!
De sus siete matices, Iris bella
Bordóle el manto. Urania, el rubio pelo
Le coronó de estrellas. Doce signos
El ciuto le divisan. Arma el fuego
De Júpiter su diestra, y su mirada

Meteoros de luz esparce al viento.
Bajo sus huellas, brota el campo rosas;
Ábrense á su mandado mil veneros
De cristalinas ondas. Las fragantes
Alas Favonio agita; ó silba el Euro,
Acaudillando procelosas nubes.
Se inflama el aire, y ronco estalla el trueno,
Puéblase el ancho suelo de vivientes,
Y el hondo mar. En derredor, el tiempo
Con mano infatigable alza, derriba,
Cría, destruye. Sus despojos yertos.
La tumba reanima, y da la Parca
Eterna juventud al universo.
Cuanto le miro más, mayor parece.
—¡Mirad!—me dice al fin.—Si hasta aquí tierno
Las formas exteriores que este globo
Muestra á tu vista, á tu pincel someto;
Á empresa superior, la fantasía
Levanta ya. Sus íntimos cimientos
Cala, y de su escondida arquitectura
Revela á los humanos los misterios;
Los primitivos elementos canta,
Su mutua lid, sus treguas y concierto;
Mide con huella audaz la escala inmensa
Que sube desde el polvo hasta el Eterno;
Haz que en sus vetas el metal se cuaje;
Desarrolla la flor; somete al carro
Del hombre el bruto; eleva á Dios el hombre.
Yo á tu pintura infundiré mi aliento;
Y durará cuanto yo dure.—Dijo;
Y á obedecerle voy; más lejos, lejos
De mí, sistemas vanos, parto espurio
De la razón, que demasiado tiempo
Pusisteis en cadenas afrentosas,
De sí mismo olvidado, el pensamiento.
Sobre apoyos aéreos erigido,
Obra de presuntuosa fantasía
Que desprecia el examen, un sistema
Hasta los cielos la cabeza empina;

Y de los hombres usurpando el culto,
Reina siglos tal vez; mas no bien brilla
La clara luz de un hecho inesperado,
La hueca mole en humo se disipa.
Los vórtices pasaron de Cartesio.
Pasaron las esferas cristalinas
De Ptolomeo; y con flamantes alas
En torno al sol la grave tierra gira.
De sus frágiles basas derrocados,
Así también vendrán abajo un día
Tantos sueños famosos como aquella
Estatua del monarca de la Asiria,
Que de oro, plata y bronce fabricada,
Se sustentaba en flacos pies de arcilla;
Y desprendida de una cumbre apenas
El tosco barro hirió menuda guija,
Se estremece el coloso, y desplomado
Cubre en torno la tierra de ruínas.
Sigamos, pues, de la experiencia sola
El seguro fanal. Ella me dicta.
Yo escribo. Á sus oráculos atento,
Celebro ya la luz. Á la luz rinda
Su homenaje primero el canto mío,
Y la sutil esencia peregrina
Que los cuerpos fomenta, alumbra, cala;
Que el verde tallo de la planta anima;
Su pureza vital conserva al aire;
Llena el espacio inmenso en que caminan
Los mundos; y en su rápida carrera,
Á la mirada del Eterno imita,
Á cuya voz rasgó su primer rayo
El hondo seno de la noche antigua;
Fuente de la beldad, pincel del mundo,
De la naturaleza espejo y vida.

Á la celeste bóveda, mi vuelo
Dirige tú, Delambre, que combinas
Gusto y saber, y la elegancia amable
Con el severo cálculo maridas.

Y, pues, Newton de su potente mano
Á la tuya pasó, no menos digna,
Las riendas de los orbes luminosos,
Tiende á tu admirador la diestra amiga.
Subir me da sobre tu carro alado,
Y la hueste de esferas infinitas
Que en raudos cursos surcan golfos de oro,
Ó equilibradas penden de sí mismas,
Veré contigo, y su diurna vuelta,
Y su anuo giro, y de qué ley regidas,
Ora se buscan con amantes ansias,
Ora el consorcio apetecido esquivan.
No te conduce allá la gloria sólo
De interpretar ocultas maravillas,
Ni en la región te engolfas de la duda
En que sistemas con sistemas lidian;
Mas del Gran Ser la soberana idea
Y el parto eterno exploras que armoniza
Ese de luz imperio portentoso,
Donde al orden común todo conspira;
Donde el cometa mismo, que, la roja
Melena desgreñando, pone grima,
Guarda en su vasta fuga el señalado
Rumbo, y el patrio hogar jamás olvida.
Pura es allí de la verdad la fuente,
Cuyo ideal modelo te cautiva;
Mas ¡ah! que en esos rutilantes orbes
Do el ángel de la luz con ojos mira
De piedad este cieno que habitamos,
Do te ofrece un abismo cada línea,
Cada astro un punto, y cada punto un mundo,
No es posible, Delambre, que te siga
En pos de objetos, que á Virgilio mismo
Dieron pavor: no vuelo ya. Campiñas,
Y prados, y boscajes me enamoran.
Ellos, como al Mantuano, me convidan.
Á gozar voy su asilo venturoso;
Y mientras tú con alas atrevidas
Corres tu reino etéreo, y pides cuenta

De su prestado resplandor á Cintia,
Ó del soberbio carro del Tonante
Contemplas la lumbrosa comitiva,
Te veré yo, desde mi fuente amada,
En los astros dejar tu fama escrita;
Y menos animoso, á cantar sólo
La bella luz acordaré mi lira.

Á cada ser su colorida ropa
Viste la luz. Si toda le penetra,
Obscuro luto; si refleja toda,
Pura le cubre y cándida librea.
Rompe también á veces y divide
Su trama de oro en separadas hebras;
Y reflejada en parte, en parte al seno
Osando descender de la materia,
Visos le da y matices diferentes.
Mas otras veces rápida atraviesa
El interior tejido; y lo más duro,
Variamente doblada, transparente.
Ora á la superficie en que resulte,
Con ángulos iguales busca y deja;
Ora á diverso medio transmitida,
Según es denso, así los rayos quiebra.

Antes que de Newton el alto ingenio
De la luz los prodigios descubriera,
Mostróse siempre en haces concentrada.
Él descogió la espléndida madeja,
Y de la magia de su prisma armado,
Del iris desplegó la cinta etérea.
Mas, á las maravillas de tu prisma,
Precedió, inglés profundo, la ampolluela
De jabón, con que el niño, sin saberlo,
Desenvolviendo los colores, juega.
Lo que inocente pasatiempo al niño,
Fué á ti lección: así Naturaleza
Fía al atento estudio sus arcanos,
O un acaso felice los revela.

De los siete colores la familia,
Si toda se reúne, el brillo engendra
De la radiante luz; y si con varia
Asociación sus varios tintes mezcla,
Ya del metal el esplendor produce,
Ya el oro de la mies que el viento ondea,
Ya los matices que la flor adornan,
Ya los celajes que la nube ostenta,
Y de los campos el verdor alegre,
Y el velo azul de la celeste esfera.
Su púrpura el racimo, y su vistosa
Cuna de nácar le debió la perla.
Y, ¿quién los dones de la luz no sabe?
Triste la planta y lánguida sin ella,
Niega á la flor colores, niega al fruto
Dulce sabor, y adonde alcanza á verla,
Allá los ojos y los tiernos ramos
Descolorida tiende y macilenta.
¿Ves de enfermiza palidez cubrirse
La endibia en la honda estancia prisionera?
¿Ves en la zona do á torrentes de oro
Derrama el sol su luz, cual hermosea
Florida pompa el oloroso bosque?
Empapadas allí de blanda esencia,
Bate las aras céfiro lascivo;
Dorada pluma el avecilla peña;
Abril florece sin cultura eterno;
Y toda es vida y júbilo la selva;
Mientras del Norte la región sombría
De funeral horror yace cubierta.
Pero ¿qué digo? Allá en el Norte helado,
Es do mejor sus maravillas muestra
La bella luz. Brillantes meteoros
El largo imperio de la noche alegran;
Y la atezada obscuridad en llamas
Rompe de celestial magnificencia,
Con quien el alba misma no compite
En el clima feliz que la despierta.
Ora la lumbre boreal el aire

Cautiva tiene en tenebrosa niebla;
Ora le da salida, y la derrama
En fúlgidas vislumbres; ora vuela
En rayos dividida; ora se tiende
En ancha zona. Aquí relampaguea
Bruñida plata; allá con el zafiro,
El amatiste y el topacio alternan;
Y del rubí la ensangrentada llama
Ya un alterado piélagos semeja,
Que, de furiosa ráfaga al embate,
Montes lanza de fuego á las estrellas.
Ya estandartes tremola luminosos,
Bóvedas alza; en carros de oro rueda;
Columnas finge; ó risco sobre risco,
Fábrica de gigantes aglomera,
Y hace el horror de la estación sombría
De maravillas variada escena.

Creyélas la ignorancia largo tiempo
Ígneas exhalaciones, que, en la densa
Nieve del septentrión reverberadas,
Á las naciones presagiaban guerra,
Iras, tumulto; y vacilar hacían
Al tirano en la frente la diadema.
Otros el polo helado imaginaron
Ver envuelto en el limbo de la inmensa
Atmósfera solar, cuyos reflejos
Denso el aire ó sutil, rechaza, alberga,
Difunde en modos varios, ó acumula,
Y su luz tiñe, y formas mil le presta.

Refieren los poetas (de natura
Elegantes intérpretes), que Jove
Á dos bellas hermanas hizo reinas,
Una del rico Oriente, otra del Norte.
La boreal Aurora cierto día
(Añaden), viendo que su hermana el goce
De la divinidad obtiene sola,
Y el incienso le usurpa de los hombres,

Al Sol, su padre, va á quejarse; y mientras
Que de sus ojos tierno llanto corre:
—¡Oh eterno rey del día! ¡Oh, padre!—exclama,
¿Hasta cuándo será que me deshonren
Los que hija de la tierra me apellidan,
Y parto vil de frígidos vapores?
¿Hasta cuando querrás que oprobio tanto
Infame tu linaje? El manto rompe
De púrpura que visto; y de mis galas
La inútil pompa en luto se transforme.
Arranca de mis sienes la corona,
Si por hija ¡ay de mí! me desconoces.
¡Oh, cuánto es más feliz la hermana mía!
La hospeda el cielo, y la bendice el orbe;
Conságranle sus cánticos tus Musas;
Y en blando coro, la saluda el bosque.
¿Y á qué beldad honores tales debe?
¿Por qué la adora el mundo, y de mi nombre
Se acuerda apenas? ¿Vale tanto acaso
El falso lustre de caducas flores
Que á un leve soplo el ábrego deshoja?
Siempre descoloridos arreboles
La ven nacer; y de abalorios vanos,
Las trenzas orna que á tu luz descoge.
Mas yo, de oro, y de púrpura y diamantes
Recamo el cielo. Yo, á la parda noche,
Hago dejar sus lúgubres capuces,
Y alas de luz vestir. Por mí, depone
Su sobrecejo la arrugada bruma.
Por mí, Naturaleza, en medio el torpe
Letargo del invierno, abre los ojos,
Y tu brillante imperio reconoce.
Mi hermana, dicen, á servirte atenta,
Madruga cada día, y tus veloces
Caballos unce, y á la tierra el velo
De la tiniebla fúnebre descorre.
Sí, sábelo el Olimpo, que, dejando
La cama de Titón, va con el joven
Céfalo á solazarse, y no se cura

De que á la tarda luz el mundo invoque.
¿Por qué, pues, ha de ser la hermana mía
Única en tu cariño y tus favores?
¿Por qué, si hija soy tuya, no me es dado
Beber contigo el néctar de los dioses?
—Cese tu duelo, cese, ¡oh, sangre mía!
Tus lágrimas enjuga (el Sol responde).
Yo vengaré tu largo vituperio.
Un mortal he elegido que pregone
La alteza de tu cuna, y á su cargo
Con noble empeño tu defensa tome.
Él diga tu linaje; y las estrellas,
Cual hija de su rey, de hoy más te adoren.—
Dice: Ella parte. El rey del cielo un rayo
De su frente inmortal desprende entonces
(De aquellos con que á espíritus felices
De estro divino inflama, y lleva á donde
Los haces de tus obras confidentes,
Naturaleza, y tus arcanos oyen).
El nombre en él grabó de su hija amada,
Y la estirpe, y las gracias; y lanzóle
Al ilustre Mairan. El dardo vuela;
Hiérole; y ya inspirado, los blasones
De la hiperbórea diosa canta el sabio.
La Aurora de los climas de Bootes,
Como la del Oriente, es ensalzada,
Y adoradores tiene, imperio y corte.

Así cantaron las divinas Musas.
Otros la vasta atmósfera suponen
De eléctricos principios agitada,
Que en intestina lid hierven discordes;
Y el cielo hinchiendo de tumulto y guerra,
Alzan sobre el atónito horizonte
Lucidos meteoros; mas, en medio
De encontradas hipótesis, esconde
Su lumbre la verdad; y el juicio ignora
Donde la planta mal segura apoye.

CARTA

ESCRITA DE LONDRES Á PARÍS POR UN AMERICANO Á OTRO.

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
Que del dulce solaz destituido
De tu tierna amistad, vivir no puedo.

¡Mal haya ese París tan divertido,
Con todas sus famosas fruslerías,
Que á soledad me tienen reducido!

Mal rayo abraze, amén, sus Tullerías,
Y mala peste en sus teatros haga
Sonar, en vez de amores, letanías,

Y, cual suele el palacio de una maga
Á la virtud de superior conjuro,
Toda esa pompa en humo se deshaga;

Y tú al abrir los ojos, no en obscuro
Aposento entre sábanas fragantes
Te encuentres, blando alumno de Epicuro;

Sino cual paladín de los que errantes
De yermo en yermo, abandonando el nido
Patrio, iban á caza de gigantes,

Te halles al raso, á tu sabor tendido,
Rodeado de cardos y de jaras,
Cantándote una rana á cada oído,

Y suspirando entonces por las caras
Ondas del Guayas (Guayaquil un día,
Antes que al héroe de Junín cantaras),

Digas: «¡oh venturosa patria mía!
¿Quién me trajo á vivir do todo es hecho
De antojos, de embeleco y de falsía?

»Á Londres de esta vez me voy derecho,
Donde, aunque no me aguarda el bien amante
De mi Virginia, mi paterno techo,

»Me aguarda amigo fiel, veraz, constante,
Que al verme sentirá más alegría
Que la que él me descubra en el semblante.

»Con él esperaré que llegue el día
De dar la vuelta á mi nativo suelo
Y á los abrazos de la esposa mía.

«Y mientras tanto bien me otorga el cielo,
¡Oh musas! ¡Oh amistad! Á mis pesares
En vuestros goces hallaré consuelo.»

¡Ven, ven, ingrato Olmedo! Así los mares
Favorables te allanen su ancha espalda
Cuando á tu bella patria retornares,

Y cuanta fresca rosa la esmeralda
Matiza de sus campos florecidos,
Guayaquil entreteja á tu guirnalda;

Y á recibirte salgan los queridos
Amigos con cantares de alegría,
Por cien veces y ciento repetidos.

Ven, y de nuestra dulce poesía
Al apacible delicioso culto,
Vuelva ya tu inspirada fantasía.

Otro se goce en el feroz tumulto
De la batalla, y la sangrienta gloria,
Á la llorosa humanidad insulto.

Otro encomiende á la tenaz memoria
De antiguos y modernos la doctrina,
De absurdos y verdades pepitoria.

Mientras otro que ciego te imagina
En sólidos objetos ocupado,
Y también á su modo desatina,

Intereses calcula desvelado
Y por telas del Támesis ó el Indo
Cambia el metal de nuestro suelo amado:

Te manda el cielo que el laurel del Pindo
Trasplantes á los climas de Occidente
Do crece el ananás y el tamarindo;

Do en nieves rebozado alza la frente
El jayán de los Andes, y la vía
Abre ya á nuevos hados nueva gente.

¡Feliz, oh Musa, el que miraste pía
Cuando á la nueva luz recién nacido
Los tiernezuelos párpados abría!

No ciega nunca el pecho embebecido
En la visión de la ideal belleza,
De incesantes contiendas el ruido.

El niño Amor la lira le adereza,
Y dictanle cantares inocentes,
Virtud, humanidad, naturaleza.

Oye el vano bullicio de esa gente
Desventurada, á quien la paz irrita;
Y se aduerme al susurro de la fuente,

Ó, por mejor decir, un mundo habita
Suyo, donde más bello el suelo y rico
La edad feliz del oro resucita;

Donde no se conoce esteva ó pico,
Y vive mansa gente en leda holgura
Vistiendo aún el pastoral pellico,

Ni halló jamás cabida la perjura
Fe, la codicia ó la ambición tirana
Que nacida al imperio se figura,

Ni á la plebe deslumbra, insulsa y vana,
De la extranjera seda el atavío,
Con que tal vez el crimen se engalana;

Ni se obedece á intruso poderío,
Que ora promulga leyes y ora anula,
Siendo la ley suprema su albedrío;

Ni al patriotismo el interés simula
Que hoy á la libertad himnos entona
Y mañana al poder sumiso adula,

Ni victorioso capitán pregona
Lides que por la patria ha sustentado
Y en galardón le pide una corona.

¡Oh! ¡Cuánto de este mundo afortunado
El fango inmundo en que yacemos dista,
Para destierro á la virtud criado!

Huyamos de él, huyamos do á la vista
No ponga horror y asombro tanta escena
Que al bien nacido corazón contrista.

¿Ves cómo en nuestra patria desenfrena
Sus fuerzas la ambición, y al cuello exento
Forjando está otra vez servil cadena?

¿No gimes de mirar cuál lleva el viento
Tantos ardientes votos, sangre tanta,
Cuadros llenos de horror y asolamiento,

Campos de destrucción que al orbe espanta,
Miseria y luto, y orfandad llorosa
Que en vano al cielo su clamor levanta?

Como el niño inocente que la hermosa
Fábrica ve del iris, que á la esfera
Sube esmaltado de jacinto y rosa,

Y en su demanda va por la pradera,
Y cuando cree llegar, y á la encantada
Aparición poner la mano espera,

Huye el prestigio aéreo, y la burlada
Vista lo busca por el aire puro,
Y su error reconoce avergonzada;

Así yo á nuestra patria me figuro
Que en pos del bien que imaginó se lanza
Y cuando cree que aquel feliz futuro,

De paz y gloria y libertad alcanza,
Su ilusión se deshace en un momento
Y ve que es un delirio su esperanza;

Fingido bien que ansioso el pensamiento
Pensaba asir, y aéreo espectro apaña,
¡Luz á los ojos y á las manos viento!

Huyamos, pues, á do las auras baña
De alma serenidad lumbre dichosa,
Que, si ella engaña, dulcemente engaña;

Y este triste velar por la sabrosa
Ilusión permutemos, que se sueña
En los floridos antros de tu diosa.

Dame la mano; y sobre la ardua peña
Donde el sagrado alcázar se sublima,
Podrán dejar mis pies alguna seña;

Mas ¡ay! en vano mi flaqueza anima
Tu vuelo audaz, que, al fatigado aliento,
Pone pavor la levantada cima.

Sigue con generoso atrevimiento
Á do te aguarda, en medio el alto coro
De las alegres Musas, digno asiento.

Ya para recibirte su canoro
Concento se suspende, y la armonía
De las acordes nueve liras de oro.

.....
.....
.....

Á OLIMPIO (1).

IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO.

I.

¿Recuerdas, Olimpio, aquella
Única amistad constante,
Que no copió en su semblante
Las mudanzas de tu estrella?

¿Aquel amigo, consuelo
Que en la miseria ha dejado
A tu corazón llagado
Por último bien el cielo?

(1) *Olimpio* es un patriota eminente, denigrado por la calumnia, y que se consuela de las desgracias en las meditaciones de una filosofía indulgente y magnánima. No sabemos quién fuese el personaje que Víctor Húgo se propuso representar bajo este nombre. En las revoluciones americanas no han faltado *Olimpios*.—(El Autor.)

Testigo de los azares
De la encarnizada lidia
En que te postró la envidia,
Que hoy te abrumba de pesares,

Así te dijo:—y en tanto,
Una luz serena y clara
Desarrugaba tu cara
Mojando la suya el llanto.

II.

«¿Eres tú aquél cuya gloria
Ensalzaron nobles plumas
Y miraban de reojo
Mil envidias taciturnas?

»Acatábante en silencio
Las gentes: la infancia ruda
Á escucharte se paraba,
Como la vejez caduca.

»Eras meteoro ardiente
Que en una noche profunda
Se lleva tras sí los ojos
Cuando por el cielo cruza.

»Y ahora, arrancada palma,
Doblas tu cabeza mustia:
No te da apoyo la tierra,
No das al aire verdura.

»¡Cuántas frentes á la sombra
Acostumbraba la tuya!
Y ahora, ¡qué de sonrisas
Irónicas te saludan!

»Ajado está el bello lustre
De tu blanca vestidura;
Los que galán te adoraron
Andrajoso te hacen burla.

»La detracción en tu vida
Clavó sus garras impuras;
Es texto á malignas glosas
Tu reputación difunta;

»Y como helado cadáver,
Desfigurada, insepulta,
Sabandijas asquerosas
Por todas partes la surcan.

»Revelada por la llama
Que á tu memoria circunda,
Tu existencia es un terrero
Que cuantos pasan insultan;

»Y cien silbadoras flechas
Vienen á herirla una á una,
Que en tu corazón inerme
Hondas encarnan la punta.

»Y con festivos aplausos
Cuenta el vulgo las agudas
Heridas, y los dolores,
Y las ansias moribundas,

»Como suelen bandoleros,
Al ver la presa segura,
Contar monedas y joyas
Que reciente sangre enturbia.

»El alma, que de lo recto
Era un tiempo norma augusta,
Es ya como la taberna
Que por la noche relumbra;

»A cuya reja se apiñan
Curiosos, por si se escucha
El canto de locas orgias
Ó de las riñas la bulla.

»Cortaron tus esperanzas,
Flor de que nadie se cura,
Manos crueles, y al suelo
Las dan en trizas menudas.

»Nadie te llora; tu suerte
Ningún corazón enluta;
Tu nombre es un epitafio
De desmoronada tumba.

»Y el que con dolor fingido
Alguna vez lo pronuncia,
Es como el que muestra escombros
De arruinada arquitectura,

»Que un tiempo adornaron jaspes
Y sustentaron columnas,
Y ya malezas la cubren,
Y vientos y aguas la injurian.

III.

»Mas ¿qué digo? En la miseria
Más elevado y sublime
Te muestras á quien la altura
De tus pensamientos mide.

»Tu existencia, combatiendo
Á los contrapuestos diques,
Suenas como el Oceano
Que asalta los arrecifes.

» Los que observaron de cerca
La lucha, vuelven y dicen
Que inclinándose á la margen
Vieron tremenda caribdis;

» Mas puede ser que la vista
Calando ese abismo horrible,
La perla de la inocencia
En lo más hondo divise.

» Turba los ojos la niebla
De que pareces vestirte;
Mas sobre ella un claro cielo
Serenas lumbres despide.

» ¿Qué importa, al cabo, que el mundo
Contra tu entereza lidie,
Alzando nubes de polvo
Que cualquier soplo dirige?

» Para juzgar, ¡ qué derecho,
Qué título nos asiste?
¿Qué objeto no es un enigma
Para los ojos más lince?

» ¿La certidumbre?... ¡ Insensatos,
Que imagináis tierra firme
La que celajes vistosos
En vuestro discurso finge!

» Así puede asirla el juicio
Del hombre, como es posible
Á la mano asir el agua
Sin que presta se deslice.

» Moja apenas, y al instante
Huye, y al pecho que gime,
Y al ardiente labio, nada
Deja que la sed mitigue.

» ¿Es día? ¿Es noche? Los ojos
Nada absoluto distinguen:
Toda raíz lleva frutos,
Y todo fruto raíces.

» Apariencias nos fascinan,
Ya sombras densas contristen
La vista, ó ya luminosos
Colores la regocijen.

» Un objeto mismo á visos
Diferentes llora y ríe:
Por un lado, terso lustre;
Por el otro, obscuro tizne.

» La nube en que el marinero
Ve rota nave irse á pique,
Para el colono es un campo
Que doradas mieses rinde.

» ¿Quién habrá que los misterios
Del pecho humano escudriñe?
¿Quién que las transformaciones
Varias de un alma adivine?

» Larva informe surca el lodo;
Y tal vez mañana, libre
Mariposa, alas de seda
Despliegue y aromas libe.

IV.

» Pero tú penas; ¿y cómo
Pudo ser que no penaras,
¡Oh, víctima sin ventura
De persecución villana!

» Tú, á quien la calumnia muerde
Lo más sensible del alma?
¿Tú, en quien el sarcasmo agota
Sus flechas enherboladas?

» Herido león, huiste
Á la selva solitaria;
Y allí memorias acerbas
Te hacen más honda la llaga.

» Á ellas entregado vives;
¡Y, ¡ay! cuántas veces te halla
La noche en la actitud misma
En que te halló la mañana!

» ¡Dichoso, cuando á la sombra
En que tu pecho descansa
(La sombra, de los que piensan
Favorecida morada),

» Atento al tapiz musgoso
Que las rocas engalana,
Al sosiego de los campos,
Ó al tumulto de las aguas;

» Á la lozana verdura
De hierbas jamás holladas,
Ó á la nieve que los montes
Empinados amortaja;

» Á la bostezante gruta
De tenebrosa garganta,
Y de verde cabellera,
Con florecida guirnalda:

» Ó á la mar, do las antorchas
Del mundo su curso acaban,
Que como un pecho viviente
Respirando sube y baja;

»Ó siguiendo con los ojos
Desde la arenosa playa,
Al ligero esquife, alegre
Depósito de esperanzas,

»Que las velas tiende, y huye,
Huye, y rompe la delgada
Hebra que ata el duro pecho
Del marinero á la patria;

»Sobre el risco, donde tantos
Dispersos rumores vagan;
Bajo la espesura umbrosa,
Donde ni el silencio calla:

»Á los ecos das un eco;
Á las confusas palabras
De místicas armonías
Vibra tu mente inspirada;

»Y concurre al inmenso
Coro que todo lo abraza,
Lo que remontado vuela,
Y lo que humilde se arrastra;

»Coro de infinitas voces
Que suspende y arrebatá,
Y en que la naturaleza
Á todos los seres habla,

V.

»Consuélate, que algún día,
Y no distante quizá,
El imperio de las almas
Á la tuya volverá;

»Y ha de verse, ante los ojos
Más obcecados brillar
Con nueva luz, de tu frente
La nativa majestad:

»Como joyel, á que el polvo
Deslustró la tersa faz,
Nuevamente acicalado
Para fiesta nupcial.

»En vano tus enemigos,
De la sátira mordaz
Contra tu pecho inocente
Aguzaron el puñal;

»Y divulgaron secretos
Fiados á la amistad,
Como quien derrama el agua
Sobre el camino real.

»En vano, en vano su furia
Humillada lanzarán
Contra tu nombre, á manera
De enhambrecido chacal,

»Que para saciar la rabia
De su apetito voraz,
Desgarra la última carne
Del hueso roído ya.

»Esos hombres que te ponen
Piedras en que tropezar
Y de asechanzas te cercan,
No, no prevalecerán.

»Pasarán, como vislumbres
Entre espeso matorral,
Que á merced del viento corren
Y no dejan huella atrás;

»Te detestarán, sin duda,
Con el rencor infernal
Que alimenta contra el cielo
El pecho de Satanás;

»Pero las voces de muerte,
Que como ardiente raudal
Salen de su boca impía,
Leve soplo extinguirá.

»Mira entretanto con ojos
De generosa piedad
Á los que de un bajo instinto
Arrastra el poder fatal;

»Á los que en densa ignorancia
Sumidos no ven rayar
Celeste albor, que ilumine
Su mísera ceguedad;

»Que llaman luz á la sombra,
Y bonanza al huracán,
Y andan á tientas, sin rumbo,
Sin ley, sin fe, sin altar;

»Al soberbio que levanta
Contra el débil el procaz
Estrépito del torrente,
Demolido el valladar;

»Á la mujer seductora,
Desamorada beldad,
Á quien la sonrisa, estudio,
Á quien es arte el mirar;

»Y en cuyo ropaje, suelto
Á los vientos, redes hay,
Redes que prenden las almas
En dura cautividad.

»Al ambicioso que trepa
Sobre el ambicioso, á par
De la hiedra, que á sí misma
Entretejiendo se va;

»Á la turba lisonjera
Que rinde á cada deidad
Efímera, el torpe incienso
De su adoración venal;

»Y á declamadores vanos,
Que hacen ruido y no más,
Oráculos que atestiguan
La insensatez general.

»¿Qué son contigo esos hombres
De un día, enjambre fugaz
De insectos que vió la aurora,
Y la tarde no verá?

»Ellos son viles, tú grande:
Es el interés su imán,
La gloria el tuyo: la guerra
Apetecen, tú la paz.

»Nada hay común á la suya
Y á tu carrera inmortal;
Ni se puede su alegría
Á tu dolor igualar.

»Que es sublime y grandioso
Espectáculo el que da
La mano dispensadora
Que reparte el bien y el mal.

»Y alejando al genio el cebo
De lo vano y lo falaz,
Lo labra con el arado
Que se llama adversidad.

VI.

¡Olimpio! Un amigo fiel
Entonces te hablaba así,
Queriendo apartar de ti
La henchida copa de hiel.

Sólo entre la turba larga
Que antes te halagó perjura,
Quiso de la desventura
Aligerarte la carga.

Y tú, si en tono más grave,
No de metal diferente,
Como el gran río á la fuente,
Como al esquiife la nave,

Le hablaste—y cruzó veloz
Una sombra tu semblante;
Y un tierno afecto un instante
Hizo vacilar tu voz.

VII.

«¡No me consueles, ni te aflijas! vivo,
Pacífico y sereno;
Que sólo miro al mundo de las almas,
No á ese mundo terreno.

»Ni es tan perverso el hombre; la fortuna,
Liberal ó mezquina,
Tiñe en puro licor ó en turbias heces
La copa cristalina.

»Del estrecho teatro, que aprisiona
Tu pensamiento, el mío
Oye á lo lejos el rumor; y vuela
Á su libre albedrío.

»Si murmura la fuente, ó solitaria
Bulle una verde orilla,
Ó viene á mis oídos el arrullo
De amante tortolilla;

»Ó el esquilón de las exequias llora
En la torre sublime,
Ó de los sauces la colgante rama
Sobre las cruces gime;

»Paréceme que huello excelsa cumbre,
Á do conduce el viento,
De cuanto ser criado habita el orbe,
Una voz de lamento.

»Allí la pequeñez á la grandeza,
El barro al oro igualo;
Y exploro los arcanos del abismo,
Y el firmamento escalo.

»Cuando el humo lejano se levanta
De humilde choza, pienso
Que en el ara se exhala, do se quema
Á Dios devoto incienso;

»Y de dispersas luces por la noche
Sembrada la llanura,
El infinito espacio tachonado
De soles me figura.

»Contemplo allí de lejos cuanto puebla
La tierra, el mar profundo,
Y miro al hombre, misterioso mago,
Atravesar el mundo.

»Y como suele el pájaro á su pluma,
Me entrego al pensamiento;
Y entiendo qué es la vida, y lo que dice
Aquel doliente acento.

»¿Y quieres que murmure de mi suerte?
¿Cuál es el hombre, dime,
Á quien, parcial el cielo, de la carga
Universal exime?

»Yo, que lóbrega noche vivo ahora,
En mi denso horizonte
Conservo, cual rosada luz, que deja
La tarde en alto monte,

»La llama del honor, divina lumbre,
Que en apacible calma,
Todavía ilumina lo más alto,
Lo más puro del alma.

»Sin duda un tiempo — ¿qué razón temprana
De este modo no yerra? —
Sueños dorados vi, cuales el hombre
Suele ver en la tierra.

»Vi alzarse mi existencia coronada
De visiones hermosas;
¡Mas qué! ¿Debí juzgar que fuese eterna
La vida de las rosas?

»Las ilusiones que tocar pensaban
Mis infantiles manos,
Disipó la razón, como disipa
La aurora espectros vanos,

»Y digo ya á la dicha lo que dice
Navegante que deja
El suelo patrio, á la querida orilla
Que más y más se aleja.

»Señala Dios á todo ser que nace
Su herencia de dolores,
Como, á la aurora, un amo á sus obreros
Reparte las labores.

»¡Animo, pues! ¿Qué importa á un alma grande,
Destello peregrino
De antorcha celestial, eso que el hombre
Suele llamar destino?

»Ni elación en la frente generosa,
Ni aparece desmayo,
Ora brille en los ojos la serena
Luz del día, ora el rayo.

»Brame allá abajo la preñada nube
Que tempestades mueve,
Y su tranquilidad conserve el alma,
Cual la cumbre su nieve.

»Forceja en vano el rebelado orgullo
Contra la ley severa
(Necesidad ó expiación se llame)
Que al universo impera;

»Rueda fatal, que á todo lo criado
En movimiento eterno
Girando abrumba, y de una mano sola
Reconoce el gobierno.»

LA ORACIÓN POR TODOS.

IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO.

I.

Ve á rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo.
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche, y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! Su rueda de cambiante nácar
El Occidente más y más angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del día
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
Y los ojos al cielo levantados
Invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas y los pies desnudos,
Fe en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, á un mismo instante,
Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa
Sobre la cuna volarán ensueños,
Ensueños de oro, diáfanos, risueños.

Visiones que imitar no osó el pincel,
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento á las bermejas
Rosas, como lo chupan las abejas
Á la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oración sencilla
Adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

II.

Ve á rezar, hija mía. Y ante todo
Ruega á Dios por tu madre; por aquella
Que te dió el ser, y la mitad más bella
De su existencia ha vinculado en él;
Que en su seno hospedó tu joven alma,
De una llama celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega después por mí. ¡Más que tu madre
Lo necesito yo!..... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
Y devora en silencio su dolor.
Á muchos compasión, á nadie envidia
La vi tener en mi fortuna escasa;
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos..... ni lo sean
Á ti jamás..... los frívolos azares

De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipan la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza á la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo y sé su alevosía;
Y tal vez de mi boca oirás un día
Lo que valen las dichas que nos da,
Y sabrás lo que guarda á los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria,
Y que tal vez la senda que á la gloria
Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataúd.
La tentación seduce; el juicio engaña:
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, á rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste:
«Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres grandeza; eres bondad. ¡Perdón!»
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oración.

Todo tiende á su fin; á la luz pura
Del sol, la planta; el cervatillo atado,
Á la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer;
Y la abejilla en el frondoso valle,

De los nuevos tomillos al aroma;
Y la oración en alas de paloma
Á la morada del Supremo Ser.

Quando por mí se eleva á Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,
Que su carga á la orilla del camino
Deposita y se sienta á respirar.
Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso á mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga
Que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz,
Y pura, finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada día,
Arda en sagrado fuego el alma mía,
Como arde el incensario ante la cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos.
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno exprimieron,
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
El favor del cielo implores;
Por justos y pecadores
Cristo en la cruz expiró,

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
Y en su dorada librea
Funda insensata altivez;
Y por el mendigo humilde

Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino,
Porque le dejen la hez;

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace aullar el canto obsceno
De nocturna bacanal;
Y por la velada virgen
Que en su solitario lecho,
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y á la aflicción;
Que no da sustento al hambre,
Ni á la desnudez vestido,
Ni da la mano al caído,
Ni da á la injuria perdón;

Por el que en mirar se goza
Su puñal en sangre rojo,
Buscando el rico despojo
Y la venganza cruel;
Y por el que en vil libelo
Detroza una fama pura,
Y en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel;

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena;
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor;
Por la razón que leyendo
En el gran libro vigila;
Por la razón que vacila,
Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan y trabajan;
Y de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate aún del malvado
Que á Dios blasfemando irrita:
La oración es infinita.
Nada agota su caudal.

IV.

Hija, reza también por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba,
Profunda sima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil á mil:
Abismo en que se mezcla polvo á polvo,
Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja
De que al añoso bosque Abril despoja,
Mezclar las suyas uno y otro Abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
Donde segada en flor yace mi Lola,
Coronada de angélica aureola;
Do helado duerme cuanto fué mortal;
Donde cautivas almas piden preces
Que las restauren á su ser primero,
Y purguen las reliquias del grosero
Vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija, cuando tú duermes, te sonries,
Y cien apariciones peregrinas
Sacuden retozando tus cortinas;
Travieso enjambre, alegre, volador:
Y otra vez á la luz abres los ojos,
Al mismo tiempo que la aurora hermosa
Abre también sus párpados de rosa,
Y da á la tierra el deseado albor.

¡ Pero esas pobres almas!..... ¡ Si supieras
Qué sueño duermen!..... Su almohada es fría,
Duro su lecho: angélica armonía
No regocija nunca su prisión.
No es reposo el sudor que las abruma;
Para su noche no hay albor temprano,
Y la conciencia, velador gusano,
Les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
Hará que gocen pasajero alivio,
Y que de luz celeste un rayo tibio
Logre á su obscura estancia penetrar;
Que el atormentador remordimiento
Una tregua á sus víctimas conceda,
Y del aire, y el agua, y la arboleda,
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo, con pavor secreto
La sombra ves que de los cielos baja,
La nieve que las cumbres amortaja,
Y del ocaso el tinte carmesí;
En las quejas del aura y de la fuente
¿No te parece que una voz retiña,
Una doliente voz que dice: «Niña,
Cuando tú reces, ¿rezarás por mí?»

Es la voz de las almas. Á los muertos
Que oraciones alcanzan, no escarnece
El rebelado arcángel, y florece
Sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ¡ay! á los que yacen olvidados
Cubre perpetuo horror: hierbas extrañas
Ciegan su sepultura: á sus entrañas
Árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)
Huésped seré de la morada obscura,
Y el ruego invocaré de un alma pura,

Que á mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entonces me será que vengas,
Y para mí la eterna paz imploras,
Y en la desnuda losa esparzas flores,
Simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,
Si disipadas fueron una á una
Las que mecieron tu mullida cuna
Esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
Te arrancará una lágrima, un suspiro
Que llegue hasta mi lóbrego retiro
Y haga mi helado polvo rebullir

MOISÉS SALVADO DE LAS AGUAS.

(IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO.)

«Compañeras, ¡al baño! alumbrá el día
La cúpula lejana;
Duerme en su choza el segador, y enfría
Las ondas la mañana.

Menfis apenas bulle; hospedadora
Nos da la selva abrigo;
Y tendremos, amigas, á la aurora
Por único testigo.

De Faraón, mi padre, el jaspeado
Palacio al mundo asombra;
Á mí del bosque el pabellón, del prado
Me agrada más la alfombra.

¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,
Y el mármol de colores,
Á par del Nilo y de esta verde orilla
Esmaltada de flores?

No es tan grato el incienso que consume
En el altar la llama,
Como entre los aromas el perfume
Que el céfiro derrama.

Ni en el festín real me gozo tanto,
Como en oír la orquesta
Alada, que esparciendo dulce canto
Anima la floresta.

¿Veis cuál se pinta en la corriente clara
El puro azul del cielo?
El cinto desatadme, y la tiara,
Y el importuno velo.

¿Veis en aquel remanso transparente
Zabullirse la garza?
Las ropas deponed, y al blando ambiente
El cabello se esparza.

¡Ea! trisquememos en el fresco baño,
Alzando blanca espuma.....
Mas ¿qué objeto descubre tan extraño
La fugitiva bruma?

Mirad: enfrente al sicomor sombrío
Que verdes arcos tiende,
Sobre la playa, un bulto por el río
Lentamente desciende.

No temáis: de una palma el tronco anciano
Que en demanda navega
De las altas Pirámides, liviano
Sobre las ondas juega.

¿Ó es de Hermes por ventura el carro leve?
¿Ó es la concha divina
De Isis, que con suave aliento mueve
La brisa matutina?

¿Qué digo? Es tierno niño, que en ligera
Barca duerme al sereno
Arrullo de las olas, cual pudiera
En el materno seno.

Arrastra el Nilo la flotante cama,
Cual nido de avecilla
Que arrebatado hubiese á la retama
De su silvestre orilla.

¡Qué de peligros corre á un tiempo mismo!
¿Cuál puerto de salud
Le aguarda? ¿Mece el proceloso abismo
Su cuna ó su ataúd?

¡Los ojos abre, hijas de Menfis! Lloro.....
¿Pudo una madre ¡oh cielo!
Al agua abandonar devoradora
El hijo pequeñuelo?

Tiende los brazos ¡ay! cual si supiera
Su malhadada suerte;
Y son frágiles cañas la barrera
Que presenta á la muerte.

Es de la raza de Israel, sin duda,
Que mi padre sentencia
Á proscripción..... Pero ¿qué ley sañuda
Proscribe á la inocencia?

¡Pobre niño! Su llanto me condeuele;
A su madre afligida
Sucederá otra madre; salvaréle;
Me deberá la vida.»

Ifisa hablaba así, joven princesa;
Y dócil al consejo
De la piedad, acometió la empresa;
Y el juvenil cortejo

Á la virgen, que presta se adelanta,
De confianza llena,
Sigue, estampando con ligera planta
La movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino,
Revolando las blondas
Madejas por el hombro alabastrino,
La hija de las ondas.

El blanco pie con círculos de plata
El espumoso río
Le ciñe, y ya á las olas arrebatada
El pequeño navío.

Palpita con la carga, que suspende
Alegre y orgullosa;
Y en sus mejillas el color se enciende
De la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita
Y la presa reclama,
El peso que la agobia deposita
Sobre la verde grama.

Y del recién nacido alegremente
Cercan todas la cuna,
Y sonriendo, la asustada frente
Le besan una á una.

Mas ¡oh tú que de lejos á tu hijo
Por la playa desierta
Seguiste desolada, el rostro fijo
En su carrera incierta!

Llega: el hinchado seno da al infante:
Tu llanto ni su risa
Revelarán en ti la madre amante,
Pues aun no es madre Ifisa.

En los brazos maternos, rociado
Con lágrimas de duelo
Y de gozo á la par, dulce cuidado
De la tierra y del cielo,

El pequeño Moisés iba seguro:
De Faraón cruel
Hospeda el regio alcázar al futuro
Caudillo de Israel.

Y ante el trono de Dios, la faz velada
Con las alas, el coro
Que ve á sus pies la bóveda estrellada,
Pulsaba liras de oro.

«Alégrate, Jacob; en el asilo
De tu destierro» (el canto
Así sonaba), «y no al impuro Nilo
Se mezcle más tu llanto.

»El Jordán á sus campos te convida;
Te oyó el Señor: Egipto
Marchar verá á la tierra prometida
Tu linaje proscripto.

»Ese niño que virgen inocente
Salvó de olas y vientos,
Es el profeta del Horeb ardiente,
Rey de los elementos.

»Humillaos, mortales insensatos,
Que al Eterno hacéis guerra:
He ahí el legislador que sus mandatos
Promulgará á la tierra,

»Cuna humilde, baldón de la fortuna,
Juguete del profundo,
Ha salvado á Israel: humilde cuna
Ha de salvar al mundo.»

LA MODA.

Quise más de una vez en mala hora,
Escribir una página, Isidora,
Que detener tu vista mereciera.
Desoyóme mi Musa. Toda entera
Me pasé (te lo juro) esta mañana,
Hilando coplas con tenaz porfía.
—Musa, son para el album, le decía,
De una joven beldad.— ¡Plegaria vana!
No me salió una sola ni mediana.
—Para este bello altar que se atavía
Con tanta flor de amena poesía,
Entretejer una guirnalda quiero,
Digna de la deidad que en él venero.
Es (tú lo sabes) cosa
De obligación forzosa.
Si agradable te fué mi culto un día
Te ruego, te conjuro, te requiero,
Amada Musa mía,
Que lo muestres ahora; y si ya cesas
De mirarme propicia, este postrero
Favor te pido sólo.— ¡Ni por esas!

Despechado, el papel hice pavesas;
Al tintero, la pluma consignaba;
Y ofrecerle pensaba,
Por único tributo, humilde excusa,
La culpa echando á la inocente Musa,
Como es costumbre en semejantes casos;
Cuando acercarse miro á lentos pasos
Una, no sé si diga ninfa, diosa,
Aparición, fantasma: caprichosa
Forma que cada instante
De color, de semblante,
Y de tocados, y de ropas muda:
Ora triste, ora alegre, ora sañuda;

Ya pálida, ya rubia, ya morena.
Tan presto por el cuello y las espaldas
Derrama en ondas de oro la melena;
Tan presto en trenzas de ébano cogida,
Adórnala dé joyas y guirnaldas;
Y tan presto, ¡qué horror! encanecida
La lleva; ó sin piedad la troncha y tala,
Y de prestados rizos hace gala.
Ora el ropaje en anchuroso vuelo
Desplega; y va arrastrando luenga falda
Verde, azul, carmesí, purpúrea, gualda,
De gasa, de tisú, de terciopelo.
Señala luego en mórbido relieve
Su figura gentil basquiña leve.
Sus ojos aprisiona en blanco velo,
Pudibunda beata,
Que hace de más valor lo que recata.
Y un momento después, traviesa niña,
Ríe, retoza, guiña;
No sabe tener quieta
Su pupila de fuego;
Busca y rehuye luego:
Cuanto más melindrosa, más coqueta.

Suspenso, absorto estaba yo pensando
Si era ilusión aquello; y lo estuviera,
Sabe Dios hasta cuándo,
Si ella misma por fin no me dijera:
—Nadie puede sacarte del empeño
En que te ves, sino mi numen solo.
El arte de agradar yo sola enseño.
Ríete de las Musas y de Apolo.
Si aplaudido un poeta en boga está,
Y ante los ojos de las damas brilla,
Y con el loro, el gato y la perrilla,
Divide los honores del sofá,
Débelo todo á mí, que, cuando tomo
Esta mágica vara, lo más pobre
Hago rico, y transmuto el oro en cobre.

Sea su entendimiento agudo ó romo,
Tosco ó pulido, vista larga ó corta,
Ingenio estéril ó feraz, no importa;
Todo aquel que se viste mi librea,
Altivo, ufano, espléndido campea.
Y á más de cuatro orates
Coronas dí tempranas,
Que, á despecho de críticos embates,
Durarán (no lo afirmo) tres semanas.
Por no cansarte más, yo soy la Moda.
Oye; y aprenderás mi ciencia toda.
En tres ó cuatro prácticas lecciones,
Voy á especificar mis opiniones;
Y podrás expedirte en el presente
Caso, y en los demás, gallardamente.

¿Una leyenda ó cuento
Es á lo que dedicas el intento?
Manos á la labor: ó da principio
Con gran proemio de elegante ripio;
Ó si te place, empieza
Con esa *nonchalance* de buen tono,
Con ese aire de lánguido abandono
De quien al despertar se despereza,
Como si del lector no hicieses caso,
Ni de la historia: y cuando paso á paso,
Por entre mil rodeos,
Ambajes y floreos,
Llegue al fin el momento de contarla;
Y ya el lector dé al diablo tanta charla;
Allá como á la octava ciento y cuatro,
Mudarás de teatro,
Y en una digresión..... (importa un pucho)
Que no tenga que ver poco ni mucho,
Con el sujeto, porque, amigo, hoy día,
¿Qué es para un escritor de fantasía,
En resumidas cuentas el sujeto?
Es una percha cómoda, de donde
Cuanto en su seno tu cartera esconde,

Estudio, ensayo, informe mamotreto,
Puedes colgar sin el menor empacho.
Uno de mis pupilos,
Excelente muchacho,
Ha escrito en diversísimos estilos
Composiciones vastas, panteísticas,
Escépticas, católicas y místicas,
Patrióticas, y báquicas, y eróticas,
Miríficas y exóticas;
Y se propone hacer una leyenda
En que bonitamente las ensarte
Todas sin que aparezca en nada el arte
(Que es lo que más á un genio recomienda),
Dando en ella á lectores eruditos,
Que tengan razonables apetitos,
Una merienda monstruo, una merienda
Con variedad de platos estupenda.
Pues, como digo, en una
Digresión..... (cuanto menos oportuna
Mejor); produces de esa
Suerte mayor sorpresa,
Que es en el arte un mérito sublime,
A que debe aspirar todo el que rime.
Era una transición, obra de suma
Dificultad para la inhábil pluma
De aquellos escritores desdichados
De los tiempos pasados.
Era, como ponerlos en un potro,
El tener que pasar de un tema á otro
De modo que el lector inteligente,
Con movimiento más süave y blando,
Se hallará, sin saber cómo ni cuándo
Arrebatado á un mundo diferente.
En esto, como en todo,
Los modernos han dado
Un paso agigantado.
Hácese de este modo:
¿Hay que pasar de un baile, por ejemplo,
Á una batalla, de un mesón á un templo,

De una choza á un palacio soberano?
Se pone en medio un número romano.
Por tan sencillo arbitrio como ese
Al discreto lector, mal que le pese,
En menos de un segundo,
Se le dispara á donde tú le mandes,
Desde los Pirineos á los Andes,
Desde la tierra al Tártaro profundo,
Ó al bañado de luz coro seráfico,
Con más velocidad que va un aviso
Por el alambre electro-telegráfico;
Y sin que de antemano, ó al proviso
Se tema la fatiga
De preparar la cosa;
Y gruña cuanto quiera y lo maldiga
El bueno de Martínez de la Rosa;
Y hágalo con el clásico Areopago.
Pero yo mismo sin pensar divago:
De uno en otro paréntesis me pierdo.
Lo que quise decir, si bien me acuerdo,
Es que la línea recta, cuanto puedas,
Evites: tortüosas las veredas
Son que prefiere el consumado artista
Para el placer del alma ó de la vista.
Como sobre un terreno,
De matorrales y malezas lleno,
Un raudal serpentino
Va abriéndose camino
Lenta y difícilmente;
Y aquí desaparece de repente
Bajo el tupido monte;
Y en lejano horizonte
Vuelve á mostrar su clara ó turbia onda
Para que, á poco trecho,
Cuando algunos pantanos haya hecho,
Bosque denso otra vez su curso esconda;
No de modo distinto,
Aunque el fino lector se desanime,
El sujeto camine,

Y por entre el espeso laberinto
De las enmarañadas digresiones,
Se hunda, reaparezca, se zabulla
De nuevo, y nuevamente salga y bulla
Hasta llegar al fin que te propones.
Mas hora en filósofos zigzagues
Teológicos, políticos, divagues,
Ó en un rocín aprietes los talones,
Lanzándote á remotas excursiones,
Ó vía recta el argumento vaya
Y la locomotiva,
Potencia de no fútil inventiva,
Quieras tener á raya
(Lo que, si mis preceptos obedeces,
Harás muy pocas veces),
Haya sin falta alguna
En tus poemas luna
Que esplendorosa ó pálida riele.
¡Oh de la noche solitaria reina!
¿Cuál hay que á ti no apele,
Vate que canas peina,
Ó que rubio mostacho apenas pela?
Pero tan socorrida como ahora
Nunca fuiste. Vigila
Todo autor, toda autora
Que á veces aulla ó canta, ríe ó llora,
Porque la bella luz con que plateas
El universo, irradie sus ideas,
Desde el que hijo mimado de la fama
Ciñe á su frente inmarcesible rama
Hasta el que dice *veya* por *veía*
En tosca jerigonza todavía.
No deje, pues, de rielar la luna,
Ó en el cristal de límpida laguna
Que el aura arrulle ó que entre sauces duerma,
Ó en el follaje obscuro de una yerma
Cumbre, recién mojada de rocío,
Ó en bullicioso río
Que al voraz Oceano,

En que se abismará, corre anhelante,
Imagen, ¡ay! del existir humano.

Un ¡ay! de cuando en cuando es importante:
Por lo pronto hará ver que tienes hecho
De hebras delicadísimas el pecho,
Blandas en sumo grado y sensitivas;
Y no será preciso que te afanes,
Y los sesos que tengas los devanes,
Buscando frases nuevas, expresivas
Con que secretos íntimos reveles
Del corazón. Atente á tus *rieles*;
Y pon de trecho en trecho uno ó dos ayes,
Cuando la cuerda del dolor ensayes.

Tras un cuadro de vívidos colores
En que retrates lúbricos amores,
Encaja bellamente una homilía
Contra la corrupción social; y luego
Que á la ya inaguantable tiranía
De este gobierno jesuíta, godo
Que lo inficiona y lo agangrena todo,
Lances una filípica de fuego,
Llora la servidumbre de la prensa,
Que prohíbe decir lo que se piensa,
Y por ninguna hendrija
Permite que respire uno siquiera
(Sábenlo los lectores demasiado),
Útil verdad, de tantas que cobija
En sus profundidades tu mollera;
Es el cuadro encantado
Que se descubre en más dichosa era.
Leyendo tan espléndida bambolla,
Habrá mil que suspiren por el día
En que echés á volar la fantasía
Que tu médula cerebral empolla.

Si el tono blando tomas,
Convience que derrames

Profusamente aromas,
Y que todas las voces embalsames
De azahares, jazmines y azucenas,
Y que de olores la nariz abrumes.
«Sacudir las alillas pueda apenas
El céfiro agobiadas de perfumes.»
Bello concepto, á que echarás el guante,
Aunque no faltará tal vez pedante
Que á Byrón lo atribuya.
¡Necios! Como si fuera culpa tuya
Que, cuando para ti del cielo vino,
Byron lo interceptase en el camino!

Es de rigor que llores
Alguna pobre niña arrebatada
En verdes años ¡ay! á los amores.
Su imagen adorada
De tu memoria un punto no se aparte;
Y para más desgracia atormentarte,
Y de esas penas aguzar la punta,
Dirás que la difunta
Era un ángel de amor, era un modelo
De perfección, en que vació natura
Toda virtud, y gracia, y hermosura:
Divina joya, incomparable perla,
Que, para tu regalo y tu consuelo,
Quiso enviar expresamente el cielo
Á un mundo vil, indigno de tenerla;
Y con estos elogios, y otros tales,
Conocerán las damas lo que vales,
Y el tuyo propio harás sin que te cueste
Una sola palabra
Que tu modestia en lo menor moleste.
¡Sólo con un diamante otro se labra!

Tenga abundante acopio
De ensueños tu paleta.
Nada más de mi gusto, ni más propio.
Cual suele de abejillas tropa inquieta

Volar entre el tomillo y la violeta,
Así acudir se ve legión alada
De ensueños en la silla ó en la almohada
De todo aquel que el inspirado pecho
Á su pupitre arrima,
Ó se desvela en solitario lecho
Dándole caza á la difícil rima.

Pero lo que en el día
Logra aplauso mayor, es una cosa
Que se suele llamar misantropía.
Huye á la selva umbrosa,
Ó más bien á la selva que desnuda
De su follaje la estación sañuda;
Oculta allí el hastío que devora
Tu gastada existencia; el negro tinte
Que los odios fantásticos colora,
De cada objeto alrededor se pinte.
Huye á donde jamás hiera tu oído
El eco envenenado, aborrecido,
De humana voz; allí donde la roca
Amortaja de nieves su cabeza
Titánica; ó allí donde bosteza
De apagado volcán lóbrega boca.
¿Ves cómo ya el postrero
Rayo de sol expira en el otero,
Y al entreabrirse cárdenos nublados,
De tempestad preñados,
Lámpara sepulcral arde el lucero
Sobre la tierra que la sombra enluta?
Huye al amigo seno de la gruta.
Medita allí, cavila;
Y de tu pecho el negro humor destila
Sobre todos los seres gota á gota;
Y llama al mundo en que naciste, infierno,
De que fué á Lucifer dado el gobierno
Para jugar con él á la pelota,
Y con este menguado, pobre, triste,
Infinitesimal átomo humano,

Discorde unión de espíritu y materia,
Que monarca se cree de cuanto existe,
Porque le cupo el privilegio vano
De conocer él mismo su miseria.
Todo allí muerte, esplín, hondo fastidio,
No el que con el champaña se disipa,
Ó con el humo de cigarro ó pipa,
Sino el que pensamientos de suicidio
Engendra; y logren sólo distraerte
Impresiones de horror, de duelo y muerte.
Ó el ronco trueno música te sea,
Y de encontrados vientos la pelea,
Y de natura atormentada el grito
Cuando sobre sus bases de granito
El bosque secular se bambolea;
Ó el esquilón distante
Que llora la agonía
Del moribundo día,
Aunque de plagio se te queje Dante;
Ó del buho el fatídico graznido,
Que por la soledad pavor derrama;
Ó el gemir de la tórtola que llama,
Y llama sin cesar..... y llama en vano,
En el desierto nido,
Al esposo querido,
Que presa fué de cazador villano.

Pero no es bien que mucho te demores
En silvestres y rústicas escenas,
Que huelen á la edad de los pastores,
Cuando andaban Belardos y Filenas
Cantando á las orillas de los ríos
Insulsos, inocentes amoríos.
¿Inocencias ahora? Nada de eso
En un siglo de luz y de progreso.
Loca algazara aturda
En infernal zahurda,
Do el adusto Timón, medio beodo,
Haga de todo befa; insulte á todo;

Y brillen entre copas las espadas,
Y se mate, y se ría á carcajadas;
Y retumbe en satánicos cantares
Audaz blasfemia, horrificá, inaudita,
Que es para ejercitados paladares
Una salsa exquisita.

Mucho más dijo la parlera diosa,
Sin que de tanto embrollo
De lindos disparates, otra cosa
Engendrarse pudiera en mi meollo,
Que confusión, y vértigo, y mareo.
En el estado que me vi, me veo:
Impotente la voz, el alma seca,
Y por añadidura, una jaqueca.
Pero, para decir, bella Isidora,
Que eres un ángel que la tierra adora,
Que sabes ser honesta y ser amable,
¿Ha de ser necesario que me empeñe
Por selvas y por riscos, que me ensueñe,
Que me arome, y, por último, me endiable?
Antes seguro estoy de que sería
Imperdonable insulto
El ofrecerte semejante culto.
Si ya no soy ni aquello que solía,
Pues de la frente que la edad despoja,
Huye, como el amor, la poesía,
Puedo hablar á lo menos el lenguaje
De la verdad, que, ni al pudor sonroja,
Ni hacer procura á la razón ultraje.
Aunque de la divina lumbre, aquella
Que al genio vivifica, una centella
En mi verso no luzca, ni lo esmalte
Rica facundia, y todo, en fin, le falte
Cuanto en la poesía al gusto halaga,
Lo compone benigna una alma bella
Que de lo ingenuo y lo veraz se paga.

MISERERE.

TRADUCCIÓN DEL SALMO 50.

¡Piedad, piedad, Dios mío!
¡Que tu misericordia me socorra!
Según la muchedumbre
De tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades
Lávame más y más; mi depravado
Corazón quede limpio
De la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco
Toda la fealdad de mi delito,
Y mi conciencia propia
Me acusa y contra mí levanta el grito.

Pequé contra ti solo;
Á tu vista obré el mal, para que brille
Tu justicia, y vencido
El que te juzgue, tiemble y se arrodille.

Objeto de tus iras
Nací, de iniquidades mancillado,
Y en el materno seno
Cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,
Y para más rubor y afrenta mía,
Tesoros me mostraste
De oculta celestial sabiduría.

Pero con el hisopo
Me rociarás, y ni una mancha leve
Tendré ya; lavarásme.
Y quedaré más blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos
De consuelo y de paz en mis oídos,
Y celeste alegría
Conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta
Tu faz ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,
Y en mi pecho no dejes
Rastro de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cría
Un corazón que con ardiente afecto
Te busque; un alma pura,
Enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia,
En que al lloroso pecador recibes,
No me arrojes airado,
Ni de tu santa inspiración me prives.

Restáurame en tu gracia,
Que es del alma salud, vida y contento;
Y al débil pecho infunde
De un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto
De su razón conozca el extravío;
Le mostraré tu senda,
Y á tu ley santa volverá el impío.

Mas líbrame de sangre,
¡Mi Dios! ¡Mi Salvador! ¡Inmensa fuente
De piedad! Y mi lengua
Loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,
Si tanto un pecador que llora alcanza,
Y gozosa á las gentes
Anunciará mi lengua tu alabanza.

Que si víctimas fueran
Gratas á ti, las inmolará luego;
Pero no es sacrificio
Que te deleita el que consume el fuego.

Un corazón doliente
Es la espiación que á tu justicia agrada:
La víctima que aceptas
Es un alma contrita y humillada.

Vuelve á Sión tu benigno
Rostro primero y tu piedad amante,
Y sus muros la humilde
Jerusalén, Señor, al fin levante.

Y de puras ofrendas
Se colmarán tus aras, y propicio
Recibirás un día
El grande immaculado sacrificio.

EL PROSCRITO.

(Fragmentos de una leyenda.)

CANTO PRIMERO.

LA FAMILIA.

Ante la reja está de un locutorio
De monjas, á la hora de Completas
(No digo la ciudad ni el territorio,
Por evitar hablillas indiscretas),
La mujer del anciano don Gregorio
De Azagra, caballero de pesetas
Pocas, pero de alcurnia rancia, ilustre
Á quien ni aun la pobreza empaña el lustre.

Que dió espanto á las huestes agarenas
Un don Gómez de Azagra con la espada,
Y añicos hizo él sólo tres docenas
De moros en la Vega de Granada;
Y que su sangre corre por las venas
De don Gregorio, en cuya dilatada
Prosapia no encontró jamás indicio
Judaico que tiznar, el Santo Oficio;

Ni cayó de traición la mancha fea,
Ni hubo sectario alguno de Mahoma,
Ni abuelo con raíces en Guinea,
Ni, en fin, más fe que la de Cristo y Roma;
Claramente verá todo el que lea
(Donde se lo permita la carcoma)
La iluminada ejecutoria antigua
Que contra malas lenguas lo atestigua.

Cuenta en sus bienes el señor de Azagra
Dos minas *broceadas*; vasta hacienda
De campo, que le rinde renta magra;
Y vieja casa de capax vivienda,
Do la vida le endulza y le avinagra
Alternativamente la leyenda,
El mate, la tertulia un corto rato,
Los acreedores, la mujer y el *flato*.

Era también de esclarecida cuna
Su mujer doña Elvira de Hinojosa;
Y aunque en el matrimonio, la fortuna
De su marido no medró gran cosa,
Fué una santa mujer sin duda alguna;
Y como tan austera, escrupulosa
Y timorata que es, ciertas cosillas
Que en don Gregorio ve le hacen cosquillas.

Á la tertulia sin cesar combate;
Porque se viene tardes y mañanas
Á beberle la aloja y chocolate,

Gastando el tiempo en pláticas profanas.
Dice que su marido es un petate,
Y algunas veces le llamó Juan Lanás:
Quiere que todo, en fin, se le someta,
Y trata á don Gregorio á *la baqueta*.

Cosa muy natural seguramente
En tan alta virtud; ni pudo menos
La que abrasada en santo celo, siente
Aun más que sus pecados los ajenos.
Y lo peor de todo es que el pariente,
Cuando estalla en relámpagos y truenos
Su bendita mujer, vira de bordo,
Toma la capa, ó calla y se hace el sordo.

De esta feliz matrimonial coyunda
Tuvo Azagra hijos dos: perdió el primero,
Y le vive Isabel, prole segunda,
Que ya su corazón ocupa entero.
No ha vuelto la señora á ser fecunda:
Y como la Isabel de Enero á Enero
En aquel monasterio se lo pasa,
No hay más que Elvira y don Gregorio en casa.

De lo que dejo dicho se colige
Que la tal Isabel es la heroína
De mi leyenda, y de rigor se exige
Que la retrate. Cabellera fina,
Rizada sin que el arte la ensortije,
Negra; rosado cutis, coralina
Boca con marfilada dentadura:
Espalda, cuello y brazos, nieve pura.

De beldad envidiados caracteres,
Isabel, en tu patria menos raros,
Madre de donosísimas mujeres,
De hombres valientes y de ingenios claros.
Pero en el talle esbelto única eres,
Y en esos ojos, de su fuego avaros,

Fuego amoroso, y juntamente esquivo,
En tus tímidos párpados cautivo.

Edúcase la niña en el convento,
Sin ver ni la ciudad, ni la paterna
Casa jamás. El crítico momento
De pronunciar su despedida eterna
Del mundo va á llegar; y el pensamiento
(En que arrullada fué desde la tierna
Infancia) de celeste desposorio,
A toda la familia es ya notorio.

Quiere su madre, y quiere fray Facundo,
Su confesor, que tome luego el velo;
Y ella, á quien el recinto del profundo
Retiro en que ha vivido es, bajo el cielo,
El universo todo; ella que al mundo
Recuerda como un sueño vago, al celo
Del confesor y á la materna instancia,
Cede sin aparente repugnancia.

Bien que á las veces este sueño vago
La muestra un no se qué dorado, hermoso,
Que hace en el alma excitador halago,
Muy diferente del claustral reposo.
Quisiera ver el valle, el río, el lago,
La montaña elevada, el mar undoso;
Y en libertad triscar por la pradera,
Con alguna querida compañera.

Objetos que no ha visto y se figura
Aun más bellos acaso que la propia
Naturaleza; pues la infiel pintura
De la imaginación, partes acopia
Que unidas no se ven; y es toda pura,
Es toda bella y diáfana la utopia
De joven alma, que su forma aeria
Y su albor virginal da á la materia.

«¿Este claustro ha de ser depositario
De mi existencia toda?» Isabel mira
El silencioso, umbrío, solitario
Recinto; y sin saber por qué, suspira.
«¿Viviré, como vive mi canario,
Que sin cesar de un lado al otro gira
De su prisión, y sin cesar se roza
Contra las rejas?» Isabel solloza.

Pero este triste pensamiento pasa
Como en el cielo fugitiva nube,
Como el agua sutil que un lago rasa,
Y á su nivel de nuevo el alma sube.
Por lo que fray Facundo se propasa
Á declarar que no es razón se incube
Con tan superfluo empeño en esta idea,
Pues la niña consiente y lo desea.

Que de su inclinación sale garante,
En cuanto puede serlo el juicio humano;
Pero que el corazón es inconstante;
El juvenil espíritu liviano;
Y perder no se debe un solo instante
En cumplir un designio tan cristiano,
Poniendo un muro indestructible, eterno,
Entre el alma inocente y el infierno.

«Esto (concluye) es lo que pide el caso,
No aburrir con sermones á la niña.
—Eso es lo que repito á cada paso»,
Elvira dice y maliciosa guiña.
«Estoy (responde Azagra) un poco escaso;
Pero con la primera plata-piña.....»
Mirando á su mujer medroso calla:
La doña Elvira por un tris estalla.

Sólo el respeto al padre la modera,
«¿Qué plata-piña?» (dice). «¿Cuánta han dado
Tus minas, perdurable sangradera

Del dinero, en este año ni el pasado
Ni en seis años atrás? Si la primera
Plata-piña es el fondo destinado
Para que mi Isabel pronuncie el voto,
¿Por qué no decir claro: *no la doto?*

—Si no han dado, darán.» Aquí el enojo
De doña Elvira iba á soltar el dique,
Y Azagra echaba á su sombrero el ojo,
Pues no sabe qué alegue ó qué replique;
Cuando el padre, advirtiendo por el rojo
Color de doña Elvira, que está á pique
De reventar la concentrada bilis,
«Mi don Gregorio, en eso está el busilis

(Dice con una flema, una cachaza
Admirable). En que den. Pero yo pienso
Que podemos hallar alguna traza.....
Algún arbitrio..... verbigracia, un censo
Sobre la hacienda.» Doña Elvira abraza
La indicación con un placer inmenso:
«Ya se ve: ¿por qué no?—Si acaso el fundo
No está gravado (agrega fray Facundo;

Y una mirada exploratoria lanza,
Como que algún obstáculo presuma);
Y si lo está, con una buena fianza
Podemos á interés buscar la suma.
Mi compadre don Álvaro Carranza.....
—Al que en sus garras pilla lo despluma,
(Responde Azagra). No se piense en eso;
Un dos por ciento, padre, es un exceso.

—Su tertulio de usted, don Agapito.....»
Repone el fraile. Elvira refunfuña:
«No lo puedo tragar: es un bendito,
Que come, bebe, pita, el mate empuña,
Y sorbe, y charla, y no le importa un pito
Que la señora de la casa gruña.

Sólo el mirarle (Dios me lo perdone,
Pero no está en mi mano), me indispone.

—Caridad.—Y su tema favorito
Es: Toma el fraile y daca la beata.
—Hereje (dice el padre); un sambenito
Le viniera de perlas. ¡Democrata!
¡Fracmasón! Pero al fin don Agapito
Es hombre servicial y tiene plata.
Ocurramos á él: sé que le sobra:
Hará á lo menos esa buena obra.»

Ellos, por más que don Gregorio tienta
Medios para salir de un compromiso
Que á su cariño paternal violenta
(Pues en su corazón está indeciso,
Y si accede al monjío, lo aposenta,
Por amor á la paz), quiso ó no quiso,
Acuerdan apelar al contertulio,
Y hacer la fiesta en el cercano Julio.

La precedente discusión pasaba
En la mañana misma de aquel día
En que, como antes dije, Elvira hablaba
Por entre la enrejada celosía
Á las amigas monjas; se trataba
De la pobre Isabel..... Mas todavía
No le llega su turno al locutorio;
Que tiene la palabra don Gregorio.

Acabo de decir que consentía
Por el bien de la paz en el monjío,
Aun cuando el primogénito vivía
(Que pereció cautivo al filo impío
De cuchilla araucana), lo tenía
Por un desacordado desvarío;
Bien que pacato, tímido, indolente,
Nunca lo contradijo abiertamente.

De lo que procedió que, poco á poco
Y sin sentirlo, á indisoluble empeño
Se viese encadenado. «¿Estaba loco,
Decía, ó de mí mismo no era dueño?
¿Cómo ya el concertado plan revoco?
¡Maldita dejadez! ¡fatal beleño,
Que á todos los caprichos me sujeta
De ajena voluntad! Soy un trompeta.....

¿Qué digo? un padre bárbaro, inhumano,
Que ve inmolar esa inocente niña
A un celo iluso, que á interés mundano
Sirve tal vez, ó á infame socialía,
Y no osa alzar la voz, meter la mano,
Porque su ama y señora no le riña,
Y no regañe el necio conciliábulo,
Que la da en su delirio apoyo y pábulo.

¡No, por Dios! No he de ser yo quien permita
Se sacrifique así, se eche una losa
Sepulcral á mi pobre Isabelita:
No será que me arranquen mi amorosa,
Mi cándida, mi tierna palomita.
Sin duda tronará mi santa esposa.....
Que truene. El corro ladrará..... Que ladre;
Quiero ser hombre al fin, quiero ser padre.

»Pero si ella ama el claustro, si la encanta
El claustro, como afirma el fraile seria
Y gravemente (y nadie tiene tanta
Proporción de juzgar en la materia),
¿Debo yo de esa senda pura y santa
Extraviarla, hundirla en la miseria
Y corrupción del mundo? No lo creo,
Porque una cosa dicen y otra veo.

»Ella es verdad que salta y juega y ríe;
Mas ¿quién no juega y salta en años quince?
Nadie de tales síntomas se fie,

Que de tener se precie un ojo lince,
El que la observe, el que en su rostro espíe,
Ora el sollozo ahogado, ora el esguince,
Pero que en sus adentros Isabela
Contra ese pensamiento se revela.

»De cierto tiempo acá se me figura
Que pensativa y lánguida la miro.
Cuando oye hablar de profesión futura,
Escápasele á hurto algún suspiro.
Y si su madre la elocuencia apura
Pintando las delicias del retiro,
Vuelve á un lado los ojos, ó impaciente
Suele tocar asunto diferente.

»¡Cuántas veces en mí clava la vista,
Y luego melancólica la baja!
No se queja, es verdad; no habla; no chista;
Mete ella misma el cuello en la mortaja;
En vez de que la esquive ó la resista,
Á las que se la ponen agasaja:
Así va el corderillo al matadero,
Y le lame la mano al carnicero.

»¿Y yo he de consentirlo? Si viviera
Mi malogrado Enrique, ese consuelo,
Ese apoyo, ese báculo tuviera
En mi vejez..... mas ¿cómo, santo cielo,
Cómo dejar me quiten mi postrera,
Mi única prenda? Á ti, mi Dios, apelo:
Tú con las fuerzas los deberes mides,
Y sacrificio tanto no me pides.»

El buen señor los sesos se devana,
Y no ve cómo salga del apuro.
Á una mujer tan necia y casquivana
Hacer la guerra cara á cara es duro.
Su inconquistable genio le amilana:
Á la sordina es mucho más seguro.

Un instrumento fácil y expedito
Se le presenta; y es don Agapito.

Don Agapito Heredia, el tertuliano
De cuyo filantrópico bolsillo
Iba á salir la dote: buen cristiano
Si los hay; aunque amigo del tresillo
Más que del ejercicio cotidiano,
Y nada afecto á gente de cerquillo;
Injusta prevención, que no me admira
Le tenga en mal olor con doña Elvira;

Pero á lo que maquina don Gregorio,
Circunstancia en extremo favorable;
Pues el proyecto Heredia hará ilusorio
Ó al menos por lo pronto impracticable,
Con un *no* terminante y perentorio,
Cuando con él la pretensión se entable;
Para lo cual hablarle piensa al punto
Con la reserva propia del asunto.

En el suceso don Gregorio fía
Haciendo entre los dos aquel enjuague.
Y si más adelante otra crujía
Sobreviniese que á Isabel amague,
«Con esta industria no hay temor, decía,
Porque mientras la dote no se pague
(Que no se pagará *volente Deo*),
Pensar en el monjío es desvaneco.»

Mientras que así discurre el caballero
Y el vaporoso espíritu refresca
Dulce esperanza, desvolvió el yesquero;
Suena la piedra herida, arde la yesca;
Y ya ondeante nube de ligero
Humo el cigarro esparce, que la gresca
De pensamientos agitados calma,
Y en deliciosa paz aduerme el alma.

Si no estuviera yo de prisa ahora
(Que á la mujer de nuestro don Gregorio,
Por lo menos hará su media hora,
Á la reja dejé del locutorio),
Gustoso templarí la sonora
Lira para cantar á mi auditorio,
Tabaco amado, compañero mío,
Tu blando inexplicable poderío.

Ya el cigarro te exhale, ó ya circules
En largos tubos ó enroscadas pipas,
Ó en polvo las narices estimules,
Tú los cuidados, tú el pesar disipas.
¿A príncipes, magnates ó gandules
Una incomodidad ralla las tripas?
¿Abruma la fatiga? ¿Enfada el ocio?
Tu eres del alma cordial socrocio.

Despejas tú la embarazada cholla
Del sabio, y le solazas las vigalias;
Más vívidos sus cuadros desarrolla
El pensamiento cuando tú le auxilias;
Y si el poeta alguna vez se atolla,
Le acorres tú; la rima le concilias
Que á sus esfuerzos se resiste ingrata,
Y en fácil verso el numen se desata.

Mas ahora es forzoso que se trate
De don Gregorio, que discurre y pita,
Pita y discurre; y luego pide un mate.
«¡Un mate! (El buen señor se desgañita,
Y el mate no parece.) ¡Cucufate!
¡Serafina! ¡Tomasa! ¡Margarita!
Es de perder el juicio, ¡Dios eterno!
¡Qué criados! ¡qué casa! ¡qué gobierno!»

Viene por fin el mate. «¿Y doña Elvira?
Salió» (Gregorio pone el gesto grave,
Sorbe, y á la pared atento mira.)

«Y Margarita, ¿dónde está? ¡Quién sabe!
—Toma; y no más. (El mozo se retira.)
—¡Cierra esa puerta, bestia!»—«¿Echo la llave?
—¡Bruto! ¿quieres aquí tenerme preso?
Júntala sólo, y márchate, camuso.»

Tras esto don Gregorio se reclina,
Y echa antes de comer su larga siesta.
Despierta; pita; sorbe; Serafina
Viene á decir que está la mesa puesta.
Comen. Un guachalomo, una gallina,
Porotos, charqui, un pavo tal cual fiesta
Es, con su buen por qué de ají y de grasa,
Lo que da la despensa de la casa.

Un rato Azagra está meditabundo;
Y ya que el buche con un trago enfría
De lagrimilla, «¡Es mucho fray Facundo!»
(Dice como entre veras é ironía):
«¡Qué talento de fraile! y ¡qué rotundo,
Qué colorado está! Por vida mía,
Que tiene harta razón su reverencia,
Para decir que engorda la abstinencia.»

Dudando si lo que oye es befa ó loa,
Dice la dama con mirar perplejo:
«Aunque al siervo de Dios la envidia roa,
Es hombre de virtud y de consejo.
—Y do el siervo de Dios pone la proa»
(Responde en tono socarrón el viejo),
No hay cosa que al esfuerzo no sucumba
De su elocuencia.» Impertinente zumba,

Y de que el buen señor se arrepintiera
En otras circunstancias. Ni al presente
Osara tanto Azagra, si no fuera
Que al recordar su treta, el pecho siente
Bullir de gozo. Elvira no se altera:
«Resuella por la herida mi pariente»

(Dice á su sayo, y calla). Fué un bonito
Recurso el de la bolsa de Agapito.»

Prosigue Azagra: «Es franco caballero;
Tengo de su amistad más de una prueba;
Y prestará gustoso su dinero,
Cuando tan santo fin la cosa lleva.
Hija, mañana mismo hablarle quiero.
— Nuestra señora sus entrañas mueva,
Y nuestro pensamiento ponga en planta»;
Contesta doña Elvira, y se levanta.

Don Gregorio tomó sombrero y capa,
Doña Elvira la saya y la mantilla.
Ella se va á las monjas; él se escapa
Al tajamar adonde la pandilla
De tertulianos al pasar le atrapa:
Se habla de independencia y de malilla;
Y de Marcó del Pont y de la España,
Y de cera, polvillo y telaraña.

Eran aquellos días de funesta
Memoria, en que la patria moribunda
Cambió en luto la túnica de fiesta,
Y la guirnalda en la servil coyunda.
La noble frente que miraba enhiesta
Al astro de la gloria, ya en profunda
Sombra eclipsado, triste inclina al suelo,
Y no divisa un término á su duelo.

Noche improvisa obscureció la aurora
De libertad. Venciste, ¡ tiranía !
Mártires y cautivos atesora
Allá el presidio, acá la tumba fría;
Y de los hijos que la patria llora
Se ve crecer la suma cada día.
Doquiera oculto el espionaje acecha,
Y va la proscripción tras la sospecha.

Noche fué de dolor; no de letargo;
Que si el pecho una vez respira aliento
De dulce libertad, no sueñe largo
Desmayo, ni durable rendimiento
El opresor: vendrá desquite amargo;
De la retribución vendrá el momento:
Mientras él altanero se entroniza,
Arde divino fuego en la ceniza.

Tal el estado de la patria era:
Reina Marcó del Pont; y aquella inculta
Baja, soez canalla talavera
Roba, asesina, y más que todo, insulta.
El *diez y seis* principia su carrera,
Y á la arboleda y á la mies adulta
Las frutas pinta y las espigas dora,
Ardiendo el campo en sed abrasadora.

Y á par del turbio río iba y venía
Nuestra tertulia en platicar discreto,
Que temeroso de escondido espía
Tras cada tronco y cada parapeto,
En tímido susurro se confía
Con aire de misterio y de secreto
Cada vez que dan suelta á dura crítica
Sobre cualquier asunto de política.

De varias trazas eran, genios, modos;
Y aunque de armas tomar ninguno fuera
(Porque de los cincuenta pasan todos),
Son por una mismísima tijera
Cortados en tratándose de godos;
Y si de Elvira el nombre no sirviera
De protección, tuvieran hoy la cancha
En parte no tan fresca ni tan ancha.

Este de O'Higgins el valor celebra,
Ó de Carrera ó Freire las hazañas;
Quién la exacción deplora, que á una quiebra

Le reduce y le saca las entrañas;
Maldiciones aquél (¡ qué horror !) enhebra
Contra el augusto Rey de las Españas;
Y en profética trípode se encumbra
Alguno ya, y á San Martín columbra.

Sentada en tanto Elvira ante las rejas
Del locutorio, como arriba indico,
Aligeraba un poco las bandejas
De las devotas madres. Con el pico
Que Dios le ha dado ensarta mil consejas,
Moviendo sobre el seno el abanico,
Y dando á todo el grato condimento
En que consiste la sazón de un cuento;

No el de la destrucción que hiere y mata,
Mas de la caridad que muerde y pica,
Con aquella prudencia timorata
Y aquel celo cristiano que edifica.
De esta manera justamente trata
Á don Gregorio su mujer: critica
Su dejadez; su indevoción censura;
Mas, propiamente hablando, no murmura.

Sobre el programa, en fin, del ya cercano
Monjó el general discurso rueda,
Tembló Isabela oyendo aquel tirano
Decreto que en un claustro la empareda;
Cáesele el abanico de la mano;
Pierde el color; atónita se queda;
Mas al imperio maternal se inmola,
Y no pronuncia una palabra sola.

Nadie averigua si en el almía siente
Inclinación al religioso estado.
¿Puede no amar la joven inocente
El santo asilo donde se ha criado?
Aquel *sí* irreflexivo, indiferente,
Pedido no diré, sino dictado

Á la niñez, que su sentido ignora,
Indisoluble vínculo es ahora.

¡Indisoluble!..... Así lo juzga. El pecho
Que resignado y dócil y sumiso
Natura y arte á competencia han hecho;
A quien la abnegación deber preciso,
Y ajeno mando es natural derecho;
Que sólo quiso, en fin, lo que otro quiso;
¿La suerte que una madre le destina
Rechazar osará? Ni aun lo imagina.

«¿De qué me asusto? (en su interior exclama).
¿No he sido siempre destinada al velo?
¿No lo admití? ¿No lo esperé? Me llama
El cielo mismo; ¿y contradigo al cielo?
Un mundo vil, que tanto vicio infama,
¿He de poner con Dios en paralelo?»
Diciendo así, conformidad serena
Rayó en el alma, y mitigó la pena.

Esto en el sobredicho locutorio;
Mientras desde el paseo le decía
Á su cara consorte don Gregorio:
«Bravo chasco te pegas, prenda mía.»
Jamás le vió el andante consistorio
De tan jovial humor como aquel día;
¡Mísero! Y truena ya la nube parda
De la tormenta horrible que le aguarda.

Luego que la oración da el campanario,
De la vecina iglesia á la morada
De don Gregorio van, donde el rosario
Rezaban doña Elvira y su mesnada.
No hubo esta noche nada extrordinario
En la tertulia: naipes, variada
Conversación, el consabido mate,
Cigarros, dulce, aloja y chocolate.

Al sonar el reloj las nueve y media,
«Señores, con la música á otra parte»
Á sus contertulianos, dice Heredia;
Y cuando ya, como los otros, parte,
El don Gregorio la ocasión promedia,
Y á hurto en baja voz «Quisiera hablarte,
Le dice, es un favor de poca monta;
Y.....—Ya sabes que está mi bolsa pronta

Para servirte (respondió Agapito).
Negocio concluído: no hables de eso.
—No es la que tú imaginas; es.....—Repito
Que es cosa hecha, peso sobre peso.
—¿Qué cosa?—Los dos mil.—No necesito.
En otra muy distinta me intereso.
Ni quiero que prometas, ni que entregues,
Ni que fíes: se trata de que niegues.

—¿Que niegue? Es imposible, amigo: es tarde.
—¡Misericordia!—Fray Facundo vino
(Eran como las cuatro de la tarde)
Con un recado muy atento y fino
De tu querida esposa, que Dios guarde.....
—No pases adelante; lo adivino.
—Como me aseguraba tu anüencia,
Expresada, me dijo, en su presencia.....

—Sí, la expresé, con una sogá al cuello.
—Y como entiendo que la niña anhela
Meterse monja, y empeñada en ello
Parece estar tu santa parentela.....
—Basta, no digas más. Echado el sello
Á mi desgracia está. ¡Pobre Isabela!
Todo al revés, Heredia, me sucede.
Parece que el demonio lo hace adrede.

—No tal: esos petardos te granjea
El hacer, como haces, á dos caras.
Si no quieres que ciña la correa

Tu hija Isabel, ¿por qué no lo declaras?
Y si la pobre chica titubea,
Ó lo repugna, y tú la desamparas
Que protegerla debes, cruel, impía,
Abominable esa omisión sería.

»Y más diré. Si yo su padre fuera,
Y en esa tierna edad la viera ansiosa
De vestir el sayal, lo resistiera
Con todo mi poder; que no, no es cosa
En que se deba estar á la ligera
Decisión de alma incauta, veleidosa,
Dócil á toda voz, á todo imperio,
El consignar la vida á un monasterio.

»La que renuncia al mundo en esa verde
Edad primera, ¿podrá ser que estime
Lo que la aguarda, ó sepa lo que pierde?
Y cuando, vuelta en sí, ve que la oprime
Cadena eterna, y despechada muerde
El duro hierro, ¿á quién acusa, dime?
Al que su juicio leve, antojadizo,
Debió haber alumbrado, y no lo hizo.

»En dar consejos donde no hay deseo
De recibirlos, siempre hallé reparo.
Mi genio lo repugna. Mas te veo
En aflicción, y debo hablarte claro.
Tu flojedad es un delito feo.
La autoridad paterna es el amparo
Natural de Isabel. Defiende, guarda
Su inocente candor. ¿Qué te acobarda?

—¿Y entregado el dinero fué?— Lo mismo,
Porque lo tengo prometido y pronto.
—Á quién se puso, Heredia, un sinapismo
Como el de esta mujer? ¿Qué pobre tonto
Sufrió jamás tan fiero despotismo?
Pero verán si en cólera me monto,

De lo que soy capaz. Volverá al techo
Paterno mi hija..... volverá á mi pecho.....

» Volverás, volverás, yo te lo fio.....
Harto tiempo tratada como ajena
Fuiste ya, mi Isabel, regalo mío,
Víctima de.....» Diciendo así, refrena
La voz un repentino escalofrío:
En el hinchado esófago le suena
Tumultuoso vapor: eructa, brama;
En suma, le da el flato, y va á la cama.

D. RAFAEL M. BARALT.

D. RAFAEL M. BARALT.

Á CRISTOBAL COLÓN.

AL SEÑOR D. DOMINGO DEL MONTE.

Venient annis sæcula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus
Thetisque novos detegat orbes
Nec sit terris ultima Thule.

(SÉNECA, *Medea*.)

Tu frágil carabela
Sobre las aguas con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿Dó se lanza, llevando de Castilla
La venerada enseña sin mancilla?

Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La prora inclina á donde el sol acaba?

¿No ves cómo á la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?
¿Cómo, medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,
Al nido torna de la dulce tierra?

La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que á la costa guía,
¿No ves cómo á deshora
Del Norte amigo y firme se desvía,
Y á Dios y á la ventura el leño fia?

¿Y el piélagos elevado
No ves al Ecuador, y cuál parece
Oponerse irritado
Á la ardua empresa; y cuál su furia crece;
Y el sol cómo entre nublos se obscurece?

¡Ay! que ya el aire inflama
De alígeras centellas lluvia ardiente:
¡Ay! que el abismo brama;
Y el trueno zumba; y el bajel tremente
Cruje, y restalla, y sucumbir se siente.

Acude, que ya toca
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca;
Mira el encono y el adusto ceño
De la chusma sin fe contra tu empeño:

¡Y cuál su vocería
Al cielo suena; y cómo, en miedo y saña
Creciendo, y agonía,
Con tumulto y terror la tierra extraña
Pide que dejes por volver á España!

¡Ay triste! que arrastrado
De pérvida esperanza, al indo suelo
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamígero tu vuelo!
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente
Y el oro del Japón buscas en vano;
En vano á Mangi ardiente;

Ni de las hondas aguas de Oceano
Jamás verás patente el grande arcano.

¡Vuelve presto la prora
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
Donde del nauta llora,
Juzgándole quizá cadáver yerto,
La inconsolable madre el hado incierto!

Engañosa sirena
Vanamente el error cante en su lira :
¡Colón! clava la antena;
Corre, vuela ; no atrás, avante mira ;
Al remo no des paz ; no temas ira.

Y aunque fiero, atronado,
Ruja el mar, clame el hombre y breme el viento
En furia desatado,
Resista el corazón, y al rudo acento
De tus pinos aviva el movimiento.

Por la fe conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo
Así das gloria á Dios y á España un mundo.

¡Oh noble, oh claro día
De ínclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía,
En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria!

En la tostada arena
Te vió, sabio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena,
Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo;

De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la gente
Y un culto dar al hombre
Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confín apartado de Occidente ;

Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,
Al viento dar ligera
Del astro de los Incas en la zona,
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,
Humillada á tus pies, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve ;
Y el que del sol en las regiones mora
Angel te llama y como Dios te adora.

¡Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra
De orgullo y de alegría!
Trocada en dulce paz, ve aquí la guerra ;
Cual divina visión, allí la tierra.

No el que buscas ansioso,
Mundo perdido en tártaras regiones ;
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones,
De innumerables climas y naciones,

De ambos polos vecino,
Entre cien mares que á su pie quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbia planta
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí, raudo, espumoso,
Rey de los otros ríos, se arrebató
Marañón caudaloso

Con crespas ondas de lucente plata,
Y en el seno de Atlante se dilata.

De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce expira
Perenne primavera;
Y el cóndor gigantesco fijo mira
Al almo sol, y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes;
Émulo al ancho mar lago sonoro;
Tormentas, huracanes;
Son árboles y piedras un tesoro,
Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas? ¡Lleva á Europa
De tamaño portento alta presea!
Hiera céfiro en popa,
Ó rudo vendaval, que pronto sea,
Y absorto el orbe tu victoria vea.

El piélago sonante
Abrirá sus abismos: sorda al ruego
La nube fulminante
Su terrífica voz lanzará luego,
Y tinieblas, y horror, y lluvia, y fuego.

Y del mar al bramido
Unirá contra ti la envidia artera
Su ronco horrible aullido.
¡Piloto sin ventura! ¿A qué ribera
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre, entre las gentes difamado,
¿Morirá sin memoria?
¿Ó tal vez de las ondas libertado
Por tu empresa un rival será premiado?

Todo será : el delirio
De pérfido anhelar que vence, y llora ;
Gozo, gloria, martirio ;
Cadena vil y palma triunfadora ;
Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.

Mas ¿qué á tu fe del viento,
Del rayo y la traición, crudos azares?
¡Levanta el pensamiento,
Elegido de Dios; hiende los mares,
Y con nombre inmortal pisa tus lares!

No Argos más gloriosa
Llevó á Tesalia el áureo vellocino
De Colcos la famosa,
Ni, de Palas guiada, en el Euxino
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada
Hierve ondeando el puerto, el monte, el llano,
Cual en tierra labrada
Mece la blonda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito :
¡Colón! exclama, y los espacios hiende,
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.

Del incógnito clima,
¡Oh Rey de Lusitania! los portentos
Y la mies áurea opima,
Llorando el corazón duros tormentos,
Airados ven tus ojos, y avarientos.

De ti y de tus iguales,
El anglo poderoso, el galo fuerte,
Á las plantas reales

¿Un mundo no ofreció, y excelsa suerte,
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, ajena hazaña
En mal hora no vieras,
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni á Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino,
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual á ser divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobrehumano
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte, y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.

¡Fernando! ¿Qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vió en Granada?

Dilo tú, que en el templo
Vagas inulta en medio á los despojos
¡Oh sombra de alto ejemplo,
En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro, y por corona abrojos!

Mas no á la gran Castilla
El rostro vuelvas, ni á Isabel, ceñudo;
No es suya la mancilla;
Que á ti fué abrigo cuando más desnudo;
Al indio madre; al africano escudo.

Y uniré su alta gloria
Á tu gloria la tierra agradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo ;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo y tierras y aguas derramara.

Tu alada fantasía,
Al contemplarlo, en el Edén primero
Volando se creía ;
Y Edén será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero,

Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.

¡Ay de ellas, las comarcas
Viejas en el delito y la mentira ;
De pueblos, de monarcas ;
Cuando el Señor, que torvo ya las mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando, y altares ;
Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo:

¡Colón! El mundo hermoso
Que de su seno á las hinchadas olas
Arrancaste animoso,

Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas.

Así de polo á polo
Resuena el canto: extiende tu renombre
Por los cielos Apolo;
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad á otra edad lleva tu nombre.

LA ANUNCIACION.

À MI AMIGO D. AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE.

¿Qué nuncio divino
Desciende veloz,
Moviendo las plumas
De vario color?

(D. L. F. DE MORATÍN)

¡Musa, al Numen implora!
La mansión del Eterno en nueva llama
Arde y brilla á deshora;
«¡Victoria!» el cielo clama,
Y el tartáreo querub horrendo brama.

En canto, dí, süave,
Cómo Gabriel, en su veloz carrera,
Más que del Arca el ave,
Hiende raudo la esfera,
Nuncio de paz del que en el cielo impera.

Y en el éter flotante
Las ígneas alas desplegando vuela,
Como en la mar sonante
Nave de inflada vela,
En pos dejando nacarada estela.

Nunca vertió lucero
Más pura en la alta bóveda su lumbre;
Nunca midió agorero
Astrólogo en su cumbre
De cometa mayor la pesadumbre.

No brilla tan hermoso,
Rey del cerúleo campo tachonado,
Hépero glorioso;
No tan bello, inflamado,
Relumbra el sol en el cenit rosado.

Y va de serafines
Cercado en torno, y de sus arpas de oro,
Alados querubines
En refulgente coro,
Lanzan al aire cántico sonoro.

Los espacios celestes
Leve, rápido, ardiente cruza y dora;
Mil angélicas huestes
Su marcha vencedora
Celebran desde ocaso hasta la aurora.

Mensajero divino,
Aromas, canto y luz al puro cielo
Desparce en su camino;
Y el flamígero vuelo,
Mudo el orbe de asombro, abate al suelo.

Si no vienes de guerra,
¿Del reino de la luz por qué declina
Tu marcha hacia la tierra,
Do la virtud camina,
Ausente de su patria, peregrina?

Teme, arcángel radioso,
Del ángel de Sodoma la impía suerte;
Al cielo presuroso

Los pasos ¡ay! convierte,
Y deja al hombre en brazos de la muerte.

Mas no; que va guiado
Por el que en noche obscura rige el freno
Del rayo desatado,
Cuando al fragor del trueno
Tiembla de Atlante el cavernoso seno.

Ni en su diestra la espada,
De Adán azote en la mansión serena
Resplandece irritada :
Luce, de mancha ajena ,
En la siniestra, cándida azucena.

Y entre vivos fulgores
Que de zafiro y púrpura y topacio
Multiplican colores
Y embalsaman espacio,
En pobre estancia, para Dios palacio,

El paraninfo hermoso
Inclinándose á ti, dulce María,
Prorrumpe armonioso
En canto que decía,
Igual al de tu voz en melodía :

«¡Salve! de mancha pura,
De gracia llena y del SEÑOR amada;
Bendita criatura,
En la tierra apartada
Para ser de JESÚS Madre adorada»,

Dijo; y los altos montes,
Las selvas y los antros repitieron
Su voz; los horizontes
En dulce llama ardieron ;
Los demonios en ira se encendieron.

Las empíreas regiones
Flores envían; ondeante nube
De argentados vellones
Hierva, se esparce, sube,
Y púdico cendal viste al querube;

Y las auras rompiendo
Voz que á los hombres redención augura,
Doquier va repitiendo :
«¡Gloria á Dios en la altura;
Paz en la tierra á la conciencia pura!»

¡Virgen que coronada
De estrellas, junto á Dios reinas dichosa,
Sobre soles sentada;
Medianera piadosa,
Que su cólera aplacas temerosa!

¡Tú, que del monstruo horrendo
Vencedora inmortal, con firme planta,
El dardo reblandiendo,
Oprimes la garganta!
¡De la tierra deidad que el cielo canta!

Al nuncio te postraste
Absorta y muda sobre el suelo frío,
Y, purpúrea, exclamaste
En arrebató pío:
«¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!»

Y no tan pronto ofrece
Salida el labio á tu divino acento,
Cuando el fulgor acrece
Y da su blanco aliento
La mística paloma al vago viento.

Y llega ya y suspende
Las albas plumas sobre ti amorosa,
Y tal volcán desprende

Sobre la casta esposa
De fecundante llama generosa,

Que con la faz velada
Los ángeles se inclinan reverentes,
Y al ver la unión sagrada,
Que es salud de las gentes,
Baten al polvo las radiosas frentes.

Así por siempre unida
Quedó la tierra al cielo y cesó el llanto
En que vivió sumida.
Forma el iris, en tanto,
En arco inmenso una diadema al SANTO.

Borre el hombre, infamante,
De la primera culpa el fallo escrito
En su frente arrogante:
Más que el de su delito
El raudal del perdón es infinito;

Del numen poderoso
Que no cabe en el tiempo ni en el mundo,
Y se encarna piadoso
En el seno fecundo
De casta Virgen con amor profundo.

Venciste ¡oh Dios! venciste:
Por frágil mano de mujer, victoria
De Luzbel obtuviste.
¡Cielo y tierra en memoria
Himnos te canten de alabanza y gloria!

Nunca mejor corona
Ciñó á una sien la musa que descuella
En profano Helicon,
Que la que adorna bella
Su majestad de Madre y de Doncella.

¡Madre de la esperanza!
Pura estrella del mar, que en blando giro,
Anuncias la bonanza!
Yo, náufrago, te miro,
Y envuelto va tu nombre en mi suspiro.

ODA.

Á LA DESESPERACIÓN DE JUDAS.

La luz serena el cielo
Y soles rutilantes encubría
Con funerario velo,
Y en palpables tinieblas envolvía
De las calladas selvas la espesura,
El sublimado monte, la llanura,
Y el mar inmenso que de horror mugía.

Sus alas replegaba
Con frémito medroso el raudo viento:
La tierra suspiraba
Con angustia y terror: y ronco acento
Cual de lejana tempestad oncosa,
Que estrago anuncia y muertes, espantosa,
Tal vez sonaba misterioso y lento.

Ni murmurio süave
Se oye de fuente en bosques ó en pradera;
Ni canto alguno de ave,
Ni clamor de torrentes ó de fiera.
Arden las nubes, hierven, se propagan,
Y en silencio relumbran, y se apagan,
Llamas doquier por la anchurosa esfera.

Y al fulgor de sus lampos,
Tremente el corazón, vieron mis ojos

En los desiertos campos
Desnudas rocas y áridos abrojos:
De vengadora cólera divina
Indelebles señales; y rüina
De la mano del hombre y sus enojos.

Y ví tus negros muros,
Triste Jerusalén, patria de llanto
Y corazones duros;
Y de nube sangrienta rojo manto
Sobre el excelso Gólgota pendiente:
Padrón de infamia á tu marchita frente:
Perpetua causa á tu inmortal quebranto.

¡Noche de hondos misterios,
Cual la que en pasmo ayer y horror profundos
Sumió los hemisferios,
Cuando con férreos brazos iracundos
Al ungido, Sión, crucificaste,
Y su sangre preciosa derramaste
Que en divino raudal bañó los mundos!

¿Llegó acaso el momento,
Maldecida ciudad, y la venganza
Que Dios acopia lento,
Menor que tu delito, al fin te alcanza;
Y sorda al ruego, de la Cruz en pago,
Dolor te envía y funeral estrago,
Negada á tu clamor dulce esperanza?

¡Oh! duermes todavía
Libre, Sión, mientras sus rayos Roma
Y su dogal te envía:
¡Mísera más que al perecer Sodoma!
Y al despertar, adorna en adulterio
Al ímpio tus doncellas, y el salterio
Á Tito cante y al infiel Mahoma.

¿Cuál, pues, duro castigo,

Si el tuyo no, Jerusalén, se apresta
De Dios al enemigo?
¿Contra quién el Señor su brazo asesta?
¿O á nuevo crimen preparado el hombre,
Con su justicia que á la tierra asombre
Irritado y piadoso le amonesta?

Alegre está el averno:
Su rey sobre el abismo se levanta;
Blasfema del Eterno;
Y esperando su triunfo, altivo canta;
Y entre las voces del tartáreo coro,
Acento horrible de furor y lloro
Jamás oído, el corazón espanta.

Al pie de árbol añoso
Que sin hojas, señero, se divisa
En alto pedregoso,
Á la luz del relámpago indecisa,
Á Judas miro; del desnudo cuello
Un lazo pende; mészase el cabello,
Y al cielo insulta con feroz sonrisa.

La lengua vestidura
En desorden está; muéstrase el pecho
Latiendo con presura
Cual onda brava en reducido lecho:
Salidos de sus cuencas, ambos ojos
En alto fija, con la saña rojos,
Y á Dios amaga en su infernal despecho.

El ala recogida
Junto á él de espaldas su custodio llora
Al alma ya perdida.
El arcángel rebelde vengadora
Llama dispone en el sulfúreo abismo;
Y el tormento de Judas en sí mismo
Doblado siente que su ser devora.

Y al apóstol perjuro
La vista tiende y mano fulminada,
Mientras el ángel puro
Sus ojos vela, y con la diestra alzada
Último ruego al Hacedor envía,
Y triste, á paso lento, se desvía,
De horror la mente y de piedad turbada.

Blanca, süave lumbre
Sobre el Calvario sacrosanto esplende,
Y triunfante en su cumbre,
En luces mil el lábaro se enciende.
Como lluvia de sangre, roja llama
Sobre Sión horrenda se derrama,
Y á pueblo y valle rápido descende.

Del arduo monte erguido
Cayó el traidor descoyuntado y roto,
Al lazo el cuello asido;
Y cual suele fragor de terremoto
Subir al cielo y conmover el mundo,
Así al caer, rodando hasta el profundo,
Gimió el empíreo y el confín remoto.

No á su presa más listo
Acude el tigre, que de mal sediento,
Al vendedor de Cristo
Luzbel sañoso con legión sin cuento;
Y allí le abraza; y en la torva frente
Su garra imprime y el agudo diente;
Signo de alianza en el común tormento.

Á la mansión precita
Luego le arrastra del cordel atado
Con afrenta infinita;
Y al orbe como el trueno dilatado
Un acento infernal, ¡*maldito!*, exclama;
¡*Maldito!* el viento en los espacios brama,
¡*Maldito!* el mar en ronco son airado.

Mientras el ángel bello
Las alas tiende hacia el Calvario santo,
Suelto el rubio cabello,
Mustio en el rostro y desceñido el manto;
Y allí, ante Dios, doblada la rodilla,
De la divina Cruz al pie se humilla,
El suelo besa y lo humedece en llanto;

Y entonces sobrevino
Obscuridad mayor, y pavoroso
Silencio repentino.
La tierra absorta al caso lastimoso
Enmudece temblando; en sus regione
De cándidos querubes las legiones
Se estremecen al fallo temeroso.

Súbito el estampido
Del trueno horrisonante se desata,
Y el intenso bramido
De la tormenta al aire se dilata:
Rompe el rayo las nubes; piedra y fuego
Con él caminan; y en su furia ciego,
Campos incendia y montes arrebatá.

A UNA FLOR MARCHITA.

Hija de la mañana,
¿Por qué abatida la graciosa frente
No ha mucho tan ufana?
¿Qué de tu honor y tu arrogancia queda?
Hoy venturosa y leda
Sobre el flexible tallo columpiada
Te saludó la aurora
En el rosado Oriente,
Cuando de su alma luz acariciada
Junto al arroyo en el verjel naciste;
Y hoy el arroyo con murmurio triste,

Al fenecer el día en Occidente,
Corre, te busca, y al mirarte llora
De tu beldad lozana
El efímero alarde y pompa vana.

Mas ¡cuántos disfrutaste y cuántos diste
Bienes preciados, en tu gloria breve!
Del sol enamorado
Los vívidos colores recibiste:
Ósculo regalado
Del céfiro sonante, cuando leve,
Tallo, ramas y pétalos movía,
Y en la húmeda corola vacilante
Al plácido murmullo se adormía:
El pardo ruiseñor con pico de oro
Tus néctares bebió: la susurrante
Solícita abejuela, dulce cuna
Y aun más dulce tesoro
De miel y aromas alcanzó en tu seno:
En tu cáliz sereno
Vertió sus rayos la argentada luna,
Sus nacaradas gotas el rocío;
Y al retratarte en su cristal el río,
Sus acentos süaves
Unió cantando á los del bosque umbrío,
Y al coro de los vientos y las aves.
¿Ni qué voz generosa á tus loores
El tributo negó? Con noble verso
Vistiendo tus colores,
Tu gloria al universo
Dijo la lira; y la campestre avena
Con dulce cantilena
En el valle y la vega á los pastores.

En el sublime alcázar peregrino
De mármoles labrado;
En la ramosa gruta; en la cabaña
De informes troncos de silvestre pino;
En el cercado huerto; en la montaña,

Perfume regalado,
Inefable dulzura, encanto y vida,
Con mano igual profusa derramaste:
Allí donde brillaste
Resplandeció la tierra ennoblecida;
Los tendidos desiertos se animaron;
Menos horrible pareció el abismo;
Y ante el sepulcro mismo,
Los ojos que miraron tu hermosura
Menos acerbos lágrimas lloraron,
Y con menos terror la muerte dura
Y sus tristes despojos contemplaron.

Luego, del tallo paternal tronchada,
Pobre huérfana errante
¿Qué fué de ti, lanzada
De la vida del hombre al torbellino?
¿Fué acaso tu destino
Brillar un solo instante
En el mórbido pecho de la dama,
Ó en su cabello undoso;
Irritar del amor la viva llama
En el amante, de tu honor celoso;
Y, el labio audaz en tu corola impreso,
Mustia tornarte al encendido beso?
¿Ó en las pompas del templo sacrosanto
Desfallecer en medio de esplendores,
Al grato son de religioso canto,
Mezclando tus olores
Á la de incienso y mirra blanca nube
Que vagarosa del altar se eleva,
Con lenta majestad se extiende, y sube,
Y á Dios el llanto y la plegaria lleva?
¿Ó profanada en el festín, la frente
Adornar del impuro sibarita
Que luego, ingrato, te arrojó marchita
Al vil contacto de su sangre ardiente?

Luciste una mañana: no sin gloria:

Nacer para el amor, y en corta vida
De todos bendecida
Ser amada y amar: tal es tu historia,
Y morir como el niño que arrancado
Al seno de su madre, sube al cielo
En ángel transformado.
Flor también es el niño que prefiere
El Edén inmortal al triste suelo.
¡Cuán amado de Dios es el que muere
En brazos del amor; puesto el oído
Al maternal acento; suspendido
Al casto pecho por el dulce labio;
Sin probar el agravio
De perfidia crúel ó duro olvido!

Bella en la vida y en la muerte fuiste:
En la vida y la muerte blando aroma
Tus hojas exhalaban,
Y tus dulces alientos se mezclaron
Del aura leve al generoso aliento.
Y si nada resiste
De la dura segur al movimiento
Que alzados muros con furor desploma,
Que alzadas cimas con fragor derrumba,
Tú no pruebas sus iras:
Con lánguido desmayo en paz expiras;
Y perfumada tumba
Que el poderoso príncipe envidiara,
Más que de oro preciada y de diamante,
En su seno escondido te prepara
Sobre el fiel corazón virgen amante.

Pero no: tú no has muerto.
De misterioso impulso arrebatado,
Tu cáliz puro, de esplendor cubierto,
Aunque en tierno deliquio aprisionado,
Al labio llevo y exhalar le miro
Perfumado suspiro.
Vives, sí, vives: transparente gota

De la linfa purísima que brota
De las porosas hidrias espumante,
Sobre tus hojas con piedad vertida
Venga, y te anime, y otra vez pujante
Despierta de tu sueño, flor dormida.
Yo muerta te creí, y en flebil tono
Canté tu gloria y tu fugaz ventura
Con ronca voz y desmayado acento;
Mas si de nuevo al trono
Vuelves de la hermosura,
Voz más acorde con heroico aliento
Eleve el canto que perpetuo dura.

Así, del cielo amado,
Fragancias difundiendo expira el justo;
Vida encuentra en la muerte, y va sereno,
De espíritus angélicos cercado,
Al pie del solio agosto,
De alta esperanza en su justicia lleno.
Vivió, resplandeció, y aroma en torno
De pródiga virtud llenó el ambiente:
Vestido de piedad, único adorno
Fué la virtud de su elevada frente.
Y cuando en hora malhadada, vela
Sombra de muerte su sepulcro frío,
Aurëola brillante
Donde el Señor su majestad revela
Circunda su semblante.
Ruge el averno: Satanás impío
Al bátrato se lanza rebramando
Seguido de su bando:
Él rodëado del divino coro
Las ígneas alas aparece al vuelo;
Rompe el aire con ímpetu sonoro,
Y, feliz vencedor, se eleva al cielo.

Mas si debes morir, flor generosa,
¡Cuán noble todavía
Eres en tu agonía!

En torno al corazón las hojas bellas,
En actitud piadosa,
Para ocultar las huellas
De la muerte se agrupan, y á porfía,
Como amigas fieles,
Tu seno cubren y sobre él expiran.
Así cuando ya miran
Marchitos sus laureles
Las semidiosas que adoró la tierra,
Vencidas en la guerra
Del crudo tiempo, que con leves alas
Marchitó su hermosura
Y en humo y polvo convirtió sus galas,
La frente ocultan donde ya no brilla
De la edad juvenil el dulce fuego;
La rugosa vejez con mano dura
Cenizas desparciendo, en la mejilla
Que la rosa envidió, su sello imprime,
Sorda de la beldad al hondo ruego.
Y en vano, en vano gime
El ídolo deshecho en solitario
Altar sin cultos al amor propicios:
Las antiguas diademas son cilicios;
Y envuelto en el sudario
De la implacable edad que le devora,
Recuerda, y pasa, y sin consuelo llora.

¡Oh dulce flor! ¡Oh reina destronada!
¿Qué te valdrá el recato?
¿Por el que antes te amó, céfiro ingrato,
Te verás de tu manto despojada
Con bárbara osadía;
Y el aura matinal, sin conocerte,
Sobre la tierra que adornaste un día,
Profanando tu muerte,
Entre escorias y abrojos
Esparcirá tus míseros despojos?
¡Si al menos retratarte
Mi rudo verso triunfador pudiera!

¡Si pudiera llevarte
De la inmortalidad á la alta esfera!
Pero mi lira en breve
Desfallecida como tú, al quebranto
Se rendirá; ni leve
Memoria acaso quedará del canto.
Pendiente del ciprés, hondo lamento
En sus cuerdas sonando dará el viento.

Á ESPANA.

ODA.

¿Y piensas que, volviendo á lo pasado
Los tristes ojos, hallarás consuelo?.....
El laurel incendiado
Por el rayo del cielo
De una nación en la marchita frente,
Al antiguo verdor nunca renace:
La que vencida fué, vencida yace;
Y el cetro soberano
Ó de Neptuno el húmedo tridente,
De grave peso á su cansada mano,
Al feliz vencedor pasa en herencia,
Hasta que de otros pueblos la existencia
Anuncia nuevas leyes
Á la tierra sumisa y nuevos reyes.

En otros tiempos, mísera, tu historia
De la historia del orbe era trasunto;
Que llenaban el orbe las Españas;
Fabulosas hazañas,
De mármoles y bronces digno asunto,
Al templo de la luz y la memoria
Llevaron tu alta gloria
De la alígera fama en la trompeta;

Pero en vano el poeta
Tender quiso las alas en su vuelo
Hasta el remoto cielo
Donde tu nombre en los espacios gira,
Y dudando de sí rompió la lira.

Así, cuando prorrumpe en tu alabanza
De Ercilla el numeroso
Verso sonante, al ruido temeroso
De cruda lid donde vibró su lanza,
Ó la gran maravilla
Ensalza de Lepanto
El cantor sin rivales en Castilla,
Inferior á tus glorias es su canto.

El ingenio del hombre en sus profundas
Encantadas regiones,
Riquísimas de luces y fecundas
En fantásticos seres y portentos,
No produjo ficciones
¡Pobre reina vencida!
Que remedar pudieran de tu vida
Esos marciales épicos momentos,
Fugaces ¡ay! cual soplo de los vientos.

Más alto que el ingenio y que las nubes
Su trono la verdad puso fulgente
En medio á los querubes,
Ceñida de luceros la alta frente,
Para que nunca su belleza osara
De humana voz la frágil armonía
Con arpa ronca profanar demente.
El vate así dejando que ensalzara
Fulmíneo plectro de cantor divino
Tu valor peregrino,
Cuando en su pecho hirviente
Llama de honor y gloria vió que ardía,
La trompa resignado
Trocó por la armadura,

Y, si nació poeta, fué soldado;
Que en la edad de tus héroes gloriosa
Combatir fué cantar, y desventura
En ocio blando afeminar el pecho,
De bélico laurel por muelle rosa
Cambiar coronas, y en sosiego inerte
De perfumado lecho
Pasar la vida y esperar la muerte.

Empero entonces al nacer tus hijos,
Armados con el yelmo y la coraza,
Cual Minerva de Júpiter, salían.
Entonces, con prolijos
Afanos generosos,
Noble y sublime raza
De varones egregios fabulosos
Al fuerte pecho madres españolas
Para el imperio universal nutrían,
Domadores del suelo y de las olas;
Ó con pompa triunfal los recibían,
Si en el combate crudo
Sobre el ferrado escudo
Por la patria y la gloria sucumbían.

Y en tu abandono y soledad presentes,
En vano de Gonzales y Guzmanes
Buscas hoy anhelosa
El fuerte corazón, las fieras almas.
Del alto cielo sus sagrados manes,
Huéspedes sin país ni descendientes,
También en vano con la faz llorosa
En tu agostado suelo buscan palmas
Y entre sus hijos victoriosas frentes.

«¿Por qué la muchedumbre
De empavesadas naves españolas
No surca tus espacios, mar bravía,
Como cuando, señora de las olas,
Con sus inflados linos las cubría?

¿Por qué la pesadumbre
De los ferrados tercios y corceles
No oprime la ancha tierra,
Ni al fragor de sus pasos cuanto encierra
El orbe, gime y la cerviz humilla?
¡Cuelga al templo marchito tus laureles,
Degenerada estirpe castellana!

»Depositaria infiel, ¿qué fué del mundo
Que nuestro brazo sometió á tus plantas,
Siguiendo del fecundo
Blondo rey de la luz largo camino,
Arrostrando del báratro profundo
Argonautas triunfantes los furoros,
Y el nuevo vellocino
De la aromosa América, sus flores,
Sus áureas venas, colocando fieros
Bajo la egida de tus cruces santas
Y en la punta fatal de los aceros?

»¿Por qué túrbidos mares,
Por qué anchurosos ríos,
Por qué elevados montes,
Que dieron culto á los iberos lares,
Cual á sus patrios dioses tutelares,
Limitan hoy impíos
De tu antiguo solar los horizontes?
El Indo mar remoto;
Los que de Alcides la potente mano
Quiso apartar con desusado muro
En el confin estrecho gaditano;
Los que con frágil linde mal seguro
El istmo ora separa americano
Y el gélido hiperbóreo mar ignoto,
Á tus sonantes proras
No se abren ya, cual antes, vencedoras.

»Los que con rica vena
Reyes de ríos á la Europa bañan ,

No por sus anchas puentes
Dan paso á tus legiones;
Ni sus claras corrientes,
De domadas naciones,
Uncidas con la espada á tu cadena,
Con roja sangre empañan.
El padre Tajo, que en tu suelo nace
Y en grande espacio te fecunda el seno
Con puras linfas y dorada arena,
Toma nombre, ¡oh dolor! de Lusitano,
Y discurre sereno
Por el que, agora ajeno,
Abundoso país, al tuyo hermano,
Hizo de un Alba la invencible mano.

»¡Orgullosa monarca
De la mitad de América fecunda,
Rico en ondas, sonoro, majestuoso,
Amazonas potente, que á los mares
Alimento darás, que no tributo;
Y tú, de junco y palmas coronado,
Cuyo raudal copioso
De nueva vida sin cesar inunda
El suelo que llenó de sangre y luto
Avaro mercader, rudo soldado,
Orinoco feliz, tan envidiado
De regiones extrañas
Cuanto fuiste de olvido á las Españas;
Lejos corres del pobre Manzanares,
Entre nuevas naciones
Que tienen por perpetuas estaciones
Fecundo Agosto y floreciente Mayo,
Emancipadas hijas de Pelayo!

»¡Alzate, y osa, España,
En torno á ti las húmedas miradas
Volver sobre la tierra!
Mira si en el cenit al sol empaña
De polvo densa nube,

Cuando los montes empinados sube
Y al valle cae, y contra el galo cierra
Numeroso escuadrón de tus bridones
Y en turbias oleadas,
Al grito de Santiago, furibundo
Absorbe y rompe las de acero armadas
Falanges de caballos y peones
Que en vano opone á su valor el mundo!

»¿Oyes el relinchar de los corceles?
¿Oyes el choque de las armas fiero?
Tumulto y gritos, llantos y tropeles;
El trueno del mosquete que restalla;
El silbo agudo de veloz saeta;
De lanzas y de estoques y broqueles
El crujir temeroso:
Y el agudo sonar de la trompeta
Que anima á la batalla
Y vibra en los espacios lastimero;
¿Oyes, España, cual la voz temida
Del Niágara potente en su caída?

»¡Oh madre España, sin ventura y triste!
El silvoso Apenino ya no asiste
Mudo testigo á presenciar la gloria
De iberos generosos;
Ni los Alpes añosos
Sobre sus canos y movibles hielos
Huellas conservan de tus fuertes pasos.
Ejemplo de fortunas y fracasos,
Castigo duro de inclementes cielos,
Alza Pirene infiel su faz serena;
Pero ya no es tu puente, es tu cadena.
Negra mancha á tu historia,
El infame Peñón también existe,
Que tu molicie y tu estupor condena,
Y en las cumbres del Ande borra el hombre
De tu dominio y tu grandeza el nombre.

»¡Ay! No sirvió que dueños de la tierra,
Cual reyes del espacio, tus pendones
Llevaran como sol sin Occidente,
Doquier á cuanto encierra
Los rayos de tu luz resplandeciente;
Ni que atónitas dieran las naciones
Tributo de terror á tus legiones.
Los que en marcha triunfal tu carro ornaron,
De esclavos en señores se tornaron;
Manos impías tus cabellos de oro
Rompieron con desdoro;
Tu fulgente diadema
Objeto fué de su ambición suprema;
Y en jirones partido el manto regio
Sirvió á bandidos para echar las suertes
Con que, á ley de más fuertes,
Tus pedazos sangrientos disputaron
Y el santo nombre de la patria egregio
Con irritantes burlas mancillaron.

»¡ Señora del imperio
Que uno y otro hemisferio
Unió del mundo! ¡Triunfadora altiva!
¿Dónde está de tu gloria el monumento?
¡Oh mísera cautiva!
¿No ves de tu poder el polvo al viento?
Llora sin tregua, España, en tu amargura;
Que confuso recuerdo es tu ventura
Y la centella que vibró tu mano
Sobre el orbe obediente,
Desprecio ya á la gente,
Relámpago fugaz y ruido vano.»

Así con voz que al trueno
En su estampido y su fragor excede
Y que conmueve el mundo
Y hace temblar su entraña,
Contigo y contra ti, mísera España,
Las almas de tus héroes exclamaron

Y, al ver en tu cerviz del yugo ajeno
Candente marca y deshonor profundo,
De ti la vista airada separaron
Y en tu mengua por patria te negaron.

De tal altura ¡oh madre! has descendido
Á tal abismo, á tan profunda sima,
Que á Luzbel maldecido
En la alta gloria, en la desgracia suma,
En la soberbia, en la maldad recuerdas.
¿Qué mucho que al mirarte,
Hijo piadoso, en tu desgracia gima?
En otros tiempos, impotente el arte
Ni á tus anales pluma,
Ni al áureo plectro sonoras cuerdas
Dió que pudieran elevar su vuelo
De tu grandeza y de tu gloria al cielo;
Y hoy, madre, basta sólo
Mi rudo verso, que desdeña Apolo,
Tus males á llorar y tu honda pena,
Al compasado son de tu cadena.

Así tal vez del Alpe en la montaña
Vecina al alto cielo,
Torrente impetuoso
Se forma de las lluvias y del hielo,
Y al descender al valle y la campaña,
Convierte en vena de anchurosa ría
El mezquino raudal de un arroyuelo.
Entonces ni por vado ni por puente
El rebaño medroso,
El pastor imprudente,
Ni el altivo monarca pasaría,
Hasta que viene un día
Y el prestado caudal le roba Agosto,
Coronado de espigas y de fuegos,
Y pasa el niño, en infantiles juegos,
Con planta enjuta el pobre cauce angosto.

A DIOS.

Perlas son de tu manto las estrellas;
Tu corona los soles que al vacío
Prendió tu mano, y de tu imperio pío
Espada y cetró al par son las centellas.

Por el éter y el mar andas sin huellas;
Y cuando el huracán suelta bravío
Sus mil voces de un polo al otro frío,
Con tu voz inmortal sus labios sellas.

Doquiera estás; doquier llevan tu nombre
Mares, desiertos, bosques y palacios,
Cielos y abismo, el animal, el hombre;

Aunque estrechos la mente y los espacios
Te llevan ¡oh Señor! sin contenerte,
Te adoran ¡oh Señor! sin conocerte.

AL SOL.

Mares de luz ¡oh sol! en la alta esfera
Derrama triunfador tu carro de oro,
Y la vencida luna con desdoro
Su antorcha apaga ante tu inmensa hoguera.

Y el águila de rayos altanera
Hasta el cielo á buscar va su tesoro;
Y esparce al viento su cantar sonoro
Del umbroso pensil ave parlera.

Y la tierra y el mar y el claro cielo
Penetrados por ti hierven de amores
Cual de un esposo al fecundante anhelo.

¿Quién la lumbre te da? ¿Quién los ardores?....
El ser á quien tu luz, que nos asombra,
Es fuego sin calor, es mancha, es sombra.

AL MAR.

Te admiro ¡oh mar! si la movable arena
Besas rendida al pie de tu muralla,
Ó si bramas furioso cuando estalla
La ronca tempestad que el mundo atruena.

¡Cuán majestuosa y grande si serena!
¡Cuán terrible si agitas en batalla,
Pugnando por romper tu eterna valla,
Con cólera de esclavo tu cadena!

Tienes, mar, como el cielo, tempestades;
De mundos escondidos prodigiosa
Suma infinita que tu mole oprime;

Y son tu abismo y vastas soledades,
Como imagen de Dios, la más grandiosa;
Como hechura de Dios, la más sublime.

ADIÓS A LA PATRIA.

ODA.

¡Tierra del sol amada,
Donde inundado de su luz fecunda,
En hora malhadada,
Y con la faz airada,
Me vió el lago nacer que te circunda!

¡Campo alegre y ameno,
De mi primer amor mudo testigo,
Cuando virgen, sereno,
De traiciones ajeno,
Era mi amor de la esperanza amigo!

¡Adiós, adiós te queda!
Ya tu mar no veré cuando amorosa,
Mansa te ciñe y leda,
Como delgada seda
Breve cintura de mujer hermosa;

Ni tu cielo esplendente,
De purísimo azul y oro vestido,
Do sospecha la mente
Si en mar de luz candente
La gran masa del sol se ha derretido;

Ni tus campos herbosos,
Do en perfumado ambiente me embriagaba,
Y, en juegos amorosos,
De nardos olorosos
La frente de mi madre coronaba;

Ni la altiva palmera,
Cuando en tus apartados horizontes
Con majestad severa
Sacude su cimera,
Gigante de las selvas y los montes;

Ni tus montes erguidos
Que en ímpio reto hasta los cielos subes,
En vano combatidos
Del rayo, y circuidos
De canas nieves y sulfúreas nubes.

¡Adiós! El dulce acento
De tus hijas hermosas; la armonía
Del suave concento

De la mar y del viento
Que el eco de tus bosques repetía;

De la fuente el ruido;
Del hilo de agua el plácido murmullo,
Más amable á mi oído
Que en su cuna mecido
Es grato al niño el maternal arrullo;

Y el mugido horroroso
Del huracán, cuando, á los pies postrado
Del Ande poderoso,
Se detiene sañoso
Y á la mar de Colón revuelve airado;

De la cóndor el vuelo,
Cuando desde las nubes señorea
Tu frutecido suelo
Y en el campo del cielo
Con los rayos del sol se colorea;

Y de mi dulce hermano
Y de mi tierna hermana las caricias;
Y las que vuestra mano
En el albor temprano
De mi vida sembró, puras delicias,

¡Oh madre! ¡oh padre mío!
Y aquella en que pedisteis, mansión santa,
Con alborozo pío
El celestial rocío
Para mí, débil niño, frágil planta;

Y tantos ¡ay me! tantos
Caros objetos que, en mi triste historia
De miserias y llantos,
Marcan á mis quebrantos
Breve tregua tal vez con su memoria.

Todos yacen perdidos;
Que ausente del hogar en tierra extraña,
Mis penates queridos
Lloran entristecidos
En tu almo suelo al refugiarse, España.

Puedas grande y dichosa
Subir ¡oh patria! del saber al templo,
Y en tu marcha gloriosa
Al orbe, majestosa,
¡Dar de valor y de virtud ejemplo!

No te duela mi suerte,
No maldigas mi nombre, no me olvides;
Que aun vecino á la muerte
Pediré con voz fuerte
Victoria á Dios para tus justas lides.

AL AÑO DE LAS GRANDES ESPERANZAS.—1830.

ODA.

(Traducción de G. Rossetti.)

¡A las armas! el hierro fulmina:
Luzca el yelmo, de plumas ornado:
Baja al campo, ministro del hado;
La esperanza relumbra en tu sién.
En la senda que el tiempo te marca,
Tus pies graben su huella profunda,
Siendo al pueblo memoria fecunda
Y á los reyes aviso también.

Hoy se cumple la empresa sublime

Que el destino á tu diestra ha fiado :

Año grande, á los libres sagrado,

En los fastos tu nombre será.

De laureles gloriosos ceñida

Y de fúlgidos rayos tu frente,

De los siglos futuros la gente

Bendecido tu nombre verá.

La razón precursora te guía,

Y veloz se aproxima á la meta :

En el Austria combate secreta,

Y hasta Rusia camino se abrió.

Y la antorcha inmortal sacudiendo

Pasa y grita en su marcha triunfante :

«Deja el sueño, mortal, delirante ;

Soy la aurora de un fúlgido sol.»

Á sus voces, que el eco difunde,

Sus conquistas prepara Lutecia,

Y en Sarmacia, Brabante y Helvecia,

Patrio fuego se mira surgir.

Son sus voces cual soplos del Bóreas

En la llama de hogueras hirvientes :

Son hogueras los pueblos valientes

Que ambicionan frenética lid.

De la cima del Alpe nevoso

Hasta el cráter del Etna inflamado,

Veces mil, cual gigante ha pasado

Y la Italia su acento escuchó.

«Ponte el yelmo, la mitra abandona,

¡Oh caduca señora del mundo!

Deja, ¡oh reina! tu sueño profundo;

Soy la aurora de un fúlgido sol.

»¡Infelice! Ya el águila fiera

Con sus garras asida á tu entraña,

Insaciable duplica su saña

Porque el cebo la torna mayor.

»¿Devorado no sientes tu seno?
¡Oh! Despierta: el acero menea,
Y su doble cabeza se vea
Por el suelo, del hacha al vigor.

«¿Dónde están, dónde están—dirá alguno—
»Del gran Fabio y de Bruto los nietos?
—»A coyunda ominosa sujetos»,
Otra voz, respondiendo, dirá.
»¿En las ruinas de musgo cubiertas,
Muestra Italia sus héroes hoy día?»
Te pregunta, ¡oh, amarga ironía!
Hasta el vil que vileza te da.

»¡Mentirosos! Tragad el veneno
De que están vuestros labios teñidos:
En *aquél* por quien fuisteis vencidos,
La gran madre sus hijos mostró.
»¿Aquel héroe olvidáis de la guerra
Que vió el alba primera en su suelo?
Rayo fué del itálico cielo
Su alma grande que al mundo humilló.

»Fué entre aceros contrarios potente,
Como escollo del viento azotado:
Cual el cedro entre plantas alzado,
Sobre un vulgo de reyes se irguió.
»Con su mano, del hado en el libro
Él dictaba la paz ó la guerra:
Los tiranos que oprimen la tierra
Á tus plantas temblando miró.

»Y en llegando su cumbre al ocaso
Resurgieron del cieno profundo,
Cual las sombras poblaron el mundo,
Cuando el astro del mundo expiró.
»Negras sombras de la ártica noche
En la tierra del sol condensadas,

Huíd del suelo de luz dispersadas:
Soy la aurora de un fúlgido sol.»

Así dice, y su antorcha sacude,
La del sol de la paz precursora;
Y agitada, su lumbre la aurora
Del eterno esplendor ya nos da.

Y por ella las sombras funestas
Dejan leves el suelo á porfía;
Y al anuncio del próximo día,
En pie Italia y armada ya está.

«¡Lucha!» grita Sabaudia guerrera;
«¡Lucha!» grita la audace Liguria;
Y la Insubria, la Emilia, la Etruria,
Reblandiendo la espada se ven.

De la cima del Etna incendiada
Á las cumbres del Alpe nevoso,
Jura el pueblo en su nido espantoso
La ave aciaga estrujar con el pie.

¡Oh, malvados, que sangre vertisteis,
Castigando esperanzas y anhelos!
Del enojo del Dios de los cielos
La medida esa sangre colmó.

Deletéreo vapor de las tumbas
Silencioso á la atmósfera sube,
Y allí nutre sus rayos la nube.....
¿Para quién? Es secreto de Dios.

¡Alma tierra, en varones fecunda,
Que envilece injustísimo el hado!
¡Oh, Saturnio jardín destrozado!
Cambie el cielo su enojo en favor.

Romperéis vuestras duras cadenas
Los que en grillos estáis, mis hermanos,
Y ese yugo será á vuestras manos
Lo que tabla á la mar en furor.

¡Fuera, fuera! ¡Oh mi numen divino!
Del Eterno profeta inspirado:
Dí que *el año á los libres sagrado*,
Sobre Italia sus plumas batió.
¡Mas si Italia indolente durmiese!
¡Si negase á la empresa su grito!.....
Calló entonces el bardo proscrito,
Y su acento en gemido expiró.

D. ANTONIO ROS DE OLANO.

D. ANTONIO ROS DE OLANO.

EN LA SOLEDAD.

I.

¡Madre Naturaleza!..... Yo que un día,
Prefiriendo mi daño á mi ventura,
Dejé estos campos de feraz verdura
Por la ciudad donde el placer hasta,

Vuelvo á ti arrepentido, amada mía,
Como quien de los brazos de la impura
Vil publicana se desprende y jura
Seguir el bien por la desierta vía.

¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,
Si árboles, flores, pájaros y fuentes
En ti la eterna juventud reparte,

Y son tus pechos los alzados montes,
Tu perfumado aliento los ambientes,
Y tus ojos los anchos horizontes?

II.

Más precio en este valle y pobre aldea,
Términos de mi vida peregrina,

Despertar cuando el aura matutina
Las copas de los árboles meneas;

Y al volver de mi rústica tarea,
Hora, en la tarde, cuando el sol declina,
Mirar desde esta fuente cristalina
El humo de mi humilde chimenea,

Que en la rodante máquina lanzado
Cruzar como centella por los montes;
Pasar como relámpago el poblado;

Robar, en fin, al péndulo un segundo,
Y en pos de los finitos horizontes,
Sentir la *Nada* al abarcar el mundo.

III.

Hay junto á la ventana de mi estancia
Un laurel de la sombra protegido,
En donde guarda un ruiseñor su nido
Apenas de mi mano á la distancia:

Y entre el verde follaje y la fragancia,
Celoso, ufano, amante, querido,
Dice su amor con lánguido quejido
Y dulce y elevada consonancia.

Las horas de la noche una tras una
En sigilosa hilera huyendo el día,
Siguen el curso á la encantada luna.....

Y en esta soledad, el alma mía
Goza, sin envidiar cosa ninguna,
De su quieta y feliz melancolía.

IV.

¿Qué fueron al gran Carlos sus hazañas
En la celda de Yuste recogido?
El quiso relegarlas al olvido,
Y ellas emponzoñaban sus entrañas.

Suele el que nace humilde en las cabañas
Dejar su techo, y olvidar su ejido,
Por el lucro del mar embravecido,
Por el sangriento lauro en las campañas.

Mas al recto varón que honró su historia,
Sin codiciar fortuna envilecida,
Ni envidiar de los Césares la gloria,

Un apartado albergue le convida
Á esperar sin tormento en la memoria
La breve muerte de su larga vida.

RECORDANDO EL ENTIERRO DE ESPRONCEDA.

¡Cayó sin dar un ¡ay! en la primera
Y última desventura de su vida!.....
¡Ya no asusta el cometa sin medida
Que se apagó en mitad de la carrera!

Y este llanto que moja mi severa
Rugosa faz en la vejez sumida,
Es ya la última lágrima exprimida
De una fuente de amor, que amor no espera.

¡Poeta del pesar!..... De la clemente
Tumba que de los vivos te separa,
Rompe la losa con tu férrea mano.....

Canta el *himno á la muerte* que inspirara
Á tu virtud el infortunio humano,
Y escupe al vulgo hipócrita en la cara.

EL SIMUN.

La soledad lo aborta sin destino
Sobre el páramo inmenso del desierto;
A su presencia duélese el Mar Muerto
Y gime triste el campo palestino.

Con polvorosa crin borra el camino,
Y á su bochorno el caminante incierto,
El cuerpo tiende, el hálito cubierto
Del raudo y abrasante remolino.

¡Pasó!..... Y el tigre bota en la candente
Arena, en que el león ruge erizado
Y silba y se retuerce la serpiente.....

¡Pasó!..... Y en la quietud del despoblado
La ciudad solitaria del Oriente
Llora con el Profeta su pecado.

PROGRESIÓN.

Del fértil seno de la madre España
Nace el altivo Tajo en breve cuna;
Y, creciendo con rápida fortuna,
Ceden los pinos á su adulta saña.

Si rompe cerros, si florestas baña,
Río es el Tajo; su corriente es una,
Sea en la vega, anchísima laguna,
Sea sierpe que enrosca la montaña.

Miradle de Aranjuez en los verjeles,
Vedle desde la cántara extremeña:
Contempladle al llegar al Océano.....

Y así del alma, en cálidos rieles,
La idea brota y rauda se despeña,
Río caudal del pensamiento humano.

LENGUAJE DE LAS ESTACIONES.

EN EL INVIERNO.

EL HOGAR.

¿Ves, hermana, cómo acude
Tras la aficción el consuelo,
Sin que el corazón se advierta
Ni lo procure el deseo?
Antes, al volver la vista
Á la cruz del cementerio,
Vertías acerbos lágrimas
Con amargo desaliento ;
Y hoy, con los ojos enjutos,
Pronunciando el Padrenuestro,
Han apartado tus manos
La nieve del santo suelo,
Donde de nuestros mayores
Yacen los mortales restos,
Cuyas almas inmortales
Te bendicen desde el cielo.
Se han cambiado tus sollozos
Y los ayes de tu pecho
En plácidas melodías
Que acusan otros afectos.....
Y esa misma cantilena

Del ángel que guarda el sueño
De los niños, la aprendiste
En el regazo materno.
Nuestra madre te la dijo,
Abrigándote en su seno,
Con arrullo de paloma
Cuando ampara á sus hijuelos.
Y la rüeca, con sus flores
De siempreviva al extremo,
Y el huso de plata fina,
Con la inicial de su dueño;
Ese infatigable huso
Que tus delicados dedos,
Tras levísimo chasquido,
Lanzan con ágil gracejo;
Y ese copo bien peinado
Del lino de nuestro huerto,
Que vas desatando en hebras
De finísimo cabello;
La rüeca, el huso y el lino
Son que allá en mejores tiempos,
Al compás de las canciones
Del ángel que guarda el sueño,
Sirvieron á nuestra madre,
Al arriño de este fuego,
Para hilar blancas madejas
De que luego se tejieron
Las sábanas de tu cuna
Y las de mi breve lecho.
¡Oh, piadosa hermana mía!
¡Cuán dulce contentamiento
Sentimos las dos ahora
En el altar del recuerdo;
En este hogar heredado
Llama de calor perpetuo
Que avivaban nuestros padres
Y sus padres encendieron!.....
¡Así nosotros, hermana,
Venturosos herederos

De sus cristianas costumbres,
De su hacienda y de su techo,
Podamos legar el fruto
De sus honrados consejos
Á hijos dignos de nosotros
Y dignos de sus abuelos!
Que en mal hora los que heredan
Olvidan sus venideros ;
Y los que son en el mundo,
Porque sus mayores fueron,
Poderosos en riqueza,
En la ostentación egregios,
Y disipan en festines,
Bajo artesonado regio,
Hacienda que no fundaron
Con su ciencia ni su esfuerzo,
Afrentan en ocio impuro
Honor que no merecieron.
Yo, á ejemplo de nuestros padres,
Hermana mía, prefiero
Á manjares no soñados
Por el natural deseo,
Frugal mesa abastecida
Para el preciso sustento,
Con los frutos generosos
Que rinde al trabajo el suelo :
Y, al mirarlos sazonados
Con la forma en que nacieron,
Servidos en blanca loza
Sobre limpísimo lienzo,
Digo con gozo en el alma,
Y en quien soy los ojos puestos :
«Aves son de mis corrales,
Que en mis corrales nacieron ;
Corderos de mis ovejas ;
Caza que abatí en su vuelo ;
Vino tinto de mi viña ,
Trasegado, limpio, añejo ;
Verduras de mi cercado,

Y frutas de mis injertos.....»
Así Dios no me perdone,
Hermana, si te exagero:
Pero, si se me obligase
A optar entre dos extremos:
Vivir sobrado de fausto
Fuera del hogar doméstico,
O empobrecer mi comida
Aquí, al amor de este fuego,
¡Hermana! Dios no me ayude
Si no es verdad que prefiero
Á dejar mi amado asilo,
Un negro pan de centeno,
Con las frutas arrugadas
Que guardas para el invierno.
Mas ya advierto que vencimos
Esta velada de Enero ;
Y, pues nos anuncia el gallo
Que ha dormido el primer sueño,
Hermana, arropa la lumbre
Con la ceniza, y dejemos
La guarda de nuestro ejido
Á mi leal compañero.
Ni asechanzas de la envidia
Ni injustas venganzas temo;
Pues, al fin, no tiene el hombre
Mejor amigo que el perro.

EN LA PRIMAVERA.

I.

LA MAÑANA.

Ungida en blando rocío
Despierta amorosa el alba,
Tímida beldad que en sueños
Su amante, el sol, busca y llama:

Claros sus ojos azules
De luminosas pestañas,
Al beber luz en los cielos,
La luz al suelo derraman.

Salúdala el Santuario
Con la voz de la campana,
Mientras le dice sus himnos
En los aires la calandria;
Y al influjo cariñoso
De su espléndida mirada,
Se esponja de amor la tierra
La vida ríe en las plantas.

Ancha clámide de nieve
Desprenden de sus espaldas
Los cerros, al anunciarse
De Abril la augusta mañana;
Y de las cumbres descende
Libre, saltadora el agua,
En elegantes revueltas
Cintas de cristal y plata.

Recibe el amante valle
Con flores su desposada;
Y ella, tras húmedos besos,
Se aduerme entre verdes algas.
Las festivas, redolentes,
Ligeras brisas, resbalan
Sobre el mar ó sobre flores,
Entre el cielo y las cabañas;
Y se mecen halagüeñas
En mil idas y tornadas,
Bajo formas infinitas,
Del hombre las esperanzas.

Puesta la popa á la arena
Y la proa á la bonanza,
Dejando el refugio amigo,

Levadas las corvas áncoras,
Libra las turgentes velas
La nave de Dios fiada;
Que así la ambición fenicia,
Mostró surcando las aguas,
Cual las mercedes del suelo
Por oro en la mar se cambian.

El labrador que abrió el surco,
Y de sus trojes preciadas
Arrojó fértil semilla
Con mano atrevida y franca,
Cela la espiga naciente
Sobre campos de esmeralda,
Mientras que, libres del yugo,
Los tardos bueyes descansan.

Óyense alegres canciones
De las rústicas zagalas:
Amor las pone en sus labios,
Bien sentidas, mal calladas,
Ecos que acaso responden
En su delectable pausa
Á las trovas que en la noche
Profirió la serenata.....
Y aun dicen que la doncella,
Desde la puerta foránea,
Al huir la blanca luna
De la aurora sonrosada,
Sorprendió junto á la reja,
Defensa de la ventana,
Donde no llegan los labios,
Aunque los ruegos alcanzan,
Al amante que allí puso,
Como regalo á la *Maya*,
Ramos de fresca verbena
En generosa guirnalda.
¡Oh, naturaleza! ¡Oh, madre!
Cuando presentas tus galas,

Amor encuentra do quiera
Sus ofrendas y sus aras.
No de otra suerte á tu influjo
La entumecida crisálida
Rompe la mística celda,
Y en metamorfosis rápida,
De oro y de carmín lucentes
Despliega veloces alas,
Y vuela al altar de Flora
En nueva vida agitada:
Gusano ayer en su cárcel,
Gira libre, inquieta, vaga,
Cual si, guardando memoria
De su brevedad pasada,
Sintiera que no le cabe
Gozar delicias tan anchas.
Muge la esbelta novilla
Desde el otero á distancia;
Primer celo en que se enciende
Al pacer la verde grama.....
Suma de gala y de fuerza,
Monstruo de fiereza y gracia,
El toro al clamor amante
La frente adusta levanta.
Por más saciar el olfato
Las hondas fosas dilata:
Enhiestas las finas puntas,
Rueda la hirviente mirada:
Juega la flexible cola
Con ondulantes lazadas;
Y, azotándose los flancos,
Cual con serpiente irritada,
Rayo que en trueno responde
Pronto al imán que le llama,
Rápido como el relámpago,
Parte, arrolla, triunfa ó mata.
Los árboles se columpian
En el seno de las auras;
Las aves pueblan el éter;

Los ríos serenos pasan.....
Y, en tanto, un eco distante,
Que el viento interrumpie á ráfagas,
Trae y lleva los acordes
De la primitiva flauta.....
Son los de la edad de oro
Trinos de la flauta pánica,
Recreación de pastores,
Mientras pacen sus manadas
Y vense en libre careo
Correr del monte á la falda
Menudas, ágiles, limpias,
De vario color pintadas,
Generación de Amaltea,
Las mil esparcidas cabras.....
Y, en medio al vario conjunto,
Señor entre sus esclavas,
Celoso barbón hirsuto,
De corona esparramada,
Y olor genial, que denuncia
Á los machos de su raza ;
Dispensador de favores,
Dejando va por do marcha
Vapor de naturaleza,
Dulce á sus hembras ingravidas.
¡Horizontes de la vida!
¡Limitaciones humanas!
¡Tal traéis á la memoria
Las religiones pasadas!
Tal veo en el templo egipcio
La adoración humillada
Ante el símbolo monstruoso
Del padre de las cabañas ;
Y aun más cerca á los sentidos
Contemplo en Grecia, hermanadas
Deformidades cupídicas
É idealidades de estatua,
Y el mito erótico, en donde
Triunfa del vigor la gracia

Tras la lid voluptuosa
Apenas significada,
Si el torpe bruto rendido
Tan flojamente se amansa
Que sobre sus rudos lomos
La gracia gentil cabalga.
Así, al contemplar de lejos
La mar tranquila, rizada
De nívea espuma, que en iris
Los rayos del sol desata,
Páreceme ver que nace
De las ondas azuladas,
Bella cual si á mi deseo
Mi libertad la evocara.
Y á mi voluntad surgiera,
Sensible diosa pagana,
La Venus chípria, meciéndose
En leve concha de nácar;
Por cendal de sus contornos
Las sueltas madejas áureas;
Con pompa de blancos cisnes,
Que sumisos acompañan,
Y Céfiros y Nereidas
Que la acercan á la playa.
Oigo el plácido concierto
De los orbes en la estancia
Del Infinito, do viven,
Giran, se atraen y se aman;
Y esa sublime armonía
Es el suspiro, es el habla
De la Creación entera
Que suspira enamorada.

II.

LA GOLONDRINA.

¡Bienvenida la inocente
Huésped, de donde quiera

Que llegue al humilde techo
Del triste que la desea!
¡Oh mi mansa golondrina!
¡Oh mi dulce forastera!
¡Bienvenida! Á tu llegada
Mantuve abierta la reja :
Tu trino suena en mi oído ;
Tus alas, con las esencias
De otras auras de otros climas,
Mi frente árida refrescan ;
Y con versátiles giros
Las vigas añosas cuentas,
Y reconoces la estancia
Donde tus hijos nacieran.
¡Aquí fueron tus amores,
No turbados por la fiesta
Ni por el llanto ; aquí fueron,
En la paz de esta vivienda!
Allí tu nido te aguarda ;
Tus hijos no lo recuerdan :
Tú vuelves á visitarlo,
Y yo lo guardé en tu ausencia.
Pliega tus nítidas alas,
Y tus leves plumas peina ;
Reposa, mi peregrina,
Mi huésped y compañera.
¡Quién sabe! Acaso tu vuelo
Posaste la vez postrera
En la ascética, ignorada
Choza del anacoreta.
De Tierra Santa tal vez,
Nueva peregrina, vengas,
Y del Líbano doblaste
Ayer las cumbres excelsas.
¡Quién sabe! Tal vez ha poco
Que, del Sinaí en la cresta,
Oías los regios salmos
Que la religión eleva.
Acaso en Jerusalén

Tus últimos hijos quedan,
Nacidos junto á un pesebre,
Como el Redentor naciera.
Las sublimes soledades
De aquella cristiana tierra
Cruzaste tal vez, llevada
Del simun en la carrera.
Tal vez de la Palestina,
Do el sol enciende la arena,
Rompiendo la estiva calma
Jadeabas pasajera.....
Ó bebiendo en el Jordán
Del agua de la pureza,
Para alentar tu camino
Sobre la triste Judea,
Volaste en torno á las tumbas
Do reposan los Profetas,
Y en el sepulcro de Cristo
Se oyó tu mística queja.

¡Quién sabe! Acaso rasante,
Desempulgada saeta,
Mediste de un solo sulco
La ya derrumbada Grecia;
Ó acaso de populosas,
Profanas ciudades vengas,
De bordear los palacios
Que te cerraban sus puertas,
Para que los artesones
De esmalte y oro, y las regias
Randas y tapicería
Que al lujo tributa el persa,
Y los jarros de la China,
Y las lunas de Venecia,
Tu nido de pobre barro
No manchase ni ofendiera!

Si así es, mi peregrina,
Noble avecilla, los deja,

¡Inhospitales son
Los magnates de la tierra!
Tuerce tu rumbo del centro
Á que afluye la riqueza;
Que es el hombre en la fortuna
Menos humano que fiera.
El escándalo del rico;
La risa de las ramerás;
La orquesta de los saraos;
Los clarines de la guerra;
Los tumultos, gritería
Y ceremoniosas fiestas,
Estruendos son ofensivos
Á tu sencilla existencia.
Libre en el aire del campo,
Cuando la aurora despiertas,
Y con las primeras sombras
Del crepúsculo te albergas:
Los gozadores del mundo,
Los que esas ciudades pueblan,
Cierran sus ojos al día;
La noche los desenfrena.

Tú eres la hija del ambiente,
Y del alba, y de las frescas
Floreillas amorosas
Que Abril y Mayo despliegan.
Familiar, pura y sencilla,
Dios no puso en ti defensa,
Y dijo, porque te amaran:
«Anuncia la primavera,
Y engéndrese en ti el instinto
De la emigración, y lleva
Tu mensaje á cien regiones,
Sin errar nunca la senda.
Cruza mares y desiertos,
Las ruinas visita, y llega
Al asilo en donde mora
La paz en santa modestia.»

¡Y fuiste! Y sin duda el dedo
De la sabia Omnipotencia
Trazó en el aire el camino
Que á cien regiones te lleva.....
Misterios son tus jornadas,
Viajes de escondida ciencia,
Á donde sólo te sigue
La inspiración del poeta.
¡Oh mi mansa golondrina
Y mi dulce compañera!
¡Bienvenida seas al techo
Del triste que te desea;
Y así tus hijuelos guarden
Memoria de mi vivienda,
Como yo de ti me acuerdo
En los meses de tu ausencia!

EN EL VERANO.

LA TEMPESTAD.

Claros estaban los cielos,
Limpio el azul transparente:
Sólo á lo lejos se vía
Vellón que al aura remece,
Una nubecilla tenue,
Una nubecilla mansa,
Una blanca nubecilla
Como el ampo de la nieve.....
.....
.....
Ancha nube en limpio espacio,
¿Quién te guía? ¿Quién te acrece?
¿Quién te empuja, nube airada,
En pavorosa creciente,
Que, ciñéndote de sombras,
Tragas polvo, el mundo envuelves?
.....

Relámpago en fondo cárdeno,
¿Cuántos volcanes te encienden?
Ronco trueno que respondes,
¿Á qué mandato obedeces?

.....
.....
Huid, míseros ganados;
Aves por el aire leves;
Huid, míseras criaturas,
El torbellino os envuelve;
Huid; que dentro de poco
No habrá amparo á que acogerse;
Los árboles más robustos
Quiebran cual cañas endebles;
El huracán, el granizo,
Os arrebatan, os hieren;
La tempestad traga el mundo
Y Dios no se compadece.

.....
«¡Ay! (dije, y seguí postrado):
¡Cuánto la vida me duele!»
Porque el alma se me iba
A la tempestad rugiente.....
Y entonces fué cuando vino,
Derramándose á torrentes
Copiosa lluvia; y en olas
Despeñadas, que al mar tienden,
Iban las aves ahogadas,
É iban nadando las reses.
Á la mar iban los árboles,
Con sus frutos aun pendientes;
Del labrador afanoso
Los codiciados enseres
Iban; y á la par con ellos
Haces de acopiadas mieses,
Y, arrancados de su base,
Restos de pobres albergues.....

.....
Mansa lluvia, mansa lluvia,

En aljófares cerniéndote
Del sol al último rayo,
Que el agua en diamantes vuelve:
Mansa lluvia, en derramados
Prismas de cristal luciente,
Arco de triunfo erigido
Al vencedor de los débiles,
Iris de paz para el hombre,
Sin pacto que le conserve:
Mansa lluvia, engalanada
De colores transparentes,
Amaranto y oro y púrpura,
Que no imitan los pinceles:
Cariñosa, mansa lluvia,
Á medida que te ciernes
Sobre las flores del campo,
Hijas de matas silvestres,
Renace mi triste vida
A la calma que apetece!
¡Vivir es amar, y miro
El placer con que agradecen
Allá en el monte los árboles
Y aquí las flores campestres,
Mansa lluvia cariñosa,
Los beneficios que viertes!
Y tú, de concordia iris,
Escala de luz, que asciendes
Á do reside el misterio
De la vida y de la muerte,
Tú eres el santo camino
Por do libres van y vienen
Las bendiciones que parten,
Las esperanzas que vuelven.
.....
¡Visiones de los sentidos!
¡Pasad, pasad como suelen
Cruzar, dándose las manos,
Las niñas en danza alegre!
.....

—¿Quiénes sois, que yo os conozco,
Pareja en que amor florece,
Á la par que andais por campos
Donde el tomillo trarciende,
Y á seguir vuestra jornada
Tanta voluntad me mueve?
—Fuimos tu Padre y tu Madre,
Aun antes que tú nacieses.

.....
—¿Quiénes sois, niños benditos?
Conoceros me parece.....

—Eramos amigos tuyos,
Cuando niños inocentes;
Eramos tus condiscípulos
De la vida en los dinteles.
Tus iguales nos juzgamos
En la vida adolescente;
Y, si hoy favor te pedimos,
Que, aceptado, nos ofende,
Somos los que te abrazaban
Para herirte y esconderse.....
¡Dejamos por nuestra prosa
De la fama los laureles,
Virtudes que no nos caben,
Ideas que nos exceden!.....
—¡Pasad, pasad, mis amigos!
La confesión os releve:
Mi voluntad os disculpa
Y la experiencia os absuelve!

.....
Y tú, ¿á qué vienes, anciano,
A quien he visto otras veces?
—Voy detrás de mis discípulos
Que corren más que las liebres,
—Y en la carrera del mundo
El que atrás queda se pierde.

.....
¡Aparta, mujer hermosa!
¡Por donde viniste, vete!

¡Esconde aquesos collares,
Arracadas y alfileres
Con que adorné tu belleza
Y prendí tu pecho alevel!
¡Aparta, mujer traidora,
Que aun tus caricias me ofenden!

.....
¿Quién eres tú que muy lejos,
Tan lejos te me apareces,
Que ya mis cansados ojos
Dudan en reconocerte?
—Tu *primer amor* me llamo.
—¡Tu memoria me enternece!
Fuiste el ideal del alma,
La santidad de mis preces,
La diosa de mis sentidos,
La mujer hermosa y débil
Que amor me brindó en la vida
Y amor me brindó en la muerte.

.....
En pos va la consolante
Caridad..... ¡Benignos seres,
Hembras de virtud humilde,
Hermanas del que padece!
Vosotras sois la hermosura
Sin vanidad ni oropeles;
La dicha fecunda en lágrimas,
¡La pobreza rica en bienes!

.....
¡Oh, tú, el último en la hilera,
De tanto dolor el héroe!
De ti sólo vi un reflejo,
Como mi sombra otras veces.
Fantasma, visión, que enseñas
La risa, y lágrimas bebes;
¿Por qué escribes con la punta
Del corazón y te dueles?
Apenas ya te recuerdo.....

Dime, por piedad, ¿quién eres?
Yo soy tú.

—¡Maldita seas,
Fascinación de mi mente!
Me brinda el mundo favores
En la pugna con los fuertes,
La fama con sus aplausos,
El éxito con laureles:
Y pues que la vida es lucha
Donde todos acometen
Vencedores ó vencidos,
El vencido se defiende,
Y allá, tras su desengaño,
La quieta paz se le ofrece,
Como al náufrago que arrojan
Las olas á los placeres.....
Las olas que le llevaron
Le trajeron, y las siente
Rugir sin que le amenacen
En la playa en que se aduerme!.....
¡Visión! eres la memoria,
Eres *la verdad que miente* ;
¡No escribas más con la punta
De mi corazón, y aléjate!

EN EL OTOÑO.

I.

EN LA TARDE.

.....
.....
.....
.....

Es la tarde.....; huye la tierra
Sin que sintamos su tránsito,
Mientras parece á la vista

Que el sol camina al ocaso;
Su disco de eterna lumbre
Vibra los postreros rayos,
Y á herir apenas alcanza
La cima de los collados.
¡Breve tarde! En mar de púrpura
Tórnase el azul velado
Del horizonte, tendido
Más allá del Oceano;
Piélago es de luz inmensa,
Do mis ojos beben ávidos
Torrentes de llama viva;
Piélago en que ve flotando
Seculares monumentos,
Arquitectura de encantos;
Fortalezas y ciudades,
Alcázares, templos, arcos,
Pirámides, tiendas bíblicas,
Misteriosos tabernáculos.....;
Y en las llanuras espléndidas
De aquel celaje fantástico,
Hay encendidas peleas
De hombres y monstruos bizarros,
Fieras, enanos, gigantes,
Escuadrones de centauros
Y carrozas con cuadrigas
De flamígeros penachos.
Y, aun más allá, de otras nubes
Simula el contorno mágico
Visiones de amor divino,
Diosas del amor humano;
Ángeles, Cupidos, Ninfas,
Musas y Genios, lanzados
Por los senos insondables
De los luminosos ámbitos.
¡Metamorfosis del alma!
¡Trasuntos de otros engaños!
¡Ilusión de los sentidos,
De su error enamorados!.....

¡Oh, breve tarde!..... En la curva
Del globo que va rodando,
Pierde este pobre hemisferio
La luz del eterno faro.....
¿Dónde están los horizontes,
Tan ricamente poblados
De fúlgidos monumentos
En ciudades de topacios,
De Ángeles, Genios, Cupidos,
Ninfas, Driadas y Faunos,
Y mujeres que el deseo,
En un espejo encantado,
Volvió á presentar al alma
Como en los primeros años?

¡Es el crepúsculo!..... y vibran
Sólo en el éter los átomos
De luz y sombra que tejen
Á la luna el velo santo.
Solitaria de los bosques,
Hacia el bosque solitario
Cruza la torcaz paloma,
Y el aire zumba á su paso.
En las ruinosas almenas
Del gótico campanario,
El ave de los sepulcros
Exhala un ¡ay! de quebranto:
Primer ¡ay! de muchos *ayes*
Que van luego concertando
Con el toque de Oraciones
Y el doble por los finados.

II.

EN LA NOCHE.

¡Es la noche!..... densas nubes
Que en el horizonte diáfano
Fueron de púrpura y oro,

Ya son fúnebre sudario.
Entumecida la tierra
Siente que la hiere el ábrego,
Y los árboles ingentes,
De la madre tierra amados,
Risueños en primavera,
Galanes en el verano,
Amarillentos declinan
Y sus hojas van dejando.....
¡Sus hojas! ¡las verdes hojas,
Orgullo de Abril y Mayo,
Que se desprenden marchitas
Cual jirones de su manto!
Asoma en la mar la luna,
Y mientras va remontando,
Se descubre el firmamento
De luceros tachonado.
¡Dios, que sacó el universo
De las tinieblas del caos,
Preside las estaciones,
Y á Dios alaban los astros!
Que Dios esparció los orbes
En infinitos estadios,
Como el labrador arroja
La semilla en su cercado.....
Y esos mundos sobre mundos,
Que en eslabones jerárquicos
Señalan á nuestros ojos
Siempre un más allá anhelado,
Son al corazón del hombre
Revelación más que arcano.....



D. J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

D. J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

DELIRIUM.

CUADRO TERCERO.

I.

EL PALENQUE DE TRANI.

Apenas las altas cumbres
De algunos montes cercanos
Dora con su luz rojiza
El monarca de los astros,

Cuando entre nubes de polvo
Del uno y del otro campo,
Vense salir á galope
Y armados de punta en blanco,

Hasta veintidós guerreros
Compitiendo en lo bizarros;
Cuyas armas reverberan
Del sol con los puros rayos.

El dios Marte en la apostura,
Sobre un morcillo normando,
Y de los suyos al frente
Va el invencible Bayardo.

De acero un arnés bruñido
Cubre el pecho, y por debajo
Lucir se mira una veste
De terciopelo leonado;

Y á los aires dando envidia,
Sobre el reluciente casco
Se mece, de ricas plumas
Un penacho rojo y blanco.

Detrás vienen La Paliza,
Y d'Aubigny el veterano,
Luis de Ars, Ivo de Alegre,
Hermano de Precy el bravo;

Y los otros cuyos nombres
Mencionar no es necesario,
Porque todos cual valientes
En el lance se portaron.

Viene de la parte opuesta
Al frente de los hispanos,
El buen Diego de Paredes,
Gallardo entre los gallardos.

Cabalga con sumo brío
Sobre un pisador castaño,
Que del suelo cordobés
Fué gala á un tiempo y encanto.

Viste una rica armadura
De Milán, y el duro casco,
De plumas blancas y azules
Sombrea un alto penacho;

La lanza empuña en la diestra,
Y á la siniestra colgando,
Azota el corcel terrible,
Obra de algún toledano,

Aquella espada que fuera
De los franceses estrago,
Y que dió á la patria suya
Tanta gloria y triunfo tanto.

Tras Paredes viene Arturo
Sobre su negro caballo,
Y á nadie en el campo cede
En lo apuesto y lo bizarro.

La impenetrable armadura
Es de acero empavonado
Como el yelmo, al cual no adornan
Ni cimera ni penacho.

La lanza lleva en la cuja,
Y pende al siniestro lado
Una espada cortadora,
Don del ínclito Gonzalo.

Del fuerte bridón las riendas
Rige la siniestra mano
Con esfuerzo, porque al bruto
Estrecho parece el campo;

Y da botes y corbetas,
Y mientras va relinchando,
Los paramentos oscuros
Y el suelo deja bañados

En anchos copos de espuma
Muy más que la nieve cándidos,
Que del freno se desprenden
Cual de las nubes de Marzo

Cae granizo á gruesas gotas
Y destruye los sembrados;
Ó como la espesa nieve
En las cumbres del Moncayo.

Mas Arturo lo domina;
Botes, relinchos son vanos;
Y más que dos, hombre y bruto,
Parecen sólo un centauro.

Cabalga detrás del Conde
En un alazán tostado,
Diego de Vera, el temido,
Prez del suelo castellano;

Y Sotomayor, el fuerte,
En un calabrés cuartago,
En ira ardiendo, galopa
Al lado del buen Pizarro:

Y detrás, los seis que restan
Por Paredes señalados,
Vienen también muy briosos
Y combatir anhelando.

Ya de Trani se descubren
Llenos muros y tejados
De espectadores que ansían
Ver en palenque cerrado,

Y en combate igual, riñendo
Franceses y castellanos,
Por cuál de los dos partidos
Quedará la prez del campo.

II.

EL COMBATE.

Apenas turba los aires
El ronco y marcial estruendo
De las trompetas, se lanzan
Con sonoro clamoreo

Contra los bravos de España
De Francia los caballeros;
Y de polvo espesa nube
Que se levanta al encuentro,

Los envuelve de tal modo
Que por algunos momentos
Queda á amigos y á contrarios
El resultado encubierto.

Mas luego que se disipa
El polvo, á la luz del cielo,
De las sillas arrancados
Por el empuje violento

De sus contrarios, se miran
Tres de los fuertes iberos;
Mas en el opuesto bando
Hay cuatro caballos muertos.

Una vez y otra se embisten,
Y á empezar tornan de nuevo;
Y á los botes de las lanzas,
Y al chocar de los aceros,

En menudísimos trozos,
Cual paja que agita al viento,
Ruedan al suelo confusos
Airones, plumas y veros.

Rotos se ven por mil partes
De malla los paramentos,
Débil reparo á los golpes
De aquellos brazos tremendos:

Y abollados y sin lustre,
De polvo y sangre cubiertos,
De los dos bandos se miran
Yelmos, corazas y petos.

Desde el principio, Bayardo
Y Paredes en el centro
De aquella lid, se acuchillan,
En ira entrambos ardiendo;

Y no hay palabras que basten
En los humanos dialectos,
Á pintar la horrenda lucha
De los ínclitos guerreros.

Mas el uno contra el otro
Cansan en vano su esfuerzo;
Que si es más fuerte el hispano,
Mucho el francés es más diestro.

Y tocando el imposible
De su mutuo vencimiento,
Al socorro de los suyos
Tornan de común acuerdo.

Ya el padre sol del ocaso
Cerca, va palideciendo,
Y debe acabar la lucha
Apenas se haya traspuesto.

Nueve adalides de Francia,
Á pesar de su ardimiento,
Sostienen á pie el renombre
De sus famosos abuelos;

Mientras aun siete cabalgan
De los lidiadores nuestros,
Y al ver que el sol se traspone
Atacan con más esfuerzo;

Y como fieras acosan
De Francia á los caballeros,
De los cuales dos tan sólo
Aun cabalgan como buenos.

Bayardo es uno (no queda
Del otro tanto recuerdo,
Ni importa su nombre tanto
Que nos pese el no saberlo):

Lidian como dos leones
Y tras los caballos muertos
Parapetados los otros,
Pelean con tal denuedo,

Que más ha de media hora
Que el sol no luce en el cielo,
Y el éxito del combate
Está, como antes, incierto.

Mas entonces se aproximan
Los jueces del campo rectos,
Y de franceses é hispanos,
Que en el aire los aceros

Detienen, por cortesía,
Por deber y por respeto :
Puestos de entrambos partidos
Á igual distancia y en medio :

Á Paredes y á Bayardo
De los nuestros el primero,
Y el segundo de los suyos,
Jefes á un tiempo y modelos ,

Previo un saludo galante,
Hablóles así el más viejo :
—«Ni franceses ni españoles
Pretender deben el premio

»De la jornada: los unos
Atacando como buenos,
Y como buenos los otros
Sus blasones defendiendo ;

»Demostraron hoy al mundo
Con igual merecimiento,
Que dignos son del renombre
De esforzados caballeros.»

Unánimes los dos bandos,
Las palabras aplaudieron
Del Juez, y de la ancha liza
Agolpándose en el medio,

Como hermanos se abrazaron ;
Los hechos encarecieron
Unos de otros á porfia
Con ardor caballeresco ;

Que por fortuna del mundo,
Aun había en aquel tiempo
El noble espíritu, hidalgo,
Que animó los siglos medios.

Luego (según el cronista:
Como él lo escribió lo cuento):
Los franceses y españoles
En amistoso concierto,

Mano á mano y brazo á brazo,
Á un banquete unidos fueron,
Que en su pro dispuesto habían
Los jueces del campo mismos.

III.

EL CAMPAMENTO.

De Barleta ante los muros,
Y á los rojos resplandores
De mil fogatas, descuellan,
Coronadas de pendones,

Las tiendas del campamento
De los tercios españoles;
Solitarias aquel día
Porque sus habitantes,

Á la llanura de Trani
Dirigiéronse veloces
Casi todos, que ya juzgan
Empañados sus blasones,

Si aquel día al ancho mundo
Los once batalladores
De España, no hicieren bueno
Ante Dios y ante los hombres,

Que los guerreros de Francia,
Lejos de ser superiores,
Ni aun iguales ser consiguen
Á los bravos españoles.

Más luego que allá en el campo
Los jueces en claras voces,
Declararon que las lises
Y las barras y leones

Con igual lustre quedaban ;
Unos gruñendo, conformes
Los más con el resultado
Del caballeresco choque,

Al campo dieron la vuelta
Muy de prisa; que la noche
Tendía ya el negro manto
Del uno al otro horizonte.

Y por fuera de las tiendas
Formando grupos informes,
Al amor del calorcillo
Que los fuegos dan entonces,

Cada cual á su manera
Mientras la cena dispone,
Á éste alaba, á aquél deprime,
De los once lidiadores.

Hay soldado, que á Paredes
Prefiriéndose (el muy torpe),
Dice que él, en lugar suyo
Lograra el triunfo de un golpe.

Otro responde á aquel necio,
Motejándole de zote,
Y de palabra en palabra
Llegan á los mogicones.

Pero todos los del campo
Á la vez están conformes,
En ensalzar las proezas
De aquel extranjero Conde,

Que al campamento ha dos días
Llegó de ignotas regiones,
Y al Gran Capitán pidiera
Por gracia ser de los once.

Quién alaba su figura,
Su franco y airoso porte;
Quien á Marte lo compara,
Y sólo á sí lo pospone.

—«Más me gusta su escudero»—
Grita un tal Pedro de Robles,
Que allí cerca está envasando
Menudos tragos de aloque.

—«¡Calla, bárbaro!—le gritan—
Ya de vino hasta el cogote
Estás; por eso dijiste
Disparate tan enorme.»

Mas Robles, con gran mesura,
—«Lo dicho, dicho—responde:—
No me ha dado el Conde nada,
Y el criado esta bota dióme.»

Y aquí de las carcajadas
De la confusa cohorte,
Que el chiste oportuno aplaude
Aun contra sus opiniones;

Mientras la plácida luna
Por detrás de un alto monte
Sobre hombres y tiendas vibra
Sus plateados resplandores.

IV.

LA TIENDA DEL GRAN CAPITÁN.

Del marcial campo en el medio,
Cual entre arbustos y flores
Descuella la verde palma,
Soberana de los bosques;

Una tienda surge altiva,
Que adornan dos pabellones
Reales: uno las barras
Que conquistó el bravo Conde

Jofre el Velludo, y que insignias
De Aragón son desde entonces;
Ostenta el otro á los aires
Los cuarteles y colores

Alternados, sus divisas
Presenta fuertes y nobles:
Por Castilla, dos castillos,
Y por León, dos leones.

En el centro de la tienda
Cabe una mesa de roble,
Sentado se ve un guerrero
De alto aspecto y regio porte.

Viste completa armadura ,
Y sólo el casco de bronce ,
Con riquísimo penacho
Do mil vistosos airones

Se mecen, y que ha un instante
De la cabeza quitóse,
Le falta; sobre la mesa
Con el pomo del estoque,

De cuando en cuando, impaciente
Alguno da que otro golpe;
Que le tiene con cuidado
La tardanza de los once.

Mas de pronto, á sus oídos
El sonoro galope
Llega de varios caballos
Que hacia el campamento corren.

Levanta entonces la frente,
Más que la del padre Jove
Majestuosa ; una sonrisa
El bello rostro recorre;

El semblante más tranquilo
No enojos ya ni furores
Amenaza, y más serenos
Que de Abril los claros soles ,

Á la entrada de la tienda
Los ojos dirige entonces;
Porque ha oido de unos pasos
El rumor que ya conoce.

Es el valiente Paredes,
Quien al verle, abalanzóse
A su cuello, así diciendo
En altas y alegres voces:

—Por fin hemos desmentido
Las falsas imputaciones
Del francés, que nos juzgaba
Á los suyos inferiores.

— ¿Fué vuestra la prez del campo?
Humillados los blasones
No quedaron del francés.....
¿Luego?.....

—Los once españoles

Demostraron hoy al mundo
Á estocadas y mandobles
Que son al francés iguales.
—¡Yo los envié por mejores!

Y el Gran Capitán la espalda
Al buen Paredes volvióle,
El cual calló por respeto
Y hacia su tienda marchóse.

¡A ITALIA!

ODA.

Como en la azul atmósfera
Desde la cumbre alpina,
Rauda se lanza el águila,
Hasta que al sol vecina
Un punto el vasto Océano
Y el mundo ve á sus pies;
Mas si flechero impávido

Tiro mortal le asesta ,
Herida el ave ciérnese,
Y luego en la alta cresta
Ya moribunda abátese
Rendida su altivez;

Así caiste, ¡oh mísera!
De la sublime cumbre;
Y ora so el yugo férreo
De odiosa servidumbre
Inclinas mustia y pálida
La antes soberbia faz:
Te humillas ante el bárbaro
Tirano que te asuela,
Sin que haya un ser magnánimo
Que de tu mal se duela,
¡Ni un campeón intrépido
Que ose por ti lidiar!

¡Qué! ¿sólo esclavos tímidos
Se nutren en tu seno?
La raza de los héroes
De Munda y Trasimeno,
Ni un solo ilustre vástago
Dejó detrás de sí?
Tú, patria de los Césares,
Camilos y Escipiones;
Tú, madre de los Régulos,
Los Brutos, los Catones,
¿No tienes ya ni mártires
Que osen morir por ti?

¡Cuánta en el alma inspírame
Honda piedad tu llanto!
¡Cuánto, oh, matrona, el lúgubre
Gemir de tu quebranto,
Dolor infunde al férvido
Ansioso corazón!
¿Y á quién no mueve á lástima

¡Oh, Italia! tu amargura?
¡Ay! Tus arroyos lípidos,
Tus campos de verdura,
¿Mas qué?.... ¡Tus mismas lágrimas
Libres tampoco son!

Raza de esclavos trémulos,
Nación degenerada,
De tus abuelos inclitos
Osa empuñar la espada....
¿Qué esperas ya? ¡Levántate!
¡No más esclavitud!
El sacrosanto lábaro
De libertad tremola....
¿Hay en tus campos fértiles,
Hay una piedra sola,
Que no recuerde altísimas
Memorias de virtud?

¡Sús! ¡Al combate! El ánimo
No os faltará, guerreros:
Brillen al aire fulgidos
Desnudos los aceros!
Pueble el espacio el hórrido
Bramido del cañón;
Llene la trompa bélica
Los ámbitos del mundo,
Y á la ardua lid arrójense
Con brío sin segundo,
Mil y mil dignos émulos
De Bruto y de Catón.

Ya se oye el ronco estrépito
De la feroz batalla;
Ya en ambas partes mézclanse
La sangre y la metralla....
¡Supremo Dios! ¡Ayúdales
En la revuelta lid!
¡Sús! ¡Mis valientes ítalos,

Ilustres ciudadanos!
¡La Italia sus Termópilas
Tendrá y sus Espartanos!
¡Ya so la regia púrpura
Tiembla el tirano vil!

¡Y si al romper impávidos
Vuestra servil coyunda,
Morís, nunca del héroe
La sangre fué infecunda;
Que es el morir dulcísimo
Por patria y libertad!
¡Sabed, nuevos Leónidas,
Morir con frente altiva!
¡Dará á los sacros túmulos
Honor la siempreviva,
Y al llanto de las vírgenes
El lauro crecerá!

Mas ¡ay! el estro olímpico,
El fuego sacrosanto
Del genio sumo fáltame
Á tan sublime canto;
Pobre mi lira y rústica,
Mi acento débil es.....
¿Qué importa? El fuego eléctrico
Que abrasa mis entrañas
En manantial clarísimo
De insólitas hazañas,
Para ese pueblo indómito
Se trocará tal vez!

Tal vez la humilde cítara
Indigna de memoria,
Mejor entone el épico
Cantar de la victoria:
¡Tal vez el eco escúchese
En la remota edad!
Y si su gloria efímera

Con el cantor perece
¿Qué importa?—Al vate bástale
Como á la flor que crece
El sol, el aura plácida
De amor y de amistad.

¡Sús! Mis valientes ítalos,
Responda al rudo cántico
Del extranjero vate,
¡Sús! ¡Al feroz combate!
¡Responda al grito altísono
De libertad y honor!
Y cuando la voráGINE
Del tiempo, en lo futuro,
Con mi cadáver lívido
Trague mi nombre obscuro,
Sólo una amiga lágrima
Os pedirá el cantor.

Á PÍO IX.

Fiat lux....

Del más excelso trono
Que leyes dicta á la asombrada tierra,
De allí, donde sin iras, sin encono,
Lanzaste el grito de la santa guerra
Contra abusos tiránicos
Que el tiempo sancionó cual sabias leyes,
Ejemplo dando, altísimo,
Á los pueblos á un tiempo y á los reyes.

Desde el sublime asiento
Á do el cielo ensalzó tu mansedumbre,
Do de saber y de virtud portentoso
Te admira la extasiada muchedumbre:
Oye, Señor, el cántico
Que por mi voz eleva hasta tu alteza

El entusiasmo férvido
De un pueblo admirador de tu grandeza.

Que en ti, Señor, reside
De Dios el almo espíritu fecundo
Que en el cielo del sol la lumbre mide
Y agita el mar y fertiliza el mundo:
Cuya mirada fúlgida
Abarca el orbe y la estrellada esfera,
Y traza en orden rápido,
Su suerte al hombre, al astro su carrera.

Hízote el Poderoso,
Como al Profeta Rey, prudente y sabio;
Como al suyo, á tu acento sonoro
Dióle la unción divina de su labio;
Nuevo Moisés, del Sínai
Celestial remontándote á la altura,
Diste á tu pueblo un código
De amor y de esperanza y de ventura!

Hablaste.—Tus acentos
Despertaron á un pueblo adormecido,
Y en las alas llevados de los vientos
Recorrieron el orbe estremecido.
Bajo el dosel espléndido
Los déspotas también los escucharon,
Y envueltos en su púrpura
Con el frío del miedo tiritaron.

Hablaste..... y al sonido
De tu inspirada voz se estremecieron
Los restos entregados al olvido
De los fuertes varones que vivieron:
En sus modestos túmulos
Gimieron de placer los Escipiones,
Y en eco respondiéronles
Las cenizas de cien generaciones.

La sangre esclarecida
Hirvió de los egregios genitores,
Y en las venas corrió con nueva vida
De los degenerados sucesores;
É interminables vítores
Saludaron al nuevo soberano
Del Tibre al Volga gélido,
De Europa hasta el confín americano.

Cual de la excelsa cumbre
Lenta descende la gigante roca,
Mas luego, por su misma pesadumbre,
Ya corre, ya hacia el llano se desboca,
Y en su carrera rápida,
Detrás de sí dejando inmensa calle,
Trueca en desnudo páramo
El bosque, hasta llegar al hondo valle;

Tal contra el soberano
Impulso que en tu amor al pueblo diste,
El mundo entero se opusiera en vano;
Que es misión que del cielo recibiste.
¡Sigue, Señor, impávido;
No te arredre la lid, sigue adelante!
¿Qué temes á los déspotas,
Si pugna en tu favor el sumo Atlante?

De estragos y rencores
El tiempo fué.—La lucha encarnizada
Del pueblo y sus cobardes opresores,
Finará maldecida y execrada:
En vez del casco férreo
De los Julios, tu frente encanecida
Defienda el santo lábaro
Signo de redención y eterna vida!

Que el Salvador divino,
De luto y sangre, y de rencor y guerra,
No infausto nuncio al universo vino,

Sino de amor y paz nuncio á la tierra;
Y cuando allá del Gólgota
Le vió expirar la maldecida cumbre,
Rindió el divino espíritu
Entre acentos de amor y mansedumbre!

Hombr̄es de entrambos mundos,
¡Ved cuán fuerte y lozana se levanta
Y rica en bienes de virtud fecundos
De la alma libertad la egregia planta!
¡Ved cuál ocultan trémulos
Los tiranos la torva faz impía
Al ver el astro présago
De la unión y la paz y la alegría!

Y tú, Príncipe agosto,
Padre del pueblo, sacerdote santo;
Tú, que la gloria cifras en ser justo
Y enjugar de tus súbditos el llanto:
¿Al corazón magnánimo
Ya que le falta para ser dichoso?
Ver en su amor al ítalo
Libre y feliz, y grande y poderoso!

Y lo será.—Ya leo
Del hondo porvenir en los arcanos;
En solo un pueblo ante mis ojos veo
Los numerosos pueblos italianos:
Unido al de Parthénope
El romano y lombardo y el de Etruria,
Y el piamontés intrépido,
Y el navegante audaz de la Liguria!

De bárbaros confines
Veo acudir millares de paganos,
Acatando de Dios los altos fines,
Á abjurar sus errores en tus manos.
«¡Aqueste es el Pontífice
Del verdadero Dios; su fe es la santa!»

En inefable júbilo
Postrados clamarán ante tu planta.

¿Y á cuál más pura gloria
Pudo aspirar en su ambición el hombre?
En el inmenso libro de la historia,
¿Qué nombre habrá, Señor, como tu nombre?
La gloria, cual relámpago,
Cae del tiempo en el bátrato profundo;
Pero tu fama altísima
Vivirá tantos siglos como el mundo!!!

Á ITALIA (1).

.....Dextera tua, Domine, magnificata est in fortitudine: dextera tua, Domine, percussit inimicum.
Cánt. de Moisés. (Exod., xv, 1.)

La hora sonó.—Del fúlgido
Alcázar soberano
Tronó tu voz terrífica,
Se alzó tu eterna mano;
Y al escuchar el mundo
Tu acento tremebundo,
De gusto y gozo trémulo
Postróse y te adoró!

¿Qué hacéis, valientes ítalos,
Que aun os sufrís esclavos?
Pueblo fecundo en héroes,
Ora ¿dó están tus bravos?
¿Dó están tus Escipiones,
Tus Brutos, tus Catones,
Del Alpe al Etna túrbido,
Del sacro Tibre al Po?

(1) Después de la victoria de los milaneses y venecianos, etc.

Ya se alzan, ya.—¡Qué espléndidas
Falanges vencedoras!
Ved cuál se agitan pálidas
Las huestes opresoras.....
—¡Sús! ¿qué esperáis?—Los grillos
Romped, fuertes caudillos!
¡Suene la trompa bélica
Del uno al otro mar!
¡Oid!..... piadosos cánticos
Al cielo azul se elevan;
Á la ardua lid los mártires
Mil hecatombes llevan.—
¡Espléndido holocausto!
¡Día por siempre fausto,
La libertad por ídolo,
La patria por altar!

Ya marchan..... ya el relámpago
Se ve de los aceros;
Conturba ya la atmósfera
La voz de los guerreros:
Con lúgubre estampido
Brama el cañón temido,
Y el humo y sangre mézclanse
Al polvo de la lid!
Y á debelar las hórridas
Falanges del tirano,
¿Dónde el caudillo intrépido?
¡Miradle!—¡Es un anciano!
Ardiendo en santo brío
Álzase el Nono Pío.....
¿Quién contra Italia incrédulo
Si Dios es su adalid?

Dios, que en su santa cólera,
Contra el poder injusto
Puso en la mano trémula
Del sacerdote justo
Los rayos de su diestra;

Y en la mortal palestra,
Nuevo David, revístete
De fuerza y juventud.

Al viento dando el lábaro
De libertad, del Tibre,
Con voz clamó estentórea:
«¡Viva la Italia libre!»—
¡Y á obedecer sus leyes,
Los pueblos y los reyes
Cabe su trono agólpanse,
Que es faro de salud!

¡Huid vosotros, déspotas,
De ese fecundo suelo;
Huid, vencidas águilas
Del Norte, en raudo vuelo!
¡Huid! ¡huid!—¡Ya dora
De libertad la aurora
El llano y la alta cúspide
Del ítalo confín!

Buscad asilo rápidas
En vuestras hondas nieblas;
Que ya del suelo ítálico
Huyeron las tinieblas:
En polvo el yugo impío
De vuestro poderío
Cayó.—¡No ya más lágrimas,
Que el duelo tuvo fin!

Huid, funestas águilas;
Que basta á vuestra gloria
De tanto mal la fúnebre
Interminable historia.
¿Mas dónde?—En vuestro abrigo
Aguardaos el castigo;
Que ya en el Norte gélido
Se alzó la libertad.

¡Prez á vosotros, ítalos,
Heroicos vencedores!

Ya en vuestro suelo indómito
No hay siervos ni señores:
Trocóse la esperanza
En gloria y bienandanza.....
¡Cantemos del Altísimo
La eterna majestad!!!

MEDITACIÓN.

¡Noche callada, límpida, serena,
Cuán bella pasas á mis tristes ojos!
Mécese en el zenit la luna llena,
Y dorados manojos
De estrellas rutilantes, en su lento
Grandioso movimiento
Por la bóveda azul, blando rocío
De luz desparcen sobre tierra y mares,
Los límites salvando, seculares,
Del nunca hollado campo del vacío.

¡Cuántos sucesos, ¡ay! cuántas edades,
Cuántos claros renombres,
Virtudes y maldades
Y generosos y mezquinos hombres
Vuestros rayos castísimos miraron
Que efímeros pasaron
Y á sumirse volvieron
En el golfo sin fin de que salieron!
— Edades mil y mil generaciones
Contemplaréis aún: altas virtudes,
Torpes vicios, volcánicas pasiones,
Flacos y levantados corazones.....
¿Mas será vuestra luz la luz eterna,
Ó bien en la superna
Región donde os contemplo suspendidas
Se apagaron también vuestros fulgores,

En los propios ardores
Como los otros fuegos consumidos?

Escrito está que un día
Atravesando la región vacía
Con indecible pompa
De miedo, y de terror y de amargura,
En la tiniebla obscura
Se oirá de un ángel la estridente trompa.
Alta de Dios la omnipotente mano
Secará el Oceano,
Y llena hasta los bordes la medida
De cuanto á la existencia fué creado,
Á átomos impalpables reducida
Esta masa de fango ensangrentado
Que tierra se llamó, caerá perdida
De la nada al abismo ilimitado.
Mas del libro en las páginas eternas
Leo también que vuestros dulces ojos
Se apagarán: la mano creadora
Del tiempo, al resonar la última hora,
Cerrará vuestros párpados amante,
Cual cierra, palpitante
De piadosa emoción, el triste anciano,
Con temblorosa mano,
Los ojos de la virgen sorprendida
Por la feroz guadaña de la muerte
En medio del tumulto de la vida!

La creación entera estremecida
Á la voz de Jehovah, más alta y fuerte
Que el tremendo rugido
Que lanza el ancho mar, embravecido
So el rudo azote de huracán violento;
Del alto firmamento,
Poblando los abismos insondables
De la ignorada inmensidad vacía,
Oirá tronar en notas espantables
Que al fin llegó su postrimero día!

Como en vano los ojos tras la huella
Ansiosos vagan de perdida estrella,
Rápida exhalación, hija del rayo,
En tibia noche del florido mayo;
Como, en vano, se ofuscan
Cuando afanosos buscan
La levísima gota desprendida
De una trémula mano
En el vasto raudal del Oceano;
Colmada la medida
De los tiempos del mundo, el tiempo mismo
Se hundirá en el abismo
De la honda eternidad, madre terrible
Que el límite al pisar del crudo plazo
Ahogará á su hijo en un abrazo,
Dándole en sus entrañas tumba horrible!
¡De todo lo creado
No quedará ni sombra ni memoria!
¡De tanto padecer, de tanta gloria,
De tanto mal temido ó bien ansiado,
Ni un eco repetido
Ha de quedar, ni un lúgubre gemido!

¿Cómo puede, Señor, el débil hombre,
Al pensar de esos soles en la muerte,
Necio, llamarse fuerte,
Soñar, impío, eternizar su nombre?
¿Cómo en su corazón, lodo mezquino,
Rencores amasar, sentir pesares,
Divinizar efimeros amores,
Aherrojar á sus plantas el destino?
Millares de millares
De siglos pasarán, los resplandores
Antes que apagues tú de esas lumbreras
Que son en las esferas
De tu gloria elocuentes narradores;
Y siglos mil antes del sumo día,
Esta generación que alienta ahora
Y se agita y combate en lucha impía

Sobre este espacio obscuro, limitado,
De lágrimas y crímenes forjado,
Verá llegar su postrimera hora!
Y, empero, ciega, estúpida, opresora,
Pugna por alcanzar en la ardua liza
El premio del valor ó el del talento!.....
—¡Ceguera miserable!
¡Tan infando rencor, tal ardimiento,
Por lo que es vil ceniza,
Vanidad, ilusión, polvo impalpable!

¡Cuántos nombres ilustres, afamados
Y ánimos levantados,
Generosas pasiones,
Viles, desenfrenadas ambiciones,
Rodarán confundidas,
Indistintas moléculas perdidas,
En la vasta grandeza
De la madre común naturaleza!

¡Claros soles, inmensos reverberos,
Un día moriréis!..... Y los humanos,
Criaturas fugaces de un minuto,
Se persiguen arteros
Como hambrientos milanos,
Recogiendo en sus odios carniceros
Llanto por galardón, sangre por fruto!

¡Señor, Señor!—¡Cuando afligido pienso,
Cuando en callada soledad medito
Lo que suma el mortal más encumbrado
Ante la inmensidad de lo creádo,
Me humillo á tu poder sumo, infinito!
Átomo imperceptible en el inmenso
Piélagos de los seres, ¿qué es el hombre?
¡Cuando más, un sonido, un soplo, un nombre!

ODA A LA LIBERTAD.

No armada del puñal de la venganza,
Ni teñida la veste en sangre impura,
Tal como la forjó vuestra locura

O torpe iniquidad:

Plácida cual la luz de la esperanza,
Con la paz y el perdón sobre su frente,
Blanda la faz, benigno el continente :

¡Tal es la Libertad!

Hija de Dios, de su bondad esencia,
Don el más alto de su amor divino,
Acaso en el mundano torbellino

Al hombre se ocultó:

Negra ambición, estúpida demencia,
El temor de los buenos, la osadía
De un tirano, el furor de la anarquía

Tal vez la encadenó.

Mas no puede morir: lozana, fuerte,
Crece encorvada bajo el férreo yugo;
¡Ni el hacha enrojecida del verdugo

Enerva su virtud!

Del seno tenebroso de la muerte,
Insultada tal vez, jamás vencida,
Cual su padre inmortal, torna á la vida

Con nueva juventud.

Poco son á humillarla los tiranos;
Que el mundo ve y conoce sus derechos ;
La oprimen ¡ay! con sus bastardos hechos

Mil émulos y mil;

Que, so el disfraz de nobles ciudadanos,
En su nombre inmortal alzan pendones,
¡Y hacen servir los pueblos y naciones

Á su torpeza vil!

Vosotros sois, apóstoles fingidos,
Vosotros, embusteros renegados,
Vosotros, sí, los pérfidos soldados
Del crimen y el error:

No ha menester la libertad, bandidos,
Del estruendo y rencor del fiero Marte;

— Símbolo del perdón es su estandarte,
¡Su blando imperio, amor!

Y lidia, sí, pero en leal palestra;
Atacada, jamás provocadora;
Siempre grande en la lid, nunca opresora;
Que es numen celestial;
Y nunca armó su prepotente diestra
El odio, ni el temor, ni la venganza;
Jamás para vencer urdió asechanza,
Ni usó traidor puñal.

¡Pueblos! No es el rencor, ni la codicia,
Ni la torpe ambición, ni la impia guerra
Los símbolos que anuncien á la tierra
Que ya lució su edad:
Si veis orden y paz, amor, justicia,
Adunados reinar en grata calma,
Alzad entonces al Criador el alma:
¡Esa es la Libertad!

EL NIÑO PERDIDO.

Al aire destrenzada
La blonda cabellera,
La túnica rasgada,
Y en llanto de dolor
Bañado el rostro puro
Que al sol envidia fuera,
Por tu recinto obscuro
Va una mujer, Sión.

¿Qué crudo, amargo duelo
Lamenta la acuitada?
¿Qué horrible desconsuelo
Su pecho laceró?
¿Esposa, vese viuda,
Ó es virgen desposada
Que con fiereza cruda
Su amante abandonó?

¿Ó es huérfana que llora
Con ayes de agonía
La sombra protectora
Del techo paternal,
En medio al mar del mundo
Mirándose sin guía,
Al soplo tremebundo
Del recio vendaval?

Viuda, al caro esposo
Lamenta desdichada;
Amante, al cariñoso
Objeto de su amor:
Y en ayes reprimidos
La madre desolada,
Buscando entre gemidos
Va al hijo que perdió.

Miriam, la virgen pura,
La madre enaltecida,
La que en la eterna altura
Casi es á Dios igual;
De la divina alianza
La prenda bendecida,
La paz y la esperanza
Del mísero mortal;

Llorosa entonces, mustia,
El alma entristecida,
En tan terrible angustia

Olvida su virtud.... (1)
¿Qué mucho, si se ausenta
El sol que le da vida,
Qué mucho, si lamenta
Perdido á su Jesús?.....

Volviendo á su morada
Desde Salem divina,
De gentes circundada
Que van á Nazareth ;
Al ver tras blanco velo
La estrella vespertina
Luciendo ya en el cielo,
Cercano á anochecer ;

La marcha fatigosa
En rústica posada
Detuvo cuidadosa ;
Que el hijo de su amor
Con otros jovenzuelos,
Sus deudos, la jornada
Siguió, y con mil recelos
La tiembla el corazón.

José vendrá sin duda
Con ellos ; del camino
La marcha larga y ruda
Tal vez los fatigó ;
Mas ya en el patio ondea
Su manto blanquecino
Y aun á la luz febea
Jesús no apareció.

Y luego van llegando
Los otros uno á uno,
Á todos preguntando

(1) *Virtus*: fortaleza, fuerza.—(Nota del autor.)

Miriam en su inquietud ;
Mas nadie le responde,
Que no le vió ninguno.
—¿Por qué de mí se esconde
Mi gozo, mi salud?

Ya las nocturnas nieblas
Invaden la llanura ;
Se palpan las tinieblas
Del bosque en derredor :
Y el campo ilimitado
Y la caverna obscura
Y el aire conturbado
Repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,
Ni monte, ni ladera,
Ni precipicio mudo
Quedó en aquel confín
Que en eco lamentable
El ¡ay! no repitiera
Que lanza inconsolable
Miriam en su gemir.

Y al venidero día,
Apenas respirando,
José con su María
De nuevo entró en Sión ;
Y van de puerta en puerta
Del niño preguntando,
La débil planta, incierta,
Con miedo el corazón.

Y en vano su recinto
Recorren, y es en vano
Que en medio al laberinto
Pregunten con afán :
Y redoblando el lloro,
Al templo soberano

En pos de su tesoro
Con esperanza van.

Con sencillez vestido
Como un vulgar esenio,
El rostro algo teñido
Del sol primaveral,
Y de sus garzos ojos
De más que humano genio
Brotando en rayos rojos
Un límpido raudal;

Castaños los cabellos
Que en ondas bipartidos
De rizos cubren bellos
La espalda más gentil;
De ancianos y doctores
Que escuchan conmovidos
Los tonos vibratorios
De aquella voz pueril;

Cercado del gran templo
So el pórtico sagrado
Do van á dar ejemplo
Los sabios de Israël,
Discurre un tierno niño
Y el pueblo arrebatado
Exclama en su cariño,
«¿Es ángel ó un Daniel?»

«¡Jesús, el hijo mío!»
Clamó con voz süave,
Rompiendo del gentío
Por el revuelto mar,
Voz límpida, argentina,
Y al propio tiempo grave,
En que el placer domina
Y aun se oye hondo pesar.

Y así como esplendente
En cercos de oro y grana
Muestra su rubia frente
La aurora matinal,
Sobre la mar dormida
Trayendo la mañana,
De luz llenando y vida
Sus ondas de cristal;

Tal, joven, cuanto hermosa,
En lágrimas bañada,
Se acerca presurosa
Al niño una mujer,
Y en voz de gran ternura:
«¿Por qué así abandonada,
Tan hórrida amargura
Me hiciste padecer?»

Y el niño, en desabrida
Respuesta misteriosa:
«¿Por qué tan afligida,
Por qué me buscáis vos?
¿No veis que cumplo, madre,
Mi obligación forzosa?
¿No veis que de mi Padre
Me ocupo y de mi Dios?»

Á réplica tan dura
José y Miriam callaron,
Que la sentencia obscura
No pueden comprender;
Mas luego juntamente
Los tres encaminaron
El paso alegremente
De vuelta á Nazareth.

Y allí pasaron días
De gozos celestiales,
De inmensas alegrías

Y paz del corazón;
Y mientras el niño crece
En días terrenales,
Ante su Dios acrece
En gracia y perfección.

PREDICACIÓN DEL EVANGELIO.

Sonó por fin la afortunada hora
En el reloj del tiempo, no cansado
Jamás.—¡Lució por fin la limpia aurora,
El momento anhelado
Que había en sus designios señalado
El Hacedor profundo,
De eterna vida y libertad al mundo!

La hora en que el mentido paganismo
Con sus groseros símbolos y altares
Se hundiera para siempre en el abismo,
Y en que en tierras y mares
Fundara indestructibles sus sillares,
Del mismo Dios en nombre,
Aquella religión salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados
Vacilan los imperios conmovidos;
Los prepotentes cetros respetados,
Los tronos carcomidos,
Caen en menudo polvo convertidos;
Y ya el antiguo culto
Es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas
Abandonan sus antros sepulcrales,
Y no manchan sus bóvedas tranquilas
Conjuros infernales.

Sacerdotes, augures y vestales
No dan torcido ejemplo
Bajo los arcos del impuro templo.

Y agitación oculta y misteriosa
Hierve en el corazón de los humanos;
Volcán que so la mole ponderosa
De montes soberanos,
De la tierra en los cóncavos arcanos
Á su pesar sumido,
Anuncia su poder con su rugido.

Desplómanse á la vez cultos y leyes,
Ruedan confusos pueblos y naciones,
Sacerdotes y símbolos y reyes.—
¿Qué inspirados varones,
Qué fuertes é impertérritas legiones
Vendrán del mundo muerto
Á repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido,
De Nazareth, brotó en raudal escaso
Un arroyo entre zarzas escondido;
Mas que ha de abrirse paso
En breve del Oriente hasta el Ocaso,
Al Norte y Mediodía,
Llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,
Apenas á la sed de un pajarillo
Bastante: luz que trémula fulgura
De débil lucerillo;
¡Y en breve, mar de luz, á cuyo brillo
Esplenden en lo obscuro
Lo pasado, presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso
Que presenció del hijo de María
El lento padecer y la agonía,

Fué el signo esplendoroso,
Lábaro de un imperio poderoso,
Al aire tremolado,
Do el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fe cristiana,
De eterna vida manantial fecundo,
De donde todo bien copioso mana:
Del poder sin segundo
La *Buena Nueva* prometida al mundo;
Y aquella voz divina
Dijo al muerto: «¡Levántate y camina!»

Y el cadáver se alzó:—galvanizada
Se irguió la conmovida muchedumbre;
Respiró la mujer emancipada;
De abyecta servidumbre,
Ya al hombre no oprimió la pesadumbre,
Y ante su Dios iguales
Se abrazaron felices los mortales!

Brilló el *Sol de Justicia*, inmenso faro
Suspendido en mitad del firmamento,
Al ciego luz, al desvalido amparo:
Y el magnate opulento
Y el tirano en sus iras turbulento,
En su maldad temblaron
Y ante el poder eterno se humillaron!

LA ASCENSIÓN.

Las últimas miradas,
Fijas aún en los que atrás se deja,
Las manos levantadas,
Bendice y aconseja
La amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento
Como se va en los aires elevando,
Suavísimo concento
Del cielo fué bajando,
Montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes
Se ciernen por millares de millares
Los fúlgidos querubes,
Y las tierras y mares
Atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido
Del mar ; callan los vientos bramadores,
Y el céfiro dormido
Se oculta entre las flores,
Fijas sobre sus tallos cimbradores.

Y hombre, ni bruto, ni ave
Hubo alguno que osado interrumpiera
Aquel silencio grave,
Y, hasta en la azul esfera
Detuvieron los astros su carrera.

Que en calma religiosa
La creación asiste conmovida
Á la Ascensión gloriosa;
Y un instante la vida
Quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre
Sigue del Redentor el blando vuelo
La santa muchedumbre,
Con amoroso anhelo;
Que van con él su paz y su consuelo.

Y aun á sus ojos brilla
El süave fulgor de su semblante,
Cuando una nubecilla

Se puso por delante
Entre ellos y el divino caminante.

¡Oh venturosa nube,
Trono en el cual á su feliz morada
El Rey del cielo sube!
¡Oh tierra malhadada,
De tan sumo tesoro despojada!

¿Qué habrá en el triste suelo,
De hoy más, sino tinieblas y amargura
É interminable duelo,
Si pierde, ¡oh desventura!
Al que es de todo bien la fuente pura?

¿Á dó volver los ojos
De amarguísimo llanto escandecidos,
Que no encuentren enojos,
Si están obscurecidos,
De la luz celestial desposeídos?

¿Cómo gozar amores
De aquel inmenso amor abandonados;
Ni cómo los furores
Burlar de crudos hados
De tinieblas y sustos circundados?

Mas no ; que el Sér divino
En prenda nos dejó de eterna alianza
Un faro diamantino
Que alumbraba en lontananza
La límpida región de la esperanza.

La Fe, imperecedera,
Claro destello de la eterna lumbre,
Que en la mortal carrera
De nuestra servidumbre
Aminora la horrible pesadumbre:

Puerto de grata calma
En medio á las borrascas de la vida;
Suma virtud del alma
Jamás enflaquecida
Aun del báratro mismo combatida.

Hija, en fin, predilecta,
Del supremo Señor de lo creado;
Tan pura y tan perfecta,
Que el arcángel malvado
Aun la guarda en el reino del pecado.

D. DOMINGO DEL MONTE

D. DOMINGO DEL MONTE.

EPÍSTOLA

Á ELICIO CUNDAMARCO, POETA AMERICANO.

Desde la triste margen de este río,
Do su alcázar ostenta, y los blasones
De su arruinada gloria el castellano,
Tu errante amigo, de su Cuba ausente,
Salud, amor y el corazón te envía.
Sí, manda el corazón al caro Elicio;
Á Elicio, encanto de la Musa indiana,
Ya benigno le preste su dulzura,
Del alma al expresar el tierno afecto,
Ya en pulsando la cítara sonora
Con américo plectro armonioso,
Amor de patria inspire y de honra y gloria
Al índico cantor..... ¡Dado me fuera
Alzar así mis tonos abatidos!
Por invencible espíritu inflamado
De ansia de fama y de celeste fuego,
¡Cuál dijera los timbres inmortales
Del orbe de Colón!.... Tú, sacra Historia,
Á mis ojos rasgando los oscuros
Velos que esconden su primer origen,
Del Inca santo, del feroz Azteca
Los anales confusos me enseñaras;

Las riquezas, el culto, el poderío
De imperios tan pujantes revelando,
En mi loor los himnos entonaran
Del Ecuador, del Trópico á porfía
Las dulces colombiánidas beldades.
Luego en negro laúd, con graves cuerdas
Que del dolor la Musa inspiraría,
De la aurífera Haití, de Cuba hermosa
El caso acerbo lamentara, y cómo
El crudo vencedor segó las vidas
Del humilde, sencillo, inerme pueblo.
El ronco sollozar rompiendo el canto,
Del grande Hatuey la sombra aplacaría,
Y no nos maldijera—antes la injuria
Atroz de nuestros padres olvidara,
Y al ver del español llorando al hijo,
Benigno el mártir su perdón nos diera.

¡Mas no! que el Señor Dios el esto santo
Negóme, y nunca prez alcanzar puedo,
Prez ansiada de gloria, concedida
Sólo al *Poeta*.—En instrumento humilde
Acompañar la simple cantinela
Del morador de Cuba, y sus costumbres
Campestres retratar—éste es mi canto.
La patria le inspiró, no el grande ingenio.
La patria, que inspirar también debiera
A cuanto cisne en sus orillas cría
El Almendares nuestro. No humilladas
Así se vieran las cubanas Musas,
Vistiendo, en vez del opulento arreo
Con que plugo á natura ataviarlas,
De la ignorancia el miserable andrajo
Con que sus miembros cándidos afean:—
No en torpe, insulso, estrepitoso verso
La majestad del canto profanaran;
Ni—en vez de alzar á generoso asunto
De inspiración en pos el alma audace,
Do virtud y valor, ciencia, armonía

Felices encontrarán;—humilladas
Cual ahora se humillan ¡oh vergüenza!
Escarnio vil de estúpidos Mecenas,
Ni del pueblo baldón sus rimas fueran.

Tú serás ¡oh mi Elicio! el escogido
Á restaurarlas, Su nativo orgullo,
Su noble dignidad, su ilustre intento,
Tú, sabio les darás;—que ya no en vano
El vate excelso que de *Heredia* el nombre
Hizo famoso en Cuba y Tenoxtitlan,
Solemne cantor nuestro té llamara.—
Tu lira apresta, y á la luz inmensa
Que en la encendida zona el sol derrama;—
Á fuer de un Dios sentado en la alta cima
Del más alzado risco;—dominando
De la Antilla mayor el fértil suelo
Y del Caribe mar las recias ondas—
Las cuerdas vibra, y de entusiasmo ardiente
Y de sublime inspiración henchido,
Al aire suelta el verso numeroso
Con voz robusta y con sonoro acento.

.....
.....

Al escucharte, atónita la patria
Entre orgullo y placer, dirá: «Tú eres,
Tú, mi Poeta», y de inmortal corona
De palma indiana y de laurel eterno
Tu frente ceñirá radiante y bella.

SU VOZ.

¡Oh són! ¡Oh voz!
Fray Luis de León.

¡Canta! dijeron, y empezó su canto.
¡Ay! no más grato en la morada eterna
Suená á los justos el concierto santo,

Cual resonó en mi oído
De amor embebecido
La no incógnita voz, melosa y tierna.

Sentí agitarse blandamente el alma
Cual de un lago el cristal de brisa al soplo,
Que manso ondea y permanece en calma.
Por mis venas corrió calor divino,
Y el corazón sin tino,
Recordando, al oír tan dulce acento,
Del ya perdido bien la antigua gloria,
En otro igual momento.
Palpitó—suspirando á tal memoria.

Antes su voz el eco no buscaba
De ningún corazón, mas que del mío:
El mío sus cantares aprobaba,
Y la cadena celestial oculta,
Que en simpático nudo nos ataba,
Trémula al escucharla, respondía
De amor al movimiento,
Que en su pecho al cantar, ella sentía.

No más ya oiré su voz: su dulce acento
Ora sólo me inspira
En vez de triste y plácida ternura,
Angustiado dolor, congoja dura.
Mas siempre la he de amar:—siempre en mi lira
Á imitar probaré sus blandos tonos.....
Si es dado á humana voz, manos mortales,
El concento divino
Imitar de los coros celestiales.

D. ABIGAÍL LOZANO.

D. ABIGAIL LOZANO.

BOLÍVAR.

Á MI QUERIDO AMIGO JUAN VICENTE CAMACHO.

I.

Es Bolívar el héroe de los héroes,
El patriarca inmortal de la victoria,
El sol de libertad, el sol de gloria,
Que las cumbres del Ávila alumbró.
He escuchado en la noche unos sonidos
Que murmuran las selvas y los mares:
Son tal vez los magníficos cantares
Del ángel que á Bolívar custodió.

II.

He visto por las tardes en Oriente
Dos hermosas estrellas enlazadas,
Y al lambo de sus luces argentadas
La cifra de su nombre comprendí.
He buscado su sombra misteriosa
En el valle, en el monte, en las praderas;
Sólo en un viejo bosque de palmeras
Á la luz del crepúsculo la vi.

III.

He creído mirarla tras la nube
Con que á veces el sol en Occidente
Nos oculta al morir su regia frente,
Cuando el ave le da su triste adiós;
Y en la voz que se escapa del desierto,
Gigante, majestuosa y solitaria,
He escuchado el rumor de una plegaria
Que sube por Bolívar hacia Dios.

IV.

Acaso la deidad de esas montañas
Que la América ostenta por doquiera,
En las ramas colgó de una palmera
Una inmensa campana de metal;
Y al estridor de su primer tañido,
Que vibró en las cavernas de los montes,
Fulgurante asomó en los horizontes
El astro de ese Genio celestial.

V.

La nube, al reventar, le dió su rayo;
Su voz estruendorosa el torbellino;
Su magnífico lábaro el destino,
Y su aliento de trueno el huracán.
La cóndor imperial de la victoria
Besó la altiva frente del guerrero,
Y al relucir de su triunfante acero
Ella fué su deidad, su talismán.

VI.

La Libertad en su radiante carro,
Tirado por el Dios de la batalla,
Apagó los volcanes de metralla

Que en torno vió del adalid arder.....
Sobre el mármol, Bolívar, de tu gloria
No levanta sus nubes el olvido;
Que el laurel que á su margen ha crecido,
Cuando lo quema el sol, vuelve á nacer.

VII.

Porque es tu nombre un astro rutilante
Que brilla solitario en el espacio,
Donde fulgura el inmortal palacio
Que la América alzó á la Libertad;
Y las ígneas estrellas que coronan
Su inmenso disco de esplendente llama,
Sus satélites son que el mundo aclama,
Porque tu sol les dió su claridad.

VIII.

El viento de la envidia tempestuoso
Ronco rugió sobre tu egregia frente;
Mas no pudo su soplo maldiciente
Tu inmarcesible lauro desgajar.
Cuando un siglo ya trémulo y caduco
Vaya á exhalar su aliento postrimero,
Dirá al que nace:—«Guarda ese letrero,
Santo nombre de un héroe tutelar.»

IX.

Y cuando todos ellos confundidos
Rueden á sepultarse en el espacio,
Entre nubes de incienso y de topacio,
Le llevarán en triunfo hasta el Señor.
Él grabará tu nombre en el gran libro
Donde miran sus nombres los patriarcas,
Y en sus excelsas, inmortales arcas,
Escribirá también: *Libertador*.

X.

Seco ya de la vida el ancho río,
Vuelta la tierra al primitivo caos,
Dirá una voz de trueno: ¡*Levantaos!*
Y una palma en los mares se alzaré:
Sobre su eterna y solitaria copa
Una blanca paloma de los cielos
De la tiniebla entre los negros velos
Tu nombre y tus victorias cantará.

XI.

Dios llamará á su arcángel favorito,
Le enseñará una extraña melodía,
Para que arrulle el sueño que te envía
Con la nube que asombra su dosel.

.....
Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos;
Las coronas de un Dios son tus coronas,
Y el inmenso raudal del Amazonas
Las aguas que fecundan tu laurel.

CREPÚSCULOS.

(FRAGMENTOS.)

Á MI QUERIDO AMIGO EL SEÑOR DON EVARISTO FOMBONA.

¡Silencio!..... Ya la tierra dormita perezosa,
Envuelta con su manto de flores y verdor;
Y ahogada en sus perfumes, murmura religiosa
Un himno, una plegaria de indefinible amor.

Las brisas de los bosques, los tumbos del torrente,

La música del aura vagando entre el rosal,
La voz incomprensible del pájaro y la fuente,
Son ecos armoniosos del himno universal.

El lánguido murmullo que suena entre las hojas
Cuando la luz expira en brazos de su Dios,
Suspiro es de las selvas, que imita las congojas
De pájaros y flores, que al sol dicen ¡adiós!

Entonces de sus grutas salvajes é ignoradas
Las ninfas del desierto saliendo en grupos van,
Y de aromosas flores las frentes coronadas,
Sus cantos vespertinos al aire mandarán.

Su templo las montañas, las rocas sus altares,
Su incienso los aromas de la silvestre flor:
Su música, del ave los fáciles cantares,
Y un árbol consagrado su culto y su señor.

El Ángel de los bosques levanta sus cortinas
De verde enredadera para asomar la faz;
Y enciende perfumadas y rústicas resinas
Al paso de ese bando fantástico y fugaz.

Las aves entre sueños preludian en sus nidos,
Cuando la noche tiende su lúgubre capuz,
Concierto melodioso de mágicos sonidos
Para cantar la vuelta del Ángel de la luz.

.....

La tierra se despierta más joven, más hermosa
En su pintado lecho de púrpura y verdor;
El alba con su manto la envuelve cariñosa,
Y Flora le presenta su bello ceñidor.

¡Jehová!..... sobre las ramas de un sauce deshojado
La cítara, empapada de lágrimas colgué:
Tus mares, tus montañas, tu alcázar estrellado,
Tus valles y tus ríos tan sólo cantaré.

DIOS.

Á MI QUERIDO JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

¡SEÑOR! En el murmullo lejano de los mares
Vibrar oí tu acento con noble majestad;
Oílo susurrando del monte en los pinares;
Oílo en el desierto cual ronca tempestad.

Tu voz cruza en las brisas, y en el perfume leve
Que brota á los columpios de la silvestre flor;
Tu sombra entre las aguas magnífica se mueve;
Tu sombra, que es tan sólo la inmensidad, SEÑOR!

Tú diste á la esperanza las formas de una fada;
Purísima inocencia le diste á la niñez;
Si diste sed al hombre, le diste la cascada;
Si hambre, dulces frutos de grata madurez.

Tú diste á la montaña su soledad augusta,
Su sombra gigantesca, su religiosa paz;
El estampido al trueno, que al corazón asusta;
Su brillo á las estrellas, reflejo de tu faz.

Tú distes á esas bellas, dulcísimas sirenas
(Visiones de tus sueños, con formas de mujer),
Las brisas por suspiros, las flores por melenas,
Corales para el labio de hermoso rosicler.

Y diste al hombre acentos para cantar tu HOSANNA
Cuando la negra noche le pide una oración;
Mas calla el hombre entonces;—por eso en la montaña
Los pájaros te ofrecen universal canción.

Tú hicistes esas playas que ciñen los contornos
Del mar, que en vano intenta salir de su nivel;
Y diste al Cotopaxi sus inflamados hornos,
Que imitan los horrores del antro de Luzbel.

Tu nombre en el espacio lo escriben los cometas
Con cifras misteriosas que el hombre no leyó,
Porque jamás supieron ni sabios ni profetas
El inmortal arcano que en ellas se ocultó.

¡Jehová! dicen las brisas; ¡Jehová! dice el torrente;
¡Jehová! dicen los Andes, y el huracán, ¡Jehová!
Y todas las criaturas te llevan en su mente,
Porque doquier impreso tu santo nombre está.

Yo sé que tú inflamaste los soles del vacío;
Que sólo el derramado, sonoro y ancho mar,
Con sus gigantes voces podrá, no yo, ¡Dios mío!
Al son de las borrascas tu gloria celebrar.

¡SEÑOR! Cuando en mis horas de soledad y duelo,
Se bañe en sus tristezas mi pobre corazón,
Aleja tú las nubes, mientras remonta el vuelo
Hacia tu santo alcázar mi férvida oración.

Á LA NOCHE.

El Angel de la tarde en la pradera
Con un beso de paz durmió las flores,
Y del bosque los dulces trovadores
Le entonaron su cántiga postrera.

Huyó la luz..... Las sílfides nocturnas
Rápidas cruzan el dormido viento,
Y vierten sobre el mundo soñoliento
El opio blando de sus negras urnas.

Huyó la luz..... Sobre sus blancas huellas
El Ángel de la noche se adelanta,
Y sobre el éter diáfano levanta
Su toldo azul de pálidas estrellas.

El mar, la fuente, el pájaro salvaje,
La blanda brisa, el ronco tórbellino,
Cuando empiezas ¡oh noche! tu camino,
Á su modo te rinden homenaje.

No es por guardar el sueño de la tierra,
Que se apaga el bullicio entre la sombra;
Es porque envuelto en su gigante alfombra,
Desciende el Dios que su misterio encierra.

Y esa inefable paz que nos regala
La inercia nocturnal de los sentidos;
Ese coro de mágicos sonidos
Que en la callada atmósfera resbala;

Son un don celestial, un don querido,
Que encontramos los hombres en la cuna
Para endulzar las horas sin fortuna
Que atosigan el pecho dolorido.

Entonces en el cáliz de los lirios
Las almas de las vírgenes se mecen,
Y aspirando su aroma, se adormecen
En celestes y púdicos delirios.

Tal vez en sus ensueños vaporosos
El recuerdo del mundo las despierta,
Y oyen un Angel que les dice: «¡Alerta!»
Y vuelven á sus nichos misteriosos.

Esas gotas de límpido rocío
Que ornan del valle el manto de esmeralda,
Lágrimas son que derramó en su falda
Un espíritu errante en el vacío.

Tal vez al levantarse en el Oriente
El alba de su lecho de jazmines,
Alumbra de sus blancos serafines
La fugitiva nube transparente.

Tal vez murmura entre la brisa mansa
El eco de las arpas celestiales,
Cuando el bando de genios inmortales
Á su mansión beatífica se avanza.

Yo sé tan sólo ¡oh noche! que es tu imperio
La soledad augusta y religiosa;
Que eres la virgen pura y misteriosa
Que llora de la luz el cautiverio.

Yo sé que los quejidos que derrama
La vieja ceiba al despedir sus hojas,
El eco errante son de tus congojas
Que resbala fugaz de rama en rama.

Y sé también que el pájaro salvaje,
La fresca brisa, el ronco torbellino,
Cuando emprendes tu lóbrego camino,
Á su modo te rinden homenaje.

Mas yo el arpa tomé..... Tal vez mi canto
Interrumpió tu majestuosa calma.....
Noche..... ¡perdón! si en su delirio el alma
Profanó tu silencio augusto y santo.

D. RAFAEL ARVELO.

D. RAFAEL ARVELO.

BRINDIS (1).

Un disparate me piden:
Me piden que brinde en verso.
¡Cómo! ¿Es posible que olviden
Que hablar en verso me impiden
Las funciones que hoy ejerzo?

Pudo convertir Iriarte
En poema la gramática:
Fué mucho apurar el arte;
Mas no halló en ninguna parte
Una musa diplomática.

Pasó el tiempo en que podía,
Sin faltar á la etiqueta,
Llevar la locura mía
Hasta soñar (¡qué osadía!)
Con el lauro del poeta.

(1) En la isleta de las Aves, situada en el mar Caribe, y cuya propiedad nadie había disputado á Venezuela, se descubrieron unos depósitos de guano que sólo sirvieron para estimular á la Holanda á reclamar la propiedad de la isla, como accesión del canal de Saba. El Gobierno venezolano conjuró la tormenta, y, salvando la propiedad de la codiciada isleta, logró satisfacer al Sr. Van Reitz, comisario del rey de Holanda. Este suceso fué celebrado por una de las legaciones extranjeras con un almuerzo, al cual concurrió el Sr. Arvelo, que era Ministro de Estado. Al mismo tiempo se hizo con el Gobierno holandés un arreglo por perjuicios causados á sus nacionales en la ciudad de Coro. (*Nota de D. José María Rojas.*)

Los cantos del trovador
Eran para mí süaves,
Cual trino del rui señor,
Como el *coro de las aves*.
Coro y aves..... ¡Oh Señor!

He cometido un desliz
Al nombrar aves y coro,
Que son la causa infeliz
Del reclamo de Vanritz:
Me arrepiento y lo deploro.

Diré, pues, ya que se ofrece
Tan oportuna ocasión,
Que, aunque medie esta cuestión,
El señor Vanritz merece
Toda nuestra estimación.

Á pesar de los pesares,
Siempre tuve la esperanza
De que acabara la danza,
Más con dares y tomares
Que con espada ni lanza.

Mas demos llegado el caso
De rompernos la cabeza:
¿Qué haré yo en tal embarazo?
Me atrincheró en el Parnaso,
¡Y adiós nación holandesa! (1)

Volviendo á lo principal:
Yo la vida abandoné
Desde el instante fatal
En que atrevido acepté
La silla ministerial.

Desde entonces, ¡maldición!

(1) Consonante falso por descuido de pronunciación local.

Paso los meses enteros
Hablando de abolición,
De empresas mil, de un millón
De caminos carreteros.

Apenas deajo la cama,
Ya Guardia la hace á mi puerta,
Ya Bermúdez toca y llama,
Ya Pemarchán me reclama
Y Jiménez me despierta.

¡Qué más!..... En este momento
Que llevo el vaso á la boca,
Se ocupa mi pensamiento
De ver cómo no les toca
Ni el cero del diez por ciento.

Y entre tanta algarabía,
Y con tantos sinsabores,
¿Tendrá en la cabeza mía
Cabida la poesía?
¡No, señores!..... ¡No, señores!

Pasemos, pues, á otra cosa:
Bebamos, la copa henchida,
Porque á Monagas, su esposa,
Y su familia querida
Conceda el cielo una vida
Dilatada y venturosa.

D. JOSÉ ANTONIO MAITÍN.

D. JOSÉ ANTONIO MAITÍN.

CANTO FÚNEBRE

CONSAGRADO Á LA MEMORIA
DE LA SRA. DOÑA LUISA ANTONIA SOSA DE MAITÍN.

(FRAGMENTOS.)

IX.

¡Cuán sola y olvidada,
Cuán triste está la huerta
Hace poco por ella cultivada!
Su lánguida corola
Tiene la flor apenas entreabierta,
Y al ver los tallos secos é inclinados,
Esta vegetación ambigua, incierta;
Al ver tanto abandono,
Las hierbas devorando los sembrados,
Sin humedad la tierra, sin abono,
Dijérase que siente
Esta familia huérfana su suerte;
Que lleva un negro luto
Sobre su frente pálida prendido;
Que espera ya la muerte,
Ó que llorando está lo que ha perdido.
Á vista de este cuadro

Tan vivo, de tristura
Siento que el corazón se me destroza.
Me lanzo á la ventura
Por entre el laberinto
Del follaje en desmayo y sin frescura;
Maltrato, con el pie, de aquel recinto
La inútil hermosura.
Cual máquina ambulante,
Sin senda, sin camino conocido,
Las manos extendidas, delirante,
Buscan mis brazos algo que he perdido.
Estrecho con amor cada sembrado,
Corro del uno al otro
Con paso desigual, precipitado;
Me cubro el rostro ardiente con las ramas,
Las llevo al pecho, de llorar cansado;
Sobre ellas deposito
Mi beso convulsivo y prolongado,
Y al muro, y á las piedras,
Á las hojas, al tronco endurecido,
Á tanto objeto caro, inanimado,
De mi dolor prestándole el sentido,
Páreceme escuchar que me responden,
Que sale de su seno hondo un gemido,
Que el aire puebla un alarido ronco,
Y en cada tierna flor que encuentro al paso,
En cada arbusto, en cada negro tronco
Que á la presión nerviosa de mi abrazo
Convulso y animado,
Con fuerte oscilación tiembla y se agita,
Pienso sentir el golpe acelerado
De un corazón amigo que palpita.

X.

Aquí en este rincón pimpolla y sale
Una tierna y gentil adormidera
Que ayer no más sembraste;

Planta huérfana y frágil que dejaste
Aun antes que naciera.
Sobre la blanda tierra
Por ti recientemente removida,
Fresca, visible, clara,
De tus dedos la huella está esculpida.
¿Quién hubiera pensado
Que antes que esta semilla retoñara,
Tu vida en un suspiro,
En un quejido leve terminara ;
Que no vieran tus ojos
Brotar este pimpollo
Que no esperaba más que una hora, un día,
Para romper el germen
Que su vida en prisiones contenía,
La vida que, sin ti, sin tus cuidados,
No tuviera tal vez? ¡Oh! encierra, encierra,
Planta inútil, tardía,
Tu vástago otra vez bajo de tierra:
La que buscas aquí ya es sombra fría.
¡Retoño! llegas tarde,
No encuentras quien te riegue,
Quien se afane por ti, ni quien te guarde.
En vano, pobre arbusto,
El aire buscas, la humedad, el día,
La noche fresca y la apacible luna;
Perdistes en tu cuna
La que daba á este sitio su alegría;
Y esta pequeña y limitada huerta
Que pudo ser tu asilo de ventura,
Será una soledad triste y desierta,
Tu pobre y tu callada sepultura.

XI.

Mas ¡ay! no morirás. Sobre tu tallo
Inclinada mi frente de contino,
Vigilaré incansable, sin desmayo,
Con empeño incesante, tu destino.

Yo ampararé tu juventud lozana;
En ti clavados mis atentos ojos,
La maleza, la espina, los abrojos,
Apartaré de ti tarde y mañana.
Y cuando tus verdores,
Cuando tu pompa y majestad temprana
Debas á mis cuidados protectores,
Cuando florida estés, tus verdes ramos
Á su callada tumba
De ofrenda servirán, y al colocarlos
Sobre su sepultura solitaria,
Postrado, enternecido,
Su sombra evocaré con un gemido,
Un llanto de dolor y una plegaria.

XII.

Yo salgo tristemente
Por los sitios más solos y apartados
Llevando mi dolor, mustia la frente,
Y los ojos de lágrimas preñados.
De pronto en mi camino,
Debajo de la sombra de una rama,
Debajo de un espino,
Algún mendigo encuentro
De los que tantas veces socorría
La que fué de los tristes el consuelo,
La que mis ojos lloran noche y día.
Su brazo tembloroso
Me tiende el pobre anciano desvalido.
Recuerdo cuántas veces
Fué por ella en sus penas socorrido;
Y el pobre que ella amaba,
El mísero mendigo,
Que en su bondad hallaba
Favor, consuelo, protección y abrigo,
No es para mí un extraño,
Es un fiel compañero, es un amigo.

Con alma enternecida
Adonde está me acerco, y en su mano,
Por el hambre y la edad desfallecida,
Mi socorro al poner, le digo: «Anciano,
Esta limosna es otro quien la envía;
No te la doy por mí, quien la da es ELLA.
Esta virtud seráfica no es mía;
Esta era una virtud de su alma bella.
Por su eterna salud ruega, mendigo;
Que Dios tus oraciones
Escuchará con corazón amigo.»
Entonces un torrente
Se escapa de sus ojos
Cual manantial de gratitud ardiente:
Y cuando de llorar están ya rojos,
Me alejo lentamente,
Llevando, consolado,
En mi ulcerado pecho el santo gozo
De aquella gratitud que ella ha inspirado,
De aquel puro y simpático sollozo.

XIII.

Lloroso, pensativo,
Mis largas horas paso
Á la margen sentado de este río.
Aquí todo contrasta
Con mi pesar sombrío:
En esta soledad solemne y vasta
No hallo un dolor que corresponda al mío.
Las hojas resplandecen
Cargadas con las gotas de rocío;
En la vecina altura,
En la lejana cumbre,
Vestida de matices y verdura,
Ostenta el sol magnífica su lumbre,
Mientras que yo devoro
En triste soledad mi pesadumbre.

¿Tan poco así te mueve
¡Oh pintoresco Choroní! mi pena?
Tu soledad amiga,
¿Por qué se muestra á mi dolor ajena?
¡Yo, que en tus ilusiones me he mecido,
Que el aire de tu selva he respirado,
Que tu último rincón he preferido
Á la mejor ciudad, que te he cantado!.....
Los seres entre sí todos se estrechan
Con secretas y ocultas relaciones,
Se combinan, se buscan, se desechan
Entre un mar de atracción y repulsiones;
Todo es combate, lucha,
Acción y reacción en cada hora.
¡Y yo, materia viva,
Pensante, sentidora,
Que aliento y me confundo
De Dios en las eternas creaciones;
Parte de este conjunto
De afinidad, de mutuas atracciones,
En cuyo espacio giro,
En cuyo seno moro,
Á cuya inmensa mole
Por lazos invisibles me incorporo,
No encuentro una señal que me revele
La acción de mis pesares
Sobre la calma eterna y majestuosa
De esta naturaleza silenciosa,
De estos quietos, pacíficos lugares!

Todo sereno está, todo reposa:
Nada un dolor denuncia ni una pena.
Bullente, estrepitoso corre el río
Sobre su lecho de brillante arena;
El matizado insecto
Con ardiente inquietud se agita y mueve;
El follaje despide su murmullo
Al soplo matinal del aire leve;
Y las aguas, los montes y los vientos,

Y el ave inquieta que saluda el día,
Levantán con apática indolencia
Su himno sin fin, su eterna melodía.

¡Concierto disonante,
Horrible, estrepitosa algarabía,
Que suena á mis oídos,
Como la befa amarga y la ironía
De la implacable y cruel naturaleza,
Para quien es lo mismo
El contento, la dicha, la alegría
De un ser que piensa ó su mortal tristeza.

XIV.

Clara, brillante, hermosa,
Osténtase la noche
De estrellas coronada,
Y su atmósfera limpia y silenciosa
Se carga de la esencia
De las plantas, las hierbas y las flores.
Todo es serenidad y transparencia;
Todo frescura y suaves resplandores;
Un murmullo solemne y religioso
Levanta por doquier blanda la brisa,
Y en medio del cenit la móvil luna
Su luz nos manda lánguida, indecisa.
Sólo una nube irregular, obscura,
Como la orla flotante de algún velo
Colgado de una tumba,
Surca en medio de tantas claridades,
De tanta luz, como un lunar del cielo.
Sobre mi pobre techo,
Sobre mi patio mudo y descuidado,
Sobre el jardín estrecho,
Sobre cuanto contiene mi cercado,
La nube negra, inmóvil,
Proyecta su penumbra,
En tanto que la luna despejada

Baña la tierra con su luz plateada
Y el valle todo en derredor alumbra.
Á vista de esta escena,
Que me interesa más que apesadumbra,
Exclamo conmovido:

«¡Oh! gracias, gracias mil, Naturaleza,
Que siquiera una vez has consentido
En vestir el crespón de mi tristeza.
No apartes esa nube
Obscura, aislada, solitaria, espesa,
De ese punto del cielo todavía.
Con soplo prematuro
No destruyas tan fúnebre armonía.
Aléjales tu brillo á mis hogares,
Ayer tumba sombría
Y hoy mansión de recuerdos y pesares.»

Paréceme que entonces
Todo en la tierra á mi dolor responde.
La luna compasiva
Sus resplandores á mi vista esconde.
De la palmera altiva
Las ramas descolgantes languidecen;
Y las espigas tiernas
Ya en confuso temor no se estremecen.
El aura, sin aliento,
En torno no retoza de las hojas
Que se inclinan en triste desaliento.
En la naciente hierba
Que la penumbra oculta,
No relucen las gotas del rocío.
Escucho á gran distancia
Entre su lecho sollozar el río:
Y el ruido quejumbroso,
Cual lánguida fatiga,
Que forma al deslizarse su onda clara,
Paréceme el adiós de un alma amiga
Que de mí para siempre se separa.

XV.

Ya piso el cementerio
Augusto, majestuoso,
Con su solemnidad y su misterio.
Estoy en la morada de la muerte,
Donde el pequeño, el grande, el flaco, el fuerte,
Sin distinción sucumben
Bajo un destino igual, bajo igual suerte.
¡Mirad á lo que quedan reducidas
Las míseras pasiones,
El altanero orgullo,
Las vanas ilusiones,
De la lisonja el mundanal murmullo,
Tanta esperanza y tantas ambiciones!
En este polvo encallan
La astucia, las ficciones y el amaño;
Aquí hay sinceridad en los afectos,
Llanto puro, verdad y desengaño.
¿Cómo contar el mar de tibias gotas
Que sobre estos despojos se ha vertido,
Que estas humildes cruces ha mojado,
Que en estas inscripciones ha corrido,
Que esta hierba naciente ha salpicado,
Que el polvo de estas tumbas ha embebido;
Lágrimas de una madre desolada,
La compasión, la oculta analogía,
La ardiente gratitud celeste y pura,
El afecto, el amor, la simpatía?
¡Ah! Si se recogiese en una hora,
En un instante dado,
Esa lluvia de gotas encendidas,
Ese raudal de lágrimas vertidas
Que esos tristes despojos ha empapado,
Pudíérase formar una honda charca,
Mar salido del mar de nuestros ojos,
Que sepultase en sus ardientes olas
Cuanto este sitio funeral abarca,

Inscripciones, osario, hierba, abrojos,
Túmulo, cruces, tumbas y despojos.

XVI.

¡Sombra de la que amé; solo y perdido
Quedo en la tierra. Tímido, cansado,
Un rumbo seguiré no conocido,
Á la merced del vendaval airado,
Tal vez por las borrascas combatido,
Acaso por los hombres olvidado.
El mundo es todo para mí un desierto.
De mi existencia usada
El proceloso mar surcaré incierto,
Cual nave destrozada
Que lanza el huracán lejos del puerto.
No sé cuál es la suerte que me aguarda,
Obscuro el porvenir; mas imitando
Tu ejemplo santo y raro,
Siguiendo tus virtudes una á una,
Inspirado por ti, bajo tu amparo,
Contrastaré el rigor de la fortuna;
Me haré mejor, pensando
En la existencia pura y bendecida
Que junto á mí pasaste, y de esta suerte,
Si debí mis contentos á tu vida,
Deberé mis virtudes á tu muerte.

XVII.

Adiós, adiós. Que el viento de la noche,
De frescura y de olores impregnado,
Sobre tu blanco túmulo de piedra
Deje, al pasar, su beso perfumado;
Que te aromen las flores que aquí dejo;
Que tu cama de tierra halles liviana.
Sombra querida y santa, yo me alejo;
Descansa en paz..... Yo volveré mañana.

EL HOGAR CAMPESTRE.

.....
Ameno el campo ostenta su opulencia
En su espléndido manto de verdura,
Y regala el olfato con su esencia
La flor que crece oculta en la espesura.

¡Cuán dulce es ver las aguas cristalinas,
Ir por el valle susurrando amores,
Y salpicar las hojas purpurinas,
Con sus blancas espumas, de las flores!

Y ver cómo sin tregua y sin descanso,
Con giros mil, la retozona brisa
En ondulantes pliegues del remanso
La transparente faz arruga y riza,

Y cuando tardo el sol y esplendoroso
Su lumbre cuelga en la mitad del cielo,
Y con su rayo ardiente y caluroso
Deslumbra y quema el fatigado suelo.

¡Cuán dulce es reposar bajo la sombra
De la ceiba ramosa y extendida,
Y entre la hierba ver que el suelo alfombra
Correr la fuente que á beber convida!

¡Y esa ráfaga ver, arrebolada,
Manto oriental de púrpura y de grana,
Que el sol tiende en la bóveda azulada,
Al ocultar su lumbre soberana!

Y cuando al aclarar, en Occidente
Su luz sepulta al fin la última estrella,
¡Cuán grato es ver en el opuesto Oriente
La aurora despuntar, cándida y bella!

Y ver las perlas, diáfanas, redondas,
Que la noche al pasar dejó prendidas
Sobre la abierta flor, colgando en ondas
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entonces, escuchar en la espesura,
De la paloma la sentida queja,
Que más que la expresión de su ternura
Un lamento tristísimo semeja.

Y al jilguero cantor que se estremece
Al desatarse en dulce melodía,
Y que desde la rama en que se mece
Con sus himnos de amor saluda el día.

¡Oh descuidado y bello pajarillo
Que vagas libre en pos de tus amores!
¡Ah! ¡cuánto envidia tu vivir sencillo,
Tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado
Con que su amor tu compañera llora,
El gorjeo sentido y delicado
Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores,
Sin que te paren importunas leyes;
Que del aire los plácidos cantores
No han menester repúblicas ni reyes.

Ni palacios, ni templos, ni mezquita
Ni Senado, ni Bey, ni Capitolio,
Ni mandatario altivo que dormita
En alta silla ó encumbrado solio.

Ni hay banderas vistosas y lucidas
Que flotan á merced del aire vago;
Ni conoces las lanzas homicidas,
Ni de la guerra el destructor amago.

No dice un rey: SOLDADOS, Á LA GLORIA.
LA PATRIA OS LLAMA: Á LA BATALLA, OS DIGO.
BUSCAD LA MUERTE Ó TRAEDME LA VICTORIA,
QUE LA PATRIA SOY YO. VENID CONMIGO.

Y en sangre del hermano desgraciado
No vas tus plumas á manchar bermejas,
Y cada al corazón golpe asestado
Un triunfo no es que vencedor festejas.

No dice un mirlo de golilla y toga:
ESTA ES LA LEY; Á MUELTE TE CONDENA,
Y al cuello te echan la infamante sogá,
Ó arrastras, infeliz, dura cadena.

Ni al dintel del alcázar opulento
Vas á llevar tu palidez sombría,
Para mezclar con tu apagado acento
Las risas destempladas de la orgía.

Que el campo para ti su gala ostenta,
Y el grano encierra la ondulante espiga,
Y el sabroso manjar que te sustenta
En cada flor encuentras sin fatiga.

Que para ti desde ese monte cano
Se despeñan las aguas destrenzadas,
Ó mansamente corren por el llano
En bella confusión desparramadas.

Y su cándida faz esplendorosa
La aurora asoma en el nevado Oriente,
Para teñir de púrpura y de rosa
Tu plumaje riquísimo y luciente.

Que para darte abrigo regalado
La enredadera y el jazmín silvestre
En el aire suspenden, festonado
Su misterioso pabellón campestre.

¡Oh descuidado y bello pajarillo
Que vagas libre en pos de tus amores!
¡Ah! ¡cuánto envidio tu vivir sencillo,
Tus colinas, tus prados y tus flores!

Yo buscaré la dicha en tus cantares,
En tus bosques la paz y la ventura,
Y acallaré la voz de mis pesares
De quieta soledad en la espesura.

LAS ORILLAS DEL RÍO.

Inquieto, transparente,
Ya dócil, ya bramando,
En su lecho de plata refulgente
Undoso el Choróni corre impaciente;
Y sus ondas regando,
Va sus verdes orillas matizando.

¡Cuán diáfano retrata
Los techos de verdura
Y los peñascos en su linfa grata!
Su blanca espuma se disuelve en plata,
Y reluciente y pura
La arena, en lo hondo, cual cristal fulgura.

Ayer tal vez rugiendo
Por la borrasca hinchado,
Con ronco son y pavoroso estruendo,
Iba su linda margen convirtiendo
En yermo desolado,
Ahuyentando las aves y el ganado.

Hoy gusta los olores
Del aire gemebundo:
Sosegado y gentil bulle entre flores:

Pasa festivo susurrando amores,
Y libre y vagabundo
Corre á su eternidad..... ¡el mar profundo!

Con rapidez extrema
Rodando sus cristales,
Es de la vida frágil el emblema,
Que arrastrando consigo su anatema,
Á abismos eternos
Va á deponer sus glorias y sus males.

¡Bellísimas mansiones!
¡Pacíficos lugares
Tan llenos de quiméricas visiones!
¿Por qué vibran tan dulces vuestros sonos?
¿Lloráis vuestros pesares,
Ríos, que vais á hundiros en los mares?

¿Ó es el eterno beso
De rústicas deidades
Quien da sus tonos al follaje espeso?
¿Quién puso y para qué tanto embeleso
En estas soledades,
Y prodigó á las aguas sus bondades?

¿Sobre estos bordes fríos,
Qué numen bondadoso
Puso estos verdes árboles sombríos?
¿Qué espíritu de paz mora en los ríos,
Y duerme voluptuoso,
Al son de su concierto melodioso?

No pienso con locura
Que el eco peregrino
Con que la onda pacífica murmura,
Que suena al corazón con la dulzura
De un cántico divino,
Murmura sin razón y sin sentido.

¿Qué importa la alegría
Con que la tierra alienta,
Si esta agreste, selvática armonía
Muere y se pierde en la ribera umbría;
Si no hay, cuando la ostenta,
Vista que goce y corazón que sienta?

Oculto inteligencia
Acaso se recrea
En este blando asilo de inocencia:
Del bosque aspira la fragante esencia,
Sus bóvedas pasea,
Y el fresco de sus sombras saborea.

Acaso el manso viento
Que en la floresta gira,
Ó en torno de las ondas, es su aliento.
Tal vez este rumor con cuyo acento
La soledad suspira,
Es la música eterna de su lira.

Arcángel invisible
Que vaga en la espesura;
Por quien suspira el céfiro apacible;
Espíritu intermedio entre el temible
Autor de la natura,
Y su frágil y humana criatura.

Él sabe si el ambiente
Que hora manso resuena,
Es el mismo que, á veces inclemente,
Y vuelto tempestad, brama impaciente
En la floresta amena,
Y de ruina y destrozo el campo llena.

Él entiende el idioma
De la onda que se aleja,
El arrullo de amor de la paloma;
Sabe dónde su olor halla la aroma,

Y si la encina añeja,
Cuando arma su clamor, canta ó se queja.

Él sabe quién marchita
La flor que nace apenas:
En qué cavernas lóbregas habita
El eco solitario: quién agita
Las auras de olor llenas:
Dónde y cómo germinan las arenas.

Y este ángel solitario,
La tierra que murmura
Convirtiendo en magnífico incensario,
Presenta á Dios este lamento vario
Como la esencia pura
Que á su Criador ofrece la natura.

Y este clamor del suelo,
Que se alza por doquiera,
Este himno universal, tomando vuelo,
Sube de sol en sol, de cielo en cielo,
Y de una en otra esfera
Llega al trono de luz do Dios impera.

Tus genios ó tus hadas,
¡Oh! dime dónde habitan,
Hermoso Choróni. ¿Son sus moradas
Tus flotantes y verdes enramadas
Que nunca se marchitan,
Ó en tu onda sobrenadan y se agitan?

¿Habitan de las peñas
Los antros tenebrosos,
Ó vagan en tus márgenes risueñas?
¿Se bañan en las aguas que despeñas,
Ó danzan tumultuosos
Bajo tus frescos árboles frondosos?

¿En rápida barquilla
De nácar reluciente,
Con mástil de oro y con dorada quilla,
No van surcando tu frondosa orilla,
Ó en brazos del ambiente
No se dejan llevar de tu corriente?

¡Feliz, feliz quien mira
Tus márgenes serenas,
Y con tu paz fantástica delira;
Quien mezcla los acordes de su lira
Al ruido con que sueñas
Cuando arrastras tus límpidas arenas!

Pacífico, contento,
Perdido en tus riberas,
Mi discordante voz soltaré al viento;
Y libre allí del cortesano aliento,
Tus linfas pasajeras
Serán mi amor, mi mundo y mis quimeras.

Me servirán de alfombra
Las hojas que derrama
El árbol colosal bajo su sombra;
De templo, ese infinito que me asombra;
Y la menuda grama,
De mullido cojín ó blanda cama.

Prepararé gozoso
Mi caña y mis cordeles,
Y bajaré á tu margen delicioso;
Será mi alcázar tu javillo umbroso,
Sus ramas mis doseles,
Y tu rústica orilla mis verjeles.

El dulce pajarillo
Reposará su vuelo
Bajo la espesa rama del javillo;
En tanto que el plateado pececillo,

Incauto y sin recelo,
Vendrá él mismo á prenderse en el anzuelo.

Con paso acelerado
Acaso me encamine
Á tu orilla gentil; allí sentado
El libro celestial leeré arrobado
Del tierno Lamartine,
Su canto oyendo hasta que el sol decline.

Así la dulce vida
Pacífica y ligera,
Bajo tu sombra pasará escondida;
No entre el placer que brinda fementida
La corte lisonjera,
Para acabar más presto mi carrera;

Como la frágil rosa
Cortada en los jardines
Para adornar la frente de una hermosa,
Que entre música blanda y sonora,
Damascos y cojines,
Perece antes de tiempo en los festines.

D. FERMÍN DEL TORO.

D. FERMÍN DEL TORO.

Á LA NINFA DEL ANAUÇO.

¡Todo cede á la que mora
En palacio de cristal,
Y perlas ciñe y coral
Á su frente seductora!

¡Cedan sus grutas, sus prados
Las celebradas ondinas,
Que en las aguas cristalinas
Mojan los pies nacarados!

¡Del canto el divino coro
Suspended, sílfides bellas,
Que á la luz de las estrellas
Concertáis las arpas de oro!

¡Depón el arco y la vira,
Imagen que el alma adora,
Cuando el pecho se acalora
De un amante que delira!

¡Las que priváis en Oriente,
Odaliscas y sultanas,
Las deidades musulmanas,
Inclinad todas la frente!

Que la ninfa se divisa
Por la luz de negros ojos,
Y el fuego de labios rojos,
Y el dardo de dulce risa.

Ella vence al ramillete
En gentileza y finura,
Cuando mide su cintura
Con su estrecho brazaletes.

Ni hay flores en un jardín
Que perfumen tanto el viento,
Pues le da más dulce aliento
Que el azahar y el jazmín.

Y si prendida la falda,
El pie en la hierba humedece,
Un blanco lirio parece
En un vaso de esmeralda.

De negros rizos cubierta
Se duerme en lecho de rosas,
Y las deja más hermosas
Cuando el amor la despierta.

Es como el cielo inconstante,
Como el aura caprichosa,
Altiya como una diosa,
Hechicera como amante.

Temo, temo que mi culto
Apasionado la ofenda:
Por eso, humilde mi ofrenda
Entre las flores oculto.

Con pluma de un colibrí
Y la tinta del zafiro,
Calentándola un suspiro,
En una rosa escribí:

Te adoro y te he de adorar;
Mi pecho amor te tributa;
Será mi templo tu gruta,
Y tus pies serán mi altar.

D. CECILIO ACOSTA.

D. CECILIO ACOSTA.

LA CASITA BLANCA.

EN UN ALBUM.

¡Luzcan tus tardes de zafir y grana;
Rosal disfrutes de tu mano injerto;
Goces, en medio á perfumado huerto,
Las auras frescas de gentil mañana!

¡No insomnios turben tu tranquilo sueño;
No sombra empañe tus ensueños de oro,
De esos que suben hasta el almo coro,
Ó infiltran en la sien dulce beleño!

¡Palomas bajen á picar tu suelo,
Que al lado esté de tu casita blanca,
Y á poco veas que su vuelo arranca
La turba inquieta hacia el azul del cielo!

¡Mires cual sitio de encantada Ninfa
Tersa laguna cual á veces vemos,
Y ánsares níveos de pintados remos
Cortando lentos la argentada linfa!

¡Haya no lejos alfombrada loma,
Que se alce apenas á la tierra llana,
Y allí subas á ver cada mañana
Si el alba ríe, ó cuándo el sol asoma!

¡Haya manto de verde y de rocío
En el momento que los campos dora
La pura luz de la rosada aurora;
Y en calle de naranjos que va al río,

Y se abre al pie de la felpuda falda,
Césped encuentres para muelle alfombra,
Follaje rico para fresca sombra;
Y fruta en que el color es de oro y gualda!

¡Á un lado esté la vega; el campo raso;
Los ya formados sulcos por la reja;
El último que traza y detrás deja
La tarda yunta en perezoso paso;

Y montado en el sauce culminante
El canario gentil ser rey presuma,
Y, ajustando la de oro regia pluma,
Á vista de su imperio gloria cante!

¡La partida de caza vocinglera
La quinta deje al despuntar el día;
Ágil salga y festiva la jauría,
Atraviese del valle á la ladera,

Recorra sin ser vista la cañada,
Y tras de trasmontar los altos cerros,
Saltando observes los pintados perros,
Entre alegres ladridos, la quebrada;

Y después de subir agrio repecho,
De la cima en los altos miradores,
Divisen los cansados cazadores
Alzarse el humo del pajizo techo!

¡Al terminar el día, el afán duro
Del campo cese, que el vigor enerva;
Llegue buscando la feliz caterva
Descanso en el hogar libre y seguro!

¡La parda luz de la tranquila tarde
Apague de la noche al fin el velo;
Á poco luzca en el remoto cielo
De las estrellas el vistoso alarde!

¡Y mientras el aura entre las hojas suena,
Haya para el placer bebida helada,
En barros de primor blanca cuajada,
Y en medio á bromas mil rústica cena!

¡Cerca esté del cortijo la vacada
Que á las veces se sienta estar bramando,
Y al tiempo del ordeño, en eco blando,
Se queje la paloma en la hondonada!

¡Venga en *totuma* con su pie de plata
La blanca leche á rebosar la artesa,
Que el aire luego con su soplo espesa,
Temblar haciendo la movible nata!

¡Que el ave matinal tus pasos siga,
Vuele confiada á tu graciosa mano,
Y allí pique atrevida el rubio grano
Que tú propia tomaste de la espiga!

¡Que tengas frutas que en sazón maduren,
Y vayas con tu cesta á recogerlas;
Que tengas fuentes que salpiquen perlas;
Que tengas auras que al pasar murmuren!

¡Murmuren cantos bellos, celestiales,
Que sirvan á borrar fieras congijas,
De esos que forman al temblar las hojas,
Ó el arroyo al mover de sus cristales!

¡Ante el altar que en sacras llamas arde,
Por ti tu madre su oración eleve,
Que grato Dios hasta su trono lleve;
Y Él mismo en urna misteriosa guarde!

¡No la mfa separes de tu historia;
No mis deseos más te sean ignotos;
Ni olvides nunca mis fervientes votos,
Ni me apartes jamás de tu memoria!

LA GOTA DE ROCÍO.

POESÍA DEDICADA Á MI DISTINGUIDO AMIGO Y SABIO COLEGA
DON MIGUEL ANTONIO CARO.

«No hay brillo como el mío»,
Dijo ufana la gota de rocío,
Al verse aclamar bella
En medio al campo en que el ornato es ella;
«Ni quien cual yo, galana,
Sea orgullo y primor de la mañana.
En g!obo pequeñuelo,
Sobre hoja que ya dora
La prima luz de la rosada aurora,
Soy breve suma del fulgor del cielo,
Que, en vastos horizontes,
Se ve en valles lucir, y se ve en montes;
Y soy también, para mayor decoro
De mi almo origen y mi cuna de oro,
Delicado vapor que en ondas sube,
Llega tal vez á la flotante nube,
Tal vez inestable de la altura baja,
Y en el aire suspenso en perla cuaja.
Bordo á veces las flores,
Para de ellas beberme los colores,
Y en formas mil distintas,

Cada cual de por sí fijable apena
En el mudar de la movible escena,
Del iris tomo las variadas tintas.
El aura me regala
Con los aromas que el verjel exhala,
Y, por verme temblar, con ala leve
Jugando me conmueve.
Yo nazco con el día,
Tengo palacio en la arboleda umbría,
Y en aguas bellas de matiz cambiante,
Ya semejo al cristal, y ya al diamante.»
Así la gota en su discurso ciego,
Á tiempo que de ráfaga impelida,
De la hoja desprendida,
Llegó á caer y disiparse luego.
Tal vi una vez en mi jardín acaso;
Y prueba así este caso.
Que el mundano esplendor es de un momento,
La vida nada, y el orgullo viento.

EL VÉSPERO.

Á MI SOBRINA LA SEÑORITA SOLEDAD ACOSTA ORTIZ, EN SU ALBUM

En flamígero carro
Que en ejes lude en que restalla el fuego,
Y con vivo esplendor al orbe inunda,
Baja cual rey el sol, y cuando luego,
Entre torrentes de su luz fecunda,
El áureo curso acaba,
Aun le quedan reflejos,
Morir queriendo con real decoro,
Para lucir de lejos
Y pintar cada varia, nívea nube,
Cuya belleza así realza y sube,
Con franjas de carmin y rosas de oro;

Hasta que al cabo en el supremo instante,
Ya vestido de púrpura esplendente,
Despídese el gigante
Y en el mar se sepulta de Occidente.

No hay ya en el horizonte
El variado matiz ni el colorido
Con que dora la luz el arduo monte;
Sólo pálidas quedan blancas huellas
De un fulgor que ya es ido,
Y con silencio santo
Se extiende luego el azulado manto,
Descubridor del mundo y las estrellas.
Este casto color que nadie nombra,
Por lo indeciso y vago,
Sino con formas de expresión distintas,
La ausencia muestra de vivaces tintas,
La lucha de la luz y de la sombra.
Baja la calma al suelo,
En lo alto reina la tranquila tarde;
Y en el azul del cielo,
Cual diamante engastado, Venus arde.

¡Oh Véspero inmortal! ¿Quién confidente
De secretos te hizo
Y amorosas querellas,
Sagrada para ti la menor de ellas?
Si acaso llama ardiente
De afecto bien sentido y mal pagado,
El ambicioso corazón calcina,
Tú arrancas al dolor la aguda espina,
Derramas miel en la doliente alma,
Y con callada voz que habla de lejos,
Envías tus consejos
Y restituyes la perdida calma.
¡Qué de veces también logré la mía
Contigo hablando!..... Enfurecido el viento,
Sin velamen, sin jarcias y aun sin rumbo
La nave en medio del fragor crujía,

Yendo de tumbo en tumbo,
Y negra noche y negras brujas solas
Eran fúnebre palio de las olas
En el piélago inmenso: tal la imagen,
Tal fué el horrible temporal deshecho
Que una vez contrastó mi flébil pecho,
Y así de triste estaba,
Tanta era mi amargura,
Que alzando el ruego á la sublime altura,
Transido de dolor, por paz clamaba.
Y la hallé al fin en tu benigno influjo
Y en los suaves destellos de tu disco,
Que semeja en su luz á toda hora
La mirada de un ángel cuando adora.
Te vi tranquilo en el confín remoto,
Después de cien borrascas siempre inmoto,
Y al notar tu valor y paz serena,
Disiparse sentí mi amarga pena.
No me olvides jamás, astro divino,
Sé propicio á mi suerte;
Y cuando venga el viento airado, fuerte,
Á torcer en los mares mi camino,
Sé el piloto en mi rumbo y mi destino.

D. JOSÉ RAMÓN YÉPEZ.

D. JOSÉ RAMÓN YÉPEZ.

LA MEDIA NOCHE.

Á LA CLARIDAD DE LA LUNA.

En ninguna parte la Naturaleza nos penetra más del sentimiento de su grandeza: en ninguna parte nos habla más y más fuertemente, que bajo el cielo de América.

Opacos horizontes,
Y rumor de airecillos y cantares,
Y sombras en los montes,
Y soledad dulcísima
En la tierra infeliz de los palmares;
Y allá lejos la luna que se encumbra,
Y un cielo azul de porcelana alumbra.

Y en el lago sin brumas
La onda medio caliente entumecida,
Coronada de espumas,
Soñando melancólica:
Y como tregua ó sueño de la vida
En el hogar del hombre; y como inerte
La creación, y el sueño como muerte.

La gran naturaleza,
Ó vacila ó se asombra, y muda y grave,

Pálida de tristeza,
Ve sus astros inmóviles.....
Suspensión de la vida, que no sabe,
Maravillada el alma, si le asusta,
Ó le place por quieta ó por augusta.

Tal es, sobre su coche
Que silencioso por el orbe rueda,
La extraña media noche
De las regiones índicas:
Así, al tañer de la campana, queda,
Su voz oyendo por el aire vago,
La ciudad de las palmas en el lago.

Aquí empieza el imperio,
De esas visiones sin color ni nombre
Que en inmortal misterio
Guardan las noches tórridas.
Aquí no alcanza á comprender el hombre
La cifra ó la razón de cuánto mira,
Ó si despierto está, sueña ó delira.

Tanta trémula estrella
Que de rubies el espacio alfombra,
Tanta roja centella
Que con la luna pálida
Penetra y brilla en la nocturna sombra,
Causa son de terror, causa de duelo,
Si ya la media noche sube al cielo.

¿Quién sabe por qué crece
Entonces el penacho de esa palma,
Y el viento la remece
Y la despierta súbito,
Y á su voz el concierto y dulce calma
De la noche se rompe, cual si fuera
Hablando una palmera á otra palmera?

¿Quién sabe por qué luego

Se vuelven las conchuelas con la luna
Margaritas de fuego,
Y cuando boga rápido,
Sonriendo de su espléndida fortuna,
Nauta feliz que ansía por cogerlas,
Ni conchas halla ni radiantes perlas?

¿Quién sabe, quién alcanza
Por qué se cierne la nocturna nube
Con monstruosa semblanza,
Y envuelta en sombras tétricas
Desciende al llano, á la colina sube,
Para mostrar después, como un tesoro,
El plateado cendal con fimbria de oro?

¡Mentira! bajo el peso
De tanta maravilla, grita el mundo:
Acaso será eso.....
Puede que los fantásticos
Prestigios de la luz, tras el profundo
Rumor que alzan los vientos que campean,
Finjan visiones, y mentiras sean.

Pero algo está escondido
Que bulle y vive y lúgubre se extiende
Al solemne tañido
De ese cristiano símbolo.
Algún prodigio el hombre no comprende
En esas altas horas: algo existe
De indefinible, pavoroso y triste.

No es que la noche ayude
Los Genios á salir de sus recintos;
Ni la mar se sacude,
Ni murmuran los céfiros,
Ni del santuario los dorados plintos
Caen sonando, ni la sombra pasa,
Ni el trueno zumba, ni la luz abrasa.

Mas, con todo, á tal hora
Brotá, se desvanece, canta, gime,
Brilla, se descolora,
Azota el aire trémulo,
Empaña el éter, la materia oprime
Una sombra, una luz, un ser, ¡quién sabe!
Que llena el orbe y que en la chispa cabe.

Entre el hombre que piensa
Y los astros que alumbran, se descorre
Como una cosa inmensa,
Impalpable, magnífica;
Y cuando la pardusca y vieja torre
Su postrimera campanada vibra,
De eso como infinito ¿quién se libra?

Salve, ¡augusto misterio,
Que encierras tan hondísimos arcanos!
En tu silente imperio
De sonidos insólitos,
Y de pálidas luces, y de vanos
Pavorosos fantasmas, todo es triste
Y se transforma todo cuanto existe.

Mas la razón del hombre,
Al impulso inmortal del sentimiento
Instintivo y sin nombre,
Penetrará recóndita,
Ó explicarse querrá con noble aliento,
Ese mundo invisible que reposa
Oculto entre la noche silenciosa.

Soledad de desierto
Y rumor de airecillo en los fragantes
Limonares del huerto;
Y en el azul vivísimo
Rubias estrellas, fuegos vacilantes,
Y claridad de luna que se encumbra
Y hasta el sombrío limonar alumbrá.

Tal es, sobre su coche
Que silencioso sobre el orbe rueda,
La extraña media noche
De las regiones índicas;
Así, al tañer de la campana, queda,
Su voz oyendo por el aire vago,
La ciudad de las palmas en el lago.

LA RAMILLETERA.

Ramilletera de estos alcores,
Siempre vendiendo llenos de cintas,
De cintas verdes, ramos de flores;
Si ya vendiendo
Te siguen siempre los ruiseñores,
No es por las flores de gayas pintas,
Sí por el seno do van las cintas.

Del huertecillo de los manzanos
Dicen que quieres, ramilletera,
Los olorosos lirios enanos;
¿Por qué los quieres,
Cuando no hay lirios como tus manos?
¡No por la fama, que es volandera,
Sí por ser lindas, ramilletera!

Tienen tal magia tus ojos pardos,
Que el Dios con venda sobre los ojos,
Entre verbenas, mirtos y nardos
Guardó su venda,
Rompió la aljaba, rompió los dardos,
Queriendo sólo que en sus enojos,
Sirvan los dardos que hay en tus ojos.

Como andas siempre por los rosales
Y esas tus trenzas son hebras de oro,
Dicen no hay otras trenzas iguales,

Porque en tus trenzas,
Á los suspiros primaverales,
Van ocultando como un tesoro
Las mariposas su polvo de oro.

Según repiten las zagalejas
Por las encinas de boca en boca,
Mientras dormías so las añejas,
Altas encinas,
Posó en tus labios tropel de abejas,
Y, al despertarte, la turba loca
Panal del Hibla llamó tu boca.

¿Qué más? El día que en las junqueras,
Cogiendo flores, quedó tu talle
Preso entre juncos y enredaderas
Llenas de flores,
Se dijo á gritos en las praderas,
Que entre los juncos del hondo valle
No hay junco verde como tu talle.

No, pues, te engrías, dulce paloma,
Vendiendo incauta tus ramilletes:
Es que no hay flores de tanto aroma,
Como la incauta
Que baja al valle, sube á la loma,
Dejando toquen sus brazaletes,
Mientras le compran sus ramilletes.

HIMNO EPITALÁMICO.

ESCRITO PARA IGNACIO PLAZA.

No en esa estancia penetréis divina;
Sobre el ara de aromas,
Pálida de pasión, llevó Ericina

Sus risueñas palomas.
¡Atrás! ¿No veis que hasta el dorado plinto
Cae el flotante velo?
La diosa ha descendido á ese recinto
En un rayo del cielo.
Velad tanto esplendor: oculte Apolo
La luz de sus mañanas;
Que á la estancia nupcial penetren sólo
Las flores por galanas.
La Madre del Amor descíñe estrecho
El ceñidor de oro,
Roja la boca y palpitante el pecho
Del oculto tesoro.
Suelte temblando, al seductor desvío,
La crencha perfumada.....
¡Cuán divina estarás, rosa de Chío,
Así medio velada!
Fortunado amator, la diosa esbelta
Ya besa al dulce niño;
Mirad como el rapaz sonriendo suelta
Su túnica de armiño.
¡Silencio! Ni un suspiro en el imperio
De los castos amores;
No temáis que una flor rompa el misterio;
Que mudas son las flores.

PASTORIL.

I.

Para cantar al niño
Rey de los cielos,
Me pides villancicos
De gracia llenos;
Cuenta, zagala,
Con estas canturías
De madrugarda.

Yo sé que en las aldeas,
Por Navidades,
Esa es costumbre vieja
De los zagales;
Mas por lo mismo
Yo sé de esas costumbres
Lo que me digo.

¡Un cantarcico pides!
No tal pidieras
Cuidando en los rediles
De tus ovejas;
¡Pero son Pascuas
En que se cantan misas
Antes del alba!

Con ser la noche opaca
Te he visto anoche
Con rojas lumbraradas
Buscando flores.
¡Como que ignoras
Que se encandilan aves
Con luces rojas!

Y bien en poco estuvo
Por esas misas
El convertirse en humo
Tus alegrías;
Dígalo el lobo
Que aullaba olfateando
Cercano al soto.

Desde que Alicia toca
Su caramillo,
Las más extrañas cosas
Dicen de Alicia.
¡Cómo se mudan
En hogaño los tiempos!
¡Bien dice el Cura!

No hay pastora en los prados
 Á la redonda,
Que á la misa de gallo
 Veloz no corra.
 De tanta prisa
Más de una zagaleja
 Saldrá corrida.

Mira, pues, pastorcica,
 Que temo mucho,
Tras esas alegrías
 Tan de tu gusto,
 No se te anublen
Los ojos, cual los cielos.
 Del mes de Octubre.

II.

Guarda tus villancicos,
 Ya no los quiero:
Claveles tiene y lirios
 El Rey del cielo.
 ¡Bien reza el Cura
Que ninguno está libre
 De la calumnial

Si, cual dices, lo sabes,
 Que en las aldeas
Cantan por Navidades
 Las zagalejas;
 ¿Por qué te admiras.
Cuando, madrugadoras,
 Vamos á misa?

Para zagal son tristes
 Tus pensamientos,
Pues según lo que dices,
 Tú tienes celos,

Y ves fantasmas
En nuestras canturías
De madrugada.

Si anoche salí al prado
Con luces rojas,
No fué flores buscando,
Sino palomas;
Dos montañeras
Que al niño con sus cintas
Llevé en ofrenda.

Y bien por nuestras luces
Estuvo en poco
Que á Alicio el del adufe
Cogiera el lobo;
Pues escondido
Lo descubrió en la vega
De los olivos.

Desde que Alicio canta
Los villancicos,
Son, pastor, tus miradas
De basilisco.
Madre asegura
Que andas, como los lobos,
Aulla que aulla.

En alcores y prados
Y en luengas tierras,
Al niño en su sagrario
Todos le rezan;
Y es una dicha
Cómo caen las lluvias
Á maravilla.

Mira, pues, pastorcico,
Que vas zagüero
En el amor del niño

Rey de los cielos:
Si no me escuchas,
Temo que tu garganta
Se quede muda.

Á LA ESTRELLA DE LA TARDE.

I.

Campanita de plata
De tan gran templo,
Trémula y solitaria
Sobre los cielos:
Yo te diviso
Suspendida en los campos
Del infinito.

Cuando á la fin del día
La tarde asoma,
Eres la campanita
Que á duelo toca;
Así los ángeles
Sabén allá en el cielo
Cuando es de tarde.

Campanita te llamo
Siendo un lucero,
Mientras voy suspirando
Con mis recuerdos;
Es que asimismo
Te llamaba en mi patria
Cuapdo era niño.

Al perder mis fecundas,
Ricas visiones,
Dicen que se me anublan
Porque soy hombre.

¿Será eso cierto?
¿Cómo, pues, me acompañan
Las que están lejos?

Porque tú eres ahora
Lo que en mi infancia,
Cuando buscaba conchas
De playa en playa:
Chispa ó lucero,
Que entre gasas de púrpura
Brilla en lo inmenso.

Todo, pues, se reduce,
Tras luengos días,
Á los sueños que se hunden
Llamar mentiras;
Y á los estables,
Aunque medie un abismo,
Llamar verdades.

Por eso mientras pasan
Cual viento y humo
Las dulces esperanzas
Que inspira el mundo,
Siempre conmigo
Van las santas visiones
Que sueña el niño.

Campanita, si el duelo
Tocas del día,
Tras mis dolores creo
Tocas á vida;
Mientras á gloria
Hay otras campanitas
Que también tocan.

II.

Estrella, que despides
Al sol que muere
En lagos de rubíes
Resplandecientes;
Tú, que te inundas
En sus luces y sabes
Dónde es su tumba;

Estrella de las sombras,
¿Cómo es que siempre
Á esta fiesta mortuoria
Te hallas presente?
¿Cómo es que sales,
Hija tú de la noche
Siempre de tarde?

Entre risueñas nubes
Tú centelleas
Como en aguas azules
Pálida perla.
¿Tendrán acaso
Las *aguas superiores*
Por perlas astros?

Atomo de ese polvo
Que en las alturas
Como neblina de oro
Todo lo alumbrá,
Todo lo llena
De mundos rutilantes,
Soles y estrellas;

Tal vez se llegue un día
Que del espacio
Como una vieja cifra
Seas borrado;

Y el Rey del cielo
Brote acaso otros mundos
Y otros luceros.

Sí, los astros que existen
Son sueños, sombras.....
Átomos invisibles
Ante su gloria;
Sí, todo muere;
Sólo el Dios infinito
Vivirá siempre.

Lejana campanita,
Cuando yo muera,
Recibe el alma mía
Tocando á fiesta.
¿Te pido mucho?
No, que las almas suben
Al cielo en triunfo.

D. LUIS ALEJANDRO BLANCO.



D. LUIS ALEJANDRO BLANCO.

LA TRIBULACIÓN DE JOB.

¡Quién me diera volver á mi pasado
De paz y de alegrías,
De juventud, cuando, por Dios guardado,
Bellos eran mis días;

Cuando en secreto, Dios omnipotente
En mi tienda moraba,
Y en mi familia, cándida, inocente,
Su gracia derramaba;

Cuando de pura luz rayo divino
Mis noches alumbraba,
Y de la vida incierta en el camino
Su mano me guiaba;

Cuando sus puertas la ciudad me abría,
Y jóvenes y ancianos
Con respetuoso amor me recibían,
De mi justicia ufanos,

Y en medio de sus plazas, preferencia
Al magnate me daban,
Excelsa era mi gloria; á mi presencia
Los príncipes callaban.

Si cual rey cortejado sonreía
Á la gente un instante,
Sobre la dura tierra no caía
La luz de mi semblante.

Mas falsa fué mi dicha; se deshizo
Mi fantasma de gloria;
Que retirar de mí su mano quiso
El Dios que da victoria.

Como el árbol altísimo arrancado
De raíz, yo he caído;
Del oprobio mi frente ha ya tocado
El polvo envilecido.

De mi infortunio huyeron los que un día
Mis gracias imploraron;
De mi acerbo dolor, de mi agonía
Los hombres se mofaron.

Me calumnió el amigo; mis hermanos
La espalda me volvieron;
Á mis hijos rogaba, y rüegos vanos
Para mis hijos fueron.

De mi vida en el áspero sendero,
Sin luz, sin mano amiga,
Errante en mi vacío, el dolor fiero
Punzante me fatiga.

Consuela ¡oh Dios! mis días, ó mi vida
Impele hacia su ocaso;
¡Y halle descanso mi ánima afligida
En el mortal regazo!

Mas ¡ay mi Dios! que en la miseria hundido
Tú me has abandonado;
Y no escuchas, Señor, mi hondo gemido
Ni mi ruego inflamado.....

Mas desde el fondo de mi negro abismo
Donde el rayo se apaga de tu cielo,
Donde el rugir de la tormenta mismo
Un eco no despierta en mi consuelo;

Do no hay acento; do ahógase el gemido
En las tinieblas de su seno frío.....
Yo te adoro, Señor, siempre rendido,
Y alabo tu justicia y poderío.

Tú eres, Señor Dios mío, omnipotente;
Los cielos ante ti resplandecieron;
El abismo temblaba; en él su frente
Los ángeles rebeldes escondieron.

¡Omnipotente Dios! Tu acento solo
Hizo brotar el mundo de la nada;
Heláronse las aguas en el polo;
La montaña lanzó su onda inflamada.

Diste á la nube el rayo; le marcaste
Lindes al mar soberbio y revoltoso,
Y el camino del fuego señalaste
En el inmenso espacio al sol radioso.

Si tendiste, Señor, tu diestra airado,
La alta cerviz de bronce del tirano
Rompióse con fragor, y despeñado
Cayó el impío; su poder fué vano;

Y sus haces, caballos, caballeros
Que contra ti sus frentes levantaron,
De orgullo henchidos, de potencia fieros,
Del rojo mar las ondas los tragaron.

Vertió á tu voz la roca dulce fuente,
Y detúvose el sol en su camino;
El mar huyendo paso dió á tu gente
Que alimentaste del maná divino.

Yo te adoro, Señor omnipotente:
Los cielos ante ti resplandecieron;
El abismo temblaba; en él su frente
Los ángeles rebeldes escondieron.

¡Vuelve, mi Dios, tu paternal mirada
Hacia tu siervo que en tu amor se fia!
¡Protégeme, Señor; mi alma angustiada
Libra de su dolor, de su agonía!

D. JESÚS MARÍA MORALES MARCANO.

TABLE OF CONTENTS

1. Introduction

2. Chapter I

3. Chapter II

4. Chapter III

5. Chapter IV

6. Chapter V

7. Chapter VI

8. Chapter VII

9. Chapter VIII

10. Chapter IX

11. Chapter X

12. Chapter XI

13. Chapter XII

14. Chapter XIII

15. Chapter XIV

16. Chapter XV

17. Chapter XVI

18. Chapter XVII

19. Chapter XVIII

20. Chapter XIX

21. Chapter XX

22. Chapter XXI

23. Chapter XXII

24. Chapter XXIII

25. Chapter XXIV

26. Chapter XXV

27. Chapter XXVI

28. Chapter XXVII

29. Chapter XXVIII

30. Chapter XXIX

31. Chapter XXX

D. JESÚS MARÍA MORALES MARCANO.

ODA II DEL EPODON DE HORACIO.

«¡Feliz quien de negocios alejado (1),
Cual fué de los mortales
La gente primitiva,
Con sus bueyes cultiva,
De usura ajeno y de usureros libre,
El campo de sus padres heredado!
Que ni le altera con cruel tañido
El clarín de la guerra; ni le espanta
El mar embravecido;
Y el foro evita, y no del potentado
En el soberbio umbral pone la planta;
Mas, contento en su rústica tarea,
Une el álamo erguido
Con la vid en fecundo maridaje;
Y de inútil ramaje
El árbol poda y vástagos mejores
Ingiere; ó bien desde la loma otea
De mugidoras vacas su rebaño

(1) Con este mismo verso comienza también la bella, si en algunos pasajes demasiado sucinta, traducción de Burgos. No es plagio nuestro, sino feliz coincidencia; por eso lo hemos conservado sin escrúpulo, y porque todas las variantes, más ó menos hábiles, que hemos ideado, en el empeño de no aparecer copistas, son inferiores á este dístico, que traduce fielmente el gran yámbico latino.—(N. del A.)

Que en el sinuoso valle paze errante;
Ó en ánforas aseadas
Guarda la miel que del panal destila;
Ó bien la oveja desmedrada esquila.

»Y cuando otoño en frutas sazonadas
La sien ceñida ostenta
En la alegre campiña, ¡cuál va ufano
Peras injertas recogiendo y uvas
En matiz de las púrpuras rivales!
Primicial oblación que á ti presenta,
¡Oh Priapo! y á ti, sacro Silvano,
Guarda fiel de los límites rurales.
Ó á la sombra tal vez de añosa encina,
Ocioso se reclina,
Ó en la mullida grama,
Do, con fragor, de altos manantiales
Vívidas linfas el raudal derrama,
Y el ave en la espesura
Sus trinos melancólicos apura,
Ó entre guijas la fuente alza escondida
Blando murmullo que á dormir convida.

»Mas cuando ya de truenos y de nieve
Y recio viento y lluvia tempestuosa
El invierno su séquito remueve,
Ora rigiendo innúmera jauría
Al jabalí feroz lanza y acosa
En redes que á su fuga oponen valla;
Ora en ligeras pértigas extiende
Trampa á voraces tordos, fina malla;
Y la grulla errabunda en lazos prende
Y la tímida liebre; y satisfecho,
Con opimo botín vuelve á su techo.

»¿Quién, de vida tan pura
En medio á tanta plácida faena,
No se olvida y abjura
De tus males ¡oh amor! y tu cadena?

¡Pues si la esposa en providente celo
Divide entre domésticas labores
Y la dulce progenie su desvelo,
Cual la eficaz sabina,
Ó, atezada del sol á los rigores,
La del ágil pullés consorte honesta;
Y al divisar que lento se encamina,
De su ruda jornada fatigado,
Á sus tranquilos lares el marido,
Atenta á su regalo, con gran fiesta
Aviva del hogar el sacro fuego;
Y el alegre ganado
De ovejas entre zarzos aprisiona,
Y el lácteo licor apetecido
Á sus henchidas ubres roba luego;
Y en fresco vino de gustosa cuba
Limpio cántaro llena
Y adereza y sazona
Con no compradas viandas, grata cena :
¿Qué á mí entonces el regalo peregrino
De las preciadas ostras de Lucrino;
Ni opíparos manjares, como el raro
Rodaballo exquisito, el rico escaro,
Si de las procelosas de Levante
Lanzado á nuestra mar alguno arriba?
Ni fuéranme más plácido sustento
El ave de Numidia ó succulento
El francolín de Jonia, que la oliva
De ramos fecundísimos colgante
Que yo mismo en los árboles cogiera;
Ó la salubre malva; ó la acedera,
De los prados amante;
Ó cebada cordera
Á Término en sus fiestas inmolada;
Ó cabrito arrancado aun palpitante
De fiero lobo al sanguinario diente.

»Y en medio á tal festín ¡cuánto no agrada
Mirar cómo regresa diligente,

Repastada al redil la alegre oveja;
Y el cansado buey, que trae paciente
En lánguida cerviz con mansedumbre
Del arado al revés vuelta la reja;
Y de esclavos mirar la muchedumbre
Que, en la opulenta habitación nativa,
Del refulgente hogar cercan la lumbre!.....»

Así discurre y su designio aviva
De hacerse labrador Alfio el logrero;
Y su eficacia en consumarlo activa,
Recoge por los *idus* su dinero:
Mas luego á las *kalendas* con premura
De nuevo emprende colocarlo á usura.

D. JESÚS MARÍA SISTIAGA.

DON JESÚS MARÍA SISTIAGA.

UNA CORRIDA DE TOROS.

Yo que nací, señores,
Muy lejos de la tierra de los lores,
Y que no soy tudesco, ni en mi porte
Muestro tener parientes en el Norte,
Pues en mi sangre siento
De la raza moruna el ardimiento;
Yo que, á decir verdad, tengo cumplida
Casi media centuria de mi vida,
Y que, por consiguiente,
Nadie puede tacharme de imprudente
(Ya que en aqueste tiempo turbulento
Por los años medimos el talento,
Pues nos basta ser viejos ó callados
Para ser unos sabios consumados),
Voy á llenar el mundo
De un asombro profundo
Cantando la terrible batahola
De los toros lidiados por la cola.

Era la tarde de un hermoso día
En que todo convida á la alegría;
El sol recoge un tanto
Su comburente manto,
Y por los aires trina

Sus cantos lastimosos
En dejos amorosos
La tierna golondrina:
Mil bellezas galanas
Adornan las ventanas
De cuatro calles reales
Cercadas por los puntos cardinales.
Ello es que había novillos
Con lazos en los cuernos, amarillos,
Juntos en el toril, como en chiquero.
La tarde, lo olvidaba, era de Enero.

Pues, señores, al caso:
Veinte potros al paso,
Rucios, zainos, overos,
Van montados por sendos caballeros,
Llamados en la silla hacia adelante,
Con un aire triunfante,
Como que en tales sustos y tropeles
Han de segar manojos de laureles.
El uno allá en la esquina
Requiere una pretina,
Y ajusta por entero
La robusta cintura con un cuero;
El otro que la cincha siente floja,
Del caballo se arroja,
Y alzando la coraza con la frente
La aprieta fuertemente;
Que es cosa dura y de muy mal agüero
Salirse por las ancas de un trotero;
Cuál, viendo á su querida
Tras la reja escondida,
Ase del hierro con robusta mano,
Sobre un estribo, ufano,
Descuelga el cuerpo todo
Con garbo, y de tal modo,
Que escuche la querella
De su amorosa bella
Para que no se exponga de tal suerte

Á recibir la muerte;
Todo con gran secreto,
Que es hombre el colector asaz discreto.
Mas ¡ay!..... que ya revienta,
Enhiesta la cerviz, alta la cola,
Cual bala de pistola,
Un novillo de cuenta,
Rasgando el aire con la hendida planta
Con tal velocidad, con furia tanta,
Que la calle despeja
Y todo el mundo ceja
Huyendo cual bandada de palomas;
Que la fiera, por Dios, no está de bromas.

¡Oh! Si me diera el numen que me inspira,
La sonora lira
Con que del mismo infierno
Sacó un marido tierno
Á su mitad querida
(Gran maravilla de una edad que es ida),
Ó siquiera el salero
De Píndaro ú Homero,
Para que resonara la voz mía
En Rusia, en Australasia y en Turquía
(Y no hablo aquí de chanza,
Que bien valen dos cuernos una lanza).
¿Quién un toro que cuenta seis abriles
No contempla en la cólera de Aquiles?
¿Y arrastrando á un jinete,
No hiciera el toro al fin con el pobrete
Lo que el griego inhumano
Hizo por gusto al capitán troyano?.....

Pues como iba diciendo de mi cuento,
Más ligero que el viento
Corría desalado
Un novillo encerrado,
Y detrás, cual cohctes,
Un grupo de jinetes

Disputando con voces y con maña
La cola de la rápida alimaña:
Horrible trance, fiero,
Para el toro, caballo y caballero.
En ese crudo instante
No hay nada que no espante
Á los espectadores,
Ni que arredre á los bravos coleadores,
Que para ver contentas á sus damas
Son hombres que se arrojan á las llamas.
Firmes en los arzones,
Recogido el aliento,
Sin compasión ni tiento
Aguijan sus bridones
Y aprietan las rodillas
Y crujen de los potros las costillas;
Que les va en su destreza
El puntillo de honor y la cabeza.

¡Oh Júpiter tonante!
Tú que, á más de ser Dios, fuistes amante,
Y amante tan ladino,
Que andabas de còntino
Saciando tus pasiones
Con mil transformaciones;
Tú que, por más decoro,
Te convertiste en toro
Por libar del placer la dulce copa
Con la divina Europa:
Haz que mi musa tímida
Me inspire cantos épicos
Y encienda el estro bélico
Bajo apariencia insípida,
Para que el mundo extático
Halle versos magníficos,
Punzantes y dramáticos
Y un si es no es satíricos,
Pues ¡por tu nombre! que llegó el momento
En que yo he menester tu valimiento!

Dejamos, cual azores
Tras el ave altanera,
Persiguiendo la fiera
Á muchos coleadores.
Tres descuelgan los brazos
Expuestos á morir en mil pedazos;
Mas el que lleva el toro á la derecha,
La ocasión aprovecha
Y hace suya la gloria,
Porque mira segura la victoria.
Empuja su corcel, tiende la mano,
Toma la cola de que está sediento,
Y lleno de ardimiento,
Jura entre dientes no soltarla en vano;
Y dobla la carrera,
Que llegan de la valla á los confines;
Ase con la siniestra de las crines
Que acarician las astas de la fiera,
Y con la fuerza ingente
De un semidiós potente,
Tira con tal empuje y tanto cierra,
Que va rodando el animal á tierra;
Y al estruendo que causa la caída
De la bestia vencida,
Un grito clamoroso
Resuena en aquel coso,
Proclamando al autor de tal coleada
El rey de la jornada.
En tanto el vencedor detiene el potro,
Mira á un lado y á otro,
Y lo revuelve al paso
Al lugar del fracaso,
Mirando de soslayo
Los cascos de su bayo
Y flotante la negra cabellera;
Que el sombrero voló con la carrera.
No se detiene allí; sigue y pasea
La calle en que coleó, porque desea
Que quien le viera en tan temido instante,

Ora contemple su triunfal semblante,
Ó más que todo, porque su Narcisa
Le regale al pasar una sonrisa.

Quede, pues, entretanto
El fuerte coleador envanecido
Con el triunfo obtenido,
Y vuelvo yo á mi canto;
Que allá miro á sus otros compañeros
Convertidos ahora en rejoneros,
Pues tal fué la caída,
Que triste y abatida
Yace la res mugiente
Con el dolor que siente:
Zafadas las pezuñas,
No hay palancas ni cuñas
Que obliguen á la fiera
Á lanzarse de nuevo á la carrera;
Mas, ¿qué importa que el toro lastimado
Yazga en el empedrado,
Desangrándose el mísero á torrentes,
Si quedan por colear aún otras gentes?
¿No fuera al hombre en mengua
Mostrarse compasivo
Al dolor excesivo
Que no expresa la fiera con la lengua?.....
¡Alza! ¡arriba, animal!—gritan en coro,
Las turbas que se apiñan junto al toro;
Híncanle con mil puntas aceradas,
Y su saña inclemente
Hierva en imprecaciones y pedradas.
El animal paciente
Lanza al aire mugido lastimero;
Procura levantarse, mas en vano;
Que ya perdido su vigor primero.
No puede complacer á su tirano;
Y es mucho que no deje por despojos
Líquidos los cristales de sus ojos.
Vuelven, pues, al toril: sale un lebruno

Que al mismo destapar ensarta á uno;
Y es gusto ver entonces las ventanas
Cuajadas de levitas y sotanas
Y, salvando la piel en los zaguanes,
Damas acicaladas, ganapanes,
Ministros y manolas;
En fin, las calles solas,
Pues, como llevo dicho,
Á todos infundi6 respeto el bicho.
El mísero corneado,
Á una casa vecina trasladado,
Pide en su desventura
Los auxilios del médico y del cura:
¡Empeño vano! pues, por más que quiera,
No hay medio de salvar la talanquera.
En tanto las carreras y los gritos,
Los tambores y pitos
Y un chubasco de frases coloradas
Aturden las cabezas más templadas;
Y para hacer mayor la barahunda,
La gente vagabunda
Echa fuera del coso
Un torito barroso,
Bichito de cosquillas,
Que un caballo cogió por las costillas.

En fin, la misma escena
Se repite mil veces;
Se rompen los jaeces;
La música resuena;
Aquí se ve un herido
Y más allá un contuso;
Pero no hay que asombrarse: ese es el uso
Y lo más halagüeño y divertido.

Mas ¡oh dolor! del negro manto el broche
Va soltando la noche;
Ya suenan las viguetas desatadas
De las empalizadas;

Se llevan el ganado
Sangriento y aporreado,
Que al día siguiente en condiciones tales
Se engullirán los míseros mortales;
Y por postre y final se escucha el bando.
Cornetas y tambores,
Y voces y clamores,
Acompañados de instrumentos raros
Que llaman en la tierra *guarataros*,
Van por todas las calles proclamando
Los capitanes que en el día siguiente
Se han de encargar de divertir la gente.
Tres son nombrados para los novillos,
Y tres para la música y cohetes;
Luego damas que adornen los jinetes
Con lazos colorados ó amarillos,
Y tres personas más, las más cuitadas,
Se encargan de poner empalizadas;
Dando por fin aquella chamuchina
Un viva, en cada esquina,
Á los claros varones
Que han merecido tales elecciones.
¡Oh distracción preciosa
La más grata y sabrosa
Que pueden contemplar humanos ojos!
Casi me dan antojos
De retar á los pueblos de la Europa,
Que marchan viento en popa,
Á que digan si puede haber cultura
Donde no hay coleadura,
Ó si pueden marchar artes y ciencias,
Sin aquestas torunas emergencias.

Yo, pues, que sólo he sido
Un narrador cumplido,
Doy gracias al Eterno,
Pues que, por su bondad ó su clemencia,
Escribo aquí donde la misma ciencia
No vale tanto como vale un cuerno.

D. ELOY ESCOBAR.

D. ELOY ESCOBAR.

LOS DOS ÁNGELES.

Era aquel fugaz instante,
En que, con triste sonrisa,
La noche se desvanece
Ante el alba luz del día;
Y en el lejano horizonte,
Como errantes avecillas,
Juntáronse dos celajes
Sobre una suave colina:
El uno cual la azucena
Blanca que al monte suspira,
Y el otro como la rosa,
Rosa del valle festiva.
Eran dos ángeles bellos,
Si bien de esferas distintas:
Aquél, cual nítida lágrima,
Y éste, cual dulce sonrisa.
—¡Salve á ti, el alma risueña!
—¡Salve á ti, la dolorida!
Dijéronse, susurrando;
Como las trémulas brisas.
—¿Fuiste al valle de la tierra?
—Sí, fui con la noche umbria.
¿Y tú?—Yo también con ella,
Aunque me fué siempre esquiva.

—Pienso que te vi, Natzul.

—Y yo á ti también, Alila.

Y el uno se sonrosaba
Y el otro palidecía.
—¿Tú estuviste en aquel templo
Lleno de cándidas ninfas,
Ceñidas de gasas leves
Y flores y pedrerías?
—Lleno de ángeles estaba,
Que al son de músicas vivas
Suspiraban dulcemente,
Dulcemente sonreían.....
—¡Ay! ¿Por qué fui yo, Natzul?
—¡Ay! ¿Por qué no ir, Alila?

Y el uno se sonrosaba,
Y el otro palidecía.
Sentáronse luego juntos
En una nube ceñida
De aquellos tenues albores
Que anuncian que viene el día,
Y así hablaban, susurrando,
Como las trémulas brisas.

NATZUL.

Yo, con el vívido celo
De mi esencia celestial,
Vi una virgen terrenal
Como una virgen del cielo.

De una gasa nebulosa,
Como la cándida nieve,
Ceñía su talle leve
Aquella virgen hermosa.

Y del seno alrededor,
En rizo encaje calado,

Serpeaba hilo encarnado
Que ató sin duda el amor.

Dos alas de leve tul
Turquí, cual la onda del mar,
Llevaba, como á volar
Á nuestro almo cielo azul.

Yo me bajé, y á su aliento
Mi róseo labio ponía,
¡Ay! y en él mi alma bebía
Este ardoroso contento.

ALILA.

Oye, que yo vi también,
En daño á mi esencia pura,
Una gentil criatura
Como una flor del Edén.

De una gasa nebulosa
El móvil talle ceñía,
Mas no blanca, sino umbría,
Niebla de la noche undosa.

Y no alrededor llevaba
Del seno un hilo encarnado,
Sino lazos donde atado
Trémulo amor suspiraba.

¡Ay! que en aquel corazón,
Vivo, como ardiente rosa,
En una nube olorosa
Vagaba tierna pasión.

Los ojos garzos y bellos
Tímidamente volvía,
Y en rizos mil le caía
La onda de sus cabellos.

Su levisima cintura
Ceñían purpúreas galas,
Entreabiertas, como alas,
Para volar á la altura.

Yo me bajé, y á su aliento
Mi ardiente labio ponía,
¡Ay! y en él mi alma bebía
Estos dolores que siento.

Mi espíritu conturbado
Y con ignoto desvelo.....
—Calla, Alila, que en el cielo
Suenan el órgano sagrado.

Los ángeles la sombría
Región huyeron doliente,
Y las gasas del Oriente
Entreabrió la luz del día.

ELEGÍA

Á LA MUERTE DE J. V. CAMACHO.

¿Por qué cuando los ojos
Volver solía
Donde vaga entre flores
La onda del Rímac,
El sol de Huaina
Ceñido de áureas rosas
Se levantaba?

¿Y ahora, cuando acaso
Los ojos vuelvo;
La onda no murmura,
Suspira el viento,

Y el sol inmoble
Ceñido está de nieblas
Como la noche?

Bien lo saben mis ojos
Que tienen lágrimas,
Y lo sabe, que tiene
Muchas, mi alma,
Como mi pluma
Que va cual sobre el mármol
De helada tumba.

¿Á qué dones y galas,
Naturaleza,
Tu cielo azul, tus mares
Y tus estrellas;
Cuando la vida
Bajo la muerte pálida
Tiembra y expira?

¿Qué valen de tus vírgenes
Las sonrosadas
Flores que va entreabriendo
Festiva el aura;
Si el aura fría
Las toca, y al tocarlas,
Caen marchitas?

¿Y qué, la blanda, trémula,
Encantadora
Voz, que á los aires vuela
Como la alondra;
Si en hora breve,
¡Ay, también los poetas
Callan y mueren!

Así tú, que moriste,
Mi dulce amigo,
Más allá de la linde

Del sol nativo,
¿Qué, no volastes
Al seno que te abría
La pobre madre?

¿Por qué, cuando la llama
Palideciendo
Iba, la diste al soplo
De helados vientos,
Y no á la tierna
Brisa de amor que espira
La patria selva?

Patria selva, del niño
Tan conocida,
Cuando con él la infancia
Vagando iba,
Y prado y monte
Ceñíanles con bandas
De alegres flores.

Dulces prendas que pronto,
Tu estro divino
Cambió por verdes lauros
Y blando mirto,
Y la severa
Parca, por esa mustia
Fúnebre adelfa.

¿Quién dirá del infante
La hora festiva?
¿Quién del joven poeta
Los claros días?
Y ¿quién del hombre
Esta muda, solemne
Y eterna noche!

No á mí, sino en las cuerdas
Del alma lira,

Herir éstas que cantan
Las elegías;
Á el aire dando
Honda voz de gemidos
Y voz de llanto.

Llorad, mis tristes ojos:
¡Sensibles almas,
Derramad vuestro cáliz
Lleno de lágrimas!
¡Indianas musas,
Cubrid con mustias flores
Su helada tumba!

Á SAN VICENTE DE PAÚL.

I.

¿Quién sobre el áureo trono
Del tiempo impera?
¿Quién remueve las gentes
Sobre la tierra,
Cual impetuosa
Brisa, del ancho bosque
Las leves hojas?.....

Es el Numen del siglo
Que tiende el cetro,
Y á la dicha y la gloria
Andan los pueblos;
¿Y por qué entonces
El desierto no acaba
Y el sol se pone?.....

¿Por qué la trompa bélica,
En lontananza

Suena, y acá en silencio,
Corren las lágrimas?.....
Huestes convoca
La ambición en tumulto.....
¡Y la ley sola!

¿Por qué, como sucede,
Cuando en el Ponto
Sopla el vibrante cuerno
El viejo Eolo,
Las populares
Ondas, alza y encrespa
Y azota el hambre?.....

Los niños desfallecen
Y los ancianos;
Las madres y las vírgenes
Rompen en llanto;
Y la onda baja.....
¡Ay, cual baja en el Etna
La hirviente lava!.....

Y siguen los afanes
El nuevo día,
Movimiento y ruido
Y ansiosa vida;
Nubes humeantes
Vuelan, y el viento rompen
Carros y naves.

Aquí las Artes nobles,
Y allá las Ciencias
Hablan: quiénes maldicen,
Quiénes blasfeman,
Y Ciencias y Artes
Se embriagan con el vino
De sus altares.

Por doquiera se mueven

Las multitudes,
La alta torre resuena,
Golpea el yunque,
Cual sierpe silba
La máquina enroscada.....
¡Y la codicia!

Y en movimiento y ruido
Y ansia las gentes,
Como del mar las masas
Suben y crecen,
Y en tempestades
Rompen : ¡oh Señor, salva
La nueva nave!

¿No ves que el Numen fuerte
Con ansia loca,
Del mar humano empuja
Olas y olas,
Y en el conflicto
Se cierne el impío cuervo
Del egoísmo?

Los cielos obscurece
La cruel enjambre
De avarientas y duras
Necesidades,
Y desesperan
Señor, y con tumulto
Tiembla la tierra.....

II.

Mas, ¿qué luz resplandece,
Qué imagen casta
Bajo el arco del iris
Como iris baja,
El inflamado

Corazón como un bello
Cirio en la mano?

Tú, caridad divina,
Hija del Cristo,
Salva tus pueblos, madre,
Del hondo abismo;
Que ante ti sola
Cede la hirviente sirte
Tumultüosa.....

Ya los campos se cubren
De espigas de oro,
Y en las eras, temblando
Fallece el monstruo,
Que en su cruel ansia
Vivió de amargos duelos
Y amargas lágrimas.

Y la verde mar rizan
Rompientes flotas,
Y los aires inundan
Blancas palomas:
Y la paz reina,
Y derrama sus arcos
Sobre la tierra.

Y las Artes celestes
Brillan y cantan.....
Y á los cielos, las Ciencias
Vuelven las alas;
Resuena el templo,
Y el éter claro nublan
Nubes de incienso.

Y cual de abejas ricas,
Ondas volubles,
Van con rumor de fiesta
Las multitudes,

Y entre ellas, sólo
Miro como un anciano,
Como un apóstol.

La caridad le alumbra
Bajo sus alas,
Y regando sus dones
Él, anda y anda,
Y en su camino
Vagan, cual mariposas,
Cándidos niños.

Aquel lleva seguro
Ya al hombre puesto,
Y el que asió de la mano
Salta sonriendo,
Y al hogar santo
Viene ya de los huérfanos
Con pronto paso.

Míradle, él es; bendita
Tu imagen sea,
Tú, gran padre y apóstol,
Luz de la Iglesia,
Y sean gracia
Tu fe, tus caridades
Y mi esperanza:

Sí, yo espero que un día
De amor eterno,
Hermanas las Virtudes
De tierra y cielo,
Almas Potencias
Den, en el cielo gloria,
Gloria en la tierra.

D. FRANCISCO S. PARDO.

DON FRANCISCO S. PARDO.

Á MÉJICO.

ODA Á VÍCTOR HUGO.

Why rise Heaven to set on Earth?

BYRON.

Ne faites point, de coups d'une bride rebelle,
Cabrer la Liberté qui vous porte avec elle;
Soyez de votre temps, écoutez ce qu'on dit,
Et tâchez d'être grands, car le peuple grandit.

VÍCTOR HUGO.

Hijos del Sur de América,
Hidalgos corazones,
De fúnebres crespones
Vestid la Libertad.
Sus pérfidos apóstoles
No por su culto abogan;
Que en lodo y sangre ahogan
Su excelsa majestad.

Del mejicano piélagos
La ensangrentada ola
Rueda, desquicia, viola
La ley, la Religión.
Contra ese torpe escándalo,
Toda alma noble y libre

Tremendo rayo vibre
De eterna maldición.

¿Do están las glorias, Méjico,
De tu brillante liza?.....
Tus timbres son ceniza,
Humo tu honor triunfal;
Tus defensores ínclitos,
De libertad sagrada,
Al envainar la espada
Blandieron el puñal.

De la extranjera cuádriga
Al destrozar el yugo,
El héroe fué el verdugo,
El victo el vencedor,
Y de la turba estólida
Ante el feroz delirio
Divinizó el martirio
Al regio usurpador.

Teñido en sangre el lábaro,
Marchitas tus coronas;
Si libre hoy te te pregonas
Del déspota imperial,
Caerás, oh tierra mísera
Que el propio ser desgarras,
Entre las corvas garras
Del águila boreal.

De tu infantil República
Al erigirse el templo,
Dió á América alto ejemplo
De oprobio y de baldón.
Allí tu honor, tus títulos,
Tu nombre, tu hidalguía,
Manchó la cobardía
Con fúnebre borrón.

Ruge, Orizaba ignívomo,
Con iracundo trueno;
El humo de tu seno
Entenebrezca el sol;
¡El lóbrego patíbulo
En roja luz sepulta!
Allí á la muerte insulta
El bárbaro Ahuitzol (1).

Colima, arde flamígero;
Tu tromba ígnea levanta,
Mientras la turba canta
De Apsburgo en el panteón.
Así elevaba, al tétrico
Fulgor de inmensa pira,
De la pagana lira
Sus cántigas Nerón.

¡Oh Juárez! cuando indómito
Sobre el corcel salvaje
Guiaba tu plumaje
Tu raza á combatir,
Y bajo el iris fúlgido
De la inmortal bandera,
Tu noble enseña era
Triunfar allí ó morir,

Yo del laurel del Avila
Guirnaldas te ofrecía.....
¡Ay! á su trono uncía
Tu carro el invasor;
Hoy de desprecio y cólera
Siento inflamarse el alma.....
Si al héroe dí la palma,
Maldigo al matador.

No fué castigo al invidio

(1) Jefe mejicano.—En 1486 sacrificó 72.000 prisioneros.

Amago de los reyes;
Ultraje fué á las leyes
La torpe iniquidad.
¡Cuánta lección de crímenes
Ve el alma sorprendida,
Bajo tu augusta egida,
Oh santa Libertad!

¡Hugol tu voz altísima,
Tu generoso acento
Se evaporó en el viento,
Como fugaz rumor;
Sólo á la noble súplica
Responde el eco «en vano»,
Y cruza el Oceano
Vibrando gemidor.

Mas no en las verdes márgenes
Do el mar Caribe truena,
Cisne inmortal del Sena,
Tu voz ha de morir:
No, que del Sur de América
La estirpe heroica, enhiesta,
Dará al crimen protesta,
Dará fe al porvenir.

Lleva, sonoro Atlántico,
Mi canto en tus espumas
Á las flotantes brumas
De la opulenta Albión;
Y di al poeta olímpico
Que esta indomable raza
Los crímenes rechaza,
Si execra la opresión.

INTRODUCCIÓN

DE UN POEMA INÉDITO, Á VENEZUELA.

CARACAS.

Venir vedrami al tuo diletto legno
E coronarme allor di quelle foglie,
Che la materia e tu mi farai degno,

DANTE.—*Paradiso.*

I.

¡Genios de luz de las etéreas salas!
¡Espíritus de amor y de armonía!
¡Aves canoras de encendidas galas!
Auras de Abril que en la arboleda umbría
Al son del agua adormecéis las alas,
Dad vuestra tierna voz al arpa mía,
Y el nombre tuyo, en generoso verso
Irá, ciudad gentil, al universo.

II.

¡Ciudad del corazón! bajo tu cielo
Aun vagan mis primeras ilusiones,
De tanto amor las lágrimas, el duelo
Y el eco de mis tímidas canciones;
Aquí la voz del paternal anhelo
Me enseñó de virtud altas lecciones,
Y aquí tu cuerpo bajo losa fría
Duerme el eterno sueño, madre mía.

III.

Brisa fugaz que cuando el alba asoma
Bebes la esencia que en las rosas mana;

Azucenas silvestres que en la loma
El rocío aspiráis de la mañana,
Henchid mi corazón con el aroma
Que os brinda la floresta americana,
Y dirán mis cantares cómo brillas,
Emperatriz del mar de las Antillas!

IV.

Diré cuál bajo sauces y palmares
Que entoldan el azul del firmamento,
Entre huertos de blancos azahares,
Do enamorado serpentea el viento
Y desatan las aves sus cantares,
Sobre florida alfombra alzas tu asiento,
Y del Ávila al pie la frente inclinas,
Tejiéndote guirnaldas sus colinas.

V.

Diré cuál se desatan bullidores,
En trenzas mil por la campestre falda,
Tus arroyos en limpios surtidores
Rodando sobre cuencas de esmeralda,
Hasta poblar tus cármenes de flores,
Que el sol matiza de zafiro y gualda,
Á donde agita entre olorosas brumas
La suelta garza sus nevadas plumas.

VI.

Diré cómo en las aguas de esas fuentes
Que bajan de las cumbres susurrando
Con inquieto girar, en sus corrientes
Vivos iris de luz reverberando,
Sus tiernos picos y alas transparentes
Sumergen las palomas revolando,
Y al onda fían, de rubor ajenas,
Los talles de alabastro tus sirenas.

VII.

Venid, las que á los rayos de la luna,
El cabello en flotantes espirales,
Al borde de la fuente ó la laguna,
Contempláis vuestra sombra en sus cristales;
Venid en mi redor; que la fortuna
Dió á mi laúd los himnos tropicales,
Que más que el agua en su corriente pura
Cantarán vuestra espléndida hermosura.

VIII.

Venid las que á las danzas y alegrías
Impele el mundo y el deleite llama,
Hermosas que á la luz de las bujías
El seno dando que el placer inflama,
Al son de vaporosas armonías
El eco oís que vuestro amor reclama:
Yo os pintaré en mis cántigas de amores
El áspid escondido entre sus flores.

IX.

Venid también en torno á mis canciones,
Fecundos bardos del solar nativo,
Los que buscáis indianas tradiciones
En viejos fastos de olvidado archivo:
Yo os contaré las guerras, las pasiones,
La indolencia, el amor, el ceño esquivo
De aquella raza que en la lid desecha
Quebró en sus arcos la salvaje flecha.

X.

Veréis, bajo los índicos cocales
Coronados de flecos cimbradores,
Sus vírgenes sin tocas ni cendales,

Desnudos los hechizos tentadores,
Que orladas de madejas de corales,
Tendidas en columpios de colores,
Sueñan bajo sus móviles cortinas
Al eco de las gaitas campesinas.

XI.

Venid, veréis sus horas cual corrían
Entre aromas y lánguida pereza,
Las plumas que del cinto se prendían,
Las flores que adornaban su cabeza,
Las sartas y aderezos que ceñían
Al cuello y brazos de gentil pureza,
Cuando al muelle rumor de sus festines
Danzaban sobre rosas y jazmines.

XII.

¡Venid! Para volar á esas edades
Fin encontrando á mi ambicioso anhelo,
Sus alas me darán las tempestades
Ó el cóndor de los trópicos su vuelo:
Y os diré cuál perdió sus libertades
La extinta prole y defendió su suelo,
Hasta rodar bajo el sangriento dique
De sus tribus el último cacique.

XIII.

Cayeron sus penates y sus lares,
Se secaron sus ríos y sus huertos,
Cenizas son sus plácidos hogares,
Sus jardines estériles desiertos;
Que otra raza erigiendo otros altares
Sobre los huesos de los victos muertos,
Allí grabó de su poder las marcas
Con «la última razón de los monarcas».

XIV.

¡Sacra ciudad! Escritas en tu escudo
De ambas razas tú guardas las memorias,
Donde se admira cual la errante pudo
De la culta á la par lucir sus glorias;
Mas si se odiaron con instinto rudo
Muerte y ruinas sembrando en sus victorias,
Luego en una las dos su sangre unieron
Y heroica estirpe al universo dieron.

XV.

Diré como en tu tierra ensangrentada
Tras tanto encono y odio tan profundo,
La de Europa á la índica enlazada
Esa progenie alzó, que árbol fecundo
Al subir por tu atmósfera abrasada
Fué á obscurecer el sol del viejo mundo,
Por frutos dando en su vigor potente
La libertad del nuevo Continente.

XVI.

¡La Libertad! planeta esplendoroso,
Iluminó tus huertos y arenales,
Y de su disco al rayo generoso
Fueron mieses y flores tus eriales;
La Ley sobre su trono luminoso
Al siervo y al señor proclama iguales,
Y hollando las vetustas tradiciones
Deja en el polvo timbres y blasones.

XVII.

La Virgen de la paz en tus comarcas
Posó su vuelo, y sacudiendo leda
Los gérmenes fecundos de sus arcas,

Pobló de aves canoras tu arboleda,
Tus anchos ríos de ligeras barcas;
Y en tus nopales á eclipsar la seda
De la púrpura asiática teñida,
El fúlgido carmín brotó á la vida.

XVIII.

Entonces, en tus prados florecidos,
Más dulce el aura suspiró en las fuentes:
El cisne y las palomas en sus nidos
Murmuraron arrullos más ardientes;
Perlas dieron tus mares extendidos,
Corales sus abismos transparentes,
Tus argentinos ríos un tesoro,
Tus campos lirios, tus montañas oro,

XIX.

Tu sol de fuego iluminó sus ojos
Con luz estiva ó resplandor sereno,
Según suspiran de placer ó enojos;
Nevó tu escarcha su turgente seno,
Tu múrice encendió sus labios rojos,
Y el aire blando de perfumes lleno,
Que en torno vaga á tu arboleda umbría,
Divinizó su tierna canturía.

XX.

Y alarde haciendo de su encanto bello
Las ninfas de la estirpe americana,
Su talle esbelto y el ebúrneo cuello,
Su nivea faz que matizó la grana,
Los sueltos rizos del sutil cabello,
El pie ligero de estatura enana,
Eclipsaron la magia y el aroma
De las huríes que soñó Mahoma.

XXI.

El tórrido fulgor de tus llanuras
Prestó á tus hijos varonil aliento;
De tus tinieblas trémulas y obscuras
Se elevaron las artes y el talento;
Y luz brotando tus doctrinas puras,
Libre ya como el aire el pensamiento,
Diste al mundo tus ínclitos varones,
Y de ciencia y virtud altas lecciones.

XXII.

Tú diste cuna al vencedor atleta,
Cuyo circo triunfal fué el patrio suelo,
Genio inmortal que en su ambición inquieta
Hasta el trono del sol llevó su vuelo,
Y no encontrando á su carrera meta,
Fué á arrebatár el iris hasta el cielo
Que en ígneas orlas en su fuerte brazo
Las cumbres alumbró del Chimborazo.

XXIII.

¡Venid á ver el sueño del Gigante!
¡Colombia la inmortal! Sobre su tumba
Saldrá á mi voz su sombra palpitante
Del seno de la abierta catacumba,
Y oiréis los ecos del cañón tonante
Que en su áurea cuna con fragor retumba,
Arrullando triunfal la ígnea corona
Que al universo su poder pregona.

XXIV.

¡Venid! Voy á narrar la excelsa historia
Del suelo patrio á la futura gente;
Los hechos dignos de inmortal memoria

De la remota edad y la presente;
Y arrojando en la trompa de la Gloria
El soplo que me anima, alta la frente,
Con fuerte voz, mas sin cobarde insulto,
Rendiré á la verdad austero culto.

XXV.

Venid á oír los himnos que otros días
Alzó á la gloria mi laúd terreno,
Que Dios para cantar las armonías,
Latentes, Patria, en tu fecundo seno,
Me dará sonoras melodías
Y el ronco estruendo con que ruge el trueno.....
Ya obedezco su voz, pulso la lira,
Y el hombre escuche lo que Dios me inspira.

ÍNDICE.

Páginas.

INTRODUCCIÓN.

IV.—Cuba.....	I
V.—Santo Domingo.....	LX
VI.—Puerto Rico.....	LXXXV
VII.—Venezuela.....	CX

ISLA DE CUBA.

D. Manuel de Zequeira y Arango.

Á la piña.....	5
----------------	---

D. Manuel Justo de Ruvalcaba.

Soneto.—Á Nise bordando un ramillete.....	11
---	----

D. José María Heredia.

Á la estrella de Venus.....	15
En el Teocalli de Cholula.....	17
Á la Religión.....	21
Atenas y Palmira.....	25
Á mi caballo.....	27
Versos escritos en una tempestad.....	28
Niágara.....	29

	Páginas.
Himno al Sol.....	34
Muerte del toro.....	37
Al Océano.....	38
La estación de los Nortes.....	41
Al cometa de 1825.....	43
Últimos versos.....	44
<i>D. José Jacinto Milanés.</i>	
Cancioncilla.—El nido vacío.....	49
Canción.—La fuga de la tórtola.....	50
El beso.....	51
De codos en el puente.....	53
La madrugada.....	56
Vagos paseos.....	59
Bajo el mango.....	61
La guajirita de Yumuri.....	63
<i>D. Gabriel de la Concepción Valdés. (Plácido).</i>	
Soneto.—Á una ingrata.....	69
Soneto.—Á la muerte de Jesucristo.....	69
Soneto.—Muerte de Gesler.....	70
Soneto.—Á la fatalidad.....	70
Soneto.—Aniversario de la muerte de Napoleón.....	70
Romance.—Cora.....	71
Jicotencal.....	74
Letrilla.—La flor de la caña.....	76
Á la Sra. D. ^a Maria de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlin.....	79
Plegaria á Dios.....	83
<i>Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.</i>	
Á la Poesía.....	87
Á la muerte del célebre poeta cubano D. José Maria de Heredia.....	90
Al genio poético.....	93
Á él.....	95
Amor y orgullo.....	98
Soneto.—Imitando una oda de Safo.....	104
La venganza.—Invocación á los espíritus de la noche.....	105

	Páginas.
Á.....	107
La pesca en el mar.....	108
Plegaria.—Á la Virgen.....	111
Cántico.—Imitación de varios Salmos.....	114
La Cruz.....	117
<i>D. Joaquín Lorenzo Luaces.</i>	
La Naturaleza.....	125
Canto de Kaled.....	136
Soneto.—La muerte de la Bacante.....	139
El último día de Babilonia.—Mane-Tecel-Phares.....	139
Caida de Misolongi.—Canto de guerra del griego.....	149
La luz.....	153
Canto bíblico.—Oración de Matatías.....	158
El trabajo.....	162
<i>D. Juan Clemente Zenea.</i>	
Fidelia.....	171
Soneto.—El lunar.....	174
El 15 de Enero.....	175
Entonces.....	176
Á una golondrina.....	178
<i>D. Rafael Maria de Mendive.</i>	
Yumurí.....	183
La flor del agua.....	186
Á un arroyo.....	188
La gota de rocío.....	191
La oración de la tarde.....	193
<i>D. Ramón Vélez Herrera.</i>	
La pelea de gallos.....	199
El combate de las piraguas.....	203
<i>D. Miguel Teurbe Tolón.</i>	
La ribereña de San Juan.....	211
Á mi hermana Teresa.....	216
Á Emilia.....	219

D. Ramón de Palma.

Himno de guerra del Cruzado	226
El fuego fatuo	228

D. José Fornaris.

Mi vuelta á Cuba	235
----------------------------	-----

ISLA DE SANTO DOMINGO.

D. Francisco Muñoz Delmonte.

El verano en la Habana	245
Á la muerte de mi amigo y condiscípulo D. José María Heredia	249

ISLA DE PUERTO RICO.

D. Alejandro Tapia y Rivera. (Crisófilo Sardanápalo.)

La Sataniada (Canto primero)	261
--	-----

D. José Gautier Benítez.

¡Puerto Rico!	273
-------------------------	-----

VENEZUELA.

D. Andrés Bello.

El Anauco	285
Á la nave	286
Alocución á la Poesía	288
Silva americana.—La agricultura en la zona tórrida	301
La Luz	312
Carta escrita de Londres á Paris por un americano á otro	321
Á Olimpio	326
La oración por todos	340

Moisés salvado de las aguas.....	348
La moda.....	353
Miserere.....	364
El proscrito.....	366

D. Rafael M. Baralt.

Á Cristóbal Colón.....	387
La Anunciación.....	395
Oda.—Á la desesperación de Judas.....	400
Á una flor marchita.....	404
Oda.—Á España.....	410
Soneto.—Á Dios.....	418
Soneto.—Al sol.....	418
Soneto.—Al mar.....	419
Oda.—Adiós á la patria.....	419
Oda.—Al año de las grandes esperanzas, 1830.....	422

D. Antonio Ros de Olano.

En la soledad.....	429
Recordando el entierro de Espronceda.....	431
Soneto.—El simún.....	432
Soneto.—Progresión.....	432
Lenguaje de las estaciones.....	433

D. J. Heriberto Garcia de Quevedo.

Delirium (fragmentos).....	457
Oda.—¡Á Italia!.....	469
Á Pio IX.....	473
Á Italia.....	477
Meditación.....	480
Oda á la libertad.....	484
El niño perdido.....	485
Predicación del Evangelio.....	491
La Ascensión.....	493

D. Domingo del Monte.

Epístola á Elicio Cundamarco, poeta americano.....	499
Su voz.....	501

D. Abigail Lozano.

Bolívar.....	505
Crepúsculos.....	508
Dios.....	510
Á la noche.....	511

D. Rafael Arvelo.

Brindis.....	517
--------------	-----

D. José Antonio Maitín.

Canto fúnebre.....	523
El hogar campesino.....	533
Las orillas del río.....	536

D. Fermín del Toro.

Á la ninfa del Anauco.....	545
----------------------------	-----

D. Cecilio Acosta.

La casita blanca.....	551
La gota de rocío.....	554
El véspero.....	555

D. José Ramón Yépez.

La media noche.....	561
La ramilleteira.....	565
Himno epitalámico.....	566
Pastoril.....	567
Á la estrella de la tarde.....	571

D. Luis Alejandro Blanco.

La tribulación de Job.....	577
----------------------------	-----

D. Jesús María Morales Marcano.

Oda II del Epodon de Horacio.....	583
-----------------------------------	-----

D. Jesús María Sistiaga.

Una corrida de toros. 589

D. Eloy Escobar.

Los dos ángeles. 599

Elegía á la muerte de J. V. Camacho. 602

Á San Vicente de Paúl. 605

D. Francisco S. Pardo.

Á Méjico.—Oda á Víctor Hugo. 613

Introducción de un poema inédito, á Venezuela. 617



ERRATAS

QUE SE HAN NOTADO EN EL PRÓLOGO.

<u>PÁGINA.</u>	<u>LÍNEA.</u>	<u>DICE.</u>	<u>LÉASE.</u>
LXV	8	extenso	vasto.
LXXVI	10	jurista	prosista.
XCH	10	formal	verdadera.
»	13	primacias	primicias.
CVIII	6	Rodríguez	Borinquen.
CXVI	20	ingresos	ingenios.



UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



AA 000 948 088 0

